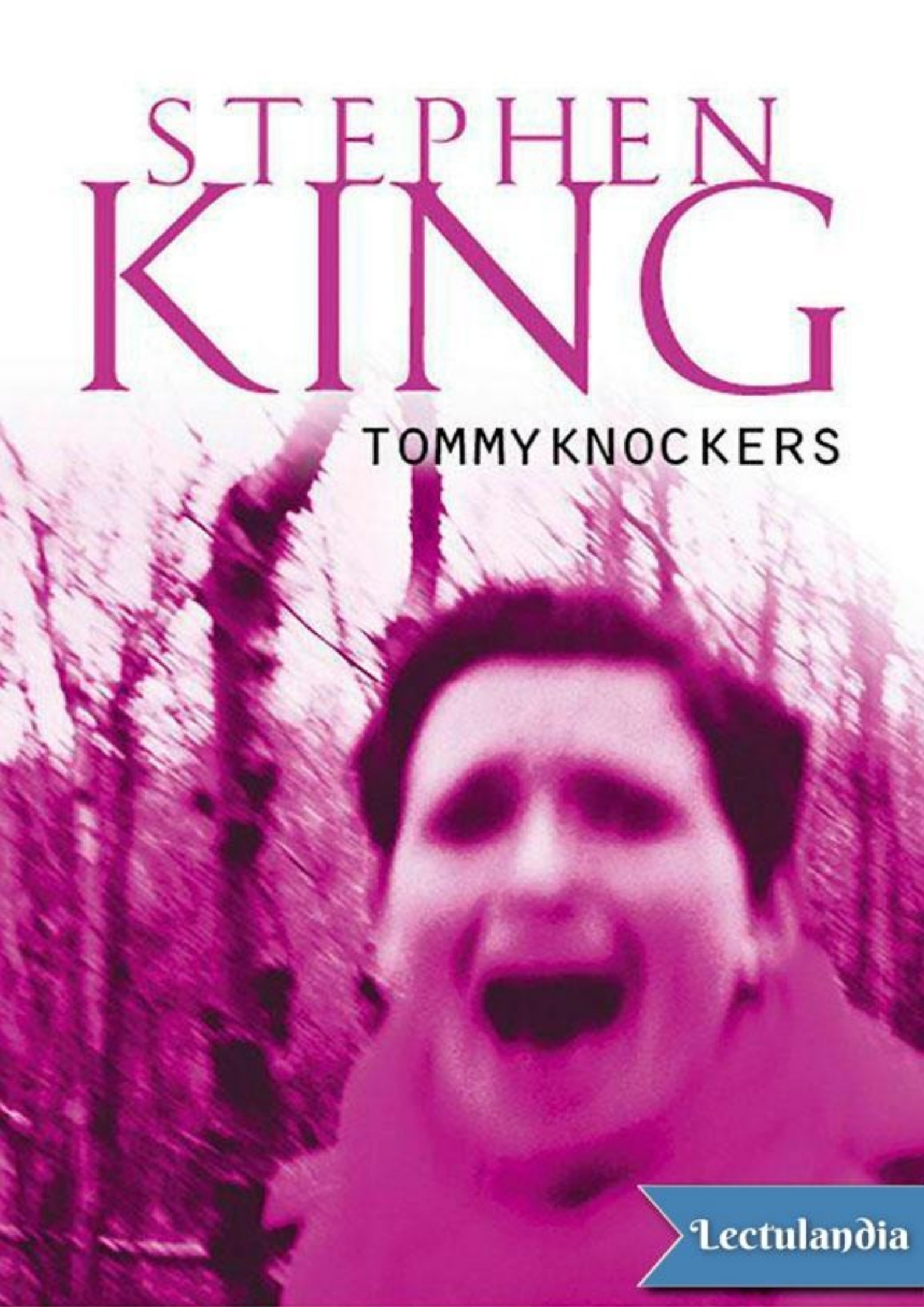
STEPHEN KING

TOMMYKNOCKERS



Lectulandia

En Haven, una pequeña localidad de Nueva Inglaterra, se produce una misteriosa serie de accidentes y asesinatos. Varios habitantes sufren mutaciones y adquieren la capacidad de comunicarse por telepatía. El enigma y la angustia aumentan a medida que se desarrolla el relato hasta alcanzar un sorprendente desenlace.
Stephen King, maestro indiscutible del género de terror, se supera una vez más.

Lectulandia

Stephen King

Tommyknockers

ePUB v1.0
11.6.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Tommyknockers*
Stephen King, 1987
Traducción: Edith Zilli
Fotografía de portada: © Cover / Photonica

ePub base v2.1

A Tabitha King

NOTA DEL AUTOR

Como muchas de las rimas infantiles, los versos sobre los *Tommyknockers* son engañosamente simples. El origen de la palabra es difícil de rastrear. El diccionario Webster dice que los *Tommyknockers* son: a) ogros que hacen túneles; b) fantasmas que rondan por cuevas o minas cuando están desiertas. Dado que «tommy» es un vulgarismo británico arcaico que se refiere a las raciones del Ejército (lo cual llevó a que se utilizase para designar a los conscriptos británicos como en Kipling —«*Tommy this, and Tommy that*…»—), el diccionario Oxford, aunque no identifica el vocablo en sí, al menos sugiere que los *Tommyknockers* son los fantasmas de mineros que murieron de hambre, que golpean aún con los nudillos pidiendo comida y rescate.

El primer poema («Anoche, ya tarde, y la anterior noche…») es bastante común; tanto mi esposa como yo lo oímos de niños, aunque nos criamos en ciudades diferentes, bajo distintos credos y pese a que los orígenes de nuestros antepasados nada tienen en común: los suyos son de mayoría franceses; los míos, escoceses e irlandeses.

El resto de los poemas es producto de la imaginación del autor.

Este autor (yo, en una palabra) desea agradecer a Tabitha, su esposa, que sea una crítica inestimable, aunque a veces me exaspere (cuando uno se enfurece con los críticos, es casi seguro que llevan razón); al editor Alan Williams, por su amable y cuidadosa atención; a Phyllis Grann por su paciencia (este libro no fue tanto escrito como vomitado) y a George Everett McCutcheon en particular, ya que ha leído y revisado con sumo cuidado cada una de mis novelas, sobre todo en cuestiones de armas y balística, pero también por su atención a la continuidad. Mac murió mientras yo escribía este libro. En realidad yo estaba pasando, obediente, las correcciones sugeridas en una de sus notas, cuando me enteré de que la leucemia, contra la que luchaba desde hacía dos años, había podido con él. Lo echo muchísimo de menos, no sólo porque me ayudaba a arreglar las cosas, sino también porque formaba parte del vecindario de mi corazón.

Debo también mi agradecimiento a otros, más de los que sería capaz de nombrar: pilotos, dentistas, geólogos, colegas escritores, e incluso a mis hijos, que escucharon la lectura del libro. También estoy agradecido a Stephen Jay Gould, pues, aunque es fanático de los Yankees y, por lo tanto, no demasiado digno de confianza, sus comentarios sobre lo que yo llamaría «evolución muda» ayudaron a dar forma a la nueva versión de esta novela (por ejemplo, *The Flamingo's Smile*).

Haven no existe. Los personajes no existen. Esta es una obra de ficción, con una salvedad:

Los *Tommyknockers* existen.

Si alguien piensa que hablo en broma, no ha oído los informativos de la noche.

Anoche, ya tarde, y la noche anterior
los Tommyknockers, los Tommyknockers
llaman a la puerta.
Tengo que salir, y no sé si puedo
porque el Tommyknocker
me da mucho miedo.

POEMA INFANTIL TRADICIONAL

PRIMERA PARTE

LA NAVE EN LA TIERRA

Well we picked up Harry Truman, floating down from Independence,
We said, «What about the war?»
He said, «Good riddance!»
We said, «What about the bomb? Are you sorry that you did it?»
He said, «Pass me that bottle and mind your own business».[1]

THE RAINMAKERS
Downstream

UNO

ANDERSON TROPIEZA

1

Por falta de un clavo, se perdió el reino: a eso se reduce el catecismo, en resumidas cuentas. Al fin y al cabo, *todo* puede reducirse a algo parecido… o así lo pensaría Roberta Anderson mucho después. Todo es pura casualidad… o pura fatalidad. Anderson tropezó, en el sentido literal de la palabra, con su destino en la pequeña ciudad de Haven, Maine, el 21 de junio de 1988. Ese tropiezo fue la raíz de todo el asunto; el resto es sólo historia.

2

Aquella tarde, Roberta Anderson salió con Peter, un viejo sabueso que ya estaba ciego de un ojo. Jim Gardener se lo había regalado en 1976. El año anterior, ella había abandonado sus estudios superiores cuando le faltaban sólo dos meses para realizar los exámenes finales, pero debía mudarse a casa de su tío, en Haven. No se dio cuenta de lo sola que se encontraba hasta que Gard le llevó el perro. Entonces era cachorro, y a Anderson le costaba creer que estuviera tan viejo ya: ochenta y cuatro años, en edad perruna. Era una forma de medir la suya propia. 1976 había quedado atrás. Sí, por cierto. A los veinticinco años, una todavía se permitía el lujo de creer que, al menos en el propio caso, crecer era un error burocrático que se solventaría a su debido tiempo. Un buen día, una despertaba y descubría que su perro tenía ochenta y cuatro años y que una misma andaba por los treinta y siete y, entonces pensaba que ese punto de vista tenía que ser revisado. Sí, por supuesto.

Anderson buscaba un lugar para cortar un poco de leña. Tenía acumulados unos cinco metros cúbicos, pero quería añadir otros diez por lo menos para pasar el invierno. Había cortado mucha leña desde los tiempos en que Peter, cachorrito, se afilaba los dientes en una pantufla vieja (y se orinaba con demasiada frecuencia en la alfombra del comedor), pero la madera abundaba todavía. La parcela (aún llamada «lo del viejo Garrick» por la gente de la ciudad, aunque ya habían transcurrido trece años) medía sólo cincuenta y cuatro metros sobre la carretera 9, pero las paredes de roca que marcaban los lindes norte y sur se abrían en un ángulo divergente. Otra pared de roca (tan vieja que había degenerado en pedregales aislados con colchones de musgo) marcaba el límite posterior de la propiedad, y se adentraba unos cinco

kilómetros en un enmarañado bosque de árboles y monte bajo. La superficie total de la parcela, en forma de cuña, era inmensa. Al oeste, más allá de la pared que delimitaba las tierras de Bobbi Anderson, había kilómetros y kilómetros de páramo propiedad de la Compañía Papelera de Nueva Inglaterra. En el mapa, Burning Woods.

En realidad, Anderson no necesitaba buscar un lugar en que cortar leña. Las tierras heredadas del hermano de su madre eran valiosas porque, en su mayor parte, estaban cubiertas de árboles de madera buena, casi vírgenes de la plaga de la polilla. Pero hacía un día encantador y cálido, después de la primavera lluviosa; la huerta había crecido ya (casi toda se pudriría a causa de las lluvias) y aún no era tiempo de comenzar el nuevo libro. Por eso había puesto la funda a la máquina de escribir y se encontraba allí, vagando en compañía de Peter, viejo tuerto fiel.

Detrás de la granja se deslizaba un antiguo camino de leñadores. Lo siguió kilómetro y medio antes de desviarse hacia la izquierda. Llevaba una cantimplora, además de la mochila en que había metido un bocadillo y un libro para ella, galletas para el perro, y muchas cintas color naranja para marcar los árboles que cortaría en los primeros días del otoño cuando el calor del verano se hubiera esfumado. En el bolsillo, una brújula Silva. Sólo una vez se había perdido en aquellas tierras, pero esa única vez le bastaba para toda la vida. Había pasado una noche horrible en el bosque, incapaz de creer que se hubiera perdido en una propiedad suya, Dios bendito, y segura de que moriría allí. En aquellos tiempos era posible, pues sólo Jim notaría su falta; pero Jim aparecía cuando menos se lo esperaba. Por la mañana, Peter la había conducido hasta un arroyo, el cual, a su vez, lo hizo otra vez a la carretera 9, donde gorgoteaba, alegre, por una alcantarilla bajo el pavimento, a sólo tres kilómetros de su casa. Era casi seguro que ya tenía suficiente experiencia en el bosque como para orientarse hacia la carretera o hasta una de las paredes que delimitaban sus tierras. Pero la palabra clave era «casi seguro». Por eso llevaba la brújula.

Cerca de las tres, halló un grupo de arces en buen estado. De hecho, había encontrado otros en las mismas condiciones, pero ése se hallaba próximo a un sendero que ella conocía, lo bastante amplio como para circular por él con el Tomcat. En el último día del verano (si alguien no hacía volar el mundo mientras tanto), engancharía su carretilla al Tomcat para llevarla hasta allí y talaría un poco. Por lo demás, ya había caminado bastante para un solo día.

—¿Te parece bien, *Pete*?

Éste lanzó un débil ladrido. Anderson miró al sabueso con una tristeza tan profunda que ella misma se sorprendió, inquieta. Peter estaba acabado. Rara vez corría tras los pájaros, las ardillas o las esporádicas marmotas; la sola idea de que persiguiera un venado resultaba cómica. En el camino de regreso debía detenerse varias veces para que él descansara… cuando, en otros tiempos (no hacía tanto de

eso, según afirmaba su mente con terquedad), Peter hubiera estado siempre a cuatrocientos metros de ella, arrojando vendavales de ladridos a través del bosque. Un día de ésos, ella decidiría que ya bastaba; daría una palmadita al asiento de la camioneta por última vez, y llevaría a Peter al veterinario de Augusta. Pero no sería ese verano, por favor, Señor. Ni ese otoño ni ese invierno, por favor, Señor, o nunca, por favor, Señor.

Porque se quedaría sola sin Peter. Excepción hecha de Jim, y Jim Gardener se había vuelto algo chiflado en los últimos ocho años. Aún era un amigo, pero… chiflado.

—Me alegro de que estés de acuerdo, *Pete*, muchacho —dijo, mientras rodeaba los árboles con una o dos cintas, aunque sabía que quizá decidiera cortar otro grupo y, entonces, las cintas se pudrirían allí—. Tu buen gusto es superado sólo por tu apostura.

Peter, a sabiendas de lo que se esperaba de él (era viejo, mas no estúpido), meneó su raído rabo y ladró.

—¡Hazte el «vietcong»! —ordenó Anderson.

Peter, obediente, se tendió de costado (un pequeño jadeo se le escapó) y rodó sobre el lomo con las patas estiradas. Eso casi siempre divertía a Anderson, pero en ese momento, al ver a su perro fingiéndose muerto (Peter también lo hacía cuando le decía «vino» y «My Lai»), recordó con demasiada claridad lo que había pensado unos minutos antes.

—Arriba, Peter.

Éste se levantó con lentitud, entre jadeos. Ya tenía el hocico blanco.

—Vamos a casa.

Le arrojó una galleta para perro. Peter trató de atraparla en el aire y falló. Olfateó en su busca, la pasó por alto y volvió. Por fin, la comió poco a poco, sin mucho apetito.

—Bueno —dijo Anderson—. En marcha.

3

Por falta de un clavo, se perdió el reino…, por la elección de un sendero, la nave fue encontrada.

Como no era la primera vez que Anderson andaba por allí en los trece años transcurridos desde que «lo de Garrick» se convirtió en «lo de Anderson», reconoció la pendiente, un montón de ramas dejadas por leñadores que tal vez hubiesen muerto todos antes de la guerra de Corea, y un pino grande con la copa hendida. Por ello no le costaría trabajo hallar el camino por donde pasaría el Tomcat. Quizá había pasado una, dos, cinco veces a pocos metros, a escasos centímetros, por el sitio en que

tropezó.

En esa ocasión siguió a Peter, que se apartaba algo hacia la izquierda. Con el sendero ya a la vista, una de sus viejas botas chocó con algo… y lo hizo con fuerza.

—¡Ay! —chilló, pero era demasiado tarde; pese a sus brazos convertidos en aspas de molino, cayó al suelo. La rama de una mata le arañó la mejilla con tanta fuerza que le rasgó la piel.

—¡Mierda! —gritó, y un grajo le afeó su lenguaje.

Peter volvió. Después de olfatearle la nariz, le dio un lengüetazo.

—¡No hagas eso, por favor! ¡Tu aliento es nauseabundo!

Peter meneó el rabo. Anderson se incorporó. Al frotarse la mejilla izquierda, los dedos y la palma de la mano se le mancharon de sangre. Soltó un gruñido.

—¡Qué bien! —protestó. Miró alrededor para ver con qué había tropezado; una rama caída, con toda seguridad, o alguna roca que sobresalía del suelo. Pensó que en Maine había demasiadas rocas.

Entonces vio un destello metálico.

Todavía sentada en el suelo deslizó un dedo a lo largo del objeto; después quitó con un soplido el negro polvo del bosque.

—¿Qué es esto? —preguntó a Peter.

El sabueso se acercó para olfatearlo. Entonces hizo algo peculiar: retrocedió dos pasos de perro, se sentó y emitió un aullido sordo.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Anderson.

Pero Peter se limitó a permanecer sentado. Anderson se aproximó un poco más, a rastras sobre el fondillo de los vaqueros, y examinó aquel objeto.

Unos siete u ocho centímetros sobresalían de la tierra esponjosa; lo suficiente como para provocar su tropezón. Allí había una ligera elevación del suelo; quizá los desmoronamientos provocados por las fuertes lluvias de primavera lo habían dejado al descubierto. La primera idea de Anderson fue que los leñadores encargados de talar esa parcela, durante los años 20 y 30, habrían sepultado allí los desperdicios de tres días de tala.

Una lata de comida, se dijo; aceite, carne en conserva o sopa. La meneó un poco como para sacarla de la tierra. En ese momento se le ocurrió que sólo un niño muy pequeño tropezaría con el borde de una lata. El metal sepultado no se movió. Era tan sólido como la roca viva. ¿Tal vez vieja maquinaria de leñadores?

Anderson, intrigada, examinó aquello con mucha más atención, sin observar que Peter se había levantado para retroceder otros cuatro pasos antes de sentarse de nuevo.

El metal era de un gris opaco; no tenía el brillo de la hojalata, y era más grueso que un bote de conservas; mediría unos siete u ocho centímetros en la parte alta. Anderson apoyó la yema del índice sobre ese borde y percibió un extraño cosquilleo

pasajero, como una vibración.

Quitó el dedo y se lo miró, desconcertada.

Volvió a apoyarlo.

Nada. Ni un zumbido.

Entonces sujetó aquel objeto entre el pulgar y el índice, e intentó moverlo como si fuese un diente flojo. No pudo. Tenía aquella protuberancia aferrada más o menos por el centro. Se hundía en la tierra (al menos ésa fue su impresión entonces) unos cinco centímetros por cada lado. Más adelante diría a Jim Gardener que podría haber pasado por allí tres veces al día, durante cuarenta años, sin tropezar con aquello.

Apartó la tierra suelta para descubrirlo un poco más. Con los dedos excavó un canal de cinco centímetros de profundidad alrededor del objeto; la tierra cedía con facilidad, como suele ocurrir en los bosques, al menos hasta que se llega a las redes formadas por las raíces. El objeto se prolongaba sin variantes, tierra abajo. Anderson se incorporó sobre las rodillas y continuó cavando por ambos lados. Intentó moverlo de nuevo, pero nada consiguió, aquello no cedía.

Siguió apartando la tierra con las manos y pronto dejó más metal al descubierto: quince centímetros de metal gris, veinticinco, treinta…

Es un coche, un camión o una carretilla para troncos, pensó de súbito. Allí enterrado, en el medio de la nada. O tal vez un hornillo. Pero ¿qué hacía allí?

No se le ocurrió ningún motivo; ninguno, en absoluto: De vez en cuando hallaba cosas en el bosque: casquillos de proyectiles, latas de cerveza (de las antiguas, que no tenían perforaciones arrancables, sino los agujeros triangulares que dejaban unos abrelatas especiales), envolturas de caramelos y cosas por el estilo. Haven no estaba en ninguno de los dos grandes distritos turísticos de Maine; uno de ellos abarcaba la región del lago y la montaña, hasta el extremo occidental del estado; el otro, la costa hasta el extremo oriental. Pero tampoco era bosque primitivo desde hacía muchísimo tiempo. Una vez (ella había franqueado la derruida pared de la parte posterior, por lo que, en realidad, había invadido los terrenos de la Papelera Nueva Inglaterra) encontró la herrumbrosa carrocería de un Hudson Hornet, modelo de 1948 ó 49, abandonado en un antiguo camino del bosque; veinte años después de interrumpida la tala, el camino era una maraña de rebrotes. No había motivo alguno para que hubiera una carrocería de coche… pero, aun así, resultaba más fácil explicar su presencia que la de una cocina, una nevera, o la de cualquier otra porquería enterrada allí.

Cavó una zanja de treinta centímetros a cada lado del objeto, sin encontrar su extremo. Profundizó casi treinta centímetros más, hasta que se raspó los dedos con una roca. Tal vez hubiera podido arrancarla (al menos, se movía un poco), pero ni se molestó en hacerlo porque el objeto enterrado se prolongaba más hacia abajo.

Peter gimió.

Anderson miró al perro y se levantó. Las rodillas le crujieron. El pie izquierdo le

cosquilleaba, lleno de alfileres. Sacó su reloj de bolsillo (el Simon, viejo y manchado por los años, era otro legado de su tío Frank) y se quedó atónita al ver el tiempo que llevaba allí: una hora y cuarto por lo menos. Eran más de las cuatro.

—Vamos, Peter —dijo—. Salgamos de aquí.

Peter gimió otra vez, pero no se movió. Y entonces, con verdadera preocupación, Anderson vio que el viejo sabueso temblaba como atacado por la malaria. No tenía idea de que los perros pudieran enfermar de malaria, pero quizá afectaba a los viejos. Recordó que sólo una vez había visto a Peter temblar así: en el otoño de 1977 (o tal vez fuera en el 78). Por esa época hubo un gato montés en la zona que gritó y chilló a lo largo de unas nueve noches, tal vez en celo no correspondido. Cada una de esas noches, Peter se acercaba a la ventana de la salita y subía de un salto al viejo banco de iglesia que Anderson tenía allí junto a la biblioteca. No ladraba; se limitaba a mirar en la oscuridad, hacia aquel chillido ultraterreno y femenino, con las fosas nasales dilatadas y las orejas erguidas. Y temblaba.

Anderson pasó por encima de su pequeña excavación para acercarse, a Peter. Se arrodilló junto a él y le acarició la cabeza, lo que hizo que percibiera los temblores con las manos.

—¿Qué ocurre, muchacho? —murmuró, pero ella sabía muy bien lo que pasaba. El ojo sano de Peter se desviaba más allá, hacia el objeto enterrado, y volvía a su dueña. La súplica de ese ojo, no velado por la detestable catarata lechosa, era más clara que un discurso: *Vámonos de aquí, Bobbi; esa cosa me gusta casi menos que tu hermana*.

—Está bien —dijo Anderson, intranquila. De pronto se le ocurrió que no recordaba haber perdido nunca la noción del tiempo como le había ocurrido en aquel lugar.

«A Peter no le gusta. A mí, tampoco».

—Vamos.

Echó a andar por la cuesta, hacia el sendero, y Peter la siguió presuroso.

Se hallaban casi en la senda cuando Anderson, como la mujer de Lot, miró hacia atrás. De no haber sido por esa última mirada, quizá lo hubiese dejado correr. Desde que abandonó la Universidad antes de examinarse, pese a las lacrimosas súplicas de su madre y furiosas diatribas de su hermana, Anderson se había especializado en dejar correr las cosas.

Esa mirada hacia atrás, desde una distancia media, le hizo ver dos cosas. Primera, que el objeto no se hundía en la tierra, como ella había pensado en un principio; la metálica lengua asomaba en medio de un declive bastante reciente, no muy ancho, pero sí algo profundo, tal vez a causa de los deslizamientos del invierno y de las fuertes lluvias primaverales que lo siguieron; por lo tanto, a ambos lados del metal saliente, la tierra estaba más alta y el objeto desaparecía en ella. Su primera

impresión, que el objeto enterrado formaba la esquina de algo, era errónea después de todo… al menos, no muy segura. Segunda, que parecía un plato, pero no el plato de una vajilla, sino una placa metálica opaca, como de carrocería o…

Peter ladró.

—Bueno, ya te oigo —dijo Anderson—. Vamos. Vamos… y dejemos esto como está.

Anduvo por el centro del sendero y dejó que Peter la guiara de nuevo hasta el camino de leñadores, siguiéndole el inestable ritmo, mientras disfrutaba del frondoso verdor del estío. Y ése era el primer día del verano ¿no? El solsticio. El día más largo del año.

Mató un mosquito de una palmada y sonrió. El verano resultaba agradable en Haven; la mejor época. Y aunque Haven no era la mejor de las zonas, situada como estaba muy por encima de Augusta, en esa parte central del estado que casi todos los turistas pasaban por alto, se trataba de un buen lugar para descansar. En otros tiempos, Anderson había creído que sólo pasaría allí los pocos años que necesitaba para recobrarse de los traumas de la adolescencia, de su hermana y su abrupto abandono de los estudios (fracaso, lo llamaba Anne). Pero esos pocos años se habían convertido en cinco; los cinco, en diez; los diez, en trece… Y mira ahora, mujer: Peter está viejo y tú tienes una buena cosecha de canas que asoma en esos cabellos, antes tan negros como el río Estigia (dos años se lo había cortado casi al estilo *punk*, sólo para descubrir, horrorizada, que las canas eran más visibles todavía; desde entonces, prefería dejárselo largo).

Había considerado la posibilidad de pasar el resto de su vida en Haven, si se exceptuaba el obligatorio viaje anual o bianual a Nueva York, para entrevistarse con su editor. La aldea la atrapaba. El lugar la atrapaba. La tierra la atrapaba. Y eso no estaba tan mal. Era tan bueno como cualquier otra cosa.

«Como un plato. Un plato de metal».

Quebró una ramita bien cargada de hojas nuevas y la sacudió alrededor de su cabeza. Los mosquitos acababan de descubrirla y parecían decididos a merendar a su costa. Mosquitos que giraban alrededor de su cabeza… y pensamientos como mosquitos que zumbaban dentro de la misma. Pero a éstos podía espantarlos.

«Ha vibrado por un segundo bajo mi dedo. Como un diapasón. Pero cuando lo he tocado otra vez, había cesado. ¿Es posible que algo enterrado vibre así? No, sin duda. Tal vez…»

Tal vez había sido una vibración psíquica. Ella no era una incrédula total con respecto a esas cosas. Quizá su mente había percibido algo en ese objeto sepultado y se lo había comunicado del único modo posible: mediante una impresión táctil, de vibración. Peter también había percibido algo, por cierto; el viejo sabueso no quería acercarse a aquel objeto.

«Olvídalo», se dijo. Y lo hizo.

Por el momento.

4

Esa noche se levantó un ventarrón, y una temblorosa Anderson salió al porche delantero para fumar y escuchar las palabras del viento. En otros tiempos (hasta un año antes), Peter la habría acompañado, pero ahora permanecía en la sala, acurrucado junto a la cocina con el rabo contra la nariz, en su alfombrilla tejida a mano.

Anderson descubrió que su mente repasaba aquella última mirada al plato que salía de la tierra. Más adelante llegó a creer que había existido un momento (quizá cuando arrojó el cigarrillo al camino de grava) en que decidió desenterrarlo para ver qué era… aunque por aquel entonces no reconoció la decisión en un plano consciente.

Su mente tenía una preocupación incesante: averiguar qué era aquel objeto. En esos momentos lo dejó correr; había descubierto que cuando la mente insiste en volver a determinado tema, por mucho que uno intentara apartar esa idea, lo mejor era dejarlo correr. Sólo los obsesivos se preocupaban por las obsesiones.

Quizá formara parte de alguna construcción, arriesgó su mente; una prefabricada. Pero nadie levanta edificios metálicos en medio del bosque. ¿A qué tantas chapas allí, si tres hombres levantaban un cobertizo en seis horas, con sólo serruchos, hachas y una sierra de doble mango? Un coche tampoco; de lo contrario, el metal que sobresalía habría estado descascarillado por la herrumbre. La caja de un motor, era lo más probable, pero ¿por qué?

Y en ese momento, al caer la oscuridad, el recuerdo de la vibración volvió a su mente con indiscutible certeza. Tenía que haber sido una vibración psíquica, si ella la había percibido. Tenía que…

De pronto sintió una fría y terrible seguridad: había alguien sepultado allí. Tal vez había desenterrado el borde de un automóvil, una nevera vieja, hasta un arcón de acero. Cualquiera que hubiera sido su aplicación en la vida de superficie, ahora se trataba de un ataúd. ¿La víctima de algún asesinato? ¿Quién, si no, estaría sepultado en semejante envase? Cualquier tipo podía vagar por los bosques en la temporada de caza y perderse allí hasta morir, pero era difícil que llevara una caja metálica consigo para meterse en ella cuando muriera. Incluso si se consideraba esa estúpida posibilidad, ¿quién habría enterrado la caja? «No jorobemos, muchacho», como decíamos en los años de nuestra juventud.

La vibración había sido la llamada de huesos humanos.

«¡Vamos, Bobbi, no seas tan jodidamente estúpida!»

De cualquier modo, un estremecimiento se abrió paso en ella. La idea tenía un

poder de convicción extraño, como un cuento Victoriano de aparecidos que resultara anacrónico en el mundo de los ordenadores, encaminados hacia las desconocidas maravillas y los horrores del siglo XXI, pero que aún ponía la carne de gallina. Anderson oyó la risa de Anne y sus palabras: «Te estás volviendo tan chiflada como tío Frank, Bobbi, y es justo lo que te mereces por vivir así, sola con un perro maloliente».

Seguro. La fiebre del páramo. El complejo del ermitaño. Avisad al médico y a la enfermera, Bobbi está enferma…, y empeora.

De cualquier modo sintió un urgente deseo de hablar con Jim Gardener. Necesitaba hablar con él. Entró para telefonear a su casa, en la población de Troy, carretera arriba. Había marcado ya cuatro dígitos cuando recordó que él estaba de viaje, dando unas conferencias. Esas charlas y los talleres de poesía eran su medio de subsistencia; para los artistas itinerantes, el verano constituía la mejor temporada. «Las matronas premenopáusicas tienen que hacer algo durante el verano, —oyó el irónico comentario de Jim—. Y yo tengo que comer en el invierno. Una mano lava la otra. Deberías dar las gracias a Dios por haberte salvado de esas conferencias, Bobbi».

Sí, ella se había salvado de eso, aunque pensaba que Jim no reconocía cuánto le gustaban. Además, de ese modo conseguía bastantes compañeras a la hora de irse a la cama.

Dejó el auricular en su horquilla y contempló la biblioteca de cinco estantes a la izquierda de la estufa. No era un mueble bonito (nunca había sido buena para la carpintería, y jamás lo sería), pero cumplía con su finalidad. Los dos estantes inferiores estaban ocupados por una colección de *Time-Life* encuadernados sobre el Lejano Oeste. Los dos siguientes, con una mezcla de ficción e historia sobre el mismo tema; los primeros *westerns* de Brian Garfield, apretujados contra la abultada obra *Western Territories Examined*, de Hubert Hampton; la producción literaria de Louis L'Amour junto a dos novelas maravillosas de Richard Marius: *The Corning of Rain y Bound for the Promised Land*. Tenía también *Bloodletters and Badmen*, de Jay R. Nash, así como *Westward Expansion*, de Richard F. K. Mudgett, unidos a un montón de libros de bolsillo escritos por Ray Hogan, Archie Jocelyn, Max Brand, Ernest Haycox y, por supuesto, Zane Grey. Una copia de *Riders of the Purple Sage* había sido leída hasta quedar como unos zorros.

En el estante superior estaba su propia obra: once libros en total. Diez de ellos eran *westerns*, comenzando con *Hangtown*, publicado en 1975, y terminando con *The Long Ride Back*, aparecido en 1986. *Massacre Canyon*, el último, sería publicado en septiembre, como había hecho en todas sus novelas, desde el principio. En ese momento se le ocurrió que había recibido el primer ejemplar de *Hangtown* cuando ya estaba radicada allí, en Haven, aunque comenzó a escribirla en el cuarto de un

apartamento, con una Underwood de 1930 que se caía de vieja. Pero le dio fin en Haven, y en Haven tuvo entre las manos el primer ejemplar del libro publicado.

En Haven. Toda su carrera de escritora se había desarrollado allí…, excepto el primer libro.

Lo sacó del estante y lo miró con curiosidad; haría unos cinco años que no cogía el delgado volumen. No sólo la deprimió el pensamiento de lo rápido que transcurría el tiempo, sino también la frecuencia con que meditaba últimamente en ello.

Ese primer libro presentaba un contraste total con los otros, cuyas cubiertas mostraban mesetas y fuertes, jinetes, vacas y aldeas polvorientas. La portada reproducía un grabado del siglo XIX en que se veía a un clíper que se disponía a atracar. Sus definidos blancos y negros resultaban sorprendentes, casi escalofriantes. *Boxing de Compass* era el título que aparecía impreso sobre el grabado. Y debajo de él: *poemas de Roberta Anderson*.

Abrió el libro para hojear más allá del título. La fecha del registro de la propiedad le inspiró algunos pensamientos: 1974. Luego, se detuvo ante la dedicatoria, tan nítida como el grabado *Este libro es para James Gardener*. El mismo hombre a quien había intentado llamar. El segundo de los tres hombres con los cuales había tenido relaciones sexuales, y el único que había sabido llevarla hasta el orgasmo. Aunque ella no asignaba una importancia muy especial a ese hecho. No demasiada, en realidad. Al menos, eso pensaba. O eso creía que pensaba. O algo así. De cualquier modo, ya no importaba: aquellos tiempos eran antiguos también.

Con un suspiro dejó el libro en el estante sin mirar los poemas. Sólo uno de ellos tenía valor. Había sido escrito en marzo de 1972, un mes después de que su abuelo muriera de cáncer. El resto, basura; el lector distraído se dejaría engañar, porque ella era una escritora de talento, pero la médula de éste se hallaba en otra parte. Cuando publicó *Hangtown*, el círculo de escritores que conocía le volvió la espalda. Todos, menos Jim, quien publicó *Boxing the Compass* en primer lugar.

Poco después de su llegada a Haven, envió a Sherry Fenderson una larga y parlanchina carta. Como respuesta recibió una seca postal; *No vuelvas a escribirme, por favor. No te conozco*. Estaba firmada con una *S*, tan seca y dura como el mensaje.

Cuando ella lloraba sobre la postal, sentada en el porche, Jim apareció.

—¿Y te preocupa lo que esa tonta piense? —se extrañó—. ¿Confiarías en el criterio de una mujer que anda por ahí con gritos de «¡El pueblo al poder!» perfumada con Chanel número cinco?

—Pero es muy buena poetisa —sollozó ella.

Jim hizo un gesto de impaciencia.

—No por eso posee una mente adulta ni es capaz de renegar de las ideas que le han inculcado, y se ha inculcado. Piensa con la cabeza, Bobbi. Si quieres proseguir con aquello que más te gusta, piensa con la cabeza, y para ya con ese jodido llanto.

¡Me pone enfermo, qué joder! ¡Me da ganas de vomitar, qué joder! Tú no eres débil. Yo sé qué es la debilidad porque lo soy. ¿Por qué has de ser lo que no eres? ¿Por tu hermana? ¿Por eso? Ella no está aquí, tú no eres ella y ni siquiera tienes que recibirla si no lo deseas. Para ya de gimotear por tu hermana. Madura de una vez, y déjate de tonterías.

Anderson recordó que lo había mirado con sorpresa.

—Existe una gran diferencia entre realizar bien lo que se hace y ser inteligente con lo que se sabe —agregó él—. Sherry necesita un poco de tiempo para crecer. Tú, también. Espera. Y deja de juzgarte. Es muy aburrido. No quiero oír más lloriqueos, son para los idiotas. No seas idiota.

Ella había sentido odio y amor hacia él; que lo quería por entero y que nada deseaba saber. ¿Decía estar al tanto de qué era la debilidad? ¿Y cómo no? Estaba vencido. Ella lo sabía.

—Y ahora —prosiguió él—, ¿qué prefieres: acostarte con un ex editor o seguir con tu llanto por esa estúpida postal?

Se acostó con él. Todavía no sabía, como no lo sabía en aquel entonces, si en realidad quería, pero lo hizo. Y gritó al llegar al orgasmo.

Eso ocurrió cerca del final.

«De cualquier modo, ya no importa», pensó. Y se repitió el buen consejo de siempre: «Déjalo correr».

Consejo más fácil de dar que de seguir. Anderson tardó largo rato en conciliar el sueño aquella noche. Al coger sus poemas de estudiante, había agitado viejos fantasmas… O tal vez el culpable había sido el viento fuerte y templado que silbaba entre los árboles y trompeteaba en los aleros.

Cuando casi se había dormido, Peter, que aullaba en sueños, la despertó. Se levantó de prisa, asustada. No era la primera vez que Peter hacía mucho ruido mientras dormía (por no mencionar ciertas ventosidades de lo más ofensivas), pero nunca antes había aullado así. Era como despertarse con los gritos de un niño apresado en una pesadilla.

Fue desnuda a la salita de estar, sólo llevaba las medias cortas puestas, y se arrodilló junto al perro, que aún se encontraba en la alfombrilla junto a la estufa.

—*Pete* —murmuró—. Eh, *Pete*, tranquilo.

Lo acarició. Estaba temblando; al contacto de su mano, dio un respingo y descubrió los restos de sus gastados dientes. Luego abrió los ojos, el sano y el ciego, y pareció volver por sus fueros. Con un débil gemido, golpeó el suelo con la cola.

—¿Estás bien? —preguntó Anderson.

El sabueso le lamió la mano.

—Entonces, échate otra vez. Y deja de gemir. Es aburrido. ¡Deja ya de joder!

Peter volvió a tenderse y cerró los ojos. Anderson lo observaba, de rodillas,

preocupada.

«Soñaba con ese objeto».

Su mente racional rechazaba la idea, pero la noche insistía con su propio imperativo: era cierto, y ella lo sabía.

Por fin se acostó. Se durmió en algún momento, pasadas las dos de la madrugada. Tuvo un sueño peculiar. Se veía andando a tientas en la oscuridad… pero no buscaba algo, sino que huía de algo. Estaba en el bosque. Las ramas le azotaban la cara y le pinchaban los brazos. A veces tropezaba con raíces y troncos caídos. Entonces, allá delante, una horrible luz verde brilló, en un solo rayo, como dibujado con lápiz. En su sueño, ella pensó en el cuento de Poe, *The Tell-Tale Heart*, y en la lámpara del narrador demente, cubierta por completo, con excepción de un diminuto agujero, que él usaba para dirigir un rayo de luz hacia el ojo maligno que imaginaba en su anciano benefactor.

Bobbi Anderson sintió que los dientes se le caían.

Se le desprendieron sin dolor, todos. Los de abajo de forma desigual, unos hacia fuera y otros dentro de la boca, donde quedaron sobre la lengua o debajo de ella, en bultitos duros. Los de arriba resbalaron por la pechera de su blusa. Uno se le atascó en el sujetador, que se abrochaba por delante, clavándosele en la piel.

La luz. La luz verde. La luz…

5

… tenía algo raro.

No sólo porque era gris y perlada. Cabía esperar que un viento como el que había soplado durante la noche llevara consigo un cambio de clima. Pero comprendió que había algo más aun antes de mirar el reloj de la mesita. Lo cogió con ambas manos para acercárselo al rostro, aunque su vista era perfecta: las tres y cuarto de la tarde. Había tardado mucho en dormirse; pero no importaba a qué hora conciliara el sueño; el hábito o la necesidad de orinar la despertaban siempre antes de las nueve; a las diez a lo sumo. Pero había dormido doce horas seguidas…, y se sentía hambrienta.

Arrastró los pies hasta la sala de estar, otra vez con las medias cortas por toda vestimenta. Peter estaba tendido sobre un flanco, laxo, con la cabeza echada hacia atrás y las patas estiradas, mostrando los restos de sus dientes amarillos.

«Ha muerto —pensó con fría y absoluta certidumbre—. Peter ha muerto, durante la noche».

Se acercó al perro a la espera de la sensación de carne fría y pelaje sin vida. Entonces, Peter emitió un sonido borboteante, con temblor de labios: un borroso ronquido perruno. Un enorme alivio la inundó. Pronunció en voz alta el nombre del perro y éste se levantó de un salto, casi culpable, como si tuviese perfecta conciencia

de haber dormido demasiado. Tal vez era así; los perros parecían tener muy desarrollado el sentido del tiempo.

—Nos hemos quedado dormidos, amigo —dijo.

Peter se levantó y estiró las patas traseras: primero una, después la otra. Miró alrededor, con una perplejidad casi cómica, y se dirigió hacia la puerta. Anderson abrió. Peter se detuvo un momento, disgustado con la lluvia, y por fin salió para hacer sus necesidades.

Anderson permaneció un momento más en la salita, aún extrañada por su certeza de que Peter estaba muerto. ¿Qué diablos le ocurría últimamente? Sólo pensaba en cosas tristes y sombrías. Por fin se encaminó hacia la cocina para prepararse un almuerzo… o como se llamase a la comida que se hacía a las tres de la tarde.

En el trayecto se desvió hacia el cuarto de baño para hacer también sus necesidades. Se detuvo ante la imagen reflejada en el espejo, salpicado de pasta dentífrica. Una mujer que se acercaba a la cuarentena. Aparte de su canoso cabello, no estaba tan mal; no bebía mucho, fumaba poco, y, cuando no escribía, se pasaba la mayor parte del día al aire libre. Cabello negro de irlandesa (nada de románticas llamaradas pelirrojas en su caso), algo más largo de lo debido. Ojos gris azulado. De pronto se miró los dientes, casi con el temor de ver sólo encías rosadas.

Pero allí estaban, todos. Gracias al agua con flúor de Utica, Nueva York. Se los tocó, y permitió que sus dedos demostraran aquella realidad ósea al cerebro.

Pero algo andaba mal.

Algo húmedo.

Tenía mojada la parte interna superior de los muslos.

«Oh, no, diablos, me ha venido con casi una semana de antelación. Y ayer cambié las sábanas de la cama…»

Una vez se hubo duchado, puso una compresa en las bragas de algodón y se acomodó bien el paquetito en su sitio. Después revisó las sábanas y vio que estaban impolutas. Se le había adelantado el período pero, al menos, con la consideración de esperar a que ella estuviera despierta. Y no había motivo de alarma: aunque era bastante regular, de vez en cuando tenía atrasos o adelantos, tal vez consecuencia de cambios en la dieta, la tensión nerviosa subconsciente o algún reloj interior donde una rueda dentada resbalaba. La idea de envejecer no le causaba problemas, y a veces pensaba que sería un alivio acabar con todas esas molestias de la menstruación.

Desaparecido el resto de la pesadilla nocturna, Bobbi Anderson fue a prepararse un muy tardío desayuno.

DOS

ANDERSON EXCAVA

1

Llovió sin cesar durante los tres días siguientes. Anderson vagaba por la casa, inquieta. Hizo un viaje a Augusta en la camioneta con Peter; fue a comprar provisiones que en realidad no necesitaba. Bebía cerveza y escuchaba viejas melodías mientras hacía algunos apaños en la casa. Por desgracia, no había mucho que arreglar.

Hacia el tercer día, comenzó a dar vueltas alrededor de la máquina de escribir, mientras pensaba que quizá debía comenzar el nuevo libro. Sabía cuál sería el argumento: una joven maestra y un cazador de búfalos atrapados en una guerra de fronteras en Kansas, a principios de 1850, un período durante el cual todo el centro del país parecía prepararse para la guerra civil, lo supiera o no. En su opinión, sería un buen libro, pero no creía que estuviera del todo «listo», cualquiera que fuese el significado de eso (un mimo sardónico, que imitó la voz de Orson Welles, despertó en su mente: *No escribiremos una novela antes de tiempo*). Pero la inquietud tironeaba de ella; todos los síntomas estaban allí: impaciencia con los libros, la música y consigo misma. La tendencia a divagar… para, de pronto, encontrarse ante la máquina de escribir, con ganas de llevarla hacia algún sueño.

También Peter parecía inquieto; rascaba la puerta al salir y la rascaba de nuevo cinco minutos después para entrar; vagaba por la casa, se echaba, se levantaba…

«Baja presión ambiental —pensó Anderson—. Eso es todo. Nos pone inquietos a los dos, nerviosos».

Y ese maldito período menstrual. Lo habitual era un flujo denso que se interrumpía de pronto, como si hubiese cerrado un grifo. En esta ocasión no dejaba de gotear. «Ando mal de los cueritos, ja, ja», pensó sin humor.

Al oscurecer del segundo día lluvioso, se encontró sentada ante la máquina de escribir, con una hoja en blanco metida en el carro. Comenzó a golpear las teclas. Lo que salió fue un montón de X e Y que parecía una ecuación matemática. Era estúpido; no se metía con las matemáticas desde que aprobó Álgebra II, cuando asistía al Instituto. En la actualidad, la X sólo le servía para tachar palabras equivocadas. Arrancó la hoja y la tiró.

Tras el almuerzo del tercer día de lluvia, telefoneó al departamento de lengua inglesa de la Universidad. Jim no daba clase allí desde hacía ocho años, pero aún tenía amigos en la facultad y mantenía contacto con ellos. Muriel, la de la oficina, solía saber por dónde andaba.

Y en esa ocasión lo sabía. Jim Gardener, según le dijo, haría una lectura en Fall River esa misma noche, 24 de junio, seguida por otras dos en Boston, en las tres noches siguientes. Después, daría una serie de charlas en Providence y en New Haven, todo lo cual formaba parte de algo llamado Caravana Poética de Nueva Inglaterra. «Ha de ser cosa de Patricia McCardle», pensó Anderson, con una ligera sonrisa.

—¿Cuándo regresa? ¿El 4 de julio?

—Caramba, Bobbi, no lo sé —respondió Muriel—. Ya conoces a Jim. Da la última charla el 30 de junio. Es lo único que puedo decirte.

Agradeció su atención y cortó la comunicación. Se quedó mirando el teléfono, pensativa, mientras la imagen de Muriel acudía a su mente. Muriel, otra muchacha irlandesa (aunque con la debida cabellera roja) que comenzaba a dejar atrás sus mejores años; rostro redondo, ojos verdes, senos grandes. ¿Se había acostado con Jim? Tal vez sí. Anderson sintió una chispa de celos, pero apenas una chispa. Muriel era buena chica. Bastaba hablar con ella para sentirse mejor; se trataba de alguien que la conocía, que la miraba como a una persona, no sólo como una clienta al otro lado del mostrador, en la ferretería de Augusta, o como alguien a quien decir qué tal por encima del buzón. Solitaria por naturaleza, aunque no monástica, el simple contacto humano solía colmarla, cuando ella ni sospechaba su necesidad de ser colmada.

Además, ahora creía saber por qué había querido ponerse en contacto con Jim; para eso, al menos, había servido su charla con Muriel. El objeto enterrado en el bosque no se apartaba de su mente. La idea de un ataúd clandestino se había convertido en certidumbre para ella. No era la necesidad de escribir lo que la inquietaba, sino la de excavar. Pero no quería hacerlo sola.

—Bueno, parece que tendré que hacerlo yo sin más ayuda, Peter —dijo, y se acomodó en la mecedora junto a la ventana del Este: su asiento para leer.

Peter le lanzó una breve mirada. «Como quieras, nena», parecía decir el animalito. Anderson se incorporó de súbito y lo miró con atención. Peter le devolvió la mirada con bastante alegría, mientras golpeaba el suelo con el rabo. Por un momento le pareció que había algo diferente en el perro…, algo tan obvio que debía verlo.

Sin embargo no lo veía.

Se acomodó otra vez en la mecedora y abrió su libro: una tesis de la Universidad de Nebraska, cuya parte más interesante se encontraba bajo el título de *La guerra de fronteras y la Guerra Civil*. Recordó que, un par de noches antes, había pensado en qué habría dicho sú hermana Anne: *Te estás volviendo tan chiflada como tío Frank, Bobbi*. Bueno, tal vez fuera así.

Al poco tiempo se hallaba abstraída en la tesis; de vez en cuando tomaba alguna nota en la libreta que tenía a mano. Afuera, la lluvia continuaba.

2

El día siguiente amaneció claro, luminoso, inmaculado: una postal de verano; además, había brisa suficiente para mantener los insectos a distancia. Anderson trajinó por la casa hasta casi las diez, y cada vez sentía más la presión a que su mente la sometía para que saliera a excavar «aquello». También, el modo en que su conciencia luchaba contra ese impulso (Orson Welles otra vez: *No desenterraremos ningún cadáver antes de*… «Oh, cállate Orson»). Para ella se habían acabado los tiempos de seguir el impulso del momento, estilo de vida predicado con el desnudo lema: «Si hace que te sientas bien, ve por ello». Esa filosofía nunca le dio buenos resultados; más aún: casi todo lo malo que le había ocurrido tenía sus raíces en algún acto irreflexivo. Pero no condenaba a quienes vivían la existencia según los propios impulsos; tal vez todo se debía a que sus intuiciones no eran muy buenas.

Tomó un abundante desayuno y agregó un huevo revuelto al alimento para perros de Peter (el sabueso comió con más apetito que de costumbre, tal vez porque las lluvias habían pasado). Luego fregó los platos.

Todo habría estado bien si al menos hubiese dejado de «gotear». Pero no era cuestión de pensar mucho en ello. «No cortaremos ningún período menstrual antes de tiempo. ¿Verdad, Orson? Perfecto».

Salió al exterior, con un viejo sombrero de paja clavado en la cabeza, y pasó la hora siguiente en el jardín. Fuera, las cosas estaban mejor de lo que cabía esperar con tanta lluvia. Los guisantes crecían y el maíz «se levantaba hermoso», como tío Frank habría dicho.

A las once renunció. A la mierda. Rodeó la casa para llegar hasta el cobertizo y cogió un pico y una pala. Después de pensarlo por un momento agregó una palanca. Iba a salir del cobertizo, pero se detuvo para llevarse un destornillador y una llave inglesa.

Peter quiso ir con ella, como siempre, pero Anderson no se lo permitió.

—No, Peter. —Y señaló hacia la casa.

El perro se detuvo, con expresión dolorida. Emitió un gemido y dio un paso vacilante hacia Anderson.

—No, Peter.

El animal cedió y se encaminó hacia la casa, con la cabeza gacha y el rabo caído, sin ánimo. Le dio pena que se fuera así, pero Peter había reaccionado mal ante la placa enterrada. Se detuvo un momento más en el sendero que la conduciría a la ruta del bosque, con el pico en una mano y la pala en la otra, mientras Peter subía los peldaños de atrás, abría la puerta trasera con el hocico y entraba en la casa.

«Tiene algo diferente —pensó—. Tiene algo diferente, pero ¿qué es?»

No lo sabía. Por un momento, de manera casi subliminal, el sueño de la noche

volvió a ella: la flecha de luz verde, venenosa…, y los dientes que se le caían sin dolor.

Enseguida desapareció. Entonces inició la marcha hacia el lugar en que se encontraba aquel objeto extraño, mientras escuchaba el incesante cri-cri-cri de los grillos en la pequeña huerta, que pronto estaría lista para la primera cosecha.

3

A las tres de la tarde, Peter la arrancó del embotamiento en que había estado trabajando, y la obligó a tomar conciencia de dos «casi»: estaba casi desfallecida de hambre y casi exhausta.

Peter aullaba.

Su aullido erizó la piel de Anderson, en la espalda y en los brazos. Dejó caer la pala que tenía entre las manos y retrocedió, apartándose del objeto enterrado, ese objeto que no era una placa, cajón ni cosa alguna que ella conociera. Sólo sabía con seguridad que había caído en un estado extraño, carente de pensamientos, que no le gustaba en absoluto. En esa ocasión no sólo había perdido la noción del tiempo, sino también la noción de sí misma; como si otra persona hubiese entrado en su cabeza, tal como un hombre entraría en una excavadora o en una grúa, para ponerla en marcha y manejar las palancas correspondientes.

Peter aullaba con el hocico elevado hacia el cielo: sonidos largos, luctuosos, escalofriantes.

—¡Basta, Peter! —chilló Anderson.

Gracias a Dios, Peter obedeció. Un aullido más y habría hecho que girara sobre sus talones para poner los pies en polvorosa.

En cambio luchó por dominarse, y lo consiguió. Retrocedió un paso más y lanzó un grito: algo blando le había tocado la espalda. Ante su grito, Peter emitió un aullido más y volvió a guardar silencio.

Anderson dio un manotazo a aquello que la había rozado, fuera lo que fuese, pensando que se trataba de… bueno, no sabía de qué, pero aun antes de que su mano se cerrara sobre el objeto, recordó qué era. Tenía una vaga noción de haberse detenido apenas lo suficiente para colgar su blusa de una mata, y allí estaba.

La cogió para ponérsela. Se la abotonó mal al primer intento y uno de los faldones quedó más largo que el otro. Corrigió el error mientras contemplaba la excavación que había comenzado; esa palabra arqueológica parecía ajustarse con toda exactitud a lo que estaba haciendo. Sus recuerdos de las cuatro horas y media que había dedicado a cavar eran idénticos al de haber colgado la blusa en la mata: nebulosos y entrecortados. No eran recuerdos, sino fragmentos.

Pero cuando contempló lo que había hecho, sintió un respeto casi religioso,

además de miedo, y una excitación creciente.

Aquello, fuera lo que fuese, parecía grande. No sólo grande; era enorme.

El pico, la pala y la palanca estaban tirados a trechos, a lo largo de una zanja de cuatro metros y medio abierta en el suelo del bosque. A distancias iguales había hecho pulcros montones de tierra negra y trozos de roca. De esta zanja, que medía alrededor de un metro veinte de profundidad en el sitio en que había tropezado con el metal gris, asomaba el borde de algún objeto metálico. *Metal gris… algún objeto*…

De una escritora cabía esperar algo mejor, más específico, pensó, al tiempo que se enjugaba el sudor de la frente con los brazos, pero ya no estaba segura de que ese metal fuese acero. En ese momento le pareció alguna aleación exótica: berilio, magnesio quizá; aparte su composición, no tenía la menor idea de qué podría ser aquello.

Cuando iba a desabrocharse los vaqueros para meterse la blusa, hizo una pausa.

La entrepierna de los desteñidos «Levi's» aparecía empapada de sangre.

«¡Por todos los santos, esto no es una menstruación, son las cataratas del Niágara!»

Durante un momento se asustó de verdad. Luego se reprochó su tontería. En una especie de deslumbramiento había hecho una excavación de la que cuatro hombres corpulentos hubieran podido enorgullecerse. Ella, una mujer que pesaba cincuenta y siete kilos, cincuenta y nueve a lo sumo. Era lógico que tuviera tanto flujo sanguíneo. En realidad, debería alegrarse de no sufrir también calambres.

«Caramba, qué poética estamos hoy, Bobbi», pensó, y dejó escapar una áspera risita.

Sólo necesitaba limpiarse: una ducha y un cambio de ropa lo arreglarían todo. De cualquier modo, los vaqueros ya estaban para la basura o para trapos. Un problema menos en este mundo confuso y preocupante, ¿no? Desde luego, aquello no suponía gran cosa.

Volvió a abrocharse los pantalones, sin meter los faldones de la blusa: no había necesidad de que se estropeara también, aunque no se tratara de un modelo de Dior. La sensación de tener algo mojado y pegajoso abajo le provocó una mueca. Caramba, qué ganas tenía de bañarse. Cuanto antes.

Pero en vez de subir por la cuesta hacia el sendero, se volvió hacia aquel objeto enterrado, atraída por él. Peter aulló, y con su aullido le volvió la carne de gallina.

—*¡Peter!* Por el amor de Dios, ¡cállate!

Rara vez le gritaba, al menos de verdad; pero, en ese momento, el grandísimo bobo hacía que se sintiera como si estuviese en una prueba de psicología conductista. En vez de saliva al sonido de una campana, carne de gallina cuando el perro aullaba. El principio era el mismo.

De pie, cerca de su hallazgo, se olvidó de Peter para observar el objeto, extrañada.

Después de unos instantes tendió la mano para tocarlo. Sintió otra vez aquella curiosa vibración, que le penetró en la mano y desapareció. En esta ocasión le pareció que había tocado un casco bajo el cual funcionaban máquinas muy pesadas a toda potencia. El metal en sí era tan pulido que su textura resultaba casi grasienta; tenía la sensación de que le quedaría algo en las manos.

Lo golpeó con los nudillos. Emitía un sonido sordo, como el de un grueso leño de caoba. Esperó un momento: después sacó el destornillador del bolsillo trasero del pantalón y, tras vacilar un momento (aunque se sentía culpable, casi vandálica) clavó la punta en el metal que estaba al descubierto. El metal ni se rayó.

Sus ojos le sugirieron dos ideas, pero cualquiera de ellas (o ambas) podía ser una ilusión óptica. La primera: el metal desaparecía en la tierra. La segunda: el borde era curvo. Esas dos apreciaciones, de ser ciertas, parecían dar una impresión a un tiempo estimulante, ridícula, temible, imposible…, dotada de cierta lógica demencial.

Deslizó la palma por el suave metal, pero de inmediato dio un paso atrás. ¿Qué demonios hacía? ¿Cómo acariciaba esa porquería, cuando la sangre le chorreaba por las piernas? Y la menstruación era el menor de sus problemas, si lo que había pensado resultaba cierto.

«Será mejor que avises a alguien, Bobbi. Ahora mismo».

«Telefonearé a Jim. Cuando él vuelva».

«Por supuesto. Gran idea: llamar a un poeta. También puedes avisar al reverendo Moon. Y quizá a Edward Gorey y a Gahan Wilson, para que lo dibujen. Después contrata a algunos conjuntos de rock para organizar aquí un verdadero Woodstock 1988, qué joder. ¡Vamos, Bobbi, déjate de tonterías! ¡Llama a la Policía!»

«No. Primero hablaré con Jim. Quiero que él lo vea. Deseo discutir el tema con él. Mientras tanto excavaré un poco más».

«Podría ser peligroso».

Sí. Más que *podría*: probablemente lo fuera. ¿Acaso no lo había percibido ella? ¿No lo sentía Peter? Y algo más: esa mañana, al bajar la cuesta desde el sendero, había encontrado la marmota muerta: casi tropezó con ella. Por el olor que despedía, su cadáver llevaba allí dos días, por lo menos: pero no había visto moscas ni oído zumbidos que la pusieran sobre aviso. Ni una sola mosca alrededor de la vieja *Marmi*, y Anderson no recordaba haber visto nada parecido. Tampoco advirtió señales de la causa de su muerte, pero creer que el objeto enterrado tenía algo que ver con ella era una suprema bobada. Con toda probabilidad, la vieja *Marmi* había comido algún cebo envenenado.

«Vuelve a casa. Cámbiate los pantalones. Estás empapada y apestas».

Retrocedió para apartarse del objeto. Luego giró en redondo y trepó la cuesta hacia el sendero. Allí, Peter le saltó encima y empezó a lamerle la mano, con una ansiedad algo patética. Apenas un año antes, habría tratado de ponerle el hocico en la

entrepierna, atraído por el olor, pero ya no. Ahora, sólo temblaba.

—Es culpa tuya, qué joder —le dijo—. Te había ordenado que esperaras en casa.

De cualquier modo, era una suerte que Peter hubiera ido a buscarla. Si no, Anderson habría seguido allí hasta el anochecer… y la idea de regresar en la oscuridad, con esa «cosa» tan cerca… no le gustaba en absoluto.

Miró hacia atrás desde el sendero. La altura le brindaba una visión más completa del objeto. Sobresalía de la tierra en un leve ángulo, según pudo observar. Se repitió su primera impresión de que el borde tenía una leve curva.

«Un plato: eso fue lo que pensé cuando excavé alrededor con los dedos. Un plato de acero, pero no de comer; aunque tal vez ya en ese momento, aunque era tan poco lo que asomaba, estaba pensando en el de comer. O en una fuente de servir».

«¡En un platillo volante, qué joder!»

4

De vuelta en casa, se dio una ducha y se puso ropa limpia; usó una de las compresas dobles, aunque el flujo menstrual parecía disminuir. Después se preparó una abundante cena: habichuelas cocidas en lata y salchichas de Frankfurt. Pero estaba demasiado cansada y apenas probó la comida. Dejó más de la mitad. Puso el plato en el suelo para Peter y se fue a ocupar su mecedora junto a la ventana.

La tesis que había estado leyendo seguía en el suelo, junto a la mecedora, con la página marcada por un trocito de caja de cerillas. Al lado, la libreta de apuntes. La cogió, buscó una página en blanco y comenzó a dibujar el objeto del bosque, tal como lo había visto al echarle la última mirada.

No era ninguna maravilla con el lápiz, a menos que lo usara para escribir palabras, pero tenía algún talento para el boceto. Sin embargo, aquél le llevó mucho tiempo, no sólo porque quería hacerlo lo más exacto posible, sino porque estaba muy cansada. Para empeorar las cosas, Peter fue a darle golpecitos en la mano con el hocico, en busca de caricias.

Distraída, acarició la cabeza del perro, y borró un saliente que el golpe del hocico había hecho aparecer en la línea del horizonte de su dibujo.

—Sí, eres un perro bueno. Muy bueno. ¿Por qué no vas en busca del correo?

Peter trotó a través de la salida y abrió la puerta de tela metálica con el hocico. Anderson continuó con el boceto, mas levantó la vista por un instante para ver a Peter, que ejecutaba su famosísima prueba canina: recoger la correspondencia. Levantó la pata delantera izquierda para apoyarla en el poste del buzón y empezó a manotear con la derecha la puertecilla de la caja. Joe Paulson, el cartero, que conocía su triquiñuela, la dejaba siempre entornada. Cuando consiguió bajar la puertecita, perdió el equilibrio antes de poder sacar las cartas con la pata. Anderson hizo una

mueca; hasta hacía poco tiempo, Peter nunca había perdido el equilibrio. La correspondencia era su mejor prueba, mejor que la de hacerse el vietcong muerto y mucho mejor que trivialidades tales como ponerse a dos patas o gemir para que le diera galletas. Dejaba atónitos a todos cuantos lo veían, y Peter lo sabía; pero aquello se había convertido en un rito penoso de presenciar. Anderson se dijo que se habría sentido así si hubiese visto que Fred Astaire y Ginger Rogers trataban de ejecutar uno de sus viejos bailes.

El perro logró apoyarse en el poste de nuevo, y esa segunda vez sacó la correspondencia al primer zarpazo: un catálogo y un sobre (una factura, seguro, a esa altura del mes) cayeron al suelo. Mientras Peter los recogía, ella volvió a su dibujo, al tiempo que se reprochaba esa manía de tocar a difuntos por Peter cada dos minutos. En realidad, el perro parecía vivo a medias esa noche; en las últimas noches, más de una vez había tenido que alzarse tres o cuatro veces sobre las patas traseras antes de conseguir la correspondencia… que solía reducirse a alguna muestra gratis y una o dos circulares de propaganda.

Contempló el esbozo con atención y sombreó, distraída, el tronco del gran pino de la copa hendida. No tenía una exactitud del ciento por ciento, pero se aproximaba bastante. Al menos había reproducido bien el ángulo del objeto.

Dibujó un marco alrededor; después convirtió el marco en un cubo, como para aislar aquello. La curva resultaba bastante obvia en el dibujo, pero ¿existía de verdad?

Sí. Y lo que ella denominaba placa metálica era, en realidad, un casco, ¿no? Un casco liso como el cristal, sin remaches.

«Estás perdiendo la chaveta, Bobbi. Lo sabes, ¿verdad?»

Peter rascó la puerta de la tela metálica para que le permitiera entrar. Anderson se acercó, sin dejar de observar su esbozo. El perro pasó y depositó la correspondencia en una silla del vestíbulo. Después, se encaminó a la cocina con lentitud, quizá para ver si había quedado algo en el plato.

Ella recogió los dos envíos y los limpió en la pernera de los vaqueros, con una pequeña mueca de disgusto. La prueba resultaba interesante, desde luego, pero nunca se acostumbraría a recibir la correspondencia babeada por el perro. El catálogo era de Radio Shack; querían venderle una procesadora de textos. La factura, de la compañía eléctrica. Eso le hizo pensar de nuevo en Jim Gardener. Dejó ambos envíos sobre la mesa del vestíbulo y volvió a la mecedora. Pasó a una página en blanco y copió con rapidez el boceto original.

El suave arco hizo que frunciera el entrecejo. Tal vez había una extrapolación allí, como si hubiese excavado tres metros y medio, cuatro, quizá, en vez de sólo uno veinte. ¿Y qué? Eso nada tenía de malo. Era parte de la tarea del escritor; quienes pensaban que pertenecía sólo a la ciencia ficción o a las obras fantásticas nunca habían mirado por el otro extremo del telescopio ni se habían enfrentado al problema

de rellenar los espacios en blanco que ninguna historia por sí sola puede completar. Enigmas tales como qué fue de quienes colonizaron la isla Roanoke, frente a las costas de Carolina del Norte, y después desaparecieron sin dejar más huellas que la inexplicable palabra de CROATOAN, grabada en un árbol; o cómo surgieron los monolitos de la isla de Pascua; o por qué todos los ciudadanos de una pequeña ciudad de Utah, llamada Blessing, habían enloquecido de súbito (al menos, eso parecía) un mismo día, en el verano de 1884. Cuando no se sabían las respuestas con seguridad, era lícito imaginarse lo que fuera, mientras no se descubriera otra cosa.

Existía una forma para hallar la longitud de la circunferencia a partir del arco: de eso estaba segura. El problema estribaba en que la había olvidado por completo. Pero quizá se hiciera cierta idea… siempre en el supuesto de que su impresión de la curva fuese correcta al calcular el punto central del objeto.

Bobbi volvió a la mesa del vestíbulo y abrió el cajón del centro, una especie de guardalotodo. Revolvió entre unos pulcros fajos de cheques cancelados y pilas viejas; por alguna razón, nunca tiraba las pilas agotadas a la basura. Dios sabía por qué; lo que hacía era echarlas en el cajón, como si fuese un Cementerio de Pilas, en vez del que supuestamente tenían los elefantes. Había también manojos de gomas elásticas, cintas para envasar, cartas de admiradores nunca contestadas (no podía tirar las cartas de los admiradores sin contestarlas, así como no podía tirar las pilas viejas) y recetas de cocina anotadas en tarjetas de archivo. En el fondo del cajón tenía varias herramientas pequeñas; entre ellas encontró lo que buscaba: un compás, con un pequeño lápiz amarillo sujeto a uno de los brazos.

De nuevo en la mecedora, Anderson buscó otra página en blanco y dibujó, por tercera vez, el borde del objeto. Trató de respetar la escala, aunque en esa ocasión la dibujó algo más grande, sin preocuparse por los árboles circundantes. Sólo hizo un esbozo de la zanja para tener en cuenta la perspectiva.

—Bueno, adivinemos —dijo. Clavó el pincho del compás en el papel amarillo del bloc, por debajo del borde curvo. Ajustó el compás de modo que el pequeño lápiz siguiera el arco dibujado con bastante exactitud…, y trazó una circunferencia completa. Le echó un vistazo, y se limpió la boca con el canto de la mano. De pronto sentía los labios demasiado flojos, demasiado húmedos.

—Bobadas —murmuró.

Sin embargo no lo eran. A menos que su cálculo de la curvatura y del centro fuera descabellado, había desenterrado el borde de un objeto que medía, cuanto menos, trescientos metros de circunferencia.

Dejó caer el compás y el bloc al suelo y miró hacia fuera por la ventana. El corazón le palpitaba demasiado aprisa.

5

Al caer el sol se sentó en el porche trasero, y, mientras miraba hacia el bosque a través del jardín, las voces resonaron en su cabeza.

En su primer año de Universidad había asistido a un seminario del departamento de Psicología dedicado al tema de la creatividad. Fue una sorpresa para ella (y un alivio) descubrir que no estaba disimulando una secreta neurosis: casi todas las personas imaginativas oían voces. No sólo pensamientos, sino voces reales dentro de su cabeza. Diferentes personajes radiales. Provenían del costado derecho del cerebro, según explicó el profesor: el lado que suele ser asociado con las visiones, la telepatía y esa asombrosa capacidad humana de crear imágenes mediante comparaciones y metáforas.

«No existen los platillos volantes».

«¿Ah, no? ¿Y quién lo dice?»

«Las Fuerzas Aéreas, para empezar. Hace veinte años cerraron todos los informes sobre platillos volantes. Sólo dejaron sin explicación un tres por ciento de los descubrimientos verificados, y dijeron que, casi con seguridad, aun ésos habían sido causados por condiciones atmosféricas efímeras: falsos soles, turbulencias en el aire, bajadas de la tensión eléctrica. Caramba, hasta las Luces de Lubbock, que fueron noticia de primera plana, resultaron ser sólo una avalancha de polillas en vuelo, ¿no? El alumbrado público de Lubbock se reflejaba en sus alas y proyectaba grandes formas móviles de colores claros contra la masa de nubes bajas que la falta de viento mantuvo sobre la ciudad durante toda la semana. Casi todo el país pasó esos días pensando que, en cualquier momento, por la calle principal de Lubbock, aparecería alguien vestido como Michael Rennie en *The Day the Earth Stood Still*, con su robot —la mascota Gort que traqueteaba al lado y requería ver a nuestro jefe—. Y sólo eran polillas. ¿Te gusta? ¿No es forzoso que te guste?»

La voz era tan clara que el asunto resultaba divertido. Se trataba del doctor Klingerman, que había dirigido el seminario. La aleccionaba con el mismo entusiasmo del viejo Klingy, aunque algo más ruidoso. Anderson sonrió y encendió un cigarrillo. Estaba fumando mucho, pero esa porquería empezaba a ponerse vieja.

«En 1947, Mantell, un capitán de las Fuerzas Aéreas, voló demasiado alto por perseguir a un platillo volante… o lo que él tomó por tal. Se desmayó. Su avión se estrelló y Mantell murió en el accidente. Murió por perseguir un reflejo de Venus en un banco de nubes altas. De modo que hay reflejos de polillas, reflejos de Venus y, tal vez, también reflejos en un ojo dorado, Bobbi, pero no hay platillos volantes».

«En ese caso, ¿qué está enterrado allí?»

El conferenciante enmudeció. No lo sabía. Por ello, la voz de Anne apareció en su lugar, para decirle por tercera vez que se estaba convirtiendo en una chiflada como el tío Frank, que muy pronto la meterían en una de esas camisas de lona que usaban cruzadas hacia atrás, y que la llevarían al asilo de Bangor o al de Juniper Hill, donde

deliraría sobre platillos volantes enterrados en los bosques mientras tejía canastas. Sí, era la voz de Anny. En ese mismo instante habría podido telefonearla para contarle qué ocurría y habría oído eso exactamente, capítulo por capítulo y verso por verso. Lo sabía.

Pero ¿era acertado?

No. Anne equiparaba la vida solitaria de su hermana con la demencia, con independencia de lo que Bobbi hiciera. Y así, la idea de que aquel objeto enterrado fuera una especie de nave espacial parecía una locura, por cierto, pero… ¿acaso también lo era jugar con esa posibilidad, al menos mientras no se demostrara lo contrario? Anne habría dicho que sí, pero Anderson no pensaba lo mismo. Mantener la mente abierta no tenía nada de malo.

Sin embargo, la rapidez con que se le había ocurrido esa posibilidad…

Se levantó para entrar en casa. La última vez que se había metido con esa cosa del bosque había dormido doce horas seguidas. ¿Cabría esperar una maratón similar? La verdad era que, con el cansancio que tenía, sería capaz de dormir doce horas, sin duda.

«Deja eso, Bobbi. Es peligroso».

Pero no lo dejaría, se dijo, mientras se quitaba la camiseta. Todavía no.

Según había descubierto, el problema de vivir sola (y el motivo por el cual casi ninguno de sus conocidos quería estar solo ni siquiera por un rato) era que, cuanto más tiempo se pasaba en soledad, más potencia cobraban las voces en el lado derecho del cerebro. Y las varas para medir la racionalidad empezaban a encogerse con el silencio. Esas voces no sólo requerían atención: la exigían. Entonces resultaba fácil asustarse y pensar que, después de todo, eran señal de demencia.

«Eso pensaría Anne, sin duda», se dijo cuando se metió en la cama. La lámpara arrojaba un limpio y reconfortante círculo de luz sobre el cubrecama, pero ella dejó la tesis en el suelo. Seguía a la espera de los calambres que solían acompañar el flujo menstrual demasiado abundante y prematuro, pero no los había sentido hasta el momento. Claro que no tenía interés alguno en que se presentaran.

Cruzó las manos bajo la nuca y clavó la vista en el techo.

«No, no estás loca del todo, Bobbi. Piensas que Gard se está volviendo chiflado, pero que tú te encuentras muy rara. ¿No es señal de que estás perdiendo la chaveta? Incluso hay un nombre para eso… negación y sustitución. “Yo estoy bien, el que está loco es el mundo”».

Muy cierto. Pero aun así se sentía en sus cabales y segura de algo: estaba más cuerda allí, en Haven, que en Cleaves Hill, y mucho más cuerda que en Utica. Si hubiese pasado algunos años más en Utica, estaría como una cabra. En opinión de Anderson, Anne consideraba que volver locos a sus parientes próximos formaba parte de su… ¿su trabajo? No, nada tan mundano. Parte de su sagrada misión en la vida.

Ella sabía qué la preocupaba en realidad: no se trataba de la celeridad con que se le había ocurrido la posibilidad, sino la sensación de certidumbre. Mantendría la mente abierta, pero lo difícil sería en favor de lo que Anne llamaba «cordura». Pues ella sabía qué había encontrado, y eso la llenaba de miedo, sobrecogimiento y un entusiasmo inquieto, en movimiento.

«Mira, Anne, la vieja Bobbi no se volvió loca; la vieja Bobbi se mudó aquí y recobró la cordura. La demencia consiste en limitar las posibilidades, Anne, ¿comprendes? Demencia es negarse a considerar ciertas direcciones de pensamiento, aun cuando la lógica esté allí… como el pago en los controles de peaje. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿No? Por supuesto. No comprendes, nunca comprendiste. Entonces, vete, Anne. Quédate en Utica y rechina los dientes en sueños hasta que se te desgasten por completo. Vuelve loco a todo el que cometa la estupidez de mantenerse al alcance de tu voz, haz lo que gustes, pero no te metas en mi cabeza».

El objeto enterrado en el bosque era una nave espacial.

Listo. Estaba dicho. No más bobadas. Al diablo con Anne, al diablo con las luces de Lubbock o con las Fuerzas Aéreas y su modo de cerrar el informe sobre platillos volantes. Al diablo con los carruajes de los dioses, el Triángulo de las Bermudas o la manera en que Elías subió a los cielos en un carro de fuego. Al diablo con todo aquello; su corazón lo sabía: era una nave espacial que había aterrizado o se había estrellado allí, hacía mucho tiempo, millones de años quizá.

¡Dios!

Tendida en la cama, con las manos bajo la nuca, conservaba la calma. Pero el corazón le palpitaba rápido, rápido, rápido.

Entonces, oyó otra voz: la del abuelo fallecido, que repetía algo dicho antes por la voz de Anne:

«Deja eso, Bobbi. Es peligroso».

Aquella momentánea vibración. Su primera idea, sofocante y positiva, de haber encontrado el borde de algún extraño ataúd de acero. La reacción de Peter. La menstruación adelantada. El hecho de que el flujo fuera sólo de gotas en la granja, pero una hemorragia de cerdo degollado cuando se hallaba cerca del objeto. La pérdida del sentido del tiempo. El haber dormido tanto. Y no podía olvidar a la vieja *Marmi*, la marmota. *Marmi* olía a podrido, pero no había moscas a su alrededor.

«Todo eso nada quiere decir. Acepto que haya una nave enterrada porque, por descabellado que parezca al principio, sigue teniendo lógica. Pero el resto carece de ella. Son cuentas sueltas que ruedan por la mesa. Ensártalas y tal vez las acepte. Por lo menos, lo pensaré. ¿De acuerdo?»

Otra vez la voz del abuelo, esa voz lenta, autoritaria; la única de la casa que había conseguido hacer callar a Anne cuando era niña.

«Esas cosas pasaron después de que lo encontraste, Bobbi. Ahí tienes el hilo para

tu sarta de cuentas».

«No, no basta».

Era fácil contestar a su abuelo, ahora, cuando llevaba dieciséis años en la tumba. Pero fue la voz de su abuelo la que, no obstante, siguió al sueño.

«Deja eso, Bobbi. Es peligroso…, y tú también lo sabes».

TRES

PETER VE LA LUZ

1

Días antes le había parecido ver algo diferente en Peter, pero sin determinar qué. Cuando despertó a la mañana siguiente (a las nueve, hora de lo más normal), se dio cuenta casi de inmediato.

Estaba ante la mesa de la cocina y llenaba de alimento Gravy Train el viejo plato rojo de Peter. Como de costumbre, éste apareció a paso elástico en cuanto oyó el ruido. El Gravy Train era casi una novedad. Hasta el año anterior, Anderson siempre le había dado un plato de Gaines Meal por la mañana, media lata de picadillo para perros a la noche y todo lo que Peter cazara en el bosque entre comidas. Con el tiempo, Peter dejó de comer el Gaines Meal; Anderson tardó casi un mes en comprender la causa: no era que el perro estuviera desganado, sino que sus dientes ya no lograban partir las duras bolitas. Por eso, le daba Gravy Train, quizá el equivalente del huevo pasado por agua que se sirve a un anciano en el desayuno.

Echó un poco de agua caliente en las bolitas del alimento y las removió con una cuchara vieja. Pronto, los trocitos se ablandaron y quedaron flotando en el líquido lodoso que parecía salsa de carne… o algo salido de una cámara séptica desbordada.

—Bueno, toma —dijo, mientras se apartaba del fregadero.

Peter estaba ya en su sitio acostumbrado: a una distancia cortés, para que Anderson no tropezara con él al volverse, y movía el rabo.

—Espero que te guste; por mi parte, creo que vomit…

Fue entonces cuando se interrumpió, inclinada hacia Peter, con el plato rojo en la mano y el cabello caído sobre un ojo. Se apartó el mechón.

—*¿Peter?* —se oyó decir.

Peter la miró por un momento, extrañado; luego se adelantó para recibir su desayuno. Un momento después lo lamía entusiasmado.

Anderson enderezó la espalda, sin dejar de observar a su perro. Casi se alegraba de no mirarlo de frente. En su cabeza, la voz de su abuelo le repitió que dejara eso, que era peligroso. ¿Acaso necesitaba más hilo para sartas?

«Hay más o menos un millón de personas, sólo en este país, que vendrían corriendo si se enterasen de este tipo de peligro —pensó—. Sólo Dios sabe cuántos en el resto del mundo. ¿Y es esto lo único que hace? ¿Qué piensas que pasaría con el cáncer?»

De pronto, sus piernas perdieron toda la fuerza. Tanteó hacia atrás hasta tocar una

de las sillas de la cocina y se dejó caer en ella, sin dejar de mirar a Peter, que continuaba con su comida.

La catarata lechosa que le cubría el ojo izquierdo había desaparecido en parte.

—No tengo la menor idea —dijo el veterinario esa misma tarde.

Anderson ocupaba la única silla del consultorio, mientras Peter se mantenía, obediente, en la mesa de examen. Se descubrió recordando lo mucho que había temido tener que llevar a Peter al veterinario durante el verano… pero ya no parecía necesario sacrificarlo, después de todo.

—¿No es sólo imaginación mía? —preguntó Anderson.

Tal vez lo que en realidad deseaba era que el doctor Etheridge confirmara o refutara la voz de Anne, que decía en su cabeza: «Es lo que te mereces por vivir allí sola, con ese perro maloliente…».

—No —respondió Etheridge—, aunque comprendo que usted se haya sentido desconcertada. Yo mismo me siento así. Esta catarata está en remisión activa. Puedes bajar, Peter.

El perro bajó de la mesa al banquillo de Etheridge y de allí al suelo, para acercarse a Anderson.

Ésta le apoyó una mano en la cabeza y miró al veterinario con atención, pensando: «Pero ¿ha visto eso?». No quiso decirlo en voz alta. Por un momento, Etheridge sostuvo su mirada, después la apartó. «Lo he visto, en efecto; pero no estoy dispuesto a admitirlo». Peter había bajado cauteloso, con movimientos que en nada se parecían a los atrevidos saltos que habría dado en su época de cachorro; aunque tampoco había sido el descenso tembloroso, vacilante, inseguro que habría hecho una semana antes, con la cabeza extrañamente torcida hacia la derecha, para poder ver a dónde pisaba, y el equilibrio tan inestable que a una se le detenía el corazón hasta verlo en el suelo, sin algún hueso roto. Peter acababa de descender con la seguridad conservadora, pero firme, del maduro estadista que había sido dos o tres años antes. Anderson supuso que se debería, en parte, a que estaba recuperando la vista del ojo izquierdo; Etheridge lo había confirmado con algunas sencillas pruebas de percepción. Pero no sólo se trataba del ojo. El resto era una mejor coordinación general del cuerpo. Así de sencillo. Descabellado, pero simple.

Tampoco era la catarata en remisión lo que había mezclado pelos negros en el hocico, ya casi blanco, del perro. Anderson observó ese detalle en la camioneta, mientras viajaban hacia Augusta, y estuvo a punto de salirse con el vehículo de la carretera.

¿Hasta qué punto había notado Etheridge todo aquello, sin hallarse dispuesto a admitirlo? Bueno, de hecho, Etheridge no era el doctor Daggett.

Daggett había revisado a Peter dos veces al año por lo menos durante los diez primeros de su vida…, aparte de accidentes imprevistos, como aquella vez que Peter

luchó con un puercoespín y Daggett le quitó las púas una a una, silbando el tema musical de *El puente sobre el río Kwai*, mientras calmaba al cachorro estremecido con una manaza amable. En otra ocasión, Peter había vuelto a casa renqueando, con un montón de perdigones en el anca: cruel obsequio de un cazador demasiado estúpido para mirar antes de disparar o, quizá, lo bastante sádico como para desquitarse con un perro por no haber hallado perdices ni faisanes. El doctor Daggett habría visto *todos* los cambios en el perro y sin negarlos, aunque así lo hubiese querido. El doctor Daggett se habría quitado las gafas de montura rosada para limpiarlas en la chaquetilla blanca, diciendo algo así como: «Hay que averiguar dónde ha estado y en qué se ha metido, Roberta. Esto es grave. Los perros no suelen rejuvenecer así como así, y eso es lo que parece que ha ocurrido con Peter». De ese modo, Anderson se habría visto obligada a responder: «Sé donde ha estado y tengo una idea bastante aproximada de qué le ha provocado esto». De ese modo, se habría quitado un gran peso de encima, ¿verdad? Pero el viejo doctor Daggett había transferido su consultorio a Etheridge (que parecía simpático, pero que aún era un desconocido), y se había marchado a Florida. Etheridge veía a Peter con más frecuencia que Daggett (cuatro veces en el último año, en realidad), porque el perro, al envejecer, iba perdiendo salud. Aun así, no lo conocía tanto como su predecesor, ni tenía, según Anderson sospechaba, la clara percepción del viejo. Tampoco sus agallas.

Desde la sala de reconocimiento, tras ellos, un pastor alemán estalló de súbito en una sarta de fuertes ladridos, que sonaron como maldiciones caninas. Otros perros lo imitaron. Peter irguió las orejas y se echó a temblar bajo la mano de su dueña. Al parecer, el rejuvenecimiento no lo favorecía con más ecuanimidad; pasadas sus tormentas de cachorro, Peter había sido siempre tan sereno que parecía casi paralítico. Esos estremecimientos nerviosos eran algo nuevo en él.

Etheridge escuchaba a los perros con el entrecejo fruncido. Casi todos ladraban.

—Gracias por recibirnos sin cita previa —dijo Anderson. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír. En la sala de espera también ladraba un perro, con los rápidos y nerviosos ladridos del animal pequeño: un caniche, casi con seguridad—. Ha sido usted muy…

De pronto, se interrumpió. Acababa de sentir una vibración bajo la punta de los dedos. Su primer pensamiento (la nave) fue un recuerdo del objeto del bosque. Pero sabía qué era esa vibración. Aunque sólo la había experimentado dos veces, no había misterio en ella.

Esa vibración provenía de Peter. De Peter, que gruñía en tono muy grave y profundo.

—Ha sido muy amable —continuó ella—, pero creo que debemos irnos. Parece que tiene un motín entre manos.

Lo dijo a manera de broma, mas no lo parecía. De pronto, todo el consultorio —el cuadrado compuesto por la sala de espera, el despacho y el rectángulo que utilizaba como sala de reconocimiento y quirófano— se convirtió en un pandemonio. Allá atrás, todos los perros ladraban. En la sala de espera, otros se habían agregado al caniche, además de una voz femenina, ondulante, inconfundiblemente felina.

La señora Alden asomó la cabeza, afligida.

—Doctor Etheridge…

—Sí —dijo él, fastidiado—. Disculpe, señorita Anderson.

Salió con paso apresurado, y se encaminó a la sala trasera. Cuando abrió la puerta, el alboroto pareció duplicarse. «Están volviéndose locos», pensó Anderson. Y no tuvo tiempo de nada más. Peter salió disparado por debajo de su mano. El gruñido grave se convirtió en rugido. Etheridge, que corría por el pasillo central de la sala, rodeado de ladridos y con la puerta vaivén cerrándose lentamente, no se enteró. Anderson sí, y tuvo la suerte de sujetar a tiempo el collar de Peter; de lo contrario, el sabueso habría corrido como una bala detrás del veterinario. Los estremecimientos, los gruñidos de Peter no se debían al miedo, sino a la ira. Era algo inexplicable y desacostumbrado en el animal, pero así era.

El gruñido del perro se convirtió en un sonido estrangulado en cuanto su dueña lo retuvo por el collar. Giró la cabeza; en el ojo derecho, enrojecido y vuelto hacia ella, Anderson vio algo que más tarde calificaría como furia, al verse desviado del camino que él quería tomar.

Podía admitir la posibilidad de que hubiera un platillo volante de trescientos metros de circunferencia sepultado en sus tierras; o de que alguna emanación o vibración de aquella nave hubiera matado a una marmota que había tenido la mala suerte de acercarse demasiado, y de matarla de una forma tan completa y desagradable que ni siquiera las moscas quisieran saber nada con ella. También era capaz de admitir la posibilidad de un período menstrual anómalo, con una catarata canina en remisión y hasta con la aparente certeza de que su perro parecía estar rejuveneciendo.

Todo eso podía admitirlo.

Pero la idea de que en los ojos de Peter, el bueno y viejo Peter, había visto una expresión de odio demencial hacia ella, hacia Bobbi Anderson… no, eso jamás lo admitiría.

2

Por suerte, el momento de tensión fue breve. La puerta de la sala se cerró, lo que puso sordina a la cacofonía. Peter pareció perder buena parte de su tensión nerviosa. Aún temblaba, pero volvió a sentarse.

—Vamos, Peter; salgamos de aquí —dijo Anderson.

Estaba muy perturbada, mucho más de lo que después reconocería ante Jim Gardener. Pues admitir eso la habría llevado otra vez a la mirada de ira que había visto en el ojo sano de su perro.

Se hizo un lío con la desacostumbrada traílla que había quitado a Peter apenas entraron en el consultorio (el requisito de que los perros fueran llevados siempre con traílla le había resultado fastidioso…, hasta ese momento). Estuvo a punto de caérsele, pero por fin logró sujetarla al collar de Peter.

Condujo al perro hasta la puerta de la sala de espera y la abrió con el pie. El alboroto iba en aumento. El que chillaba era un caniche, en efecto, propiedad de una gorda con pantalones de un amarillo rabioso y camisa del mismo color. La gorda trataba de contenerlo.

—Sé un niño bueno, *Eric* —recomendaba—, pórtate bien con mamá.

Del perro había muy poca cosa visible, descontando sus brillantes ojos, casi de rata; el resto se perdía entre los grandes y fofos brazos de mamá.

—Señorita Anderson… —comenzó la señora Alden.

Parecía desconcertada y algo asustada, como si tratase de conducirse como siempre en un lugar convertido de pronto en manicomio. Anderson la comprendió.

El caniche vio a Peter (Anderson juraría más adelante que eso provocó el ataque) y pareció enloquecer. No tuvo problemas para elegir la víctima, por cierto: hundió los afilados dientes en uno de los brazos de mamá.

—¡Degenerado! —gritó ésta, al tiempo que dejaba caer el perrito al suelo. Por el brazo le corría la sangre.

En ese mismo instante, Peter se lanzó hacia adelante, entre ladridos y gruñidos, y tironeó con tanta fuerza de la corta traílla que Anderson estuvo a punto de caer de bruces, el brazo derecho dislocado. Con la clara visión de su mente de escritora adivinó con exactitud lo que ocurriría. Peter, el sabueso, y *Eric*, el caniche, se encontrarían en el centro de la habitación, como David y Goliat. Pero el caniche no tenía sesos, por no hablar de la honda. Peter le arrancaría la cabeza de un solo bocado.

Eso fue evitado por una niña de unos once años, sentada a la izquierda de mamá, con una jaulita de mimbre sobre el regazo. Dentro llevaba una gran serpiente negra, cuyas escamas relucían de buena salud. La niña estiró una de sus piernas, forradas de vaqueros, con los ultraterrenos reflejos de los jovencitos, y pisó la traílla de *Eric*. El caniche dio un tumbo en el aire. La niña lo atrajo hacia sí. Era, con mucha diferencia, la persona más tranquila en aquella sala de espera.

—¿Y si este pequeño degenerado me contagia la rabia? —gritaba mamá, que comenzó a avanzar hacia la señora Alden.

Por entre los dedos con que se sujetaba el brazo se escurría la sangre. Peter giró la

cabeza hacia ella, al pasar, y Anderson tiró de él, siempre camino a la puerta. ¡Al diablo con el letrerito que la señora Alden tenía en su cubículo! SE RUEGA PAGAR EN EFECTIVO LOS SERVICIOS PROFESIONALES, A MENOS QUE SE HAYA ACORDADO PREVIAMENTE OTRA COSA. Quería salir de allí cuanto antes para volver a su casa a toda velocidad y tomar una copa. Un whisky. Doble. Pensándolo bien, sería triple.

A su izquierda se produjo un sonido largo, grave, siseante, virulento. Anderson se volvió en aquella dirección y vio un gato que parecía salido de un decorado para la noche de Halloween[2], de una negrura absoluta, si se exceptuaba una pincelada blanca en el extremo del rabo. Había retrocedido todo lo que su jaula le permitía. Tenía el lomo curvado y el pelaje erizado en púas; sus verdes ojos, fijos en Peter, brillaban de un modo fantástico. La boca rosada, bien abierta, mostraba todos los dientes.

—Saque a su perro de aquí, señora —dijo la dueña del gato, con voz tan fría como el cañón de un arma—. A *Blacky* no le gusta.

Anderson hubiera querido decirle que le importaba un bledo si *Blacky* se tiraba un pedo o hacía sonar un silbato, pero esa expresión, oscura y exquisitamente apta, se le ocurrió después; solía sucederle lo mismo en las situaciones difíciles. Sus personajes sabían siempre con exactitud qué decir; rara vez necesitaba estudiar sus respuestas, pues surgían con facilidad, de forma natural. En la vida real, casi nunca era así.

—Tranquila, mujer —fue lo mejor que se le ocurrió.

Y lo murmuró en un tono tan bajo que fue muy difícil que la propietaria de *Blacky* lo oyera. Y tiró de Peter, usando la traílla para arrastrar al perro de esa manera que tan detestable le parecía cuando la veía en la calle. Peter emitía toses ahogadas mientras su lengua, un pendón chorreante de saliva, le colgaba por un lado de la boca. Miró con fijeza a un bóxer que tenía la pata anterior derecha enyesada. Un hombre grandote, vestido con mono azul, sujetaba la correa del perro con ambas manos; incluso le había dado dos vueltas alrededor de su manaza manchada de grasa, pero aun así le costaba trabajo contener a su perro. El bóxer (que hubiera matado a Peter con tanta prontitud y eficiencia como el sabueso habría matado al caniche) tiraba con todas sus fuerzas, a pesar del yeso, y Anderson pensó que el vigor de su dueño merecía confianza, mas no la correa, que parecía a punto de romperse.

Le dio la sensación de que tardaba cien años en mover el picaporte de la puerta de la calle con la mano libre. Era como una de esas pesadillas en que se tienen las manos ocupadas y los pantalones empiezan a caer de manera lenta e inexorable.

«De algún modo, Peter ha tenido la culpa de todo esto».

Hizo girar el pomo y echó una última mirada a la sala de espera, que se había convertido en una absurda tierra de nadie: Mamá reclamaba los primeros auxilios de la señora Alden (y al parecer los necesitaba, pues la sangre corría ya por el brazo en arroyos, manchando los pantalones amarillos y los zapatos blancos abotinados).

Blacky, el gato, seguía con sus bufidos. Hasta las ardillas del doctor Etheridge parecían enloquecidas en el complicado laberinto de tubos y torres de plástico, allá en el estante que les servía de habitáculo. *Eric*, el «caniche loco», tironeaba de su traílla ladrando a Peter con voz estrangulada. Y Peter le respondía con gruñidos.

La mirada de Anderson cayó sobre la serpiente de la niñita, el animal se había elevado como una cobra y también miraba a Peter, bien abierta la boca sin colmillos, mientras azotaba el aire con rígidos movimientos de su estrecha lengua rosada.

«Las serpientes negras no hacen eso. Nunca en mi vida he visto algo así».

Ya muy próxima al verdadero horror, Anderson huyó, arrastrando a Peter tras de sí.

3

Peter empezó a tranquilizarse casi en el momento que la puerta se cerró a sus espaldas. Dejó de toser y tironear y caminó junto a Anderson, echándole de vez en cuando una mirada de ésas que dicen: «No me gusta esa traílla y jamás me gustará; pero me parece bien, si así lo quieres». Cuando llegaron a la camioneta, Peter era el de siempre.

Anderson, no.

Le temblaban tanto las manos que falló dos veces antes de meter la llave en el contacto. Luego, el pie se le escurrió en el embrague y el motor se caló. El vehículo dio una fuerte sacudida y Peter cayó del asiento al suelo. Echó una resignada mirada de sabueso a Anderson (todos los perros reprochan las cosas con la mirada, pero sólo los sabuesos parecen haber dominado esa expresión sufrida). Parecía decir: «¿Dónde te dieron el permiso de conducir, Bobbi? ¿En Sears y Roebuck?» Después trepó de nuevo al asiento. Le costaba creer que, apenas cinco minutos antes, su perro hubiera gruñido como jamás lo había hecho, dispuesto (en apariencia) a morder a cualquier cosa que se moviera, *y esa expresión era*… Pero su mente cerró de inmediato el paso a aquella idea antes de que avanzara a más.

Puso otra vez el motor en marcha y salió del estacionamiento. Al pasar por el costado del edificio (CLÍNICA VETERINARIA AUGUSTA, decía el pulcro cartel), bajó el cristal de la ventanilla. Le llegaron unos ladridos de protesta. Nada fuera de lo común.

Todo había terminado.

Y no era lo único. Aunque no estaba muy segura de ello, tuvo la impresión de que también su menstruación había llegado a su fin. Un estorbo menos.

Qué frase tan original.

4

Bobbi no quiso esperar (o no pudo) hasta llegar a su casa para tomar la copa que se había prometido. Apenas franqueado el límite municipal de Augusta había un local que funcionaba bajo el simpático nombre de Días sin Huella, bar y parrilla —especialidad costillas gigantes—. *Esta semana, Viernes y Sábado: Las Gatitas de Nashville*.

Anderson estacionó entre una vieja camioneta y un tractor que arrastraba un arado sucio, con las hojas hacia arriba. Más allá había un Buick grande y viejo, con un remolque. Anderson se mantuvo deliberadamente lejos de él.

—Quieto aquí —ordenó.

Peter, ya enroscado en el asiento, le echó una mirada como para decirle: «¿Qué interés tendría yo en acompañarte? ¿Para que me ahorcaras un poco más con esa estúpida traílla?»

Días sin Huella estaba oscuro y casi desierto aquella tarde de miércoles; su pista de baile era una caverna que relumbraba apenas. El local hedía a cerveza agria. El patrón se acercó.

—Hola, linda —saludó—. Hoy tenemos albóndigas picantes. Y…

—Quiero un whisky —lo interrumpió Anderson—. Doble. Sin agua.

—¿Siempre bebe como un hombre?

—Por lo general, con un vaso —dijo Anderson.

La réplica no tenía sentido, pero se sentía muy cansada…, y preocupada hasta la médula. Fue al tocador de señoras para cambiarse de compresa y deslizó una de las más delgadas en la entrepierna de sus bragas, como precaución. Pero sólo como precaución. Era un alivio ver que la banderola había sido retirada por un mes más.

Volvió a su taburete con algo menos de mal humor. Se sintió mejor aún cuando tuvo la mitad del whisky en su interior.

—Oiga, no he querido ofenderla —dijo el hombre—. Es que uno está muy solo aquí por las tardes. Cuando viene un desconocido, se me va la lengua.

—Ha sido culpa mía —admitió Anderson—. Hoy he tenido un mal día.

Terminó la bebida y suspiró.

—¿Quiere otro, señora?

«Creo que me gusta más lo de “linda”», pensó Anderson. Pero meneó la cabeza.

—Un vaso de leche, sí. De lo contrario pasaré toda la tarde con acidez de estómago.

El patrón le sirvió la leche. Mientras bebía, Anderson pensó en lo ocurrido en el veterinario. La respuesta era rápida y sencilla: no lo entendía.

«Pero te diré qué ha sucedido cuando has entrado con él —pensó—. Nada en

absoluto».

Su mente se apoderó de aquella idea. Al entrar con Peter, la sala de espera estaba casi tan atestada como a la salida, pero nada había pasado en esa ocasión. No era posible decir que reinara el silencio (¿cómo pedir un silencio de biblioteca donde se reúnen animales de diferentes especies, muchos de ellos enemigos instintivos desde tiempos remotos?), pero el ambiente era normal. Mientras el alcohol hacía lo suyo en ella, recordó que el hombre del mono había entrado con el bóxer, el cual echó una mirada a Peter; que éste le devolvió con mansedumbre. Nada del otro mundo.

¿Y con eso?

«Bueno, bebe la leche, vete a casa y olvídate de todo».

«Está bien. ¿Y esa "cosa" del bosque? ¿Me olvido también de ella?»

A manera de respuesta llegó la voz de su abuelo:

«A propósito, Bobbi, ¿qué efecto produce esa "cosa" en ti? ¿Lo has pensado?»

No lo había pensado.

Y al hacerlo, tuvo la tentación de pedir otra copa. Sólo que eso la pondría ebria. ¿Y deseaba algo así? ¿Quería pasar la tarde en aquel inmenso granero, emborrachándose a solas, en espera de lo inevitable: que alguien (tal vez el mismo tabernero) se acercara a preguntarle qué hacía en una linda taberna como ésa una muchacha como ella?

Dejó un billete de cinco dólares en el mostrador y el patrón le hizo la venia. Al salir vio un teléfono público. La guía, sucia y con las hojas dobladas, olía a whisky, pero al menos estaba allí. Anderson depositó veinte centavos, sujetó el auricular entre el hombro y la oreja mientras buscaba la V en las páginas amarillas y llamó a la clínica veterinaria. La señora Alden parecía bastante tranquila. Como música de fondo se oía el ladrido de un perro. Uno solo.

—No piense que me he escapado sin pagar —dijo—. Mañana mismo le enviaré el cheque y la traílla por correo.

—¡Por favor, señorita Anderson! ¡Hace años que nos conocemos! Usted es la última persona de quien pensaría semejante cosa. En cuanto a la traílla, tenemos un armario lleno.

—El ambiente parecía un poco agitado ¿verdad?

—¡Caramba, qué escándalo! Hemos tenido que llamar a una ambulancia para la señora Perkins, no creo que haya sido tan grave, aunque habrán de darle algunos puntos de sutura, claro. Pero muchas personas necesitan que les cosan algo y van al médico por sus propios medios. —Bajó un poco la voz, como si le hiciese una confidencia que quizá no habría hecho a un hombre—. Gracias a Dios, fue su propio perro el que la mordió. Esa clase de mujeres inicia un juicio por cualquier tontería.

—¿Tiene idea de qué provocó todo esto?

—No, y tampoco el doctor Etheridge. El calor después de la lluvia, tal vez. El

doctor ha dicho que, en cierta convención, había oído contar algo parecido. Una veterinaria de California aseguró que todos los animales de su clínica habían sufrido algo que ella denominó «un ataque de salvajismo», antes de un gran terremoto.

—¿De veras?

—El año pasado hubo un terremoto en Maine —le recordó la señora Alden—. Espero que no haya otro. Esa planta nuclear de Wiscasset está demasiado cerca de nosotros.

«Pregúntaselo a Gard», pensó Bobbi. Volvió a dar las gracias y cortó la comunicación.

Cuando regresó a la camioneta, Peter estaba dormido. Abrió los ojos al subir ella, pero volvió a cerrarlos. Tenía el hocico apoyado en las patas. Los pelos blancos estaban desapareciendo de su hocico. No había la menor duda.

«A propósito, Bobbi, ¿qué efecto hace eso en ti?»

«Cállate, abuelo».

Llegó a su casa. Después de fortalecerse con un whisky, éste bastante aguado, entró en el cuarto de baño y se detuvo junto al espejo. Primero, se estudió el rostro; después se pasó los dedos por el cabello y se lo levantó para dejarlo caer.

Las canas seguían allí; todas las que habían brotado hasta el momento, por lo que ella recordaba.

Nunca hubiese pensado que se alegraría de ver canas en su cabeza, pero se alegraba. En cierto modo.

5

Hacia el atardecer unas nubes oscuras empezaron a acumularse por el oeste. Rato después tronaba, Al parecer volvían las lluvias, siquiera por una noche. Anderson supo que Peter no saldría, como no fuese para asuntos muy urgentes; desde cachorro, las tormentas eléctricas lo aterrorizaban.

Se sentó en la mecedora junto a la ventana. A primera vista, cualquiera habría pensado que leía, mas lo que hacía era rumiar: rumiaba, ceñuda, la tesis *Guerra de fronteras y guerra civil*. Era más seca que arenisca, pero le sería de suma utilidad cuando comenzara el nuevo libro…, algo que ocurriría muy pronto.

Cada vez que tronaba, Peter se acercaba un poquito más a la mecedora y a Anderson; casi parecía sonreír, avergonzado. «Sí, ya sé, ya sé que nada va a pasarme, pero ¿te molesta si me acerco un poquito más? Y si se oye un trueno muy fuerte, ¿puedo apretarme contra ti en esa jodida mecedora? No te molesta, ¿verdad, Bobbi?»

La tormenta tardó en llegar, hasta las nueve. Por entonces, Anderson estaba segura de que sería lo que los havenenses llamaban «una de las buenas». Fue a la cocina y revolvió en el gran armario que le servía de despensa hasta que encontró su

lámpara de gas. Peter le pisaba los talones, con el rabo entre las patas y su expresión avergonzada. Anderson estuvo a punto de caer sobre él al salir de la despensa.

—¿Me permites, Peter?

Peter le dejó un poco de espacio… pero se apretó otra vez contra sus piernas al oír un trueno que resonó como un cañonazo, hasta el punto que hizo temblar los cristales. Ella volvió a la mecedora entre un relampagueo azul-blancuzco. El teléfono tintineó. Empezaba a levantarse viento, un viento que susurraba y suspiraba entre los árboles.

Peter se dejó caer junto a la mecedora, y clavó una mirada suplicante en Anderson.

—Bueno —aceptó ella, con un suspiro—. Sube, pesado.

Peter no se hizo repetir la invitación. Saltó al regazo de su dueña, y, al hacerlo, le clavó una pata posterior en la entrepierna. Al parecer, siempre aterrizaba allí o en uno de sus senos, aunque no apuntaba a uno de los dos lugares en particular: era una de sus cualidades misteriosas, como la costumbre de los ascensores de detenerse en todas las plantas cuando uno tiene prisa. Si existía alguna defensa, Bobbi Anderson no la había descubierto aún.

Un trueno desgarró el cielo. Peter se apretó contra ella. Su olor, *Eau de Chien*, le llenaba la nariz.

—¿Por qué no te metes en mi boca y terminas de una vez, *Pete*?

El perro la miró con ojos avergonzados, como si dijese: «Ya sé, ya sé, no hace falta que me lo digas».

El viento arreciaba. Las luces empezaron a parpadear: señal evidente de que Roberta Anderson y la Compañía Eléctrica de Maine estaban a punto de despedirse amablemente… hasta las tres o las cuatro de la madrugada al menos. Anderson dejó la tesis y rodeó al perro con los brazos.

No le molestaban las tormentas estivales, ni las ventiscas de invierno. Le gustaban por su inmenso poder. El espectáculo y el sonido de la energía liberada sobre la tierra de un modo tan rudo y positivo le agradaban sobremanera. Percibía una compasión insensata en la obra de esas tormentas. Y sintió que la de entonces tenía su efecto dentro de ella. El vello del brazo y el pelo de la nuca se le erizaron. Un rayo que cayó a poca distancia la dejó casi galvanizada de energía.

Se acordó de una extraña conversación que mantuvo en cierta ocasión con Jim Gardener. Éste llevaba una placa de acero en el cráneo, recuerdo de un accidente de esquí que estuvo a punto de costarle la vida a los diecisiete años. Le había contado que, una vez, mientras cambiaba una bombilla, había recibido una fuerte descarga por meter un dedo en el portalámparas. Eso no tenía nada de raro. Lo raro, fue que, durante toda la semana siguiente, había oído en su cabeza música, publicidad e informativos. Según contó a Anderson, llegó a pensar que estaba volviéndose loco.

En el cuarto día identificó la característica de la emisora que estaba recibiendo: WZON, una de las tres emisoras de Bangor, que transmitía en AM. Anotó los títulos de tres canciones seguidas y telefoneó a la emisora para preguntar si las habían transmitido y agregado después publicidad del Restaurante Polinesia, de Village Subarú y del Museo de los Pájaros, en Bar Harbor. Así había sido.

Al quinto día, la señal empezó a perderse. Al séptimo, había desaparecido por completo.

—Fue esta maldita placa —le había dicho, mientras se golpeaba con suavidad la cicatriz de la sien izquierda—. No tengo la menor duda. Muchos se reirán, pero en el fondo estoy bien seguro.

Si cualquier otra persona le hubiese contado la misma historia, Anderson habría pensado que le tomaba el pelo. Pero Jim no bromeaba. Una lo miraba a los ojos y se daba cuenta de que hablaba en serio.

Las grandes tormentas son muy poderosas.

Un relámpago encendió una lámina azul, para ofrecer a Anderson una visión momentánea del patio delantero, como sus vecinos lo llamaban. Vio la camioneta, con las primeras gotas de lluvia en el parabrisas; el breve camino de entrada; el buzón, con la puerta asegurada; los árboles que se retorcían. El trueno estalló apenas un momento después y Peter saltó contra ella al tiempo que lanzaba un gemido. La luz se apagó. No se molestó en parpadear, en perder potencia o vacilar de algún modo: se apagó de golpe; con autoridad.

Anderson tendió la mano hacia la lámpara…, pero se detuvo.

En la pared más alejada, junto a la derecha del armario del tío Frank, había un punto de luz verde. Ascendió cinco centímetros; se movió hacia la izquierda; luego, hacia la derecha. Desapareció durante un momento y volvió a aparecer. El sueño de Anderson retornaba con el misterioso poder de lo ya vivido. De nuevo pensó en la lámpara del cuento de Poe, pero otro recuerdo se añadió a ése: *La guerra de los mundos*. El rayo de calor marciano que hacía llover la muerte sobre Hammersmith.

Se volvió hacia Peter, entre el ruido de los tendones de su cuello, que chirriaron como bisagras llenas de arena. Sabía con qué se encontraría. La luz salía del ojo de Peter. De su ojo izquierdo. Refulgía con el verde embrujado de las fosforescencias que vagan sobre los pantanos, después de un día húmedo y sin viento.

No, no era el ojo lo que brillaba. Era la catarata…, lo que quedaba de ella, al menos. Se había reducido de una manera notable, aún desde esa mañana. El costado izquierdo de la cabeza de Peter estaba iluminado por un resplandor verde, espeluznante, que le daba el aspecto de un monstruo de historieta.

Su primer impulso fue apartarse del perro, levantarse de la mecedora y echar a correr…

Pero era Peter, después de todo. Y el pobre animal estaba medio muerto de miedo.

Si ella lo abandonaba, quedaría aterrorizado.

Restalló un trueno en la negrura. Esta vez, ambos saltaron. Luego, la lluvia empezó a caer como una sábana en una cascada llena de suspiros. Anderson miró la pared otra vez al otro lado del cuarto; la luz verde seguía allí con su bamboleo. De niña, tendida en la cama, había usado una esfera de su reloj para hacer cosas similares con el reflejo, cuando movía la muñeca.

«A propósito, Bobbi, ¿qué efecto produce en ti?»

Fuego verde en el ojo de Peter, que se llevaba la catarata. Se la comía. Miró de nuevo. Tuvo que contenerse para no dar un respingo cuando Peter le lamió la mano.

Esa noche, Anderson fue incapaz de dormir.

CUATRO

LA EXCAVACIÓN CONTINÚA

1

Cuando despertó eran cerca de las diez; casi todas las luces de la casa estaban encendidas; al parecer, la Compañía Eléctrica de Maine había solucionado sus líos. Anduvo por la casa, apagando las luces. Después miró por la ventana del frente. Peter se encontraba en el porche. Anderson le dejó entrar y le miró el ojo con atención. Aunque recordaba el terror de la noche, a la luz de esa mañana despejada, la fascinación reemplazaba al miedo. La visión de algo así en la oscuridad, con la luz cortada y la tormenta que sacudía el cielo y la tierra, habría asustado a cualquiera.

«¿Cómo diablos es posible que Etheridge no lo viera?»

Pero era fácil. La esfera del reloj luminoso brilla tanto al sol como en la oscuridad, sólo que la luz intensa no permite advertir ese brillo. Le sorprendió un poco el no haber observado esa luminosidad verde en el ojo de Peter en noches anteriores, aunque no se asombró demasiado. Después de todo, había tardado un par de días en darse cuenta de que la catarata se encogía de forma progresiva. Sin embargo…, Etheridge la había estudiado desde muy cerca, ¿no? Con un oftalmoscopio.

Había dicho que la catarata se iba a menos; pero no mencionó el resplandor, verde o no.

«Tal vez lo vio y decidió que nada había visto. Así como vio que Peter estaba rejuveneciendo y decidió lo mismo. Porque no quería verlo».

De hecho, no sentía especial simpatía por el nuevo veterinario, quizá porque el doctor Daggett le había inspirado tanto cariño; había supuesto (algo tonto, pero inevitable) que el viejo Daggett estaría allí siempre que ella y Peter lo necesitaran. Pero también era tonto sentir hostilidad hacia su sustituto sólo por eso. El hecho de que Etheridge no hubiera sabido (o no hubiera querido) ver el aparente rejuvenecimiento de Peter, no lo hacía menos competente en su profesión.

Una catarata que emitía un fulgor verde… Resultaba difícil que algo así se le pasara por alto.

Eso le llevó a la conclusión de que el resplandor verde no estaba allí durante el examen de Etheridge.

Tampoco se habían producido disturbios en el primer momento ni durante el examen. Sólo cuando se dispusieron a salir.

¿Acaso el ojo de Peter había empezado a relumbrar en ese momento?

Anderson llenó el plato de Peter con alimento para perros y puso la mano debajo del grifo, a la espera de que el agua se calentara para poder humedecerlo. Cada vez debía esperar más tiempo. El calentador era lento: estaba en malas condiciones y se había quedado anticuado. Anderson quería reemplazarlo antes de que los fríos llegaran, pero el único fontanero de Haven y sus alrededores era un tipo bastante desagradable llamado Delbert Chiles, que siempre la miraba como si supiera con toda exactitud cómo era ella sin ropa. («No gran cosa —decían sus ojos—, pero está bien para un caso de apuro».) Y siempre le preguntaba «si escribía algún otro libro». A Chiles le gustaba decirle que él habría sido muy buen escritor, pero que tenía demasiada energía y «me faltaba pegalotodo en el fondillo de los pantalones, no sé si me entiende». La última vez que Anderson se vio obligada a llamarle había sido en invierno, dos años antes, cuando las cañerías estallaron durante un período de varios días en que estuvieron a treinta grados bajo cero. Después de arreglar las cosas, él le había pedido «salir por ahí un día de éstos». Anderson rechazó la invitación con toda cortesía. Chiles le dedicó un guiño que aspiraba a expresar mucha sabiduría mundana, pero que ni siquiera llegaba a una vacuidad informada. «No sabe lo que se pierde, linda», exclamó él. «Estoy bastante segura de saberlo, y por eso me he negado», fue lo que subió a los labios de Anderson, pero nada dijo. Por mucho que le disgustara, quizá necesitara sus servicios alguna otra vez. ¿Por qué sería que las buenas respuestas en la vida real sólo le venían a la mente cuando no le era posible aprovecharlas?

«Podrías hacer algo con ese calentador, Bobbi», dijo una voz, en su mente, sin que fuera capaz de identificarla. ¿Una voz desconocida en su cabeza? Oh, caramba, ¿y si llamaba a la Policía? «Es que podrías —insistió la voz—. Bastaría con…»

Pero el agua empezó a llegar menos fría (tibia, al menos) en ese momento y se olvidó del calentador. Removió el alimento y lo dejó en el suelo. Mientras observaba cómo se tomaba aquella pasta, pensó que tenía mucho más apetito que antes.

«Tengo que revisar sus dientes —pensó—. A lo mejor puedo comprarle el alimento duro otra vez. Un ahorro siempre es un ahorro y los lectores estadounidenses no aporrean mi puerta. Además…»

¿En qué momento, exactamente, se había iniciado el alboroto en la clínica?

Lo pensó bien. No estaba muy segura; pero cuanto más lo meditaba más le parecía que había sido justo cuando el doctor Etheridge terminó de revisar la catarata de Peter, al dejar el oftalmoscopio.

«Atención, Watson —dijo de súbito la voz de Sherlock Holmes, con las frases rápidas y casi apresuradas de Basil Rathbone—. El ojo relumbra…, no, no es el ojo, sino su catarata. Pero Anderson no lo nota, aunque debería hacerlo. Etheridge no lo nota, y debería hacerlo. Quizá sea posible afirmar que los animales de la clínica no se alteran hasta que la catarata de Peter empieza a relumbrar. ¿Nos arriesgamos a decir:

hasta que el proceso de curación se reanuda? Es posible. ¿El resplandor se ve sólo cuando no hay peligro? Ah, Watson, esa suposición atemoriza tanto al ser injustificada. Porque indicaría la existencia de… de cierta clase de inteligencia».

No le gustó el derrotero de sus ideas y Anderson trató de sofocarlas con el viejo y confiable consejo: Déjalo correr.

Y le dio resultado.

Durante un rato.

2

Anderson quería excavar un poco más.

Su cerebro consciente no se alegraba con esa idea.

Su cerebro consciente opinaba que esa idea daba asco.

«Deja eso, Bobbi. Es peligroso».

Cierto.

«A propósito, ¿qué efecto produce en ti?»

Nada que estuviera a la vista. Pero tampoco se veía el efecto que el humo del cigarrillo hacía en los pulmones; por eso la gente seguía fumando. Tal vez el hígado se le estuviera pudriendo o el corazón se le hubiera llenado de colesterol o hubiera quedado estéril. También era posible que su médula ósea estuviera produciendo células blancas como loca en ese mismo instante. ¿Por qué conformarse con una menstruación anticipada cuando era posible tener algo interesante de verdad, como leucemia, Bobbi?

Pero aun así, quería seguir cavando.

Ese impulso, simple y elemental, no tenía nada que ver con su cerebro consciente. Surgía de lo más profundo de su interior. Tenía todo el aspecto de una necesidad física: sal, cocaína, cigarrillos, café… Su cerebro consciente le proporcionaba la lógica; la otra parte, un imperativo casi incoherente: «Excava, Bobbi, no hay problema, excava, excava, mierda, ¿por qué no excavas un poco más?, sabes que deseas enterarte de qué es; entonces, excava hasta que lo veas, excava, excava…»

Con un esfuerzo consciente, lograba acallar la voz. Quince minutos después se daba cuenta de que la oía de nuevo, como si fuese el oráculo de Delfos.

«Tienes que comunicar a alguien lo que has encontrado».

¿A quién? ¿A la Policía? Ni pensarlo. O…

¿O a quién?

Estaba en la huerta, y se dedicaba a quitar las hierbas como enloquecida. Una drogadicta en proceso de curación.

… a cualquiera que tenga autoridad, concluyó su mente.

La parte derecha de su cerebro le proporcionó la risa sarcástica de Anne, como

cabía esperar. Pero la risa carecía de la fuerza que ella temía. Como tantas personas de su generación, Anderson no tenía mucha fe en las Autoridades. Esa desconfianza se despertó en ella a los trece años, en Utica. Se encontraba sentada en el sofá de la sala, entre Anne y su madre, comiendo una hamburguesa; en la pantalla del televisor, la policía de Dallas escoltaba a Lee Harvey Oswald a través de un estacionamiento subterráneo. Había muchos policías en Dallas. Tantos, que el locutor anunció al país entero que alguien había disparado contra Oswald antes de que todos esos policías (toda aquella gente con autoridad) tuvieran la menor sospecha, al parecer, de que algo andaba mal; ni hablar de saber qué ocurría.

Por lo que ella sabía, la Policía de Dallas había llevado a cabo trabajo tan bueno en la protección de John F. Kennedy y de Lee Harvey Oswald que, dos años después, había sido encargada de los disturbios raciales, y, más tarde, de la guerra de Vietnam. Y tuvieron otras misiones: diez años después del asesinato de Kennedy, solucionar el embargo de petróleo; negociar la liberación de los rehenes estadounidenses en la embajada de Teherán. Cuando quedó claro que los cabezaduras iraníes no querían atender a razones, Jimmy Carter envió a la Policía de Dallas para que rescatara a aquellos pobres tipos; después de todo, las Autoridades que manejaban las cosas del estado de Kent con tanto aplomo sabrían realizar ese tipo de tareas que los de *Misión imposible*[3] ejecutaban todas las semanas. Bueno, en ese caso la suerte no sonrió a la Policía de Dallas; pero, en general, tenía el asunto bajo control. Bastaba echar un vistazo para comprobar que la situación mundial estaba muy bien ordenada; así había quedado en los años transcurridos desde que un hombre de pelo ralo y grasa de pollo frito en las uñas voló los sesos del Presidente, que recorría en un Lincoln las calles de la ciudad tejana.

«Se lo contaré a Jim Gardener. Cuando vuelva. Gard sabrá qué hacer, cómo manejar las cosas. Al menos me dará alguna idea».

«Vas a pedir ayuda a un lunático declarado. Estupendo», dijo la voz de Anne.

«No es lunático. Sólo algo raro».

«Claro, arrestado en una manifestación antinuclear con una pistola del 45 cargada en el bolsillo. Eso es ser raro, por supuesto».

«Cállate, Anne».

Continuó arrancando hierbas. Durante toda esa mañana, bajo el ardiente sol, siguió con ese trabajo. Tenía la espalda de la camiseta empapada de sudor; el sombrero que solía usar estaba en la cabeza del espantapájaros.

Después del almuerzo se acostó para dormir una siesta, pero no pudo. Todo pasaba de nuevo por su mente, y la voz desconocida no callaba nunca. «Excava, Bobbi, no hay problema, excava…»

Por fin se levantó, cogió la palanca, la azada y la pala y se puso en marcha hacia el bosque. En el extremo de la huerta se detuvo, con la frente arrugada por los

pensamientos, y volvió sobre sus pasos en busca del pico. Peter estaba en el porche. Levantó la vista unos segundos, pero no hizo ademán de seguirla.

Ella no se asombró mucho.

3

Unos veinte minutos después se encontraba allí y miraba cuesta abajo, hacia la zanja que había empezado a cavar, para liberar lo que, según su convencimiento, era una diminuta sección de una nave espacial. El casco gris era tan sólido como un destornillador o una llave inglesa, contra todos los sueños, las histerias y las suposiciones. Estaba allí. La tierra que había arrojado a cada lado, húmeda, negra, llena de secretos del bosque, tenía un color pardo oscuro, húmeda aún por las lluvias de la noche anterior.

Cuando bajaba por la cuesta, su pie hizo crujir algo que parecía papel de periódico. No lo era, se trataba de un gorrión muerto. Seis metros más allá vio el cadáver de un cuervo, con las patas cómicamente apuntadas hacia arriba, como en las historietas. Anderson se detuvo y miró alrededor. Vio otros tres pájaros muertos: un cuervo, un grajo y una piranga roja. Muertos, sin señal alguna. Y no había moscas a su alrededor.

Cuando llegó a la zanja, dejó caer las herramientas en el borde. La excavación estaba llena de barro. Bajó como pudo haciendo chapotear sus zapatos de trabajo. Al inclinarse vio que el metal gris, pulido, se hundía en la tierra, con un charco a un lado.

«¿Qué eres?»

Apoyó la mano en él. Aquella vibración se le hundió en la piel y pareció recorrerla toda por un instante. Luego cesó.

Anderson giró en redondo y puso la mano sobre la pala, notando su madera suave, algo caliente por el sol. Tenía la vaga conciencia de no oír ruidos en el bosque. Ni el menor sonido… Ni gorjeos, ni animales que se abrieran paso entre los matorrales para alejarse del olor a humano. En cambio, tenía una noción mucho más clara de los olores: tierra de turba, agujas de pino, corteza y savia.

Una voz interior (muy dentro de ella, que no le llegaba del lado derecho del cerebro sino, quizá, de la raíz misma de su mente) aullaba de terror.

«¡Aquí pasa algo, Bobbi, AHORA mismo está pasando algo. Sal de aquí marmota muerta pájaros muertos por favor Bobbi por favor POR FAVOR…!»

Sus manos apretaron el mango de la pala. Vio lo que había dibujado. El borde gris de algún objeto monumental, enterrado en el suelo.

Estaba menstruando de nuevo, pero no le importó; se había puesto una compresa antes de salir a trabajar en la huerta. Una de las gruesas. Y tenía seis más en el

paquete, ¿o eran doce?

No lo sabía. Ni le interesaba. Tampoco le importaba descubrir que una parte de ella había estado segura de terminar allí, pese a los tontos conceptos de libre albedrío que el resto de su mente tenía. Una especie de paz fulgurante la llenaba. Animales muertos… períodos menstruales que se interrumpían y volvían a iniciarse… llegar preparada después de haberse asegurado de que no había nada decidido… Eran pequeñas cosas, menos que pequeñas, un cúmulo de bobadas. Excavaría durante un rato alrededor de esa porquería para ver si había algo más que metal pulido allí.

—Todo está bien —dijo Bobbi Anderson, en aquel silencio desnaturalizado.

Y empezó a excavar.

CINCO

GARDENER SUFRE UNA CAÍDA

1

Mientras Bobbi Anderson trazaba una forma ciclópea con el compás y concebía lo inconcebible, con el cerebro más entumecido por el agotamiento de lo que ella pensaba, Jim Gardener se dedicaba al único trabajo que era capaz de hacer en los últimos tiempos. En esa ocasión le había tocado en Boston. La lectura de poemas del 25 de junio tuvo lugar en la Universidad. Ese acto anduvo bien. El 26 estaba libre. Y fue el día que Gardener tropezó… sólo que, por desgracia, la palabra «tropezar» no daba la idea exacta de qué ocurrió. No fue una nimiedad, como la de meter el pie bajo una raíz mientras se camina por el bosque; sino una caída, una larga y endiablada caída, como la de quien rueda por una empinada escalera y se rompe todos los huesos sin que haya alguien que corra con los gastos. ¿Escaleras? ¡Mierda, casi se había caído de la faz de la tierra!

La caída se inició en su habitación del hotel, y acabó en las rompientes de la playa Arcadia, New Hampshire, ocho días después.

Bobbi ansiaba cavar. Gard despertó, en la mañana del 26 con ansias de beber.

Sabía que los alcohólicos recuperados a medias no existen. Uno bebe o no bebe. Por suerte no estaba bebiendo, de momento; pero siempre había pasado por largos períodos en que ni siquiera pensaba en el alcohol. Meses enteros, en ocasiones. Una vez cada cierto tiempo asistía a una reunión de Alcohólicos Anónimos (si pasaba dos semanas sin asistir a una, se sentía intranquilo, igual que cuando se le volcaba la sal y no arrojaba una pizca de ésta por encima del hombro). En las reuniones se ponía en pie y decía: «Hola me llamo Jim y soy un alcohólico». Pero en ausencia del impulso, eso no parecía verdad. En esos períodos no se abstenía por completo de la bebida; podía beber y lo hacía… pero se trataba de beber, lo contrario de emborracharse. Un par de cócteles alrededor de las cinco, si estaba en una reunión de la facultad, y ni uno más. O llamaba a Bobbi Anderson y la invitaba a tomar una copa en casa. Bastaba con eso. Sin problemas.

Y de pronto se presentaba una mañana como ésa: despertaba con el deseo de beber todo el alcohol del mundo. Parecía sed de verdad, algo físico. Le recordaba a las tiras cómicas de dibujos en que se ve a algún chiflado buscador de oro, arrastrándose por el desierto con la lengua fuera en busca de agua.

Cuando la necesidad lo atacaba, hacía lo único que podía: se resistía, la postergaba, trataba de obtener un empate. A veces convenía, en esos casos,

encontrarse en una ciudad como Boston, porque tenía la posibilidad de asistir a una reunión todas las noches; cada cuatro horas, si hacía falta. Al cabo de tres o cuatro días, todo pasaba.

Por lo general.

Resolvió esperar. Se quedaría en el cuarto y pondría películas en el vídeo, que cargaría a la cuenta. Desde su divorcio y la pérdida de su cátedra, ocho años atrás, vivía como Poeta *Full-Time*; eso le exigía vivir en una extraña subsociedad en que el intercambio solía ser más importante que el dinero.

Había cambiado poemas por comida; en una ocasión, un soneto de cumpleaños para la esposa de un granjero le consiguió tres bolsas de la compra llenas de patatas recién cosechadas. «Y mejor que rime —había dicho el granjero, clavándole una mirada pétrea—. Los puemas de verdá riman».

Gardener, que sabía comprender las indirectas (sobre todo cuando su estómago se veía afectado), compuso un soneto tan pleno de exuberantes y masculinas rimas que, después de leer el segundo borrador, estalló en vendavales de risa. Llamó a Bobbi y se lo leyó; los dos rieron a todo pulmón. En voz alta era aún mejor; sonaba como una carta de amor del doctor Seuss. Aunque, sin necesidad de que Bobbi se lo señalara, él sabía que se trataba de una obra honrada: rimbombante, mas no condescendiente.

En otra ocasión, una pequeña imprenta de West Minot accedió a publicarle un libro de poemas (eso había ocurrido a principios de 1983, y en realidad fue su última obra publicada) y le ofreció dos metros cúbicos de leña como adelanto. Él aceptó.

—Deberías haber exigido tres metros cúbicos —le dijo Bobbi esa noche, mientras fumaban sentados frente a su estufa, con los pies sobre la rejilla, en tanto el viento chillaba, y arrojaba nieve fresca a los sembrados y árboles—. Esos poemas son buenos. Y hay muchos.

—Lo sé —dijo Gardener—. Pero tenía frío. Con dos metros, llegaré a la primavera. —Le hizo un guiño—. Además, ese tipo es de Connecticut. Lo que me envió era casi todo fresno, pero no creo que lo supiera.

Ella bajó los pies al suelo y lo miró con fijeza.

—¿Bromeas?

—No.

Bobbi se echó a reír y él le dio un sonoro beso. Más tarde la llevó a la cama y durmieron juntos, acoplados como cucharas. Recordaba haberse despertado una vez con el sonido del viento, pensando en la oscuridad, en el frío que había afuera y en lo abrigado de la cama, llena de apacible calor bajo dos edredones; le habría gustado que durara eternamente, pero las cosas no eran así. Había sido educado en la creencia de que Dios era amor, pero cabía preguntarse hasta qué punto Dios podía ser amor si había creado al hombre y a la mujer con la suficiente inteligencia como para llegar a la Luna, pero tan estúpidos que no terminaban de aprender que aquello de

«eternamente» no existía.

Al día siguiente, Bobbi le ofreció dinero de nuevo; Gardener volvió a rechazarlo. Aunque no nadaba en la abundancia, se las arreglaba. Y no pudo evitar una chispa de enojo, pese al tono despreocupado de Bobbi.

—¿No sabes quién ha de recibir el dinero después de una noche en la cama? —preguntó.

Ella adelantó el mentón.

—¿Estás tratándome de prostituta?

Él sonrió.

—¿Necesitas un chulo? Dicen que se gana bastante con eso.

—¿Quieres el desayuno, Gard, o prefieres fastidiarme?

—¿Las dos cosas al mismo tiempo?

—No —dijo ella. Y era obvio que estaba enfadada de verdad. Caramba, cada vez era más difícil darse cuenta de cosas como ésa, cuando antes había sido tan fácil… La abrazó. «Era sólo una broma —pensó—. ¿Cómo no se da cuenta de que era sólo una broma?» Claro, ella no se había dado cuenta porque no se trataba de una broma. Y si él creía otra cosa, a nadie engañaba más que a sí mismo. Se había sentido avergonzado y, como represalia, había tratado de zaherirla. Pero la estupidez no estaba en el ofrecimiento de Bobbi, sino en su propia vergüenza. Después de todo, él había elegido la vida que llevaba, poco más o menos, ¿verdad?

Y no quería herir a Bobbi, no deseaba alejarla de él. Eso de la cama estaba bien, pero no era lo más importante. Lo que en verdad contaba era la amistad de Bobbi Anderson, y en los últimos tiempos le estaba ocurriendo algo horrible: parecía que los amigos lo abandonaban. ¡Horrible, sí!

¿Se estaba quedando sin amigos? ¿O era que los ahuyentaba?

Al principio, abrazarla fue como abrazarse a una tabla de planchar. Gard tuvo miedo de que ella intentara desasirse y de cometer el error de tratar de retenerla. Pero Bobbi acabó por ablandarse.

—Quiero el desayuno —dijo—. Y que me disculpes.

—Está bien —aseguró ella. Se volvió antes de que Gard pudiera verle el rostro, pero su voz tenía ese tono seco y enérgico que usaba cuando lloraba o se encontraba a punto de hacerlo—. Siempre olvido que es de mala educación ofrecer dinero a los norteños.

Bueno, él no sabía si era mala educación o no, pero no estaba dispuesto a aceptar dinero de Bobbi. Nunca lo había hecho, y jamás lo haría.

La Caravana de la Poesía de Nueva Inglaterra, en cambio, era otra cosa.

«Échales mano, hijo —habría dicho Ron Cummings, quien necesitaba tanto el dinero como el Papa un sombrero nuevo—. Esa gallina es demasiado lenta para correr y demasiado gorda para pasar inadvertida».

La Caravana de la Poesía pagaba al contado. Moneda legal a cambio de poesía. Doscientos por adelantado y doscientos al terminar la gira. El verbo hecho carne, como quien dice. Pero quedaba entendido que el efectivo era sólo parte del trato.

El resto era LA CUENTA.

Mientras uno estaba de gira, aprovechaba todas las oportunidades. Pedía las comidas al servicio de habitaciones; se hacía cortar el cabello en la peluquería del hotel, si la había; llevaba el otro par de zapatos (si los tenía) y los sacaba de vez en cuando a la puerta del pasillo para que se los lustraran.

Y podía disfrutar en su habitación de películas que no tenía oportunidad de ver en el cine. Porque los cines insistían en cobrar por lo mismo que los poetas, aun los muy buenos, debían proporcionar gratis… o poco menos: tres bolsitas de patatas que supondría el precio de un soneto, por ejemplo. La televisión por cable se cobraba, por supuesto, pero ¿qué importaba? Ni siquiera necesitaba ponerla en la cuenta; un ordenador se encargaba de forma automática de hacerlo; a Gardener le bastaba con pedir que Dios bendijera y conservara LA CUENTA. Veía de todo, desde *Emmanuelle en Nueva York* hasta *Indiana Jones y el templo maldito*, pasando por *Rainbow Brite and the Star-Stealer*.

«Y eso es lo que haré —pensó mientras se frotaba el cuello, y recordaba el gusto del whisky bien añejo—; exactamente eso. Me sentaré a verlas todas otra vez, hasta *Rainbow Brite*. Y para el desayuno pediré tres hamburguesas de queso con tocino y tomaré un almuerzo frío a las tres. Tal vez me salte *Rainbow Brite* para dormir una siesta. Esta noche no salgo. Me acuesto temprano. Y espero que se me pase».

Bobbi Anderson tropezó con un saliente metálico de siete centímetros que asomaba de la tierra.

Jim Gardener tropezó con Ron Cummings.

Objetos diferentes, pero idéntico resultado.

Por falta de un clavo…

Ron se presentó a la misma hora en que, a unos trescientos treinta kilómetros de distancia, Anderson y Peter llegaban por fin a casa después de la visita, no muy normal, al veterinario. Cummings le sugirió que bajaran al bar del hotel a tomar una copa… o diez.

—O también —continuó, brillante— podríamos saltarnos el precalentamiento y emborracharnos de lo lindo.

Si lo hubiese dicho con más delicadeza, Gard se habría salvado. Pero se encontró en el bar, con Ron Cummings, llevándose a los labios un alegre whisky y diciéndose lo de siempre: que él dejaba la bebida cuando quisiera.

Ron Cummings era un gran poeta, de los serios, con la buena suerte de que el dinero le saliera hasta por el culo…, según él mismo decía con frecuencia. «Soy mi propio Mecenas —anunciaba—. El dinero me sale hasta por el culo». Su familia se

dedicaba a la industria textil desde hacía unos novecientos años y poseía la mayor parte del extremo sur de New Hampshire. Tenían a Ron por loco, pero como era el segundo hijo, y gracias a que el primero no era un loco (es decir, le interesaba la industria textil) dejaban que Ron hiciera su voluntad: escribir poemas y beber casi sin pausa. Era un joven delgado, con rostro de tuberculoso. Gardener nunca le había visto comer otra cosa que cacahuetes y galletitas para alternar. En su dudoso beneficio cabe decir que ignoraba el problema de Gardener con la bebida…, y el hecho de que éste, en estado de embriaguez, hubiera estado a punto de matar a su esposa.

—Bueno —dijo Gardener—. De acuerdo: emborrachémonos.

Después de tomar unas cuantas copas en el bar del hotel, Ron sugirió que dos tipos inteligentes como ellos buscarían un sitio más entretenido que ese bar con música funcional emitida por altavoces.

—Creo que mi cabeza resistiría —dijo Ron—. No estoy muy seguro, pero…

—A Dios no le gustan los cobardes —concluyó Gardener.

Ron rió entre dientes, le dio una palmada en la espalda y pidió LA CUENTA. La firmó con ademán garboso y agregó una generosa propina de su billetera.

—Vamos, amigo.

Y salieron.

Los rayos del sol, ya bajo, atravesaron los ojos de Gardener como una lanza de vidrio. De pronto pensó que la idea no era muy buena.

—Escucha, Ron —dijo—, me parece que voy a…

Cummings le dio una palmada en el hombro; las mejillas, hasta entonces pálidas, se le encendieron; sus azules ojos, que habían estado acuosos, ardían. Gard le vio cierto parecido con el Sapo de los dibujos animados tras adquirir su automóvil.

—¡No me vengas con ésas, Jim! —le instó Ron—. Boston se extiende ante nosotros, tan variada y tan nueva, reluciente como la eyaculación fresca de un muchachito en su primer sueño erótico…

Gardener estalló en carcajadas.

—Ahora te pareces más al Gardener que todos hemos llegado a conocer y querer —dijo Ron, también entre risas.

—Los cobardes no le gustan a Dios —dijo Gard—. Llama un taxi, Ronnie.

Entonces la vio: una chimenea en el cielo, negra, grande, cada vez más cerca. Pronto tocaría tierra para llevárselo.

Pero no al reino de Oz.

Un taxi se detuvo junto a la acera. Subieron. El conductor les preguntó adónde deseaban ir.

—A Oz —murmuró Gardener.

Ron rió entre dientes.

—Quiere decir: a algún lugar donde se beba mucho y se baile más. ¿Sabe de

alguno?

—Creo que sí —dijo el taxista. Y arrancó.

Gardener echó un brazo sobre los hombros de Ron.

—¡Que empiece la jodienda! —gritó.

—¡Brindo por ello! —dijo Ron.

2

A la mañana siguiente, Gardener despertó, completamente vestido, sumergido en una bañera de agua fría. Sus mejores ropas (las que había tenido la desgracia de llevar puestas al salir de aventuras con Ron Cummings, el día anterior) se le pegaban a la piel. Se miró los dedos; los tenía muy blancos y arrugados como pasas. Dedos de pescado. Al parecer llevaba largo rato metido allí. Hasta era probable que el agua hubiese estado caliente en algún momento. No lo recordaba.

Destapó la bañera. En el inodoro había una botella de whisky medio llena, untada de cierta grasa que tenía un ligero olor a pollo frito. A Gardener le interesaba más el aroma que había *dentro* de la botella. «No hagas eso», pensó. Pero el gollete de la botella le castañeteó contra los dientes antes de que hubiese formulado el pensamiento del todo. Tomó un trago y volvió a perder el sentido.

Cuando lo recobró estaba de pie en su habitación, desnudo, con el auricular del teléfono pegado a la oreja con el vago recuerdo de haber marcado un número. ¿De quién? No tuvo la menor idea hasta que Cummings respondió. Por la voz, estaba aún peor que él. Y Gardener habría jurado que eso era imposible.

—¿Qué hicimos? —se oyó preguntar. Siempre ocurría lo mismo al atraparlo el ciclón; aun cuando estaba consciente, todo parecía tener la textura gris y granulosa de una fotografía en el diario. Y él nunca estaba exactamente dentro de sí mismo. Casi siempre tenía la sensación de que flotaba por encima de su propia cabeza, como un globo de gas—. ¿En qué lío nos metimos?

—¿Lío? —repitió Cummings.

Y se quedó callado. Gardener supuso que estaría pensando. Era de esperar que fuera así. O tal vez todo lo contrario. Aguardó, con las manos muy frías.

—Ningún lío —respondió Cummings, por fin. Gard se relajó un poco—. Salvo en mi cabeza. En la cabeza tengo un buen lío. ¡Dios!

—¿Seguro? ¿Nada? ¿De verdad?

Pensaba en Nora.

«Conque disparaste contra tu esposa ¿eh? —dijo súbitamente una voz en su mente, la voz del subcomisario que leía historietas—. ¡Magnífico, qué joder!»

—Bueeeno… —murmuró Cummings, reflexivo. Y se interrumpió.

La mano de Gardener volvió a apretar el auricular.

—¿Bueno qué?

De pronto las luces del cuarto fueron demasiado intensas, como el sol cuando salió del hotel la tarde anterior.

«Hiciste algo. Tuviste otra pérdida de conciencia, maldito, e hiciste otra estupidez. O alguna locura. O alguna cosa horrible. ¿Cuándo aprenderás a no tocar la bebida? ¿O nunca aprenderás?»

A su mente acudió, a lo tonto, un fragmento de diálogo de alguna película vieja:

El comandante malo: Mañana antes del amanecer, señor, usted habrá muerto. ¡Está viendo el sol por última vez!

El norteamericano valiente: Sí, pero usted seguirá calvo por el resto de su vida.

—¿Qué pasó? —preguntó a Ron—. ¿Qué hice?

—Discutiste con unos tipos en un sitio llamado Bar-Parrilla La Piedra —explicó Cummings, y soltó una risita—. ¡Ay! Por Dios, cuando la risa duele, significa que has abusado de ti mismo. ¿Te acuerdas de «La Piedra» y de aquellos buenos muchachos, James querido?

Él dijo que no se acordaba. Si se esforzaba mucho, llegaba a acordarse de un lugar llamado «Smith Hnos.». El sol se estaba poniendo en una tetera de sangre; a principios del verano, eso significaba que eran… ¿las ocho y media, las nueve menos cuarto? Unas cinco horas después de que Ron y él se hubieron puesto en marcha. Se acordaba del cartel, junto a los retratos de los famosos hermanos del jarabe para la tos. Recordaba haber discutido furiosamente con Cummings sobre Wallace Stevens, gritando para hacerse oír por encima de la fonola automática, que bramaba algo de John Fogerty. Y allí se detenían los mellados bordes de su memoria.

—Había una calcomanía sobre el mostrador: *Waylon Jennings presidente* —aclaró Cummings—. ¿Te refresca eso la mollera?

—No —confesó Gardener, angustiado.

—Bueno, discutiste con un par de tipos. Unas palabras que van, otras que vienen, luego se volvieron acaloradas y acabaron por quemar. Voló una trompada por el aire.

—¿Mía? —La voz de Gardener se había vuelto opaca.

—Tuya —confesó Cummings, alegre—. Después de lo cual quienes volamos por el aire fuimos nosotros, con la mayor facilidad, y aterrizamos en la acera. Para serte franco, creo que salimos bien librados. Los tenías que trinaban, Jim.

—¿Fue por lo de Seabroock o por lo de Chernobyl?

—¡A la mierda! ¡Te acuerdas!

—Si me acordase no te preguntaría por cuál de las dos plantas nucleares fue.

—En realidad, por las dos. —Ron vacilaba—. ¿Te sientes bien, Gard? Se te oye deprimido.

«¿Sí? Bueno, Ron, en realidad estoy volando. Con el ciclón. Doy vueltas, subo y bajo…, y nadie sabe en dónde terminará esto».

—Estoy bien.

—Mejor así. Espero que sepas a quién debes estarle agradecido.

—¿A ti, quizá?

—Ni más ni menos. Mierda, aterricé en esa acera, como el niño que se arroja por el tobogán por primera vez. No puedo verme el trasero en, el espejo, pero me alegro. Apuntaría a que parece una pintura surrealista. Pero tú querías entrar otra vez para seguir hablando sobre los chicos de Chernobyl, que dentro de cinco años morirán de leucemia. Querías contarles que alguien estuvo a punto de hacer volar el estado de Arkansas por buscar un cable defectuoso con una vela en una planta nuclear. Dijiste que lo habían incendiado todo. Tuve que prometerte que volveríamos más tarde para arrancarles la cabeza; de esta forma, dejaste que te metiera en un taxi. Dijiste que estabas bien, que te darías un baño y después llamarías a un tipo llamado Bobby.

—Bobbi es una mujer —repuso Gardener, distraído, mientras se frotaba la sien derecha.

—¿Bonita?

—Bonita, pero no mucho.

Un pensamiento errante, sin sentido pero muy concreto, «Bobbi está en dificultades», se abrió paso por su mente como una bola de billar cruza el tapete de la mesa. Después, desapareció.

3

Caminó con lentitud hasta una silla y tomó asiento. Se masajeó las sienes. La energía nuclear. Tenía que haber sido la energía nuclear, por supuesto. ¿Qué otra cosa? Si no era Chernobyl, sería Seabroock; si no era Seabroock, sería Three-Mille Island, o Maine Yankee o lo que podía haber ocurrido en la planta Hanford, en el estado de Washington, si alguien no se hubiese dado cuenta en el último instante de que los desechos acumulados en una zanja, afuera, estaban a punto de estallar.

¿Y cuántos «últimos momentos» habría?

Los desechos radiactivos que se acumulaban en grandes montones contaminados. ¿Se espantaban de la maldición de Tutankamón? ¡Amigo! ¡Ya se vería en el siglo XXV, cuando algún arqueólogo excavara aquella porquería! Uno trataba de hacer ver a la gente que todo eso era una mentira, sólo una descarada mentira; que la energía nuclear mataría a millones de personas y dejaría estériles e inhabitables grandes zonas de la Tierra. ¿Y qué conseguía? Sólo una mirada inexpresiva. Uno hablaba con personas que habían vivido bajo sucesivos gobiernos en que los funcionarios decían mentira tras mentira; después, mentían con respecto a las mentiras, y, cuando se descubría la verdad, los mentirosos decían: «Oh, caramba, se me olvidó. Lo siento». Y como había sido un olvido, los votantes se comportaban como cristianos y los

perdonaban. Era imposible creer que hubiera tantos imbéciles dispuestos a perdonar hasta que se recordara lo que P.T. Barnum había dicho sobre la extraordinaria tasa de natalidad de los tontos. Cuando uno trataba de decirles la verdad, le miraban a los ojos y afirmaban que uno estaba lleno de mierda, que el gobierno estadounidense no decía mentiras, que Estados Unidos se había hecho gracias a que no decía mentiras. «Oh, querido padre, he aquí los hechos: yo lo hice con mi pequeña hacha y no puedo callar porque fui yo; pase lo que pase, no puedo decir una mentira». Cuando uno trataba de hablarles, lo miraban como si estuviese farfullando algo en un idioma extranjero. Habían pasado ocho años desde que él casi mató a su esposa; tres, desde que él y Bobbi fueron arrestados en Seabroock: Bobbi bajo la acusación general de manifestación no autorizada; Gard, por un motivo mucho más específico: tenencia ilícita de armas. Los otros pagaron una multa y salieron. Gardener estuvo dos meses. El abogado le dijo que había tenido suerte. Gardener le preguntó si era consciente de que se hallaba sentado sobre una bomba de relojería. El abogado le sugirió que buscara ayuda psiquiátrica. Gardener lo mandó al diablo.

Pero tuvo el sentido común de no participar en otras manifestaciones. Eso, al menos. Se mantenía alejado de ellas. Lo estaban envenenando. Sin embargo, cuando se emborrachaba, la parte de su mente que el alcohol había respetado volvía de un modo obsesivo al tema de los reactores, los desechos radiactivos, las plantas y la imposibilidad de detener la avalancha una vez se ha iniciado.

A las plantas nucleares, en otras palabras.

Cuando se emborrachaba, se le acaloraba el corazón. Las plantas. Las malditas plantas nucleares. Era simbólico, sí, claro; no hacía falta ser Freud para darse cuenta de que, en realidad, aquellas manifestaciones eran contra el reactor de su propio corazón. Cuando se trataba de contenerse, James Gardener tenía fallos en el sistema de retención. En su interior había algún técnico que merecía el despido desde hacía tiempo. Allí sentado, jugaba con todas las palancas que no debía tocar. Ese tipo no sería feliz hasta que Jim Gardener contrajera el síndrome de China.

Las malditas plantas nucleares.

«Olvídate de ellas».

Lo intentó. Para empezar, trató de pensar en la lectura de esa noche, una divertida andanza patrocinada por un grupo que se hacía llamar Amigos de la Poesía, nombre que llenaba a Gardener de estremecimientos medrosos. Casi todos los grupos de ese nombre estaban compuestos, por mujeres que se autotitulaban damas (la mayoría de extracción conservadora). Las damas del club tendían a conocer mucho mejor las obras de los poetas románticos que las de los viejos borrachos como James Eric Gardener.

«Vete de aquí, Gard. Olvídate de la Caravana de la Poesía. Olvídate de los Amigos de la Poesía y de la bruja de McCardle. Vete ahora mismo, antes de que

ocurra algo feo. Algo feo de verdad. Porque sucederá algo muy feo si te quedas. Hay sangre en la Luna».

Pero maldito si volvería corriendo a Maine, con el rabo entre las piernas. Él, jamás.

Además, estaba la bruja.

Se llamaba Patricia McCardle y era una bruja presumida como Gard no conocía dos.

Tenía un contrato que especificaba: si no hay actuación no hay dinero.

—¡Por Dios! —exclamó Gardener.

Y se puso una mano sobre los ojos, en un intento de apartar el dolor de cabeza, que cada vez iba a más. Sabía que sólo había un remedio para ello. Y también que ése tipo de remedio podía provocar algo mucho peor.

Asimismo sabía que, con saberlo, no ganaba nada. Por lo tanto, al cabo de un rato empezó a correr el alcohol y el ciclón comenzó a soplar.

Jim Gardener, en caída libre ya.

4

Patricia McCardle era la principal patrocinadora y quien encabezaba la vanguardia de la Caravana de la Poesía de Nueva Inglaterra. Tenía las piernas largas, pero flacas; su nariz era aristocrática, aunque demasiado afilada para resultar atractiva. Cierta vez, Gard la había besado con la imaginación, pero la imagen resultante lo había horrorizado: esa nariz, no sólo se deslizaba por su mejilla, sino que se le abría como si de una navaja de afeitar se tratara. Tenía frente alta, senos inexistentes y ojos tan grises como un glaciar en días nublados. Sus antepasados se remontaban hasta el *Mayflower*.

No era la primera vez que Gardener trabajaba para ella; ni tampoco la primera vez que tenía problemas. Su inclusión en la Caravana de 1988 era algo macabra…, pero el motivo de su abrupta incorporación no resultaba menos inaudito en el mundo de la poesía que en el del *jazz* o el *rock*. Patricia McCardle se encontró con un hueco de último momento en su programa, debido a que uno de los seis poetas contratados para el feliz recorrido de ese verano se había ahorcado en su ropero, con el cinturón.

—Igual que Phil Ochs —dijo Ron Cummings a Gardener cuando estuvieron sentados uno cerca del otro en la parte trasera del autobús, al comienzo de la gira. Y lo comentó con esa sonrisita nerviosa del chico-malo-del-final-de-la-clase—. Pero entonces, Bill Claughtsworth era un derivado hijo de puta.

Patricia McCardle tenía doce fechas para lectura y varios adelantos pagados por un acuerdo que, en resumidas cuentas y sin retóricas floridas, le brindaba seis poetas por el precio de uno. El suicidio de Claughtsworth la dejaba con tres días para hallar

un poeta con una obra publicada, en una temporada en que casi todos estaban reservados (o de vacaciones permanentes, como el tonto de Bill Claughtsworth, al decir de Cummings).

Era difícil que los grupos interesados se echaran atrás sólo porque a la Caravana le faltaba un poeta. Eso habría sido de mal gusto, sobre todo, si se consideraba el motivo de esa ausencia. De cualquier modo, Caravana SRL se encontraba en una situación de incumplimiento de contrato, al menos a nivel técnico, y Patricia McCardle no quería pasar esas cosas por alto.

Después de telefonear a cuatro poetas, cada uno menos importante que el anterior, y cuando sólo faltaban treinta y seis horas para la primera lectura, telefoneó a Jim Gardener.

—¿Sigues bebiendo, Jimmy? —le preguntó, directa.

Jimmy. Él detestaba ese diminutivo. Casi todos se referían a él como Jim. Jim estaba bien. Nadie lo llamaba Gard, salvo él mismo… y Bobbi Anderson.

—Un poco —respondió— pero no me emborracho.

—Lo dudo —dijo ella con frialdad.

—Como siempre, Patty —replicó él, a sabiendas de que ella detestaba este diminutivo aún más que él aborrecía el de Jimmy. Su sangre aristocrática se revelaba contra él—. ¿Preguntas porque te falta alguien o por motivos más urgentes?

Lo sabía, por supuesto, y ella estaba segura de que era así. Así como la sonrisa que él tenía en sus labios. Y se enfureció, por supuesto, y eso divirtió a muerte a Gardener. Y Patricia se dio cuenta de que él se había percatado de ello. Para mejor.

Hubo algunos lances de esgrima más antes de llegar a lo que no era un matrimonio de conveniencia, sino de necesidad. Gardener quería comprar una nueva estufa de leña para el invierno que se aproximaba; estaba harto de vivir como un vagabundo, acurrucándose por las noches frente al horno de la cocina, mientras el viento sacudía el plástico sujeto a las ventanas. Patricia McCardle quería comprar un poeta. Eso sí: no habría apretón de manos para cerrar el acuerdo, tratándose de Patricia McCardle. Esa tarde llegó desde Deny con un contrato por triplicado y acompañada por un notario. A Gard le sorprendió que no hubiese llevado otro notario, por si el primero sufría un infarto o algo parecido.

Dejando a un lado sensaciones y presentimientos, no había manera de que abandonara la gira sin perder la estufa de leña, porque si lo dejaba no vería la segunda mitad de sus aranceles. Ella lo llevaría ante los tribunales y gastaría mil dólares en su intento de hacer que devolviera los trescientos que Caravana SRL le había adelantado. Y era probable que lo consiguiera. Él ya había cumplido con casi todas las presentaciones, pero el contrato firmado era claro como el cristal al respecto: *si se retira por cualquier motivo no aceptable por el director de la gira, todos los aranceles impagados serán declarados nulos y cualquier arancel pagado por*

anticipado deberá ser devuelto a Caravana SRL en un plazo de treinta (30) días.

Y lo perseguiría. Ella quizá creyera que lo hacía por principios; pero, en realidad, sería porque él la había llamado Patty en los momentos de mayor necesidad.

Ése tampoco sería el fin. Si él se retiraba, ella trabajaría con incansables fuerzas para conseguir que lo incluyeran en las listas negras. Jamás participaría en otra gira poética en la cual ella tuviera algo que ver, o sea, en casi todas. Además existía la delicada cuestión de las subvenciones. El marido le había dejado mucho dinero al morir (aunque no se podía decir, como en el caso de Ron Cummings, que le brotara hasta por el culo; Gard no creía siquiera que Patricia McCardle tuviera algo tan vulgar como culo, ni siquiera trasero; en caso de necesidad, tal vez realizara un Acto de Inmaculada Excreción). Patricia McCardle había usado gran parte de ese dinero en establecer una serie de subvenciones. Eso la convertía de forma simultánea en importante mecenas de las artes y en avispada comerciante con relación al horrible asunto de los impuestos: las subvenciones eran donaciones descontables de la renta. Unas mantenían a uno u otro poeta por períodos específicos. Otras establecían premios en efectivo; en algunos casos, subvencionaban revistas de ficción y poesía moderna. Su administración estaba a cargo de comisiones. Y detrás de cada comisión se movía la mano de Patricia McCardle, asegurándose de que se entretejieran con tanta pulcritud como las piezas de un rompecabezas chino… o las hebras de una telaraña.

Patricia McCardle podía hacer mucho más que quitarle esos piojosos seiscientos dólares: en sus manos estaba ahorcarle. Y era posible que él escribiera algunos buenos poemas antes de que los locos que tenían un revólver amartillado en el ano del mundo decidieran apretar el gatillo.

«Habrá que pasar por eso», pensó. Había pedido una botella de Johnnie Walker al servicio de comedor (Dios bendijera a LA CUENTA por los siglos de los siglos, amén), y se sirvió por segunda vez con una mano bastante firme. «Habrá que pasar por eso, y no se hable más».

Pero con el transcurrir del día seguía con la idea de tomar un autobús en la estación de Stuart Street y bajar de él cinco horas después, frente a la polvorienta farmacia de Unity. Desde allí «haría dedo» hasta Troy. Telefonearía a Bobbi Anderson y le diría: «Estuve a punto de volar con el ciclón, Bobbi, pero encontré el refugio subterráneo justo a tiempo. Qué suerte, ¿no?»

«No digas gilipolleces. La suerte la hace uno mismo. Si fueses fuerte, Gard, tendrías suerte».

«Habrá que pasar por eso y listo».

Revolvió su maleta en busca de las mejores prendas que le quedaban, puesto que lo que usaba para las representaciones parecía estar en una condición irrescatable. Arrojó sobre la cama un par de vaqueros desteñidos, una simple camisa blanca, unos

calzoncillos raídos y un par de calcetines («Gracias, señora, pero no hay necesidad de que limpie el cuarto porque he dormido en la bañera»). Se vistió, tomó varios antiácidos, bebió un poco más de whisky, tragó unos antiácidos más y miró otra vez en la maleta a ver si había aspirinas. Se tomó también algunas. Después, observó la botella. Apartó los ojos. Las palpitaciones de su cabeza empeoraban cada vez más. Se sentó junto a la ventana con sus notas, intentando decidir qué leería por la noche.

A la horrible luz de esa larga tarde, todos sus poemas parecían escritos en púnico. La aspirina, en vez de hacer algo positivo con su dolor de cabeza, parecía intensificarlo. La cabeza se le contraía con cada latido del corazón. Era el viejo dolor de siempre, como si le estuviesen introduciendo poco a poco una barrena de acero sin filo en la cabeza; algo por encima y un poco a la izquierda del ojo izquierdo. Se tocó con la punta de los dedos la leve cicatriz que allí tenía. La placa de acero sepultada bajo la piel era el resultado de un accidente de esquí sufrido en la adolescencia. Recordó las palabras del médico: «Tal vez tengas dolores de cabeza de vez en cuando, hijo. Cuando los tengas, agradece a Dios el estar vivo para sentirlos».

Pero en casos como ése no estaba tan seguro.

En casos como ése no estaba seguro de muchas cosas.

Dejó los cuadernos a un lado, con mano temblorosa, y cerró los ojos.

«Soy incapaz de pasar por eso».

«Sí que lo eres».

«No. Hay sangre en la luna, lo siento, casi puedo verla».

«¡No me vengas con idioteces de irlandés! ¡Junta valor, flojo! ¡Valor!»

—Lo intentaré —murmuró, sin abrir los ojos.

Quince minutos después, cuando la nariz empezó a sangrarle un poco no se dio cuenta. Se había quedado dormido en la silla.

5

Siempre le atacaba el miedo al escenario antes de cada lectura, aunque el grupo fuera poco numeroso (y los grupos que se presentaban a oír lecturas de poesía moderna tendían a serlo). Sin embargo, en la noche del 27 de junio, lo que empeoró el miedo de Jim Gardener al escenario fue el dolor de cabeza. Cuando despertó de su siesta, en la silla del hotel, las náuseas y los temblores habían desaparecido, pero el dolor de cabeza había aumentado: acababa de graduarse como Auténtico Rompemundos Clase A, tal vez el peor de toda la historia.

Cuando le llegó el turno de leer, tuvo la sensación de que oía su propia voz desde muy lejos. Se sentía como el hombre que escucha una grabación de sí mismo por onda corta, transmitida desde España o Portugal. De pronto, un mareo lo atacó; por unos instantes, sólo fue capaz de fingir que buscaba un poema, alguno especial,

extraviado de momento. Movió los papeles con dedos nerviosos y débiles, mientras pensaba: «Me desmayaré. Aquí mismo, delante de todos. Me caeré contra el atril y los dos iremos a parar a la primera fila. Con un poco de suerte, aterrizaré sobre esa maldita bruja de sangre azul y la mataré. De ese modo, casi sería posible decir que toda mi vida habría tenido sentido».

«Tienes que pasar por esto», respondió esa implacable voz interior. A veces sonaba como la de su padre; con más frecuencia, como la de Bobbi Anderson. «Tienes que pasar por esto de una vez. ¡Sin más!»

Esa noche, el público era más numeroso que de costumbre; había unas cien personas apretadas tras los pupitres de la sala de conferencias. Parecían tener los ojos demasiado grandes. «¡Qué ojos tan grandes tienes, abuelita!» Era como si fuesen a comérselo con aquellos ojos. Sorberle el alma, su *ka*, o como quiera que se llamara. De pronto, un fragmento del viejo T. Rex acudió a su memoria: «Muchacha, soy sólo un vampiro de tu amor… ¡y voy a chuparte!»

Ya no existía T. Rex, por supuesto. Marc Bolan había envuelto en un árbol su coche deportivo y tenía la suerte de no estar vivo. «Vaya, vaya, Marc, tú sí que la hiciste. O la deshiciste, O lo que sea. Un grupo llamado Power Station va a cubrir tu parte y será muy malo, será…»

Se llevó una mano temblorosa a la cabeza. Un murmullo grave recorrió la sala.

«Será mejor que sigas, Gard. Los nativos comienzan a alborotarse».

Sí, no había duda: era la voz de Bobbi.

Los tubos fluorescentes, empotrados arriba en rectángulos, parecían palpitar en ciclos que igualaban con exactitud los ciclos dolorosos de su cabeza. Vio a Patricia McCardle. Llevaba puesto un vestido negro que sin duda había costado apenas unos trescientos dólares; saldo de una de esas tienduchas piojosas de la avenida principal. Su rostro era angosto, pálido e inflexible, como el de sus puritanos antepasados, esos maravillosos y divertidos fulanos que con tanto placer mandaban a cualquiera a una galera maloliente por tres o cuatro semanas, si tenía la mala suerte de ser visto sin pañuelo en el bolsillo en la festividad sabática. Los oscuros ojos de Patricia estaban clavados en él como piedras polvorientas. Gard pensó: «Se da cuenta de lo que ocurre. Nada la complacería más. Mírenla: espera que me caiga. Y cuando eso ocurra, ya sabemos qué pensará, ¿no?»

Por supuesto que se sabía.

«Es lo que mereces por llamarme Patty, borracho hijo de puta». Eso estaría pensando. «Es lo que mereces por llamarme Patty, por obligarme a rogarte casi de rodillas. Anda, Gardener, sigue. Tal vez hasta deje que conserves el dinero adelantado. Trescientos dólares es pagar poco por el exquisito placer de ver cómo te derrumbas delante de toda esta gente. Anda, termina de una vez».

Entre el público, algunos se mostraban muy incómodos. La pausa entre un poema

y otro se había alargado mucho más de lo que se consideraría como algo normal. El murmullo se había convertido en un zumbido sordo. Gardener oyó que Ron Cummings carraspeaba detrás de él, inquieto.

«*¡Valor!*», chilló de nuevo vez la voz de Bobbi. Pero se iba apagando. Se apagaba. Miró hacia el público y vio sólo círculos pálidos como masilla, cifras, grandes agujeros blancos en el universo.

El zumbido aumentaba. Se irguió en el podio, con un balanceo demasiado evidente, y se humedeció los labios. Miraba a su público con una especie de horror ensordecido. Y de pronto, en vez de oír a Bobbi, Gardener la vio. Esa imagen tuvo para él toda la fuerza de una visión.

Bobbi estaba allá arriba, en Haven, en esos momentos: sentada en su mecedora, con unos pantaloncitos cortos y un *top* cubriéndole los senos, que no eran gran cosa. En los pies, un par de viejos y maltrechos mocasines. Peter, enroscado ante ellos, dormía profundamente. Había un libro abierto en su regazo, pero no leía: lo tenía invertido (y esa parte de la visión era tan perfecta que Gardener llegó a leer el título del libro: *Watchers*, de Dean Kootz). Bobbi miraba la oscuridad por la ventana, perdida en el tren de sus pensamientos, que se sucedían uno tras otro con tanta cordura y racionalidad como cabía desear. Sin descarrilamientos, sin atrasos, sin adelantos. Bobbi sabía conducir trenes.

Hasta supo en qué pensaba. Algo en los bosques. Algo…, se trataba de algo que había descubierto en el bosque. Sí, Bobbi estaba en Haven, tratando de decidir qué podía ser aquella cosa y por qué se sentía tan cansada. No pensaba en James Eric Gardener, el famoso poeta, manifestante y mataesposas, que en esos momentos se hallaba bajo los reflectores en una sala de conferencias de la Universidad del Nordeste con otros cinco poetas y un gordo de mierda llamado Arberg o Arglebargle o algo así, listo para desmayarse. En esa sala de conferencias se encontraba el Maestro del Desastre. Bendita Bobbi, que de algún modo había sabido conservar la cabeza cuando a su alrededor todos perdían la propia; Bobbi estaba en Haven, y pensaba como la gente debía pensar…

«¡No, no es cierto! No está haciendo eso en absoluto».

De pronto, por primera vez, el pensamiento se abrió paso sin filtros de sonido, agudo y urgente como una alarma de incendios en la noche: «¡Bobbi se encuentra en dificultades! ¡Bobbi está en GRAVES DIFICULTADES!»

Esa seguridad lo golpeó con la fuerza de una impresionante bofetada. De pronto, el mareo desapareció. Volvió otra vez en sí, con un golpe seco que casi hizo castañetear sus dientes. Una punzada de dolor le desgarró la cabeza, pero hasta eso le pareció grato: si sentía el dolor era porque estaba otra vez de regreso; había dejado de vagar por algún sitio en el ozono.

Y por un desconcertante momento vio una nueva imagen, muy breve, muy clara y

amenazadora: la de Bobbi, en el sótano de la granja que había heredado de su tío. Estaba agachada frente a una extraña máquina y trabajaba en ella… ¿o no? Todo parecía muy oscuro, y Bobbi sabía muy poco de mecánica. Pero hacía algo, sí, porque entre los dedos le saltaban fantasmagóricas culebrinas azules, mientras maniobraba con los cables enredados dentro de… dentro de… Pero estaba demasiado oscuro para ver qué era aquella forma oscura, cilíndrica. Le resultaba familiar, algo que él había visto antes, pero…

Entonces, le fue dado oír además de ver, aunque lo que oyó lo tranquilizó aún menos que aquel espectral fuego azul. Era Peter. Aullaba. Bobbi no le prestó atención, actitud muy extraña en ella. Se limitó a seguir con los cables, conectándolos de forma que hicieran algo allí, en la oscuridad del sótano, olorosa de raíces.

La visión se deshizo en voces que se alzaban.

Los rostros que acompañaban a esas voces ya no eran agujeros blancos en el universo, sino que correspondían a gente real; algunos estaban divirtiéndose (pero no muchos); otros parecían azorados; sin embargo, la mayoría se mostraba alarmada o inquieta. En otras palabras, se los veía como él habría estado en su mismo caso. ¿Les había metido miedo? ¿Sí? En todo caso, ¿por qué?

Sólo Patricia McCardle no concordaba con el cuadro general. Lo miraba con tal satisfacción tranquila, segura, que le obligó a regresar del todo.

De pronto, Gardener alzó la voz ante el público, sorprendido por lo natural y agradable que sonaba.

—Lo siento. Discúlpenme, por favor. Aquí tengo un puñado de poemas nuevos y me he perdido en ensoñaciones entre ellos. —Una pausa. Una sonrisa.

Algunos de los inquietos volvían a sentarse con expresión de alivio. Hubo algunas risas, pero solitarias. Sin embargo, un rubor de cólera apareció en las mejillas de Patricia McCardle. Eso hizo maravillas con su dolor de cabeza.

—En realidad —prosiguió—, tampoco se acerca mucho a la verdad. Lo cierto es que trataba de decidir si les leería o no alguna de estas obras nuevas. Después de un furioso combate entre esos dos violentos pesos pesados que son Orgullo de Autor y Prudencia, Prudencia ha ganado por puntos. Orgullo de Autor jura que apelará el fallo…

Más risas, esta vez de corazón. Las mejillas de Patty parecían la cocina económica de Gardener a través de las ventanillas de mica en las frías noches del invierno. Tenía las manos entrelazadas y los nudillos le blanqueaban. No llegaba a mostrar los dientes, pero poco faltaba, amigos y vecinos, poco faltaba.

—Mientras tanto, voy a concluir con un número peligroso: les leeré un poema bastante largo de mi primer libro: *Grimoire*.

Guiñó un ojo en dirección a Patricia McCardle. Después hizo una humorística confidencia a todos:

—Pero a Dios no le gustan los cobardes, ¿verdad?

Ron resopló una risa a su espalda. Un momento después, todos reían. Por un instante, Gard llegó a ver un destello de dientes perlados tras aquellos labios estirados y furiosos. ¡Oh, dioses!, ¿qué más se podía pedir?

«Ten cuidado con ella, Gard. Ahora crees que la tienes bajo el tacón de la bota y es posible que así sea, por el momento. Pero ándate con tiento. Ella no olvidará».

Ni perdonará.

Pero eso quedaba para más tarde. Abrió el maltrecho ejemplar de su primer libro de poemas. No necesitó buscar *Leighton Street*, porque el libro se abrió en esa página como por propia voluntad. Sus ojos buscaron la dedicatoria: *A Bobbi, la primera en oler a salvia en Nueva York.*

Leighton Street fue escrito el año en que él la conoció, cuando ella no sabía hablar de otra cosa que de esa calle. Era, por supuesto, la calle de Utica en donde se había criado, la calle de la cual necesitaba escapar para comenzar siquiera a ser lo que deseaba ser: una sencilla escritora de relatos sencillos. Sabía escribir; lo hacía con facilidad y gracia. Gard se dio cuenta de ello casi de inmediato. Más avanzado el año percibió que ella podía hacer bastante más que eso: superar la descuidada y prolífica facilidad con que escribía para realizar obras valientes, ya que no magníficas. Pero para lograrlo debía alejarse de la calle Leighton. No de la verdadera, sino de la calle Leighton que llevaba en su mente, una geografía demoníaca poblada por inquilinatos llenos de fantasmas: su amado padre, enfermo; su amada madre, débil; la desafiante bruja de su hermana, que los gobernaba a todos como un demonio de infinito poder.

Una vez se quedó dormida en clase. Él la trató con suavidad, porque ya la amaba un poquito y había visto sus enormes ojeras.

—Tengo dificultades para dormir —le explicó cuando él la retuvo después de la clase. Sin duda aún estaba medio adormilada; de lo contrario, no habría pasado de allí: a tal punto sentía el poderoso dominio de Anne (de la calle Leighton) sobre ella. Pero era como una persona drogada, que se encuentra cabalgando con una pierna a cada lado de la muralla pétrea y oscura del sueño—. Cuando estoy por quedarme dormida, la oigo.

—¿A quién? —preguntó él, con suavidad.

—A Sissy… es decir, a Anne, mi hermana. Rechina los dientes. Suenan como hue… hue…

Huesos, quería decir, pero estalló en sollozos histéricos que lo asustaron mucho.

Anne.

Anne era, como ninguna otra cosa, la calle Leighton.

Anne había sido

(tocando a la puerta)

la mordaza de las necesidades y ambiciones de Bobbi.

«Está bien —pensó Gard—. Por ti, Bobbi. Sólo por ti».

Y empezó a leer *Leighton Street* con tanta facilidad como si hubiese estado ensayándolo en su cuarto durante toda la tarde.

Estas calles comienzan donde lo hacen los adoquines
asoman entre el asfalto, igual que las cabezas
de los niños mal sepultados en su textura,

leyó Gardener.

¿Qué mito es éste?, nos preguntamos, pero
los niños que juegan al corro y a
pídola en el barrio sólo ríen.
No hay mito, nos dicen, no hay mito
sólo, dicen ¡eh, imbécil!, sólo
la calle Leighton
nada más que todas estas casas pequeñas
nada más que los porches en donde nuestras madres
lavan, lavan, lavan.
Donde los días se hacen calientes
y en la calle Leighton escuchan la radio
con los pterodáctilos volando entre las antenas de televisión
en el tejado y dicen ¡eh, imbécil!, dicen
¡Eh, imbécil!
No hay mito, nos dicen, no hay mito
sólo dicen ¡eh, imbécil! no hay
aquí otra cosa que la calle Leighton
Esto dicen es cómo tú callas tu silencio
de días. Imbécil.
Cuando volvemos la espalda a estas carreteras interiores,
depósitos con caras de ladrillos en blanco,
cuando dices «Oh, pero he llegado al fin
de todo cuanto sé y aún oigo sus dientes,
como rechinan en la noche…»

Como hacía tanto tiempo que no leía el poema, siquiera para sí mismo, no se limitó a «representarlo» (cosa que, según había descubierto, era casi imposible no hacer al final de una gira tal como ésa); lo que hizo fue redescubrirlo. Casi todos los que asistieron a la lectura de esa noche, aun aquellos que presenciaron la sórdida y

escalofriante conclusión de la velada, estuvieron de acuerdo en que la lectura de *Leighton Street* por parte de Gardener había sido lo mejor del espectáculo. Muchos de ellos aseguraron que jamás habían escuchado una mejor.

Puesto que sería la última lectura de Jim Gardener en toda su vida, tal vez no fue un mal modo de retirarse.

6

Tardó casi veinte minutos en leerlo entero. Cuando hubo terminado, clavó la vista incierta en un profundo y perfecto pozo de silencio. Tuvo tiempo de pensar que quizá nunca lo había leído, ¡maldición!, que había sido sólo una vivida alucinación tenida uno o dos segundos antes del desmayo.

De pronto alguien se levantó y comenzó a aplaudir con fuerza, con ritmo. Era un hombre joven, con lágrimas en las mejillas. La muchacha sentada junto a él se levantó a su vez para aplaudir, y también lloraba. Un momento después, todos estaban de pie y aplaudían; sí, una verdadera ovación, y en todos los rostros leyó lo que cualquier poeta o aspirante a poeta ansia ver al terminar una lectura: rostros despertados de un sueño más luminoso que cualquier realidad. Parecían tan deslumbrados como Bobbi aquel día, como si no supiesen con certeza dónde estaban.

Pero no todos aplaudían de pie: Patricia McCardle permanecía muy estirada y erguida en su asiento de tercera fila, con las manos apretadas en el regazo, sobre su lujosa carterita. Mantenía los labios bien apretados, sin señales de blancos perlados; su boca se había convertido en un pequeño tajo sin sangre. Gard sintió una fatigada diversión. «Por lo que a ti te concierne, Patty, la verdadera ética puritana indica que ninguna oveja negra debe atreverse a superar el nivel de mediocridad que le ha sido señalado. ¿Correcto? Pero en su contrato no hay cláusulas de mediocridad, ¿no?»

—Gracias —murmuró ante el micrófono. Después, recogió con manos temblorosas sus libros y sus papeles, en un montón desprolijo. A punto estuvo de que todo cayera al suelo al apartarse del podio. Con un profundo suspiro, se sentó al lado de Ron Cummings.

—Dios mío —susurró Ron, todavía aplaudiendo—. ¡Dios mío!

—Deja de palmotear, imbécil —susurró Gardener, a su vez.

—Ni lo pienses. No me importa cuándo lo escribiste. ¡Es brillante! —dijo Cummings—. Merece que te invite a una copa.

—Esta noche sólo beberé agua tónica —aseguró Gardener.

Pero sabía que era mentira. El dolor de cabeza volvía de nuevo. Las aspirinas no le harían nada, el Percodan, tampoco. Nada le calmaría el dolor de cabeza, como no fuera un buen trago de algo fuerte. Alivio rápido, muy rápido.

El aplauso comenzaba a ceder. La expresión de Patricia McCardle fue de acre

alivio.

7

El nombre del gordo que había presentado a cada uno de los poetas era Arberg (aunque Gardener insistía en llamarlo Arglebargle), era el profesor ayudante de literatura que encabezaba el grupo patrocinador, esa clase de hombre que su padre llamaba «carnoso hijoputa».

El carnoso hijoputa dio una fiesta en su casa, después de la lectura, para los miembros de la Caravana, los Amigos de la Poesía y la mayor parte del Departamento de Literatura de la facultad. Comenzó alrededor de las once. En un principio, el ambiente resultó bastante almidonado; hombres y mujeres formaban incómodos grupitos, con vasos y platos de cartón en las manos, mientras farfullaban la habitual cháchara académica, llena de cautela.

En sus tiempos de profesor universitario, Gard consideraba que esas tardes eran la manera más estúpida de perder el tiempo. Aún pensaba igual, pero detectaba en ellas algo nostálgico y placentero, con cierto aire de melancolía.

Su veta de Monstruo de la Fiesta le indicó que, almidonada o no, aquélla era una fiesta con posibilidades. Hacia medianoche era casi seguro que los *Estudios* de Bach serían reemplazados por *The Pretenders*; las charlas de clases, política y literatura darían paso a temas más interesantes: el fútbol, qué miembro de la facultad bebía demasiado y, el tema favorito de todos los tiempos, quién se acostaba con quién.

Había un gran bufé ante el cual la mayoría de los poetas hacía cola, siguiendo la «Primera norma del poeta en gira», como cabía esperar: «Si es gratis, aprovecha». Ante sus propios ojos, Ann Delaney, que escribía breves y hechizados poemas sobre la clase trabajadora de la Nueva Inglaterra rural, abrió bien sus mandíbulas y clavó los dientes al enorme bocadillo que tenía en la mano. Por entre los dedos se deslizó un poco de mayonesa, con el color y la textura del semen de toro; Ann lo limpió con un desenvuelto lengüetazo y dedicó un guiño a Gardener. A su izquierda, el ganador del Premio Hawthorne de la Universidad de Boston el año anterior (por su largo poema *Harbo Dreams, 1650-1980*) se llenaba la boca de aceitunas verdes a una velocidad apabullante. Ese colega, cuyo nombre era Jon Evard Symington, se detuvo el tiempo suficiente para echar sendos puñados de bocaditos de queso envueltos en cada bolsillo de su chaqueta de pana (codos emparchados, por supuesto) y volvió a las aceitunas.

Ron Cummings se acercó a Gardener. No comía, por supuesto, pero en una mano llevaba una gran copa, que parecía llena de whisky puro. Señaló el bufé con la cabeza.

—Buena mercancía. Para quien sea experto en salchichas y lechugas, un

verdadero festival, compadre.

—Ese Arglebargle sabe vivir —reconoció Gardener.

Cummings, que estaba a punto de beber, resopló tanto que parecía que los ojos se le salían de las órbitas.

—Hoy estás ocurrente, Jim. Arglebargle, por Dios. —Miró el vaso que Gard tenía en la mano, lleno de vodka con agua tónica; era muy ligero, pero ya iba por el segundo.

—¿Agua tónica? —preguntó Cummings, irónico.

—Bueno, en su mayor parte, sí.

Ron volvió a reír y se alejó.

Cuando alguien quitó a Bach para poner algo de B. B. King, Gard iba ya por la cuarta copa. En esa ocasión pidió al camarero, que había estado presente en la lectura, que le echara un poco más de vodka. Empezó a repetir dos comentarios que le parecían cada vez más ingeniosos a medida que se embriagaba: primero, que para cualquier experto en salchichas y lechugas, esa fiesta era un verdadero festival, compadre; segundo, que todos los profesores ayudantes eran como los *Gatos Prácticos* de T. S. Eliot, al menos, en un sentido: todos tenían nombres secretos. Gardener confesó que, por intuición, había adivinado el del dueño de la casa: Arglebargle.

Volvió para pedir una quinta copa e indicó al camarero que se limitara a un ligero toque de agua tónica en aquella bebida; con eso bastaría. El muchacho inclinó por un instante la botella sobre el vaso de vodka con gesto solemne. Gardener rió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas y el estómago le dolió. Sí que se estaba sintiendo bien esa noche. ¿Quién lo merecía más, señoras y señores? Había leído como nunca en muchos años, quizá como nunca en su vida.

—Te diré —confesó al camarero, un estudiante necesitado, contratado sólo para la ocasión—: todos los profesores ayudantes son como los *Gatos Prácticos* de T. S. Eliot, al menos en un sentido.

—¿De veras, señor Gardener?

—Jim. Llámame Jim.

Pero en los ojos del muchacho se leía que nunca lo llamaría así. Esa noche, el chico había visto brillar a Gardener, y los hombres que brillaban nunca eran tan mundanos y sencillos como Jim.

—De veras —aseguró Gard—. Cada uno tiene su nombre secreto. Y por intuición he adivinado el de nuestro dueño de la casa. Es Arglebargle. Como el ruido que emites al hacer gárgaras. —Hizo una pausa, pensativo—. Que no vendrían mal al caballero de quien hablamos, ahora que lo pienso. —Gardener lanzó una sonora carcajada. Era un buen agregado a la estocada básica. «Como agregar un adorno de buen gusto al capó de un coche elegante», pensó. Y volvió a reír. En esa ocasión,

varias personas levantaron la vista antes de volver a sus conversaciones.

«Demasiado alto —se dijo—. Baja el volumen, Gard, amigo». Y sonrió con todo el rostro mientras se decía que estaba en una noche mágica; hasta sus pensamientos eran divertidos.

El camarero también sonreía, pero su sonrisa tenía un deje de preocupación.

—Le convendría tener cuidado con qué comenta del profesor Arherg… —sugirió —, o con quién. Es un poco irascible.

—¡No me digas! —Gardener dilató los ojos y enarcó las cejas al máximo, como Groucho Marx—. Bueno, con ese físico… Carnoso hijoputa, ¿verdad?

Pero al decirlo puso buen cuidado de mantener el volumen bajo.

—Sí —asintió el camarero. Echó un vistazo en redondo y se inclinó hacia Gardener por encima de la improvisada barra—. Se cuenta que el año pasado, por casualidad, pasó por delante de la sala de los graduados y oyó que uno de ellos bromeaba diciendo que él siempre había querido trabajar en un equipo en donde *Moby Dick* no fuera sólo un clásico apolillado, sino uno de los docentes. Ese hombre era uno de los mejores de cuantos se han graduado en esta Universidad, pero lo expulsaron antes de que el semestre terminara. Y lo mismo sucedió con todos aquellos que le rieron la broma. A quienes no lo hicieron les fue permitido continuar.

—¡Caramba! —exclamó Gardener.

No era la primera vez que oía ese tipo de anécdotas, hasta conocía algunas peores; a pesar de eso, se sintió asqueado. Siguió la mirada del camarero y vio a Arglebargle ante el bufé, junto a Patricia McCardle. Tenía un jarro de cerveza en la mano y hacía ademanes con él. Con la otra mano hundía patatas fritas en un cuenco lleno de salsa de almejas y se las llevaba a la boca, todo ello mientras hablaba. Gardener no recordaba haber visto tal quintaesencia de lo repugnante. Sin embargo, la bruja de McCardle lo escuchaba con arrobada atención, como si en cualquier momento fuese a caer de rodillas para sodomizarlo por pura adoración. «Y ese gordo asqueroso no dejaría de comer mientras, tanto, dejándole caer trochos de patatas fritas y gotas de salsa en el cabello».

—Caramba, Dios mío —dijo. Y tragó la mitad de su vodka sin agua tónica. Apenas quemaba; lo que sí quemaba era la primera hostilidad real de la velada, el primer adelanto de esa muda e inexplicable ira que lo asolaba casi desde el momento del primer trago—. ¿Quieres llenármelo otra vez, por favor?

El camarero le sirvió más vodka y comentó, con timidez:

—Su lectura de esta noche me ha parecido estupenda, señor Gardener.

Éste quedó absurdamente conmovido. *Leighton Street* había sido dedicado a Bobbi Anderson; ese muchacho, que apenas tenía edad para beber alcohol según la ley, hizo que Gardener recordara a Bobbi tal como era cuando ingresó en la universidad.

—Gracias.

—Le conviene andar con un poco de cuidado con el vodka —le advirtió el joven —. Hace efecto cuando uno menos se lo espera.

—Tengo todo bajo control —aseguró Gardener, con un guiño tranquilizador—. Visibilidad, de quince kilómetros a ilimitada.

Se apartó del bar para echar otro vistazo al carnoso hijoputa y a la McCardle. Ella sorprendió su mirada y se la devolvió, fría y sin sonreír; sus ojos azules eran trozos de hielo. «¡Vete al diablo, bruja frígida!», pensó él. Y elevó el vaso en su dirección, en un audaz saludo de taberna, al tiempo que la honraba con una sonrisa insultante.

—Conque sólo agua tónica, ¿eh? Agua tónica pura.

Miró hacia atrás. Ron Cummings había aparecido a su lado de forma tan inesperada como satanás. Y su sonrisa era satánica.

—¡Vete al diablo! —exclamó Gardener.

La gente se volvió a mirarle de nuevo.

—Mira, Jim, viejo amigo…

—Ya sé, ya sé, tengo que bajar el volumen.

Sonrió, pero la palpitación de su cabeza aumentaba de potencia, se hacía más insistente. No era como los dolores de cabeza que el médico le había pronosticado a partir del accidente; no surgía de la parte frontal, sino de algún lugar posterior, profundo. Y no dolía.

En realidad, era bastante agradable.

—En efecto. —Cummings señaló con un gesto imperceptible a McCardle—. Esa mujer la tiene tomada contigo, Jim. Le encantaría sacarte de la gira. No le des motivos.

—Lo que ésa necesita es que le rompan el culo.

—Pues encárgate tú —dijo Cummings—. El cáncer, la cirrosis hepática y el ataque cerebral son resultados estadísticamente demostrados del excesivo consumo de alcohol, de modo que cabe esperarlos como parte de mi futuro; si me aquejara cualquiera de esos males, a nadie culparía más que a mí mismo. En cuanto a la diabetes, el glaucoma y la senilidad precoz, son dolencias que están todas ellas en mi familia. Pero puedo prescindir de la hipotermia de pene. Disculpa.

Gardener quedó inmóvil por un momento y lo siguió con la vista, desconcertado. Por fin captó la broma y estalló en una carcajada. En esa ocasión, las lágrimas llegaron a rodarle por las mejillas. Por tercera vez, la gente se volvió a mirarle: un hombre grande, de ropas raídas, con un vaso lleno de algo que se parecía de manera sospechosa al vodka, riendo a pleno pulmón.

«Para, para —se dijo—. Baja el volumen. Hipotermia de pene», y volvió a relinchar de risa.

Poco a poco logró recobrar el dominio de sí. Se encaminó hacia el equipo

estereofónico del cuarto contiguo; era habitual que la gente más interesante de cualquier fiesta se encontrara allí. Cogió un par de canapés de una bandeja y se los comió. Tenía la fuerte sensación de que Arglebargle y McCarglebargle seguían mirándolo; estaba casi seguro que McCarglebargle, en ese momento, proporcionaba a Arglebargle todos sus antecedentes en frases concisas, sin que esa sonrisita fría y enloquecedora se apartara de su rostro. *¿No lo sabía? Pues es cierto: él le disparó. Le atravesó el rostro de un balazo. Ella le dijo que no presentaría cargos contra él, siempre que le concediera el divorcio sin pleitear. No sé si hizo bien. Hasta el presente, él no ha disparado contra ninguna otra mujer. Pero por bien que haya leído esta noche… (después de ese lapso bastante excéntrico, por cierto), ese hombre es un inestable. Además, ya ve usted que bebe sin control*…

«Será mejor que te cuides, Gard», pensó. Por segunda vez en el transcurso de esa noche, le pareció oír una voz semejante a la de Bobbi: «Ésta es tu paranoia en acción. No hablan de ti, por Dios».

Ante la puerta, se volvió a mirar.

Los dos tenían la mirada clavada en él.

Se sintió recorrido por un escalofrío de horror…, pero les dedicó una gran sonrisa forzada y volvió a mostrarles la copa en alto.

«Sal de aquí, Gard. Esto puede ponerse feo. Estás borracho».

«Tengo todo bajo control, no te preocupes. Ella quiere que yo me vaya; por eso no deja de mirarme y dice esas cosas al gordo de mierda: que yo disparé contra mi esposa, que en Seabroock me detuvieron con un arma cargada en la mochila… Quiere deshacerse de mí porque no cree que los manifestantes antinucleares filocomunistas y mataesposas deban llevarse los laureles. Pero sé actuar. No hay problema, amigo. Cerraré el grifo, tomaré un poco de café y me retiraré temprano. No hay ningún problema».

Y aunque no tomó café ni se retiró temprano ni cerró el grifo, estuvo bastante bien durante una hora más, aproximadamente. Cada vez que se notaba hablar en voz demasiado alta, bajaba el volumen; se obligaba a callar siempre que se oía caer en lo que su esposa denominaba arenga. «Cuando te embriagas, Jim —le decía—, uno de tus peores problemas es que tiendes a arengar en vez de conversar».

Pasó la mayor parte del tiempo en el salón de Arberg, donde la gente era más joven y menos pomposa. La conversación resultó vivaz, alegre e inteligente. En su mente perduraba la idea de las plantas nucleares; algo que le ocurría siempre en esas ocasiones: como un cuerpo putrefacto que asciende a la superficie por el ruido de los cañonazos. En momentos como ése (y en similar estado de embriaguez), siempre salía a flote la certeza de que estaba en obligación de advertir a todos esos jóvenes acerca del peligro, y la idea arrastraba consigo el calor del enfado y la irracionalidad, como si fuesen algas podridas. Siempre igual. Los seis últimos años de su vida,

habían sido malos; pero los tres últimos, una pesadilla inexplicable para sí mismo y amedrentadora para casi todos sus conocidos. Cuando bebía, la ira, el terror y, sobre todo, la incapacidad para explicar qué había sido de Jimmy Gardener, de explicárselo aun a sí mismo, hallaban salida en el tema de las centrales de energía nuclear.

Pero esa noche apenas acababa de tocar el tema cuando Ron Cummings apareció en el salón, con el largo y estrecho rostro encendido de colores febriles. Ebrio o no, Ron vio de donde soplaba el viento y dio un diestro giro a la conversación hacia la poesía. Gardener se sintió agradecido, pero también enfadado. Aunque irracional, allí estaba la sensación de que le habían negado su goce.

Por lo tanto, en parte gracias a las riendas cortas que se impuso y en parte a la oportuna intervención de Ron Cummings, Gard evitó meterse en problemas casi hasta el final de la fiesta. Al cabo de media hora más, se habría salvado por completo…, al menos por esa noche.

Pero cuando Ron Cummings comenzó a hablar acerca de los poetas no convencionales, con su acostumbrado ingenio, Gardener volvió al comedor para tomar otra copa y quizá pellizcar algo en el bufé. Lo que siguió pudo haber sido dispuesto por un demonio provisto de un sentido del humor maligno en especial.

—Una vez que tengamos funcionando a Iroquois, ustedes dispondrán del equivalente a treinta y cinco becas completas para otorgar —dijo una voz a su izquierda.

Gardener se volvió con tal brusquedad que estuvo a punto de tirar su bebida. Sin duda, esa conversación debía de ser imaginación suya. Era demasiada coincidencia.

En un extremo del bufé había seis personas: tres hombres y tres mujeres. Una de las parejas estaba formada por el Mundialmente Famoso Dúo Arglebargle-McCarglebargle. El hombre que hablaba parecía un vendedor de coches, aunque con mejor gusto para vestir que la mayoría de ellos. La que estaba a su lado era la esposa; bonita, aunque tensa; ojos azules desteñidos, agrandados por los gruesos cristales de las gafas. Gardener observó algo de inmediato. Si bien era fanático y obsesivo sobre el tema, siempre había sido un agudo observador, y lo seguía siendo. La mujer de las gafas sabía que su esposo hacía lo mismo que Nora acusaba de hacer a Gard en las fiestas cuando se embriagaba: una arenga. Quería llevárselo, pero no encontraba la manera.

Gardener echó otro vistazo y calculó que llevaban unos ocho meses casados. Tal vez un año, pero se inclinaba por los ocho meses.

El que hablaba debía de ser algún tipo de ruedecilla en la maquinaria de la compañía eléctrica Bay State. Tenía que ser Bay State, porque eran los dueños de ese disparate que era la central de energía nuclear de Iroquois. En la boca de aquel fulano, la planta era el mejor invento desde la tostada con mantequilla. Puesto que hablaba como si en realidad estuviera convencido de lo que decía, Gardener decidió

que debía de ser una ruedecilla bastante insignificante, quizás hasta una de repuesto en reserva. Era difícil que los «capos» estuvieran tan entusiasmados con Iroquois. Aun dejando a un lado, por el momento, la demencia de la energía nuclear, quedaba en pie el hecho de que Iroquois llevaba cinco años de retraso en cuanto a su puesta en funcionamiento. Y la suerte de tres cadenas bancarias intervinculadas dependía de cuándo se pusiera en funcionamiento…, si lo hacía. Todos estaban hundidos hasta el cuello en pantanos radiactivos y negociando con papeles. Era como el juego de la silla de menos en versión de locos.

Por supuesto, el anterior mes, los tribunales habían dado al fin la autorización para que la empresa iniciara la carga de material radiactivo. Era de suponer que los hijos de puta empezaban a respirar con más tranquilidad.

Arberg escuchaba con solemne respeto. A pesar de que no era el administrador de la facultad, cualquier miembro del cuerpo docente reconocía su obligación de halagar a los emisarios de Bay State Electric, aunque fuesen ruedecillas de repuesto. Las grandes empresas particulares como ésa beneficiaban mucho a la Universidad, cuando así lo deseaban.

¿Qué hacía José Kilowatt en la fiesta? ¿Era uno de los Amigos de la Poesía? «Tanto como yo Amigo de la Bomba de Neutrones», se dijo Gard. La esposa, en cambio, la de los cristales gruesos y el rostro bonito y tenso, sí parecía Amiga de la Poesía.

Aun a sabiendas de que era una terrible imprudencia, Gardener se acercó. A pesar de que lucía una agradable sonrisa de se-está-haciendo-tarde-dentro-de-un-rato-me-voy, las palpitaciones de su cabeza iban en aumento, centradas a la izquierda. El viejo enfado indefenso se elevaba ya en la ola roja. «¿Sabes de qué hablas?», era casi todo lo que su corazón podía gritar. Había muchos argumentos lógicos contra las plantas de energía nuclear, pero en ocasiones como ésa, sólo hallaba los inarticulados gritos de su corazón.

«¿Sabes de qué hablas? ¿Sabes todo lo que está en juego? ¿Alguno de vosotros recuerda lo que ocurrió en la Unión Soviética hace dos años? Ellos no lo han olvidado; ¡no pueden! Hasta bien entrado el próximo siglo, seguirán enterrando a las víctimas del cáncer. ¡Me cago en diez! Métete uno de esos cilindros nucleares en el culo durante una media hora. Y cuando tus cagarros empiecen a brillar en la oscuridad, ven y di a todos lo segura que es la energía nuclear. ¡Por Dios, por Dios! ¡Todos ustedes, imbéciles, se encuentran aquí, oyendo a este hombre como si estuviese cuerdo!»

De pie, con la copa en la mano y su agradable sonrisa, escuchó cómo la ruedecilla de repuesto escupía sus mortíferas tonterías.

El tercer hombre del grupo era un cincuentón con aspecto de decano. Quería saber si había posibilidades de que se repitieran las protestas organizadas en el otoño.

Ted se llamaba la ruedecilla.

Ted, el *hombre nuclear*, dijo que le parecía muy dudoso. Seabroock había estado de moda un tiempo, igual que la central nuclear de Maine, pero desde que los jueces federales aplicaban sentencias rígidas a los alborotadores, las manifestaciones estaban en rápida decadencia.

—Esos grupos cambian de blanco tanto como de preferencia en grupos de *rock* —dijo.

Arberg, McCardle y los otros rieron; todos, salvo la esposa de Ted, el hombre nuclear. Su sonrisa no hizo más que deslucirse un poquito más.

Gardener, en cambio, mantuvo la suya como si la tuviera pegada al rostro.

Ted, el hombre nuclear, se volvió más comunicativo. Dijo que era hora de demostrar a los árabes, de una vez por todas, que Estados Unidos y los estadounidenses no los necesitaban. Que hasta el más moderno de los generadores de carbón era demasiado sucio para que la Asociación de Plantas Energéticas lo aprobara como aceptable. Que la energía solar era estupenda… «siempre que haya sol». Hubo otra carcajada.

Gardener asentía y negaba, asentía y negaba. Sus oídos, afinados a un grado casi sobrenatural, detectaron un levísimo crujido, casi como el del hielo al moverse; aflojó los dedos apenas un segundo antes de que se tensaran al punto de quebrar el vaso.

Parpadeó. Arberg tenía la cabeza de cerdo. Esa alucinación era completa y perfecta; había hasta cerdas en su gordo hocico. El bufé estaba en ruinas, pero Arberg hozaba en él, acababa con los últimos triples, ensartaba aquí la última rodaja de salami, allá algún trocito de queso perdido; los perseguía con las migas de las patatas fritas. Todo iba a parar a su husmeante hocico, mientras Ted, el hombre nuclear, explicaba que, en realidad, la energía nuclear era la única alternativa.

—Gracias a Dios, el pueblo estadounidense comienza a contemplar el caso de Chernobyl con cierta perspectiva —dijo—. Treinta y dos muertos. Es horrible, por supuesto, pero sólo el mes pasado se estrelló un avión y murieron ciento noventa y tantas personas. Y no se oye a nadie pedir a gritos que el Gobierno clausure las líneas aéreas, ¿verdad? Treinta y dos muertos es un horror, de acuerdo, pero dista mucho de ser el Armagedón que esos chiflados antinucleares proclaman. —Bajó un poco la voz —. Son tan locos cómo los de La-Rouche que vemos en los aeropuertos, pero, en cierto sentido, peor aún porque parecen más racionales. Si les concediésemos lo que quieren, en un mes se olvidarían de la energía nuclear y protestarían porque no pueden usar el secador de pelo ni prepararse sus comidas macrobióticas en las cocinas eléctricas.

Para Gard ya no era un hombre. Del cuello de la camisa blanca con rayas rojas finas, asomaba la peluda cabeza de un lobo. Miraba alrededor y sacaba su rosada lengua, mientras los ojos amarilloverdosos chisporroteaban. Arberg chilló su

aprobación y se llenó el rosado hocico de cerdo con más restos de comida. Patricia McCardle tenía la lisa y lustrosa cabeza de un lebrel. El decano y su mujer, de comadrejas. Y la esposa del hombre de la compañía eléctrica se había convertido en un conejo asustado, cuyos ojos rosados giraban tras las gruesas gafas.

«¡Oh, Gard, no!», gimió su mente.

Volvió a parpadear y se encontró entre seres humanos.

—Lo que los antinucleares olvidan mencionar siempre en sus manifestaciones —concluyó Ted, el hombre nuclear, mirando a sus oyentes como el abogado que llega al punto culminante de su disertación— es que, en treinta años de energía nuclear aplicada a fines pacíficos, nunca se ha producido una sola víctima en Estados Unidos.

Esbozó una sonrisa de modestia, y acabó el whisky.

—Creo que todos descansaremos con más tranquilidad si recordamos eso —dijo el hombre que parecía decano—. Ahora creo que mi esposa y yo…

—¿Sabían ustedes que Marie Curie murió por envenenamiento radiactivo? —preguntó Gardener, con tono coloquial.

Todas las cabezas giraron hacia él.

—Sí. Leucemia, producida por la exposición directa a los rayos gamma. Fue la primera víctima de la marcha mortal, con la central de esta clase al final. Ella hizo muchas investigaciones y tomó nota de todo.

Gardener echó una mirada a la estancia, súbitamente silenciosa.

—Sus anotaciones están encerradas en una bóveda —continuó Gard—, en París, revestida de plomo. Los cuadernos se hallan completos, pero son demasiado radiactivos para que alguien los toque. En cuanto a las víctimas de este país, en realidad, no se sabe. Las agrupaciones de compañías eléctricas lo tienen todo muy tapado.

Patricia McCardle lo miraba con el entrecejo fruncido. Como el decano había quedado olvidado de momento, Arberg volvió a saquear la desnuda mesa de bufé.

—El 5 de octubre de 1966 —prosiguió Gardener— hubo una fusión nuclear parcial en el reactor Enrico Fermi, en Michigan.

—Y nada ocurrió —añadió Ted, el hombre nuclear, abarcando con las manos a los reunidos, como si dijese: «Ya ven ustedes: lo que deseábamos demostrar».

—Desde luego —dijo Gardener—, nada pasó. Dios sabrá el porqué, pero me temo que nadie más lo sabe. La reacción en cadena se interrumpió sola. Todos desconocen la razón. Uno de los ingenieros llamados por los contratistas echó un vistazo, sonrió y dijo: «Ustedes han estado a punto de perder Detroit». Y se desmayó.

—¡Oh, señor Gardener, pero eso fue…!

Gard levantó una mano.

—Cuando se estudian las estadísticas de muertes por cáncer en las zonas que circundan todas las centrales nucleares del país, se descubren anomalías, porcentajes

que están muy por encima de lo normal.

—Eso es completamente falso y…

—Permítame terminar, por favor. No creo que los hechos importen a estas alturas; de cualquier modo, permítame terminar. Mucho antes del caso Chernobyl, los rusos sufrieron un accidente con un reactor en un lugar llamado Kyshtym. Pero, por entonces, el primer ministro era Krushchev y los soviéticos mantenían la boca mucho más cerrada. Al parecer, acumulaban los residuos en una zanja de poca profundidad. ¿Por qué no? Como madame Curie habría dicho, entonces parecía una buena idea. Se supone que los residuos se oxidaron, sólo que en vez de originar óxido de hierro o herrumbre, como cualquier barra de ese metal, esas varas se oxidaron en plutonio puro. Fue como encender una fogata junto a un tanque lleno de gas licuado, pero ellos lo ignoraban. Supusieron que todo saldría bien. Eso supusieron. —Notó que la ira se apoderaba de su voz, pero no pudo impedirlo—. Supusieron, jugando con la vida de los seres humanos como si fuesen… bueno, otras tantas muñecas. ¿Y saben qué ocurrió?

En la habitación reinaba el silencio. La boca de Patty era un tajo rojo helado. Su tez estaba lechosa por la cólera.

—Llovió —dijo Gardener—. Llovió mucho. Y eso inició una reacción en cadena que provocó una explosión. Fue como la erupción de un volcán de barro. Evacuaron a miles de personas. A todas las embarazadas se les practicó un aborto; no se les dio la posibilidad de elegir. La carretera de la zona Kyshtym permaneció cerrada durante casi un año. Después, cuando se filtró el rumor de que en los bordes de Siberia se había producido un accidente muy grave, los rusos abrieron de nuevo la ruta. Pero pusieron algunos letreros bastante graciosos. He visto las fotos. Como no domino el ruso, he pedido su traducción a cuatro o cinco personas diferentes, y todas coinciden. Parece un chiste malo. Imagínense que circulan por una autopista de Estados Unidos; de pronto, se encuentran con un letrero que dice: POR FAVOR CIERRE TODAS LAS VENTANILLAS Y TODOS LOS ACCESORIOS DE VENTILACIÓN Y CIRCULE A TODA LA VELOCIDAD QUE SU VEHÍCULO LE PERMITA LOS PRÓXIMOS TREINTA KILÓMETROS.

—¡Idioteces! —exclamó Ted, el hombre nuclear, en voz muy alta.

—Las fotografías están a su disposición según la Ley de Libertad de Información —dijo Gard—. Si este tipo mintiera sin más, quizá sería soportable. Pero él y los de su calaña hacen algo peor: son como vendedores dedicados a convencer al público de que los cigarrillos no provocan cáncer de pulmón y que, por añadidura, están llenos de vitamina C y ayudan a defenderse de los resfriados.

—¿Insinúa usted que…?

—Treinta y dos son los muertos de Chernobyl; una cifra verificable, sin duda. Qué diablos, tal vez sean sólo treinta y dos. Tenemos fotografías tomadas por médicos estadounidenses que indican el hecho de que ya hay bastante más de

doscientos, pero digamos que son treinta y dos. Eso no cambia lo que sabemos acerca de la exposición a altas radiaciones. La muerte sobreviene en tres etapas. Primero, los que murieron en el accidente. Segundo, las víctimas de leucemia, casi todas de corta edad. Tercero, la onda más letal: el cáncer en los adultos mayores de cuarenta años. Tanto cáncer que podría hablarse de epidemia. El cáncer de piel, de pulmón, de hígado, de mama y de huesos son los más comunes. Pero también hay cáncer intestinal, de vejiga, tumores cerebrales…

—¡Basta, por favor, basta! —gritó la esposa de Ted. La histeria daba a su voz una potencia asombrosa.

—Ojalá pudiera callar, querida —replicó Gard, con suavidad—, pero no puedo. En 1964, la Compañía Americana de Electricidad, la llamada CAE, encargó un estudio sobre las consecuencias que se producirían en el peor de los casos, si en Estados Unidos estallara un reactor equivalente a la quinta parte del de Chernobyl. Los resultados fueron tan espantosos que la CAE enterró el informe. Sugería que…

—Cállese, Gardener —le ordenó Patty, en voz alta—. Está bebido.

Él no le prestó atención. Miraba con fijeza a la esposa del hombre nuclear.

—Sugería que, de producirse tal accidente en una zona relativamente rural de Estados Unidos (la que eligieron, por casualidad, se hallaba en medio de Pennsylvania, donde está Three-Mille Island), morirían cuarenta y cinco mil personas, se contaminaría el setenta por ciento del estado y se causarían daños por valor de diecisiete millones de dólares.

—¡Al diablo! —gritó alguien—. ¿Está de broma?

—En absoluto —aseguró Gardener, sin apartar la vista de la mujer, que parecía hipnotizada por el terror—. Si se multiplica eso por cinco, se obtienen doscientos veinticinco mil muertos y ochenta y cinco millones de dólares en daños. —Volvió a llenar su vaso, despreocupado, en el grave silencio de la habitación; lo levantó hacia Arberg como en un brindis y bebió dos grandes tragos de vodka puro. Era de esperar que no estuviera contaminado—. ¡Bien! —concluyó—. Hablamos de doscientos veinticinco mil muertos al dispararse la tercera ola, alrededor del año 2040. —Guiñó el ojo a Ted, el hombre nuclear, que estaba mostrando los dientes—. Sería difícil cargar tanta gente en un avión, aunque fuera un 767, ¿verdad?

—Esas cifras son un invento suyo —dijo Ted, el hombre nuclear, furioso.

—Ted… —murmuró su esposa, trémula. Se había puesto mortalmente pálida, salvo unas diminutas manchas rojas que le ardían en los pómulos.

—¿Pretende que escuche con tranquilidad toda esta… esta retórica de politiquillo? —preguntó él, acercándose a Gardener hasta que estuvieron casi pecho contra pecho.

—En Chernobyl mataron a los niños —contestó Gardener—. ¿No entienden eso? A aquellos que tenían diez años, a aquellos que estaban en el útero. La mayoría aún

está con vida, pero en realidad están muertos en este mismo instante, mientras nosotros bebemos. Algunos ni siquiera han aprendido a leer. La mayoría de ellos jamás llegará a conocer un beso de pasión. Ahora mismo, mientras nosotros bebemos.

«Mataron a sus hijos. —Miraba a la esposa de Ted. La voz se le tornó temblorosa y se elevó un poquito, como una súplica—. Lo demuestran Hiroshima, Nagasaki, nuestras propias pruebas en Trinity y en Bikini. Mataron a sus propios hijos, ¿comprenden lo que estoy diciendo? ¡En Pripyat hay chicos de nueve años que van a morir cagando sus propios intestinos! ¡Mataron a los niños!»

La esposa de Ted dio un paso atrás, dilatados los ojos tras las gafas, torcida la boca.

—Todos reconocemos que el señor Gardener es un buen poeta —dijo Ted, mientras rodeaba a su esposa con un brazo para atraerla hacia sí. Era como un vaquero que enlazara a una ternera—. Pero no está muy bien informado con respecto a la energía nuclear. En realidad, no tenemos una idea concreta de qué ha ocurrido en Kyshtym, y las cifras que dieron los rusos sobre la catástrofe de Chernobyl son…

—¡Deje ya de mentir! —lo interrumpió Gardener—. Usted sabe de qué hablo. La compañía eléctrica Bay State tiene todos esos datos en sus archivos, junto con la elevada proporción de cancerosos en las zonas que rodean las instalaciones estadounidenses de energía nuclear, el agua contaminada por los desechos atómicos: el agua de las capas profundas, la que la gente usa para lavar la ropa y la vajilla, para bañarse y para beber. ¡Usted lo sabe! Como lo saben todas las compañías eléctricas privadas, municipales, estatales y federales de Estados Unidos.

—Basta, Gardener, —le advirtió McCardle, adelantándose un poco para dedicar una sonrisa demasiado brillante al grupo—. Es que está un poquito…

—¿Lo sabías, Ted? —preguntó la esposa de pronto.

—Tengo algunas estadísticas, sí; pero…

Se interrumpió. Cerró la boca con tanta fuerza que casi se pudo oír el ruido de sus mandíbulas. No era mucho…, pero alcanzó. De pronto, todos supieron, todos ellos, que en su sermón había omitido buena parte de las escrituras. Gardener experimentó un instante de agrio e inesperado triunfo.

Hubo un momento de incómodo silencio. Luego, con bastante deliberación, la esposa de Ted se apartó de él, que enrojeció. A Gard le dio la impresión de alguien que se hubiera golpeado el pulgar con un martillo.

—Oh, tenemos montones de informes —dijo—. En su mayor parte, son una sarta de mentiras. Propaganda rusa. Los idiotas como éste se los tragan de buen grado, con anzuelo, corcho y línea. Por lo que sabemos, lo de Chernobyl bien pudo no haber sido un accidente, sino un intento de impedirnos…

—¡Por Dios, sólo falta que nos diga que la Tierra es plana! —protestó Gardener —. ¿No ha visto en las fotografías como los tipos del Ejército, vestidos con trajes

antirradiactivos, caminaban alrededor de una central nuclear, a media hora de Harrisburg? ¿Sabe cómo intentaron tapar las filtraciones que tenían allí? Metieron una pelota de baloncesto envuelta en cinta aislante en una tubería para residuos radiactivos que había reventado. Durante cierto tiempo dio resultado, hasta que la presión la hizo saltar y abrió un agujero en medio del muro de contención.

—Muy buena su propaganda. —Ted esbozó una sonrisa salvaje—. ¡A los rusos les encanta la gente como usted! Dígame, ¿le pagan o lo hace gratis?

—Y ahora ¿quién habla como los chiflados de los aeropuertos? —preguntó Gardener, con una sonrisa. Dio un paso más hacia Ted—. Los reactores nucleares están mejor construidos que Jane Fonda, ¿verdad?

—Por lo que a mí concierne, se puede decir que sí.

—Por favor —dijo la esposa del decano, inquieta—. Se puede discutir, pero sin gritar, por favor. Después de todo, somos gente universitaria…

—¡Pues es hora de que alguien empiece a gritar! —aulló Gardener.

Ella retrocedió con un parpadeo, y su esposo miró a Gardener, los ojos tan brillantes como astillas de hielo. Lo miró como si estuviese marcándolo para siempre. Quizá era así.

—¿Gritaría si su casa se estuviese incendiando y usted fuese la única de la familia en darse cuenta? ¿O se limitaría a ir de cama en cama, despertando a sus parientes con susurros, sólo porque es gente universitaria?

—Lo único que creo es que esto se prolonga dem…

Gardener se olvidó de ella para volverse hacia el «señor» Bay Stay con un guiño confidencial.

—Dígame, Ted: ¿a qué distancia está situada su propia casa de esa maravillosa, central nuclear que están ustedes construyendo?

—No tengo por qué soportar…

—No muy cerca, ¿eh? Eso imaginaba. —Miró a la esposa de Ted.

Ella se apartó con un gesto de miedo, aferrándose al brazo de su marido. Gard pensó: «¿Qué ve en mí que le da tanto miedo? ¿Qué exactamente?»

La voz del subcomisario que leía historietas le dio la dolorosa respuesta: «Disparaste contra tu esposa, ¿eh? Magnífico, qué joder».

—¿Piensan tener hijos? —le preguntó con suavidad—. En ese caso, espero, por su bien, que usted y su esposo vivan a una distancia bastante segura de la central. Insisten en meter la pata, ¿sabe? Como en Three-Mille Island. Poco antes de que inauguraran esa porquería, alguien descubrió que los fontaneros habían conectado un tanque de seis mil litros para residuos radiactivos a los bebederos. En realidad, lo descubrieron una semana antes de que la planta nuclear entrara en funcionamiento. ¿Qué tal?

Ella lloraba.

Lloraba, mas él fue incapaz de callar.

—Los que investigaron el caso pusieron en sus informes que la conexión de tuberías para refrigerar residuos radiactivos con los de agua potable era «práctica generalmente desaconsejada». Si su maridito la invita a recorrer la empresa, haga lo mismo que hacen los turistas en México: no beba agua. Y si su maridito la invita cuando esté embarazada (o cuando usted sospeche que lo está) dígale… —Gardener sonrió primero hacia ella, luego hacia Ted—. Dígale que le duele la cabeza —completó.

—¡Cállese! —exclamó Ted.

Su esposa había empezado a gemir.

—Eso —dijo Arberg—. Creo que es hora de que se calle, señor Gardener.

Gard los miró. Después al resto de los asistentes, que observaban la escena en silencio, con los ojos dilatados. Entre ellos, el joven camarero.

—¡Cállese! —gritó Gardener. El dolor le clavó una pica centelleante en el lado izquierdo de la cabeza—. ¡Sí! Cállese y deje que arda la casa entera. Todos ustedes pueden estar seguros de que esos malditos propietarios de viviendas baratas estarán presentes a la hora de cobrar el seguro contra incendios, después de que las cenizas se enfríen y los bomberos hayan sacado lo que quede de los inquilinos. ¡Cállese! Ésa es la orden que todos ellos nos dan. Y si no nos callamos por cuenta propia, bien puede ser que nos hagan callar, como a Karen Silkwood…

—Calle, Gardener —siseó Patricia McCardle. No había letras sibilantes en esas dos palabras; por lo tanto, el siseo era imposible. Pero ella siseó.

Gard se inclinó hacia la esposa de Ted, que ya tenía las pálidas mejillas mojadas de lágrimas.

—También le convendría verificar los porcentajes de muerte infantil repentina. Hay que ver cómo aumentan alrededor de las centrales nucleares. Y los defectos congénitos, como el síndrome de Down, mongolismo, en otras palabras. La ceguera y…

—Quiero que salga de mi casa —dijo Arberg.

—Tiene restos de patatas fritas en la barbilla —le advirtió Gardener, mientras se volvía hacia el matrimonio de Bay State.

Su voz surgía desde un punto cada vez más profundo de su cuerpo. Era como escuchar una voz que saliera de un pozo. Todo se acercaba a su punto crítico. Había luces rojas en el tablero de mandos.

—Ted, aquí presente, mentirá todo lo que quiera, y dirá que todo esto es una gran exageración, un poquito de fuego y un montón de heno. E incluso ustedes pueden creerle. Pero el hecho es que lo ocurrido en la central nuclear de Chernobyl liberó más residuos radiactivos a la atmósfera de este planeta que todas las bombas atómicas estrelladas sobre la superficie de la Tierra desde lo de Trinity.

»Chernobyl está contaminada.

»Y seguirá así por mucho tiempo. ¿Cuánto? Nadie lo sabe con certeza, ¿verdad, Ted?

Levantó su copa hacia éste y miró a los presentes. Todos estaban de pie, lo observaban. Muchos parecían tan horrorizados como la esposa de Ted.

—Y ocurrirá de nuevo —continuó—. Tal vez en el estado de Washington. En los reactores de Hanford estaban acumulando residuos radiactivos en zanjas sin protección, igual que en Kyshtym. ¿Será en California, la próxima vez que haya un terremoto grande? ¿En Francia? ¿En Polonia? ¿O quizá aquí mismo, en Massachusetts, si este fulano se sale con la suya y la central nuclear Iroquois entra en funcionamiento en la primavera? Basta con que un solo tipo oprima un botón equivocado en el momento que no deba, y los partidos de fútbol quedarán suspendidos hasta el año 2075.

Patricia McCardle estaba tan blanca que parecía de cera…, a excepción de sus ojos, que disparaban chispas azules como recién surgidas de un soldador. Arberg había tomado el camino contrario: su rostro aparecía rojo y oscuro como los ladrillos de su linajuda casa familiar. La señora Ted miraba alternativamente a Gardener y a su esposo, como si fuesen dos perros capaces de morder. Ted vio esa mirada y sintió que ella intentaba escapar del círculo de su brazo. Tal vez lo que provocaba esa escalada final era la reacción a las palabras de Ted. Sin duda, él había recibido instrucciones para manejar a los histéricos como Gardener; la compañía les enseñaba a sus Teds a cumplir con esas tareas, al igual que las líneas aéreas enseñaban a las azafatas a manejar los sistemas de oxígeno para casos de emergencia.

Mas ya era tarde. La arenga de Gardener, alcohólica pero elocuente, había estallado como una tormenta de bolsillo… y ahora su mujer lo miraba a él como si fuese un carnicero.

—¡Caramba, cómo cansan ustedes con sus lloriqueos! Esta noche usted ha leído sus incoherentes poemas ante un micrófono que funciona con electricidad; sus relinchos fueron amplificados por altavoces que funcionan con electricidad; usted ha usado luces eléctricas para ver sus papeles. ¿De dónde se cree que sale la energía eléctrica? ¿La fabrica el Mago de Oz? ¡Por todos los santos!

—Es tarde —dijo McCardle, apresurada—, y todos estamos…

—Leucemia —dijo Gardener. Se dirigió a la esposa de Ted, con un aire horriblemente confidencial—. Los niños. Los niños son siempre los primeros en morir después de la fusión.

—¿Ted? —gimoteó ella—. Eso no es cierto, ¿verdad? Es decir…

Buscaba a tientas un pañuelo en su cartera y la dejó caer. Se oyó el tintineo de algo que se rompía adentro.

—Basta —dijo Ted—. Hablaremos de esto todo lo que usted quiera, pero deje de

alterar adrede a mi esposa.

—Pero yo quiero que ella se altere —manifestó Gardener, ya entregado por completo a las tinieblas. Pertenecía a ellas, ellas le pertenecían y así estaba bien—. Parece ignorar muchas cosas; cosas que debería saber, si se tiene en cuenta con quién se ha casado.

Volvió hacia ella su hermosa y salvaje sonrisa. La mujer lo miró sin gestos de miedo esa vez, hipnotizada como un venado ante los faros del coche que se aproxima.

—Veamos ahora qué ocurre con los residuos radiactivos. ¿Sabe usted adónde van cuando ya no sirven para el reactor? ¿Le han dicho que se los llevan los ratoncitos? No es cierto. Los de la central hacen contrabando con ellos por cualquier parte. Hay grandes montones de residuos radiactivos aquí, allá y en todas partes, en horribles charcos de agua poco profunda. Son radiactivos de verdad, señora, y lo seguirán siendo por largo tiempo.

—Gardener, quiero que se vaya —dijo Arberg otra vez.

Gardener no le prestó atención. Seguía hablando sólo para la señora Ted.

—Están perdiendo la cuenta de dónde se encuentran algunos de esos depósitos, ¿lo sabía? Son como los niños que, después de jugar todo el día, se acuestan cansados y, al día siguiente, no recuerdan dónde dejaron sus juguetes. Y después estas cosas desaparecen, sin más. Es algo de locos. Ya ha desaparecido plutonio en cantidad suficiente como para volar toda la costa de Estados Unidos. Pero yo necesito un micrófono para leer mis incoherentes poemas. No permita Dios que me vea obligado a levantar la v…

Arberg lo sujetó sin previo aviso. El hombre era gordo y fofo, pero fuerte. A Gardener se le salieron los faldones de la camisa. El vaso escapó de entre sus dedos y se estrelló en el suelo. Con voz sonora, bien audible (una voz que sólo podía emitir un profesor indignado, con muchos años de docencia), anunció a todos los presentes:

—Voy a poner a este rufián de patitas en la calle.

Su declaración fue recibida con un aplauso espontáneo. No todos los presentes aplaudieron; quizá ni la mitad. Pero la mujer del hombre nuclear lloraba a lágrima viva, apretándose al marido, en vez de intentar huir. Hasta el momento en que Arberg lo sujetó, Gardener había estado inclinado hacia ella, como si la amenazara.

Gard sintió que sus pies rozaban el suelo hasta que acababan por abandonarlo. Llegó a divisar a Patricia McCardle; tenía la boca apretada; sus ojos echaban chispas; aplaudía con la furiosa aprobación que le había negado en la sala de conferencias. Vio también a Ron Cummings, de pie ante la puerta de la biblioteca, con una copa monstruosa en una mano, abrazado a una linda rubia y apretándole con la otra mano la línea del busto.

Se le veía preocupado, pero no muy sorprendido. Después de todo, aquello era sólo la continuación de la disputa iniciada en el Bar-Parrilla La Piedra.

«¿Vas a dejar que esta bolsa de mierda te saque a la calle como un gato perdido?»

Gardener decidió que no.

Impulsó el codo izquierdo atrás, con todas sus fuerzas, y lo hundió en el pecho de Arberg. Fue como meterlo en una fuente de gelatina muy dura.

Arberg emitió un grito estrangulado y soltó a Gard. El poeta giró en redondo, con los puños listos para golpear si el dueño de la casa intentaba sujetarlo otra vez, si trataba siquiera de tocarlo. Casi esperaba que Arglebargle tuviera ganas de pelear.

Pero el carnoso hijoputa no daba señales de querer eso. Hasta había perdido todo interés en expulsar a Gardener. Se apretaba el pecho como un actor barato a punto de cantar un aria mala. Casi todo el color de ladrillo había desaparecido de su rostro, aunque restaban algunas bandas ígneas en cada mejilla. Sus labios gruesos se curvaron en una O; se aflojaron; volvieron a curvarse en O; se aflojaron otra vez.

—… corazón —jadeó.

—¿Qué corazón? —preguntó Gardener—. No me diga que tiene uno.

—… ataque —jadeó Arberg.

—¡Ataque al corazón mi abuela! —repuso Gardener—. El único ataque ha sido a su sentido de la corrección. ¡Y lo merece, hijo de puta!

Pasó junto a Arberg, rozándolo; el otro seguía congelado en su pose de cantante-a-punto-de-actuar, con las dos manos apretadas sobre el lado izquierdo, allí donde Gard lo había golpeado con el codo. La puerta de comunicación entre el comedor y el pasillo se despejó en un instante; todos se hicieron a un lado para dar paso a Gardener, que se encaminaba hacia la puerta de la calle.

A su espalda, una mujer gritó:

—¡Vete! ¿Me oyes? ¡Vete, cerdo! ¡Sal de aquí! ¡No quiero verte nunca más!

Aquella voz aguda e histérica se parecía tan poco al ronroneo habitual de Patricia McCardle (garras de acero en guantes de terciopelo) que Gard se volvió a mirar… y se encontró con una sonora bofetada que le llenó los ojos de lágrimas. La mujer estaba descompuesta por la ira.

—Debí haberlo imaginado —balbuceó ella—. Eres sólo un rufián indigno y borracho, agresivo, lleno de obsesiones, un matón cualquiera. Pero ya ajustaremos cuentas. Ya verás si puedo.

—Caramba, Patty, yo no sabía que te interesara —dijo él—. Qué amable de tu parte. Llevo años esperando a que ajustemos cuentas ¿Quieres que vayamos arriba? ¿O lo hacemos aquí, en la alfombra, para deleite de todo el mundo?

Ron Cummings, que se había acercado al escenario de la acción, se echó a reír. Patricia McCardle mostró los dientes. Su mano se disparó otra vez, y dio contra la oreja de Gardener.

Su voz fue baja, pero audible para los presentes.

—No cabía esperar nada mejor de un hombre capaz de disparar contra su propia

esposa.

Gardener se volvió y vio a Ron.

—Discúlpame, ¿quieres? —dijo.

Cogió él vaso que Cummings tenía en la mano y, con un movimiento rápido y desenvuelto, enganchó dos dedos en el escote del vestido de McCardle, que era elástico y cedió con facilidad. El whisky de la copa fue a parar a la abertura.

—Salud, querida —le dijo, mientras se volvía hacia la puerta.

Sin duda alguna, era la mejor frase de cierre, dadas las circunstancias.

Arberg estaba aún petrificado, con los puños apretados contra el pecho, y los labios curvados en O para relajarlos después.

—… corazón —jadeó otra vez, dirigiéndose a Gardener… o a cualquiera que le escuchase.

En la habitación contigua, Patricia McCardle chillaba:

—¡Estoy bien! ¡No me toquen! ¡Déjenme en paz! ¡Estoy bien!

—Eh, oye…

Gardener se volvió hacia la voz. El puño de Ted lo golpeó en plena mejilla, hacia arriba. Gard trastabilló por el vestíbulo, mientras trataba de apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Chocó contra el paragüero y lo volcó. Después dio contra la puerta de la calle, con tanta fuerza que hizo temblar los vidrios de la cristalera semicircular.

Ted avanzó hacia él como un artillero.

—Mi esposa está en el baño con un ataque de histeria por tu culpa. Si no te vas ahora mismo, te daré de golpes hasta que quedes estúpido.

La negrura estalló como un montón de tripas llenas de gas.

Gard tomó uno de los paraguas. Era largo y negro: el paraguas de un lord inglés, sin duda alguna. Corrió hacia Ted, hacia ese hombre que conocía los riesgos a la perfección, pero que estaba decidido a seguir de cualquier modo, ¿por qué no, si le faltaban siete pagos para el coche y dieciocho de la casa? ¿Por qué no, claro?

Ted, para quien un aumento del seiscientos por cier en los casos de leucemia era algo que sólo preocuparía a su esposa. Ted, el bueno de Ted. Ted que habría debido agradecer a su buena suerte que el paragüero estuviera lleno de paraguas y no de rifles para cazar, como los que había al otro lado del vestíbulo.

Ted seguía mirándolo, con los ojos enormes y la boca abierta. Su furiosa ira dio paso a la incertidumbre y al miedo, ese miedo que nos ataca cuando decidimos que nos hallamos ante un ser irracional.

—¡Eh…!

—¡Caramba, imbécil! —aulló Gardener.

Blandió el paraguas y lo clavó en el vientre del hombre nuclear.

—¡Eh! —repitió Ted, doblándose en dos—. ¡Basta!

—¡Vamos, vamos, vamos! —chillaba Gardener, mientras golpeaba a Ted con el paraguas una y otra vez. La cinta que mantenía el paraguas cerrado contra el mango se soltó para dejar la tela en libertad—. ¡Arriba-arriba-arriba!

Ted estaba, demasiado asustado para que intentara renovar su ataque, sólo pensaba en escapar. Giró en redondo y echó a correr. Gardener lo persiguió entre risas que parecían cacareos, y lo golpeaba en la cabeza y en el cuello con el paraguas mientras iba tras él. Aunque reía, aquello no tenía nada de divertido. Su primera sensación de victoria se estaba evaporando con celeridad. ¿Qué victoria era derrotar a un hombre como ése en una discusión, aunque fuera de momento? ¿En hacer llorar a su esposa? ¿En castigarlo con un paraguas cerrado? ¿Algo de todo eso serviría para evitar que la central nuclear Iroquois entrara en funcionamiento en mayo? ¿Algo de todo eso serviría para salvar los restos de su propia y miserable vida, para matar a esos gusanos de la podredumbre que excavaban, comían y crecían a expensas de lo que aún quedaba con más o menos firmeza en su interior?

No, por supuesto que no. Pero en ese momento sólo importaba el insensato movimiento hacia adelante. Sólo eso.

—¡Arriba, hijo de puta! —gritó, en tanto que perseguía a Ted hasta el comedor.

El hombre nuclear tenía las manos levantadas y las sacudía junto a las orejas, como si dos murciélagos lo atacaran. En realidad, el paraguas se parecía un poquito a un murciélago.

—¡Ayúdenme, por favor! —chilló Ted—. ¡Éste hombre se ha vuelto loco!

Pero todos retrocedían, con los ojos desorbitados, llenos de miedo.

Ted se golpeó la cadera contra la esquina del bufé. La mesa se levantó hacia adelante, dejando que toda la plata se deslizara contra el suelo. La ponchera de Arberg, de finísimo cristal, detonó como una bomba. Una mujer gritó. La mesa vaciló por un instante y acabó por caer.

—Socorro. ¡Socorro! ¡Socoooooorro!

—¡Vamos, vamos, vamos!

Gardener descargó el paraguas contra la cabeza de Ted, con más fuerza que antes. El mecanismo automático entró en funcionamiento y el paraguas se abrió con un hueco *puuus*. Gard parecía una demencial *Mary Poppins* dedicada a perseguirlo con un paraguas en la mano. Más tarde se le ocurriría que abrir un paraguas bajo techo daba mala suerte.

Unas manos lo sujetaron por detrás.

Giró en redondo, supuso que Arberg se había recuperado de su ataque y estaba dispuesto a intentar otra expulsión.

No era Arberg, sino Ron. Todavía se veía sereno, pero en su rostro había algo, algo horrible. ¿Era compasión acaso? Si, Gard se dio cuenta de que se trataba de eso.

De pronto, ya no quiso el paraguas y lo arrojó a un lado. En el comedor se oía su

agitada respiración y los ásperos jadeos de Ted. La mesa tumbada yacía en un revoltijo de mantel, loza rota y fragmentos de cristal. El olor del ponche se elevaba en una niebla que irritaba los ojos.

—Patricia McCardle ha llamado a la policía por teléfono —dijo Ron—. Y cuando telefonean desde este vecindario, el coche patrulla se presenta de inmediato. Te conviene desaparecer, Jim.

Gardener miró alrededor y vio que varios grupitos se apretaban contra las paredes y en el vano de las puertas, mirándolo con ojos asustados. «Mañana ya no recordarán si todo esto fue por la energía nuclear, por los poemas de William Carlos Williams o por el número de ángeles que pueden bailar en la punta de una aguja —pensó—. La mitad de ellos asegurará a la otra mitad que me tiré un lance con su esposa. Una locura más de Jim Gardener, ese viejo mataesposas, que se volvió loco y molió a paraguazos a alguien. Además, volcó medio litro de buen whisky entre las diminutas tetas de la mujer que le había dado trabajo cuando estaba en la ruina. ¿Qué tiene que ver todo eso con la energía nuclear?»

—¡Qué lío del demonio! —dijo a Ron, con voz ronca.

—Se hablará de esto durante años —aseguró Ron—. La mejor lectura, seguida por el mejor desastre de fiesta que hayan vivido jamás. Ahora, vete de una vez. Vuelve a Maine. Ya te telefonearé.

Ted, el hombre nuclear, con ojos dilatados y lacrimosos, trató de arrojarse contra él. Lo retuvieron dos jóvenes, uno de los cuales era el camarero.

—Adiós —dijo Gardener, a los grupitos acurrucados—. Gracias por estos momentos tan agradables.

Ante la puerta de la calle se volvió hacia ellos.

—Y si se olvidan de todo lo demás, acuérdense de la leucemia y de los niños. Acuérdense…

Pero sólo se acordarían de los paraguazos. Se les notaba en el rostro.

Gardener los saludó con la cabeza y cruzó el vestíbulo; pasó junto a Arberg, que aún estaba de pie, con las manos sobre el pecho, mientras abría y cerraba la boca. Gard no se volvió a mirarle. Apartó de un puntapié el enredo de paraguas, abrió la puerta y salió a la noche.

Nunca en su vida había deseado tanto beber algo. Y debió encontrarlo, porque fue entonces cuando cayó en el vientre del gran pez y la oscuridad se lo tragó.

SEIS

GARDENER EN LAS ÚLTIMAS

1

En la mañana del 4 de julio, no mucho después del amanecer, Gardener despertó (o al menos reaccionó) cerca del rompeolas de piedra que se adentra en el Atlántico, no lejos del parque de diversiones, en la playa de Arcadia, New Hampshire. Claro que entonces él ignoraba dónde se encontraba. A duras penas sabía un par de cosas: su propio nombre, el hecho de que parecía hallarse en un tormento físico total y algo menos importante: que al parecer había estado a punto de ahogarse durante la noche.

Se vio tendido de costado, con los pies en el agua. Sin duda la anterior noche, al llegar allí, había buscado un lugar alto y seco, pero tal vez había girado en sueños, deslizándose un poco por la pendiente rocosa del lado norte… y la marea subía en ese momento. Si hubiese tardado media hora más en despertar, era probable que el agua se lo hubiera llevado a la deriva, como a un buque varado en un banco de arena.

Aún tenía puesto uno de los mocasines, pero estaba encogido e inservible. Gardener se lo quitó de una patada y lo dejó perderse en la verdosa oscuridad, al tiempo que lo seguía con mirada apática. «Las langostas tendrán dónde cagar», pensó, mientras se incorporaba.

El rayo de dolor que le atravesó la cabeza fue tan intenso que, por un momento, lo interpretó como un ataque; había sobrevivido a la noche en el rompeolas sólo para morir de una embolia a la mañana siguiente.

El dolor cedió un poco y el mundo regresó de la niebla gris a la que se había retirado. Entonces apreció lo miserablemente mal que se encontraba. Bobbi Anderson habría llamado a eso «el viaje por todo el cuerpo». Habría dicho: «Disfruta de tu viaje por todo el cuerpo, Jim. ¿Hay algo mejor que las sensaciones experimentadas después de pasar una noche en el ojo de un ciclón?»

¿Una noche? ¿Sólo una noche?

«Ni pensarlo, querido. Esta ha sido una borrachera madre. De las de verdad, qué joder».

Sentía el estómago agrio y abotagado. Tenía la garganta y los conductos nasales cubiertos de vómito viejo. Miró a su izquierda y, como cabía esperar, allí estaba, algo más arriba, en la que debió de haber sido una posición original: un gran charco de vómito medio seco, la firma del bebedor.

Se pasó una temblorosa y sucia mano bajo la nariz y vio en ella escamas de sangre seca. Había tenido una hemorragia nasal. Le sucedía de vez en cuando, desde

el accidente de esquí sufrido a los diecisiete años. Cuando bebía, eran casi infalibles.

Al salir de todas sus grandes borracheras anteriores (y ésa era la primera de las grandes en casi tres años), Gardener había sentido siempre lo que experimentaba en ese momento: un malestar mucho más intenso que las palpitaciones en la cabeza, el estómago enroscado como una esponja llena de ácido, temblores musculares y dolores sordos. Ese profundo malestar no se llamaba depresión siquiera; era una sensación de pérdida.

Y ésta era la peor de todas, peor aún que la depresión siguiente a la famosa borrachera de 1980, aquella que había puesto fin a su carrera docente y a su matrimonio; también había estado a punto de poner fin a la vida de Nora. Aquella vez había reaccionado en la cárcel de Penobscot. El subcomisario estaba sentado ante su celda, leía tebeos y se hurgaba la nariz. Según Gardener descubriría más tarde, todos los policías saben que el bebedor consuetudinario suele salir de sus borracheras con una profunda depresión. Por lo tanto, se trata de que haya algún hombre disponible para vigilarle, a fin de que no cometa locuras, al menos mientras no haya pagado la multa y abandonado la comisaría.

—¿Dónde estoy? —había preguntado Gardener.

—¿Dónde crees que estás? —había preguntado a su vez el subcomisario. Miró el gran moco verde que acababa de sacarse de la nariz y lo aplastó con lentitud, con evidente gozo, en la suela de su zapato, mezclándolo a la mugre oscura que allí había.

Gardener era incapaz de apartar la vista de aquella operación; un año después escribiría un poema sobre ello.

—¿Qué he hecho?

Si se descontaban algunas ráfagas ocasionales, los dos días anteriores eran un blanco total. Las ráfagas no guardaban relación entre sí, como bancos de nubes que dejaran filtrar inciertos rayos de sol al acercarse la tormenta. Había llevado una taza de té a Nora; después empezó a arengar sobre las centrales nucleares. *Ave Nuclea Eterna*. Cuando muriera, su última palabra sobre todo el desastre no sería «Rosebud», sino «Nuclear». Recordaba también que se había caído en la acera, junto a su casa. Había comprado una *pizza*, e iba tan ebrio que algunos grumos de queso le corrieron por dentro de la camisa, y le quemaron el pecho. Recordaba haber telefoneado a Bobbi, balbuceando algo…, algo horrible. Y a Nora, que gritaba. ¿Gritaba?

—¿Qué he hecho? —insistió, desesperado.

El subcomisario lo miró por un momento, con perfecto desprecio en sus límpidos ojos.

—Has disparado contra tu esposa. Eso es lo que has hecho. ¡Magnífico, qué joder!

Y el subcomisario volvió a sus historietas.

Entonces había sido malo, pero ahora era peor. La insondable sensación de

desprecio por uno mismo, la horrible certidumbre de que «se han hecho cosas malas que no se recuerdan». No se trataba de unas copas de champaña de más en la fiesta de Año Nuevo, de ponerse una pantalla de lámpara en la cabeza y hacer payasadas por la habitación, mientras todos los presentes se divierten a rabiar, a excepción de la propia esposa. Sin saberlo, uno hacía cosas extrañas, como golpear al profesor titular de su cátedra. O disparar contra la esposa.

Esta vez había sido peor.

¿Peor que lo de Nora?

Algo. Por el momento, le dolía demasiado la cabeza para intentar siquiera la reconstrucción del último período olvidado.

Gardener contempló el agua, donde las olas se abultaban serenas hacia él. Permaneció sentado, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. Cuando el agua se retiraba, dejaba tras de sí almejas y algas verdes. No, en realidad no eran algas, sino limo verde. Parecía moco.

«Has disparado contra tu esposa. ¡Magnífico, qué joder!»

Gardener volvió a cerrar los ojos; trató de soportar las punzadas de dolor, pero los abrió de nuevo.

Salta —lo tentó una voz con tono suave—. *Qué diablos, no necesitas seguir en esta mierda, ¿verdad? Se suspende el juego al final del primer tiempo. Lo jugado no cuenta. Anulado. Se volverá a jugar cuando la Gran Rueda del Karma gire a la próxima vida… o a la posterior*, si debes pasar la siguiente bajo la forma de un escarabajo o algo así, para pagar por ésta. Tira la toalla, Gard. Salta. Tal como estás, te darán calambres en las piernas y todo acabará pronto. Mejor que colgarse con la sábana en alguna celda. Anda, salta.

Se levantó, y anduvo con paso inseguro por entre las rocas, con la vista fija en el agua. Sólo una zancada bastaría. Era posible hacerlo hasta dormido. Caramba, casi lo había hecho.

«Todavía no. Antes quiero hablar con Bobbi».

La parte de su mente que aún quería vivir se aferró de la idea. Bobbi. Bobbi era lo único que aún parecía bueno y sano. Bobbi vivía allá, en Haven, dedicada a escribir sus novelas del Oeste, siempre cuerda y siempre amiga, aunque no ya amante. Su última amiga.

«Primero quiero hablar con Bobbi, ¿te parece bien?»

¿Por qué? ¿Para qué hacer un último intento de arruinarle la vida a ella también? Dios sabe que lo intentaste con ganas. Por culpa tuya, ella está fichada y, sin duda, tiene expediente propio en el FBI. Deja a Bobbi fuera de esto. Salta y no hagas más el tonto.

Se balanceó hacia adelante, a punto de hacerlo. Esa parte de él que aún quería vivir parecía no tener ya argumentos ni tácticas dilatorias. Podría haber aducido que

se había mantenido más o menos sobrio durante los últimos tres años, que no había tenido esas lagunas alcohólicas desde que él y Bobbi fueron arrestados en Seabroock, en 1985. Pero era un argumento vacuo. A excepción de Bobbi, a nadie tenía ya. Su mente era un torbellino casi constante, que volvía una y otra vez, aun en la sobriedad, al tema de las centrales nucleares. Reconoció que su preocupación y su enfado de un principio se habían evaporado para convertirse en obsesión…, pero reconocerlo no era lo mismo que rehabilitarse. Su poesía estaba deteriorada. Su mente, también. Lo peor de todo era que cuando no bebía, deseaba hacerlo. «Es que ahora el dolor es constante. Soy como una bomba ambulante que busca un lugar para estallar. Es hora de desactivarme».

Bien. Bien, ya. Cerró los ojos y se preparó.

Y, en ese momento, una extraña certeza llegó a él, una intuición tan poderosa que fue casi premonición. Sintió que Bobbi necesitaba hablar con él y no a la inversa. No era un truco de su mente. En verdad, ella estaba en alguna clase de dificultad. Una dificultad grave.

Abrió los ojos y miró en derredor, como quien sale de un profundo deslumbramiento. Buscaría un teléfono para llamarla. No le diría: «Hola, Bobbi, salgo de otra laguna alcohólica». Tampoco: «No sé dónde me encuentro, Bobbi, pero esta vez no hay ningún subcomisario sacamocos que me lo impida». Diría: «Hola, Bobbi, ¿cómo estás?» Y cuando ella le respondiera que muy bien, mejor que nunca, a tiros con la banda de James en Northfield o en busca de territorios nuevos con Butch Cassidy y Sundance Kid, y a propósito, Gard, cómo andas tú, viejo réprobo…, entonces Gard le diría que estaba bien, escribiendo algo bueno para variar y pensando en viajar a Vermont por un tiempo, para visitar a unos amigos. Después volvería al rompeolas y saltaría desde el extremo. Nada fantasioso: se lanzaría de panza al agua. Parecía lo más adecuado; después de todo, así había vivido casi toda su existencia. El océano estaba allí desde hacía millones de años, poco más o menos. Esperaría otros cinco minutos más mientras él hacía la llamada.

Pero nada de cargarla con esto, ¿me oyes? Promételo, Gard. Nada de derrumbarse en balbuceos. Se supone que eres su amigo, no el equivalente masculino de su hermana, ese balde de mierda. Nada de porquerías.

Sabía Dios si había faltado a sus promesas en esta vida; unas mil veces, tal vez, a las promesas que se hacía a sí mismo. Pero respetaría ésta, por lo menos.

Trepó con torpeza hasta lo alto del rompeolas. El terreno era escarpado y rocoso; buen lugar para quebrarse un tobillo. Miró alrededor, apático, en busca de su maltrecha bolsa, que siempre llevaba consigo cuando salía a leer o sólo a caminar sin rumbo; tal vez se hubiera atascado entre las rocas, en algún agujero.

No la vio. Era vieja; estaba desgastada y deforme; databa de sus últimos años de casado y era algo a lo que se había aferrado, mientras iba perdiendo todas sus cosas

valiosas. Bien, ahora la bolsa había desaparecido también. Ropa, cepillo de dientes, jabonera de plástico con su pastilla de jabón, un poco de *charqui* (Bobbi se entretenía, a veces, curando tiras de carné en su cobertizo), un billete de veinte dólares bajo el fondo… y todos sus poemas inéditos, por supuesto.

Lo que menos le importaba eran los poemas. Los escritos en los dos últimos años, bajo el ingeniosísimo título de *El ciclo de radiación*, habían sido ofrecidos a cinco editores diferentes y rechazados por los cinco. Un corrector anónimo había garabateado: «La poesía y la política rara vez combinan; la poesía y la propaganda, jamás». Esa breve homilía era cierta. Él lo sabía, pero no había podido cesar aún.

Y bien, la marea les había aplicado la censura definitiva. «Ve y haz lo mismo», se dijo.

Y marchó con paso lento a lo largo del rompeolas, hacia la playa, pensando que su caminata hasta el sitio donde había despertado debía de haber sido una verdadera prueba circense mortal. Caminó con el sol estival que ascendía, rojo e hinchado, a la espalda, y su sombra precediéndolo. En la playa, un niño con vaqueros y camiseta disparó una ristra de cohetes.

2

Qué maravilla: su bolsa no se había perdido, después de todo. Estaba tirada en la plaza, bocabajo y abierta. A Gardener le pareció una gran boca de cuero que mordiera la arena. La levantó para mirar adentro. Todo había desaparecido: hasta sus raídos calzoncillos. Retiró el fondo de cuerina; el billete de veinte había desaparecido también. Grata esperanza, esfumada demasiado pronto.

Gardener dejó caer la bolsa. Sus tres cuadernos estaban algo más allá, a lo largo de la playa. Uno descansaba sobre sus tapas, en forma de carpa; otro había quedado por debajo de la línea de la marea y estaba hinchado, gordo como una guía de teléfono; el viento hojeaba, ocioso, el tercero. «No te molestes —pensó Gardener—. Heces de un tonto».

El niño de los petardos se acercó a él… pero no demasiado. «Quiere tener la opción de huir si resulto ser tan loco como debo de parecer —pensó Gardener—. Chico inteligente».

—¿Estas cosas son suyas? —preguntó el niño. En su sahariana se veía a un tipo vomitando. ALMUERZO ESCOLAR, decía la leyenda.

—Sí —respondió Gardener.

Se inclinó para recoger el cuaderno empapado. Después de echarle un vistazo, lo arrojó a la arena. El chico le alcanzó los otros dos. ¿Qué podía decirle? «No te molestes, hijo. Estos poemas dan asco. La poesía y la política rara vez combinan; la poesía y la propaganda, jamás».

—Gracias —dijo.

—De nada. —El chico le sostuvo el bolso para que Gardener pudiera meter dentro los dos cuadernos secos—. Es muy raro que le hayan dejado algo. En el verano, esto se llena de artistas vagabundos. Por el parque, supongo.

El chico señaló con el pulgar y Gardener vio una gran ola recortada contra el cielo. Su primer pensamiento fue que había logrado llegar muy al norte, hasta Old Orchard Beach, antes de caer. Una segunda mirada le hizo cambiar de idea. No había muelle.

—¿Dónde estoy? —preguntó, mientras su mente volvía, con espectral totalidad, a la celda y el subcomisario sacamocos. Por un momento tuvo la seguridad de que el niño diría: «¿Dónde crees que estás?»

—En Arcadia. —El chico parecía medio divertido, medio despectivo—. Parece que anoche se emborrachó de veras, señor.

—Anoche, ya tarde, y la noche anterior —canturreó Gardener, con voz algo herrumbrosa, algo fantasmagórica—. Los *Tommyknockers*, los *Tommyknockers*, llamando a la puerta.

El niño parpadeó, sorprendido… y lo dejó encantado cuando agregó una estrofa que Gardener no conocía:

—Tengo que salir y no sé si puedo porque el *Tommyknocker* me da mucho miedo.

Gard sonrió…, pero su sonrisa se convirtió en una mueca de dolor.

—¿Dónde has oído eso, hijo?

—A mi mamá. Cuando era chiquito.

—A mí también me lo cantaba mi madre, pero sin esa parte.

El niño se encogió de hombros, como si el tema hubiese perdido el poco interés que podía ofrecerle.

—Ella inventaba muchas cosas. —Estudió a Gardener de pies a cabeza—. ¿No le duele todo?

—Querido —dijo Gardener, inclinándose, solemne—, según las inmortales palabras de Ed Sanders y Tuli Kupferberg, me siento como mierda casera.

—Parece que ha estado borracho mucho tiempo.

—¿Sí? ¿Y cómo lo notas?

—Por mi mamá. Ella siempre tenía salidas muy raras, como la de los *Tommyknockers*, o ni siquiera hablaba.

—¿Y dejó de beber?

—Sí. Un accidente con el coche.

De pronto, Gardener sintió escalofríos y se estremeció. El chico pareció no darse cuenta; estudiaba el cielo, siguiendo el vuelo de una gaviota. Atravesaba un cielo matinal azul, delicadamente salpicado de escamas de sardinas; por un momento se volvió negra, al volar frente al ojo enrojecido del sol naciente. Aterrizó en el

rompeolas, donde empezó a picotear algo que las gaviotas parecían considerar muy sabroso.

Gardener apartó la vista de la gaviota para volverla al chico. Todo aquello estaba tomando colores de presagio. El niño sabía de los fabulosos *Tommyknockers*. ¿Cuántos niños en el mundo los conocerían? ¿Y qué posibilidades había de que Gardener tropezara con uno que: *a*) los conociera, y *b*) hubiera perdido a su madre por la bebida?

El chico metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de petardos ensartados. «Dulce pájaro de juventud», pensó Gard, con una sonrisa.

—¿Quiere encender uno o dos para celebrar la Independencia? A lo mejor le levantan el ánimo.

—¿Independencia? ¿Hoy es cuatro de julio? ¿De veras?

El chico le dedicó una sonrisa seca.

—Navidad no es.

El 26 de junio había sido… Contó hacia atrás. Por Dios, tenía ocho días pintados de negro. Bueno, no tanto. En realidad, eso habría sido preferible. Algunos parches de luz, en absoluto bienvenidos, comenzaban a iluminar partes de esa negrura. La idea de que había herido a alguien (otra vez) se elevó en su mente como certidumbre. ¿Quería saber de quién

(*arglebargle*)

se trataba y qué le había hecho él? Tal vez no. Lo mejor era llamar a Bobbi y acabar consigo mismo antes de recordarlo.

—Oiga, señor, ¿cómo se hizo esa cicatriz en la frente?

—Me estrellé contra un árbol mientras esquiaba.

—Le dolería.

—Sí, más que esto, pero no mucho. ¿Sabes dónde hay un teléfono público?

El niño señaló una mansión excéntrica, de tejado verde, que estaba a casi un kilómetro y medio, playa abajo. Coronaba un promontorio granítico y parecía la portada de una novela gótica en edición barata. Tenía que ser un balneario. Después de vacilar por un momento, Gard recordó el nombre.

—Es el «Alhambra», ¿verdad?

—El mismo.

—Gracias —dijo.

Y echó a andar.

—Oiga, señor…

Se volvió.

—¿No quiere ese otro cuaderno? —El chico señalaba el cuaderno empapado que había quedado en la playa—. Podría secarlo.

Gardener sacudió la cabeza.

—Mira, querido: ni siquiera soy capaz de secarme el licor.

—¿Seguro que no quiere encender unos petardos?

Gard sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Ten cuidado con ellos, ¿eh? Esas cosas que estallan hacen daño.

—Sí. —El chico sonrió con cierta timidez—. Mi mamá estuvo bastante tiempo, antes del… Usted me entiende.

—Te entiendo. ¿Cómo te llamas?

—Jack. ¿Y usted?

—Gard.

—Feliz día de la Independencia, Gard.

—Feliz día, Jack. Y ten cuidado con los *Tommyknockers*.

—Llamando a la puerta —concordó el niño, solemne, mirando a Gardener con aquellos ojos que parecían extrañamente sabios.

Por un momento Gardener creyó sentir una segunda premonición: «¿Quién habría pensado que una resaca daría tanta sensibilidad para con las emanaciones psíquicas del universo?», preguntó una voz amarga y sarcástica dentro de él. No llegó a saber de qué se trataba con exactitud, pero le llenó de nueva urgencia con respecto a Bobbi. Saludó al niño con la mano y echó a andar por la playa. Caminaba a paso rápido e igual, aunque la arena se aferraba a sus pies y tiraba de ellos. Pronto se le aceleró el corazón y la cabeza empezó a palpitarle de tal modo que hasta sus ojos parecían pulsar.

El «Alhambra» no parecía acercarse de un modo apreciable.

Si no aminoras el paso, sufrirás un ataque al corazón. O al cerebro. O ambas cosas.

Anduvo más despacio… pero, de inmediato, eso le pareció absurdo a ojos vista. Si pensaba ahogarse quince minutos después, ¿qué le importaba lo que ocurriera con su corazón mientras tanto? Era como el viejo chiste del condenado que, rechazando el cigarrillo ofrecido por el capitán del pelotón de fusilamiento, le dice: «Estoy tratando de dejar el vicio».

Gardener volvió a tomar el ritmo anterior. Las descargas de dolor empezaron a marcar pulsaciones estables de versos entrecortados.

Anoche ya tarde, y la noche anterior
los *Tommyknockers*, los *Tommyknockers*
llamaron a la puerta.
Yo estaba loco, Bobbi estaba cuerda
pero eso era antes
de que el *Tommyknocker* llamara a la puerta.

Se detuvo. ¿Qué porquería era esa del *Tommyknocker*?

A modo de respuesta, aquella voz profunda, aterrorizante y firme como la de un lobo gritando junto a un lago desierto, repitió: *¡Bobbi está en dificultades!*

Echó a andar otra vez, siempre apretando el paso, más y más. «Quiero salir y no sé si puedo —pensó—. Porque el *Tommyknocker* me da mucho miedo».

Mientras subía las escaleras blanqueadas por la intemperie, que ascendían por el promontorio desde la playa hasta el hotel, se pasó la mano por la nariz y vio que sangraba de nuevo.

3

La estancia de Gardener en el vestíbulo del «Alhambra» duró once segundos, tiempo suficiente para que el recepcionista notara que iba descalzo. De inmediato hizo una señal a un corpulento botones y, cuando Gardener quiso protestar, lo pusieron de patitas en la calle.

«Me habrían sacado a patadas aunque no estuviese descalzo —reflexionó Gard—. Qué joder, yo mismo me habría sacado a patadas».

Se había echado un buen vistazo en el espejo del vestíbulo. Demasiado bueno. Todavía le quedaban rastros de sangre en el rostro, aunque había logrado limpiar la mayor parte con la manga. Tenía los ojos inexpresivos e inyectados en sangre. La barba de siete días le asemejaba a un puerco espín seis semanas después de la esquila. En el suave mundo veraniego del «Alhambra», donde los hombres eran hombres y las mujeres lucían falditas de tenis, él parecía una prostituta macho.

Gracias a que sólo los huéspedes más madrugadores comenzaban a levantarse, el botones se tomó el tiempo necesario para informarle de que había un teléfono público en la estación de servicio.

—Está en la esquina de la carretera nacional 1 con la 26. Y ahora, váyase volando, si no quiere que llame a la Policía.

Si Gard hubiese querido saber algo más sobre sí mismo, allí lo tenía, en los asqueados ojos del corpulento botones.

Caminó lentamente colina abajo, hacia la estación de servicio. Los calcetines golpeaban contra el pavimento. Su corazón latía como un jadeante motor de Ford T que hubiera viajado mucho por terrenos escabrosos sin el debido mantenimiento. El dolor de cabeza se le fue desplazando hacia la izquierda, donde, a su debido tiempo, se centraría en un puntó brillante… si acaso vivía hasta ese momento. Y, de pronto, volvió a los diecisiete años.

A esa edad, su obsesión no eran las bombas, sino las bragas. La chica se llamaba Annmarie. Gard tenía una buena posibilidad de conseguirla pronto, siempre que conservara la sangre fría. Esa misma noche, tal vez. Pero para eso tenía que

desenvolverse bien allí, en Straight Arrow, una pista de esquí intermedia en Vermont. Miraba sus esquíes, mientras repasaba *in mente* los pasos necesarios para detenerse, como si todo aquello fuera un examen que debiera pasar. Sabía que él era bastante novato aún y que Annmarie, no; por algún motivo dudaba de que ella se mostrara muy accesible si él terminaba hecho un muñeco de nieve en su primera prueba fuera de la pista de principiantes. No le importaba que se le viera poco experimentado, mientras no pareciera un absoluto estúpido. Por eso estaba así, mirándose los pies a lo tonto en vez de hacerlo hacia donde se deslizaba: en línea recta contra el viejo pino retorcido, que tenía la banda roja de advertencia pintada en la corteza. El único ruido era el del viento en sus oídos y el de la nieve que se deslizaba bajo sus pies, pero ambos se reducían al mismo susurro tranquilizador.

El poemita infantil quebró su recuerdo, y le hizo detenerse cerca de la estación de servicio. La estrofita volvió para quedarse, con un latido al compás de su cabeza palpitante: *Anoche, ya tarde, y la noche anterior, los* Tommyknockers, *los* Tommyknockers, *llamaban a la puerta.*

Gard tuvo una náusea y sintió el gusto cobrizo y desagradable de su propia sangre. Escupió un rojizo glóbulo de flema al polvo de la cuneta, sembrada de desperdicios. Recordó haber preguntado a su madre qué eran los *Tommyknockers*. No recordaba qué le había respondido ella, ni siquiera si lo había hecho, pero él siempre los imaginaba como asaltantes que atacaban a la luz de la luna, mataban en la sombra y enterraban en las horas más oscuras de la noche. Pasó una interminable y torturada media hora en la oscuridad de su dormitorio antes de que el sueño lo atrapara, misericordioso. ¿Y si fueran caníbales además de asaltantes? ¿Y si en vez de enterrar a sus víctimas en la oscuridad de la noche las cocinaban y…? Bueno…

Gardener apretó los flacos brazos contra el pecho hundido (al parecer, en el ciclón no había restaurantes) y se estremeció.

Cruzó la estación de servicio, que aún no estaba abierta, aunque sí llena de banderas y carteles de celebración. El teléfono público se encontraba a un lado del edificio. Gardener observó, con gratitud, que era de los modernos. En ellos era posible marcar larga distancia sin depositar dinero. Eso, al menos, le ahorraba la indignidad de pasar una parte de su última mañana pidiendo limosna.

Marcó el cero y tuvo que detenerse. La mano le temblaba de un modo terrible; vagaba por todos los números. Sujetó el auricular entre la oreja y el hombro para disponer de ambas manos y afirmó la muñeca derecha con la izquierda, para darle toda la estabilidad posible. Entonces, como si fuese un tirador en una galería de tiro, usó el índice para apretar los botones con lenta y horrible deliberación. La robótica voz le indicó que marcara su número de tarjeta de crédito telefónica (tarea que Gard habría sido incapaz de cumplir, en el supuesto de que tuviera esa tarjeta) o que se comunicara con la operadora marcando el cero. Gardener obedeció.

—Hola. Operadora Eileen al habla, feliz día de la Independencia —gorjeó una voz—. ¿En qué puedo servirle?

—Hola Eileen, feliz día para usted también. Quiero una llamada a larga distancia con cargo al abonado que la recibe. De parte de Jim Gardener.

—Gracias, Jim.

—De nada —replicó él. Y de pronto agregó—: no, mejor diga a la abonada que es Gard quien llama.

En el momento en el que el teléfono de Bobbi empezó a sonar allá en Haven, Gardener se volvió para mirar el sol en ascenso. Estaba aún más rojo que antes; se elevaba hacia el banco de escamas de sardina como una gran ampolla redonda en el cielo. El sol y las nubes, a la par, le recordaron otra vieja estrofa: *Cielo rojo al anochecer, el marino siente placer. En la aurora cielo encarnado, el marino anda con cuidado*. Gard no sabía nada de cielos matinales ni crepusculares, pero adivinó que esas delicadas escamas eran portadoras de lluvia sin lugar a dudas.

«Demasiadas estrofas para mi última mañana en la tierra», pensó, irritado. Y luego: «Te voy a despertar Bobbi. Te voy a despertar, pero prometo que nunca más lo haré».

Mas no había Bobbi a quien despertar. El teléfono sonaba, nada más. Sonaba… sonaba… sonaba…

—La abonada no contesta —le dijo la operadora, por si él fuese sordo o hubiera olvidado que tenía el teléfono contra el oído—. ¿Quiere insistir más tarde?

«Sí, tal vez, pero tendrá que ser con mesa de tres patas. Eileen».

—Bueno —dijo—. Felicidades.

—¡Gracias, Gard!

Él apartó el aparato telefónico de su oído como si le hubiese mordido y se quedó mirándolo. Por un momento esa voz había sonado como la de Bobbi… muy parecida…

Volvió a ponerse el auricular contra el oído y le llegó a decir:

—¿Por qué me ha…? —antes de darse cuenta de que la alegre Eileen había cortado.

«Eileen, Eileen, no Bobbi. Pero…»

Lo había llamado Gard, y Bobbi era la única que…

Pero él había dicho: «No, mejor diga a la abonada que es. Gard quien llama».

Claro, una explicación de lo más razonable.

Entonces, ¿por qué no le sonaba así?

Colgó con lentitud. Permaneció un momento junto a la estación de servicio, con los calcetines mojados, los pantalones encogidos y la camisa suelta, ante su sombra larga, larga. Una hilera de motocicletas pasó por la carretera 1, rumbo a Maine.

¡Bobbi está en dificultades!

«¿Quieres terminar con eso, por favor? Es una bobada, como la misma Bobbi diría. ¿Quién afirmó que uno visita a la familia sólo en Navidad? Estamos en un día de fiesta y ella ha ido a Utica. Eso es todo».

Sí, por supuesto. Bobbi era tan capaz de ir a Utica a pasar un día de fiesta como Gard de solicitar trabajo en una planta nuclear. La hermana Anne era capaz de celebrar ese día disparando unos cuantos rompeportones contra el trasero de Bobbi.

Bueno, quizá la han invitado a participar en algún desfile en una de esas ciudades vaqueras que ella nombra en sus novelas. Has hecho lo posible. Ahora, termina con lo que habías empezado.

Su mente no se esforzó en discutir; él habría anulado sus argumentos, pero su mente se limitó a reiterar la tesis original: *Bobbi está en dificultades.*

Simple excusa, cobarde, gallina.

No lo creía así. La intuición comenzaba a convertirse en certidumbre. Y, bobada o no, esa voz continuaba con su aviso de que Bobby estaba en aprietos. Mientras no lo supiera seguro, sus asuntos quedarían postergados. Tal como había pensado antes, el océano no se iría, siempre estaría allí.

—Tal vez los *Tommyknockers* la atraparon —dijo en voz alta. Y soltó una risita asustada, ronca. Desde luego, empezaba a enloquecer.

SIETE

GARDENER LLEGA

1

Sssss…

Tiene la vista fija en sus esquíes, simples bandas de madera parda que vuelan sobre la nieve. Comenzó a mirar hacia abajo sólo para asegurarse de que mantenía los esquíes bien paralelos, porque no quería parecer un fantoche cualquiera. Ahora está casi hipnotizado por la velocidad líquida de esas tablas, por el chisporroteo cristalino de la nieve que pasa en una incesante banda blanca de quince centímetros entre una y otra. No se da cuenta de su estado de semihipnosis hasta que Annmarie grita:

—¡Cuidado, Gard! ¡Cuidado!

Es como despertar de una leve somnolencia. Entonces nota que ha estado en una especie de trance, que ha pasado demasiado tiempo mirando aquella banda brillante y fluida.

Annmarie grita:

—¡Una christie*! ¡Haz una* christie*, Gard!*

Vuelve a gritar, y ahora le dice que se arroje al suelo. ¿Al suelo? ¡Caramba, así puede romperse una pierna!

En esos últimos instantes, antes del impacto, no logra comprender cómo han adquirido las cosas tal gravedad en ese corto espacio de tiempo. De algún modo se las ha arreglado para alejarse mucho de la senda, hacia la derecha. Los pinos y los abetos, con las ramas cargadas de nieve, pasan como borrones a menos de tres metros. Una roca asoma entre la nieve y pasa también; su esquí izquierdo la ha esquivado por pocos centímetros. Se da cuenta, con frío espanto, que ha perdido todo el control, que ha olvidado todo lo que Annmarie le ha enseñado, todas las maniobras que tan fáciles parecían en las pendientes para principiantes.

Y ahora va… ¿a cuánto? ¿A treinta kilómetros por hora, cuarenta, sesenta? El aire frío le corta el rostro. Ve que la hilera de árboles, al costado de la pista, se acerca cada vez más. Su línea recta se ha convertido en una suave diagonal. Suave pero mortífera de todos modos. Se da cuenta de que pronto se saldrá de la pista y entonces sí se detendrá, que duda cabe. Se detendrá, y pronto.

Ella vuelve a chillar. El piensa: «¿Una christie*? ¿Es eso lo que ha dicho? ¿Ni siquiera soy capaz de frenar y quiere que haga una* christie*?»*

Trata de girar a la derecha, pero sus esquíes prosiguen, tozudos, el mismo curso.

Ya tiene a la vista el árbol contra el cual va a estrellarse: un viejo pino, grande y áspero, con una banda roja pintada alrededor del tronco retorcido, en una innecesaria señal de peligro.

De nuevo intenta el giro, mas ha olvidado cómo hacerlo.

El árbol gana tamaño y parece precipitarse hacia él, que se mantiene quieto. Ve nudos en la madera, muñones astillados de ramas en los cuales se ensartará, marcasen la corteza, gotas de pintura corrida.

Annmarie vuelve a chillar y Gard cobra conciencia de que también él está aullando.

Sssss…

2

—¡Amigo! ¿Oiga, amigo? ¿Se encuentra bien?

Gardener se incorporó de súbito, sobresaltado, y supo que pagaría ese movimiento con una flecha de dolor en la cabeza. No la hubo. Experimentó un momento de vértigo y náuseas, probable resultado del hambre, pero tenía la cabeza despejada. El dolor había pasado de pronto, como siempre, mientras dormía; tal vez mientras soñaba con el accidente.

—Sí, me encuentro bien —dijo, y lanzó una mirada alrededor.

Sintió un golpe seco en la cabeza, pero había sido contra un tambor. Una muchacha con vaqueros cortados se echó a reír.

—Se tocan con palillos, no con la cabeza, hombre. Estaba farfullando en sueños.

Vio que se hallaba en una furgoneta… y, de repente, todo encajó en su sitio.

—¿Sí?

—Sí. Nada bonito.

—Tampoco soñaba nada bonito —explicó Gardener.

—Déle una chupada a esto —ofreció la muchacha, entregándole un cigarrillo de marihuana—. Cura cualquier pesadilla, garantizado —agregó, solemne.

«Eso me dijeron del alcohol, querida. Pero a veces mienten. Te lo aseguro: a veces mienten».

Tomó una pequeña bocanada de humo por pura cortesía, pero la cabeza empezó a darle vueltas de inmediato. Se lo devolvió a la muchacha, que estaba sentada contra la puerta corrediza de la furgoneta.

—Preferiría algo de comer —dijo él.

—Hay una caja de galletitas —repuso el conductor, entregándosela—. Nos hemos comido todo lo demás. Disculpe, pero Beaver se ha tomado hasta esos jodidos higos secos.

—Beaver come cualquier cosa —dijo la muchacha de los vaqueros cortados.

El chico que ocupaba el segundo asiento miró hacia atrás. Era un muchacho regordete, de rostro amplio y agradable.

—No es cierto —exclamó—. No es cierto. Jamás me comería a mi madre.

Ante eso, todos rieron como locos, incluido Gardener.

—Basta con las galletitas, gracias —murmuró cuando pudo hablar. Las comió lentamente al principio, vigilando sus intestinos para detectar cualquier señal de rebelión. Como no la había, siguió devorándolas a grandes puñados, entre gruñidos y quejas de su estómago.

¿Cuánto tiempo llevaba sin comer? No lo sabía. Su último bocado estaba perdido en el vacío. Por experiencias anteriores, sabía que nunca comía mucho cuando se dedicaba a beberse el mundo; de lo que ingería, gran parte acababa en su regazo o pegado a su camisa. Volvió a pensar en la gran *pizza* grasienta que había tratado de comer en 1980, aquella noche en que de un disparo atravesó las mejillas de Nora.

«¡Podría haberle cortado un nervio óptico o los dos! —Era la voz del abogado de Nora, gritándole con furia dentro de la cabeza—. ¡Ceguera total o parcial! ¡Parálisis! ¡La muerte! ¡Bastaba con que esa bala rozara un diente y se desviara en cualquier dirección, no importaba en cual! ¡Y no me diga que no intentaba matarla! Cuando se dispara a una persona a la cabeza, ¿qué otra intención se puede tener?»

La depresión volvió, grande, negra, de un kilómetro de altura. *Deberías haberte suicidado, Gard. Para qué has esperado.*

«Bobbi está en dificultades».

Bueno, es posible. Pero recibir ayuda de un tipo como tú es como contratar a un pirómano para que arregle la caldera de la calefacción.

«Cállate».

Estás perdido, Gard. Irrecuperable. El chico de la playa diría que no tenías remedio.

—¿Seguro que se siente bien, señor? —preguntó la chica.

Era pelirroja y lucía un corte de cabello al estilo *punk*. Las piernas le llegaban más o menos a la barbilla.

—Sí —dijo él—. ¿Tengo mala cara?

—Por un momento lo he visto muy mal —respondió ella, con gravedad.

Eso le hizo sonreír, no por lo que significaba, sino por la solemnidad con que lo decía.

Ella le devolvió la sonrisa, aliviada.

Gard miró por la ventanilla y vio que iban hacia el norte por la carretera de Maine; apenas estaban en el kilómetro cincuenta y siete, de modo que no había dormido mucho. Las escamas de sardina que dos horas antes había visto en el cielo comenzaban a fundirse en un gris igualado: lluvia segura para la tarde. Antes de llegar a Haven él estaría empapado y habría oscurecido.

Después de abandonar la cabina del teléfono público, se había quitado los calcetines para arrojarlos a la basura de la estación de servicio. Luego caminó hasta la carretera 1, descalzo, y se detuvo en la cuneta, con la vieja bolsa en una mano, señalando hacia el norte con el pulgar.

Veinte minutos después, la furgoneta apareció. Un par de guitarras eléctricas, con los mangos cruzados como si fueran espadas, decoraban el costado, junto con el nombre del grupo que lo ocupaba: THE EDDIE PARKER BAND. Se detuvo y Gardener corrió hacia ella. Jadeaba, la bolsa le golpeaba las piernas mientras la cabeza le palpitaba al rojo vivo en el lado izquierdo. Pese al dolor, le divirtió la leyenda pintada en las portezuelas: CUANDO EDDIE TOCA NO SE ABRE LA BOCA.

Sentado en la parte trasera de la furgoneta, y con cuidado de no moverse con demasiada brusquedad, para no golpearse otra vez con el tambor, Gardener vio que se aproximaba la salida de Old Orchard. Al mismo tiempo, las primeras gotas de lluvia golpearon el parabrisas.

—Oiga —dijo Eddie y se detuvo en la cuneta—, no me gusta dejarlo así. Empieza a llover y usted ni siquiera lleva zapatos, qué joder.

—Ya me arreglaré. No se preocupen.

—Y tiene mala cara —insistió la muchacha con suavidad.

Eddie se quitó la gorra (en la visera se leía: *Yo no tengo la culpa: voté por Howard).*

—Muchachos, a desembolsar.

Aparecieron las billeteras; el cambio tintineó en los bolsillos de los vaqueros.

—¡No! ¡Caramba, muchas gracias, pero no!

Gardener sintió que una oleada de sangre caliente se acumulaba en sus mejillas. No era azoramiento, sino vergüenza pura. En algún lugar de su interior, sonó un golpe fuerte y doloroso que no le sacudió huesos ni dientes. Era su alma, se dijo, en la caída final. Sí que sonaba melodramático. En cuanto a la sensación… bueno…, demasiado real. Eso era lo horrible. Sólo… real. «Bien —pensó—. Ésa es la sensación. Te has pasado la vida oyendo hablar de tocar fondo. Ahora vas a saber qué es eso. James Eric Gardener, que iba a ser el Ezra Pound de su generación, recibe monedas de un grupo de *rock* recién salido de Delaware».

—De veras… no…

Eddie Parker siguió pasando la gorra, a pesar de las protestas de Gard. Contenía ya un puñado de monedas y algunos billetes de dólar. Beaver fue el último y arrojó dos monedas de veinticinco centavos.

—Escuchen —insistió Gardener—, se lo agradezco mucho, pero…

—Vamos, Beaver —protestó Eddie—. Desembolsa, avaro.

—De veras, tengo amigos en Portland. Basta con que telefonee a alguno…, y creo que dejé mi talonario de cheques en casa de un conocido de Falmouth —agregó Gard,

desesperado.

—Beaver es un avaaaro —canturreó la muchacha, con tono alegre—. Beaver es un avaaaro…

Los otros la imitaron hasta que el gordito, riendo y con los ojos en blanco, agregó otros veinticinco centavos y un billete de lotería de Nueva York.

—Listo, no tengo más —dijo—. Si queréis esperar a que los higos hagan efecto…

Los miembros del grupo volvieron a reír como locos. Beaver miró a Gardener con resignación, como diciéndole: «¿Te das cuenta de los idiotas con quienes ha de tratar uno?» Y le entregó la gorra; Gard tuvo que cogerla para que el dinero no rodara por todas partes. Trató de devolvérsela a Beaver, diciendo:

—De verdad, no hay ningún problema…

—Sí que los hay —lo corrigió Eddie Parker—. ¿Qué le parece si deja de fastidiar, hombre?

—Me parece que debo darles las gracias. Y no sé cómo hacerlo.

—Bueno, no es tanto. No necesitará declararlo a Hacienda. Pero alcanzará para que se pague una hamburguesa y un par de cafés.

La muchacha abrió la puerta de la furgoneta.

—Que se mejore ¿eh? —dijo. Antes de que Gard pudiera responder, le plantó un beso de amiga, con la boca húmeda, entreabierta y con olor a marihuana—. Cuídese, amigo.

—Trataré de hacerlo. —En el momento de bajar volvió a abrazarla con ferocidad —. Gracias. Gracias a todos.

Se quedó en el asfalto, y observó cómo la puerta corrediza se cerraba. Empezaba a llover algo más fuerte. La chica agitó la mano. Gardener respondió al gesto y la furgoneta se alejó por el carril derecho. Fue aumentado la velocidad hasta que, por fin, pasó al carril de adelantamiento. Gardener los siguió con la vista, agitando la mano por si ellos miraban hacia atrás. Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas, mezcladas con el agua de la lluvia.

3

No tuvo oportunidad de comprar un par de sandalias de goma, pero llegó a Haven antes de que oscureciera y no hizo falta que caminara los últimos quince kilómetros hasta la casa de Bobbi como temía. Después de todo, cabía pensar que la gente se mostraría más dispuesta a «levantar» a alguien que hiciera autostop bajo la lluvia, pero entonces era cuando todos pasaban de largo. ¿Quién tiene interés en llevar a un charco humano sentado en el asiento de al lado?

Pero en las afueras de Augusta lo recogió un granjero que lo llevó hasta los límites de la ciudad china. Todo el tiempo se quejó del. Gobierno con amargo acento.

Gard bajó allí y caminó unos tres kilómetros; hacía señas a los pocos coches que pasaban. No sabía si los pies se le estaban convirtiendo en hielo o si era su imaginación. De pronto, una camioneta se detuvo a su lado con un jadeo.

Gardener subió a la cabina tan rápido como pudo. Olía a leña vieja y a sudor de leñadores agrio, pero era abrigada.

—Gracias —dijo.

—De nada —repuso el conductor—. Soy Freeman Moss.

Y le tendió la mano. Gardener, sin la menor idea de que se encontraría con aquel hombre en un futuro no muy lejano, en circunstancias mucho menos agradables, se la estrechó.

—Jim Gardener. Gracias de nuevo.

—Está bien —bufó Freeman Moss.

Y arrancó. La camioneta se estremeció por el arcén de la carretera, y empezó a cobrar velocidad con verdadero dolor, según le pareció a Gard. Todo se estremecía. El universo gemía bajo ellos como una bruja en el rincón de la chimenea. Un viejísimo cepillo de dientes, cuyas gastadas cerdas estaban llenas de la grasa que había debido quitar de alguna ruedecilla atascada, repiqueteaba a lo largo del tablero, pasando junto a un viejo ambientador que representaba a una mujer desnuda con grandes senos. Moss pisó el embrague y logró encontrar la segunda, después de interminables intentos que sonaron en la caja de cambios. La camioneta volvió a la carretera.

—Me parece que está medio ahogado. Me ha quedado la mitad del café en el termo. ¿Quiere?

Gardener lo bebió de buen grado, agradecido. Era café fuerte, caliente y bien azucarado. También aceptó un cigarrillo, que fumó aspirando hondo y con placer, aunque le irritaba la garganta, que le dolía cada vez más.

A eso de las siete menos cuarto, Moss lo dejó en los límites de Haven. La lluvia había amainado y el cielo empezaba a aclarar por el oeste.

—Creo que Dios nos va a dejar ver el crepúsculo —dijo Moss—. Diablos, me gustaría tener un par de zapatos para darle, amigo. Casi siempre tengo un par viejo tras el asiento. Pero hoy llovía tanto que he salido con las botas de goma.

—Gracias, pero no se preocupe. Mi amiga vive a sólo kilómetro y medio de aquí.

En realidad, la casa de Bobbi estaba a cinco kilómetros, pero si Moss lo hubiera sabido, habría insistido en llevar a Gardener hasta allí. Gard estaba cansado y se sentía cada vez más febril; los cuarenta y cinco minutos de aire caliente, proveniente del calefactor, no habían logrado secarle. Pero por ese día no soportaba más generosidad. Con su estado de ánimo, un poco más le habría vuelto loco.

—De acuerdo. Buena, suerte.

—Gracias.

Bajó y saludó con la mano a la camioneta, que se alejó por un camino lateral.

Aun después de que Moss y su camioneta de museo hubieron desaparecido, Gardener permaneció un momento más donde estaba, con la bolsa mojada en una mano, mientras contemplaba la señal indicadora, sesenta metros más atrás.

«Hogar es el sitio donde, cuando te presentas, tienen que recibirte», había dicho Frost. Pero le convenía recordar que ése no era su hogar. Tal vez el peor de los errores que un hombre podía cometer era ver el hogar de su amigo como el suyo propio, sobre todo si se trataba de una amiga con quien se había compartido la cama.

No era su hogar, nada de eso. Pero estaba en Haven.

Y echó a andar hacia la casa de Bobbi.

4

Unos quince minutos después, cuando las nubes del oeste se abrieron por fin para dejar pasar el sol poniente, ocurrió algo extraño: por la cabeza de Gard pasó un estallido de música, breve y claro.

Se detuvo y contempló los rayos del sol que se vertían sobre kilómetros de bosques y henares mojados, los rayos que caían como la dramática iluminación de una película bíblica. Allí la carretera Nueve comenzaba a ascender, por lo que el paisaje del oeste era largo, glorioso y solemne; esa luz vespertina resultaba casi inglesa y pastoral en su clara belleza. La lluvia había lavado el panorama dándole un aspecto lustroso y acentuando los colores, como si completara la textura de todo el lugar.

De pronto, Gardener se alegró de no haberse suicidado; pero no por motivos religiosos, sino porque le había sido permitido captar ese momento de belleza y esplendor. De pie, a un lado de la carretera, casi agotadas sus energías, febril y descompuesto, experimentó la simple maravilla de una criatura.

Todo era quietud y silencio en el último resplandor solar del día. No se veían señales de industria ni de tecnología. De humanidad, sí; un enorme granero rojo junto a una casa blanca, cobertizos, uno o dos remolques; eso era todo.

La luz. Lo que tanto le impresionaba era la luz.

Su dulce claridad, antigua y profunda; aquellos rayos de sol que se inclinaban casi horizontales por entre las nubes a medio desenmarañar, a medida que el día largo, confuso, agotador, se acercaba a su fin. Esa luz milenaria parecía negar el tiempo mismo, y Gardener casi esperaba oír el sonido del cuerno de un cazador llamando a sus amigos, ladridos de perros, y cascos de caballos, y…

… y entonces fue cuando la música, estridente y moderna, le estalló en la cabeza, y dispersó todos sus pensamientos. Se llevó las manos a las sienes, en un gesto sobresaltado. El estallido duró por lo menos cinco segundos, quizá diez, y lo

identificó sin dudarlo; era Doctor Hook cantando *Baby Makes Her Blue Jeans Talk*.

La letra sonaba a lata, pero resultaba bastante clara, como si estuviera escuchando una pequeña radio de transistores, de las que la gente llevaba a la playa antes de que se pusieran de moda los radiocasetes. Pero no le entraba por los oídos; provenía de la parte frontal de su cabeza…, del sitio donde los médicos habían rellenado el agujero de su cráneo con un trozo de metal.

Es la reina de la noche,
La que juega en la oscuridad.
Nunca nadie dice nada, nada,
Pero, nena, cómo hace hablar a sus vaqueros.

El volumen era tan alto que resultaba insoportable. Le había ocurrido con anterioridad en una ocasión. Eso de la música en la cabeza, después de meter el dedo en un portalámparas. ¿Borracho quizá? ¿Mean los perros contra los árboles?

Había descubierto que esas visitas musicales no eran alucinaciones ni algo demasiado extraño. Algunas personas recibían transmisiones radiadas en los regadores del césped, en los empastes de los dientes, en la montura de las gafas metálicas. Cierta familia de Charlotte, Carolina del Norte, había recibido señales de una emisora de música clásica de Florida, durante una semana y media en 1957; primero la oían en el vaso de los dientes, en el baño; después, otras copas de la casa empezaron a recibir el sonido. Hacia el final, toda la vivienda resonaba con la vítrea recepción de Bach y Beethoven, y la señal horaria por toda interrupción. Por último, cuando doce violines sostenían una misma nota, larga y aguda, toda la cristalería de la casa se hizo añicos de manera espontánea, y el fenómeno cesó.

Gardener sabía que no era el único, y que no estaba volviéndose loco, aunque eso no lo consolaba en realidad. Además, nunca se le había presentado de un modo tan claro y audible desde el incidente con el portalámparas.

El sonido de Doctor Hook desapareció tan de repente como había comenzado. Gardener permaneció tenso, en espera de que volviera. No fue así. Lo que surgió, más potente y más desesperado que antes, fue una repetición de aquello que le había obligado a ponerse en camino desde el principio: *¡Bobbi está en dificultades!*

Se apartó del paisaje y reinició la marcha por la carretera Nueve. Y aunque tenía fiebre y estaba exhausto, apretó el paso. En realidad, al poco tiempo iba casi a la carrera.

5

Eran las siete y media cuando Gardener se encontró, al fin, ante la casa de Bobbi, a la cual los vecinos llamaban todavía «lo del viejo Garrick», aun después de tantos años. Llegó bufando, con la tez de un color rojo poco saludable. Vio el buzón, con la portezuela entreabierta, tal como lo dejaban Bobbi y Joe Paulson, el cartero, para que a Peter le resultara más fácil abrirlo con la pata; y el camino de entrada, con la camioneta azul de Bobbi aparcada a un lado. En la parte trasera del vehículo había algo cubierto con una lona, para protegerlo de la lluvia. Y la casa, con una luz encendida en la ventana del este, el lugar donde Bobbi tenía su mecedora para leer.

Todo parecía estar bien; ni una sola nota desafinada. Cinco años atrás, hasta tres años atrás, Peter habría ladrado ante la llegada de alguien. Pero Peter estaba viejo. ¡Como todos, qué diablos! Desde allí, la casa de Bobbi tenía una especie de encanto sereno, campesino, que el paisaje le había mostrado desde los límites de la ciudad; representaba todo lo que Gardener habría querido poseer. Una sensación de paz…, o tal vez sólo una sensación de lugar. Desde allí, junto al buzón, nada extraño se veía, desde luego. La casa parecía la de cualquier persona satisfecha de su vida: Tal vez no del todo en paz, tampoco retirada ni alejada de las preocupaciones mundanas, pero estable. Era la casa de una mujer cuerda y bastante feliz. No había sido construida en la zona de los tornados.

De cualquier modo, algo andaba mal.

El desconocido, allá afuera, en la oscuridad, se detuvo por un poco más de tiempo.

(«Pero no soy un desconocido, soy un amigo, el amigo de Bobbi… ¿o no?»)

Y un impulso súbito, temeroso, surgió de su interior: marcharse. Girar sobre sus descalzos talones y hacerse humo. Porque, de pronto, no estaba seguro de investigar qué ocurría en aquella casa; en qué dificultades se había metido Bobbi.

(«*Tommyknockers*, Gard, de eso se trata, de los *Tommyknockers*».)

Se estremeció.

(«*Anoche, ya tarde, y la noche anterior, los* Tommyknockers *los* Tommyknockers *llaman a la puerta de Bobbi, y no sé si podrás*».)

«¡Basta!»

(*Porque los* Tommyknockers *dan miedo a Gard*.)

Se lamió los labios; trató de decirse que sólo era la fiebre lo que se los resecaba así.

¡Vete, Gard! ¡Sangre en la luna!

El miedo era muy profundo. Si no se hubiese tratado de Bobbi, su última amiga de verdad, se habría evaporado, sí. La casa lucía rústica y agradable; la luz que surgía de la ventana del este era hogareña y todo parecía ir bien…; pero las tablas y los cristales, las piedras del camino de entrada, el aire del camino que se apretaba contra su rostro… todas esas cosas le gritaban que se fuera, que huyera, que allí había cosas

malas, peligrosas, quizá hasta malignas.

(*Tommyknockers.*)

Sin embargo, con independencia de lo que hubiera allí, también estaba Bobbi. Y él no había viajado tantos kilómetros, casi todos bajo un torrente de agua, sólo para volverse y echar a correr en el último instante. Por eso, pese al miedo, se apartó del buzón y continuó su marcha, con lentitud, por el camino de entrada. Su rostro dibujaba muecas de dolor cuando las piedras puntiagudas se le clavaban en la planta de los pies.

En ese momento, la puerta del frente se abrió. Al verla, dio un respingo, y el corazón le subió a la garganta de un solo salto. «Es uno de ellos —pensó—, uno de los *Tommyknockers*. ¡Vendrá corriendo hasta aquí y me apresará para comerme!»

La silueta que se recortaba en el vano de la puerta era delgada… demasiado delgada, pensó Gard, para que se tratara de Bobbi Anderson, quien, aunque nunca había sido gorda, sí tenía unas agradables redondeces en los sitios adecuados. Pero la voz, a pesar de que sonara aguda y vacilante, era la de Bobbi, sin duda. Y Gardener se relajó un poco, ya que parecía aún más aterrorizada que él.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

—Bobbi, soy Gard.

Hubo una larga pausa. Pasos en el porche. Y un cauteloso:

—¿Gard? ¿Eres tú de veras?

—Sí. —Avanzó sobre las duras y punzantes piedras hasta el prado. Y formuló la pregunta que le había hecho postergar su suicidio—: ¿Estás bien, Bobbi?

La voz de Bobbi perdió la vacilación, pero Gardener aún no la veía con claridad: hacía rato que el sol se había puesto tras los árboles y las sombras eran densas. Se preguntó por dónde andaría Peter.

—Estoy bien —confirmó Bobbi, como si hubiera sido siempre tan horriblemente flaca, como si hubiera recibido siempre a sus visitas con aquella voz aguda, en la cual se adivinaba el miedo.

Bajó los escalones y quedó fuera de la sombra que el tejado del porche arrojaba. Entonces, Gardener la vio por primera vez en aquella penumbra cenicienta. El horror y la extrañeza lo dejaron petrificado.

Bobbi iba hacia él, sonriente, y su expresión era de verdadera alegría. Los vaqueros flameaban contra el cuerpo; su frente, muy pálida, parecía demasiado ancha; los ojos, hundidos en las órbitas; la piel, tensa y brillante; el cabello, despeinado, se le bamboleaba en la nuca y le rozaba los hombros como las algas arrojadas a la playa; la camisa estaba mal abotonada; la cremallera de los pantalones cerraba sólo hasta la tercera parte. Olía a mugre, a sudor y a…, bueno, como si hubiese tenido un problema con sus bragas y hubiera olvidado cambiárselas.

Una imagen surgió de súbito en la mente de Gardener: una fotografía de Karen

Carpenter, tomada poco antes de su muerte, a causa de una supuesta anorexia nerviosa: parecía un cadáver andante que, de algún modo vivía, toda dientes sonrientes y ojos que gritaban su fiebre. Así estaba Bobbi.

Tal vez no había bajado más de diez kilos. Eso era todo lo que podría haber perdido para mantenerse en pie. Pero la espantada mente de Gard insistía en que eran más de quince.

Parecía hallarse al límite del agotamiento. Sus ojos, como los de aquella pobre mujer de la revista, eran enormes y muy brillantes; la sonrisa, la inconsciente mueca del boxeador noqueado un momento antes de que las rodillas se le doblaran.

—¡Qué bien! —reiteró aquel esqueleto sucio, tambaleante. Al acercarse a Bobbi, Gard percibió otra vez la vacilación de su voz; no era miedo, como había pensado minutos antes, sino un agotamiento total—. ¡Ya creía que me habías abandonado! ¡Me alegro de verte, hombre!

—Bobbi… Bobbi, por Dios, ¿qué?

Bobbi le tendió la mano derecha. Una mano que temblaba de forma increíble en el aire. Gardener vio entonces lo flaco, lo dolorosa e inadmisiblemente flaco que estaba el brazo de su amiga.

—Ocurren muchas cosas —graznó ella—. He hecho mucho, y me queda mucho más por hacer, pero estoy llegando, estoy llegando, ya verás…

—Bobbi qué…

—Me encuentro bien, me encuentro bien —repitió Bobbi.

Y cayó hacia delante, casi inconsciente, en brazos de Gard. Trató de decir algo más, pero sólo fue capaz de emitir una gárgara floja y un poco de saliva. Sus senos eran pequeñas y agotadas almohadillas contra el antebrazo de Gardener.

Él la levantó, asombrado de su poco peso. Sí, habían sido quince kilos…, por lo menos. Resultaba increíble, pero también innegable, por desgracia. Y experimentó una identificación espantosa y angustiante a un tiempo.

«Ésta no es Bobbi, desde luego, sino yo. Yo después de una terrible borrachera».

Cogió a Bobbi en brazos y subió con rapidez los escalones para entrarla en la casa.

OCHO

MODIFICACIONES

1

Puso a Bobbi en el sofá y corrió al teléfono. Levantó el auricular con la intención de marcar el O y pedir a la telefonista el número de la unidad de urgencia más próxima. Bobbi debía ser trasladada al Hospital Municipal de Derry de inmediato. Cuanto antes. Un colapso, era lo más probable (aunque se sentía tan cansado y confundido que apenas sabía qué pensar). Una especie de colapso. Bobbi Anderson parecía la última persona del mundo capaz de sobrepasar sus límites, pero, por como estaba, lo había hecho.

Bobbi murmuró algo desde el sofá. Gardener no la entendió bien, pues su voz era poco más que un graznido ronco.

—¿Qué dices, Bobbi?

—Que no avises a urgencias —repitió ella.

En esa ocasión había logrado dar un poco más de volumen a su voz, pero aquel pequeño esfuerzo pareció dejarla exhausta. Tenía las mejillas encendidas y el resto del rostro, cerúleo; los ojos le brillaban, febriles, como piedras azules: diamantes o zafiros, tal vez.

—No, Gard, ¡a nadie!

Anderson se derrumbó otra vez en el sofá, entre jadeos. Gardener colgó el auricular y se acercó a ella, alarmado. Bobbi necesitaba un médico, eso era obvio, y él estaba decidido a ponerla en manos de alguno; pero, por el momento, su agitación parecía lo más importante.

—Me quedaré contigo —dijo al tiempo que le cogía la mano—, si eso te preocupa. Dios sabe que tú me acompañaste demasiadas…

Pero Anderson meneaba la cabeza, cada vez con mayor vehemencia.

—Sólo necesito dormir —susurró—. Dormir… y tomar algo por la mañana. Sobre todo, dormir; hace… tres días que no duermo. Cuatro, tal vez.

Gardener la miró con atención, espantado. Combinó lo que ella acababa de decir con su aspecto.

—¿En qué torpedo te has montado? —«Y por qué», agregó su mente—. ¿Has tomado anfetaminas?

Pensó en la cocaína, pero rechazó la idea. Bobbi estaba en condiciones de pagársela, sin duda, pero esa droga no mantenía despierta a una persona durante tres o cuatro días y le hacía perder más de quince kilos en…

Gardener calculó el tiempo transcurrido desde la última vez que había visto a su amiga: tres semanas.

—No —repuso ella—, nada de drogas.

Sus ojos se pusieron en blanco, centelleantes. La saliva se le escapaba por la comisura de la boca, aunque ella volvía a chuparla. Por un instante, Gard vio algo en su rostro que no le gustó, algo que casi lo asustó un poco: la misma expresión de Anne: vieja y astuta. Luego, los ojos de Bobbi se cerraron, y dejaron al descubierto los párpados teñidos con el delicado púrpura del agotamiento. Cuando los abrió de nuevo, era Bobbi la que yacía allí… y necesitaba ayuda.

—Voy a llamar a la unidad de urgencia —dijo él, mientras se levantaba otra vez —. Tienes muy mal aspecto, Bo…

La flaca mano que la mujer tendió para sujetarle por la muñeca, lo retuvo con fuerza sorprendente. Gard miró a su amiga. Aunque estaba exhausta y consumida de un modo desesperante, al menos el fulgor febril de los ojos había desaparecido. Su mirada era directa, límpida, cuerda.

—Si telefoneas a alguien —dijo, con la voz todavía insegura, pero mucho más normal—, dejaremos de ser amigos, Gard. Hablo en serio. Si avisas a la unidad de urgencia, al hospital, o incluso al viejo doctor Warwick, será el fin de nuestra amistad. No volverás a pisar mi casa. Mi puerta estará cerrada para ti.

Gardener la miró con creciente horror. Le habría gustado creer que Bobbi deliraba, pero resultaba obvio que no era así.

—Bobbi, no…

«¿… no sabes lo que dices?» Por supuesto que lo sabía, y eso era lo horrible. Le amenazaba con dar por terminada su amistad si Gardener no respetaba sus deseos. Por primera vez desde que se conocían, Bobbi usaba la amistad como garrote. Y en sus ojos había algo más: la seguridad de que esa amistad era lo último en el mundo a que él otorgaba aún valor.

«¿Serviría de algo que te dijera que te pareces mucho a tu hermana, Bobbi?»

Él se lo notó en la expresión. De nada servirá.

—No sabes qué mala cara tienes —concluyó, con mansedumbre.

—No —convino Anderson, con el espectro de una sonrisa en la boca—, aunque tengo una ligera idea, créeme. Tu rostro es mejor que cualquier espejo. Pero, Gard, lo que necesito es dormir. Dormir y… —Volvió a cerrar los ojos, pero los abrió con evidente esfuerzo—. El desayuno. Dormir y el desayuno.

—No basta con eso, Bobbi.

—No. —Su mano no había soltado la muñeca de Gardener. En ese momento la apretó con más fuerza—. Te necesito, a ti. Te llamé en mi mente. Y tú me oíste, ¿verdad?

—Sí —reconoció él, incómodo—, creo que sí.

—Gard…

La voz de Bobbi se apagó. Él aguardó, con las ideas convertidas en un torbellino. Ella necesitaba atención médica, pero lo que había dicho acerca de dar por terminada su amistad si él avisaba a alguien…

El suave beso que ella le puso en la palma de la mano, muy sucia, lo cogió por sorpresa. La miró, sobresaltado, y vio aquellos ojos enormes. El brillo de la fiebre había desaparecido; sólo reflejaban la súplica.

—Espera a mañana —pidió Bobbi—. Si mañana no estoy mejor… mil veces mejor… Iré. ¿De acuerdo?

—Bobbi…

—¿De acuerdo? —La mano se apretó, con la exigencia de que Gardener aceptara.

—Bueno, creo que…

—Promételo.

—Lo prometo.

«Tal vez —agregó Gard para sus adentros—. Siempre que al dormir no respires de manera rara. Siempre que a medianoche, cuando venga a ver cómo te encuentras, no te vea los labios azules como si hubieses estado comiendo moras. Siempre que no te dé un ataque».

Eso era tonto. Peligroso, cobarde…, pero, sobre todo, tonto. Había salido de ese gran tornado negro convencido de que el suicidio era la mejor manera de terminar con todas sus angustias, y de no provocar más angustias a los demás. Y su propósito era serio, sin duda. Había estado a punto de saltar al agua fría. Pero su convicción de que Bobbi se hallaba en dificultades

(*te llamé en mi mente y tú lo oíste, ¿verdad?*)

le había hecho llegar hasta allí. Le pareció oír la voz de un pomposo locutor, en uno de esos programas de preguntas y respuestas: *Ahora, señoras y señores, he aquí la pregunta. Diez puntos a quien me diga qué puede importarle a Jim Gardener la amistad de Bobbi Anderson, cuando él mismo piensa darla por terminada con el suicidio. ¿Qué? ¿Nadie sabe la respuesta? ¡Bueno, he aquí una sorpresa! ¡Yo, tampoco!*

—Bien —estaba diciendo Bobbi—. Bien, magnífico.

Esa agitación que era casi terror iba desapareciendo. La respiración acelerada se hizo más lenta; parte del color se borró de sus mejillas. Al parecer, su promesa había servido de algo.

—Duerme, Bobbi.

Se sentaría a vigilarla, por si se presentaba algún cambio. Estaba cansado, pero tomaría un café (y tal vez una o dos de las píldoras que Bobbi parecía haber estado consumiendo, si las encontraba). Al menos velaría junto a ella durante una noche; Bobbi había pasado más de una noche velándole.

—Ahora duerme.

Y liberó su muñeca con suavidad. Ella cerró los ojos y los abrió lentamente por última vez. Esbozó una sonrisa tan dulce que lo enamoró otra vez. Siempre había tenido ese poder sobre él.

—Como… en los viejos tiempos. Gard.

—Sí, Bobbi. Como en los viejos tiempos.

—Te amo.

—Yo también te amo. Duerme.

La respiración de Bobbi se hizo más profunda. Gard se quedó sentado junto a ella durante tres minutos; cinco mientras observaba aquella sonrisa virgen, cada vez más convencido de que ella dormía. Sin embargo, los ojos de Bobbi volvieron a abrirse con gran esfuerzo.

—Fabuloso —susurró.

—¿Qué? —preguntó Gardener, al tiempo que se inclinaba; no estaba seguro de lo que había oído.

—Lo que «es»… lo que «hace»… lo que «hará»…

«Habla en sueños», pensó Gard. Pero sintió de nuevo aquel escalofrío. El rostro de Bobbi había recobrado su expresión astuta. No estaba en sus facciones, sino dentro de ella, como si hubiese crecido bajo la piel.

—Deberías haberlo encontrado tú… Creo que era para ti, Gard…

—¿Qué cosa?

—Echa un vistazo por la casa —dijo ella, con un hilo de voz—. Ya verás. Juntos terminaremos de cavar. Verás que resuelve los… los problemas… todos los problemas…

Gardener tuvo que inclinarse más para oírla mejor.

—¿Qué cosa, Bobbi?

—Echa un vistazo por la casa —repitió ella.

La última palabra se estiró, se hizo suave y se convirtió en un ronquido. Se había dormido.

2

Gardener estuvo a punto de acercarse al teléfono. Faltó muy poco. Se levantó, pero en el centro de la sala desvió sus pasos hacia la mecedora de Bobbi. Decidió vigilarla un rato. Mientras lo hacía trataría de descubrir el significado de todo aquello.

Tragó saliva e hizo una mueca ante el dolor de garganta. Notaba que tenía fiebre. Y sospechaba que su temperatura no era cuestión de unos pocos grados de más. Pero no sólo se sentía enfermo, sino *irreal*.

Fabuloso… lo que es… lo que hace…

Pasaría un rato allí, sentado, meditando. Más tarde sé prepararía una buena cantidad de café y echaría seis aspirinas, más o menos. Así, todos los dolores y la fiebre pasarían, al menos de momento. Quizá le ayudaran también a permanecer despierto.

… lo que hará…

Gard cerró los ojos y se adormeció. No importaba. Dormitaría, aunque no por mucho tiempo. Nunca había podido dormir sentado. Y Peter no dejaría de aparecer en cualquier momento. En cuanto viera a su viejo amigo Gard, le saltaría al regazo y le pisaría las bolas. Cuando se trataba de saltar a la mecedora donde uno estaba sentado y pisarle las bolas, Peter nunca fallaba. Horrendo despertador, si uno, por casualidad, estaba dormido.

Cinco minutos, eso era todo. Cuarenta parpadeos. No tenía nada de malo.

Deberías haberlo encontrado tú. Creo que era para ti, Gard…

Se dejó llevar. Su somnolencia se convirtió pronto en un sueño tan profundo que llegaba casi a un estado de coma.

3

Sssss…

Sigue mirando sus esquíes, simples bandas de madera que vuelan sobre la nieve, hipnotizado por su líquida velocidad. Sólo cobra conciencia de ese estado cercano a la hipnosis cuando oye una voz, a su izquierda.

—Una de las cosas que vosotros, hijos de puta, nunca os acordáis de mencionar en vuestros jodidos actos comunistas contra la energía nuclear es ésta: en treinta años de aplicación pacífica de la energía nuclear, no nos han descubierto una sola vez.

Ted lleva puesto un suéter con un reno en la pechera y vaqueros desteñidos. Esquía bien y a una buena velocidad. Gardener, por el contrario, ha perdido el control.

—Te vas a estrellar —dice una voz a su derecha.

Cuando mira descubre que es Arglebargle. Ha comenzado a pudrirse. Su gordo rostro, que en la noche de la fiesta estaba enrojecido por el alcohol, tiene el gris amarillento de las cortinas que penden de las ventanas sucias. Su carne ha empezado a deslizarse hacia abajo, tirante, medio agrietada. Arglebargle ve su espanto y estira los labios en una sonrisa.

—Así es —dice—. He muerto. Era un ataque cardíaco, sólo eso. Ni indigestión ni la vesícula. Me derrumbé cinco minutos después de que tú te fueras. Avisaron a una ambulancia, y el muchacho que contraté para que atendiera el bar me reactivó el corazón con las técnicas de resurrección, pero morí en la ambulancia.

La boca se estira, se vuelve tan inexpresiva como la sonrisa de una trucha muerta, tendida en la desierta playa de un lago envenenado.

—Morí junto a un semáforo de la avenida —agrega Arglebargle.

—No —susurra Gardener.

Es… es lo que siempre ha temido: el definitivo e irrevocable acto del ebrio.

—Sí —insiste el muerto, en tanto aceleran colina abajo, acercándose a los árboles—. Te invité a mi casa, te di alimento y bebida; me pagaste matándome en una discusión de borrachos.

—Por favor… yo…

—¿Tú, qué? ¿Tú, qué? —otra vez desde su izquierda.

El reno del suéter de Ted ha desaparecido, y ha sido reemplazado por los símbolos amarillos que indican peligro de radiación.

—¡Tú, nada! ¡Eso! ¿De dónde creéis vosotros, los antinucleares, que sale toda esa electricidad?

—Me mataste —insiste Arberg, desde su derecha—, pero ya lo pagarás. Te vas a estrellar, Gardener.

—¿Crees que la fabrica el mago de Oz? —aúlla Ted.

De pronto, unas llagas purulentas aparecen en su rostro. Sus labios burbujean, se desuellan, se resquebrajan, empiezan a supurar. Uno de sus ojos brilla en la lechosidad de una catarata. Gardener comprende, con creciente terror, que es el rostro de un hombre en la fase terminal de una enfermedad por radiación.

Los símbolos de la radiación, en el suéter de Ted, empiezan a volverse negros.

—Te estrellarás, seguro —insiste Arglebargle—. ¡Te estrellarás!

Solloza de terror, igual que sollozó después de disparar contra su esposa, al oír el increíble ruido del arma que tenía en la mano, cuando la vio tambalearse hacia atrás, contra la mesa de la cocina, con una mano en la mejilla, como si estuviera por declamar, espantada: «¡Mis tierras! ¡Jamás!» Luego la sangre que le brotaba por entre los dedos, y su propia mente, en un último y desesperado esfuerzo por negar todo, lo que había pensado. Salsa de tomate, no te preocupes, es sólo salsa de tomate. *Por fin, sollozar como ahora.*

—Por lo que a vosotros concierne, vuestra responsabilidad termina en el cable con que enchufáis vuestra casa a la red. —Por el rostro de Ted gotea el pus. Se le ha caído el cabello y tiene el cráneo cubierto de llagas. Su boca se extiende en una sonrisa tan inexpresiva como la de Arberg. En el colmo del terror, Gardener comprende que esquía fuera de control, y que va flanqueado por dos muertos—. Pero no podías detenernos, ya lo sabes. Nadie podrá. El reactor está fuera de control, como sabes. Y así está desde… oh, más o menos desde 1939, calculo. Alcanzamos masa crítica alrededor de 1965. Está fuera de control. La explosión se producirá pronto.

—No… no…

—Te has encumbrado mucho, pero los que más se encumbran son quienes sufren la peor caída —insiste Arberg—. El asesinato de un anfitrión es el peor de los asesinatos. Te vas a estrellar… ¡A estrellar!

¡Qué cierto es! Trata de hacer un giro, pero los esquíes mantienen su terco curso. Ahora ve el viejo pino retorcido. Arglebargle y Ted, el hombre nuclear, han desaparecido. Y él piensa:

«¿Dónde están los *Tommyknockers*, Bobbi»?

Ve una banda de pintura roja alrededor del tronco y de inmediato el pino empieza a perder su corteza, a partirse a lo largo. Mientras se desliza sin remedio hacia el árbol, ve que éste ha cobrado vida, que se ha abierto para tragarle. El pino bostezante crece, se hincha, corre hacia él, echa tentáculos. En su centro hay una horrible negrura podrida, rodeada de pintura roja como el lápiz labial de alguna prostituta siniestra, y oye vientos oscuros que aúllan en esa boca negra y retorcida y…

4

No despierta todavía, aunque daba la impresión de que lo haría; todo el mundo sabe que los sueños más descabellados parecen *reales, que hasta tienen su propia lógica espuria, pero eso* no *es real, no puede serlo: ha cambiado un sueño por otro. Siempre ocurre lo mismo.*

Ha estado reviviendo en el sueño su antiguo accidente de esquí, por segunda vez en el día, quién lo diría. Sólo que esa vez, el árbol contra el que se estrella, el que estuvo a punto de matarlo, tiene una boca podrida, como un agujero retorcido. Despierta de repente y se encuentra sentado en la mecedora de Bobbi, tan aliviado por el simple despertar que no le importa estar entumecido de pies a cabeza; tampoco le importa el dolor de garganta, aunque la sensación es de tenerla forrada con alambre de espino.

«Voy a levantarme y me prepararé un café y unas aspirinas. ¿No era eso lo que pensaba hacer?» *Empieza a levantarse. Es entonces cuando Bobbi abre los ojos. Y es entonces, también, cuando él comprende qué está soñando; tiene que ser así, porque de los ojos de Bobbi brotan rayos de luz verde. Gardener recuerda la visión de rayos X de* Superman *en los tebeos, porque así la representa el dibujante, con rayos color de lima. Pero la luz que sale de los ojos de Bobbi se parece ala de los pantanos y hay algo espantoso en ella… tiene algo de podrido, como los móviles resplandores de las luces maléficas que flotan sobre los pantanos en las noches calurosas.*

Bobbi se levanta con lentitud y mira alrededor… mira hacia Gardener. Él trata de decirle que no… Por favor, no me pongas esa luz.

Pero las palabras no salen de su boca, y cuando la luz verde, le toca ve que los ojos de Bobbi arden en ella; en su nacimiento es tan verde como las esmeraldas, tan potente como el sol. No puede mirarla, ha de apartar la vista. Trata de levantar un brazo para protegerse, tampoco le es posible: su brazo le resulta demasiado pesado. «Me va a quemar —piensa—, me va a quemar, y dentro de unos días aparecerán las primeras llagas»*; uno piensa que son granos, porque así se presenta la enfermedad por radiación en sus comienzos, como unos cuantos granos. Sólo que esos granos jamás cicatrizan; no hacen sino empeorar… y empeorar…*

Oye la voz de Arberg, resto descarnado del sueño anterior, y hay algo triunfal en su monotonía: Sabía que te estrellarías, Gardener.

La luz lo toca… lo inunda. Aun con los ojos fuertemente cerrados, ilumina la oscuridad, verde como la esfera de un reloj luminoso. Pero en los sueños no hay dolor de verdad; en éste tampoco. La fuerte luz verde no es caliente ni fría. No es nada. Salvo que…

¡Su garganta!

Ya no le duele.

Y oye esto, con toda claridad, inconfundible: ¡…por ciento de descuento! ¡Una oportunidad que no volverá a repetirse! ¡Créditos para todos! ¡Sofás, camas de dos plazas, juegos de…!

La placa de su cráneo habla de nuevo. Desaparece casi antes de haber comenzado.

Como el dolor de garganta.

Gardener abre los ojos… con precaución.

Bobbi está tendida en el sofá, los ojos cerrados, profundamente dormida… tal como antes. ¿Qué ha sido eso de los rayos que le brotaban de los ojos? ¡Por Dios!

Se sienta otra vez en la mecedora. Traga saliva. No hay dolor. La fiebre también ha bajado mucho.

«Café y aspirina —piensa—. Ibas a tomar café y aspirinas, ¿recuerdas?»

«Claro. —Y se acomoda mejor en la mecedora, mientras cierra los ojos—. Pero nadie toma café y aspirinas en un sueño. Lo haré en cuanto despierte».

Estás despierto, Gard.

Pero eso no puede ser, por supuesto. En el mundo consciente, la gente no emite rayos verdes por los ojos, rayos que curan la fiebre y los dolores de garganta. En los sueños, sí; en la realidad, no.

Cruza los brazos sobré el pecho y se deja llevar otra vez. No sabe de nada más, dormido ni despierto, durante el resto de esa noche.

5

Cuando Gardener despertó, una luz brillante, que entraba a raudales por la ventana del este, le daba en el rostro. Tenía un condenado dolor reumático que le provocó una mueca. Eran las nueve menos cuarto.

Miró a Bobbi y pasó unos instantes de miedo sofocante. En ese momento tuvo la seguridad de que había muerto. De inmediato se dio cuenta de que estaba dormida, pero con un sueño tan profundo, tan inmóvil, que daba la impresión de estar muerta. Cualquiera se habría confundido. Su pecho se elevaba con lentitud, con ritmo, entre pausas largas, pero iguales. Gardener le tomó el pulso, y comprobó que sólo estaba respirando seis veces por minuto. Pero se la veía mejor. Si no estupenda, mejor que el espantapájaros ojeroso que le había salido al encuentro durante la noche.

«No creo que yo esté mucho mejor», pensó.

Y fue al cuarto de baño, para afeitarse.

El rostro que lo miró desde el espejo no era tan espantoso como él esperaba, pero notó, con cierto horror, que había vuelto a sangrar por la nariz durante la noche. No mucho; lo suficiente para cubrirle parte del labio superior. Sacó una esponja del armarito situado a la derecha del lavabo y abrió el grifo del agua caliente para mojarla.

Puso la esponja bajo el agua con toda la distracción del viejo hábito; el calentador de Bobbi daba tiempo de tomar una taza de café y fumar un cigarrillo antes de que entibiara el agua, y eso en un buen dí…

—¡Aaah!

Retiró la mano del chorro, tan caliente que el agua soltaba vapor. Eso le pasaba por suponer que. Bobbi iría a saltitos por el camino de la vida, sin arreglar jamás su calentador.

Se llevó la palma escaldada a la boca y contempló el agua que salía del grifo. Ya había empañado el borde inferior del espejo. Tendió la mano, pero el grifo estaba tan caliente que necesitó ayudarse de la esponja para cerrarlo. Después puso el tapón en el desagüe, vertió un poquito más de agua caliente (¡con cuidado!) y agregó una generosa cantidad de agua fría. La yema del dedo pulgar se le estaba poniendo roja.

Abrió el botiquín y revolvió su contenido hasta que encontró el frasco de Valium con su propio nombre en la etiqueta. «Si esta clase de cosas mejora con el tiempo, ha de estar fantástico», pensó. Casi lleno, todavía. Bueno, ¿acaso esperaba otra cosa? Si Bobbi había estado tomando algo, con toda seguridad sería lo opuesto al Valium.

Él tampoco lo quería. Buscaba lo que había detrás de ese frasco, si todavía…

¡Ah! ¡Éxito!

Sacó una maquinilla de afeitar y un paquete de hojas. Miró con cierta tristeza la capa de polvo que la cubría; hacía mucho tiempo que no se afeitaba en casa de Bobbi por la mañana. La enjuagó. «Al menos ella no la tiró a la basura —se dijo—. Eso habría sido peor que el polvo».

Después de afeitarse se sintió mejor. Se concentró en la operación, y la prolongó mientras sus pensamientos seguían su propio curso.

Cuando hubo terminado, guardó otra vez los objetos del afeitado detrás del Valium y limpió el lavabo. Luego echó una mirada pensativa al grifo marcado C; decidió bajar al sótano para ver qué magnífico calentador era el que Bobbi había hecho instalar. Después de todo, su única otra preocupación era vigilar el sueño de Bobbi, pero ella parecía encontrarse bien.

Entró en la cocina pensando que se sentía bastante mejor, sobre todo ahora que los dolores provocados por la noche pasada en la mecedora empezaban a desaparecer de cuello y espalda. «¿Y eras tú el que nunca había sido capaz de dormir sentado? —se burló con suavidad—. Prefieres estrellarte en los rompeolas, ¿no?» Pero esas burlas no se parecían a las del día anterior, ácidas y apenas coherentes. Siempre olvidaba, en medio de las resacas y las terribles depresiones siguientes a la borrachera, aquella sensación de regeneración que solía sobrevenirle después. Cuando una mañana se despertaba con la conciencia de no haber echado veneno en su organismo la noche anterior… la semana anterior… quizá en todo el mes anterior…, entonces se sentía espléndidamente.

En cuanto a la gripe que había temido pescar (tal vez hasta una pulmonía), también había desaparecido. Ni dolor de garganta, ni nariz tapada, ni fiebre. Sabía Dios que se había convertido en el blanco perfecto de cualquier germen, con ocho días de borrachera, de mal dormir y el viaje final a Maine, descalzo y en medio de una tormenta. Pero todo había desaparecido durante la noche. A veces, Dios era bondadoso.

Se detuvo en medio de la cocina. Su sonrisa cambió a una momentánea expresión de desconcierto, de inquietud. Recordó un fragmento de su sueño… o de sus sueños («anuncios publicitarios de radio en la noche… ¿tiene algo que ver con el hecho de que me sienta bien esta mañana?»).

Y se borró. Él lo descartó y se contentó con su sensación de bienestar, y con el hecho de que Bobbi tuviera buen aspecto…, mejor aspecto, al menos. Si seguía dormida hasta las diez, iría a despertarla a las diez y media, como mucho. Si la veía mejor y oía que hablaba de forma racional, bien, analizarían lo que quiera que hubiera sucedido (porque algo le había ocurrido, sin duda, y Gardener se preguntó, distraído, si habría recibido alguna mala noticia de su casa… recado que le habría servido su hermana Anne, por supuesto). Si le encontraba el más leve parecido con la Bobbi Anderson desquiciada y escalofriante de la noche anterior, avisaría a un médico, aunque ella no estuviera de acuerdo.

Abrió la puerta del sótano y buscó a tientas el viejo interruptor en la pared. Lo encontró. Era el mismo. La luz, no. En vez del débil resplandor lanzado por dos bombillas de sesenta vatios cada una, única luz de aquel sótano desde tiempo

inmemorial, el ambiente se iluminó con un potente fulgor blanco. Aquello parecía un supermercado. Gardener inició el descenso, buscando la vieja barandilla destartalada. Encontró, en cambio, una nueva, gruesa y firme, bien sujeta a la pared con nuevas piezas de bronce. También habían sido reemplazados algunos peldaños, decididamente inseguros.

Gardener llegó al pie de la escalera y miró alrededor. Su sorpresa estaba ya cercana a una emoción mucho más fuerte; era casi un *shock*. Aquel olor a sótano, algo mohoso, había desaparecido.

«Bobbi parece haber funcionado sin combustible; fuera de broma. Al límite de sus fuerzas. Ni siquiera recordaba cuántos días llevaba sin dormir. No me extraña. En toda casa hay que hacer arreglos y mejoras, pero es ridículo: ella no ha podido hacer sola todo esto. ¿Oh sí? No, por supuesto».

Mas Gardener sospechó que, de algún modo, así había sido.

Si hubiese despertado en este sitio y no en el rompeolas de Arcadia, sin recuerdos del pasado inmediato, no lo habría reconocido como el sótano de Bobbi, aunque había estado allí incontables veces. Y estaba seguro de que lo era porque había accedido a él desde la cocina de Bobbi, sólo por eso.

El olor a sótano no había desaparecido por completo, pero se notaba muy atenuado. El suelo, de tierra, había sido rastrillado… No sólo rastrillado. La tierra de los sótanos se estropea al cabo de un tiempo; quien piense utilizar ese ambiente por períodos largos tiene que buscar alguna solución al problema. Al parecer, Anderson había transportado una carretada de tierra y la había puesto a secar antes de meterle el rastrillo. Era probable que eso fuese lo que refrescaba la atmósfera.

Varios tubos fluorescentes pendían de las vigas viejas, por medio de cadenas y soportes de bronce. Lanzaban un fulgor blanco e igual. Tenían unos tubos sencillos, exceptuando los que iluminaban la mesa de trabajo, que eran artefactos para dos tubos. La luz resultaba tan intensa allí que parecía la adecuada para un quirófano. Se acercó a la mesa. Era nueva.

Hasta entonces, Anderson había tenido allí una mesa de cocina común, revestida de fórmica, sucia e iluminada con una vieja lámpara de escritorio flexible; siempre la tenía atestada de herramientas, casi todas en malas condiciones, y algunas cajas de plástico, llenas de tornillos, tuercas, clavos y objetos similares. Era el típico rincón para pequeñas reparaciones, armado por una mujer que no sabe mucho de esas cosas, ni se interesa por ellas.

La vieja mesa de cocina había desaparecido siendo remplazada por tres mesitas ligeras y largas, como las que se instalan en las ferias de la iglesia, puestas extremo contra extremo, para formar una sola mesa larga. La superficie estaba sembrada de herramientas, rollos de cable, fino y grueso, latas de café llenas de clavos sin cabeza, pernos, grapas… docenas de artículos diferentes. O cientos.

Y también había pilas.

Bajo la mesa vio una caja de cartón llena hasta el borde de ellas. Una enorme colección de pilas de larga duración, todavía en sus cajitas: pilas de todo tamaño y potencia. «Aquí debe de tener doscientos dólares en pilas —pensó Gardener—, y aún hay más en la mesa. ¿Qué demonios…?»

Aturdido, caminó a lo largo de la mesa como si estuviese dedicado a revisar la mercadería para decidir si la compraría o no. Al parecer, Bobbi se había dedicado a varias tareas diferentes al mismo tiempo… y Gardener no sabía con seguridad a cuáles eran. En medio de la mesa había una gran caja cuadrada, con la parte frontal deslizada a un lado para dejar a la vista dieciocho botones diferentes. Junto a cada botón se veía el título de una canción popular: *Gotas de lluvia sobre mi cabeza; New York, New York; Tema de Lara*… A su lado, una lámina de instrucciones pegada a la mesa la identificaba como Única y Exclusiva Campanilla Digital para Puertas Sonido de Plata (Made in Taiwan).

Gardener no imaginaba qué interés tendría Bobbi en instalar una campanilla que le permitiera programar una canción diferente a voluntad. ¿Para que Joe Paulson disfrutara del *Tema de Lara* cuando acudiera a entregarle algún paquete? Pero eso no era todo. Hubiera comprendido el uso de la campanilla digital, aunque no el interés de Bobbi en ella. Pero Bobbi parecía estar modificando aquel artefacto, pues lo había conectado a una radio del tamaño de una maleta pequeña.

Entre las entrañas abiertas de la campanilla digital y la radio (cuya lámina de instrucciones también estaba pulcramente pegada a la mesa), se extendían seis cables: cuatro finos y dos algo más gruesos.

Gardener lo observó todo durante un rato y siguió su inspección.

«Un colapso. Ha sufrido un colapso mental grave».

Allí había algo que él reconoció: un accesorio para calderas: se conectaba a la chimenea para que reciclara parte del calor que se perdía. Era ese tipo de artefacto que Bobbi veía en un catálogo o en la ferretería de Augusta y hablaba de comprar. En realidad nunca lo hacía, porque, de ser así, se vería obligada a instalarlo.

Al parecer, ella lo había comprado… e instalado.

No se puede decir que ha tenido un colapso y «eso es todo»; en los casos de gente creativa, rara vez se puede decir que eso sea todo. Los colapsos nunca son bonitos, pero cuando se trata de alguien como Bobbi tienen algo de asombroso. Fíjate en todo esto.

«¿Lo crees?»

Por supuesto. No quiero decir que los creativos, por ser más finos o más sensibles, tengan colapsos más sensibles y finos. Pero los creativos tienen colapsos creativos. Y si no lo crees, repito: fíjate en todo esto.

Allí estaba el calentador: un bulto blanco y cilíndrico a la derecha del sótano.

Parecía el mismo de siempre, pero…

Gardener se acercó, movido por la curiosidad a ver cómo se las había arreglado Bobbi para arreglarlo tan bien.

Ha tenido un ataque de mejoras domésticas. Y lo más curioso es que no ha establecido diferencias entre cosas tales como arreglar el calentador y modificar las campanillas para la puerta. Barandilla nueva. Suelo renovado. Dios sabe qué más. No es de extrañar que esté exhausta. Y a propósito, Gard, ¿de dónde sacó Bobbi los conocimientos necesarios para hacer todo? Si le dio por leer Mecánica Popular, *tiene que haber estudiado fuerte.*

Su primera sorpresa, su primer deslumbramiento, se iba convirtiendo en una profunda inquietud. Aquella mesa no sólo le mostraba las pruebas de una conducta obsesiva (montones de elementos demasiado bien organizados, láminas sujetas con chinchetas por los cuatro ángulos). Tampoco se trataba sólo de una aparente manía por no discriminar entre reparaciones útiles y renovaciones tontas (tontas en apariencia, se corrigió Gard).

Lo que le daba escalofríos era pensar (tratar de pensar) en la enorme cantidad de energía aplicada a todo aquello. Para hacer sólo lo que había visto, Bobbi tenía que haber ardido como una antorcha. Algunos proyectos, como la iluminación, estaban terminados. Otros, aún pendientes. Y la cantidad de viajes a Augusta que habrían sido necesarios para conseguir todos los elementos… Y la tierra nueva con que había reemplazado la vieja.

¿Qué la habría impulsado a tanto?

Gardener no lo sabía, pero no le gustó imaginar a Bobbi allí, de un lado para otro, trabajando en dos proyectos diferentes a la vez, o en cinco, o en doce. La imagen era demasiado clara. Bobbi arremangada, y con la camisa desabrochada hasta los senos, sudorosa y con el cabello recogido en una apresurada cola de caballo, ardorosas las pupilas, pálida, con excepción de dos parches muy rojos en las mejillas. Bobbi, con expresión de demente, cada vez más ojerosa, que atornillaba, soldaba, rastrillaba tierra, subía y bajaba por su escalerilla, inclinada hacia atrás como una bailarina, para arreglar el calentador.

Gardener tocó el esmalte de la carcasa y retiró la mano de inmediato. Parecía el mismo, pero era imposible; estaba caliente como el infierno. Se puso en cuclillas y abrió la puertecilla del fondo del tanque.

Entonces fue cuando, de verdad, perdió todo contacto con el mundo.

6

Ese calentador había funcionado siempre con gas propano. Las cañerías de cobre que le proporcionaban el gas le llegaban de los tubos instalados detrás de la casa. El

camión de la empresa Dead River Gas, de Derry, acudía una vez al mes y los reemplazaba, si era necesario; y solía ser así, porque el tanque estaba tan gastado como ineficaz…, dos cosas que solían ir a la par, pensándolo bien.

Lo primero que observó fue que las cañerías de cobre no estaban conectadas al tanque. Pendían por detrás, sueltas, con los extremos tapados con trapos.

«Santo Dios, ¿cómo se las arregla para calentar el agua?», pensó. Entonces echó un vistazo dentro de la puertecilla y por un instante quedó petrificado.

Su mente parecía despejada, sí, pero había vuelto a él esa sensación de flotar desconectado, ese aislamiento. Otra vez ascendía como el plateado globo de un niño. Tenía conciencia del miedo, pero era opaco, poco importante, si lo comparaba con la horrible sensación de haberse soltado de sí mismo. *¡No, Gard, por Dios!*, gritó una voz lastimera dentro de él.

Recordó un episodio vivido en la feria de Freyburg cuando aún no tenía diez años. Había entrado en el Laberinto de los Espejos con su madre y ambos se separaron. Fue la primera vez que sintió esa extraña sensación de estar alejado de sí, de encontrarse a la deriva, lejos o por encima de su cuerpo físico y de su mente física (si acaso tales cosas existían).

Podía ver a su madre, oh, sí; cinco madres, diez, cien; algunas, bajas; otras, gordas o flacas. Al mismo tiempo, veía a cinco, diez, cien Gard.

A veces veía que una de las imágenes se reunía con una de su madre y tendía la mano, casi distraído, esperando tocar los amplios pantalones de ella. En cambio, sólo encontraba el aire… u otro espejo.

Vagó durante largo rato, quizá presa del pánico. Pero no recordaba haberlo experimentado como tal. Cuando por fin halló el camino de salida, sólo después de quince minutos de avanzar, retroceder y toparse con nuevas barreras de cristal transparente, nadie actuó como si estuviera asustado. Su madre arrugó la frente y la despejó de inmediato. Eso fue todo. Pero en realidad, él se había sentido presa del pánico, tal como en ese momento: esa sensación de que la mente se desatornilla, como una pieza de maquinaria que se desarmara en gravedad 0.

Se presenta… pero pasa. Espera, Gard. Sólo aguarda a que pase.

Se sentó sobre los talones, observando la puertecita abierta en la base del calentador, mientras aguardaba a que le pasara, tal como una vez esperó que sus pies lo condujeran por el pasillo correcto, fuera de aquel terrible Laberinto de los Espejos, en la feria de Freyburg.

Al retirar las cañerías de gas había quedado una zona redonda y hueca en la base del tanque. Esa zona estaba llena de cables enmarañados: rojos, verdes, azules, amarillos… En el centro de la maraña se veía una huevera de cartón: GRANJAS HILLCREST, decía el letrero azul. SELECCIÓN A. En cada uno de los huecos había una pila alcalina seca, con el terminal positivo hacia arriba. Un diminuto artefacto en

forma de chimenea coronaba los terminales; todos los cables parecían acabar (o empezar) allí. Cuanto más miraba, en un estado que no era exactamente pánico, más se convencía de que su impresión original (que los cables estaban enmarañados) no se acercaba más a la realidad que su impresión de ver la mesa de trabajo como un revoltijo. No: había orden en la entrada y salida de aquellos cables por las doce diminutas chimeneas; por algunas salían sólo dos; por otras, hasta seis. Había orden incluso en la forma que tomaban: un pequeño arco. Algunos de los cables curvados volvían a las chimeneas instaladas sobre otras pilas, pero la mayor parte iba a tableros de circuitos apoyados contra los costados del tanque. Todos eran de juguetes electrónicos hechos en Corea, al parecer: demasiada soldadura barata en cartón ondulado. Pero ese extraño conglomerado de componentes resultaba muy eficaz, sí. Al menos calentaba el agua tan deprisa que ésta levantaba ampollas.

En el centro del compartimiento, por encima de la huevera, y en el arco formado por los cables, centelleaba una brillante bola de luz, no más grande que una moneda, pero tan deslumbrante como el sol.

Gardener había levantado la mano de manera automática para bloquear el salvaje resplandor que brotaba de la puertecita en un sólido rayo de luz blanca; su propia sombra se proyectaba hacia atrás, larga sobre el suelo de tierra. Sólo era posible mirarla entornando los ojos hasta dejar una simple ranura y entreabriendo un poco los dedos.

«Deslumbrante como el sol».

Sí, aunque no era amarilla, sino de un blanco azulado deslumbrante, como de zafiro. Su fulgor palpitaba y se movía un momento; después se mantenía constante; luego volvía a palpitar y a moverse, en ciclos.

«Pero ¿dónde está el calor? —pensó Gardener. Esa idea le hizo reaccionar—: ¿Dónde está; el calor?»

Levantó una mano y la apoyó en el lado esmaltado del tanque…, pero sólo durante unas décimas de segundo. La retiró de inmediato, recordando lo caliente que brotaba el agua por el grifo del baño. Había agua caliente en el tanque, sí, y en abundancia; según la lógica, tendría que haber hervido hasta convertirse en vapor y hacer que el tanque volara por todo el sótano. Era obvio que no ocurría eso, y que ahí había un misterio; pero era un misterio poco importante si lo comparaba con el hecho de que no brotara calor por la puertecilla. Hubiera debido quemarse los dedos con el pequeño picaporte; el calor que brotara por allí tendría que haberle despellejado el rostro. Sin embargo…

Con lentitud, vacilante, Gardener tendió la mano izquierda hacia la abertura, mientras mantenía la izquierda ante los ojos para evitar lo peor del fulgor. Tenía la boca estirada en una mueca, anticipándose a la quemadura.

Su mano abierta se deslizó por la abertura… y tocó algo que cedía. Se dijo que

era como introducir los dedos en una media de nailon elástica, sólo que aquello cedía un poco y nada más. Los dedos no llegaban a atravesarlo, como habrían hecho con la media.

Pero no había barreras. Al menos, ninguna que estuviera a la vista.

Dejó de presionar y la invisible membrana le empujó los dedos con suavidad hacia fuera de la abertura. Al mirarse la mano, comprobó que temblaba.

«Es un campo de fuerzas. Alguna clase de campo de fuerza que modera el calor. Por Dios, estoy en medio de un cuento de ciencia-ficción, de los que se publicaban alrededor de 1947. ¿Habré salido en la cubierta? Y en ese caso, ¿quién me dibujó?»

La mano le temblaba cada vez más. Buscó a tientas la puertecita y no la encontró. La halló al segundo intento y la cerró con fuerza, el deslumbrante flujo de luz blanca desapareció. Bajó la mano derecha con lentitud, pero aún veía la imagen posterior de aquel sol diminuto, como cuando se sigue viendo una bombilla que ya se ha apagado cerca de nuestro rostro. Sólo que Gardener veía un gran puño verde que flotaba en el aire, con brillante azul ectoplásmico entre los dedos.

La imagen se borró. Los temblores, no.

Nunca en su vida había deseado tanto tomar una copa.

7

Tomó una en la cocina de Anderson.

Bobbi no bebía gran cosa, pero guardaba «los básicos», como ella los llamaba, en un armario, tras sartenes y cacerolas: ginebra, whisky, vodka y una cuarta de aguardiente. Gardener sacó la botella del aguardiente, una marca barata, pero a caballo regalado no había que mirarle los dientes. Se sirvió un dedo en un vaso de plástico y lo tomó.

«Cuidado, Gard. Estás provocando al destino».

Pero no era así. En ese mismo instante habría recibido de buen grado una borrachera madre, pero el ciclón se había ido a soplar a otra parte… al menos por el momento. Se sirvió otros dos dedos en el vaso; después de contemplar el líquido durante un instante, vertió la mayor parte en la pileta y le agregó agua y hielo, convirtiendo en bebida civilizada lo que había sido dinamita líquida.

El niño de la playa habría estado de acuerdo.

Era posible que la calma onírica que lo había rodeado al salir del Laberinto de los Espejos, la misma que sentía en ese momento, no fuera más que una defensa para no arrojarse al suelo gritando hasta quedar inconsciente. La calma estaba bien. Lo asustaba, en cambio, la prontitud con que su mente se había dedicado a convencerle de que nada de todo aquello era real, de que todo había sido una alucinación. Cosa increíble: su mente le sugería que cuanto había visto en la abertura del calentador era

una bombilla eléctrica muy potente, de doscientos vatios, quizá.

«No era una bombilla, y tampoco una alucinación. Parecía un sol, muy pequeño, caliente, brillante, que flotaba en un arco de cables, por encima de una huevera de cartón llena de pilas secas. Ahora vuélvete loco si quieres, o emborráchate. Pero viste lo qué viste y no vamos a dorar la píldora, ¿de acuerdo? De acuerdo».

Echó un vistazo a Anderson y vio que todavía dormía como un tronco. Había decidido despertarla a las diez y media, si no lo hacía sola. Cuando miró el reloj, se asombró al comprobar que eran ya las nueve y veinte. Había estado en el sótano mucho más tiempo de lo pensado.

Al recordar el sótano volvió a su mente la visión irreal del sol en miniatura, suspendido en su arco de cables, refulgiendo como una pelota de tenis caliente al máximo… y con ella, la desagradable sensación de que su mente se estaba desarmando. Trató de apartar esa idea. No pudo. Se esforzó más, mientras se decía que no pensaría en eso hasta que Bobbi, al despertar, le contara qué ocurría por allí.

Al mirarse los brazos los vio húmedos de sudor.

8

Gardener se llevó la copa al porche trasero, donde halló nuevas muestras de la actividad casi sobrenatural de Bobbi.

El tractor Tomcat estaba frente al gran cobertizo, a la izquierda de la huerta. Eso no tenía nada de extraño; Bobbi solía dejarlo allí cuando el pronóstico meteorológico no anunciaba lluvias. Pero aun a seis metros de distancia era evidente que había hecho algo radical con el motor del vehículo.

No. Basta. Olvídate de toda esta mierda, Gard. Vamos a casa.

Esa voz no tenía nada de onírico ni de desconectado. Era dura, estaba llena de la vitalidad que el pánico y el susto le daban. Por un momento Gardener estuvo a punto de ceder… pero de inmediato pensó que eso sería una traición abismal: contra Bobbi, contra sí mismo. Por pensar en Bobbi, él no se había suicidado el día anterior. Y al no hacerlo, quizá había impedido que ella se suicidara también. Los chinos tenían un proverbio: «Si salvas una vida, eres responsable de ella». Pero si Bobbi necesitaba ayuda, ¿cómo se la daría él? ¿No necesitaba, ante todo, averiguar qué ocurría allí?

(*pero sabes quién hizo todo el trabajo, ¿verdad, Gard?*)

Se echó a la garganta lo que quedaba del aguardiente y dejó el vaso en el peldaño superior. Después caminó hacia el Tomcat, con una vaga conciencia de que los grillos cantaban entre la crecida hierba. No estaba ebrio, ni siquiera mareado, eso creía al menos; la bebida parecía haber pasado como una bala por todo su sistema nervioso.

(*como los duendes que hacían los zapatos tap-tap-tap ti-tap mientras el zapatero dormía*)

Pero Bobbi no había estado durmiendo, ¿verdad? Bobbi había trabajado hasta caer, literalmente, agotada en los brazos de Gardener.

(*Tap-tap-tap ti-tap toc-toc-toc ti-toc anoche ya tarde y la noche anterior los* Tommyknockers *llamaron a la puerta*)

El Tomcat era un pequeño vehículo de trabajo, que habría resultado casi inútil en una granja de verdad. Más grande que una cortadora de césped, pero más pequeño que el más pequeño de los tractores, tenía la medida justa para quien dispusiera de una huerta de regulares dimensiones, como en ese caso. Bobbi cultivaba unos sesenta metros cuadrados: guisantes, judías, pepinos, maíz, nabos y patatas. Ni zanahorias, ni repollos ni calabazas. «Nunca cultivo lo que no me gusta —le había dicho a Gardener, cierta vez—. La vida es demasiado corta».

El Tomcat era bastante versátil, por necesidad. Ni el productor más encumbrado habría podido justificar la compra de un minitractor de dos mil quinientos dólares para cultivar sólo sesenta metros cuadrados de tierra. Pero esa máquina araba en redondo, cortaba alternativamente césped y heno, según el complemento que se utilizara, y circulaba cargada por terrenos muy escarpados. Bobbi lo usaba para llevar leña en el otoño y sólo se le había empantanado una vez; en invierno le agregaba una unidad especial y le bastaba media hora para despejar su camino de entrada a la casa. Era impulsado por un fuerte motor de cuatro cilindros.

Quizá ya no.

El motor aún estaba allí, pero enredado con los artefactos más extraños que cupiera imaginar. Gardener se descubrió recordando la campanilla-radio que estaba montada en el sótano, y se preguntó si Bobbi pensaría instalarla en el Tomcat, tal vez a manera de radar. Se le escapó una risotada que sonó como un ladrido.

Un frasco de mayonesa sobresalía por un lado del motor. Estaba lleno de un líquido demasiado incoloro para ser gasolina y atornillado a un soporte de bronce del motor. Sobre la caja, algo que parecía proceder de un gran automóvil deportivo: la toma de aire de un motor preparado para correr.

El modesto carburador había sido reemplazado por un cuatro cilindros agenciado en alguna parte. Bobbi había tenido que abrir un agujero en la caja para conseguir meterlo.

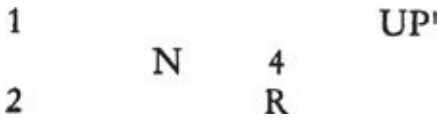
Y había cables, cables por doquier; hacia arriba, hacia abajo, adentro y afuera, en derredor, con toda una serie de conexiones que no parecían tener sentido.

Miró el rudimentario tablero de instrumentos del Tomcat. En el momento en que iba a apartar la vista… sus ojos se dilataron.

El Tomcat tenía la palanca de cambios en los bajos, con el esquema de las marchas impreso en un cuadrado metálico atornillado al tablero, por encima del medidor de presión del aceite. Gardener conocía bien esa placa metálica, pues había conducido con frecuencia el pequeño tractor en los años transcurridos. Hasta

entonces siempre había indicado:

Ahora había un añadido: algo tan simple que resultaba aterrorizante:



1. Arriba.

No lo crees, ¿verdad?

«*No sé*».

Vamos, Gard… ¿Tractores voladores? ¡Por favor!

«Tiene un sol en miniatura dentro de su calentador».

Idioteces. Puede ser una bombilla muy potente, como de doscientos vatios…

«¡No era una bombilla!»

Bueno, está bien, tranquilízate. Es que esto parece la publicidad de alguna película al estilo de ET: «Usted creerá que los tractores pueden volar».

«¡Cállate!»

Estaba otra vez en la cocina de Anderson, echando ansiosas miradas al armario de la bebida. Apartó los ojos (no resultó fácil, porque parecían haber aumentado de peso), y volvió a la sala. Vio que Bobbi había cambiado de postura y que su respiración era algo más agitada. Primeras señales de que estaba a punto de despertar. Gard echó otro vistazo al reloj y vio que eran casi las diez. Se acercó a la estantería, con la intención de buscar algo para leer hasta que ella despertara; necesitaba algo que apartara su mente de todo aquello durante un rato.

Lo que vio en el escritorio de Bobbi, junto a la vieja y maltrecha máquina de escribir, fue, en cierto sentido, el golpe más fuerte: un rollo de papel perforado para ordenador colgaba de la pared, detrás de la máquina y por encima de ella, como un gigantesco rollo de papel para la cocina.

9

LOS SOLDADOS DEL BÚFALO

Novela

por Roberta Anderson

Gardener dejó a un lado la portada y vio en la segunda página su propio nombre;

es decir, el apodo que sólo Bobbi y él utilizaban.

A Gard, que siempre está cuando lo necesito.

Otro escalofrío lo recorrió. Pasó la hoja y empezó a leer la primera página.

1

En aquellos tiempos, justo antes de que Kansas comenzara a sangrar, los búfalos abundaban aún en las planicies, lo bastante al menos para que los pobres, blancos e indios por igual, fueran enterrados en cueros de búfalo antes que en ataúdes.

«Cuando se prueba la carne de búfalo, no se vuelve a querer la de vaca», aseguraban los veteranos. Y era seguro que estaban convencidos de lo que decían, porque aquellos cazadores de las llanuras, esos soldados del búfalo, parecían existir en un mundo de fantasmas peludos y gibosos. Alrededor de ellos, todo llevaba la memoria del búfalo, su olor. Su olor, sí, porque muchos se untaban cuello, rostro y manos con sebo de búfalo, para impedir que el sol de la pradera les quemara la piel. Se adornaban con collares de dientes de búfalo; a veces, incluso se los colgaban de las orejas. De cuero de búfalo eran sus zapatos, y más de uno llevaba un pene de búfalo como amuleto de la buena suerte o garantía de potencia perpetua.

Fantasmas también ellos, tras los rebaños que cruzaban las pasturas como las nubes que cubren la planicie con sus sombras; las nubes siguen allí, mas los grandes rebaños han desaparecido. Y también los soldados del búfalo, locos de vastedades que aún no conocían las cercas, hombres que llegaban de la nada y volvían al mismo lugar, con mocasines de cuero de búfalo en los pies y sus huesos que tintineaban en su cuello; fantasmas fuera del tiempo, en un lugar que existía justo antes de que todo el país comenzara a sangrar.

Ya avanzada la tarde del 24 de agosto de 1848, Robert Howell, que moriría en Gettysburg apenas quince años después, estableció su campamento cerca de un pequeño arroyo, en esa misteriosa zona conocida con el nombre de Colinas de Arena. El arroyo era pequeño, pero el agua olía bien…

Gardener había leído cuarenta páginas y estaba completamente abstraído en la novela cuando oyó que Bobbi Anderson lo llamaba, soñolienta.

—¿Gard? ¿Gard, estás aquí todavía?

—Sí, Bobbi —dijo él.

Se levantó, temeroso de lo que sobrevendría y medio convencido de haberse

vuelto loco. Era forzoso, por supuesto. Era imposible que hubiera un sol diminuto en el calentador de Bobbi, ni un nuevo artefacto en su Tomcat que sugiriera la levitación… Pero eso habría sido fácil de creer, comparado con la idea de que Bobbi había escrito una novela de cuatrocientas páginas llamada *Los soldados del búfalo* en las tres semanas transcurridas desde la última vez que se vieron. Y esa novela era lo mejor que ella había escrito en su vida. Imposible, sí. Era mucho más fácil (diablos, más cuerdo) convencerse de que había enloquecido y dejar las cosas tal como estaban.

Sólo que no podía.

NUEVE

ANDERSON TEJE UN RELATO

1

Bobbi se estaba levantando poco a poco del sofá, con muecas de vieja.

—Bobbi… —comenzó Gardener.

—Oh, Dios, me duele todo el cuerpo —dijo ella—. Y tengo que cambiarme la… ¿Cuánto tiempo he dormido?

Gard echó un vistazo al reloj.

—Catorce horas, calculo. Un poco más. Bobbi, tu nuevo libro…

—Sí. Hablaremos de eso cuando vuelva.

Anderson se dirigió con paso lento hacia el cuarto de baño, al tiempo que se desabrochaba la camisa. Mientras tanto, Gardener pudo apreciar (mejor de lo que hubiera deseado) la enorme cantidad de peso que había perdido. Eso ya no era estar delgada, sino en los huesos.

Ella se detuvo, como si supiese que Gard la estaba mirando.

—Puedo explicarte todo esto, ¿sabes? —dijo sin volverse.

—¿Sí? —repuso Gardener.

2

Permaneció mucho tiempo en el baño, mucho más de lo que necesitaba para usar el inodoro y cambiarse la compresa. Gard estaba bien seguro de que se trataba de eso; su expresión decía bien a las claras: «Me ha venido el asunto». Él prestó atención, y trató de oír la ducha, pero no estaba abierta. Empezó a intranquilizarse. Bobbi se había despertado muy lúcida al parecer, pero ¿significaba eso que lo estaba? Gard empezó a tener incómodas visiones: Bobbi, que se deslizaba por la ventana del baño para huir hacia los bosques vestida sólo con sus vaqueros, entre graznidos de loca.

Se llevó la mano a la sien izquierda, donde tenía la cicatriz. La cabeza le palpitaba un poco. Dejó pasar un minuto o dos y se levantó para acercarse al cuarto de baño, haciendo un esfuerzo no muy consciente por pisar sin ruido. La visión de Bobbi escapando por la ventana para no darle explicaciones había sido reemplazada por otra: Bobbi, cortándose tranquilamente el cuello con una de las navajas de Gard, para evitar de una vez por todas esas mismas explicaciones.

Decidió que se limitaría a escuchar. Si oía los ruidos habituales, iría a la cocina y

prepararía café, además de unos huevos revueltos también. Si no oía nada…

No tenía por qué preocuparse. Ella no había echado el pestillo y dejando a un lado las otras mejoras, en esa casa, las puertas sin pestillo tendían a abrirse solas. La única manera de evitarlo era, quizá, elevar todo el lado norte de la casa. «A lo mejor tiene proyectado hacerlo la semana que viene», pensó él.

La puerta se había entreabierto lo suficiente para que él pudiera verla de pie ante el espejo, con el cepillo de dientes en una mano y el tubo de dentífrico en la otra, pero aún no le había quitado la tapa. Se miraba en el espejo con una atención casi hipnótica. Tenía los labios estirados hacia atrás, para dejar los dientes al descubierto.

Bobbi advirtió movimiento a través del espejo y se volvió hacia Gard, sin hacer nada por cubrirse los agostados senos.

—Dime, Gard, ¿me ves algo raro en los dientes?

Gardener se los miró. Parecían estar como siempre, aunque no le parecía que antes fueran tan visibles. Recordó de nuevo aquella horrenda fotografía de Karen Carpenter.

—No, claro. —Trataba de no mirar sus costillas salientes, el doloroso bulto del hueso pélvico por debajo de la cintura de los vaqueros, que se le deslizaban pese al cinturón, tan ajustado que parecía la soga de tender la ropa de algún vagabundo—. Creo que no. —Sonrió con cautela—. Mira, mamá: sin agujeros.

Anderson trató de devolverle la sonrisa con los labios aún recogidos hasta las encías. El resultado de ese experimento fue algo grotesco. Ella presionó un molar con el índice.

—¿Je muegue guango o coco?

—¿Qué?

—Si se mueve cuando lo toco.

—No. Al menos, no que yo vea. ¿Por qué?

—Es que tengo un sueño repetido. Es… —Se echó un vistazo al cuerpo—. Sal de aquí, Gard. No estoy vestida.

«No te preocupes, Bobbi. No pienso saltar sobre tu bolsa de huesos».

—Disculpa —dijo—. He visto la puerta entreabierta, y he pensado que ya habías salido.

Cerró la puerta, echando el picaporte con firmeza.

Del otro lado, ella dijo con toda claridad:

—Ya sé lo que te estás preguntando.

Él no replico. Se limitó a quedarse allí, aunque tenía la sensación de que ella sabía (*sabía*) que él esperaba junto a la puerta. Como si pudiese ver a través de la madera.

—Te preguntas si no estoy perdiendo la razón.

—No —dijo él—. No, Bobbi, pero…

—Estoy tan cuerda como tú. Me siento tan entumecida que apenas soy capaz de

andar, llevo una venda en la rodilla derecha por algo que no acabo de recordar, tengo un hambre canina y sé que he adelgazado mucho…, pero estoy cuerda, Gard. Creo que, antes de que el día termine, tendrás tiempo para preguntarte si tú mismo lo estás. Lo cierto es que ambos estamos cuerdos.

—¿Qué ocurre aquí, Bobbi? —La pregunta le salió en forma de grito indefenso.

—Quiero quitarme esta maldita venda para ver qué tengo debajo —dijo Anderson, a través de la puerta—. Parece que me he dado un buen golpe. Es probable que haya sido en el bosque. Después me daré una ducha caliente y me pondré ropa limpia. Mientras tanto, ¿por qué no preparas el desayuno para los dos? Más tarde te contaré todo.

—¿De veras?

—Sí.

—Muy bien, Bobbi.

—Me alegro de que estés aquí, Gard —dijo ella—. Una o dos veces tuve un mal presentimiento. Como si las cosas no te estuvieran yendo muy bien.

Gardener sintió que su visión se duplicaba, se triplicaba y se alejaba flotando en prismas. Se pasó un brazo por el rostro.

—No hay problema —contestó—. Prepararé el desayuno.

—Gracias, Gard.

Él se alejó. Pero tenía que caminar despacio, porque por mucho que se enjugara los ojos, la vista insistía en hacérsele añicos.

3

Se detuvo justo en la cocina y regresó al cerrado cuarto de baño, pues acababa de ocurrírsele otra idea. Oyó correr el agua.

—¿Dónde está Peter?

—¿Cómo? —preguntó ella, por encima del ruido de la ducha.

—He preguntado que dónde está Peter —repitió él, elevando la voz.

—Ha muerto… —anunció Bobbi, entre el golpeteo del agua—. Lloré, Gard. Pero era… ya me entiendes…

—Viejo —murmuró él. Se dio cuenta y volvió a levantar la voz.

—¿Fue la vejez?

—Sí —confirmó Anderson, por sobre el rumor del agua.

Gardener se entretuvo ante la puerta un momento más antes de volver a la cocina; se preguntaba por qué tenía la sensación de que Bobbi mentía con respecto a Peter y la muerte de éste.

4

Gard preparó unos huevos revueltos y frió un poco de tocino. Notó que había un horno microondas encima del horno convencional, además de iluminación fluorescente sobre los principales lugares de trabajo y la mesa de la cocina, donde Bobbi acostumbraba a comer casi siempre, y, por lo general, con un libro en la mano.

Preparó café, fuerte y negro. Lo llevaba todo a la mesa cuando entró Bobbi, con pantalones limpios y una camiseta con un pájaro negro. Traía el cabello mojado y envuelto en una toalla. Echó un vistazo a la mesa.

—¿No hay tostadas?

—Prepáralas tú, si quieres, qué joder —replicó Gard, en tono amistoso—. ¿Crees que he viajado trescientos kilómetros en autostop para hacerte el desayuno?

Anderson lo miró muy fijo.

—¿Cuándo? ¿Ayer? ¿Bajo la lluvia?

—Sí.

—¿Qué ocurrió, por amor de Dios? Muriel me dijo que estabas dando una serie de lecturas y que la última sería el 30 de junio.

—¿Telefoneaste a Muriel? —se extrañó, conmovido hasta lo absurdo—. ¿Cuándo?

Ella agitó la mano como si no importara. Tal vez no importara, en efecto.

—¿Qué ocurrió? —insistió ella.

Gardener iba a decírselo; en realidad, tenía ganas de contarle todo, según descubrió, horrorizado. ¿Para eso quería a Bobbi? ¿Como muro de las lamentaciones? Vaciló ante las ganas de contar… pero no lo hizo. Ya habría tiempo para eso.

Quizá.

—Después —dijo—. Antes quiero saber qué ha ocurrido.

—Primero, el desayuno —exigió Anderson—. Y es una orden.

5

Gard sirvió a Bobbi la mayor parte de los huevos y el tocino. Ella no se entretuvo: los atacó como si llevase mucho tiempo sin alimentarse bien. Mientras la miraba comer, Gardener recordó una biografía de Thomas Edison que había leído siendo niño, tal vez a los diez u once años. Edison caía en locas borracheras de trabajo, en las que una idea seguía a otra, un invento al anterior. Durante esos períodos, se olvidaba de la esposa, de los hijos, de bañarse y hasta de comer. Si su esposa no le hubiera llevado las comidas en una bandeja, el hombre habría podido morir

literalmente de hambre entre la bombilla incandescente y el fonógrafo. Una ilustración lo mostraba con las manos hundidas en el cabello, muy revuelto, como si tratase de llegar al cerebro oculto bajo los cabellos y el cráneo, ese cerebro que no le dejaba descansar. Gardener recordó haber pensado que parecía medio loco.

Se tocó el lado izquierdo de la frente; Edison había sido víctima de migrañas. De migrañas y depresiones profundas.

Sin embargo, Bobbi no presentaba señal de estas últimas. Devoró los huevos, comió siete u ocho tajadas de tocino acompañadas de una tostada untada con margarina y bebió dos vasos de zumo de naranja grandes. Cuando hubo terminado emitió un sonoro eructo.

—Qué ordinariez, Bobbi.

—En Portugal, un buen eructo es un cumplido para el cocinero.

—Y después de una buena jodida, ¿qué hacen? ¿Tirarse un pedo?

Anderson echó la cabeza hacia atrás y bramó de risa. La toalla se le cayó de la cabeza y Gard, de inmediato, tuvo deseos de llevársela a la cama, huesos o no.

Sonrió un poquito.

—Bueno, gracias —dijo—. Un domingo de éstos te prepararé algo especial. Ahora, canta.

Anderson tendió la mano por detrás de él y sacó una cajetilla de Camel, medio llena. Encendió un cigarrillo y empujó el paquete hacia Gard.

—No, gracias. Es el único vicio que he logrado abandonar casi por completo.

Pero antes de que ella hubiera terminado, Gardener se había fumado ya cuatro cigarrillos.

6

—Has echado un vistazo —aseguró más que preguntó—. Recuerdo haberte dicho que lo hicieras… apenas. Y me doy cuenta de que lo has hecho. Tienes la misma expresión que debí poner yo, después de encontrar la cosa del bosque.

—¿Qué cosa?

—Si te lo dijera en este momento, pensarías que he enloquecido. Te la mostraré más tarde; pero, por ahora, me parece mejor que hablemos. Dime qué has visto en la casa. Qué cambios has observado.

Y Gardener comenzó a enumerarlos: las mejoras en el sótano, el montón de proyectos, el extraño sol en miniatura dentro del calentador. El misterioso trabajo realizado en el motor del Tomcat. Vaciló por un momento, pensando en el añadido al cambio de marchas, pero dejó eso a un lado. De cualquier modo, Bobbi sabría que él lo había visto.

—Y en medio de todo eso —concluyó—, has tenido tiempo para escribir otro

libro. Un libro extenso. He leído las cuarenta páginas primeras mientras esperaba que despertaras y me parece que, además de largo, es bueno. Tal vez la mejor novela que hayas escrito… y has escrito algunas buenas.

Anderson asintió complacida.

—Gracias. Opino lo mismo. —Señaló la última tajada de tocino que había en la bandeja—. ¿Vas a comerte eso?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

Ella lo hizo desaparecer.

—¿Cuánto tardaste en escribirla?

—No estoy segura del todo —dijo Anderson—. Tres días, tal vez. No más de una semana. Escribí la mayor parte de ella mientras dormía.

Gard sonrió.

—No bromeo. —Anderson sonrió.

Gardener se puso serio.

—Mi sentido del tiempo está bastante confundido —admitió ella—. Sé que el día 27 no trabajé. Y ése es el último día que tengo bien claro en cuanto al tiempo, es decir, al tiempo como secuencia. Tú llegaste anoche, 4 de julio, y ya estaba terminado. Por lo tanto, se hizo en una semana, como mucho. Pero no creo que fueran más de tres días.

Gardener estaba boquiabierto. Anderson sostuvo su mirada con serenidad, mientras se limpiaba los dedos en una servilleta.

—Eso es imposible, Bobbi —dijo él, por fin.

—Si lo crees así, es porque no has visto mi máquina de escribir.

Gard había echado un vistazo a la vieja máquina cuando se sentó, pero nada más; el manuscrito había atraído de inmediato toda su atención. Había visto mil veces la negra Underwood, pero el manuscrito era nuevo.

—Si hubieses mirado bien, habrías observado que hay un rollo de papel de ordenador en la pared, detrás de la máquina, y otro de esos artefactos más atrás: huevera, batería de larga duración y todo eso. ¿Qué quieres? ¿Esto?

Le alcanzó los cigarrillos. Él encendió uno.

—No sé cómo funciona. Es que no sé cómo funciona ninguno de ellos… incluyendo el que proporciona toda la energía a la casa. —Sonrió ante la expresión de Gardener—. He soltado la teta de la compañía eléctrica de Maine, Gard. Hice que interrumpieran el servicio, como dicen ellos, sabiendo muy bien que lo pedirás otra vez antes de que pase mucho tiempo. A ver… eso ocurrió hace cuatro días. Eso sí lo recuerdo.

—Bobbi…

—En la caja de fusibles, allí detrás, hay un artefacto como el calentador y el de la máquina de escribir, sólo que ése es el abuelo de todos los demás. —Anderson se echó a reír; era la risa de quien se halla entre recuerdos agradables—. En ése hay treinta o cuarenta pilas secas. Poley Andrews, el del supermercado Cooder, ha de pensar que me he vuelto loca; le compré todas las pilas que tenía y viajé a Augusta por más.

»¿Fue el día que traje la tierra para el sótano? —Se hizo esa última pregunta a sí misma, con el entrecejo fruncido. Luego su expresión se despejó—. Sí, creo que sí. La histórica «Redada de las Pilas» de 1988. Fui a siete tiendas y volví con cientos de pilas. Después pasé por Albion y compré una carga de tierra fresca para el sótano. Estoy casi segura de que hice ambas cosas el mismo día.

La preocupada arruga del entrecejo volvió a aparecer. Por un momento, Gardener la vio exhausta y asustada de nuevo. Era lógico que aún lo estuviera. Un agotamiento como el que le había visto la noche anterior llegaba hasta los huesos. No desaparecía con una sola noche de sueño, por largo y profundo que éste fuera. Además, todo ese parloteo alucinante: libros escritos durante el sueño; toda la electricidad de la casa proporcionada por pilas secas; viajes a Augusta para hacer compras descabelladas…

Sólo que la prueba estaba alrededor, por todos lados. Él la había visto.

—… ésa —concluyó Anderson, con una sonrisa.

—¿Cómo has dicho, Bobbi?

—Que me dio un trabajo de locos instalar lo que genera la energía para la casa y seguir allí, en la excavación ésa.

—¿Qué excavación? ¿Esa cosa del bosque que quieres mostrarme?

—Sí, enseguida. Concédeme unos minutos más.

El rostro de Anderson asumió otra vez la expresión de placer que le daba el narrar. De pronto, Gardener pensó que ésa debía de ser la expresión de todos cuantos tienen relatos que «deben» contar con fuerza, no sólo porque lo deseen: desde el pelmazo que formó parte de la expedición a la Antártida en 1937, y aún conserva desteñidas fotografías para demostrarlo, hasta el marinero Ishmael, del malhadado *Pequod*, quien termina su historia con una frase que parece un grito desesperado, apenas disfrazado de información: «Sólo he quedado yo para contarlo». ¿Era desesperación y locura lo qué Gardener detectaba bajo los animosos y entrecortados recuerdos de Bobbi sobre sus Diez Días Locos en Haven? Así parecía. Sin duda. ¿Quién mejor que él para detectar los síntomas? A lo que Bobbi se había enfrentado allí, mientras él leía poemas a gordas matronas acompañadas de aburridos esposos, había estado a punto de quebrantar su mente.

Anderson encendió otro cigarrillo, con mano algo temblorosa. La llama del fósforo se estremeció por un momento. Eran esos gestos que uno veía sólo si estaba muy atento a ellos.

—Por entonces se me habían acabado las hueveras, y «eso» necesitaba demasiadas pilas; no me bastaba con una o dos. Saqué una de las cigarreras de tío Frank; hay diez o doce por lo menos, de las de madera, en la buhardilla. Hasta Mabel Noyes, la del mercadillo de ocasión, pagaría unos cuantos dólares por ellas, aunque es muy avara. La llené de papel higiénico y traté de abrir huecos en el papel para sostener las pilas erguidas. Ya me comprendes.

Anderson hizo rápidos gestos con el dedo índice, como si lo clavara en algo, y levantó los brillantes ojos para ver si él lo captaba. Gard asintió. La sensación de irrealidad volvía de nuevo, como si su mente le preparase para huir por la coronilla y flotar hasta el techo. «Un borracho lo conseguiría», pensó. Las palpitaciones de su cabeza se hicieron más intensas.

—Pero las pilas se caían, de cualquier modo. —Ella apagó el resto de su cigarrillo y encendió otro—. Estaban furiosos, furiosísimos. Yo, también. Pero se me ocurrió una idea.

(¿Estaban?)

—Fui a casa de Chip McCausland, el de Dugout Road.

Gardener meneó la cabeza. Nunca había estado en Dugout Road.

—Bueno, vive allí con su mujer (creo que es su concubina) y nueve o diez chicos. ¡Dios mío, qué mugre! Lo que esa mujer tiene en el cuello, Gard, no se quitaría sino con un escoplo. Creo que él estaba casado antes y… no importa, es que… no he tenido con quien charlar… Es decir *ellos* no hablan como las personas, y yo no puedo dejar de mezclar lo importante con aquello que no lo es…

Las palabras de Anderson iban brotando cada vez más rápidas; empezaban a atropellarse entre sí. «Está hablando a toda velocidad —pensó Gardener, algo alarmado— y muy pronto comenzará a gritar o a llorar». Sin saber qué temía más, su pensamiento volvió a Ishmael, el marino que vagaba por las calles de Bedford, Massachusetts, apestando más a locura que a aceite de ballena, hasta que al fin sujetaba a un infortunado transeúnte y le gritaba: «¡Escúcheme! Sólo quedo yo para contarlo, así que tendrá que escucharme, maldición. Será mejor que me escuche si no quiere usar este condenado arpón como supositorio, qué joder. Tengo algo que contar sobre una maldita ballena blanca, ¡y usted va a escucharme!»

Tendió el brazo por encima de la mesa y le tocó la mano.

—Cuéntalo como quieras. Estoy aquí para escucharte. Tenemos tiempo. Como muy bien has dicho, es tu día libre. Así que habla con calma. Si me duermo, será porque te has ido demasiado por las ramas. ¿De acuerdo?

Anderson sonrió y se relajó visiblemente. Gardener quería preguntarle otra vez qué ocurría en el bosque. Sobre todo, quiénes eran *ellos*. Pero sería mejor esperar. «Todo lo malo le sobreviene a quien espera», pensó.

Al cabo de una pausa para ordenar sus ideas, Bobbi prosiguió.

—Chip McCausland tiene tres o cuatro gallineros; eso era lo que había empezado a decirte. Por un par de dólares me dio todas las hueveras que quise, y hasta algunas de las grandes, de las que son para diez docenas.

Rió, alegre, y agregó algo que erizó el vello de Gardener.

—Todavía no he usado ninguna de ésas, pero cuando lo haga, tendremos energía para todo Haven. Quedará suficiente para Albion y la mayor parte de Troy.

»El caso es que instalé la energía aquí (¡Dios, cómo me voy por las ramas!), y ya tenía el artefacto conectado a la máquina de escribir… y me dormí, hice una siesta… y ha sido ahí donde hemos empezado, ¿verdad?

Gardener asintió, intentando aún entenderse con la idea de que quizá hubiese realidad, no sólo alucinación, en la tranquila seguridad de Bobbi de ser capaz de proporcionar energía a tres poblaciones con un «artefacto» consistente en cientos de pilas secas.

—Lo que hace el artefacto de la máquina de escribir es… —Anderson frunció el entrecejo e inclinó un poquito la cabeza, como si escuchara una voz que Gardener no percibía—. Sería más fácil mostrártelo. Ve y mete una hoja de papel en el rodillo, ¿quieres?

—Está bien. —Gard se encaminó hacia la puerta de la sala, pero se volvió a mirarla—. ¿Tú no vienes?

Bobbi sonrió.

—Me quedo aquí —dijo.

Y, entonces, Gardener lo captó. Captó y hasta entendió, en algún plano mental donde sólo existía la lógica pura, que era imposible. Tal como el inmortal Holmes había dicho: «Cuando se elimina lo imposible, es preciso creer lo que resta, por improbable que sea». Y había una novela nueva en la mesa, junto a lo que Bobbi solía llamar «mi acordeón de palabras».

Sí, sólo que las máquinas de escribir no escriben libros por cuenta propia, amigo. ¿Sabes qué diría el inmortal Holmes, probablemente? Que si hay una novela junto a la máquina de Bobbi y, por añadidura, se trata de una novela que nunca has visto, eso no significa que sea una nueva novela. Holmes diría que Bobbie escribió ese libro en algún tiempo pasado. Después, mientras tú no estabas y ella iba perdiendo la chaveta, la trajo y la puso junto a la máquina. Tal vez esté convencida de lo que dice, pero eso no significa que sea cierto.

Gardener caminó hasta el atestado rincón del salón que servía de estudio a Bobbi. Tenía la biblioteca tan cerca que bastaba inclinar la silla sobre las patas de atrás para coger lo que deseara. «Es demasiada buena para que haya estado guardada hasta ahora en un baúl».

Adivinó lo que el inmortal Holmes diría al respecto; reconocería como improbable que *Los soldados del búfalo* fuera una novela de baúl, pero argumentaría

que era recontraimposible escribir una novela en tres días… y no sentada ante la máquina, sino durmiendo breves siestas entre repetidos ataques de actividad frenética.

Sólo que la novela no había salido de ningún baúl. Gardener lo sabía, porque conocía a Bobbi. Ella era tan incapaz de guardar una novela buena en un baúl como Gardener de mantener la racionalidad en una discusión sobre energía nuclear.

«Vete al diablo, Sherlock, junto con el cabriolé en el que circulabas con el doctor Watson. ¡Por Dios, cómo necesito un trago!»

El impulso —la necesidad— de beber había vuelto con toda su fuerza.

—¿Estás ahí, Gard? —preguntó Anderson.

—Sí.

Ahora veía el rollo de papel de ordenador. Pendía flojo. Miró por detrás de la máquina y vio, por cierto, otro de los «artefactos» de Bobbi. Era más pequeño que los demás: media huevera, con los dos últimos huecos vacíos. En los otros cuatro había pilas secas, cada una coronada con aquellas pequeñas chimeneas; al mirarlas más de cerca, Gard decidió que eran trocitos de hojalata recortados cuidadosamente con tijeras fuertes. Cada uno tenía un cable que salía por la chimenea, sobre el polo positivo: rojo, azul, amarillo y verde. Todos iban a otro circuito que parecía salido de una radio. Estaba sostenido en posición vertical por dos trozos de madera encolados al escritorio. Esas tablillas, que se parecían al soporte para las tizas de cualquier pizarra de pared, le resultaron tan familiares que, por un momento, no las identificó. Por fin, el reconocimiento acudió a su mente: eran los soportes para las letras del juego *Scrabble*[4].

Entre el tablero con el circuito y la máquina de escribir había un solo cable, casi tan grueso como cualquier cable de corriente alterna.

—¡Mete una hoja de papel! —indicó Anderson en voz alta. Y rió—. Eso ha sido lo que he estado a punto de olvidar. ¡Qué estupidez! Allí no tuve ayuda y casi me volví loca hasta que encontré la solución. Un día estaba sentada en el retrete, lamentándome de no haber comprado una de esas malditas procesadoras de texto, y cuando fui a cortar el papel higiénico… ¡Eureka! ¡Qué idiota me sentí! No tienes más que enrollar un poco de papel, Gard.

«No. Voy a salir de aquí ahora mismo. Haré autostop hasta La Vaca Púrpura y me emborracharé hasta tal punto que jamás me acordaré de todo esto. Ni siquiera deseo saber ya quiénes son *ellos*».

Pero lo que hizo fue tirar del rollo, deslizar el extremo perforado bajo el rodillo y girar la rueda lateral de la vieja máquina hasta que pudo bajar la barra. El corazón le latía con fuerza, apresurado.

—¡Ya está! —anunció—. ¿Quieres que… eh… encienda algo?

No se veían interruptores. De cualquier modo, no le habría gustado tener que

tocarlo.

—¡No hace falta! —respondió ella.

Se oyó un chasquido, seguido por un zumbido, como el de los transformadores de los trenes eléctricos de juguete.

De la máquina de Anderson empezó a brotar una luz verde.

Gardener dio un involuntario paso atrás, y sintió que vacilaba sobre las piernas, que parecían postes. El rayo surgía de entre las teclas, en misteriosas pinceladas divergentes. En los costados de la Underwood había paneles de vidrio, que relucían como las paredes de un acuario.

De pronto, las teclas de la máquina comenzaron a ascender y descender solas, como las de un piano mecánico. El rodillo se movía con celeridad. Las letras se esparcieron por la página:

Mi padre miente en lo de las cinco brazas de profundidad

¡Ding! ¡Bang!

El carro volvió.

«No, no estoy viendo esto. No creo, que esté viendo esto».

Éstas son las perlas que vieron tus ojos

Una luz verde, enfermiza, brotaba a través del te ciado y se vertía sobre las palabras, como radio.

¡Ding! ¡Bang!

Mi cerveza es Rheingold, la cerveza seca

La línea apareció en un segundo. Las teclas eran un martilleante borrón de velocidad. Era como observar un teletipo.

¡Piensa en Rheingold siempre que compres cerveza!

«Dios del cielo, ¿es cierto que Bobbi está haciendo esto? ¿O es un truco?»

Mientras que su mente vacilaba otra vez ante la nueva maravilla, buscó a tientas, ansioso, a Sherlock Holmes. Un truco, por supuesto. Todo era un truco, aparte del colapso nervioso de la pobre Bobbi… un colapso nervioso muy creativo.

¡Ding! ¡Bang!

El carro volvió atrás.

No es un truco, Gard

El carro volvió, y las teclas martillearon entre los dilatados y fijos ojos de Gardener:

Has acertado a la primera. Lo estoy haciendo desde la cocina. El artefacto instalado detrás de la máquina es sensible al pensamiento, así como la célula fotoeléctrica lo es a la luz. Esto recoge mis pensamientos con toda claridad a una distancia de siete u ocho kilómetros. Si estoy más lejos, las ideas comienzan a volverse confusas. Más allá de quince, no funciona.

¡Ding! ¡Bang! La plateada palanca de la izquierda que marcaba el interlineado funcionó dos veces por cuenta propia, izando el papel… que presentaba tres mensajes perfectamente mecanografiados. Algunas líneas más abajo reanudó la escritura.

Ya ves que no he necesitado sentarme ante la máquina para trabajar en mi novela. ¡Mira, mamá, sin manos! Esta pobre Underwood corrió como una loca durante esos dos o tres días, Gard. Y mientras tanto, yo estaba en el bosque, trabajando, o en el sótano. Pero como te digo, casi siempre funcionaba mientras yo dormía. Es curioso… si alguien me hubiese convencido de que existía un artefacto así, yo no habría creído que me diera resultado, porque siempre he sido muy mala para el dictado. Tengo que escribir yo, como siempre había dicho, porque necesito ver las palabras en el papel. Me era imposible imaginar que alguien fuera capaz de dictar toda una novela a una grabadora, aunque dicen que algunos escritores lo hacen. Pero esto no es dictar, Gard: es como un grifo conectado al subconsciente; se parece más a soñar que a escribir, aunque lo que sale no es como los sueños; muchas veces surrealistas y desconectados. Esto ya no es una máquina de escribir. Es una máquina de soñar. Con la particularidad de que sueña de forma racional. Hay algo cósmicamente divertido en el hecho de que ellos *me la hayan dado para que pudiera escribir* Los Soldados del Búfalo. *Tienes razón: es lo mejor que he escrito en mi vida pero sigue siendo una novela del Oeste. Es como inventar una máquina de movimiento continuo para que tu hijito no te fastidie más pidiendo que le cambies las pilas del cochecito. ¿Te imaginas qué resultados hubiera tenido F. Scott Fitzgerald con uno de estos artefactos? ¿O Hemingway? ¿Faulkner? ¿Salinger?*

Después de cada nombre, la máquina caía en un momentáneo silencio antes de estallar en otro nombre. Después de «Salinger» se detuvo por completo. Gardener

había ido leyendo el mensaje a medida que aparecía, pero de un modo mecánico, casi sin comprenderlo. Sus ojos se volvieron al comienzo del párrafo.

«Yo estaba pensando que era un truco, que debía haber conectado la máquina a algo que le hiciera escribir esos pocos versos. Y entonces escribió…»

Había escrito: *No hay truco, Gard.*

De pronto, Gardener pensó: «¿Puedes leerme la mente, Bobbi?»

¡Ding! ¡Bang!

El carro volvió bruscamente, sobresaltándole; estuvo a punto de soltar un grito.

Sí, pero sólo un poco.

«¿Qué hicimos el 4 de julio del año en que dejé la cátedra?»

Fuimos en coche a Deny. Dijiste que conocías a alguien que nos vendería algunos rompeportones. Nos los vendió, pero no estallaban. Estabas muy borracho. Querías volver para arrancarle la cabeza. Como fui incapaz de tranquilizarte, volvimos. ¡Y la casa del tipo se había incendiado! Tenía mucho material explosivo de verdad en el sótano y había dejado caer una colilla encendida en un cajón. Cuando viste el incendio y los extintores, te echaste a reír con tantas ganas que caíste en medio de la calle.

La sensación de irrealidad nunca había sido tan fuerte como en ese momento. Luchó contra ella para mantenerla a una mínima distancia, mientras su vista buscaba algo más en el párrafo anterior. Al cabo de uno o dos segundos lo encontró. *Hay algo cósmicamente divertido en el hecho de que* ellos *me la hayan dado.*

Y poco antes Bobbi había dicho: «Pero las pilas se caían y *ellos* estaban furiosos, furiosísimos…»

Sintió las mejillas calientes, encendidas, como por efecto de la fiebre. Pero tenía la frente fría como una bolsa de hielo. Hasta el palpitar del dolor por encima del ojo izquierdo parecía frío: huecas punzadas que se sucedían con la regularidad de un metrónomo.

Con la vista fija en la máquina, llena de esa luz verde que, por alguna razón, le parecía horrible, Gardener pensó: «¿Quiénes son *ellos*, Bobbi?»

¡Ding! ¡Bang!

Las teclas repiquetearon en una ráfaga, letras que formaban palabras; palabras que formaban una estrofa infantil:

Anoche, ya tarde, y la noche anterior los Tommyknockers, los Tommyknockers llamaron a la puerta.

Jim Gardener lanzó un alarido.

7

Por fin sus manos dejaron de temblar, al menos lo suficiente como; para poder llevarse la taza de café caliente a la boca sin tirárselo encima y sin terminar las lunáticas festividades de la mañana con algunas quemaduras más.

Anderson no dejaba de observarlo desde el otro lado de la mesa, con expresión preocupada. Tenía una botella de muy buen brandy en las más oscuras profundidades de la despensa, lejos de las «bebidas básicas», y había ofrecido echar un pocoal café de Gard. Él lo rechazó, no sólo con pena, sirio con verdadero dolor. *Necesitaba* ese coñac; le habría calmado el dolor de cabeza, tal vez por completo. Más importante: habría hecho que enfocara otra vez su mente. Le habría quitado esa sensación de acabo-de-perder-la-chaveta.

El problema era que, por fin, había llegado a «ese» punto ¿no? Sí: el punto en que no se detendría en un poco de brandy agregado al café. Había absorbido demasiadas cosas desde el momento en que abrió el calentador de Sobbi, antes de subir en busca de un poco de whisky. En aquel momento no había corrido peligro, pero ahora el aire era del que engendra tornados.

Con que no más tragos. Ni siquiera un poquito en el café, mientras no hubiera comprendido qué ocurría allí. Y qué sucedía con Bobbi. Eso, sobre todo.

—Lamento esta última parte —se disculpó Anderson—, pero no estoy segura de haber podido impedirlo. Te dije que ésa es una máquina de sueños; también es una máquina «subconsciente». No estoy captando casi nada de tus pensamientos, Gard; lo he intentado con otras personas y, en la mayor parte de los casos, es tan fácil como hundir los dedos en masa blanda. Puedes profundizar hasta lo que tú, tal vez, llamarías el «ello». Aunque ahí abajo hay cosas horribles, monstruosas… ni siquiera es posible llamarlas ideas… Imágenes, creo que cabe decir. Simples como el gotear de una criatura, pero vivas. Como esos peces que se encuentran a gran profundidad en el océano, que estallan si se les hace subir hacia la superficie. —Bobbi se estremeció de pronto—. Están «vivas» —repitió.

Durante un segundo, sólo se oyó el canto de los pájaros, afuera.

—El caso es que de ti sólo capto ideas superficiales —prosiguió ella—, casi todas entrecortadas y confusas. Si fueses como cualquier otra persona, yo sabría qué te ha ocurrido y por qué tienes esa expresión de mierda…

—Gracias, Bobbi. Sabía que por algún motivo seguía viniendo a tu casa; puesto que no es por tu mano de cocinera, ha de ser por los elogios.

Gard sonrió, pero fue una sonrisa nerviosa. Encendió otro cigarrillo. Bobbi continuó como si él no hubiese abierto la boca.

—En realidad, me imaginaría algunas cosas si me baso, en aquello que te ha ocurrido con anterioridad, pero tendrías que contarme los detalles… No los aprehendería aunque quisiera. Creo que me sería imposible captarlos con claridad aunque llevaras todo al umbral de tu mente y pusieras un cartel de bienvenida. Pero cuando preguntaste quiénes eran «ellos», esa estrofa de los *Tommyknockers* subió como uña gran burbuja y se escribió en la máquina.

—Está bien —dijo Gardener, aunque nada estaba bien, nada de nada—. Pero ¿quiénes son, aparte de *Tommyknockers*? ¿Gnomos? ¿Duendes? ¿Espír…?

—Te pedí que echaras un vistazo para que te hicieras una idea de lo gracioso que es todo esto —contestó Anderson—. De lo profundas que podrían ser las implicaciones.

—Me doy cuenta, por supuesto —asintió Gardener; uña sonrisa fantasma rondó las comisuras de su boca—. Con algunas implicaciones más, me tendrías listo para la camisa de fuerza.

—Tus *Tommyknockers* vinieron del espacio —añadió Anderson—, como es probable que hayas deducido ya.

Tal vez ese pensamiento había hecho algo más que cruzar por su cabeza, pero tenía la boca seca y las manos heladas contra la taza de café.

—¿Andan por aquí? —preguntó. Su voz pareció llegar de lejos, desde muy lejos. De pronto tuvo miedo de volver la cabeza, miedo de ver algún ente contraído, con tres ojos y una trompeta en vez de boca, algo que sólo podía estar eh una pantalla de cine, tal vez en *La Guerra de las galaxias.*

—Creo que *ellos*, los *ellos* reales y físicos, murieron hace mucho tiempo —respondió Anderson, con calma—; tal vez mucho antes de que el hombre apareciera sobre la Tierra; aunque… Caruso murió, pero todavía canta en muchos discos, ¿verdad?

—Dime qué ocurrió, Bobbi —pidió Gardener—. Quiero que comiences por el principio y termines diciendo: «… y entonces, tú llegaste por la carretera, justo a tiempo para sostenerme cuando me desmayaba». ¿Podrás?

—No del todo —respondió ella, con una gran sonrisa—, pero haré lo posible.

8

Anderson habló durante largo rato. Cuando hubo terminado, era ya pasado el mediodía. Gard fumaba, sentado a la mesa de la cocina, frente a ella. Se disculpó una sola vez para ir al baño, a tomar tres aspirinas más.

Anderson comenzó por su tropezón; contó que había regresado para excavar otro poco alrededor de la nave, lo suficiente para comprender que había encontrado algo único, y que había vuelto una tercera vez. No mencionó la marmota muerta, pero sin

moscas; ni la reducción de la catarata de Peter; ni la visita a Etheridge, el veterinario. Pasó tranquilamente sobre esas cosas, y sólo le dijo que, al regresar de su primera jornada completa de trabajo en aquello, había encontrado a Peter muerto en el porche delantero.

—Era como si se hubiese quedado dormido.

En su voz había una nota tan sentimental, tan poco acostumbrada en ella, que Gardener levantó la vista de repente…, y de inmediato la bajó a sus manos. Bobbi lloraba.

—¿Y entonces? —preguntó Gard al cabo de unos segundos.

—Entonces llegaste por la carretera, justo a tiempo para sostenerme cuando me desmayaba —dijo Anderson, sonriendo.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Peter murió el 28 de junio —siguió ella. Nunca había tenido mucha práctica en mentir, pero tuvo la impresión de que ésta le salía suave y natural—. Es el último día que recuerdo con claridad y en orden cronológico… hasta que anoche apareciste.

Sonrió con franqueza e inocencia, pero eso también era una mentira. Sus recuerdos cronológicos y claros terminaban el día antes, el 27 de junio, en el momento en que se había erguido encima de aquella cosa titánica sepultada en la tierra, aferrada al mango de la pala. Terminaban con un susurro: «Todo está bien», antes de iniciar la excavación. Había algo más, sí, más de toda clase, pero no acudían a su mente en orden cronológico y sus pocos recuerdos necesitaban una cuidadosa censura. Por ejemplo, no podía decir a Gard la verdad sobre Peter. Todavía no. *Ellos* le habían ordenado que no podía, pero tampoco hacía falta que se lo dijeran.

También le habían dicho que tendría que vigilar a Jim Gardener con mucha, muchísima atención. No durante demasiado tiempo, por supuesto. Pronto Gard sería

(*parte de nosotros*)

parte del equipo. Sí. Y sería magnífico tenerle en él, porque si Anderson amaba a alguien en el mundo, ese alguien era Jim Gardener.

«¿Quiénes son “ellos”, Bobbi?»

Los *Tommyknockers*. Esa palabra, que había surgido de la extraña opacidad de la mente de Gard, como una burbuja plateada, era un nombre tan bueno como cualquier otro, ¿verdad? Seguro. Mejor que muchos.

—Bueno, ¿y ahora? —preguntó Gardener, encendiendo el último cigarrillo. Se lo veía aturdido y cauteloso al mismo tiempo—. No diré que sea capaz de tragarme todo esto. —Rió con cierta estridencia—. O tal vez no tengo la garganta tan grande como para que todo esto pase de una sola vez.

—Comprendo —dijo Anderson—. Creo que el motivo principal de que recuerde tan poco sobre la semana pasada, es que todo resulta muy… extraño, como tener la mente atada a un trineo arrastrado por cohetes.

No le gustaba mentir a Gard; hacía que se sintiera intranquila. Pero pronto acabarían las mentiras. Gard sería… sería…

Bueno… persuadido.

Cuando viera la nave. Cuando la sintiera.

—No importa cuánto creo y cuánto no; me veo obligado a creer la mayor parte, supongo.

—Cuando se aparta lo imposible, lo que resta es la verdad, por improbable que parezca.

—También lo has captado, ¿eh?

—Más o menos. Quizá no habría sabido de qué se trataba si no te hubiese oído decirlo un par de veces.

Gardener asintió.

—Bueno, creo que se ajusta a esta situación. Si no creo en la evidencia de mis sentidos, debo pensar que estoy loco. En realidad, Dios sabe que hay gente en el mundo que atestiguaría con mucho gusto en favor de esta última posibilidad.

—No estás loco, Gard —repuso Anderson en voz baja.

Apoyó su mano sobre la de él. Gard volvió la suya para estrechársela.

—Bueno… ya sabes, un hombre capaz de disparar contra su esposa… muchos dirían que es una evidencia bastante convincente de su demencia, ¿no?

—Eso ocurrió hace ocho años, Gard.

—Claro. Y lo del tipo al que le di un codazo en la tetilla fue hace ocho días. También perseguí a otro por el salón de Arberg, golpeándolo con un paraguas. ¿No te lo había contado? Mi conducta en los últimos años ha sido cada vez más autodestructiva.

—Buenos días, amigos. Bienvenidos una vez más, a la «Hora de la Autocompasión Nacional» —gorjeó Bobbi, alegre—. Nuestro invitado de hoy es…

—Ayer por la mañana estuve a punto de suicidarme —dijo Gardener en voz baja —. De no ocurrírseme la idea, una idea muy potente, de que estabas en dificultades, a estas horas ya sería pasto de los peces.

Anderson lo observó con atención. Su mano fue apretando poco a poco la de Gard hasta casi hacerle daño.

—Lo dices en serio, ¿no? ¡Por Dios!

—Claro, ¿quieres saber a qué punto hemos llegado? Dadas las circunstancias, parecía lo más cuerdo que me era dado hacer.

—¡Oh, vamos!

—Hablo en serio. Y entonces me llegó esa idea. La idea de que estabas en dificultades. Por ello postergué el asunto para telefonearte. Pero no estabas.

—Debía de encontrarme en el bosque —dijo Anderson—. Y viniste corriendo. —Le levantó la mano para besársela con suavidad—. Si toda esta locura no sirve para

otra cosa, al menos ha servido para que sigas vivo, pedazo de cabrón.

—Como siempre, me impresiona la altura de tus cumplidos, Bobbi.

—Si alguna vez llegas a hacer eso, me encargaré de que lo escriban en tu lápida, Gard. CABRÓN. En letras bien grabadas, para que se mantengan legibles un siglo al menos.

—Bueno, gracias —dijo Gardener—, pero por ahora puedes quedarte tranquila. Porque todavía sigue.

—¿Qué?

—La sensación que tengo de que estás en dificultades.

Ella trató de apartar la vista y de retirar la mano.

—¡Mírame, Bobbi, qué joder!

Al fin, reacia, ella obedeció. Tenía el labio inferior algo saliente, en esa expresión terca que él le conocía tan bien… pero ¿no se la notaba algo intranquila? Él pensó que sí.

—Todo esto parece maravilloso: electricidad doméstica a base de pilas secas, libros que se escriben solos y sabe Dios qué más. ¿Por qué, entonces, sigo con esta sensación de que te encuentras en dificultades?

—No sé —murmuró ella, con suavidad.

Y se levantó para fregar los platos.

9

—Claro que trabajé hasta casi caerme, hay que reconocerlo —dijo Anderson. Estaba de espaldas a él. Gard tuvo la sensación de que se sentía más cómoda de ese modo. Los platos repiqueteaban en el agua caliente y jabonosa—. No fue cuestión de decir: «¡Alienígenas del espacio! ¡Háganse la energía eléctrica barata y sin riesgo y la telepatía mental!» Mira, mi cartero engaña a su mujer; lo sé. Y no quiero saberlo, qué diablos, no soy una cotilla; pero allí estaba, Gard, bien en el frente de su cabeza. No verlo habría sido como no vislumbrar un cartel de neón de treinta metros de altura. Cielos, he estado como en un torbellino.

—Comprendo —dijo él. «No me está diciendo la verdad. No toda, al menos. Y creo que ni ella misma la sabe»—. La pregunta sigue en pie. ¿Qué hacemos ahora?

—No sé. —Ella miró hacia atrás y se encontró con las cejas arqueadas de Gardener—. ¿Esperabas que te contestara eso con un pequeño ensayo de quinientas palabras como máximo? No puedo. Tengo algunas ideas, pero nada más. Quizá ni siquiera sean muy buenas. Supongo que lo primero es llevarte al bosque para que puedas

(*ser persuadido*)

echarle un vistazo. Después… bueno…

Gardener la observó durante largo rato. Bobbi no bajó los ojos esa vez; su mirada era franca y sin malicia. Pero allí sucedían cosas raras, desentonadas y desafinadas. Cosas como la nota de falso sentimentalismo en la voz de Bobbi, al hablar de Peter. Tal vez las lágrimas fueran auténticas, pero su tono… Todo eso había estado mal.

—De acuerdo. Vayamos a echar un vistazo a tu nave sepultada.

—Pero antes almorcemos —propuso Anderson, plácida.

—¿Tienes hambre otra vez?

—Claro. ¿Tú no?

—¡No, por Dios!

—Entonces, yo comeré por los dos —dijo Anderson.

Y lo hizo.

DIEZ

GARDENER DECIDE

1

—¡Por Dios!

Gardener se dejó caer pesadamente en un tocón recién cortado. Era cuestión de sentarse o derrumbarse. Como cuando uno recibe un fuerte golpe en el estómago. No, era más extraño y más radical que eso: como si alguien le hubiese plantado el tubo de una aspiradora industrial en la boca para absorberle todo el aire de los pulmones en sólo un segundo.

—Por Dios —repitió, con voz diminuta y sofocada. Parecía no ser capaz de otra cosa.

—Es tremendo, ¿no?

Estaban en medio de la cuesta, no lejos del lugar donde Anderson había encontrado la marmota muerta. Antes, esa cuesta estaba muy arbolada. Pero había una senda abierta entre los árboles para dar paso a un vehículo extraño, que Gardener casi llegó a reconocer. Estaba en el borde de la excavación, empequeñecido por el hoyo y el objeto a medio desenterrar.

La zanja medía sesenta metros de longitud y unos seis de anchura en cada extremo. El corte se abultaba hasta llegar a unos nueve metros de amplitud a lo largo de unos doce metros; esas curvas daban a la excavación la forma de una cadera de mujer vista a contraluz. El borde gris de la nave, cuya curvatura quedaba triunfalmente a la vista, se elevaba como el borde de un gigantesco plato de acero.

—Por Dios —susurró Gardener, otra vez—, ¡mira eso!

—Ya lo he mirado —dijo Bobbi, con una sonrisita lejana en los labios—. Llevo más de una semana mirándolo. Es lo más hermoso que haya visto en mi vida, Gard. Y va a resolver muchísimos problemas. «Vino un hombre a caballo, galopando y galopando…»

Eso se abrió paso entre la niebla. Gardener volvió la cabeza para mirar a Anderson, que quizá había estado a la deriva en los sitios oscuros de donde había surgido aquel objeto increíble. La expresión de su rostro lo dejó helado. Los ojos de Bobbi no estaban sólo distantes: eran como ventanas desiertas.

—¿Qué significa eso?

—¿Eh? —Anderson se volvió a mirarlo como si saliese de una profunda ensoñación.

—¿A qué te refieres al hablar de un hombre a caballo?

—Me refiero a ti, Gard. Me refiero a mí. Pero creo… creo que sobre todo a ti. Ven, baja a echar un vistazo.

Ella inició el descenso con celeridad, con la gracia desenvuelta de la experiencia repetida. Recorrió cinco o seis metros antes de darse cuenta de que Gardener no bajaba con ella. Miró hacia atrás. Gard se había levantado del tocón, pero eso era todo.

—No muerde —dijo Anderson.

—¿No? ¿Y qué hace, Bobbi?

—¡Nada! ¡Están muertos, Gard! Tus *Tommyknockers* eran reales, sí, pero mortales, y esta nave se encuentra aquí desde hace cincuenta millones de años, por lo menos. ¡El glaciar se rompió alrededor! La cubrió, pero no pudo moverla. Ni siquiera tantas toneladas de hielo lo hicieron. Por eso el glaciar se quebró alrededor. Puedes mirar el corte y lo verás, como una onda petrificada. El doctor Borns, de la Universidad, se volvería loco con esto… Pero están muertos, Gard.

—¿Has estado adentro? —preguntó Gardener, sin moverse.

—No. La escotilla (creo, siento que hay una) todavía se halla bajo tierra. Pero eso no altera lo que sé. Están muertos, Gard. Muertos.

—Están muertos y no has penetrado en la nave, pero inventas cosas como Thomas Edison hacía en uno de sus ataques y eres capaz de leer la mente. Por eso repito mi pregunta: ¿Qué hace? ¿Qué me hará, a mí?

Entonces, ella le respondió con la más grande de todas las mentiras. Y lo hizo con calma, sin el menor remordimiento.

—Nada que tú no quieras.

Y reinició el descenso, sin volverse a mirar si él la seguía.

Gardener vaciló. La cabeza le palpitaba de manera angustiosa. Luego echó a andar tras ella.

2

El vehículo estacionado junto a la zanja era la vieja camioneta de Bobbi… sólo que hasta entonces había sido una Country Squire. En ella había llegado Anderson a la universidad, desde Nueva York, trece años antes; tampoco en aquel entonces era nueva. Se mantuvo en la carretera hasta 1984, año en que ni siquiera Elt Barker, que manejaba la estación de servicio y el único taller de Haven, aceptó pegar en ella la señal de haber pasado la revisión. Entonces, después de trabajar durante todo un fin de semana (casi todo el tiempo, borrachos; a Gardener aún le parecía un milagro que no se hubieran asado con el viejo soldador de Frank Garrick) los dos cortaron el techo del vehículo, desde el asiento delantero hacia atrás, convirtiéndolo en una especie de camioneta descubierta.

—Mira esto, viejo Gard —había proclamado Bobbi Anderson, con solemnidad, mientras contemplaba los restos—. Nos hemos fabricado un auténtico bombardero de campaña.

Y se agachó para vomitar. Gardener se levantó y la llevó al porche, mientras Peter se cruzaba preocupado con sus pies a lo largo de todo el trayecto. Cuando llegó a la casa, ella había perdido el sentido. Gard la depositó cuidadosamente en el suelo y se desmayó también.

La camioneta en cuestión era fuerte, pero estiró la pata. Anderson la puso en un extremo de la huerta, sobre dos bloques de madera, con la seguridad de que nadie la querría, ni siquiera para desguazarla. Gardener sospechaba que lo hacía por sentimentalismo.

Y ella la había resucitado…, aunque casi no parecía el mismo vehículo, salvo por la pintura azul y los restos de imitación madera que caracterizaban la marca Country Squire. La portezuela del conductor y casi toda la parte delantera habían desaparecido por completo, esta última reemplazada por un extraño conglomerado de elementos para excavar y trasladar tierra. Ante los ojos perturbados de Gardener, la camioneta parecía la excavadora de un niño enloquecido. Por el sitio donde antes tenía la parrilla sobresalía algo semejante a un destornillador gigantesco. Daba la sensación de que el motor pertenecía a una vieja y gigantesca excavadora.

«¿De dónde sacaste ese motor, Bobbi? ¿Cómo lo trajiste desde donde estuviera hasta aquí? ¡Por Dios!»

Sin embargo, todo eso, por asombroso que pareciera, sólo retuvo su atención por un momento. Se acercó a Bobbi, que estaba de pie, con las manos en los bolsillos, y contemplaba el tajo abierto en la tierra.

—¿Qué piensas, Gard?

Él no sabía qué pensar. De cualquier modo, había enmudecido.

La excavación alcanzaba una profundidad asombrosa: diez o doce metros, según calculó. Si el sol no hubiese estado a la altura exacta, ni siquiera habría visto el fondo de la zanja. Entre la pared de la excavación y el liso casco de la nave había un espacio de un metro o poco menos. Ese casco no tenía la menor señal: ni números ni símbolos ni imágenes ni jeroglíficos…

En el fondo del corte, el objeto desaparecía en la tierra. Gardener meneó la cabeza, abrió la boca y, como descubriera que aún estaba mudo, la cerró de nuevo.

La parte del casco con que Anderson había tropezado estaba frente a la nariz de Gardener. Habría sido fácil tender la mano para tocarla, tal como ella había hecho apenas dos semanas antes para intentar desprenderla. Pero existía una gran diferencia: al tocar por primera vez la nave enterrada, Bobbi lo había hecho de rodillas. Gardener, en cambio, permanecía de pie.

Había reparado de manera muy vaga en los cambios sufridos por la pendiente: el

suelo, desigual y embarrado; los árboles, talados y caídos fuera del paso; los tocones, arrancados como dientes con caries. Aparte de esa observación pasajera, no prestó mucha más atención. Lo habría hecho de saber hasta qué punto Anderson había destruido la colina. Como la elevación del terreno le dificultaba las cosas… había reducido la loma a la mitad para facilitarlas.

«Platillo volante», pensó Gardener. Y luego: «Salté al agua, sí. Esto es una fantasía de muerte. En cualquier momento reaccionaré y me encontraré intentando respirar agua salada. En cualquier momento».

Sólo que no ocurrió nada de eso, porque el objeto era real. Se trataba de un platillo volante.

Y eso, de algún modo, era lo peor. Ni nave espacial, ni vehículo alienígena, ni aparato extraterrestre: era un *platillo volante*. Habían sido descartados por las Fuerzas Aéreas, por los científicos, por los psicólogos. Ningún escritor de ciencia ficción que se respetara los incluiría en sus relatos; si lo hacía, no habría editor que pensara en publicarlos. Los platillos volantes habían pasado de moda dentro del género, más o menos por la época de Edgar Rice Burroughs y Otis Adelbert Kline. No sólo estaban pasados de moda: la idea de su existencia en sí era un chiste, y sólo le otorgaban espacio mental los chiflados, los excéntricos religiosos y, por supuesto, los periódicos sensacionalistas, donde todas las semanas había que publicar cuando menos un artículo sobre ellos, al estilo de: NIÑA DE SEIS AÑOS EMBARAZADA POR TRIPULANTE DE PLATILLO VOLANTE, REVELA ANGUSTIADA MADRE.

Esas historias, por alguna extraña razón, parecían ocurrir siempre en Brasil o en New Hampshire.

Sin embargo, delante tenía una «cosa» de ésas. Había estado en aquel lugar desde siempre, mientras los siglos transcurrían sobre ella como si de minutos se tratara. De pronto, a su mente acudió una línea del Génesis que lo hizo estremecer como si de una ráfaga de aire frío se tratara: *En aquellos tiempos, la Tierra estaba habitada por gigantes.*

Se volvió hacia Anderson, los ojos suplicantes.

—¿Es real? —preguntó, en un susurro apenas.

—Es real. Tócalo. —Ella le dio un golpecito, reproduciendo un ruido de puño contra caoba.

Gardener tendió la mano… y la retiró. Por el rostro de Anderson pasó una expresión de fastidio, como una sombra.

—Te he dicho que no muerde, Gard.

—¿No me hará nada que yo no quiera?

—En absoluto.

Gardener reflexionó (tanto como era capaz de hacerlo en su estado de tremenda confusión) que en otros tiempos había pensado lo mismo de la bebida. Bien

meditadas las cosas, también lo había oído decir de diversas drogas, casi siempre a sus alumnos universitarios, a principios de los años setenta. Muchos de ellos habían terminado internados en clínicas o como asistentes a sesiones de orientación para drogodependientes.

«Dime, Bobbi, ¿querías trabajar hasta caer rendida? ¿Querías perder peso hasta parecer anoréxica? En realidad, sólo deseo saber esto: ¿actuaste o se te hizo actuar? ¿Por qué me has mentido con respecto a Peter? ¿Por qué no se oyen los gorjeos de los pájaros en este bosque?»

—Anda —dijo ella, con paciencia—. Tenemos mucho que discutir y decisiones difíciles que tomar. No quiero que te derrumbes a la mitad, convencido de que todo ha sido una alucinación surgida de alguna botella.

—Qué sucio, eso que acabas de decir.

—Como casi todas las cosas que la gente debe reconocer. Has tenido episodios de *delirium tremens*. Lo sabes, y yo también lo sé.

«Desde luego, pero la Bobbi de antes nunca lo habría mencionado… al menos, no de esta manera».

—Si lo tocas, lo creerás. Eso es todo lo que quiero decir.

—Por la forma en que lo haces, parece que es importante para ti.

Anderson movió los pie, inquieta.

—Está bien —dijo Gardener—. Está bien, Bobbi.

Tendió de nuevo la mano y agarró el borde de la nave, tal como Anderson lo había hecho aquella primera vez. Tuvo conciencia, demasiada conciencia, de que el rostro de Bobbi había asumido una expresión de desnuda ansiedad, la de alguien que espera el estallido de un petardo.

Varias cosas ocurrieron casi al mismo tiempo.

La primera fue una sensación vibrante que penetraba por sus dedos, la clase de vibración que se siente al apoyar la mano en un poste con cables de alta tensión. Por un momento pareció entumecerle la carne, como si la vibración tuviese una velocidad increíblemente alta. Luego desapareció. En el instante en que eso ocurría, la cabeza de Gardener se llenó de música, pero a tan alto volumen que fue, antes bien, un alarido. En comparación con aquello, lo que oyó la noche anterior había sido un susurro. Tuvo la sensación de estar dentro de un altavoz estéreo a todo volumen.

La luz del día me molesta, para qué voy a negarlo, El horario de la oficina no me lleva a mi destino, Cuando salgo y vuelvo a casa para…

Comenzaba a abrir la boca para gritar pero la canción se cortó, de súbito. Gardener la conocía; había estado de moda cuando él iba a la primaria. Más tarde cantó el fragmento que había escuchado, para cronometrar el tiempo. La secuencia

parecía haber sido de uno o dos segundos de alta vibración: un estallido de música estridente que duró doce segundos; después, la hemorragia nasal.

Sólo que no se podía hablar de estridencia. No la había percibido en los oídos, sino en la cabeza. Había penetrado en ésta como una flecha, desde ese maldito trozo de acero que tenía en la frente.

Vio que Anderson retrocedía, tambaleándose, y extendía los brazos delante de ella, como si tratara de protegerse de algo. Su expresión ansiosa dejó paso a otra de sorpresa, miedo, desconcierto y dolor. Lo último fue que el dolor de cabeza desapareció.

Desapareció por completo.

Pero lo de su nariz no era un simple goteo de sangre; sino una verdadera hemorragia.

3

—A ver, toma. Por Dios, Gard, ¿estás bien?

—Ya pasará —respondió él, con la voz algo apagada por el pañuelo de Bobbi.

Lo plegó y se lo puso contra la nariz, presionando con firmeza en el puente. Echó la cabeza hacia atrás, y el sabor de la sangre comenzó a llenarle la garganta.

—Las he tenido peores —dijo.

Era cierto… pero eso había sido hacía mucho tiempo.

Se apartaron unos diez pasos de la zanja, para sentarse en un árbol caído. Bobbi lo miraba con preocupación.

—Caramba, Gard, no sospeché que ocurriera algo así. Me crees, ¿verdad?

—Sí —respondió él. No sabía muy bien qué había supuesto Bobbi que ocurriría… pero eso no—. ¿Has oído la música?

—No puedo decir que la haya oído —dijo Anderson—. La recibí de tu cabeza, de segunda mano, y estuvo a punto de hacerme estallar.

—¿Sí?

—Sí. —Bobbi rió, algo estremecida. Cuando estoy entre muchas personas, las desconecto.

—¿Puedes hacer eso? —Gard se quitó el pañuelo de la nariz; estaba empapado de sangre; si lo hubiese retorcido, la sangre habría caído para formar un arroyuelo morboso. Pero la hemorragia empezaba a ceder…, gracias a Dios. Dejó caer el pañuelo y se arrancó un faldón de la camisa.

—Sí —dijo Anderson—. Bueno…, no del todo. No puedo desconectar por completo los pensamientos, pero sí restarles volumen, de modo que sean…, un leve susurro en el fondo de mi mente.

—Es increíble.

—Es necesario —lo corrigió ella, ceñuda—. Si no pudiese hacerlo, creo que no saldría más de esa maldita casa. El sábado, en Augusta, abrí la mente para ver cómo era.

—Y lo averiguaste.

—Sí, lo averigüé: como tener un huracán dentro de la cabeza. Lo peor fue lo mucho que me costó volver a cerrar la puerta.

—Esa puerta… esa barrera o lo que sea…, ¿cómo la cierras?

Anderson meneó la cabeza.

—Imposible explicártelo; es lo que le ocurre a quien mueve las orejas y no sabe decir cómo lo hace.

Carraspeó y se miró los zapatos durante un instante. Gardener vio que eran botas de trabajo y que estaban embarradas. Al parecer, no habían abandonado esos pies por mucho tiempo, en el último par de semanas.

Bobbi sonrió un poco. Fue una sonrisa azorada y dolorosamente humorística, todo al mismo tiempo… y en ese momento volvió a ser por completo la Bobbi de antes. La que era su amiga cuando nadie quería serlo. Tenía la misma expresión que Gardener le había visto desde el primer momento, cuando ella era una universitaria recién ingresada y él, un profesor recién graduado, dedicado con apatía a una tesis de doctorado, quizá a sabiendas de que jamás la terminaría. Afectado por una resaca, y con un ataque de hígado, Gardener había preguntado a la clase de nuevos alumnos qué era el caso dativo. Nadie le dio respuesta. En el momento en que él se preparaba, con gran placer, a vapulearles de lo lindo, Anderson, Roberta, fila 5, asiento 3, levantó la mano y se arriesgó. Su respuesta fue tímida…, pero correcta. Como cabía esperar, era la única del grupo que había estudiado latín durante el bachillerato.

Y había esbozado idéntica sonrisa. Gard se sintió inundado de afecto. Diablos, Bobbi había pasado por momentos difíciles, mas seguía siendo Bobbi. Sobre eso no cabía duda.

—De cualquier manera, las mantengo cerradas casi siempre —le estaba diciendo —. De otro modo sería como espiar por las ventanas. Te dije que Paulson, mi cartero, tenía una aventura, ¿recuerdas?

Gardener asintió.

—Yo no quería saberlo. Ni que algún pobre tipo es cleptómano o que bebe a escondidas. ¿Cómo está tu nariz?

—La hemorragia ha cesado. —Gardener dejó el trozo de camisa ensangrentado junto al pañuelo de Bobbi—. Y por eso mantienes el bloqueo.

—Sí. Lo mantengo por un motivo u otro: moral, ético o sólo por no volverme loca con tanto ruido. Contigo alzo las barreras, pues nada capto de ti aunque lo intente. Y lo he probado un par de veces (si te enfadas, lo harás con razón), pero sólo era pura curiosidad, porque nadie más está… en blanco, como tú.

—¿Nadie?

—No. Tiene que haber algún motivo, algo así como un grupo sanguíneo raro. A lo mejor es eso, justamente.

—Lo siento, pero tengo el tipo universal.

Anderson se levantó, riendo.

—Si estás repuesto, podríamos volver a casa, Gard.

«Es la placa que tengo en la cabeza, Bobbi». Estuvo a punto de decirlo; pero, por algún motivo, decidió no hacerlo. «La placa te impide entrar. No sé cómo lo sé, pero lo sé».

—Sí, estoy bien —dijo—. Me vendría bien…

(un trago)

una taza de café, eso sí.

—Concedida. Vamos.

4

Aunque una parte de ella reaccionaba ante Gard con calidez y el sincero afecto de siempre, otra parte suya (la que no era, estrictamente hablando, Bobbi Anderson) se mantenía fría, a un lado, y lo observaba todo con atención. Evaluaba. Interrogaba. Y la primera pregunta era si

(*ellos*)

ella quería, en realidad, que Gardener estuviera allí. Ella

(*ellos*)

había pensado, en un principio, que todos sus problemas quedarían resueltos; Gard la ayudaría en la excavación y ya no necesitaría hacer eso…, bueno, esa primera parte, ella sola. Gard tenía razón en un aspecto: tratar de hacerlo sola había estado a punto de matarla. Pero el cambio que esperaba en él no se había producido. Sólo esa preocupante hemorragia nasal.

«Si lo hace sangrar así, no querrá tocarlo más. Mucho menos, entrar».

«Tal vez no haga falta. Después de todo Peter nunca lo tocó. Peter no quería acercársele, pero su ojo… y el rejuvenecimiento…»

«No es igual. Gard es un hombre, no un viejo sabueso. Y debes aceptarlo Bobbi: exceptuando la hemorragia y ese estallido de música, no hubo el menor cambio».

«Cambio inmediato, no».

«¿Será la placa de acero que tiene en el cráneo?»

«Tal vez… pero ¿por qué ha de ser diferente por tenerla?»

La parte fría de Bobbi lo ignoraba. Sólo sabía que quizá ésa fuese la causa. La nave en sí transmitía una especie de fuerza tremenda, casi animada; lo que había viajado en ella había muerto, fuera lo que fuese, y ella estaba segura de no haber

mentido en ese sentido. Pero la nave en sí estaba casi viva; emitía ese enorme esquema de energía a través de su piel metálica… Y sabía que la zona de emisión se ampliaba un poco más con cada centímetro de superficie que ella liberaba. Esa energía se había comunicado a Gard, sí, pero después…, ¿qué?

Había sido convertida, de algún modo, y descargada en esa breve y feroz transmisión radial.

«¿Y ahora qué hago?»

Aunque lo ignoraba, estaba segura de que no tenía importancia.

Ellos se lo dirían.

Cuando el momento hubiese llegado, *ellos* la enseñarían.

Mientras tanto valía la pena observarle. Pero ¡si al menos le hubiera sido dado leerle la mente! Habría resultado mucho más fácil en ese caso, qué joder.

Una voz respondió fría: *Emborráchalo. Entonces podrás leérsela. Entonces lo leerás sin problemas.*

5

Acababan de bajar del Tomcat, que no volaba, por cierto; sólo rodaba por el suelo, como siempre, aunque en completo silencio, en vez de hacerlo entre los habituales rugidos de su motor; de algún modo, eso parecía espectral y horrible.

Salieron del bosque y avanzaron a tumbos por el borde de la huerta. Anderson dejó el Tomcat en el mismo sitio en que Gard lo había visto por la mañana. Él echó un vistazo al cielo, que empezaba a cubrirse otra vez.

—Harías mejor metiéndolo en el cobertizo, Bobbi.

—Nada le pasará —replicó ella, escueta.

Se guardó la llave en el bolsillo y echó a andar hacia la casa. Gardener lanzó una ojeada al cobertizo. Iba a caminar tras ella, pero se volvió una vez más. En la puerta del cobertizo había un gran candado. Otro agregado. Al parecer, los había a montones.

«¿Qué tienes ahí dentro? ¿Una máquina del tiempo que funciona con pilas de linterna? ¿Qué tienes ahí Bobbi, Modelo-Nuevo-y-Mejorado?»

6

Cuando entró en la casa, Bobbi trasteaba en la nevera. Sacó un par de latas de cerveza.

—¿Hablabas en serio cuando me pediste café? ¿No preferirías una de éstas?

—¿Una Coca-Cola? —preguntó Gardener—. Los platillos volantes van mejor con

Coca-Cola, según mi lema.

Y soltó una risa medio chiflada.

—Bueno —dijo Bobbi. Pero se detuvo en el acto de guardar las latas y coger dos de Coca-cola—. Lo he hecho, ¿verdad?

—¿Eh?

—Te llevé al bosque para mostrártela. La nave. ¿No?

«Por Dios —pensó Gardener—. Por todos los santos del cielo».

Durante un momento, petrificada, con los refrescos en las manos, ella pareció atacada del mal de Alzheimer.

—Sí —respondió Gardener, al tiempo que se sentía la piel fría—, lo has hecho.

—Bien —dijo Bobbi, aliviada—. Ya me lo parecía.

—Bobbi…, ¿te sientes bien?

—Claro —replicó Anderson. Y agregó sin preocuparse, como si el asunto tuviera muy poca importancia—: es que no recuerdo bien qué ocurrió desde que salimos de casa hasta ahora. Pero creo que, en realidad, no importa, ¿verdad? Aquí tienes tu Coca-Cola, Gard. Brindemos por la vida en otros mundos. ¿Qué te parece?

7

Brindaron por otros mundos. Después Anderson le preguntó qué debían hacer con la nave espacial que ella había encontrado detrás de la casa.

—*Nosotros*, nada. *Tú* serás quien lo haga.

—Ya lo estoy haciendo, Gard —observó ella, con suavidad.

—Por supuesto —respondió él, algo irritado—. Hablo de una decisión definitiva. Con mucho gusto te daré todos los consejos que gustes (nosotros, los poetas quebrados y borrachines, somos estupendos para aconsejar), pero, en último término, tú serás quien lo decida. Harás algo más que desenterrarlo. Porque es tuyo. Está en tus tierras y te pertenece.

Anderson pareció escandalizada.

—No pensarás que eso pertenece a alguien, ¿verdad? Caramba, sólo porque tío Frank me dejó estas tierras en su testamento… Porque tenía un título de propiedad que se remontaba a parte de una parcela que el rey Jorge III arrancó de los franceses, después de que éstos se la arrebataran a los indios… Por Dios, Gard, esa cosa tenía cincuenta millones de años cuando los antepasados de esta maldita raza humana estaban encogidos en las cuevas, escarbándose la nariz.

—No lo dudo, desde luego —aseguró Gardener, con sequedad—, sin embargo, eso no altera la ley. Y de cualquier modo, ¿vas a decirme que no te sientes dueña de él?

Se la vio alterada y pensativa a un tiempo.

—¿Dueña? No, yo no diría eso. Lo que me siento es responsable, no dueña.

—Bueno, lo que sea. Puesto que me has pedido una opinión, te la daré. Llama a la Base Limestone de las Fuerzas Aéreas. A quien te atienda, le dices que has encontrado un objeto no identificado en tus tierras y que parece una especie de máquina voladora de tipo avanzado. Quizá te cueste un poco, pero los convencerás. Entonces…

Bobbi Anderson se echó a reír. Y continuó riendo bastante rato, con ganas, a todo pulmón. Fue una carcajada de verdad; y aunque no había nada maligno en ella, Gardener se sintió muy incómodo. Ella rió hasta que las lágrimas le corrieron por el rostro. Gard se envaró.

—Disculpa —dijo Bobbi, al ver su expresión—. Pero me cuesta creer que tú, después de todo, me digas eso. Mira… es… —Volvió a estallar en risas—. Bueno, es una verdadera sorpresa. Como si un predicador bautista me aconsejara beber para curarme de la lujuria.

—No comprendo.

—Por supuesto que comprendes. Tengo ante mí un tipo a quien arrestaron en Seabroock con un revólver en el bolsillo. Un tipo convencido de que el Gobierno no será feliz hasta que todos relumbremos en la oscuridad, como los relojes. Ese mismo tipo me aconseja que llame a las Fuerzas Aéreas para que vengan a hacerse cargo de una nave interestelar.

—Las tierras son tuyas…

—¡Al diablo, Gard! Mis tierras son tan vulnerables como las de cualquiera ante el derecho que asiste al Gobierno a actuar según los intereses generales. Ese derecho permite que se construyan autopistas, por ejemplo.

—Y, a veces, reactores nucleares.

Bobbi se sentó otra vez y miró a su amigo en sereno silencio.

—Piensa con detenimiento en eso que me has dicho —continuó, con suavidad—. Tres días después de esa llamada, ni la tierra ni la nave seguirían siendo «mías». Seis días después tendrían todo esto rodeado con alambre de espino y centinelas apostados cada quince metros. Seis semanas después, el ochenta por ciento de los habitantes de Haven habrían sido desalojados, por las buenas o por las malas… o habrían desaparecido, sin más. Pueden, Gard. Tú sabes que está en su mano el hacerlo. En resumen: quieres que coja el teléfono para llamar a la Policía de Dallas.

—Bobbi…

—Sí, en resumen se trata de eso. He encontrado una nave espacial extraña y tú quieres que la entregue a la Policía de Dallas. De verdad crees que vendrían a decirme: «Por favor, señorita Anderson, acompáñenos a Washington; el Estado Mayor Conjunto tiene mucho interés en conocer sus ideas acerca de este asunto, no sólo porque usted es (bueno, era) la dueña de las tierras donde «eso» está enterrado,

sino porque el Estado Mayor Conjunto consulta siempre a los escritores de novelas de aventuras antes de tomar una decisión sobre estas cuestiones. El presidente también quiere que se presente en la Casa Blanca para que usted le haga conocer su opinión, señorita. Y de paso quiere expresarle personalmente lo mucho que le gustó *Navidad junto a la fogata.*»

Anderson echó la cabeza atrás. Su carcajada fue salvaje, histérica, casi escalofriante. Gardener apenas se dio cuenta de ello.

¿En verdad pensaba que esa gente iría a las tierras de Bobbi con actitud cortés? ¿Tratándose de algo tan potencialmente importante? No, por cierto. Le quitarían la tierra. La amordazarían, y también a él… Pero quizá eso no bastara para que se sintieran cómodos, y tal vez ambos terminaran en algún lugar, mezcla de *gulag* ruso con sanatorio de lujo, para descansar: con todas las diversiones gratis, pero jamás saldrían de él.

Y quizá ni siquiera eso sería bastante. «Se ruega no enviar flores». Sólo así dormirían tranquilos los nuevos encargados de la nave espacial.

Después de todo, no era una reliquia arqueológica, ni un florero etrusco, ni una miniatura desenterrada en el lugar donde se celebró alguna batalla de la guerra civil, ¿verdad? La mujer que lo había encontrado proporcionaba a su casa toda la energía necesaria con pilas secas. Y Gardener estaba dispuesto a creer que, si la nueva marcha del Tomcat no funcionaba todavía, pronto lo haría.

¿Y a base de qué funcionaba, al fin y al cabo? ¿De microchips? ¿De semiconductores? No. El ingrediente adicional era *Bobbi*, la Nueva Bobbi Perfeccionada. *Bobbi*. O quizá cualquier persona que se acercara al objeto. Y un objeto como aquél… bueno, no podía dejarse en manos de cualquier ciudadano común, ¿verdad?

—Sea lo que fuere —murmuró—, ese maldito plato ha de ser estupendo para el cerebro. Te ha convertido en un genio.

—No. En un sabio idiota —corrigió Anderson, en voz baja.

—¿Qué?

—Un sabio idiota. En Pineland, la institución oficial para retrasados mentales graves, hay cinco o seis de ellos. En mis tiempos de universitaria pasé dos veranos allí, en un programa de práctica laboral. Había un tipo que multiplicaba mentalmente dos cifras de seis dígitos y te daba la respuesta correcta en menos de cinco segundos… pero se meaba en los pantalones en cualquier momento. Había un niño de doce años, hidrocéfalo: su cabeza parecía una calabaza premiada. Pero componía páginas perfectamente alineadas en los márgenes a razón de ciento sesenta palabras por minuto. No sabía hablar, no sabía leer, no sabía pensar, pero en tipografía era un huracán.

Anderson manoseó un cigarrillo y lo encendió. Desde el rostro flaco, ojeroso, sus

ojos seguían fijos en Gardener.

—Eso es lo que soy: un sabio idiota. Eso es lo único que soy —repitió—, y ellos lo saben. Estos arreglos (el del calentador, y el de la máquina de escribir) sólo los recuerdo por fragmentos. Mientras los llevo a cabo, todo parece muy claro. Pero después… —miró a Gard, suplicante—. ¿Comprendes?

Él asintió.

—Viene de la nave, como trasmisiones radiales de una torre emisora. La radio sintoniza las trasmisiones y las envía al oído humano, pero eso *no es hablar*. Al Gobierno le gustaría encerrarme en alguna parte y cortarme en pedacitos para ver si se han producido cambios físicos en mí…, en cuanto un lamentable accidente mío les proporcionara motivos para una autopsia, claro está.

—¿Estás segura de que no me lees la mente, Bobbi?

—No. Pero ¿crees de verdad que se abstendrían de liquidar a unas cuantas personas por un asunto como éste?

Gardener negó con la cabeza.

—Por lo tanto, tu consejo se reduce a esto: primero telefoneo a la Policía de Dallas; después me dejo aprehender por la Policía de Dallas, por último, me dejo asesinar por la Policía de Dallas.

Gard la observó, preocupado.

—De acuerdo, me rindo —dijo él—. Pero ¿qué alternativa queda? Tienes que hacer algo, por Dios. Esa cosa te está matando.

—¿Qué?

—Has perdido quince kilos, para empezar.

—Quin… —Anderson dio un respingo, intranquila—. No, Gard, es imposible. Siete, ocho…, tal vez. Pero me estaban apareciendo «michelines»; de cualquier forma…

—Pésate —dijo Gardener—. Si logras que la aguja pase de los cuarenta y tres, aun con las botas puestas, me comeré la balanza. Si pierdes un par de kilos más, enfermarás. Tal como estás, podría atacarte una arritmia cardíaca y morirías en dos días.

—Me hacía falta adelgazar un poco. Y estaba…

—Demasiado ocupada para comer, ¿verdad?

—Bueno, no era lo que iba a d…

—Cuando te vi anoche, parecías una superviviente de los campos de concentración. Sólo sabías quién era yo; nada más. Todavía no estás bien. Volvemos de ver tu maravilla y, cinco minutos después, me preguntas si ya hemos ido a verla…

Los ojos de Bobbi seguían bajos, pero su expresión era visible: terca, mohína. Él la tocó con suavidad.

—Sólo digo que, por maravilloso que sea ese objeto del bosque, te ha hecho cosas

en el cuerpo y en la mente que han sido terribles para ti.

Bobbi se apartó.

—Si con eso insinúas que estoy loca…

—¡No, en absoluto digo que estés loca, por el amor de Dios! Pero sí que tal vez enloquezcas si no te detienes. ¿Acaso me negarás que has tenido lagunas?

—Me estás interrogando como un policía, Gard.

—Si tenemos en cuenta que me pediste consejo hace quince minutos, eres un testigo bastante hostil, ¡qué joder!

Se fulminaron con la mirada por un momento. Anderson fue la primera en ceder.

—No es del todo correcto hablar de lagunas. No trates de comparar lo mío con lo que te ocurre cuando bebes demasiado. No es lo mismo.

—No pienso discutir cuestiones de semántica, Bobbi. Eso es irse por las ramas, y tú lo sabes. Esa cosa enterrada resulta peligrosa. Eso es lo que me parece importante.

Anderson levantó la vista, la expresión inescrutable. Sus palabras no fueron una pregunta ni una declaración; surgieron neutras, sin inflexiones.

—Te parece.

—No se trata sólo de que hayas concebido o recibido ideas —apuntó Gardener—. Has estado actuando impulsada.

—Impulsada. —La expresión de Anderson no cambió.

Gard se frotó la frente.

—Impulsada, sí; como el tipo malo y estúpido que obliga a su caballo a andar hasta que cae muerto entre las varas del carro y entonces aún azota al cadáver porque el maldito jamelgo ha tenido el valor de morirse. Un hombre así resulta un peligro para los caballos. Lo que hay en esa nave, sea lo que fuere… es peligroso para Bobbi Anderson. Si yo no hubiese aparecido…

—¿Qué? Si tú no hubieses aparecido…, ¿qué?

—Creo que todavía estarías metida en eso: trabajando noche y día, sin comer…, y para el próximo fin de semana habrías muerto.

—Pienso que no —dijo Bobbi, con serenidad—, pero supongamos que tienes razón. Ahora estoy normal.

—No estás normal. No te encuentras bien.

El rostro de Bobbi había recobrado su expresión de mula; esa expresión le decía que sólo decía idioteces y que ella prefería no escucharle.

—Mira —dijo Gardener—, estoy de acuerdo contigo en una cosa al menos: esto es lo más grande, lo más importante, lo más apabullante que haya ocurrido jamás. Cuando se sepa, los titulares del *New York Times* parecerán los de un pasquín. La gente cambiará de religión por esto, qué joder. ¿Lo sabes?

—Sí.

—No es un barril de pólvora, sino una bomba atómica. ¿Sabes también eso?

—Sí —repitió Anderson.

—Entonces no me mires con esa cara de culo. Si quieres hablar, hablemos, qué joder.

Anderson suspiró.

—Sí, está bien. Disculpa.

—Admito que me equivoqué al sugerirte que llamaras a las Fuerzas Aéreas.

Hablaron juntos, y luego rieron juntos, y eso les hizo bien.

—Algo hay que hacer —insistió Gard, sin dejar de sonreír.

—De acuerdo —reconoció Anderson.

—Pero por todos los diablos, ¡no pude aprobar química y sólo estudié física elemental! Aunque no sé mucho, me parece que es preciso… amortiguarlo o algo por el estilo.

—Necesitamos expertos.

—¡Eso! —exclamó Gardener—. ¡Expertos!

—Y todos los expertos trabajan para la Policía de Dallas, Gard.

Él levantó las manos, disgustado.

—Contigo aquí, nada me ocurrirá. Estoy segura.

—Lo más probable es que suceda al revés. En cuanto nos descuidemos, seré yo quien tenga lagunas y deje de comer.

—Creo que valdría la pena.

—Estás decidida, ¿eh?

—He decidido qué quiero hacer, sí. Y lo que quiero es callarme y terminar la excavación. Ni siquiera será necesario desenterrarlo del todo. Creo que si profundizo (espero que profundicemos los dos) otros doce o quince metros, llegaremos a una escotilla. Y si logramos entrar…

Los ojos de Bobbi centellearon. Gardener sintió que en su propio pecho se levantaba el entusiasmo, a manera de reacción. Todas las dudas del mundo no lograrían apagar ese entusiasmo.

—¿Si logramos entrar? —repitió.

—Si logramos entrar, llegaremos a los mandos. Y si lo conseguimos, haré que esa maldita cosa salga volando de la Tierra.

—¿Crees poder conseguirlo?

—Estoy segura.

—¿Y después?

—Después…, no sé —repuso Bobbi, con un encogimiento de hombros. Era el mejor y más eficiente de cuantos embustes había dicho hasta ese momento… y Gardener supo que mentía—. Después…, algo ocurrirá. Es todo lo que sé.

—Pero dices que me corresponde decidir a mí.

—Eso he dicho, sí. En cuanto al mundo exterior, sólo me es posible seguir

callando. Si tú decides hablar, ¿cómo impedírtelo? ¿Matándote con el rifle de tío Frank? Sería incapaz. Tal vez lo hiciera un personaje de alguna de mis novelas, pero yo, no. Por desgracia, esto es la vida real, donde no hay soluciones de verdad. Creo que en la vida real me quedaría aquí, siguiéndote con la mirada, mientras te alejaras.

»Pero no importa a qué persona acudieras, Gard (un científico de la universidad, un biólogo de laboratorio, un físico de la Tecnológica), tarde o temprano resultaría que, en realidad, habrías avisado a la Policía de Dallas. La gente vendría aquí en camiones con alambres de espino y rifles. —Esbozó una ligera sonrisa—. Al menos no tendría que ir sola a ese sanatorio de lujo policiaco.

—¿No?

—No. Tú también estás metido en esto. Si me llevasen allí, vendrías conmigo en el asiento vecino. —Aquella débil sonrisa se estiró, pero sin mucho humor—. Bienvenido a la casa de los locos, amigo mío. ¿No te alegras de haber venido?

—Estoy encantado al máximo —repuso Gardener.

8

Cuando la risa pasó, Gardener descubrió que la atmósfera había sufrido un notable cambio en la cocina, para mejorar.

—¿Qué supones que sucedería con la nave si la Policía de Dallas se apoderase de ella? —preguntó Bobbi.

—¿No has oído hablar del Hangar 18? —preguntó Gard.

—No.

—Según rumores, el Hangar 18 formaría parte de una base de las Fuerzas Aéreas instalada en las afueras de Dayton. O de Dearborn. O en algún lugar de Estados Unidos. Se supone que allí guardan los cadáveres de unos cinco hombrecitos que tienen rostro de pez y agallas en el cuello. Tripulantes de platillos volantes. Es una de esas cosas que se dicen como la de que alguien encontró una cabeza de rata en su hamburguesa o que en las cloacas de Nueva York hay caimanes. Pero ahora empiezo a preguntarme si será, de verdad, un cuento de hadas. De cualquier modo creo que ése sería el final.

—¿Puedo contarte uno de esos modernos cuentos de hadas, Gard?

—Con toda confianza.

—¿Has oído el de ese tipo que descubrió una píldora que reemplazaba a la gasolina?

9

El sol se ponía en una brillante combinación de rojos, amarillos y púrpuras. Gardener lo contemplaba sentado en un gran tocón del patio trasero. Habían pasado la mayor parte de la tarde enfrascados en la conversación; y discutido a ratos. Otras veces se habían enzarzado en algún razonamiento difícil. Bobbi había puesto fin a la charla al declarar que volvía a estar muerta de hambre. Preparó una enorme olla de fideos y asó gruesas costillas de cerdo. Gardener la siguió a la cocina, con ganas de reabrir la discusión (los pensamientos rodaban por su mente como bolas en una mesa de billar), pero Anderson no quiso. Ofreció una copa a Gardener; él, tras una larga pausa pensativa, la aceptó. El whisky le sentó bien, pero no sintió necesidad de otro. No mucha, al menos. Y, allí sentado, colmado de alimento y con aquella vista del cielo, se dijo que Bobbi parecía estar en lo cierto. Habían mantenido toda la conversación constructiva que era necesaria.

Llegaba el momento de la decisión.

Bobbi había tomado cantidades ingentes de comida.

—Vas a vomitar, Bobbi —dijo él. Hablaba en serio, pero no pudo contener la risa.

—No —replicó ella, con placidez—. Nunca me he sentido mejor. —Y eructó—. En Portugal, esto es un cumplido para el cocinero.

—Y después de una buena jodida… —Gard levantó una pierna y dejó escapar una ventosidad.

Bobbi rió con ganas.

Una vez hubieron lavado los platos («¿Todavía no has inventado algo para hacer esto, Bobbi?» «Ya lo haré, dame tiempo»), se instalaron en la pequeña salita, que no había cambiado mucho desde los tiempos del tío, para ver las noticias de la noche. No había nada bueno en ellas. Oriente Medio ardía otra vez. Israel lanzaba ataques aéreos contra las fuerzas terrestres sirias en el Líbano (y había volado una escuela por accidente; Gardener hizo una mueca de horror ante las imágenes de los dolientes niños quemados); los rusos se lanzaban contra los reductos montañeses de los rebeldes afganos; en América del Sur, un golpe militar…

En Washington, la Comisión de Regulación Nuclear había divulgado una lista de noventa instalaciones nucleares de treinta y siete estados, todas ellas con problemas de seguridad que iban «de lo moderado a lo serio».

«De lo moderado a lo serio; magnífico», pensó Gardener, al tiempo que sentía como la vieja ira impotente se agitaba en él, y le quemaba igual que el ácido. «Si perdemos Topeka, eso es moderado. Si perdemos Nueva York, ya es serio».

Notó que Bobbi lo miraba con un poco de tristeza.

—Sigues con lo mismo, ¿eh? —dijo ella.

—Sí.

Cuando el informativo terminó, Anderson dijo que iba a acostarse.

—¿A las siete y media?

—Todavía estoy molida.

Y en verdad lo parecía.

—De acuerdo. Yo también me acostaré muy pronto, porque estoy cansado. He tenido un par de días terribles, pero no sé si podré dormir con todo esto dando vueltas en mi cabeza.

—¿Quieres un Valium?

Él sonrió.

—Ya he visto que aún están allí, pero paso. A ti te habrían venido bien, en el último par de semanas, al menos.

El estado de Maine había aceptado la decisión de Nora de no presentar cargos contra Gardener, a condición de que él iniciara un programa de ayuda psicológica. El programa en cuestión duró seis meses; el Vallum, al parecer, se prolongaría para siempre. Gardener llevaba casi tres años sin tomarlo, pero a veces (sobre todo cuando salía de viaje) presentaba la receta en alguna farmacia. De lo contrario, cualquier ordenador eructaría su nombre y algún psicólogo a sueldo del Estado pasaría a visitarle, para asegurarse de que tenía la cabeza reducida al tamaño adecuado.

Después de que Bobbi se acostó, él apagó el televisor y pasó un rato sentado en la mecedora leyendo *Los soldados del búfalo*. Al poco rato la oyó roncar. Sus ronquidos parecían formar parte de una conspiración para mantenerlo despierto, pero no importaba. Bobbi había roncado siempre a consecuencia de un tabique nasal desviado; eso no había dejado de fastidiarle, pero desde la noche anterior sabía que existían cosas peores. Por ejemplo, el horrible silencio con que ella había dormido en el sofá.

Eso era mucho peor.

Gardener asomó la cabeza un momento y vio que Bobbi dormía en una postura mucho más normal en ella: desnuda, con excepción del pantalón del pijama, con los pechitos al aire y la sábana revuelta entre las piernas; una mano bajo la mejilla, la otra junto al rostro y el pulgar casi en la boca. Bobbi se encontraba bien.

Por lo tanto, Gardener se instaló allí para tomar una decisión.

La pequeña huerta de Bobbi estaba espléndida; Gard no había visto maíz tan alto en su viaje desde Arcadia; los tomates eran dignos de una exposición. Algunas plantas le llegaban al pecho. En medio de todo había un grupo de girasoles gigantescos, ominosos como trífidos, que cabeceaban con una ligera brisa.

Un rato antes, cuando Bobbi le preguntó si alguna vez había oído hablar de la supuesta «píldora de gasolina», Gardener asintió con una sonrisa. Más cuentos de hadas del siglo XX, sí. Ella le había preguntado entonces si lo creía. Gard, siempre con una sonrisa, respondió que no. Bobbi le recordó lo del Hangar 18.

—¿Eso significa que sí crees en esa píldora? ¿Algo que dejas caer en tu tanque para viajar todo un día?

—No —respondió Bobbi, en voz baja—. De cuanto he leído, nada sugiere la posibilidad de que esa píldora exista. —Se inclinó hacia adelante, con los antebrazos en los muslos—. Pero te diré algo que sí creo: si existiera, no estaría a la venta. Alguna compañía petrolífera grande, tal vez el mismo Gobierno, la compraría… o la robaría.

—Sí —convino Gard con ella.

Más de una vez había pensado en las locas ironías inherentes a todo *statu quo*: ¿abrir las fronteras de Estados Unidos y dejar sin trabajo a toda la gente de Aduanas? ¿Legalizar la droga y acabar con la DEA[5]? Era como disparar contra la Luna con una carabina de aire comprimido.

Gard estalló en una carcajada.

Bobbi lo miró, desconcertada, pero también sonriente.

—¿Qué sucede? Cuenta.

—Pensaba que si existiese una píldora así, la Policía de Dallas mataría al descubridor y lo pondría con los enanitos verdes del Hangar 18.

—Para no hablar de toda su familia —añadió Bobbi.

Esa vez Gard no rió, no le pareció tan divertido.

—Con ese punto de vista —dijo Anderson—, piensa en lo que he hecho aquí. No tengo habilidad con las herramientas, mucho menos soy una científica; pero la fuerza que obró a través de mí produjo una serie de aparatos que parecen proyectos para niños, elaborados por un muchachito bastante incompetente.

—Pero funcionan —replicó Gardener.

Sí. Anderson estaba de acuerdo. Funcionaban. Hasta tenía una vaga idea de cómo lo hacían, según un principio que se podía titular «fusión de la molécula en desintegración». No era atómico; no contaminaba. La máquina de escribir telepática, dijo, dependía de la fusión de la molécula en desintegración en cuanto a energía, pero el verdadero principio era muy diferente y ella no lo comprendía. Adentro había un paquete energético que había iniciado su vida como máquina depiladora; a parte de eso, nada más sabía.

—Si trajeses aquí a unos cuantos científicos oficiales, es probable que analizaran todo esto en seis horas —dijo Anderson—. Recorrerían la casa como si alguien les hubiese dado una patada en las pelotas y se preguntarían cómo diablos pasaron por alto durante tanto tiempo conceptos tan elementales. ¿Y sabes qué ocurriría después?

Gard se concentró en ello, con la cabeza gacha; una mano aferraba la lata de cerveza que Bobbi le había dado; la otra sostenía su frente. De pronto se vio otra vez en aquella fiesta horrible, escuchando la defensa que Ted, el hombre nuclear, hacía de la central nuclear Iroquois, que en ese mismo momento cargaba cilindros radiactivos: «Si hiciésemos lo que esos locos antinucleares quieren, en uno o dos meses estarían protestando por no poder usar los secadores para el cabello o porque las cocinas

eléctricas no funcionarían para preparar sus comidas macrobióticas». Se vio a sí mismo llevando a Ted, el hombre nuclear, al bufé de Arberg. Lo veía con tanta claridad como si hubiese ocurrido. ¡Diablos, como si estuviese ocurriendo en ese mismo instante!

En la mesa, entre las patatas fritas y las fuentes de verduras crudas, se hallaba uno de los artefactos de Bobbi. Pilas conectadas a un interruptor común, de los que se consiguen en cualquier ferretería. Gardener se vio a sí mismo pulsando el interruptor. De pronto, todo cuanto había en la mesa: patatas fritas, verduras, la fuente con divisiones para cinco clases de salsas, los restos de carnes frías y los huesos de pollo, ceniceros, bebidas… todo se elevó quince centímetros en el aire y se mantuvo allí. Sus sombras formaban decorosos charcos en el mantel.

Ted, el hombre nuclear, miró todo aquello durante un momento, con leve fastidio. Después, arrojó de un manotazo el artefacto fuera de la mesa. Los cables se desprendieron. Las pilas rodaron por todas partes. Los objetos cayeron de nuevo en la mesa con estruendo; los vasos volcaron; los ceniceros desparramaron colillas. Ted se quitó la chaqueta deportiva y cubrió los restos del artefacto con ella, tal como habría cubierto el cadáver de un animal atropellado en la carretera. Hecho eso, se dirigió de nuevo hacia el grupito que escuchaba su perorata.

«Esta gente cree que puede salirse con la suya, no importa cómo. Esta gente da por sentado que siempre hay posiciones alternativas. Se equivoca, no las hay: o las plantas nucleares o nada».

Gardener se oyó gritar, con una ira que, para variar, era sobria: «¿Y lo que usted acaba de romper? ¿Qué me dice de eso?» Ted se inclinó para recoger su chaqueta deportiva, con tanta gracia como un mago que agita su capa ante la deslumbrada concurrencia. Bajo ella… nada, salvo algunas patatas fritas. Ni señales del artefacto. Ni el menor rastro de él.

«¿Qué le digo de qué?», preguntó Ted, el hombre nuclear, al tiempo que miraba a Gardener con expresión de simpatía, mezclada con una generosa porción de desprecio. Se volvió hacia su público: «¿Alguien ve algo aquí?»

«No», respondieron todos al unísono, como niños que recitaran: Arberg, Patricia McCardle, todos; hasta el joven camarero y Ron Cummings. «No, nada vemos, absolutamente nada. Ted. Tienes razón; Ted, las plantas nucleares o nada».

Ted sonreía. «En cuanto nos descuidemos, vendrá a contarnos esa vieja historia de la píldora mágica que se puede echar en el tanque de gasolina para viajar todo el día». Ted, el hombre nuclear, empezó a reír. Los otros lo imitaron. Y todos se reían de Gard.

Levantó la cabeza y volvió los ojos atormentados hacia Bobbi Anderson.

—¿Qué te parece que harían? ¿Ocultar todo esto?

—¿Qué te parece a ti? —Y al cabo de un momento, con voz muy suave, ella

había insistido—: ¿Gard?

—Sí —había reconocido Gardener, después de largo rato. Por un momento estuvo a punto de estallar en lágrimas—. Sí, claro. Seguro.

10

Y ahora se hallaba sentado en un tocón del patio trasero, sin la menor idea de que una escopeta cargada le apuntaba a la nuca.

Pensaba en su recomposición mental de la fiesta. Todo era tan horrible, tan obvio, que era perdonable el hecho de que hubiera tardado tanto en comprenderlo. No se podía encarar lo de la nave sepultada pensando sólo en el bienestar de Bobbi o de Haven. Hiciera lo que hiciera con Bobbi o con todos los que estuvieran en las cercanías, la decisión definitiva sobre la nave enterrada tendría que basarse en el bienestar del mundo.

Gardener había actuado en muchas comisiones, cuyas metas variaban entre lo posible y lo ridículo. Había participado en manifestaciones; y dado más de lo permitido por su economía como colaboración solicitada en dos campañas sin éxito para que se cerrara una central nuclear en Maine por referendo; en sus tiempos de estudiante, había estado en manifestaciones contra la participación estadounidense en Vietnam; pertenecía a un grupo ecológico pacifista. De cinco o seis modos distintos, había intentado ocuparse del bienestar mundial, pero sus esfuerzos, aunque nacidos del pensamiento individual, habían tenido siempre expresión como parte de un grupo. Ahora…

«Es cosa tuya, Gard. Sólo tuya». Suspiró. Fue como un sollozo. «Pide esos famosos cambios, muchacho, de acuerdo. Pero antes pregúntate quién desea que el mundo cambie. Los hambrientos, los enfermos, los desalojados, ¿verdad? Los padres de esos niños africanos de vientres abultados y grandes ojos agonizantes. Los negros de Sudáfrica. ¿Querrá Ted, el hombre nuclear, una gran parte de esos cambios? ¡La boca se te haga a un lado! Ni Ted, ni el Politburó, ni los Knesset, ni el presidente de Estados Unidos, ni Xeros, ni Barry Manilow».

Oh, no; los grandes, nunca; los que tenían el verdadero poder y manejaban la máquina del *Statu Quo*, jamás. Su lema era: «Quiten esos cambios de mi vista».

En otros tiempos, él no habría vacilado ni por un momento, y esos tiempos no estaban tan lejanos. Bobbi no hubiera necesitado argumentar. El mismo Gard habría azotado al caballo hasta reventarle el corazón… sólo que él también se encontraría entre las varas, tirando del carro. Por fin había una fuente de energía limpia, tan abundante y fácil de producir que podía ser considerada casi gratuita. En seis meses, todos los reactores nucleares de Estados Unidos serían detenidos en seco. En el curso de un año, todos los reactores del mundo. Energía barata. Transporte barato. Viajes a

otros planetas, y hasta a otros sistemas estelares; parecía posible: después de todo, la nave de Bobbi no había llegado a Haven, Maine, en un barco de vela. Era una realidad, era (un redoble de tambores, maestro, por favor) ¡la solución para todo!

«¿Te parece que habrá armas a bordo de esa nave?» —pensó en preguntarle a Bobbi, pero algo le hizo callar. ¿Armas? Tal vez. Y si Bobbi recibía suficiente «fuerza residual» como para crear una máquina de escribir telepática, ¿no podría crear también algo que pareciera una pistola de balas paralizantes a lo *Flash Gordon*, pero que funcionara de verdad? ¿Un desintegrador? ¿Un rayo-tractor? Algo que, en vez de hacer *brooommm* o *uaca-uaca-uaca*, pudiera convertir a la gente en montones de cenizas humeantes. Tal vez. ¿No era posible que alguno de los científicos hipotéticos de Bobbi adaptara objetos como el artefacto del calentador o el motor del Tomcat para provocar un daño radical a las personas? Seguro. Después de todo, mucho antes de que las tostadoras, los secadores de pelo y las estufas fueran inventados, el estado de Nueva York usaba la electricidad para freír a los asesinos en Sing-Sing.

Lo que asustaba a Gardener era que la idea de las armas tenía cierto atractivo. En parte, quizá por propio interés. Si llegaba la orden de echar una chaqueta deportiva sobre el desastre, era probable que él y Bobbi formaran parte de lo que quedara cubierto. Pero más allá de eso había otras posibilidades. Una de ellas, descabellada, aunque no por ello carente de atractivo, era la de patear unos cuantos culos que merecían patadas. La idea de enviar a la Zona Fantasma a ciertos tipos, como el *Ayatollah*, era tan deliciosa que casi le hizo reír entre dientes. ¿Por qué esperar a que los israelíes y árabes solucionaran sus problemas? Y los terroristas de cualquier color… ¡adiós, queridos!

¡Magnífico, Gard! ¡Me encanta! ¡Lo pasaremos por televisión en cadena! Será mejor que Corrupción en Miami. *En vez de dos temerarios perseguidores de traficantes, serán ¡Gard y Bobbi recorriendo el planeta en su platillo volante! ¡Que alguien me alcance un teléfono! ¡Tengo que avisar a la televisión!*

«Eso no es divertido», meditó Gardener.

¿Y quién bromea? ¿No pensabas en eso? ¿De jugar al Llanero Solitario *y el indio con Bobbi*?

«¿Y qué? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que esa alternativa empiece a gustar? ¿Cuántas bombas escondidas harán falta? ¿Cuántas mujeres muertas a tiros en las embajadas? ¿Cuántos niños asesinados? ¿Por cuánto tiempo dejaremos que todo siga?»

Me encanta, Gard. «Bueno, todos los habitantes del planeta Tierra, canten con Gard y Bobbi: Dad una oportunidad a la paz…»

«Eres un asco».

Y tú empiezas a parecerme peligroso. ¿Recuerdas el miedo que tenías cuando el policía te encontró la pistola en la mochila? Porque ni siquiera recordabas haberla

puesto allí. Y todo vuelve a empezar. La única diferencia es que ahora hablas de un calibre mayor. ¡Por Dios!

Cuando era joven, nunca se le habrían ocurrido estas cuestiones. En todo caso, se hubiera limitado a descartarlas, sin más. Al parecer, Bobbi lo había hecho ya. Después de todo, ella era quien había mencionado el hombre a caballo.

«¿Qué quiere decir eso? ¿Hombre a caballo?»

«Me refiero a nosotros, Gard. Pero creo… creo que, sobre todo, a ti».

«Cuando yo tenía veinticinco años, ardía constantemente. A los treinta, ardía parte del tiempo. Pero el oxígeno, aquí dentro, debe de estar escaseando, porque ahora sólo ardo cuando me embriago. Me da miedo montar ese caballo, Bobbi. Si la historia me ha enseñado algo es que a los caballos les gusta desbocarse».

Volvió a cambiar de posición en el tocón. El cañón de la escopeta lo siguió. Anderson estaba sentada en un banquillo, en la cocina, y seguía con el arma cada pequeño movimiento que él hacía. Captaba muy poco de sus pensamientos, y eso la enloquecía de frustración; pero alcanzaba a comprender que Gard se acercaba cada vez más a la decisión… Y cuando la tomara, Anderson creía saber cuál era.

Esperó, tranquila, con la mente sintonizada al leve hilo de los pensamientos de Gardener, para establecer la tenue conexión.

Ya no faltaba mucho.

11

Lo que en realidad te asusta es la posibilidad de negociar desde una posición de fuerza por primera vez en tu miserable y confusa vida.

Se sentó más erguido, con expresión de fastidio. No era cierto, ¿verdad? No podía serlo.

Oh, pero lo es, Gard. Si incluso apoyas a los peores equipos de béisbol. De ese modo no has de preocuparte ante la posibilidad de deprimirte si acaso uno de ellos falla en el Campeonato del Mundo. Lo mismo ocurre con los candidatos y las causas que apoyas, ¿no es así? Si tu política nunca tiene la posibilidad de verse puesta a prueba, jamás deberás preocuparte porque descubras que el nuevo patrón es lo mismo que el anterior, ¿verdad?

«No tengo miedo. De eso no».

¿Que no? ¿Hombre a caballo, tú? Qué risa. Te daría un ataque al corazón si alguien te pidiera que fueras hombre a triciclo. Tu propia vida personal no ha sido un esfuerzo constante por destruir todas las bases de poder que tuviese. El matrimonio, por ejemplo. Nora era fuerte; al final tuviste que meterle un balazo en el rostro para liberarte de ella; pero cuando el juego estuvo sobre la mesa no lo sostuviste, ¿verdad? Te las arreglas para salirte con la tuya en cualquier situación,

eso hay que reconocértelo. Hiciste que te despidieran de la cátedra y así eliminaste otra base de poder. Has pasado doce años regando con alcohol la pequeña chispa de talento que Dios te dio, en cantidades suficientes para apagarla. Y ahora, esto. Será mejor que huyas, Gard.

«¡Eso no es justo! ¡De veras, no es justo!»

Tal vez sí. Tal vez no. De un modo u otro, descubrió que la decisión estaba tomada ya. Apoyaría a Bobbi, al menos por un tiempo. Haría las cosas a su modo.

La alegre aseveración de Bobbi en cuanto a que todo estaba bien no concordaba con su agotamiento y su pérdida de peso. Lo que la nave enterrada había hecho con ella, era probable que también lo hiciera con él. Lo ocurrido (o dejado de ocurrir) esa tarde no demostraba nada: no se podía esperar que todos los cambios fueran instantáneos. Sin embargo, la nave, y la fuerza que emanaba de ella, fuera lo que fuese, tenía una gran capacidad para llevar a cabo cosas buenas. Eso era lo principal y… bueno, ¡a la mierda con los *Tommyknockers*!

Gardener se levantó para encaminarse hacia la casa. El sol se había puesto y la penumbra iba cobrando el color de la ceniza. Tenía la espalda entumecida. Se desperezó, y su columna emitió un crujido, arrancándole una mueca. Más allá de la oscura silueta silenciosa del Tomcat estaba la puerta del cobertizo, con su nuevo candado. Gard pensó en ir a echar un vistazo por alguna de las sucias ventanas, pero decidió que no. Tal vez temía que algún rostro blanco asomara por el oscuro vidrio, y mostrara una sonrisa llena de afilados dientes canibalescos en mortífero anillo. «Hola, Gard. ¿Quieres conocer a algunos *Tommyknockers* de verdad? ¡Pasa! ¡Aquí somos muchos!»

Gardener se estremeció; casi oía finos dedos malignos que rascaban los cristales. Entre el día anterior y ése habían ocurrido demasiadas cosas. Su imaginación estaba desbocada; esa noche lo volvería loco. No sabía qué deseaba: si dormir o ser atacado por el insomnio.

12

Una vez dentro de la casa, observó que su intranquilidad se evaporaba; y con ella, parte de su ansiedad de beber. Se quitó la camisa y echó un vistazo al dormitorio de Anderson. Bobbi seguía tendida como antes, con las sábanas hechas un bollo entre las piernas, horriblemente flacas, y un brazo extendido fuera de la cama. Roncaba.

«Ni siquiera se ha movido. Qué cansada ha de estar, por Dios».

Se dio una larga ducha, con el agua tan caliente como pudo soportar (gracias al nuevo calentador de Bobbi Anderson, eso requería girar la llave del grifo apenas cinco grados a la izquierda de FRÍO). Cuando su piel empezó a enrojecer, salió a un cuarto de baño tan lleno de vapor como Londres apresado en una niebla de época

victoriana. Se secó con la toalla, se limpió los dientes con un dedo («Tengo que hacer algo para conseguir algunas cosas», pensó), y se metió en la cama.

En el momento de dormirse descubrió que otra vez estaba pensando en lo último que Bobbi le había dicho durante la discusión: creía que la nave enterrada comenzaba a afectar a los vecinos. Cuándo él le pidió detalles, Anderson respondió con vaguedades y cambió de tema. Gardener se dijo que, en ese caso descabellado, todo era posible. A pesar de que las tierras del viejo Frank Garrick estaban donde el diablo dio las tres voces, constituían casi el centro geográfico exacto del distrito en sí. Aunque existía la aldea de Haven, estaban a siete kilómetros al norte.

—Por tu modo de expresarte, se diría que emite gas venenoso —había comentado él, en un intento de no mostrar su inquietud—. Tóxico del espacio. Vinieron del Agente Naranja.

—¿Gas venenoso? —repitió Bobbi. Se había distraído otra vez. Su rostro flaco, tan flaco ahora, estaba cerrado y distante—. No, gas venenoso, no. En todo caso…, vapores, por darle un nombre. Pero antes bien se trata de la vibración, cuando alguien lo toca.

Gardener no repuso; no quería apartarla de su estado de ánimo.

—¿Vapores? No, eso tampoco. Pero algo así. Creo que si los de Contaminación Ambiental vinieran con sus artefactos, no hallarían elementos contaminantes. Si existe algún residuo físico en el aire, ha de ser insignificante.

—¿Te parece posible, Bobbi? —preguntó Gardener en voz baja.

—Sí. No puedo decir que yo sé lo que está pasando, porque no es cierto. No tengo información interna. Pero pienso que una capa muy fina del casco de la nave (y cuando digo fina quiero decir no más de una molécula de espesor) puede ir oxidándose a medida que la desentierro y va quedando expuesta al aire. Eso significa que yo recibo la dosis más densa; después, el viento se la lleva, como a las hojas. La gente de la ciudad recibirá la mayor parte; pero, en este caso, esa «mayor parte» sería mínima.

Bobbi se movió en la mecedora y estiró la mano derecha hacia el suelo. Gardener le había visto hacer muchas veces ese gesto; la expresión de desconsuelo que cruzó el rostro de su amiga lo llenó de simpatía. Bobbi puso otra vez la mano en el regazo.

—Pero no estoy segura de que ocurra eso en realidad. Hay una novela llamada *El dragón flotante* de un tal Peter Straub. ¿La has leído?

Gardener negó con la cabeza.

—Bueno, postula algo similar a tu Agente Naranja del Espacio, al Tóxico de los Dioses o como lo hayas llamado.

Gardener sonrió.

—En el relato, la atmósfera absorbe cierto producto químico experimental, que cae en un suburbio de Connecticut. Ese producto es venenoso, una especie de gas de

la demencia. La gente empieza a pelear sin motivo; uno decide pintar toda su casa de un rosa intenso, incluidas las ventanas; una mujer trota hasta que muere de un infarto, etcétera.

»Y hay otra novela llamada *Onda cerebral*, escrita por… —Anderson frunció el entrecejo, pensativa. Su mano volvió a deslizarse hacia la derecha de la mecedora, y volvió—. Igual que yo: Anderson; Poul Anderson. En ese relato, la Tierra pasa por la cola de un cometa y, una parte de los residuos hace que los animales se vuelvan más inteligentes. El libro empieza cuando un conejo deduce la forma de escapar de una trampa.

—Más inteligente —repitió Gardener.

—Así es. Si antes de que la Tierra pasara por la cola del cometa tenías un coeficiente de inteligencia de ciento veinte, después tendrías ciento ochenta. ¿Comprendes?

—¿Inteligencia completa?

—Sí.

—Pero el término que has utilizado sería el de «sabio idiota». Eso es lo opuesto de inteligencia completa, ¿verdad? Es una especie de… de facultad hiperdesarrollada.

Anderson descartó eso con un gesto de la mano.

—No importa —dijo.

Y ahora, tendido en la cama, casi entre sueños, Gardener se preguntó, si en efecto, sería así.

13

Esa noche tuvo un sueño. Fue bastante simple. Se hallaba de pie en la oscuridad, ante el cobertizo, entre la casa y la huerta. A su izquierda, el Tomcat era una silueta oscura. Estaba pensando exactamente lo mismo que ese atardecer: miraría por una de las ventanas. ¿Y qué vería allí? Caramba, los *Tommyknockers*, por supuesto. Pero no tenía miedo. Por el contrario, se sentía lleno de aliviado placer. Porque los *Tommyknockers* no eran monstruos ni caníbales, sino personajes como los duendes del cuento, los que ayudaban al zapatero bueno. Miraría por la sucia ventana del cobertizo, como un niño encantado mira por la ventana de su cuarto, en las ilustraciones de los cuentos de Navidad (¿y qué era Santa Claus, el viejo duende alegre, sino un *Tommyknockers* grande y viejo, vestido de rojo?) Y los vería, mientras reían y parloteaban, sentados ante una mesa larga, llena de generadores, patinetes levitatorios y televisores que mostrarían imágenes mentales en vez de películas normales.

Caminó hacia el cobertizo, que se iluminó de súbito con el mismo fulgor que había visto brotar de la máquina de escribir. Era como si el cobertizo se hubiera

convertido en un gigantesco fuego fatuo, sólo que esa luz no era cálida y amarilla, sino de un verde podrido y horrible. Brotaba entre las tablas. Proyectaba rayos a través de los agujeros dejados por los nudos en la madera y tatuaba ojos de gato en el suelo. Llenaba las ventanas. Entonces Gard tuvo miedo, porque esa luz no podía ser obra de pequeños duendes amistosos: si el cáncer tenía color, era el que brotaba de todas las rendijas, de todos los agujeros, de todas las ventanas del cobertizo de Bobbi Anderson.

Pero se acercó, porque en los sueños no siempre se hace lo que uno quiere. Se acercó, aunque ya no quería ver, del mismo modo que ningún niño querría mirar por la ventana de su habitación, en Nochebuena, y ver a Santa Claus deslizándose por el tejado nevado de la casa vecina con una cabeza arrancada en cada mano, humeante en el frío la sangre de los cuellos desgarrados.

«¡No, por favor, no…!»

Pero se acercó más. Y al entrar en el resplandor de luz verde, la cabeza se llenó de música de *rock*, en un torrente paralizante, enloquecedor. Eran George Thorogood y los Destroyers, y él supo que, cuando George empezara a tocar la guitarra, su cráneo vibraría por un instante con una armonía asesina y luego estallaría, sin más, como las copas de la casa cuya historia había contado a Bobbi, una vez.

Nada de todo eso importaba. Sólo importaba el miedo: el miedo a los *Tommyknockers* que estaban en el cobertizo de Bobbi. Los percibía, casi los olía: un olor denso, eléctrico, como de ozono y sangre.

Y… los extraños ruidos de líquidos, los chapoteos. Los oía a pesar de la música que llenaba su cabeza. Parecía una lavadora antigua; sin embargo, el ruido no era de agua; ese ruido estaba mal, mal, mal.

Cuando se puso de puntillas para mirar hacia el interior del cobertizo, con el rostro tan verde como el de un cadáver arrancado de un pantano, George Thorogood comenzó a tocar la guitarra y Gardener aulló de dolor; entonces, su cabeza estalló. Se despertó de pronto, incorporándose en la vieja cama de dos plazas, en la habitación para huéspedes, con el pecho cubierto de sudor y las manos estremecidas.

Volvió a acostarse. «¡Por Dios! —pensó—. Si vas a tener pesadillas por ese cobertizo, échale un vistazo mañana. Así te quedarás tranquilo de una vez».

Esperaba tener pesadillas por haber tomado esa decisión; y pensó que ésa había sido sólo la primera. Pero no hubo más sueños.

«Esa» noche.

Al día siguiente excavó junto a Bobbi.

SEGUNDA PARTE

HISTORIAS DE HAVEN

The terrorist got bombed!
The President got hit!
Security was tight!
The Secret Service got lit!
And everybody's drunk
Everybody's wasted,
Everybody's stoned,
And there's nothin gonna change it
Cause everybody's drunk,
Everybody's wasted,
Everybody's drinkin on the job.[6]

THE RAINMAKERS
Drinking on the job

Then he ran all the way to town, screaming
«It came out of the sky!»[7]

CREEDENCE CLEARWATER REVIVAL
It Came Out of the Sky

UNO

LA CIUDAD

1

La ciudad tuvo cuatro nombres antes de convertirse en Haven.

Comenzó su existencia municipal en 1816 como Plantación Montville. Los terrenos y cuanto contenían eran propiedad de un hombre llamado Hugh Crane. En 1813, Crane la compró al estado de Massachusetts, del que Maine era por entonces una provincia. Su nuevo propietario había sido teniente en la guerra de la Independencia.

El nombre de Plantación Montville era una broma. El padre de Crane no se había aventurado más allá de Dover en toda su vida; cuando se produjo la ruptura de la colonia con Gran Bretaña, siguió siendo un *tory*[8] leal y terminó su existencia como par del reino, duodécimo conde de Montville. Hugh Crane, su hijo mayor, habría sido el decimotercer conde de Montville, pero su enfurecido padre lo desheredó. Él, sin perturbarse en lo más mínimo, pasó a autotitularse alegremente primer conde de Maine y, a veces, duque de Anywhere[9].

Los terrenos que Crane llamó Plantación Montville consistían en unas ocho mil ochocientas hectáreas. Cuando a Crane se le otorgó la incorporación, la Plantación Montville pasó a ser la ciudad número ciento noventa y tres incorporada a la provincia de Maine, en el estado de Massachusetts. El propietario había comprado esas tierras porque allí abundaban los árboles de buena madera, desde Derry se podían llevar los troncos por el río hasta el mar, y, además, se hallaba a sólo treinta kilómetros de distancia.

¿Qué precio tenía la zona que, con el correr del tiempo, llegaría a convertirse en Haven?

Hugh Crane había comprado todo aquello por el equivalente en dólares de mil ochocientas libras.

Claro que, en aquellos tiempos, la libra valía mucho más.

2

En 1826, a la muerte de Hugh Crane, había ciento tres residentes en la Plantación Montville. Durante seis o siete meses al año, los leñadores duplicaban esa población; pero, en realidad, no contaban, porque gastaban su poco dinero en Derry, y era en

Derry donde solían establecerse cuando ya estaban demasiado viejos para trabajar en los bosques. En aquellos tiempos, estar demasiado viejo para trabajar significaba tener alrededor de veinticinco años.

De cualquier modo, hacia 1926, el asentamiento que con el tiempo se convertiría en Haven había empezado a crecer a lo largo de la cenagosa carretera que corría hacia el Norte, hacia Derry y Bangor.

Comoquiera que llamara uno a la carretera (y con el transcurso del tiempo llegó a ser, salvo en la memoria de los veteranos más viejos, como Dave-Rutledge, sólo la carretera 9), era la que los leñadores debían tomar al final de cada mes, cuando iban a Derry a gastarse los jornales en prostitutas y bebida. Aunque reservaban sus gastos grandes para la gran ciudad, la mayoría estaba dispuesta a entretenerse un rato en la taberna y posada de Cooder, para tragar el polvo con una o dos cervezas. No era mucho, pero bastaba para que el negocio prosperara. El almacén general, al otro lado de la carretera (propiedad de un sobrino de Hiram Cooder), no tenía tanto éxito; pero, aun así, rendía sus utilidades. En 1828 se abrió un negocio de barbería y curaciones, con capital y trabajo de un primo de Hiram Cooder, junto al almacén. Por entonces, no era raro entrar en aquel próspero establecimiento y ver a un leñador reclinado en una de las tres sillas, haciéndose cortar el pelo y suturar una herida en el brazo, mientras dos grandes sanguijuelas reposaban sobre cada párpado cerrado y enrojecían a medida que se hinchaban, protegiéndose así, al mismo tiempo, de cualquier infección en el corte del brazo y del mal que era conocido como «dolor de sesos». En 1830 se inauguró una hostería-comedor, propiedad de George, hermano de Hiram Cooder, en el extremo sur de la aldea.

En 1831, la Plantación Montville pasó a ser Coodersville.

Y eso no sorprendió a la gente.

Siguió como Coodersville hasta 1864, época en que se le cambió el nombre por el de Montgomery, en honor a Ellis Montgomery, un muchacho de la zona que había caído en Gettysburgh, donde, según algunos, el 20.° Regimiento de Maine defendió la Unión por sí solo. El cambio parecía buena idea. Después de todo, el viejo loco de Albion, único Cooder vivo en la aldea, se había suicidado dos años antes, después de ir a la quiebra.

En los años que siguieron al fin de la guerra civil, el estado fue invadido por una moda, tan inexplicable como casi todas las modas. No se trataba de faldas con miriñaque ni de patillas anchas, sino de dar nombres clásicos a todas las ciudades pequeñas; por eso, en Maine, hay una Esparta, una Cartago y una Atenas, con una Troya a dos pasos. En 1878, los residentes de la ciudad decidieron por votación que se cambiaría una vez más el nombre de la ciudad, esta vez por el de Ilium. Esto provocó una lacrimosa parrafada de la madre de Ellis Montgomery en la reunión municipal. En realidad, la parrafada fue más senil que resonante, puesto que la madre

del héroe estaba ya cargada de años (setenta y cinco para más exactitud). Dice la leyenda que los ciudadanos escucharon con paciencia algo culpable, y que quizá habrían reconocido esa decisión (algunos pensaban que la señora Montgomery tenía razón al decir que catorce años no eran la «memoria inmortal» que habían prometido a su hijo en la ceremonia del cambio de nombres, efectuada el 14 de julio de 1864) de no ser porque la vejiga de la buena señora eligió ese momento para aflojarse. La ayudaron a abandonar el salón de reuniones, aún rabiando contra los ingratos filisteos que lamentarían ese día.

De cualquier modo, Montgomery pasó a ser Ilium.

Y transcurrieron veintidós años.

3

Llegó un predicador de labia fácil que, por algún motivo, pasó de largo por Derry y prefirió alzar su carpa en Ilium. Se presentó con el nombre de Colson, pero Myrtle Duplissey, historiadora de Haven por decisión propia, llegó a convencerse de que el verdadero nombre de Colson era Cooder, hijo ilegítimo de Albion Cooder.

Con independencia de quién fuese, antes de que el maíz estuviera listo para la cosecha, se llevó a casi todos los cristianos de la ciudad a su propia y vivaz versión de la fe…, con gran desesperación del señor Hartley, quien predicaba a los metodistas de Ilium y Troy (Troya), y del señor Crowell, quien cuidaba del bienestar espiritual de los bautistas de Ilium, Troy, Edna y Unity. De cualquier modo, sus exhortaciones eran voces en el desierto. La congregación del predicador Colson continuó creciendo a medida que ese perfecto verano de 1900 se acercaba a su fin.

Decir que las cosechas de ese año fueron muy abundantes sería degradarlas; la débil tierra de Nueva Inglaterra, tan avara como Scrooge[10], ese año brindó un botín interminable. El señor Crowell, el bautista, se tornó depresivo y silencioso. Tres años después se ahorcó en el sótano de su casa parroquial de Troy.

El señor Hartley, el ministro metodista, por su parte estaba cada vez más alarmado por el fervor evangélico que corría por Ilium como una epidemia de peste. Tal vez se debió a que los metodistas son, en circunstancias normales, los menos demostrativos entre los siervos de Dios; no escuchan sermones, sino «mensajes»; oran en decoroso silencio y consideran que sólo es correcto pronunciar el amén a coro al terminar el padrenuestro y los pocos himnos que el coro no canta. Sin embargo, esas personas tan poco demostrativas estaban haciendo de todo, desde pronunciar ininteligibles balbuceos de fervor religioso hasta revolcarse de éxtasis.

—Cuando quieran darse cuenta —decía el señor Hartley a veces—, estarán acariciando serpientes.

Las reuniones de martes, jueves y domingos en la carpa del predicador, junto a la

carretera a Derry, eran cada vez más vocingleras, alocadas y emocionales.

—Si esto ocurriera en una fiesta de carnaval, dirían que es histeria —comentaba el metodista a Fred Perry, diácono de la Iglesia y su único amigo íntimo—. Pero como ocurre bajo la carpa de un predicador, se excusan diciendo que es el Fuego de Pentecostés.

Con el transcurso del tiempo, las sospechas del reverendo Hartley quedaron ampliamente justificadas; pero Colson había huido por entonces, después de recoger una buena cosecha de sólido dinero en efectivo y cálidas mujeres. Antes de irse, puso su imperecedero sello a la ciudad cambiándole el nombre por última vez.

En aquella calurosa noche de agosto, su sermón se sintió con el tema de la cosecha como símbolo de la gran recompensa de Dios; después pasó a la ciudad en sí. Por entonces, Colson ya se había quitado el esmoquin. El cabello, mojado de sudor, le caía por los ojos. Las hermanas habían comenzado a exagerar los amén, aunque faltaba un rato para que se iniciaran los balbuceos y las contorsiones.

—Considero que esta ciudad está santificada —dijo Colson a su congregación, aferrado a los costados del púlpito con sus grandes manos. Tal vez la consideraba santificada por algún otro motivo, no sólo porque su honrosa persona la hubiera elegido para plantar su carga…, además de su simiente; de ser así, ni lo dijo—. Considero que es un verdadero refugio[11]. ¡Sí! He encontrado aquí un refugio que me hace pensar en mi hogar, una tierra encantadora, tal vez no tan distinta a la que Adán y Eva conocieron antes de recoger la fruta de aquel árbol que tendrían que haber dejado en paz. ¡Santificada! —bramó el predicador Colson.

Años después, aún quedaban miembros de su congregación que hablaban con admiración de lo bien que gritaba por Jesús, aunque fuera un pillo.

—¡Amén! —gritó la congregación.

La noche, aunque calurosa, no lo era tanto como para justificar los rubores en tantas mejillas y frentes femeninas. Esos rubores se habían hecho muy corrientes desde la llegada del predicador Colson.

—¡Esta ciudad es una gloria para Dios, ni más ni menos!

—¡Aleluya! —chillaron los fieles, jubilosos.

Los pechos se agitaban. Los ojos relucían. Las lenguas salían a humedecer los labios.

—¡Esta ciudad ha recibido una promesa! —gritó Colson, paseándose a grandes zancadas. De vez en cuando se echaba hacia atrás los rizos negros, con un cabeceo rápido que dejaba al descubierto los fuertes tendones del cuello—. ¡Esta ciudad ha recibido una promesa y esa promesa es la abundancia de la cosecha! ¡Y esa promesa será cumplida!

—¡Alabado sea Jesús!

Colson volvió al púlpito, se aferró a él y los miró con expresión adusta.

—Por eso no comprendo que una ciudad que promete la cosecha de Dios, que es el refugio de Dios, que es capaz de hablar de estas cosas, tenga un nombre extranjero, hermanos. Tiene que haber sido la obra del demonio en la última generación.

Al día siguiente se iniciaron las conversaciones para cambiar el nombre de la ciudad; en vez de Ilium, Haven. El reverendo Crowell protestó muy nervioso contra el cambio; el reverendo Hartley lo hizo con mucho más vigor. Los funcionarios de la ciudad se mantenían neutrales; se limitaron a señalar que costaría veinte dólares al municipio cambiar los Documentos de Incorporación en los archivos de Augusta y, tal vez, otros veinte más para el reemplazo de los carteles señalizadores. Por no mencionar los membretes de cartas y documentación de la ciudad.

Mucho antes de la reunión municipal de marzo, en la cual se trataría y votaría el artículo 14 («Si la ciudad aprueba el cambio de nombre del Municipio Incorporado a Maine N.° 193 ILIUM por el de HAVEN»), el predicador Colson había plegado su carpa y se había esfumado en la oscuridad nocturna. Dicha desaparición se produjo en la noche del 7 de septiembre, después de lo que Colson había llamado, durante semanas enteras, el Gran Festival de la Cosecha de 1900. Desde un mes antes, como mínimo, había dejado muy claro que sería la reunión más importante de todo el año para la ciudad, y tal vez la más importante de toda su vida para él si decidía establecerse allí, algo que, con creciente frecuencia, le parecía ordenado por Dios. ¡Y cómo hizo palpitar los corazones de las damas con esa noticia! Era, según dijo, una gran ofrenda de amor al amante de Dios que había proporcionado a la ciudad una temporada tan espléndida y aquella magnífica cosecha.

Pero Colson levantó la suya propia. Comenzó por instar a los concurrentes a donar la mayor «ofrenda de amor» de su estancia en la zona. Terminó arando y sembrando, no a dos, ni a cuatro, sino a seis jóvenes doncellas, después de la reunión, en los campos en que había levantado su carpa.

—A los hombres les gusta presumir, pero creo que la gran mayoría tiene una pistolita de bolsillo en el pantalón, por mucho que presuman. —Así decía el viejo Duke Barfield en la barbería una noche. Si hubiese existido un certamen de Hombres Malolientes de la Ciudad, el viejo Duke habría ganado el premio extraordinario sin esforzarse. Olía a huevo que hubiera pasado un mes en un charco embarrado. Era escuchado, pero desde lejos y con el viento en contra, dentro de lo posible—. He oído de hombres que tienen pistola de dos cañones en el pantalón; supongo que puede ser, de vez en cuando. En una ocasión, hasta me hablaron de un tipo que tenía una con tres. ¡Pero nunca he sabido de alguien como ese hijo de puta de Colson, que se vino con una de seis!

Tres de las conquistas de Colson eran vírgenes antes de la invasión del gallo de Pentecostés.

La ofrenda de amor de esa noche, a finales del verano de 1900, fue generosa en

verdad, aunque los chismes de la barbería difirieran con respecto a la generosidad de la parte monetaria. Todos coincidían en que, aun antes del Gran Festival de la Cosecha (el sermón se había prolongado hasta las diez, los cánticos evangélicos hasta la medianoche y las revolcadas en el heno hasta bien pasadas las dos) había corrido mucho dinero. Algunos señalaban también que Colson había gastado poco durante su estancia. Las mujeres se peleaban por el privilegio de llevarle las comidas; el dueño del hotel le había prestado un cochecito con su caballo por tiempo indefinido… y nadie, por supuesto, le cobraba un centavo por los entretenimientos nocturnos.

En la mañana del 8 de septiembre, carpa y predicador habían desaparecido. Colson había cosechado bien…, y sembrado con igual éxito. Entre el 1 de enero y la reunión municipal, a finales de marzo de 1901, nacieron nueve niños ilegítimos, tres niñas y seis varones. Esos nueve «hijos del amor» presentaban una notable semejanza entre sí; seis de ellos tenían ojos azules y los nueve nacieron con abundante cabello negro. Los chismes de la barbería (y no hay en la tierra grupo masculino capaz de casar con tanto éxito la lógica y la sagacidad como esos ociosos que se rascan en las sillas de mimbre, mientras lían cigarrillos o lanzan balazos pardos de tabaco a las escupideras) señalaban también que era difícil determinar cuántas jovencitas habían abandonado la ciudad para «visitar a sus familiares» en otras poblaciones. Además se comentaba que muchas mujeres casadas de la zona habían dado a luz entre enero y marzo. ¿Quién podía asegurar algo sobre ellas?

Pero los concurrentes a la barbería conocían bien, por supuesto, lo ocurrido el 29 de marzo, fecha en que Faith Clarendon había dado a luz un robusto bebé de casi cuatro kilos. Un fuerte viento húmedo del Norte zumbaba en los aleros de los Clarendon y descargaba la última nevada de 1901 hasta que noviembre llegara. Cora Simard, la partera que había ayudado en el nacimiento, dormitaba junto a la cocina, en espera de que Irwin, su marido, lograra abrirse paso entre la tormenta para llevarla a casa. La partera vio que Paul Clarendon se aproximaba a la cuna en donde dormía el nuevo hijo, en el rincón más abrigado de la cocina, y se le quedaba mirando fijamente. Permaneció allí por más de una hora. Cora cometió la terrible equivocación de confundir esa fijeza con amor y maravilla. Se le cerraron los ojos. Cuando despertó de su somnolencia, Paul Clarendon estaba de pie ante la cuna, con la navaja en la mano. Levantó al bebé por sus espesos mechones renegridos y, antes de que Cora tuviera tiempo de abrir la boca para gritar, lo degolló. Salió de la cocina sin decir una palabra. Un momento después se oyeron gorgoteos en el dormitorio.

Cuando Irwin Simard, aterrorizado, reunió el valor suficiente para entrar en el dormitorio de los Clarendon, encontró al matrimonio en la cama, agarrados de la mano. Paul había degollado a su mujer; y, después de tenderse a su lado, la había cogido de la mano, y se había cortado el cuello.

Todo eso ocurrió dos días después que la ciudad votara el cambio de nombre.

4

El reverendo Hartley se oponía de manera terminante a que se diera a la ciudad un nombre sugerido por alguien que había resultado ser ladrón, fornicador, falso profeta y ladino. Eso había dicho desde el púlpito, recogiendo las señales de asentimiento de sus fieles con un placer casi vengativo, nada habitual en él. El 27 de marzo de 1901 se presentó a la reunión municipal, en la confianza de que el artículo 14 fuera vetado. Ni siquiera le preocupó la brevedad del debate entre la lectura del artículo y el lacónico «¿Qué se decide, señores?», del presidente a los administradores. Si hubiese tenido la más leve sospecha, Hartley se habría expresado con vehemencia, hasta con furia, por única vez en su vida. Pero ni siquiera tenía esa leve sospecha.

—Quienes estén a favor, digan sí —indicó el presidente, Luther Ruwall.

Ante el sólido (aunque no muy apasionado) «¡Sí!» que sacudió las vigas del techo, Hartley tuvo la sensación de haber recibido un puñetazo en el vientre. Miró alrededor, desesperado, pero era demasiado tarde. La fuerza de ese «sí» lo había cogido tan por sorpresa que no tenía idea de cuántos, en su propia congregación, se habían vuelto contra él para votar a favor de la moción.

—Un momento… —dijo en voz alta, aunque tan estrangulada que nadie lo oyó.

—¿Quiénes se oponen?

Unos pocos noes diseminados. Hartley trató de gritar el suyo, pero de su garganta sólo escapó una sílaba sin sentido:

—¡Nik!

—Moción aprobada —dijo Luther Ruwall—. Ahora pasaremos al artículo 15.

El reverendo Hartley sintió un calor súbito, demasiado calor. Incluso notó que estaba a punto de desmayarse. Se abrió paso entre la multitud de hombres de camisas a cuadros y embarrados pantalones de franela, entre las nubes de humo acre despedido por las pipas y los cigarros baratos. Aún estaba mareado, pero además tenía la sospecha de que vomitaría antes de desmayarse. Una semana antes no habría comprendido lo profundo de su horror. Un año después ni siquiera reconocería haber sentido esas emociones.

De pie en el escalón superior de la casa municipal aspiró el aire tibio a grandes bocanadas, aferrado al pasamanos como para no morir, mientras contemplaba los campos de nieve medio fundida. En algunos lugares se veía ya la tierra cenagosa. Con ensañada crudeza, también muy poco habitual en él, se dijo que esos campos parecían los faldones de un camisón cagado. Por primera y única vez sintió una amarga envidia por Bradley Colson… o Cooder, si ése era su verdadero nombre. Colson había huido de Ilium… oh, perdón, de Haven. Había huido, y Donald Hartley lamentaba no poder hacer otro tanto. ¿Por qué habían aprobado eso?

¡Sabían lo que ese hombre era! ¿Por qué ellos…?

Una mano fuerte y cálida cayó sobre su espalda. Al volverse vio que era Fred Perry, su buen amigo. El largo y feo de Fred lucía una expresión preocupada. Hartley sintió que sus labios se curvaban en una involuntaria sonrisa.

—¿Te sientes bien, Don? —preguntó Fred.

—Sí. Por un momento me he mareado. Ha sido la votación. No la esperaba.

—Tampoco yo —respondió Fred.

—Mis feligreses también han dado su aprobación —dijo Hartley—. Es forzoso. Sonó tan potente que deben de haberlo aprobado, ¿no te parece?

—Bueno…

El reverendo Hartley sonrió un poquito.

—Al parecer, no sé tanto como yo creía sobre la naturaleza humana.

—Entra, Don. Van a discutir si se pavimenta la calle Ridge.

—Prefiero quedarme afuera un rato más —dijo Hartley—, para pensar en la naturaleza humana… —Se interrumpió. En el momento en que Fred Perry se volvía para entrar, el reverendo preguntó, casi suplicante—: ¿Los comprendes tú, Fred? ¿Comprendes por qué han hecho eso? Tienes casi diez años más que yo. ¿Lo comprendes?

Y Fred Perry, que había gritado su propio sí detrás del puño cerrado, meneó la cabeza y dijo que no, que no lo comprendía.

Sentía verdadero aprecio por el reverendo. Lo respetaba, sí. Pero a pesar de todo eso (o quizá, sólo quizá, justamente por eso) había experimentado un perverso y despreciable placer al votar a favor de un nombre sugerido por Colson: Colson, el falso profeta; Colson, el estafador; Colson, el ladrón; Colson, el seductor.

No, Fred Perry no comprendía en absoluto la naturaleza humana.

DOS

BECKA PAULSON

1

Rebecca Bouchard Paulson estaba casada con Joe Paulson, que era uno de los dos carteros de Haven y constituía la tercera parte del personal de Correos de la ciudad. Joe engañaba a su esposa, algo que Bobbi Anderson ya sabía. Becka Paulson también lo sabía. Se había enterado tres días antes. Jesús se lo había dicho. En esos tres últimos días, Jesús le había dicho las cosas más horribles, asombrosas y preocupantes que imaginarse pueda. La asqueaban, le arruinaban el sueño, le aniquilaban la cordura… pero ¿no eran también maravillosas en cierto modo? ¡Caramba! ¿Y cómo no escuchar a Jesús? ¿Poniéndolo boca abajo, gritándole que se callara? Imposible. Para empezar, sentía una especie de patética obligación a saber las cosas que Jesús le decía. Por otra parte, Él era el Salvador.

Jesús estaba sobre el televisor Sony de los Paulson. Llevaba seis años allí. Con anterioridad había estado sobre dos Zenith consecutivos. Becka calculaba que Jesús había permanecido en el mismo sitio durante dieciséis años.

Jesús, representado en un dibujo tridimensional que lo hacía parecer vivo; era un cuadro que les había dado Corinne como regalo de bodas. Corinne, hermana mayor de Becka, que vivía en Portsmouth. Cuando Joe comentó que su cuñada era medio avara, Becka le ordenó que se callara; aunque no la sorprendió mucho en realidad; no se podía esperar de un hombre como Joe que comprendiera esas cosas, pero no se puede poner precio a la Verdadera Belleza.

En el cuadro, Jesús vestía una sencilla túnica blanca y sostenía un cayado de pastor. Se peinaba más o menos como Elvis al terminar el servicio militar. Sí. Se parecía un poquito a Elvis en *G. I. Blues*. Tenía los ojos pardos y mansos. Detrás de Él, en perfecta perspectiva, ovejas tan blancas como las sábanas de los anuncios televisivos para jabones se alejaban hacia el horizonte. Becka y Corinne se habían criado en una granja y sabían, por propia experiencia, que las ovejas no eran tan blancas e iguales entre sí, como nubecillas de buen tiempo caídas a tierra. Pero si Jesús podía convertir el agua en vino y devolver la vida a los muertos, no había razón alguna para que no fuera capaz de borrar la caca apelmazada en las ancas de unos cuantos corderos, si así lo deseaba.

En un par de oportunidades, Joe había tratado de quitar aquel cuadro del televisor. Becka creía saber ahora el porqué, ¡oh síseñorrr! ¡Caramba! Joe daba excusas, por supuesto.

—No me parece bien tener a Jesús sobre el televisor cuando estamos viendo *Magnum* o *Corrupción en Miami* —decía—. ¿Por qué no lo pones en tu tocador, Becka? O… ¡Ya sé! ¡Puedes ponerlo en tu tocador hasta el domingo! ¡Y lo traes cuando ves los servicios religiosos! Seguro que a Jesús le gustará mucho más Jimmy Swaggart que *Corrupción en Miami.*

Ella se negó.

—Cuando toca en casa jugar el póquer del jueves por la noche —dijo él en otra ocasión—, a los muchachos no les gusta ese cuadro. A nadie le gusta que Jesucristo lo mire mientras miente.

—A lo mejor se sienten incómodos porque saben que el juego es obra del diablo —observó Becka.

Joe, que era un buen jugador de póquer, se molestó.

—Pues entonces fue la obra del diablo lo que te compró el secador de pelo y ese anillo con un granate que llevas en el dedo —dijo—. Haz que te devuelvan el dinero y dónalo al Ejército de Salvación, en todo caso. Creo que tengo los recibos en mi escritorio.

Por lo tanto, ella permitió que Joe diera vuelta al cuadro de Jesús un jueves al mes, la noche en que recibía a sus amigos, todos borrachines bocasucias, para jugar al póquer. Pero nada más.

Y ahora ella sabía el verdadero motivo por el que Joe deseaba deshacerse del cuadro. Tal vez sospechaba desde siempre que se trataba de un cuadro mágico. O quizá fuese mejor decir «santo», porque lo de mágico era para los paganos, para los cazadores de cabezas, los caníbales, los católicos y gente así. Pero era más o menos lo mismo, ¿no? De cualquier modo, Joe debía de sospechar que el cuadro tenía algo especial, que sería el medio por el cual se descubrirían sus pecados.

Bueno, tal vez ella sabía desde hacía tiempo que había algo raro. Él no la buscaba ya por la noche. Aunque hasta cierto punto era un alivio (el sexo era tal como su madre le había anticipado: feo, brutal, doloroso a veces, y siempre humillante). De vez en cuando, él llegaba con olor a perfume en el cuello de la camisa. Y eso no era todo. Ella habría pasado por alto la coincidencia (los manoseos habían cesado en el mismo tiempo que olían a perfume sus cuellos) si el cuadro de Jesús, sobre el Sony, no hubiese empezado a hablarle el día 7 de julio. Hasta habría ignorado un tercer factor: más o menos por la época en que los manoseos cesaron y los perfumes comenzaron, el viejo Charlie Eastbrooke se jubiló como empleado de Correos, y desde Augusta enviaron a una mujer llamada Nancy Voss para que lo reemplazara. Becka suponía que la Voss (a quien ella llamaba in mente *La Buscona*) tenía unos cinco años más que ella y Joe; por lo tanto, rondaría los cincuenta. Pero eran cincuenta años bien llevados. Becka admitía que, por su parte, había aumentado un poco de peso; de cincuenta y siete kilos a noventa y uno, casi todos desde que Byron,

el único polluelo, abandonó el nido.

Podría haber pasado todo eso por alto. Lo habría hecho. Tal vez hasta lo hubiera tolerado con alivio. Si *La Buscona* disfrutaba con el animalismo del contacto sexual (con los gruñidos, los empujones y la escupida final de aquella cosa pegajosa, que olía a pescado y parecía detergente barato), eso demostraba que *La Buscona* era poco más que un animal. Además, así liberaba a Becka de una obligación que le cansaba, a pesar de que cada vez era menos frecuente. Sí, lo habría ignorado, si el cuadro de Jesús no le hubiese hablado.

Ocurrió por primera vez a las tres de la tarde de un jueves. Becka iba a la sala desde la cocina, con un «bocadito» para entretenerse (media tarta y un jarro de cerveza lleno de refresco de cerezas) mientras veía el capítulo de *Hospital*. Ya había dejado de creer que Luke y Laura volverían alguna vez, pero *no estaba* dispuesta a abandonar la esperanza.

En el momento en que se inclinaba para encender el televisor, Jesús habló.

—Becka —dijo Jesús—, Joe se acuesta con *La Buscona* del Correo, todos los días a la hora del almuerzo, y a veces también a la salida. Una vez él estaba tan caliente que lo hicieron mientras se suponía que clasificaban la correspondencia. ¿Y sabes una cosa? Ella nunca le dice: «Por lo menos déjame clasificar primero la correspondencia certificada».

»Y eso no es todo —agregó Jesús, que caminó hasta la mitad del cuadro, con la túnica flameándole alrededor de los tobillos. Se sentó en una roca que sobresalía del suelo, y sostuvo el cayado entre las rodillas mientras la miraba con gesto adusto—. En Haven pasan muchas cosas. No creerías ni la mitad.

Becka gritó y cayó de rodillas.

—¡Señor! —exclamó.

Una de sus rodillas aterrizó bien en el centro de la media tarta (que tenía más o menos el tamaño y el grosor de la Biblia familiar). La cobertura de frambuesas voló a la cara de *Ozzie*, el gato, que había salido de debajo de la cocina económica para ver qué sucedía.

—¡Señor, Señor! —seguía chillando Becka.

Ozzie huyó a la carrera, entre bufidos, y volvió a esconderse bajo la cocina, con los bigotes chorreando de pasta roja. Allí pasó el resto del día.

—Bueno, ninguno de los Paulson ha sido bueno —dijo Jesús.

Una oveja se le acercó. Él la apartó con el cayado con un gesto de distraída impaciencia que recordó a Becka, pese a su estado de obnubilación, a su difunto padre. La oveja se alejó, ondulando un poquito por el efecto tridimensional y desapareció por el borde del cuadro. En realidad, allí pareció curvarse… pero era una ilusión óptica, sin duda.

—¡No señor! —continuó Jesús—. El tío-abuelo de Joe era un asesino, Becka,

como tú bien sabes. Asesinó a su hijo, a su esposa, y hasta a sí mismo. Y cuando llegó aquí, ¿sabes qué le dijimos?: «¡No hay sitio!», eso le dijimos. —Jesús se inclinó, apoyándose en el cayado—. «Vete a ver al Cabrón allá abajo», le dijimos. «Allá encontrarás tu refugio, sí. Pero quizá el nuevo propietario te pida un alquiler de todos los diablos y nunca baje la calefacción», le dijimos.

Cosa increíble, Jesús le guiñó un ojo… y fue entonces cuando Becka huyó de la casa, gritando.

2

Se detuvo en el patio trasero. Jadeaba, con el pelo rubio descolorido que le colgaba sobre el rostro y el corazón tan acelerado que sintió miedo. Nadie había oído sus chillidos, gracias al Señor. Ella y Joe vivían en un sitio apartado, en la calle Nista, y sus vecinos más próximos eran los Brodsky, que vivían en aquella porquería de remolque. Los Brodsky estaban a un kilómetro de distancia, por suerte. Cualquiera que la hubiese oído habría pensado que en casa de los Paulson había una loca.

«Bueno, y la hay, ¿no? Si crees que ese cuadro ha empezado a hablar es porque estás loca. Papá te dejaría en tres tonos de azul por decir semejante cosa: una paliza por mentir, otra por creerlo y la tercera por levantar la voz. Becka, los cuadros no hablan».

No…, y no habló, dijo otra voz, de pronto. *Esas palabras salían de tu propia cabeza, Becka. No sé cómo ha ocurrido… cómo te has enterado de todo…; pero eso fue lo que ocurrió. Hiciste que el cuadro de Jesús dijera tus propios pensamientos, como los ventrílocuos con sus muñecos.*

Pero esa idea la asustaba aún más, le parecía más loca que la del cuadro en sí. Se negó a darle cabida en su mente. Después de todo, los milagros eran cosa de todos los días. En México, un tipo había encontrado una imagen de la Virgen María en una enchilada o algo así. Y había milagros en Lourdes. Para no mencionar a esos chicos que los periódicos sacaron en grandes titulares: habían llorado piedras. Eran verdaderos milagros, tan reconfortantes como un buen sermón. Eso de oír voces, en cambio, era cosa de locos.

Pues eso fue lo que pasó. Y hace rato que suenan voces en tu cabeza, ¿no es cierto? Has estado oyendo su voz, la de Joe. Y es de ahí de donde te ha venido. No de Jesús, sino de Joe.

—No —gimió Becka—. Yo no oigo voces en mi cabeza.

Estaba junto al tendedero de ropa y miró hacia los bosques, al otro lado de la calle. El calor los hacía parecer borrosos. Dentro de esos bosques, a un kilómetro de distancia, Bobbi Anderson y Jim Gardener seguían desenterrando sin pausa un titánico fósil.

Loca, insistió la voz implacable de su difunto padre dentro de su cabeza. *Loca por el calor. Ven aquí, Becka Bouchard, que voy a dejarte en tres tonos de azul por decir locuras.*

—No he oído voces en mi cabeza —repitió Becka entre gemidos—. Ese cuadro ha hablado, lo juro. ¡No soy una ventrílocua!

Mejor que fuese el cuadro. Si era así, se trataba de un milagro, y los milagros provenían de Dios. Un milagro la volvería medio chiflada a una (y el buen Dios sabía que ella se sentía así en ese mismo instante); pero eso no quería decir que una estuviera loca desde el comienzo. En cambio, si una oía voces en la cabeza o creía percibir los pensamientos de otros…

Becka bajó la vista y se vio la rodilla izquierda cubierta de sangre. Volvió a chillar y corrió a su casa para avisar al médico, a la ambulancia, a alguien, a cualquiera. Estaba otra vez en la salita, manoteando el disco del teléfono con el auricular pegado a la oreja, cuando Jesús dijo:

—Eso es sólo la cobertura de frambuesa de tu tarta, Becka. ¿Por qué no te tranquilizas un poco, antes de que te dé un ataque al corazón?

Miró el televisor. El auricular cayó a la mesa con ruido fuerte. Jesús aún estaba sentado en el saliente rocoso y parecía haber cruzado las piernas. Era sorprendente que se pareciera tanto a su padre… sólo que Él no daba la sensación de ser tan adusto, ni de estar tan dispuesto a enojarse por cualquier cosa. La miraba con una especie de exasperada paciencia.

—Prueba y verás que tengo razón —dijo Jesús.

Con suavidad, ella se tocó la rodilla, haciendo una mueca, en una anticipación al dolor. No lo hubo. Pudo ver que la cosa rojiza estaba llena de semillas y se tranquilizó. Se lamió la cobertura de frambuesa que tenía en los dedos.

—Además —dijo Jesús—, tienes que quitarte de la cabeza esa idea de que oyes voces y de que estás volviéndote loca. Soy Yo, nada más, y puedo hablar con quién me dé la gana.

—Porque eres el Salvador —susurró Becka.

—En efecto —replicó Jesús.

Debajo de Él, en la pantalla del televisor, un par de ensaladeras animadas bailaban agradecidas por el Aderezo Hidden Valley que iban a recibir.

—Y me gustaría que apagaras esta porquería, si no te molesta. No podemos conversar con ese ruido. Además, me hace cosquillas en los pies.

Becka se aproximó al Sony y lo apagó.

—Mi Señor —susurró.

3

El domingo siguiente, por la tarde, Joe Paulson dormía como un tronco en la hamaca del patio, con *Ozzie* instalado en su amplio vientre. Becka lo observaba desde la sala, apartando un poco la cortina. Dormido en la hamaca. Y estaría soñando con su *Buscona*, sin duda; soñaría que la tumbaba sobre un montón de catálogos y circulares para… ¿cómo lo dirían esos cerdos con quienes él jugaba al póquer? Bajarle la caña, o algo así.

Sujetaba la cortina con la mano izquierda, porque en la derecha sostenía un puñado de pilas de nueve voltios. Llevó éstas a la cocina, donde armaba algo en la mesa. Jesús le había explicado cómo. Ella le dijo que no sabía hacer cosas. Era muy torpe. Su padre se lo decía. Pensó en agregar lo que él añadía siempre: que por milagro sabía limpiarse el culo sin un manual de instrucciones, pero no era el tipo de cosas que una pueda decirle al Salvador.

Jesús le contestó que no fuera tonta; si era capaz de seguir las instrucciones de una receta, también construiría aquella pequeñez. Fue un placer descubrir que Él tenía razón. No sólo era fácil, sino divertido. Mucho más divertido que cocinar, por cierto; en realidad, para eso tampoco era muy hábil. Las tortas y el pan nunca le salían bien. El día anterior había empezado aquella pequeña tarea; trabajaba con la tostadora, el motor de su vieja licuadora y un curioso tablero, lleno de cosas electrónicas, sacado de una vieja radio que tenían guardada en el cobertizo. Calculaba que habría terminado mucho antes de que Joe despertara y encendiera el televisor para ver el partido de fútbol, a las dos en punto.

Tomó su pequeño soldador y lo encendió diestramente con un fósforo. Una semana atrás se habría echado a reír si alguien le hubiera predicho que trabajaría con un soldador de propano, pero resultaba fácil. Jesús le dijo exactamente cómo y dónde soldar los cables al tablero electrónico de la vieja radio.

No era eso lo único que Jesús le había enseñado en los tres últimos días. Le había dicho cosas que quitaban el sueño; le daba miedo ir a la aldea para hacer sus compras, por si acaso el conocimiento culpable se reflejaba en su rostro («Siempre me doy cuenta cuando has hecho algo malo, Becka —decía su padre— porque tu rostro es de los que no saben guardar secretos»); cosas que, por primera vez en la vida, le hacían perder el apetito. Joe, concentrado en su trabajo, el fútbol y su *Buscona*, no veía casi nada extraño… aunque sí había observado que Becka se roía las uñas mientras veía la televisión, cosa que nunca había hecho hasta entonces; más aún, ella le regañaba por su costumbre de roérselas. Joe Paulson pensó en eso doce segundos antes de volver la vista a la pantalla del televisor y perderse en sueños basados en los palpitantes y blancos senos de Nancy Voss.

He aquí algunas de las cosas dichas por Jesús que le provocaron desvelos e hicieron que empezara a morderse las uñas a la avanzada edad de cuarenta y cinco años:

En 1973, Moss Harlingen, uno de los que jugaban al póquer con Joe, había asesinado a su padre. Se suponía que la muerte de Abel Harlingen había sido un trágico accidente, ocurrido mientras los dos cazaban venados en Greenville, pero no era así. Moss se había limitado a tenderse en el suelo con su rifle tras un árbol caído para esperar a que su padre vadeara un arroyuelo, a unos cincuenta metros de distancia colina abajo. Mató a su padre con tanta facilidad como si hubiese disparado contra un blanco de arcilla en una galería de tiro. Él creía haberle matado por dinero. La empresa constructora de Moss debía cubrir dos vencimientos en diferentes Bancos en un plazo de seis semanas; ninguno de los Bancos quería aplazarle el vencimiento en favor del otro. Moss recurrió a su padre, pero Abel se negó a ayudarle, aunque tenía el dinero para hacerlo. Por lo tanto, él lo mató y heredó una buena cantidad en cuanto el médico forense dictaminó que se trataba de muerte accidental. Los vencimientos fueron liquidados y Moss Harlingen quedó convencido (salvo en sus sueños más profundos, quizá) de que lo había asesinado por interés. El verdadero motivo era otro: Mucho tiempo atrás, cuando Moss tenía diez años y su hermano Emory siete, la esposa de Abel viajó al Sur y estuvo ausente por todo un invierno. Su hermano había muerto de repente y la cuñada necesitaba ayuda para sobreponerse. En ausencia de su madre, hubo varios incidentes de sodomía en casa de los Harlingen. Los incidentes cesaron cuándo la madre de los niños volvió y jamás volvieron a repetirse. Moss lo había olvidado por completo. Ya no recordaba haber permanecido despierto en la oscuridad, lleno de terror, vigilando la puerta por si la sombra de su padre aparecía. No tenía el menor recuerdo de haber apretado la boca contra su propio antebrazo, mientras se le escapaban saladas lágrimas de vergüenza e ira de los ojos calientes y le corrían por el rostro frío hasta la boca, en tanto Abel Harlingen se untaba la verga de grasa y la deslizaba por la puerta trasera de su hijo, con un gruñido y un suspiro. Eso había dejado tan poca impresión en Moss que no recordaba haberse mordido el brazo hasta hacerlo sangrar para no gritar; mucho menos recordaba los sofocados gritos de pájaro de su hermano Emory, en la cama vecina: «Por favor, papá; no, papá, esta noche yo no; por favor, papá». Los niños, por supuesto, olvidan con mucha facilidad. Pero algún recuerdo debía de perdurar en él, porque cuando Moss Harlingen apretó el gatillo contra el degenerado hijo de perra, al apagarse el eco en el gran silencio forestal de Maine, Moss susurró: «Esta noche tú no, Em».

Alice Kimball, maestra de la escuela primaria de Haven, era lesbiana. Jesús se lo dijo a Becka el viernes, no mucho después de que la dama, corpulenta, sólida y respetable con su traje pantalón verde, pasara por la casa haciendo la colecta para la Asociación de Lucha contra el Cáncer.

Darla Gaines, la bonita chica de diecisiete años que les llevaba el periódico los domingos, tenía quince gramos de marihuana bajo el colchón de su cama. Jesús se lo contó a Becka cuando Darla se fue, el sábado, después de cobrar las cinco últimas

semanas (tres dólares, más cincuenta centavos de propina, que ella se arrepentía de haberle dado); la muchacha y el novio fumaban la marihuana en la cama de ella antes de tener relaciones sexuales, sólo que los dos hablaban de «hacer la horizontal». Fumaban marihuana y «hacían la horizontal» casi todas las tardes laborables, entre las dos y media y las tres. Los padres de Darla trabajaban en una zapatería de Derry y no volvían hasta pasadas las cuatro.

Hank Buck, otro integrante del grupo de póquer, trabajaba en un gran supermercado de Bangor, pero odiaba tanto a su patrón que un año antes le había puesto media caja de píldoras laxantes en la leche chocolatada que debía llevarle con el almuerzo. El patrón sufrió algo más espectacular que un movimiento de intestinos: ese día, a las tres y cuarto, había hecho en sus pantalones el equivalente de una bomba atómica de mierda. La bomba A (mejor dicho, la bomba M) estalló mientras el hombre cortaba carne en el sector de los asados. Hank logró mantenerse serio hasta la hora de salir, pero cuando subió a su auto rió con tantas ganas que también él estuvo a punto de ensuciarse en los pantalones. Por dos veces tuvo que salirse de la carretera, a causa de la risa.

—Se rió —comentó Jesús a Becka—. ¿Qué te parece eso?

A Becka le pareció una treta sucia y despreciable. Y esas cosas eran sólo el principio, al parecer. Jesús sabía algo desagradable o inquietante de casi todos los que Becka conocía.

No podía dormir con esas horribles informaciones.

Tampoco, vivir sin ellas.

Una cosa era segura: tenía que hacer algo al respecto.

—Lo estás haciendo —dijo Jesús.

Hablaba a sus espaldas, desde el cuadro puesto sobre el Sony, por supuesto. La idea de que Su voz estaba en su propia cabeza era algo así como… bueno… como leer los pensamientos de la gente… una ilusión horrible, por fuerza. Esa alternativa la horrorizaba.

Satanás. Brujería.

—En realidad —dijo Jesús, confirmando su existencia con esa voz seca, firme, tan parecida a la del padre de Becka—, casi has terminado con esta parte. Ahora debes soldar el cable rojo a ese punto a la izquierda del chirimbolo largo… no, ahí no… ahí. ¡Buena chica! ¡Poca soldadura, recuerda! Es como la gomina, Becka. Basta un poquito.

Cosa extraña, que Jesucristo hablara de gomina.

4

Joe despertó a las dos menos cuarto, arrojó a *Ozzie* de su regazo y cruzó el prado,

quitándose los pelos de gato de la camiseta sin mangas, para echar una cómoda meada sobre la hierba venenosa de atrás. Después se encaminó hacia la casa. Jugaban los *Yankees* contra los *Red Sox*; estupendo. Abrió la nevera y echó un vistazo a los trocitos de cable que había sobre la mesa. Se preguntó qué diablos habría estado haciendo la idiota de Becka. Pero no les prestó demasiada atención.

Pensaba en Nancy Voss. Y en cómo sería hacerlo entre las tetas de Nancy. Tal vez el lunes lo averiguara. Reñía con ella; ¡por todos los santos!, a veces peleaban como dos perros en época de celo.

Al parecer, no eran sólo ellos; todo el mundo estaba de malas pulgas en los últimos tiempos. Pero cuando se trataba de joder… ¡hijo de puta! ¡Desde los diecisiete años no había estado así de «caliente»! Y ella, igual. Era como si ninguno de los dos se cansara. Joe había llegado a hacerlo dos veces en una noche, como a los dieciséis años.

Cogió un botellín de cerveza y se encaminó hacia la sala. Era casi seguro que ganarían los de Boston, ocho a cinco, según sus cálculos. De un tiempo a esa parte tenía mucha cabeza para calcular esas cosas. En Augusta había un individuo que aceptaba apuestas, y Joe había ganado casi quinientos dólares en las tres últimas semanas. Claro que Becka lo ignoraba. Joe los había escondido. Era extraño: sabía con exactitud quién ganaría y el porqué; cuando llegaba a Augusta había olvidado el porqué y sólo recordaba el quién. Pero eso era lo importante, ¿verdad? La última vez, el tipo de Augusta le había pagado a regañadientes una apuesta de veinte dólares, tres a uno; habían sido los *Mets* contra los *Pirates*; los *Mets* parecían tenerla ganada sin moverse, pero Joe había apostado por los *Pirates*, que ganaron cinco a dos. El tipo de Augusta no seguiría recibiéndole apuestas por mucho tiempo, pero ¿qué importaba eso? Podía ir a Portland, donde había dos o tres apostadores. En los últimos tiempos le dolía la cabeza cada vez que salía de Haven (quizá necesitara gafas), pero cuando uno tenía una racha como ésa había que aprovecharla; el dolor de cabeza era pagar poco a cambio. Si ganaba suficiente dinero, se fugarían los dos y dejaría a Becka con Jesús. Después de todo, Becka sólo quería estar casada con su Jesús.

Esa mujer era más fría que el hielo. Y Nancy, en cambio… ¡Qué mujer tan caliente! Y con inteligencia, además. Caramba, esa misma mañana lo había llevado a la trastienda de la oficina de Correos para mostrarle algo.

—Mira, ¡mira lo que se me ha ocurrido! ¡Creo que debería patentarlo, Joe! ¡De veras!

—¿Qué? —preguntó él. La verdad era que estaba algo enfadado con ella. La verdad era que le interesaban mucho más sus tetas que sus ideas; enfadado o no, ya estaba a punto de romper la cremallera de los pantalones. Se había vuelto muchacho otra vez, sí. Pero lo que ella le mostró fue suficiente para que se olvidara de los pantalones y de su cierre, durante cuatro minutos, como mínimo.

Nancy Voss había cogido un transformador de algún tren de juguete para conectarlo, de algún modo, a un puñado de pilas secas. Ese artefacto estaba combinado con siete tamices para harina a los que les había retirado la tela metálica. Los tamices estaban puestos de costado. Cuando Nancy encendió el transformador, varios cables finos como filamentos conectados a algo que parecía una batidora, comenzaron a recoger la correspondencia certificada de un montón arrojado en el suelo y a ponerla en los tamices, al parecer al azar.

—¿Para qué es eso?

—Para clasificar la correspondencia certificada —dijo ella. Y fue señalando los distintos tamices—. Ésta es para Haven…, ésta, para RFD 1, o sea, la carretera a Derry…, ésta, para la calle Ridge…, ésta, para la calle Nista…, ésta…

Al principio, Joe no lo pudo creer. Le pareció una broma y se preguntó cómo le sentaría una buena bofetada. «¿Por qué lo has hecho?», le preguntaría ella. «Algunos aceptan las bromas —respondería él, como Sylvester Stallone en la película *Cobra*—, pero yo no soy de ésos». Pero antes de dársela vio que aquello funcionaba de verdad. Era todo un artefacto, sí, aunque el ruido de los cables raspando el suelo le daba escalofríos. Susurrante, áspero, como patas de araña vieja. Funcionaba, sí; él no hubiera podido decir cómo, pero ¡por todos los diablos!, funcionaba. Vio que uno de los cables recogía una carta para Roscoe Thibault y la empujaba hacia el tamiz correcto: RFD 2, que era la cortada de Hammer, aunque había sido incorrectamente enviada a la aldea de Haven.

Le habría gustado preguntarle cómo funcionaba, pero no quiso quedar como un idiota. Entonces se interesó por saber de dónde había sacado los cables.

—De esos teléfonos que compré en la galería de Bangor. Estaban de rebajas. Y también puse otras piezas de los teléfonos. Tuve que cambiarlo todo, pero fue fácil. Se me ocurrió… por las buenas, ¿sabes?

—Sí —dijo Joe, con lentitud, pensando en la expresión del apostador cuando le pagó sus sesenta dólares, después de la derrota de los *Mets*—. No está mal… para una mujer.

Por un momento, la frente de Nancy se oscureció.

«¿Quieres decir algo? —pensó Joe—. ¿Quieres pelear? Anda, vamos, está bien. Tan bien como lo otro».

Entonces la frente de Nancy se despejó en una sonrisa.

—Ahora tenemos más tiempo para hacerlo. —Le deslizó los dedos por el duro bulto de los pantalones—. Tienes ganas, ¿eh, Joe?

Y Joe tenía ganas. Se tumbaron en el suelo y él olvidó todo su enfado; se olvidó de que últimamente adivinaba los resultados de todos los partidos, de todas las carreras de caballos, de todos los torneos de golf. Se introdujo en ella, Nancy gimió y Joe se olvidó hasta de los ruidos susurrantes que aquellos cables hacían al pasar la

correspondencia certificada por la hilera de tamices.

5

Cuando Joe entró en la salita, Becka estaba sentada en su mecedora, fingía leer una revista. Apenas diez minutos antes había terminado de conectar al televisor el artefacto que Jesús le había enseñado a hacer. Seguía sus instrucciones al pie de la letra, porque Él decía que era preciso andarse con cuidado cuando una metía la mano dentro del televisor.

—Podrías freírte —le dijo—. Allí hay más electricidad que en un taller, hasta cuando está apagado.

Y ahora el televisor estaba apagado.

—Podrías haberme puesto el partido —dijo Joe, malhumorado.

—Creo que no te cuesta trabajo encender tú solo este maldito televisor —respondió Becka, hablando con su marido por última vez.

Joe enarcó las cejas. Eso de «maldito» era muy raro en boca de su mujer. Pensó en llamarle la atención, pero decidió dejarlo pasar. Cierta vieja gorda se quedaría sola en la casa en cuanto se descuidara.

—Creo que sí —dijo Joe, hablando con su mujer por última vez.

Cuando pulsó el botón del encendido, más de dos mil voltios se lanzaron hacia él: corriente alterna que había sido acumulada, convertida en mortífera corriente directa y acumulada otra vez. Los ojos se le abrieron mucho, se dilataron y sus globos oculares estallaron como uvas en un horno microondas. Había estado a punto de poner el botellín de cerveza sobre el televisor, junto a Jesús, pero ante la descarga eléctrica su mano se cerró con tanta fuerza que rompió el vidrio. Las astillas pardas se hundieron en los dedos y en la palma. La cerveza se hizo espuma y corrió hasta el televisor cuya cubierta de plástico ya se estaba levantando en ampollas; allí se convirtió en vapor con olor a levadura.

—¡IIOOOOOO! —aulló Joe Paulson.

Su rostro empezó a ponerse negro. Del cabello y de las orejas le brotaba un humo azul. Tenía el dedo clavado al botón de encendido del televisor.

En la pantalla apareció un rostro. Era Dwight Gooden, la estrella de los *Mets*, en el salvaje *pitch* que enriquecía a Joe Paulson en cuarenta dólares. La imagen cambió. Lo mostraba a él con Nancy Voss, mientras jodían en la oficina de Correos, en un colchón de catálogos, revistas y avisos de la compañías de seguros que le prometían que usted obtenía toda la cobertura necesaria, aunque tuviera más de sesenta y cinco años, que ningún vendedor llamaría a su puerta ni se le exigirían exámenes físicos, que sus seres amados serían protegidos a un costo de centavos por día.

—¡No! —gritó Becka.

Y la imagen cambió otra vez. Ahora se veía a Moss Harlingen detrás de un pino caído, ubicando a su padre en la mira de su 30.30 y murmurando: «Esta noche tú no, Em». Cambió y Becka vio a un hombre y a una mujer excavando en los bosques; la mujer, tras los mandos de algo que se parecía un poco a una grúa y otro poco a un coche de tebeo; el hombre, enganchando una cadena a un tocón. Detrás de ellos, un gran objeto en forma de plato sobresalía de la tierra, plateado, pero opaco; el sol lo tocaba en algunos lugares, pero no le arrancaba destello alguno.

Las ropas de Joe Paulson estallaron en llamas.

La salita se llenó de olor a cerveza hervida. La imagen tridimensional de Jesús giró y estalló.

Becka lanzó un chillido, pues comprendió que, le gustara o no había sido ella, siempre ella y sólo ella, ¡que estaba asesinando a su esposo!

Corrió hacia él para agarrar aquella mano estirada, espasmódica…, y quedó galvanizada a su vez.

«Jesús, oh Jesús sálvalo, sálvame, sálvanos a los dos», pensó al recibir la descarga, que la levantó de puntillas como si fuera la mejor bailarina clásica del mundo. Y una voz loca, carcajeante, la voz de su padre, se elevó en su cerebro:

Te engañé, Becka ¿verdad que te engañé? ¡Así aprenderás a no mentir! ¡Así aprenderás de una vez por todas!

Cuando la tapa del televisor, que ella había vuelto a atornillar después de hacer sus alteraciones, voló contra la pared, en un poderoso destello de luz azul, Becka fue a parar a la alfombra y arrastró con ella a Joe que ya estaba muerto.

El empapelado de la pared detrás del televisor prendió fuego a las cortinas, pero Becka Paulson estaba muerta también.

TRES

HILLY BROWN

1

El día en que Hillman Brown efectuó el truco más espectacular de su carrera como mago aficionado (en realidad, el único truco espectacular de su carrera como mago aficionado) fue el domingo, 17 de julio: exactamente una semana antes de que el ayuntamiento de Haven volara. El hecho de que William Brown nunca hubiera logrado antes un truco espectacular de verdad no resultaba sorprendente. Después de todo, sólo tenía diez años.

Su nombre de pila era igual al apellido de soltera de su madre. En Haven, los Hillman era tan antiguos como los Montgomery; aunque Marie Hillman no había lamentado pasar a ser Marie Brown (¡después de todo, estaba enamorada de su novio!), quiso conservar su apellido de soltera y Bryant se mostró de acuerdo. El recién nacido no llevaba en su casa una semana y ya todos lo llamaban Hilly.

Hilly creció nervioso. Ev, el padre de Marie, decía que tenía bigotes de gato en vez de nervios y que pasaría la vida sobre ascuas. No era lo que Bryant y Marie Brown habrían deseado oír, pero cuando Hilly cumplió su primer año ya estaba comprobado; era un hecho de la vida. Algunos bebés tratan de reconfortarse meciéndose de vez en cuando en su cuna; otros se chupan el pulgar. Hilly se mecía casi constantemente (mientras lloraba con furia, la mayor parte de las veces) y se chupaba los dos pulgares; se los chupaba con tanta fuerza que, a los ocho meses, ya le habían salido dolorosas ampollas.

—Ahora dejará de hacerlo —pronosticó el doctor Lester, de Derry, con toda confianza, después de examinar las horribles ampollas que rodeaban los pulgares de Hilly; Marie había llorado sobre esas llagas como si estuvieran en su propia piel.

Pero Hilly no lo dejó. Al parecer, su necesidad de consuelo era mayor que el dolor provocado por las ampollas. Con el correr del tiempo, se le convirtieron en duros callos.

—Se pasará la vida sobre ascuas —profetizaba el abuelo del niño a quien se interesara (y también a quien no se interesara; a los sesenta y tres años, Ev Hillman se había vuelto un hombre gárrulo-tirando-a-cargante)—. Tiene bigotes de gato en vez de nervios, sí. Éste Hilly tendrá siempre a los padres con el ¡Jesús! en la boca.

Y así era, sin duda. Por instigación de Marie, su marido había puesto tocones de árboles talados a ambos lados del camino de entrada. En cada uno de esos tocones, Marie instaló un plantero; en cada plantero, una planta diferente o un ramo de flores.

Cierto día, cuando tenía tres años, Hilly escapó de su cuna mientras se creía que dormía la siesta («¿Por qué tengo que dormir la siesta, mamá?», preguntaba Hilly. «Porque yo necesito descansar, Hilly», respondía su exhausta madre). Se escurrió por la ventana y tumbó los doce planteros con tocones y todo. Cuando Marie vio lo que Hilly había hecho, lloró con tanto desconsuelo como había llorado por los pulgares de su hijo. Al verla así, Hilly también estalló en lágrimas (sobre sus pulgares; estaba tratando de chuparse los dos juntos a un mismo tiempo). No había tumbado tocones y planteros por ser malo; sólo porque le había parecido una buena idea en ese momento.

—No sabes lo que cuesta esto, Hilly —dijo su padre en esa oportunidad. Lo diría muchas veces hasta el domingo 17 de julio de 1988.

A la edad de cinco años, Hilly subió a su trineo y salió disparado hacia la carretera por el camino de entrada de los Brown, cubierto de hielo. Más adelante diría a su pálida madre que no se le había ocurrido pensar que por la carretera podía venir algo. Levantarse, ver la capa de hielo formada durante la noche y preguntarse a qué velocidad correría por allí su trineo habían sido una sola cosa. Marie lo vio; también vio el camión-tanque que bajaba por la carretera 9, y llamó a Hilly en voz tan alta que en los días siguientes no pudo hablar sino en susurros. Esta noche, temblando entre los brazos de Bryant, le dijo que había visto la lápida del niño como si la tuviera ante los ojos: *Hillman Richard Brown, 1978-1983. Se fue demasiado pronto.*

—¡HIIILLYYYY!

Hilly volvió la cabeza de pronto al oír el grito de su madre, que le pareció tan potente como un avión de propulsión. Como resultado, cayó del trineo un momento antes de llegar al final del camino. El sendero estaba asfaltado y la capa de nieve helada era realmente fina; además, Hilly Brown nunca había tenido esa habilidad con que Dios suele dotar a los niños más activos: la habilidad de caer con suerte. Se fracturó el brazo izquierdo por encima del codo y se dio tal golpe en la cabeza que perdió el sentido.

Su trineo salió disparado. El conductor del camión-tanque reaccionó antes de haber podido ver que nadie iba sobre el pequeño vehículo. Hizo girar el volante y el camión bailó hacia un bajo terraplén de nieve, con la enorme gracia de las elefantas bailarinas de la película *Fantasía*. Atravesó el montón de nieve y cayó en la zanja, inclinado hacia un costado de manera alarmante. Menos de cinco minutos después, el conductor salió por la portezuela derecha del vehículo y corrió hacia Marie Brown, dejando el camión tendido de flanco en la hierba helada, como un mastodonte muerto, mientras el costoso combustible brotaba por las tres bocas superiores.

Marie llegaba corriendo por la carretera, gritando, con el niño inconsciente entre los brazos. En su terror y su confusión, estaba segura de que Hilly había sido atropellado, aunque lo había visto caer del trineo en el extremo del camino.

—¿Está muerto? —aulló el conductor, con los ojos dilatados, blanco como un papel, erizados los cabellos. En la entrepierna de los pantalones se le iba extendiendo una mancha oscura—. Señora, diga, por lo que más quiera, ¿está muerto?

—Creo que sí —sollozó Marie—. Creo que sí, que está muerto.

—¿Quién está muerto? —preguntó Hilly, abriendo los ojos.

—¡Oh, Hilly, gracias a Dios! —aulló su madre, abrazándolo.

El niño gritó a su vez con gran entusiasmo. Marie le estaba apretando los extremos astillados del hueso fracturado en el brazo izquierdo.

Hilly pasó los tres días siguientes en el Hospital Municipal de Derry.

—Al menos así se quedará un poco quieto —dijo Bryant Brown a la noche siguiente, mientras cenaba salchichas con guisantes.

Por una casualidad, Ev Hillman cenaba con ellos esa noche. Desde la muerte de su esposa acostumbraba hacerlo de vez en cuando: unas cinco noches por semana como promedio.

—¿Apostamos? —preguntó Ev, con la boca llena de pan de maíz.

Bryan echó una agria mirada de reojo a su suegro y no dijo nada.

Como de costumbre, Ev tenía razón; ése era uno de los motivos por los que Bryant solía mirarle con acritud. En su segunda noche de internamiento, mucho después de que los otros niños de Pediatría se quedaran dormidos, Hilly decidió salir a explorar. Cómo hizo para pasar ante la enfermera de noche sin ser visto resultó ser todo un misterio; pero el caso es que pasó. A las tres de la mañana se descubrió su desaparición. Una primera búsqueda por la sala de Pediatría no dio resultado. Tampoco la búsqueda en toda la planta. Se llamó a Seguridad para organizar una búsqueda por todo el hospital (los administradores, en un principio levemente fastidiados, comenzaron a preocuparse seriamente). Nada se descubrió. Telefonearon a los padres, que acudieron de inmediato, con cara de neurosis de guerra. Marie lloraba, pero su hinchada laringe sólo le permitía hacerlo en sofocados graznidos.

—Pensamos que tal vez haya salido del edificio, de un modo u otro —les dijo el director.

—¿Cómo diablos puede haber salido del edificio un niño de cinco años? —gritó Bryant—. ¿Qué clase de hospital es éste?

—Bueno, señor Brown… justamente es un hospital, no una cárcel.

Marie los interrumpió.

—Tienen que encontrarlo —susurró—. Afuera hay una temperatura de cinco grados bajo cero. Hilly iba en pijama. Podría estar…

—Oh, señora, creo que es prematuro preocuparse así —la interrumpió el director, con una sonrisa que trató de que fuese sincera.

Porque, en realidad, no le parecía prematuro en absoluto. Lo primero que había hecho, después de asegurarse de que el niño podía haber salido después de la ronda

de las once, había sido averiguar qué temperatura hacía fuera. La respuesta provocó una llamada al doctor Elfman, especialista en casos de hipotermia, muy abundantes durante los inviernos de Maine. El pronóstico del doctor Elfman fue grave: «Si ha salido del hospital, es probable que a estas horas haya muerto».

Otra búsqueda por todo el hospital, con la colaboración de los bomberos y la Policía de Derry, dio también resultados nulos. Administraron un sedante a Marie Brown y la pusieron a dormir. La única buena noticia era de tipo negativo: hasta el momento, nadie había encontrado el cadáver congelado de Hilly. Pero el director pensaba que el río Penobscot estaba cerca del hospital, con la superficie helada. Era posible que el niño hubiera tratado de cruzar el hielo y caído por alguna rotura. Oh, cómo lamentaba que los Brown no hubieran llevado a su mocoso al hospital del Este…

A las dos de la tarde, Bryant se sentó en una silla junto a su esposa dormida; aturdido, se preguntaba cómo decirle que su único hijo había muerto, si llegaba el caso. Más o menos al mismo tiempo, un ordenanza bajó al sótano para verificar el hervido de la ropa blanca y se encontró con un espectáculo asombroso: un niñito, abrigado sólo con pantalones de pijama, y con un brazo escayolado, se paseaba despreocupado entre dos de las gigantescas calderas del hospital, completamente descalzo.

—¡Eh! —chilló el ordenanza—. ¡Eh, nene!

—Hola —dijo Hilly, acercándose. Tenía los pies negros de polvo y el pantalón del pijama manchado de grasa—. ¡Caramba, qué grande es esto! Creo que me he perdido.

El ordenanza llevó a Hilly en brazos a la administración. El director sentó al niño en un gran sillón (después de poner sobre el asiento una prudente cobertura de papel de diario) y envió a su secretaria en busca de una Pepsi-Cola y una bolsa de galletitas. En otras circunstancias, el director habría ido personalmente a buscar todo aquello, para impresionar al niño con su paternal amabilidad. En otras circunstancias; eso significaba, según se dijo el ceñudo director, con otra clase de criatura. En el caso de Hilly, temía dejarle solo.

Cuando la secretaria volvió con el refresco y las galletitas, el director la envió en busca de Bryant Brown. Éste, que era un hombre fuerte, al ver a Hilly sentado en el sillón de la administración, los pies sucios a diez centímetros de la alfombra, el papel de diario que crujía bajo su trasero y la boca llena de galletitas, no pudo contener las lágrimas de alivio y agradecimiento. Por supuesto, eso hizo que Hilly (que nunca en su vida había hecho nada malo a conciencia) rompiera también a llorar.

—Por Dios, Hilly, ¿dónde estabas?

Él contó la historia lo mejor que pudo, dejando que el padre y el director extrajeran de eso la verdad objetiva, dentro de sus posibilidades. Se había perdido; llegó al sótano detrás de un duende, según dijo, y se tendió a dormir bajo una de las

calderas. Como allí hacía mucho calor, se había quitado la chaqueta del pijama, con mucho cuidado para no mover el yeso.

—Me gustaron mucho los cachorritos —dijo—. ¿Puedo tener un cachorrito, papi?

El ordenanza que había encontrado a Hilly halló asimismo la chaqueta, bajo la caldera número dos. Al sacarla de allí vio también a los «cachorritos», que escaparon de la luz. Prefirió no mencionarlos al matrimonio Brown; los pobres podían derrumbarse si recibían un golpe más. El ordenanza, hombre bondadoso, consideró mejor dejarles en la ignorancia de que su hijo había pasado la noche en compañía de varias ratas de sótano, algunas de las cuales tenían, en verdad, el tamaño de cachorros.

2

Si alguien le hubiese preguntado cómo percibía él mismo estas cosas (y los incidentes similares, aunque menos espectaculares, que ocurrieron en los cinco años siguientes), Hilly se habría encogido de hombros: «Creo que siempre me meto en líos», habría dicho. Con ello quería significar que era «propenso a los accidentes», pero hasta entonces nadie le había enseñado esa útil expresión.

A los ocho años, dos después del nacimiento de David, llegó a su casa con una nota de la señora Underhill, la maestra de tercer grado, quien pedía al matrimonio Brown que fuesen al colegio para mantener una breve entrevista con ella. Los Brown se presentaron, no sin ciertos temores. Entonces se enteraron de que, la anterior semana, habían sometido al tercer grado a una batería de tests para medir el coeficiente intelectual. Bryant, para sus adentros, esperaba oír que Hilly había resultado estar por debajo de lo normal y que necesitaba clases especiales. Marie, por su parte, que fuera disléxico. Ninguno de los dos había dormido bien la noche anterior.

Lo que la señora Underhill les anunció fue que Hilly estaba por completo fuera de la escala; dicho en términos sencillos, el muchacho era un genio, un superdotado.

—Si quieren saber cuál es su verdadero coeficiente intelectual —les dijo la maestra—, tendrán que llevarlo a Bangor para que le apliquen un test de Wechsler. Aplicarle el de Tompall es como tratar de determinar el coeficiente intelectual humano con un test de inteligencia ideado para cabras.

Marie y Bryant lo hablaron entre ellos… y decidieron no insistir al respecto. En realidad, no deseaban saber qué grado de inteligencia tenía Hilly. Les bastaba con saber que no era retrasado. Eso explicaba muchas cosas, comentó Marie esa noche en la cama: la inquietud de Hilly, el hecho de que no pudiera dormir más de seis horas, sus feroces ataques de interés, que aparecían y desaparecían como huracanes. Un día, cuando Hilly tenía casi nueve años, Marie volvió de Correos con el bebé y se

encontró su impecable cocina hecha un desastre. La pileta estaba llena de fuentes con grumos de harina. En la mesa había un charco de mantequilla medio derretida. Y algo se cocía en el horno. Marie se apresuró a poner a David en el corralito y abrió el horno, esperando recibir grandes nubes de humo y olor a quemado. Por el contrario, había una bandeja de panecillos dulces que, si bien algo deformes, resultaron bastante sabrosos. Esa noche los comieron con la cena, pero no antes de que Marie calentara bien el trasero de Hilly y lo enviara a su habitación, berreando disculpas. Después se sentó ante la mesa de la cocina para llorar, mientras David (un bebé plácido y despreocupado, una soleada Tahití junto al Cabo de las Tormentas que era Hilly) la miraba cómicamente, sentado en su corralito, aferrado a los barrotes.

Un punto muy a favor de Hilly era su sincero amor por el hermanito. Aunque Marie y Bryant se mostraban reacios a permitir que lo tuviera en brazos y hasta a dejarle solo con él más de medio minuto, poco a poco se fueron tranquilizando.

—¡Caramba, si podríamos mandar a Hilly con David por dos semanas a un campamento en el bosque y volverían perfectamente! —protestaba Ev Hillman—. El chico adora a ese bebé. Y lo trata muy bien.

Y eso resultó ser cierto. Casi todos «los líos» en que Hilly se metía (si no todos) surgían, ya del deseo de superarse, ya del genuino deseo de ayudar a sus padres. Las cosas le salían mal, eso era todo. Pero en el caso de David, que adoraba el suelo por donde su hermano mayor pisara, Hilly parecía acertar siempre.

Eso fue hasta el 17 de julio, día en que Hilly hizo el gran truco.

3

El señor Robertson Davies (que su muerte se posponga por mil años más) ha sugerido en su *Deptford Trilogy* que nuestra actitud hacia los magos y la magia indica, en gran parte, nuestra actitud ante la realidad, y que nuestras actitudes ante la realidad indican nuestra actitud con respecto a todo el mundo de maravillas en el cual nos encontramos: como niñitos en el bosque, incluso los más ancianos (hasta el señor Davies en persona, cabe creer), donde algunos de los árboles muerden y otros confieren grandes favores místicos, por alguna propiedad de su corteza, sin duda.

Hilly Brown percibía con claridad que vivía en un mundo de maravillas. Ésa había sido siempre su actitud y jamás cambió, pese a todos sus «líos». El mundo era tan místicamente bello como las bolas de cristal que sus padres colgaban todos los años en el árbol de Navidad (Hilly se moría por colgar algunas, pero la experiencia le había enseñado, al igual que a sus padres, que una bola de ésas en sus manos tenía la muerte asegurada). Para él, el mundo era tan glorioso y desconcertante como el Cubo-Rubik que le habían regalado en su noveno cumpleaños (en realidad, el cubo fue glorioso y desconcertante durante dos semanas, hasta que su solución se volvió

rutinaria). Su actitud hacia la magia también era previsible: la amaba. La magia estaba hecha para Hilly Brown. Por desgracia, Hilly Brown, como el Dunstable Ramsey de la *Deptford Trilogy*, no estaba hecho para la magia.

El día que Hilly cumplía diez años, Bryant Brown tuvo que pasar por la galería comercial de Derry a elegir otro regalo para su hijo. Marie le había telefoneado a mediodía.

—Papá se olvidó de comprarle un regalo, Bryant. Pregunta si puedes pasar por la galería y comprarle un juguete o algo así. Te pagará el dinero cuando cobre la jubilación.

—Sí, claro —repuso Bryant, mientras pensaba: «Ése día los cerdos volarán en escobas».

—Gracias, cariño —dijo ella, agradecida. Sabía muy bien que su padre (ahora cenaba con ellos seis y siete noches a la semana, no sólo cinco) era como papel de lija en el alma de su esposo. Pero él nunca se quejaba; por eso Marie lo amaba tanto.

—¿Qué ha pensado comprarle?

—Dice que confía en tu criterio.

«Típico», pensó Bryant.

Así fue como esa tarde se encontró en una de las dos jugueterías del centro comercial, entre juegos, muñecos (los muñecos para varones, bajo el eufemismo de «figuras de acción»), modelos y equipos. Bryant vio un gran equipo de química, pero se estremeció de terror al imaginar a Hilly mezclando sustancias en un tubo de ensayo. Nada le parecía adecuado; su hijo, a los diez años, estaba en esa edad en que ya no interesaban los juguetes y era demasiado pequeño aún para los juegos de construcción más sofisticados. Nada, nada le parecía adecuado, y ya no tenía tiempo. La fiesta de cumpleaños empezaría a las cinco y eran las cuatro y cuarto. Necesitaba esos tres cuartos de hora para llegar a casa.

Eligió el equipo de magia casi al azar. *¡Treinta trucos nuevos!*, anunciaba la caja. Bien. *¡Horas de alegría para el pequeño prestidigitador!*, decía la caja. Bien, también. *Para 8 a 12 años*, decía la caja, y eso fue lo mejor de todo. Bryant lo compró y lo metió de contrabando en la casa, bajo su chaqueta, mientras Ev Hillman dirigía un desafinado coro compuesto por Hilly, David y tres amigos del mayor.

—Llegas a tiempo para la tarta —saludó Marie, dándole un beso.

Antes envuelve esto, ¿quieres? —Él le entregó el equipo de magia. Ella le echó un vistazo y asintió—. ¿Cómo anda todo?

—Bien —dijo Marie—. Han jugado a ponerle la cola al burro. Cuando le tocó a Hilly, tropezó con una pata de la mesa y clavó la cola en el brazo de Stanley Jernigan; pero, hasta ahora, nada más.

Bryant se alegró de inmediato. Desde luego, las cosas andaban bien. El año anterior, mientras jugaban al escondite, Eddie Golden se había desgarrado la pierna

con un trozo de alambre de púas oxidado que Hilly había pasado por alto en su «siempre-limpio-escondite» (en realidad, nunca había visto ese alambre viejo). Eddie había tenido que recibir tres puntos de sutura y una inyección antitetánica, que le provocó una mala reacción y lo envió dos días al hospital.

Marie le sonrió y volvió a besarle.

Hilly abrió todos sus regalos con placer, pero cuando retiró el envoltorio del equipo de magia quedó transportado de alegría. Corrió hacia su abuelo (que para entonces había devorado media tarta de chocolate y se cortaba otra porción) y lo abrazó con fiereza.

—¡Gracias, abue! ¡Gracias! ¡Justo lo que yo quería! ¿Cómo lo adivinaste?

Ev Hillman le sonrió cálidamente.

—Creo que no he olvidado del todo lo que era ser niño —dijo.

—¡Es estupendo, abue! ¡Caramba! ¡Treinta trucos! Mira, Barney…

Cuando se volvía para exhibir el regalo a Barney Applegate, golpeó la taza de café de Marie con el borde de la caja y la rompió. El café quemó a Barney en el brazo y le hizo dar un grito.

—Disculpa, Barney —dijo Hilly, sin dejar de bailotear. Tenía los ojos tan brillantes que parecían un incendio—. ¡Pero mirad! ¡Genial! ¿No? ¡Formidable!

Los tres o cuatro regalos para los que Bryant y Marie habían estado ahorrando, que habían reservado con antelación por catálogo para que llegaran a tiempo, quedaron así relegados a la condición de porteadores de bultos en una aventura selvática. Bryant y Marie intercambiaron una mirada telepática.

Caramba, cariño, lo siento, dijeron los ojos de ella.

¡Qué se le va a hacer…! Así es la vida con Hilly, respondieron los de él.

Y los dos estallaron en una carcajada.

Los concurrentes a la fiesta se volvieron a mirarles por un momento (Marie nunca olvidaría los ojos redondos y solemnes de David), pero de inmediato concentraron la atención en Hilly, que estaba abriendo su juego de magia.

—¿Quedará un poco de helado con nueces? —se preguntó Ev en voz alta.

Y Hilly que esa tarde consideraba a su abuelo como el hombre más grande del mundo, corrió a buscar el helado.

4

El señor Robertson Davies también ha sugerido en su obra que a la magia se le aplica la misma gran verdad que a la literatura, la pintura, la elección del caballo ganador en las carreras y la capacidad de decir mentiras creíbles: algunos nacen con esa habilidad; otros, no.

Hilly, no.

En *Fifth Business*, de Davies, el primer libro de la trilogía, el narrador, encantado por la magia (es un niño de la edad de Hilly) realiza (mal) muchas pruebas ante un aprobador público unipersonal (un niño mucho menor, de la edad de David), con este irónico resultado: el niño mayor descubre que el pequeño tiene un talento natural para la prestidigitación, el mismo del que él carece. Ese niño menor avergüenza por completo al narrador la primera vez que trata de hacer que unos centavos desaparezcan.

En este último punto acaba la similitud; David no tenía más talento para la magia que Hilly. Pero adoraba a su hermano. Lo habría observado en paciente y amoroso silencio aun si, en vez de tratar que los comodines escaparan del mazo, o de que *Victor*, el gato de la familia, saltera de su chistera (chistera que fue tirada a la basura el mes de junio, porque *Victor* defecó en ella), Hilly le hubiera dado una conferencia sobre la termodinámica del vapor o leído íntegro el Evangelio según san Mateo.

No se puede decir que Hilly fuera un completo fracaso como mago. Por el contrario, la PRIMERA FUNCIÓN DE GALA DEL MAGO HILLY BROWN fue considerada un verdadero éxito. Asistieron diez o doce niños (casi todos amigos de Hilly, pero también algunos compañeros del jardín de infancia de David, para mayor seguridad) y cuatro o cinco adultos, ante quienes Hilly hizo más de diez trucos. En su mayor parte resultaron bien, no porque hubiera talento natural ni verdadera genialidad, sino por la voluntad con que Hilly los había ensayado. Toda la inteligencia y la voluntad del mundo no pueden crear una muestra de arte sin un poco de talento, pero sí algunas grandes falsificaciones.

Además, cabía decir algo en favor del juego de magia elegido casi al azar por Bryant: sus creadores, sabiendo que la mayoría de los aspirantes a mago serían torpes y con poco talento, se habían basado sobre todo en artificios mecánicos. Había que esforzarse mucho para arruinar el truco de las Monedas Multiplicadas, por ejemplo. Lo mismo ocurría con la Guillotina Mágica, un pequeño modelo (cuya base decía, discretamente, MADE IN TAIWAN) cargado con una hoja de afeitar. Cuando algún nervioso espectador (o David, de lo más tranquilo) ponía el dedo en el hueco de la guillotina, por encima de un agujero que sostenía un cigarrillo, Hilly dejaba caer la hoja y cortaba el cigarrillo en dos… pero dejaba el dedo milagrosamente intacto.

No todos los trucos dependían de artificios mecánicos, Hilly pasó horas enteras practicando un movimiento de las manos que le permitiría hacer «flotar» una carta desde el fondo del mazo hasta su superficie. Llegó a hacerlo muy bien, sin saber que el truco era mucho más útil para los tramposos en el juego que para los magos. Cuando el público supera las veinte personas, se pierde la intimidad de la sala familiar; entonces falla hasta el más espectacular de los juegos de naipes. Pero como el público de Hilly era reducido, pudo fascinar a niños y adultos por igual: hizo aparecer arriba las cartas puestas en el medio del mazo; logró que en el bolso de

Rosalie Skehan apareciera la carta que ella había mirado y puesto otra vez con las demás. Y, por supuesto, hizo que los comodines huyeran de la casa en llamas, tal vez el mejor truco de naipes que se haya inventado jamás.

Hubo fracasos, por supuesto. Esa noche, en la cama, Bryant diría que Hilly sin meteduras de pata habría sido como Pumpernick sin hamburguesas. Cuando trató de volcar una jarra de agua en un pañuelo que había pedido a Joe Paulson, el cartero que se electrocutaría un mes más tarde, sólo consiguió mojar el pañuelo y la parte delantera de sus pantalones. *Victor* se negó a salir de la chistera. Lo peor fue que el truco de las Monedas Desaparecidas fracasó, aunque Hilly había sudado sangre para dominarlo. Hizo desaparecer las monedas sin dificultad (en realidad, eran grandes discos de chocolate envueltos de papel dorado), pero en el momento de volverse se le cayeron de la manga, ante la carcajada general y el estruendoso aplauso de sus amigos.

Pese a todo, los aplausos que cerraron la función fueron sinceros. Todo el mundo coincidió en que Hilly Brown era un verdadero mago, si tenían en cuenta sus diez años. Sólo tres personas estuvieron en desacuerdo con esa opinión: Marie Brown, Bryant y el mismo Hilly.

—Aún no lo ha descubierto, ¿verdad? —comentó Marie a su esposo, esa noche, en la cama.

Se daba por entendido: se refería a lo que Dios tenía asignado a Hilly como misión para el faro que había puesto en su cerebro.

—No —dijo Bryant, después de una larga pausa pensativa—, creo que no. Pero se ha esforzado mucho, ¿no? Ha trabajado como una mula.

—Sí —confirmó ella—. Me alegro de que haya salido bien. Es bueno saber que puede, en vez de saltar de una cosa a otra. Pero también me entristece un poco. Trabajó con esos trucos como un estudiante universitario para graduarse.

—Lo sé.

Marie suspiró.

—Ahora que ha dado su función, supongo que se olvidará de eso y pasará a otra cosa. Con el tiempo, descubrirá qué es lo suyo.

5

En un principio pareció que Marie tenía razón, que el interés de Hilly por la magia se borraría como se había borrado su interés por las hormigas, las piedras lunares y la ventriloquía. El equipo de magia había dejado de estar bajo su cama, a mano por si Hilly despertaba en medio de la noche con una idea, y se encontraba en su atestado escritorio. Marie reconoció en ese cambio la primera escena de una vieja comedia. El desenlace se produciría cuando el equipo de magia fuese a parar a los

polvorientos rincones de la buhardilla.

Pero la mente de Hilly no había seguido ese curso. No era tan sencillo. Las dos semanas siguientes a la función de magia fueron un período de profunda depresión para el chico. Sus padres nunca lo supieron. David, sí; pero con sus cuatro años no podía hacer gran cosa, salvo desear que Hilly se animara.

Hilly Brown trataba de asimilar la idea: por primera vez en su vida había fracasado en algo que realmente deseaba hacer. Los aplausos y las felicitaciones lo habían gratificado, y no era tan inocente como para confundir los elogios con la cortesía. Pero en él había una parte férrea (esa parte, en otras circunstancias, le habría convertido en un gran artista), que no se conformaba con elogios. Los elogios, insistía esa parte férrea suya, era lo que los chapuceros de este mundo acumulaban sobre la cabeza de los apenas competentes.

En pocas palabras, con elogios no bastaba.

Por supuesto, Hilly no lo pensaba en términos tan adultos, pero lo pensaba. Si su madre hubiese conocido su forma de pensar, se habría enfadado mucho con él por tanto orgullo. La Biblia enseña que el orgullo precede a la caída. Se habría enfadado más que la vez del trineo y el camión-tanque, o que aquella otra en que él había querido dar a *Victor* un baño con sales perfumadas en el lavabo del cuarto de baño. «¿Qué quieres, Hilly? —habría exclamado, mientras levantaba las manos—: ¿Elogios sinceros?»

Ev, que veía mucho, y David, que veía más aún, habrían podido decírselo.

Quería que su público abriera los ojos como para que se le salieran de las órbitas. Que las niñas gritaran y los muchachos chillaran. Que todos rieran cuando *Victor* saltara de la chistera con una cinta en la cola y una moneda de chocolate en la boca. Hubiera cambiado todos los elogios y los aplausos del mundo por un solo grito de miedo, por una carcajada sonora, por una mujer que se desmayara como, según el folleto, hacían cuando Harry Houdini llevaba a cabo sus famosos trucos. Porque el elogio significa que uno es bueno y nada más. Cuando el público grita, ríe y se desmaya, significa que uno es… ¡grandioso!

Pero Hilly sospechaba…, no: Hilly sabía que él nunca sería grandioso. Y toda la voluntad del mundo no cambiaría eso. Era un golpe duro, no tanto el fracaso en sí como el hecho de saber que la situación no podía ser cambiada. En cierto modo, era como el fin de Santa Claus.

Por eso, mientras sus padres creían que aquella falta de interés suponía sólo otro cambio de los caprichosos vientos primaverales que soplan en casi toda niñez, en realidad era el resultado de la primera conclusión adulta de Hilly: si jamás sería grandioso como mago, tenía que apartar el juego a un lado. No podía dejarlo a mano para hacer un truco de vez en cuando, a manera de diversión. El fracaso dolía demasiado como para permitirle esa actitud. Era una mala ecuación. Mejor borrarla e

intentar otra.

Si los adultos fueran capaces de arrinconar sus obsesiones con igual firmeza, el mundo andaría, sin duda, mucho mejor. Robertson Davies no dice eso en su *Deptford Trilogy*, pero lo insinúa con fuerza.

6

El 4 de julio, día de la Independencia de Estados Unidos, David entró en el cuarto de su hermano y vio que Hilly había sacado de nuevo el equipo de magia. Tenía varios elementos diseminados ante sí… y algo más. Pilas. Las pilas de la radio grande de papá, según pensó David.

—¿Qué haces, Hilly? —preguntó el pequeño, amistoso.

La frente del mayor se oscureció. Se levantó de un salto y sacó a David a empujones, con tanta violencia que el niño cayó en la alfombra. Esa conducta resultaba tan poco habitual en su hermano que David, de tan sorprendido como estaba, ni siquiera lloró.

—¡Fuera de aquí! —gritó Hilly—. ¡No se pueden mirar los trucos nuevos! Los príncipes de Médicis hacían ejecutar a quien era sorprendido mirando los trucos de sus magos favoritos.

Después de haber pronunciado esa declaración, Hilly cerró la puerta en las narices de su hermano. David aulló pidiendo entrar, pero de nada le sirvió. Esa desacostumbrada dureza en alguien siempre tan dulce, aunque raro, era tan asombrosa que David bajó por la escalera, encendió el televisor y lloró hasta quedarse dormido frente a *Barrio Sésamo.*

7

El interés de Hilly por la magia se había reavivado más o menos por la época en que el cuadro de Jesús empezó a hablar con Becka Paulson.

Un solo y poderoso pensamiento reinaba en su mente: si sólo estaban a su alcance los trucos mecánicos, como el de las Monedas Multiplicadas, inventaría sus propios trucos mecánicos. ¡Los mejores que jamás se hubieran visto! ¡Mejores que el reloj de Thurston o los espejos con bisagras de Blackstone! Si para provocar exclamaciones, gritos y carcajadas hacían falta inventos y no manipulaciones, así sería.

En los últimos días se sentía muy capaz de inventar cosas.

En los últimos días, su mente parecía casi llena de ideas para inventos.

No era la primera vez que algunas ideas de inventar cosas pasaban por su mente, pero las que había tenido hasta entonces habían sido vagas, potenciadas por

ensoñaciones y no por principios científicos: naves espaciales hechas con cajas de cartón, pistolas de rayos que tenían un sospechoso parecido a ramas de árbol con trochos de gomaespuma y cosas así. De vez en cuando se le ocurrían ideas buenas, casi prácticas; pero siempre las descartaba porque no sabía cómo llevarlas a la práctica: sabía clavar un clavo o aserrar una madera, y nada más.

Ahora, en cambio, los métodos parecían claros como el cristal.

«Trucos grandiosos», pensó mientras ponía cables, enroscaba tuercas y atornillaba. El 18 de julio, cuando su madre le dijo que iba de compras a Augusta (hablaba de una manera distraída; hacía cosa de una semana que le dolía la cabeza; la noticia de que Joe y Becka Paulson habían muerto al incendiarse su casa no la había calmado, por cierto), Hilly le pidió que pasara por la ferretería principal y le comprara un par de cosas. Le dio una lista y los ocho dólares que le quedaban del dinero recibido para su cumpleaños; luego le preguntó si podía «algo así como prestarle» el resto.

Diez (10) contactos tipo resorte (N.° 1334567) c/u 0,70 dól.
Tres (3) contactos tipo resorte (N.° 1334709) c/u. 1,00 dól.
Un (1) enchufe de seguridad para cable coaxial (N.° 19776-C) 2,90 dól.

Si no hubiese sido por su dolor de cabeza y por una sensación generalizada de nerviosismo que tenía, Marie no habría dejado de preguntarle para qué era todo aquello; interesándose también por saber de dónde sacaba Hilly información tan exacta, hasta con el número de inventario, si no había hecho una llamada de larga distancia a la ferretería en cuestión. Hasta quizá hubiera sospechado que Hilly, por fin, «lo había descubierto».

En cierta forma terrible, eso era lo que había ocurrido.

Pero ella aceptó comprar las cosas y «algo así como prestarle» los cuatro dólares que faltaban.

Cuando volvió de Augusta con David, ya se le habían ocurrido algunas de esas preguntas. El viaje le había hecho mucho bien, pues su dolor de cabeza había desaparecido por completo. David, que estaba silencioso e introspectivo (aunque siempre era alegre y dicharachero) desde que Hilly lo echó de su cuarto, también parecía reanimado. Parloteó hasta que a ella le ardieron las orejas. David le informó que Hilly había fijado su SEGUNDA FUNCIÓN DE MAGIA para dentro de nueve días, en el patio trasero.

—Va ’cer muchos trucos nuevos —dijo el niño, mohíno.

—¿De veras? —Sí.

—¿Y te parece que serán buenos?

—No sé —respondió David.

Pensaba de qué manera lo había sacado su hermano a empujones de la habitación. Estaba al borde de las lágrimas, pero Marie no se dio cuenta. Diez minutos antes habían pasado los límites de Albion; se encontraban otra vez en el distrito de Haven, y el dolor de cabeza le empezaba de nuevo. Y con él, la anterior sensación (ahora algo más fuerte) de que no ordenaba sus pensamientos como habría debido. Para empezar, parecía tener demasiados. Por otra parte, ni siquiera sabía a qué se referían muchos de ellos. Eran como si… Lo pensó con atención y finalmente llegó a la comparación: En secundaria había participado en un grupo de teatro (era posible que Hilly hubiese heredado de ella el amor por lo dramático); los pensamientos de su mente eran como el murmullo del público, oído a través del telón, antes de que se iniciara el espectáculo. No sabía qué decían, pero sí sabía que estaban allí.

—No creo que sean muy buenos —dijo David, por fin.

Miraba por una ventanilla; de súbito, sus ojos eran los de un prisionero, solitario y sin salida. David vio a Justin Hurd en sus tierras, traqueteando con el tractor. Estaba arando, aunque corría el mes de julio: pleno verano. Por un momento, la mente de Justin Hurd, de cuarenta y dos años, quedó totalmente abierta a la de David Brown, de cuatro. El niño comprendió que Justin estaba destrozando toda su huerta: rompía el maíz sin madurar, desgarraba las judías, hacía puré los tiernos melones bajo las ruedas del tractor. Justin Hurd creía estar en primavera. Justin Hurd se había vuelto loco.

—No creo que sean nada buenos —repitió David.

8

En la PRIMERA FUNCIÓN DE GALA DEL MAGO HILLY, el público había sido de unas veinte personas. En la segunda hubo sólo siete asistentes: sus padres, su abuelo, David, Barney Applegate (que tenía diez años, como Hilly) y la señora Crenshaw (que había ido desde la ciudad con la esperanza de vender a Marie algunos productos de Avon), aparte del mismo Hilly. Ese drástico descenso de asistentes no fue el único contraste con el primer espectáculo.

El público que asistió al primero había sido alegre y hasta algo descarado (por ejemplo, el sarcástico aplauso que saludó a las monedas de chocolate caídas de la manga de Hilly). El público del segundo se mostraba ceñudo e inquieto; parecían maniquíes sentados en las sillas de campaña que habían instalado Hilly y su «ayudante» (David, pálido y silencioso). El padre de Hilly, que tanto rió, aplaudió y lo festejó en la primera función, interrumpió el discurso de apertura de Hilly sobre los «misterios del Oriente» para decirle que no podía perder mucho tiempo con esos misterios, si al mago no le molestaba, acababa de cortar el césped y necesitaba una

ducha y una cerveza.

También el clima había cambiado. El día de la PRIMERA FUNCIÓN DE GALA había sido claro, cálido y verde, el más esplendoroso de los días que Nueva Inglaterra puede ofrecer a fines de primavera. Ese día de pleno verano era caluroso y húmedo; el sol, deslumbrante, castigaba desde un cielo color cromo. La señora Crenshaw se abanicaba con uno de sus catálogos de Avon, en espera de que todo aquello terminara pronto. Una podía desmayarse allí, sentada al sol. Y ese niñito, sobre su estrado hecho con cajones de naranjas, con su traje negro y el bigote pintado con crema de los zapatos… malcriado… exhibicionista… De pronto, la señora Crenshaw sintió ganas de matarlo.

Los actos de magia eran mucho mejores (sorprendentes, en realidad), pero Hilly quedó atónito y enfurecido al ver que estaba aburriendo a su público hasta las lágrimas. Vio que su padre se removía en la silla, como si fuese a levantarse, y eso lo puso frenético; quería impresionar a su padre más que a nadie.

«Bueno, ¿qué quieres? —se preguntó, enojado, sudando tanto como la señora Crenshaw bajo su traje dominguero de lana—. Estoy actuando muy bien, hasta mejor que el mismo Houdini, pero nadie grita, nadie ríe, nadie se horroriza. ¿Por qué? ¿Qué cuernos anda mal?»

En el centro del estrado de cajones había una pequeña plataforma (otro cajón de naranjas, éste cubierto con una sábana). El cajón escondía un artefacto inventado por Hilly, usando las pilas que David había visto en su cuarto y las entrañas de una vieja calculadora robada (sin el menor remordimiento) del fondo de un cajón, en el escritorio que había en el vestíbulo. La sábana que cubría el cajón de naranjas estaba recogida en los bordes; entre los pliegues se ocultaba otro de los desacostumbrados robos de Hilly: el pedal de la máquina de coser de su madre. Hilly había conectado el pedal a su artefacto. También había usado los contactos de resorte que ella le había comprado en Augusta.

El artefacto que había inventado hacía desaparecer las cosas y las devolvía de regreso. A Hilly eso le parecía espectacular, asombroso. Sin embargo, la reacción de su público empezó siendo apenas tibia y fue descendiendo.

—¡Para mi primera prueba, el Tomate que Desaparece! —trompeteó Hilly. Sacó un tomate de su caja de «elementos mágicos» y lo mostró a los presentes—. Me gustaría que un voluntario del público se adelantara para comprobar que se trata de un tomate verdadero, no de una imitación. ¡Usted, señor! ¡Gracias!

Señaló a su padre, que se limitó a agitar cansadamente la mano, diciendo:

—Está bien, Hilly, es un tomate. Ya lo veo.

—¡Bien! Ahora veamos cómo se producen… ¡los Misterios del Oriente!

Hilly se inclinó, puso el tomate en el centro de la sábana blanca que cubría el cajón y lo tapó con uno de los pañuelos de seda de su madre. Agitó la varita mágica

sobre el montículo circular que abultaba el pañuelo azul y chilló:

—*¡Presto-magesto!* —Mientras pisaba subrepticiamente el pedal escondido. Se produjo un breve zumbido en tono grave.

El montículo desapareció bajo el pañuelo, que quedó plano. Hilly retiró el pañuelo para mostrar a los presentes que no había nada sobre la plataforma y esperó, complacido, las exclamaciones y los gritos de asombro. Sólo obtuvo un aplauso.

Un aplauso cortés, nada más.

Con toda claridad, desde la mente de la señora Crenshaw, le llegó: «Una trampilla. Esto no tiene nada de innovador. Parece mentira que deba aguantar este sol y a ese malcriado que hace desaparecer tomates por trampillas, sólo para vender un frasco de perfume a su madre. ¡Qué cosa!»

Hilly empezaba a enfurecerse.

—Ahora. ¡Otro Misterio del Oriente! ¡El Regreso del Tomate Desaparecido! —Miró a la señora Crenshaw con un ceño formidable—. Y si alguno de ustedes está pensando en algún truco estúpido como el de las trampillas, hasta el más estúpido ha de saber que se puede hacer bajar un tomate por una de ellas, pero sería bastante difícil hacer que subiera, ¿verdad?

La señora Crenshaw mantuvo su sonrisa agradable; sus nalgas desbordaban los bordes de la silla de jardín, que se estaba hundiendo poco a poco en el césped. Sus pensamientos se habían borrado de la cabeza de Hilly como una señal de radio deficiente.

El niño puso otra vez el pañuelo de seda sobre la plataforma. Agitó la varita mágica. Pisó el pedal. La seda azul se abultó sobre algo esférico. Hilly retiró el pañuelo, triunfante, y dejó al descubierto el tomate.

—¡Ta-taaaa! —gritó. Ahora sí sonarían los gritos y las exclamaciones de asombro.

Más aplausos corteses.

Barney Applegate bostezó.

Hilly lo hubiera matado de muy buena gana.

Había pensado pasar de número en número hasta el Gran Final, y la idea era buena, pero no llegó muy lejos. En su disculpable entusiasmo por haber inventado una máquina que hacía desaparecer de verdad las cosas (planeaba entregarla al Pentágono o algo así, después de que su retrato hubiera aparecido en la portada de *Newsweek*, nombrándolo como el mago más grande de la historia), Hilly había pasado dos cosas por alto. Primero, que sólo los niños pequeños y los estúpidos toman por ciertos los actos de magia; segundo, que estaba repitiendo, en esencia, el mismo truco, una y otra vez. Cada nuevo ejemplo difería del anterior sólo en un grado de dificultad.

Del Tomate que Desaparece y el Regreso del Tomate Desaparecido, Hilly pasó

ceñudo a la Radio que Desaparece (la de su padre, bastante aligerada por falta de ocho pilas secas, ahora en las entrañas del artefacto oculto bajo la plataforma) y el Regreso de la misma.

Corteses aplausos.

La Silla que Desaparece, seguida del Regreso de Usted-lo-ha-Dicho.

El público se iba encorvando en su asiento, como aturdido por el sol… o tal vez por lo que había en la atmósfera de Haven, fuera lo que fuese. Si algo se estaba oxidando en el casco de la nave y pasaba al aire, su condensación era mucha ese día pues no había el más leve soplo de viento.

«Tengo que hacer algo», pensó Hilly, presa del pánico.

En la prisa del momento, decidió saltar la Biblioteca que Desaparece, la Bicicleta que Desaparece (de mamá) y la Motocicleta que Desaparece (de papá). De cualquier modo, dado el humor de su padre, le resultaría difícil que se la llevará hasta la plataforma. Pasaría sin más al Gran Final.

El Hermanito que Desaparece.

—Y ahora…

—Disculpa, Hilly, pero… —comenzó su padre.

—… como última demostración —agregó el chico, apresuradamente. El padre volvió a sentarse, a desgana—, necesito un voluntario. Acércate, David.

David se levantó, con una expresión que equilibraba el miedo y la resignación, Aunque no se le había dicho con exactitud, David sabía cual era el último truco. Lo sabía demasiado bien.

—No quiero —susurró.

—Lo harás —respondió Hilly, con el ceño fruncido.

—Tengo miedo, Hilly —suplicaba David, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Y si no vuelvo?

—Volverás —susurró el mayor—. Todo lo demás ha vuelto, ¿no?

—Sí, pero no has hecho desaparecer nada vivo —objetó David. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Hilly miró a su hermano, que había amado tanto y con tanto éxito (había tenido más éxito en su amor a David que con cualquier otra de sus empresas, incluida la magia). Experimentaba un momento de horribles dudas. Era como despertar por un momento de una pesadilla antes de que lo empujara a uno hacia algo. *No vas a hacer eso, ¿verdad? No lo empujarías a una calle transitada sólo porque creyeras que todos los vehículos se detendrían a tiempo, ¿verdad? Ni siquiera sabes adónde van esas cosas cuando dejan de estar aquí.*

Pero miró al público, aburrido y desatento; el único que parecía más o menos vivo era Barney Applegate, que se estaba rascando una costra en el codo. El resentimiento volvió a surgir. Dejó de ver las lágrimas de miedo en los ojos de David.

—¡Sube al estrado, David! —susurró, adusto.

La carita de David tembló, pero caminó hacia allí. Nunca había desobedecido a Hilly; lo había idolatrado en cada uno de los más de mil quinientos días de su vida. No lo desobedecería tampoco ahora. De cualquier modo, sus piernas regordetas lo sostuvieron a duras penas hasta que subió al cajón de naranjas cubierto por la sábana, con la máquina loca debajo.

David se enfrentó al público: un niño redondo, de pantaloncitos azules y camiseta desteñida con la leyenda: ME LLAMAN DOCTOR AMOR. Las lágrimas le corrían por el rostro.

—Sonríe, maldición —siseó Hilly, mientras ponía el pie en el pedal de la máquina de coser.

David, aunque sollozando aún más, se las compuso para esbozar la horrible parodia de una sonrisa. Marie Brown no vio las lágrimas de terror de su hijo menor. La señora Crenshaw había cambiado de asiento (el que había ocupado hasta entonces tenía la mitad de las patas de aluminio hundidas en el prado) y se disponía a retirarse. Ya no le importaba vender algún producto a esa idiota. NO valía la pena soportar aquella tortura.

—¡Y AHORA! —tronó Hilly a su aturdido público—. ¡El mayor secreto que retiene el Oriente! ¡Conocido por pocos y practicado por muchos menos! ¡El Ser Humano que Desaparece! ¡Observen bien!

Arrojó la sábana sobre la trémula silueta de David. En el momento en que ésta ondeaba sobre los pies del pequeño, desde abajo surgió un sollozo audible. Hilly sintió otro estremecimiento de miedo o de cordura, que luchaba débilmente por afirmarse.

—Hilly, por favor… por favor, tengo miedo…, —surgió el susurro ahogado.

Hilly vaciló. Y de pronto pensó: «¡Vamos! ¡Tienes el poder! Porque el *Tommyknocker* te enseñó qué hacer».

Fue muy poco después de eso que Hilly Brown perdió realmente el juicio.

—¡*Presto-majesto*! —gritó.

Y agitó la mano sobre el bulto estremecido de la plataforma, mientras pisaba el pedal.

La sábana cayó perezosamente, como cuando se arroja cualquier sábana sobre el colchón y se le permite que se pose.

Hilly la retiró con un movimiento rápido.

—¡Ta-taaa! —chilló.

Estaba medio delirante por una mezcla de triunfo y miedo, momentáneamente equilibrados a la perfección, como niños de igual peso en un columpio.

David había desaparecido.

9

Por un momento, la apatía general se equilibró. Barney Applegate dejó de arrancarse crostitas. Bryant Brown se incorporó en la silla, boquiabierto. Marie y la señora Crenshaw interrumpieron su conversación; Ev Hillman frunció el entrecejo, preocupado, aunque esa expresión no resultó nueva en él; llevaba varios días preocupado.

«Ahhh», pensó Hilly. Un bálsamo untó su alma. ¡El éxito!

Tanto el interés del público como el triunfo de Hilly tuvieron poca vida. Los trucos aplicados a seres humanos siempre son más interesantes que los referidos a objetos o a animales (sacar un conejo de la chistera es muy aceptable, pero ningún mago que se precie de tal decidirá, sobre esa base, aserrar en dos un caballo en vez de una bonita muchacha de generosa silueta, envuelta en un trajecito escaso); pero, aun así, se trataba del mismo truco. En esa ocasión, el aplauso fue más potente (y Barney Applegate dejó escapar un estentóreo «¡Bieeen Hilly!»), pero se apagó enseguida. Hilly vio que su madre volvía a conversar en susurros con la señora Crenshaw. Su padre se levantó.

—Voy a darme una ducha, Hilly —murmuró—. Un espectáculo buenísimo.

—Pero…

—Ésa es mi mamá —dijo Barney, levantándose de un salto, con tanta prisa que estuvo a punto de derribar a la señora Crenshaw—. ¡Hasta luego, Hilly! ¡Te felicito por el truco!

—Pero… —Hilly sentía ya el escozor de las lágrimas en sus propios ojos.

Barney cayó de rodillas y agitó la mano hacia el espacio libre, debajo de la plataforma.

—¡Adiós, Davey! ¡Buena actuación!

—¡No está aquí debajo, maldición! —chilló Hilly.

Pero Barney se iba ya a la carrera. La madre de Hilly y la señora Crenshaw caminaban hacia la puerta trasera, mirando un catálogo de Avon. Todo estaba ocurriendo a demasiada velocidad.

—No digas palabrotas, Hilly —le regañó su madre, sin mirar atrás—. Y que David se lave las manos en cuanto entréis en casa. Allí abajo está todo sucio.

Sólo quedaba Ev Hillman, el abuelo. Ev miraba a Hilly con la misma expresión preocupada.

—¿Por qué no te vas también? —preguntó Hilly, con una amarga ferocidad, sólo arruinada por lo vacilante de su voz.

—Si tu hermano no está ahí debajo, Hilly —dijo Ev, con tono apagado, muy distinto del habitual—, ¿dónde está?

«No lo sé», pensó Hilly.

Fue entonces cuando el columpio empezó a moverse. Descendió el enfado. Descendió del todo. Y subió el miedo hasta lo más alto. Con el miedo, los remordimientos acudieron en tropel. Una instantánea del aterrorizado y sollozante rostro de David. Una instantánea del suyo propio (por gentileza de una buena imaginación) con expresión enojada y casi cruel; mandona, sin lugar a dudas. «Sonríe, maldición». David, tratando de sonreír entre lágrimas.

—Oh, está aquí abajo, sí —aseguró. Rompió en fuertes sollozos y se sentó en el escenario, con las rodillas recogidas y el encendido rostro apoyado contra ellas—. Está aquí abajo, sí. Todos han descubierto mis trucos y no les han gustado a nadie. Detesto la magia. Ojalá no me hubieras regalado nunca este estúpido juego de magia, para empezar…

—Hilly… —Ev se adelantó, preocupado, pero ahora también afligido. Algo andaba mal en la casa… en la casa y en todo Haven. Él lo percibía—. ¿Qué ocurre?

—¡Vete de aquí! —sollozó Hilly—. ¡Te odio! ¡*TE ODIO*!

Los abuelos son tan susceptibles al dolor, la vergüenza y la confusión como cualquier persona. Ev Hillman sintió esas tres cosas en ese momento. Dolía oír que Hilly lo odiaba; dolía, aun teniendo en cuenta que el niño estaba emocionalmente exhausto. Le avergonzaba que fuera su regalo lo que le hiciera llorar, y no importaba que hubiera sido una elección de su yerno. Si Ev lo había aceptado como un regalo suyo ante el placer de Hilly, ahora debía aceptarlo cuando le hacía llorar, con el rostro contra las sucias rodillas. Le confundía percibir que allí estaba ocurriendo algo más…, pero ¿qué? Lo ignoraba. Sí sabía que cuando empezaba a hacerse a la idea de que se estaba volviendo senil (oh, los efectos eran aún muy débiles; pero era algo que se aceleraba un poquito año a año), llegaba ese verano y todo el mundo parecía volverse senil. ¿Qué significaba eso, exactamente? ¿Una cierta expresión en los ojos? ¿Extraños lapsos, olvidos de nombres que habrían debido acudir con prontitud y facilidad? Todo eso, sí, pero había algo más. Sólo que no lograba determinar qué era ese algo más.

Aquella confusión, tan distinta de la vacuidad que había afectado a los demás asistentes a la SEGUNDA FUNCIÓN DE GALA, hizo que Ev Hillman, única persona presente cuya mente estaba realmente lúcida (en realidad, su mente era la única lúcida de todo Haven, en esos días; aunque también la de Jim Gardener se veía bastante indemne ante los efectos de la nave enterrada, hacia el día 17 Jim había vuelto a beber en exceso), hiciera algo que más adelante lamentaría amargamente.

En vez de doblar sus crujientes y artríticas rodillas y agacharse para ver si David Brown estaba realmente debajo del improvisado escenario, emprendió la retirada. Y lo hizo, entre otras muchas cosas, ante la idea de que su regalo de cumpleaños hubiera causado ese dolor a Hilly. Dejó al chico solo, con la idea de volver «cuando

el niño estuviera más calmado».

10

Mientras seguía con la vista a su abuelo, que se alejaba con aquel arrastrar de pies, los remordimientos y la angustia se duplicaron en Hilly… para triplicarse de inmediato. Esperó a que Ev hubiera desaparecido. Luego se levantó con trabajo y volvió al estrado. Puso el pie sobre el oculto pedal y lo pisó.

Brummm.

Esperó que la sábana se abultara con la forma de David. Le quitaría bruscamente la sábana y le diría: «¿Has visto, llorón, cómo nada te pasaba?» Hasta podía darle un coscorrón por haberlo asustado de ese modo. O tal vez…

Nada ocurría.

El miedo empezó a hincharse en la garganta de Hilly. ¿O tal vez había estado allí desde el principio? Desde el principio, sí. Sólo que ahora se… hinchaba, ésa era la palabra justa. Se le hinchaba dentro, como si alguien le hubiera metido un globo por la garganta y estuviera inflándolo. Ese nuevo temor hizo que la angustia pareciera buena cosa y el remordimiento una belleza, en comparación. Intentó tragar, pero no consiguió que la saliva pasara por aquella hinchazón.

—¿David? —susurró. Y pisó el pedal otra vez.

Brummm.

Decidió no propinar un coscorrón a David. Le daría un abrazo. Cuando David volviera, Hilly caería de rodillas, lo abrazaría y le diría que le prestaba *todos* los juegos (salvo, tal vez, *Ojos de Serpiente y Bola de Cristal*) durante toda una semana.

Todavía nada.

La sábana bajo la cual David había desaparecido seguía arrugada sobre la que cubría el cajón y su artefacto. No se abultaba con la forma de David, no. Hilly, solo en el patio, con el fuerte sol del verano castigándolo, sintió que el corazón se le aceleraba cada vez más en el pecho, que el globo se le hinchaba en la garganta.

«Cuando esté a punto de reventar —pensó— es probable que comience a gritar».

¡Basta! ¡Ya volverá! ¡Seguro! El tomate ha vuelto, y la radio y la silla. Todas las cosas con las que experimenté en mi cuarto volvieron. Él… él…

—¡Hilly y David, venid a lavaros! —llamó su madre.

—¡Sí, mamá! —respondió Hilly, con voz vacilante, demencialmente alegre—. ¡Enseguida!

Y pensó: «¡Por favor, Dios, que vuelva! Perdón, Dios, haré cualquier cosa. David puede quedarse con todos los juegos para siempre, lo juro, puede quedarse con el *MOBAT* y hasta con la *Cúpula del Terror*, pero Dios querido, haz que esta vez funcione. ¡Haz que vuelva!»

Presionó el pedal otra vez.

Brummm.

Miró la sábana arrugada con los ojos borrosos a causa de las lágrimas. Por un momento creyó que ocurría algo, pero sólo era un golpe de viento que había agitado la tela.

El pánico, brillante como astillas de metal, empezó a retorcerse en la mente de Hilly. Pronto comenzaría a gritar, hasta atraer a su madre, desde la cocina, y a su padre, desnudo, con una toalla atada a la cintura y el champú corriéndole por las mejillas. Ambos se preguntarían qué habría hecho Hilly esta vez. El pánico sería misericordioso en un sentido: cuando apareciese, lo borraría todo.

Pero las cosas no habían llegado tan lejos todavía, por desgracia. Dos pensamientos pasaron por el brillante cerebro de Hilly en rápida sucesión.

El primero: «Nunca había hecho desaparecer algo que estuviera vivo. Hasta el tomate había sido cortado, y papá dijo una vez que cuando se corta algo deja de estar vivo».

El segundo: «¿Y si David no puede respirar allí donde está? ¿Y si no puede respirar?»

Había pensado muy poco en qué sucedía con las cosas que hacía desaparecer. Pero ahora…

Su último pensamiento coherente, antes de que el pánico descendiera como un gran dosel (o un velo de luto), fue, en realidad, una imagen mental. Vio a David tendido en medio de un paisaje extraño, inanimado. Parecía la superficie de un mundo duro y muerto. La tierra gris era seca y fría; las grietas se abrían como bocas de reptil muerto, zigzagueando en todas direcciones. Arriba había un cielo más negro que terciopelo de joyería; mil millones de estrellas aullaban hacia abajo, más brillantes que las estrellas jamás vistas desde la superficie de la Tierra, porque el sitio que Hilly estaba mirando, con los enormes y horrorizados ojos de su imaginación, carecía (casi o totalmente) de aire.

Y en medio de esa extraña desolación yacía su regordete hermano de cuatro años, con sus pantaloncitos cortos y su camiseta, ME LLAMAN DOCTOR AMOR. David se aferraba la garganta, en un intento de respirar el no-aire de un mundo que estaba tal vez a mil millones de años-luz de casa. David tenía náuseas y se estaba poniendo azul. La escarcha trazaba diseños mortales en sus labios y en sus uñas. Estaba…

Ah, pero entonces se impuso, por fin, el misericordioso pánico.

Arrancó la sábana que había usado para cubrir a David y tumbó el cajón bajo el cual estaba oculta la máquina. Pisó una y otra vez el pedal de la máquina de coser. Empezó a gritar, a aullar. Sólo al llegar a su lado, la madre notó que no aullaba: en sus gritos había palabras.

—¡Todos los juegos! —chillaba Hilly—. ¡Todos los juegos! ¡Por siempre jamás,

todos los juegos!

Y luego algo infinitamente más escalofriante:

—¡Vuelve, David! ¡Vuelve, David! ¡Vuelve!

—Por Dios, ¿qué significa esto? —gritó Marie.

Bryant tomó a su hijo por los hombros y le hizo girar para mirarle al rostro.

—¿Dónde está David? ¿Dónde ha ido?

Pero Hilly se había desmayado. Nunca recuperó la conciencia del todo. No mucho después, más de cien hombres y mujeres (Bobbi y Gardener entre ellos) estaban en los bosques, al otro lado de la carretera, escarbando entre las matas en busca de David, el hermano de Hilly.

Si hubiesen podido preguntarle, Hilly les habría dicho que, en su opinión, buscaban demasiado cerca de la casa.

Demasiado cerca.

CUATRO

BENT Y JINGLES

1

En el atardecer del 24 de julio, al cabo de una semana de la desaparición de David Brown, el agente de la policía estatal Benton Rhodes salía de Haven, alrededor de las ocho, conduciendo un coche patrulla. Su compañero era Peter Gabbons, a quien sus camaradas conocían con el apodo de *Jingles*. El crepúsculo yacía en cenizas. Cenizas metafóricas, por supuesto, en contraposición a las que cubrían las manos y el rostro de los dos, que eran reales. La mente de Rhodes volvía una y otra vez al brazo cercenado y al hecho de que él hubiera reconocido al instante a quién había pertenecido. ¡Por Dios!

«¡Basta de pensar en eso!», ordenó a su mente.

De acuerdo, convino su mente. Y siguió pensando en ello.

—Prueba la radio otra vez —dijo—. Apostaría a que tenemos interferencias de ese maldito reflector de microondas que han instalado en Troy.

—Bueno. —*Jingles* tomó el micrófono—. Aquí unidad 16, llamando a Base. ¿Me recibes, Tug? Cambio.

Soltó el botón y escuchó. Lo que se percibía era una estática bastante chillona, con voces fantasmales sepultadas muy dentro de ella.

—¿Quieres que pruebe otra vez? —preguntó *Jingles.*

—No. Pronto estaremos fuera de la estática.

Bent circulaba con las luces largas puestas, a más de cien kilómetros por hora, por la carretera tres, que llevaba a Derry. ¿Dónde demonios estaban las unidades de apoyo? No habían tenido problemas de comunicación con Haven; las transmisiones fueron tan claras que casi parecía un misterio. Pero la radio no era lo único misterioso en Haven esa noche.

¡En efecto!, convino su mente. *A propósito, reconociste el anillo de inmediato, ¿verdad? Es imposible no reconocer un anillo de policía estatal, aun cuando esté en la mano de una mujer, ¿verdad? ¿Y viste cómo pendían sus tendones, igual que flecos? Parecía un trozo de carne en el mostrador de la carnicería, ¿no? Una pata de cordero, algo así. ¡El brazo derecho arrancado! Es…*

«¡Basta! ¡Basta de una vez, qué joder!»

Bueno, bueno, está bien. Por un momento he olvidado que no querías pensar en eso. ¡Y cuánta sangre!

«Basta, por favor, basta», gimió él.

Bueno, está bien. Sé que me voy a volver loca si continúo pensando en eso, pero creo que sigo pensando, de cualquier modo, porque no puedo dejar de hacerlo. Esa mano, ese brazo…, qué horrible, nunca vi algo peor, ni siquiera en accidentes de tráfico. Pero ¿y todos aquellos otros pedazos? ¿Las cabezas cercenadas? ¿Los pies? Esa explosión de caldera debió de ser terrible.

—¿Dónde está la unidad de apoyo? —preguntó *Jingles*, nervioso.

—No lo sé.

Pero cuando los viera les diría unas cuantas cosas que los dejaría atónitos. Podía decirles. «Os tengo un acertijo que no adivinaríais jamás. ¿Cómo se explica que una explosión haya dejado cuerpos mutilados por todo el sector, pero un solo muerto? Más aún: ¿cómo es posible que el único daño provocado por una caldera al estallar sea arrancar la torre del ayuntamiento? ¿Y cómo es posible que Berringer, el jefe del cuerpo administrativo, no fuera capaz de identificar el cadáver, si hasta yo sabía quién era? ¿Os rendís, muchachos?»

Había cubierto el brazo con una manta. Con respecto a los otros fragmentos de cuerpos, nada se podía hacer. De cualquier modo, no importaba. Pero había cubierto el brazo de Ruth.

En la acera de la plaza de Haven: Allí lo había hecho, mientras el idiota de Allison, el jefe de los bomberos voluntarios, sonreía como si aquello fuese una cena entre amigos y no una explosión en que había muerto una estupenda mujer. Todo aquello era cosa de locos. Cosa de locos sin remedio.

A Peter Gabbons lo llamaban *Jingles*[12] por su voz grave, como la de Andy Devine; *Jingles* era uno de los personajes que Devine había representado en una vieja serie de vaqueros. Tug Ellender, el operador de radio, había empezado a llamarle así al llegar Gabbons de Georgia, y el apodo quedó. Pero Gabbons habló ahora con una voz aguda, estrangulada, distinta de la suya habitual:

—Sal de la carretera, Bent. Estoy descompuesto.

Rhodes se apartó con rapidez a un lado, en el borde mismo de una pendiente que estuvo a punto de arrojar el coche patrulla a la zanja. Al menos, Gabbons había sido el primero en aflojar. Eso era algo.

Jingles se arrojó del coche por la derecha. Bent Rhodes lo hizo por la izquierda. A la palpitante luz azul del coche patrulla, los dos echaron fuera todo lo disponible. Bent retrocedió, tambaleante, y se apoyó contra el vehículo, limpiándose la boca con una mano; entre las hierbas altas, más allá del borde de la carretera, aún se oían náuseas. Giró la cabeza hacia lo alto, agradecido por la brisa.

Benton se volvió hacia su compañero. Los ojos de *Jingles* eran oscuros y espantados agujeros. Tenían la mirada del hombre que está procesando toda su información sin llegar a conclusiones razonables.

—¿Qué ha ocurrido allá atrás? —preguntó Bent.

—¿Estás ciego, hombre? La torre del ayuntamiento salió por los aires como un cohete.

—¿Y cómo pudo una explosión de caldera hacer volar la torre?

—No lo sé.

—Me cago en eso. ¿Quién lo creería? ¿Una caldera estalla en pleno verano y hace volar la torre?

—No. Es ridículo.

—En efecto, compañero. Ridículo a más no poder. —Bent hizo una pausa—. ¿Qué has sentido, *Jingles*? ¿No has notado algo extraño allá?

—Podría ser —dijo su compañero, cauteloso—. Algo.

—¿Qué?

—No lo sé —dijo *Jingles*. Su voz había empezado a ascender por la escala, a tomar las inflexiones desparejas y gorjeantes de los niños pequeños cuando están al borde del llanto. Arriba refulgía una galaxia de estrellas, los grillos cantaban en el fragante silencio estival—. Pero me alegro muchísimo de haber salido de aquella ciudad…

Entonces recordó que al día siguiente volvería a Haven, para colaborar en los trabajos de limpieza y en la investigación. Eso sí hizo que se echara a llorar.

2

Al cabo de un rato reanudaron el viaje. Para entonces, del cielo había desaparecido hasta la última huella de luz. Bent se alegró de eso. En realidad no quería mirar a *Jingles*, ni que *Jingles* lo mirara.

A propósito, Bent, dijo entonces su mente, *aquello era muy extraño, ¿no? Extrañísimo. Las cabezas esparcidas y las piernas, con los zapatos puestos, en la mayor parte de los casos. ¡Y los torsos! ¿Viste los torsos? ¡El ojo! ¡Ese único ojo azul! ¿Lo viste? Por supuesto, si lo enviaste de una patada a la alcantarilla cuando te inclinaste para recoger el brazo de Ruth McCausland. Muchos brazos, piernas, cabezas y torsos, pero Ruth fue la única persona que murió. Es un acertijo como para un campeonato, sí.*

Las partes de cuerpecitos habían sido cosa fea. Los restos despedazados de los murciélagos, en cantidades enormes, también habían sido cosa fea. Pero nada tan horrible como el brazo de Ruth, con el anillo de su marido en el dedo corazón de la mano derecha, porque la mano y el brazo de Ruth eran de verdad.

Aquellos brazos, piernas y torsos habían sido, en un primer momento, una espantosa sorpresa; durante el primer momento de aturdimiento, Bent se había preguntado si, pese a las vacaciones de verano, no había algún grupo escolar recorriendo el ayuntamiento en el momento de la explosión. Después, su mente

entumecida comprendió que ni siquiera los párvulos de un jardín de infancia poseían miembros tan pequeños, y que ningún niño poseía brazos y piernas que no sangraran cuando les eran arrancados del cuerpo.

Miró alrededor y vio que *Jingles* sostenía una cabecita humeante en una mano, y una pierna parcialmente derretida, en la otra.

—Muñecos —había dicho *Jingles*—. Muñecos, carajo. ¿De dónde han salido todos estos muñecos, Bent?

Cuando él iba a responder, diciendo que no lo sabía (aunque aun en ese momento lo de los muñecos le había sugerido algo, que ya recordaría a su debido tiempo), notó que todavía había parroquianos comiendo en el Minutas Haven. Y gente que compraba en el mercado. Un intenso frío le tocó el corazón como un dedo de hielo. Se trataba de una mujer a la que casi todos conocían de siempre (y en muchos casos, la amaban), pero cada uno seguía con lo suyo.

Seguían con lo suyo, como si nada hubiese ocurrido.

Entonces fue cuando Bent Rhodes empezó a desear, a desear muy en serio, salir de Haven cuanto antes.

Y ahora, al bajar el volumen de la radio que aún no transmitía sino estática sin sentido, Bent recordó qué le había acicateado su mente un instante antes.

—Ella misma tenía muñecos, la señora McCausland.

«Me gustaría haberla conocido a fondo, haberme tuteado con ella, como *Monstruo*. Que yo sepa, todo el mundo la quería. Por eso me extraña que cada uno siga en lo suyo…»

—Sí, creo que me lo dijeron —confirmó *Jingles*—. Era su *hobby*, ¿no? Tal vez lo he oído comentar en el Minutas Haven. O quizá en Cooder, tomando un refresco con los veteranos.

«Una cerveza con los veteranos, querrás decir», pensó Rhodes. Pero se limitó a asentir.

—Sí, y supongo que eso era lo que había allí. Sus muñecos. Un día de la primavera pasada estuve hablando de la señora McCausland con *Monstruo* y…

—¿Con *Monstruo*? —repitió *Jingles*—. ¿*Monstruo* Dugan la conocía?

—Sí, y creo que bastante bien. Él había sido compañero de su esposo antes de que éste muriera. Y me comentó que la señora McCausland tenía más de cien muñecos, tal vez doscientos. Me dijo que era su único *hobby* y que una vez los exhibieron en Augusta. Según me contó, ella estaba más orgullosa de esa exposición que de todo cuanto había hecho por la ciudad… ¡Y mira que hizo cosas en Haven!

«¡Me gustaría haber podido tutearla!», pensó otra vez.

—*Monstruo* dijo que, aparte de sus muñecos, trabajaba sin cesar —continuó Bent. Luego agregó—: Por la forma en que me hablaba, se me ocurrió que estaba… eh… enamorado de ella. —Sonaba más anticuado que una película de vaqueros de Roy

Rogers, pero era la sensación que siempre le había dado Butch Dugan, el *Monstruo*, con respecto a Ruth McCausland—. Es muy improbable que te encarguen darle la noticia de su muerte; pero, en todo caso, recuerda este consejo: haz como que no sabes nada.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. ¡*Monstruo* Dugan en mi caso: lo único que me faltaba!

Bent sonrió sin humor.

—Su colección de muñecos —musitó *Jingles*, con un asentimiento de cabeza—. Claro que era su colección de muñecos, me di cuenta enseguida… —Vio la mirada irónica de Bent y sonrió un poquito—. Bueno, en realidad, durante uno o dos segundos… Pero en cuanto vi que no había sangre y que el sol los hacía brillar, comprendí que eran muñecos. Sólo que no me explicaba cómo había tantos.

—Y todavía no te lo has explicado. Ni eso ni nada. No sabemos qué hacían allí. Ni por qué estaba *ella* en aquel lugar, por todos los diablos.

Jingles puso expresión de angustia.

—¿Quién querría su muerte, Bent? Era una mujer tan simpática… ¡Maldición!

—Creo que la asesinaron —dijo Bent. A sus propios oídos, su voz sonó como platillos que se quebraban—. ¿Te ha parecido un accidente?

—No. Eso no fue la explosión de una caldera. Y los humos que nos impidieron bajar al sótano… ¿para ti olían a queroseno?

Bent sacudió la cabeza. No importaba qué fuese aquel humo; nunca en su vida había olido algo parecido. Tal vez aquel idiota de Berringer había tenido razón en una sola cosa: en que respirar el humo podía ser peligroso y que era mejor quedarse arriba hasta que se despejara el aire en el sótano del ayuntamiento. Pero ahora Bent comenzaba a preguntarse si no los habría mantenido afuera deliberadamente… quizá para que no vieran que la caldera estaba intacta.

—Cuando presentemos nuestros informes sobre este lío —dijo *Jingles*—, los rufianes de la zona tendrán que dar muchas explicaciones: Allison, Berringer, esos tipos. Y quizá algunas explicaciones deban darlas al mismo Dugan.

Bent asintió, pensativo.

—Todo esto es una locura, qué joder. Allí había algo raro. Hasta empecé a sentirme mareado. ¿Y tú?

—Los vapores… —comenzó *Jingles*, vacilante.

—No jodas con los vapores. Me mareé en la calle.

—Los muñecos, Bent. ¿Qué pintaban los muñecos allí?

—No lo sé.

—Yo, tampoco. Pero es otra de las cosas que no me trago. Piensa un momento: si alguien la odiaba tanto como para querer matarla, quizá la odiaba lo suficiente para hacerla volar junto con sus muñecos. ¿No te parece?

—En realidad, no —respondió Benton Rhodes.

—Pero podría ser —insistió *Jingles*, como si con decirlo lo demostrara.

Bent empezó a comprender que *Jingles* trataba de sacar cordura de la demencia, y le dijo que intentara comunicarse por radio otra vez.

La recepción era algo mejor, pero ninguna maravilla, por cierto. Bent no recordaba que el reflector de microondas de Troy hubiera producido tanta interferencia a tan poca distancia de Derry.

3

Según los testigos con quienes habían hablado, la explosión había tenido lugar a las quince y cinco, medio minuto más o menos. El reloj de la torre del ayuntamiento dio las tres de la tarde, como siempre. Cinco minutos después, ¡BLAMMM! Y ahora, mientras volvía a Derry en la oscuridad, a la mente de Benton Rhodes acudió una imagen extrañamente convincente, tanto que le puso carne de gallina en todo el cuerpo.

Vio el reloj de la torre del ayuntamiento, que marcaba las tres y cuatro minutos de esa tarde calurosa y sin viento, ya a finales de julio. De pronto, una mirada pasa entre quienes están en el Minutas Haven; entre los clientes del almacén de Cooder; entre quienes se encuentran en la Ferretería Haven; entre las damas del Trastorio; entre los niños que se mecen o qué penden de las paralelas, inquietos en el calor estival, en el patio junto a la escuela. Pasa de los ojos de una señora gorda que juega dobles de tenis en el club municipal, detrás del ayuntamiento, a su compañera de juego; después, a sus gordas adversarias, por encima de la red; la pelota rueda lentamente a un rincón de la cancha, en tanto ellas se tienden en el suelo, se cubren los oídos con las manos y esperan… esperan la explosión.

Todos los habitantes de la ciudad, tendidos en el suelo, esperando el *blam* que perforará el día, como el golpe de una maza sobre madera gruesa.

De súbito, Bent sintió un estremecimiento tras el volante del coche patrulla.

Las cajeras de Cooder. Los clientes entre las góndolas. Los parroquianos del Minutas Haven, sentados en los banquillos, y los que estaban tras el mostrador. A las quince y cuatro minutos todos se arrojaron al suelo, los malditos. Y a las quince y seis se levantaron para seguir cada uno con lo suyo. Todos ellos, salvo los Papanatas Elegidos. Y también Allison y Berringer, quienes dijeron a todos que se trataba de una explosión de la caldera, lo cual no era cierto; y que no sabían quién era la víctima, cuando lo sabían muy bien.

No creerás que todos sabían lo que iba a pasar, ¿o sí?

Una parte de él lo creía. Porque si las buenas gentes de Haven no hubieran sabido algo, ¿cómo era posible que las únicas bajas fueran Ruth McCausland y sus

muñecos? ¿Por qué los demás no habían sufrido daño alguno, si la lluvia de cristales rotos había volado por la calle principal a una velocidad de ciento setenta kilómetros por hora, más o menos?

—Creo que a esta altura deberíamos estar fuera del alcance de ese maldito reflector —dijo Bent—. Prueba de nuevo.

Jingles cogió el micrófono.

—Sigo sin entender adónde se ha metido esa maldita unidad de refuerzo.

—Tal vez haya ocurrido algo en otra parte. Las desgracias nunca vienen solas.

—Sí vienen en tropel. Esto de que lluevan pedazos de muñecos…

Mientras *Jingles* oprimía el botón del micrófono, Bent cogió una curva con el coche patrulla. Los reflectores y la señal giratoria cayeron sobre una camioneta en medio de la carretera, en diagonal.

—¡Por todos los…!

Entonces los reflejos entraron en acción y le hicieron pisar el freno. Las cubiertas aullaron y desprendieron humo. Por un momento, Bent pensó que se estrellaban, pero el coche se detuvo con el parachoques a tres metros del vehículo detenido.

—Pásame el papel higiénico —bromeó *Jingles,* en voz baja y trémula.

Bajaron, desabrochando las pistoleras sin pensar. El olor a caucho quemado pendía en el aire de verano.

—¡Qué mierda ocurre! —exclamó *Jingles.*

Y Bent pensó: «Él también lo siente. Esto no es normal. Forma parte de lo que ocurría en esa escalofriante ciudad, y él también lo percibe».

Se levantó brisa. Bent oyó el ruido de una lona que se agitaba por un segundo. En la parte trasera de la camioneta se deslizó una lona, con un seco ruido de serpiente de cascabel. Los testículos del policía iniciaron un apresurado viaje hacia el norte. Aquello parecía el cañón de un bazuca. Iba a agacharse cuando se dio cuenta de que sólo era un caño de alcantarilla, apoyado en un soporte de madera. Nada había que temer. Pero él temía. Estaba aterrorizado.

—Vi esa camioneta en Haven, Bent. Estacionada frente al restaurante.

—¿Quién anda ahí? —gritó Bent.

No hubo respuesta.

Miró a *Jingles*. Éste, con los ojos resaltando grandes y oscuros en el pálido rostro, le devolvió la mirada.

De pronto, Bent pensó: «¿Interferencia de microondas? ¿Era eso en realidad lo que nos impedía comunicar?»

—¡Si hay alguien en esa camioneta, será mejor que hable! —amenazó—. A ver…

Desde la caja de la camioneta surgió una risa aguda, loca. Después se hizo el silencio.

—Oh, por Dios, esto no me gusta nada —gimió *Jingles* Gabbons.

Bent dio un paso hacia delante, al tiempo que elevaba el arma reglamentaria. De pronto, el mundo se llenó de luz verde.

CINCO

RUTH McCAUSLAND

1

Ruth Arlene Merrill McCausland tenía cincuenta años, pero parecía tener diez años menos… quince, en sus mejores días. Toda Haven estaba de acuerdo en que, aun siendo mujer, era el mejor delegado policial que jamás había tenido la ciudad. Eso se debía al hecho de que su esposo hubiese sido policía del estado, según algunos. Según otros, se debía sólo a que Ruth era Ruth. De cualquier forma, todos estaban de acuerdo en que tenían suerte de que viviera en su ciudad. Era firme pero justa. Sabía mantener la calma en una emergencia. La gente de Haven decía eso y mucho más de ella. Y eran testimonios a tener en cuenta, si se consideraba que aquella pequeña población había sido gobernada por hombres desde un comienzo. En honor a la verdad, Ruth era una mujer notable.

Nacida en Haven, en ella se había criado; en realidad, era sobrina del reverendo Donald Hartley, el que tan cruel sorpresa se llevó en 1901 ante la votación que cambió el nombre de la ciudad. En 1955, siendo aún muy jovencita, ingresó en la Universidad de Maine; era apenas la tercera estudiante del sexo femenino, en toda la historia de aquella institución, que iniciaba su carrera a la tierna edad de diecisiete años. Se inscribió en leyes.

Al año siguiente se enamoró de Ralph McCausland, que estaba en su mismo curso. Era alto; con su metro noventa y dos, todavía le faltaban ocho centímetros para igualar la estatura de su amigo Anthony Dugan (a quien sus amigos llamaban Butch y sólo dos o tres, muy íntimos, *Monstruo*). Aun así, sobrepasaba a Ruth en treinta buenos centímetros. A pesar de su corpulencia, se movía con una gracia extraña, casi absurda, y era de buen temple. Quería ser policía del estado por seguir los pasos de su padre, según explicó cuando Ruth le preguntó por qué. Necesitaba el título de abogado para incorporarse a la organización; para ser policía sólo requerían el título secundario, buena vista, reflejos rápidos y antecedentes impecables. Pero Ralph McCausland quería algo más que honrar a su padre al elegir la misma carrera.

—Si alguien elige un trabajo y no planea la forma de progresar en él, es un loco o un haragán —dijo a Ruth una noche, mientras tomaban Coca-Cola en un bar.

Lo que no le dijo, porque era tímido con respecto a sus ambiciones, fue que esperaba llegar a ser el Jefe de Policía de Maine. De cualquier modo, Ruth lo sabía, por supuesto.

Al año siguiente aceptó la propuesta matrimonial de Ralph a condición de que

esperaran que ella se graduara. No quería ejercer la profesión, según dijo, pero sí prestar toda la ayuda posible a su esposo. Ralph estuvo de acuerdo. Cualquier hombre en sus cabales, frente a la belleza, inteligente y lúcida, de Ruth Merrill, lo hubiera estado. En 1959, cuando se casaron, Ruth era ya abogada.

Llegó virgen al matrimonio. Y eso la preocupaba un poco, si bien sólo una parte de su mente (aquella sobre la que no lograba ejercer su férreo control habitual) se atrevía a preguntarse, si «esa» parte de él sería tan grande como el resto de su persona; a veces le parecía que sí, sobre todo mientras bailaban o se besaban. Pero él fue considerado; hubo sólo una molestia pasajera que pronto se convirtió en placer.

—Déjame embarazada —le susurró al oído, mientras él comenzaba a moverse sobre ella, dentro de ella.

—Con placer, señora —respondió Ralph, algo sofocado.

Pero Ruth nunca concibió.

Ruth, única hija de John y Holly Merrill, heredó una considerable suma de dinero y una linda casa antigua en Haven. Fue en 1962, al morir su padre. Ella y Ralph vendieron la modesta casita que tenían en Derry y, en 1963, se instalaron en Haven. Ninguno de los dos hubiera admitido ante el otro que su felicidad no era perfecta: ambos notaban que había demasiados cuartos vacíos en la mansión victoriana. Ruth solía pensar que la felicidad perfecta se presenta sólo entre pequeñas discordancias: el estruendo de un florero roto o una pecera tumbada o una carcajada chillona en el momento en que una dormita plácidamente en la tarde; la criatura que queda embarazada de dulces y se ve forzada a dar a luz una pesadilla en la madrugada. En sus momentos melancólicos (ella se encargaba de que fueran muy pocos), Ruth solía pensar en los mahometanos fabricantes de alfombras, que siempre incluían un error deliberado en su obra, para honrar a la deidad perfecta que les había hecho a ellos, criaturas más falibles. A veces se le ocurría pensar que, en el tapiz de su existencia vivida con honradez, un hijo aportaba ese error respetuoso.

Pero, en general, eran felices. Preparaban juntos los casos más difíciles de Ralph, que siempre declaraba ante el tribunal de manera serena, respetuosa y devastadora. Importaba poco que uno estuviera detenido por conducir en estado de embriaguez, por incendiario o por haber roto una botella contra la cabeza de alguien en una pelea de taberna. Si era Ralph McCausland quien efectuaba el arresto, el detenido tenía las mismas posibilidades de salir libre que tiene de sobrevivir con heridas leves quien está en el centro mismo de una explosión nuclear.

En los años en que Ralph iba ascendiendo por la escalilla de la burocracia policial, lento pero sin pausa, Ruth inició su carrera de servidora pública. En realidad, ella no consideraba que fuera una carrera, y nunca pensó que estuviera en el contexto de la política. No era política, sino servicio. En eso consistía la leve pero cruel diferencia. El trabajo no le daba la serena felicidad que las gentes para quienes

trabajaba le atribuían; para satisfacerla del todo habría hecho falta un hijo.

Eso no tiene por qué ser asombroso ni degradante; después de todo, era hija de su época; ni siquiera los muy inteligentes son inmunes a la propaganda incesante. En compañía de Ralph visitó a un médico de Boston, quien, después de someterlos a numerosas pruebas, les aseguró que ambos eran fértiles. Les aconsejó que se relajaran. En cierto modo, la noticia fue cruel. Si uno de los dos hubiera resultado estéril, habrían adoptado un niño. Entonces decidieron esperar un tiempo y seguir el consejo del médico…, o intentarlo al menos.

Aunque ninguno de los dos lo sabía, ni siquiera lo intuía, cuando volvieron a hablar de adopción, a Ralph no le quedaba ya mucho tiempo de vida.

En esos últimos años de matrimonio, Ruth efectuó una especie de adopción por cuenta propia: adoptó a Haven.

La biblioteca, por ejemplo. La casa parroquial metodista estaba llena de libros desde tiempos inmemoriales. Algunos eran novelas de misterio y resúmenes del *Reader's Digest*, de los que se desprendía un claro olor a moho cuando eran abiertos; otros se habían hinchado hasta adquirir el tamaño de guías telefónicas cuando las tuberías de la casa parroquial estallaron, en 1947. Pero la mayor parte estaba en condiciones asombrosamente buenas. Ruth los clasificó con paciencia; conservó los buenos, vendió los malos a las fábricas de papel y sólo tiró los que no tenían remedio. La Biblioteca Comunitaria de Haven tuvo su inauguración oficial en la casa parroquial metodista, pintada y remozada, en diciembre de 1968; Ruth McCausland desempeñó el cargo de bibliotecaria voluntaria hasta 1973. El día en que dimitió, los fideicomisarios colgaron su fotografía sobre la repisa de la sala de lectura. Ruth protestó, pero cedió al comprender que ellos estaban decididos a homenajearla, aun en el caso de que ella no aceptara el homenaje. Aunque los ofendiera, no les haría cambiar de opinión, porque ellos necesitaban rendírselo. La biblioteca que ella había iniciado sola, trabajando sentada en el frío suelo de la casa parroquial, vestida con una vieja camisa de leñador de Ralph, con el aliento humeante entre las cajas de libros que clasificaba con paciencia, hasta entumecérsele las manos, fue distinguida en 1972 como la mejor entre los municipios pequeños del estado.

En otras circunstancias, eso habría procurado algún placer a Ruth, pero durante todo ese año 1972 y en el siguiente, pocas cosas le resultaron placenteras. Porque ése fue el año en que Ralph McCausland murió. Al fin de la primavera comenzó a quejarse de fuertes dolores de cabeza. A principios del verano, una gran mancha roja apareció en su ojo derecho. Las radiografías revelaron la presencia de un tumor cerebral. Murió en octubre, cuando le faltaban dos días para cumplir los treinta y siete años.

Durante el velatorio, Ruth pasó largo rato de pie ante el ataúd abierto, mirándolo. Había llorado casi sin cesar durante la última semana y sospechaba que le quedaban

muchas lágrimas que derramar (océanos, tal vez) en las semanas y en los meses siguientes. Pero no lloraría en público, así como no se le habría ocurrido presentarse desnuda ante la gente. A la vista de los concurrentes (que fueron más o menos todos los habitantes de la ciudad) se mostraba tan dulce y compuesta como siempre.

—Adiós, cariño —dijo, por fin. Y le dio un beso en la comisura de la boca. Le quitó el anillo de policía estatal y lo puso en su propio dedo. Al día siguiente viajó hasta Bangor y se lo hizo ajustar. Lo usó hasta el día de su fallecimiento. Aunque la violencia de su muerte le arrancó el brazo del hombro, ni Bent ni *Jingles* tuvieron problema para identificar aquel anillo.

2

No fue la biblioteca el único servicio que Ruth prestó a la ciudad. Todos los otoños participaba en la colecta para la Sociedad de la Lucha contra el Cáncer. En cada uno de los siete años en que colaboró, la suma que entregó a la asociación fue la mayor de cuantas se recaudaron en la categoría de los pequeños municipios de Maine. El secreto de su éxito era muy sencillo: Ruth iba a todas partes. Se enfrentaba, simpática y sin temor, a ceñudos habitantes de los barrios apartados, que parecían casi tan mestizos como los perros gruñones que tenían en sus patios traseros, entre cadáveres medio descompuestos de coches viejos y aperos de granja. Y en casi todos los casos conseguía un donativo. Quizá en algunos lugares lo conseguía por sorpresa, porque esa gente llevaba mucho tiempo sin recibir una visita.

Sólo en una ocasión fue mordida por un perro, pero el caso se convirtió en un hecho memorable. El perro no era grande, pero tenía muchísimos dientes.

MORAN, decía el buzón. En la casa no había nadie, salvo el perro, que apareció desde un lado, entre gruñidos, mientras ella llamaba a la puerta sin pintar. Ruth alargó una mano y el perro del señor Moran se la mordió al instante. Después se retiró y, de puro excitado, meó en el porche. Ella empezó a bajar por los escalones, mientras sacaba el pañuelo de la cartera para envolverse la mano ensangrentada. El perro corrió a saltos tras ella y la mordió otra vez, en la pierna. Le asestó una patada con la que logró espantarlo, pero en tanto renqueaba hacia su coche, el animal volvió a echársele encima y la mordió por tercera vez. Ésa fue la única mordedura grave. El perro del señor Moran arrancó un considerable trozo de carne de la pantorrilla izquierda de Ruth (ese día llevaba falda; jamás volvió a salir de colecta si no era con pantalones). Por fin, el animal se retiró al centro del descuidado césped y allí se sentó, gruñendo y babeando; la sangre de Ruth le chorreaba de la lengua. En vez de subir a su coche, ella abrió el maletero, sin prisas. Tenía la sensación de que, si se apresuraba, el animal la atacaría de nuevo, casi con certeza. Sacó el Remington que llevaba desde los dieciséis años y disparó contra el perro, en el momento en que éste

empezaba a correr hacia ella. Levantó el cadáver y lo metió en su maletero, sobre una capa de papel de diario, para llevarlo al doctor Daggett, el veterinario de Augusta que atendía en aquellos tiempos a Peter, el perro de Bobbi, antes de trasladarse a Florida.

—Si este bicho estaba rabioso, me encuentro en graves dificultades —dijo a Daggett.

El veterinario apartó el perro para mirar a Ruth McCausland, quien, aunque mordida y sangrante, se mostraba tan simpática como de costumbre.

—Sé que no he dejado mucho cerebro para que usted lo examine con comodidad, pero ha sido inevitable. ¿Quiere echarle un vistazo, doctor?

Daggett le dijo que ella necesitaba atención médica; había que lavar las heridas y suturar la pantorrilla. Hasta donde Daggett podía alterarse, estaba alterado. Ruth le aseguró que él mismo podía lavarle las heridas con perfecta eficiencia. En cuanto al «bordado», como ella lo llamó, iría a la sala de urgencias de Derry en cuanto hubiera realizado un par de llamadas telefónicas. Le dijo que trabajara con el perro mientras ella las hacía y le pidió permiso para usar el teléfono de su despacho a fin de no preocupar a la clientela. Una mujer había gritado al verla entrar, lo cual no era sorprendente: llevaba una pierna ensangrentada y abierta; en los brazos, llenos de sangre, portaba el cadáver del perro del señor Moran, ya rígido y envuelto en una manta. Daggett le dijo que podía usar el teléfono cuanto quisiera. Ella lo hizo; puso mucho cuidado en cargar la llamada al destinatario en la primera ocasión y a su propia casa en la segunda; sería muy difícil que el señor Moran aceptara una llamada a su cargo. Ralph estaba en la casa de *Monstruo* Dugan, repasando unas fotografías para un próximo juicio por asesinato. La esposa de *Monstruo* nada extraño detectó en su voz; Ralph, tampoco (más tarde le dijo que hubiera sido estupenda como delincuente). Ruth le informó que se había demorado en la colecta para la Asociación de Lucha contra el Cáncer; le recomendó que, si llegaba a casa antes que ella, recalentara el asado y se preparara una parte de las verduras fritas que tanto le gustaban; en el congelador tenía seis o siete porciones. Además, había una tarta en la caja del pan, si se le antojaba algo dulce. A esa altura, Daggett había entrado en el despacho y le estaba desinfectando las heridas, por lo cual se la veía muy pálida. Ralph quiso saber la causa de su tardanza; ella prometió contárselo cuando llegara a casa. Ralph respondió que ojalá fuera muy pronto y que la amaba. Ruth le aseguró que sentía exactamente lo mismo. Luego, mientras Daggett terminaba con la mordedura que tenía en el dorso de la rodilla (le había curado la mano durante la conversación telefónica) y se dedicaba a la más profunda, la de la pantorrilla (Ruth sintió que su carne herida trataba de apartarse del alcohol), llamó al señor Moran. Le dijo que su perro la había mordido tres veces, una más de las que ella podía soportar, de modo que lo había matado de un disparo; en el buzón había dejado una ficha de donación y la Asociación de Lucha contra el Cáncer le agradecería mucho cualquier

suma que pudiera aportar. Se produjo un breve silencio. Después, el señor Moran empezó a hablar. Pronto, el señor Moran comenzó a gritar. Finalmente, el señor Moran aulló. El señor Moran estaba tan enfurecido que logró una gran fluidez en la expresión vulgar próxima, no a la mera poesía, sino al verso homérico. Jamás en su vida podría repetirla, aunque a veces, cuando fracasaba en el intento, recordaría ese diálogo con triste, casi afectuosa, nostalgia. Ella lo había elevado a sus máximas posibilidades, sin duda alguna. El señor Moran le dijo que se preparara a responder a un juicio por el último centavo que tuviera y por todos los anteriores también. El señor Moran aseguró que acudiría a la ley y que tuviera en cuenta que jugaba al póquer con el mejor abogado del distrito. El señor Moran opinó que el cartucho usado para matar a su excelente perro sería el más caro que Ruth hubiera usado en toda su vida. El señor Moran dijo qué, cuando él acabara con ella, Ruth maldeciría a su madre por haberse abierto de piernas ante su padre. El señor Moran dijo que, aun cuando la madre de Ruth hubiese cometido la estupidez de hacer eso, era evidente, sólo con oírla hablar, que la mejor parte de ella se había escapado desde la verga de su padre, indiscutiblemente despreciable, para correr por la bola de grasa que su madre tenía por muslo. El señor Moran la informó que, si la poderosísima señora Ruth McCausland creía por el momento ser la reina de los Zurullos de Colina Mierda, pronto descubriría que era sólo un ínfimo zurullito arrojado por el Gran Inodoro de la Vida. El señor Moran agregó que, en ese caso en especial, tenía la mano puesta sobre el botón de esa gran unidad de eliminación y estaba plenamente decidido a apretarlo. El señor Moran dijo muchas más cosas. El señor Moran hizo más que hablar; el señor Moran pronunció un sermón. El predicador Colson (¿o sería Cooder?), en el ápice de sus poderes, habría sido incapaz de igualar a Moran en aquellos momentos. Ruth esperó, con paciencia, a que él cortara el chorro, al menos durante un instante. Entonces, con una voz grave y agradable, en la cual no se revelaba en absoluto que en ese momento la pantorrilla le ardía como una caldera, informó al señor Moran que, si bien la ley no se mostraba del todo clara al respecto, en el caso de ataques de animales se consideraba perjudicado al visitante, antes que al propietario, aunque no hubiese sido invitado. El asunto radicaba en determinar si el propietario había tomado o no las precauciones razonables para asegurar…

—¿De qué coño me habla? —aulló Mr. Moran.

—Intento decirle que los tribunales no suelen mirar con buenos ojos al hombre que deja a su perro suelto para que pueda morder a quien pase a solicitar donaciones para organizaciones caritativas. Dicho de otro modo, trato de hacerle ver que, si lleva el caso ante un Tribunal, se verá obligado a pagar por haber actuado como un imbécil.

Aturdido silencio al otro lado de la línea. La musa del señor Moran había huido para siempre.

Ruth hizo una breve pausa y trató de combatir una oleada de mareos, mientras Daggett concluía con el proceso de desinfección y aplicaba un vendaje esterilizado a la herida.

—Si usted inicia un pleito contra mí, señor Moran, ¿hallaría mi abogado a alguien que atestiguara que su perro había mordido a alguien con anterioridad?

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Quizá a *dos* alguien?

Más silencio.

—Tal vez a tres…

—Váyase a la mierda, grandísima puta —exclamó Moran, con tono brusco.

Bueno —dijo Ruth—, no puedo decir que haya sido un placer conversar con usted, pero el escucharle expresar sus puntos de vista ha resultado instructivo, por cierto. A veces, una cree haber visto el pozo de la estupidez humana hasta el fondo, y suele ser útil recordar que ese pozo, al parecer, no tiene fondo. Lamento tener que cortar, señor Moran. Tenía la esperanza de recorrer otras seis casas en el día de hoy, pero, por desgracia, tendré que postergarlas. Debo ir al hospital de Derry para que me practiquen una buena sutura.

—Espero que la maten, qué joder —repuso Moran.

—Comprendo. Pero si puede, trate de colaborar en la Lucha contra el Cáncer. Necesitamos toda la ayuda posible para acabar con ese mal en esta generación. Hasta un hijo de puta malhumorado, bocasucia, idiota y malnacido como usted puede aportar la suya.

El señor Moran no entabló juicio contra ella. Una semana después, Ruth recibió uno de los sobres que la Sociedad de la Lucha contra el Cáncer repartía. No llevaba sello; Moran lo había hecho deliberadamente, con seguridad, para que el destinatario se viera obligado a pagar el franqueo. Adentro había una nota y un billete de un dólar con una gran mancha pardusca. La nota gritaba, triunfal: ¡ME HE LIMPIADO EL CULO CON ESTO, PUTA! Estaba escrito con la letra grande y despatarrada de un niño de primer grado con problemas de psicomotricidad. Ruth cogió el billete por la esquina y lo echó a la lavadora con el resto de la colada. Cuando lo sacó limpio de allí (entre otras cosas, el señor Moran parecía ignorar que la mierda se lava), le dio un planchazo. De ese modo, no sólo quedó limpio, sino también crujiente, como si hubiese salido del banco apenas el día anterior. Ruth lo metió en la billetera de lona en donde guardaba todas las colectas. En su registro anotó: *B. Moran, cantidad contribuida: 1 dól.*

3

La Biblioteca Municipal de Haven, la Sociedad de la Lucha contra el Cáncer, la Congregación de Pequeños Municipios de Nueva Inglaterra. Ruth sirvió a Haven a

través de todas ellas. También era miembro activo de la Iglesia metodista: rara era la fiesta de la iglesia en que no se viera un guiso de Ruth McCausland o uno de sus panes de fruta seca. También había participado en la junta escolar y en la comisión de libros de texto.

La gente no se explicaba cómo era capaz de hacer tantas cosas. Cuando se lo preguntaban, ella sonreía, y decía que la felicidad está en tener las manos ocupadas. Con tantas cosas como hacía en su vida, cualquiera habría pensado que no tenía tiempo para *hobbies*…; pero, en realidad, tenía dos. Le encantaba leer (en especial las novelas de aventuras de Bobbi Anderson; las tenía todas, y autografiadas) y coleccionaba muñecos.

Un psiquiatra habría equiparado su colección de muñecos con su insatisfecho deseo de tener hijos. Ruth no sentía mucho respeto por la psiquiatría, pero habría reconocido que era cierto. Hasta cierto punto, cuando menos. «Sea por lo que fuere, me hacen feliz —podría haber contestado a esa opinión psiquiátrica—. Y creo que la felicidad es diametralmente opuesta a la tristeza, la amargura y el odio: la felicidad no debería ser analizada, en la medida de lo posible».

En los primeros años pasados en Haven, ella y Ralph compartían un despacho en la planta alta. La casa era grande, cada uno hubiera podido tener su propio estudio, pero les gustaba estar juntos cuando volvían a casa. El gran despacho estaba formado por dos habitaciones, de las que Ralph había derribado la pared medianera, formando un espacio más amplio incluso que el salón de la planta baja. Ralph tenía allí sus colecciones de monedas y de fósforos, una pared cubierta con estanterías llenas de libros (casi todos de historia militar, ninguno de ficción) y un viejo escritorio con tapa tipo persiana, que la misma Ruth había hecho arreglar.

Para Ruth, él construyó lo que ambos dieron en llamar «el aula».

Unos dos años antes de que los dolores de cabeza se iniciaran, Ralph vio que Ruth tenía cada vez menos espacio para sus muñecos. Ella había puesto una hilera en su propio escritorio, y a veces se caían cuando escribía a máquina. Algunas muñecas estaban sentadas en el taburete del rincón; otras balanceaban despreocupadamente las piernecitas en los antepechos de las ventanas; aun así, los visitantes solían verse obligados a sostener tres o cuatro en el regazo si querían ocupar una silla. Y Ruth tenía muchos visitantes, porque también era escribana pública; siempre acudía alguien para hacer certificar una escritura de venta o franquear un pagaré.

Por lo tanto, en la Navidad de ese año, Ralph le construyó doce pequeños bancos para sus muñecos, como los de la iglesia. Ruth quedó encantada; le recordaban cierta escuela de una sola aula a la cual ella había asistido en Crosman Corner. Los dispuso en pulcras hileras y en ellos acomodó sus muñecos. Desde entonces, esa parte del estudio de Ruth se llamó «el aula».

En la Navidad siguiente (sería la última para Ralph, aunque por entonces se sentía

bien, pues el tumor que lo mataría aún era apenas un puntito microscópico en su cabeza), su esposo le regaló otros cuatro bancos, tres muñecos más y una pizarra a escala. Era lo que le faltaba para completar la amable ilusión de un aula. En la pizarra se leían estas palabras:

Querida maestra: la amo de verdad. UN ADMIRADOR SECRETO.

A los adultos les encantaba el aula de Ruth. Lo mismo ocurría con casi todos los niños. A Ruth le hacía feliz ver a niñas y niños por igual jugar con esos muñecos, aunque había algunos valiosos y, unos cuantos, delicados. A veces, los padres se ponían nerviosos cuando se daban cuenta de que sus hijos estaban jugando con una muñeca de la China precomunista o con otra que había pertenecido a la hija de algún personaje famoso. Ruth era una mujer bondadosa: si percibía que él placer infantil con sus muñecos estaba poniendo muy incómodos a los padres, sacaba dos muñequitos articulados, vistosos, pero irrompibles, que guardaba para esas ocasiones. Los niños jugaban con ellos, pero incómodos, como si comprendieran que los muñecos realmente buenos habían sido puestos fuera de su alcance por algún motivo. Sin embargo, cuando Ruth se daba cuenta que los adultos decían no sólo porque les parecía descortés permitir que sus hijos jugaran con los muñecos de una mujer adulta, ella dejaba bien claro que eso no le preocupaba.

—¿No tienes miedo de que algún chico te los rompa? —preguntó Mabel Noyes, cierta vez. El Trastorio de Mabel estaba lleno de letreros que decían: SE PUEDE MIRAR Y TOCAR, PERO LO QUE SE ROMPA SE CONSIDERARÁ VENDIDO. Mabel sabía que la muñeca que había pertenecido a la hijita del juez Marshall, por ejemplo, valía cuando menos seiscientos dólares como poco; había mostrado una fotografía a un especialista de Boston; cuando éste la valoró en cuatrocientos, ella calculó que seiscientos era el precio más justo. Otra había pertenecido a Anna Roosevelt; había una auténtica muñeca de vudú haitiana y Dios sabía qué más. Todas ellas sentadas mejilla contra mejilla y muslo contra muslo con cosas tan corrientes como las muñecas de trapo y los ositos de peluche.

—En absoluto —respondió Ruth. La actitud de Mabel le parecía tan desconcertante como a Mabel la de ella—. Si Dios quiere que uno de esos muñecos se rompa, puede romperlo personalmente, no enviar a un niño para que lo haga. Hasta ahora, ningún chico ha roto ninguno. Bueno, alguna cabeza ha rodado; Joe Pell hizo algo con la muñeca parlante, que ahora sólo dice algo así como: «¿Quieres un baño?» Pero eso es todo.

—Bueno, permíteme decirte que me parece correr mucho riesgo con objetos tan frágiles e irreemplazables —dijo Mabel, con un bufido—. Si algo he aprendido en mi vida, es que los chicos rompen todo.

—Bueno, tal vez he tenido suerte. Pero los manejan con cuidado, de veras. Creo que los quieren. —Ruth hizo una pausa, con el entrecejo levemente fruncido. Al cabo de un momento, corrigió—: Al menos, *casi todos.*

El hecho de que no todos los niños quisieran jugar con «los chicos del aula», de que algunos parecieran tenerles miedo, era algo que la intrigaba y le hacía sufrir. La pequeña Edwina Thurlow, por ejemplo, había estallado en agudos gritos cuando su madre la cogió de la mano y la arrastró hacia los muñecos que miraban atentamente la pizarra. Para la señora Thurlow, los muñecos de Ruth eran «una delicia, un tesorito, una monada»; cualquier otra frase hecha que la gente de aldea emplease para expresar lo fascinante, la señora Thurlow la habría aplicado sin vacilar a los muñecos de Ruth. El miedo de su hija le pareció explicable por completo. Dijo que era pura timidez. Ruth, que había visto el inconfundible brillo del miedo en los ojos de la pequeña, no logró persuadir a la madre (a quien tenía por una estúpida testaruda) de que no empujara a la niña hacia la colección.

Por lo tanto, Norma Thurlow arrastró a Edwina hasta el aula; los gritos de la niña atrajeron a Ralph, que estaba en el sótano, arreglando una silla. Hubo que emplear veinte minutos en calmar la histeria de Edwina; por supuesto, fue preciso llevarla a la planta baja, lejos de los muñecos. Norma Thurlow no sabía cómo disimular su bochorno; cada vez que dirigía una mirada fulminante hacia su hija, Edwina volvía a romper en un llanto histérico.

Esa misma noche, Ruth subió la escalera para echar una mirada triste a sus «niños silenciosos» (entre los «niños» había personajes adultos y hasta abuelas), preguntándose cómo podían asustar tanto a Edwina. La pequeña, por cierto, no había podido explicarlo; cada pregunta provocaba nuevos alaridos de terror.

—Habéis afligido mucho a esa criatura —dijo Ruth, por fin, hablándoles con suavidad—. ¿Qué le habéis hecho?

Los muñecos se limitaron a sostenerle la mirada con sus ojos de vidrio, sus ojos de botones, sus ojos bordados.

—Y cuando la señora Brown vino a que certificaras esa escritura —apuntó Ralph desde atrás—, Hilly no quiso acercarse.

Ella se volvió, sobresaltada. Luego le sonrió.

—Sí, Hilly también les tuvo miedo —reconoció.

Había otros casos. Pocos, pero bastaban para preocuparle.

—Vamos —dijo Ralph, y le deslizó un brazo por la cintura—. Confesad, muchachos. ¿Quién fue el que asustó a esa chiquita?

Los muñecos quedaron en silencio.

Y por un momento…, sólo por un momento…, Ruth sintió que un remolino de miedo giraba en su vientre y subía por su espalda, haciendo sonar las vértebras como si fueran un xilófono de huesos. Enseguida desapareció.

—No te preocupes, Ruthie —dijo Ralph, acercándose más. Como siempre, su olor hizo que ella se mareara un poco. La besó con ganas. Deseaba mucho más que besarla.

—Por favor —dijo ella, algo sofocada, al interrumpir el beso—. Delante de los niños, no.

Él la abrazó, entre risas.

—¿Delante de las obras completas de Henry Steele Commager, te parecería bien?

—Estupendo —exclamó ella, consciente de que ya estaba medio…, no; tres cuartos…, no; cuatro quintos desvestida.

Él le hizo el amor con urgencia y con tremenda satisfacción para ambas partes. Para todas las partes de ambas partes. El breve escalofrío quedó olvidado.

Pero ese año, en la noche del 19 de julio, Ruth volvió a recordarlo. El 7 de julio, el cuadro de Jesús había empezado a hablar a Becka Paulson. El 19 de julio, los muñecos empezaron a hablar a Ruth McCausland.

4

Para la gente de la ciudad fue una agradable sorpresa que, transcurridos dos años de la muerte de Ralph McCausland, su viuda se presentara como candidata a delegado policial de Haven. Un joven llamado Mumphry competía con ella. Casi todos estaban de acuerdo en que el tipo era tonto, pero también reconocían que tal vez no fuese culpa suya: era nuevo en la ciudad y no sabía comportarse como era debido. Quienes analizaban el asunto en Minutas Haven coincidían en que Mumphry era más digno de lástima que de antipatía. Se trataba de un demócrata activo; la médula de su programa parecía ser que, cuando se llegaba a un puesto como el de delegado policial, el funcionario electo debía detener a ebrios, infractores de tránsito y matones; hasta se le podía requerir que, de vez en cuando, arrestara a un criminal peligroso y lo llevara a la cárcel del condado. Sin duda alguna, los ciudadanos de Haven no podían elegir a una mujer para que hiciera semejante trabajo, por muy abogada que fuera, ¿verdad?

Pero lo hicieron. La votación fue de cuatrocientos siete a favor de McCausland y nueve por Mumphry. De sus nueve votos, era razonable suponer que cuatro correspondían a su esposa, su hermano, su hijo mayor y a sí mismo. Quedaban cinco sin explicación. Nadie confesó, pero Ruth siempre tuvo la idea de que el señor Moran, allá en el extremo sur de la ciudad, tenía cuatro amigos más de los que ella le hubiera supuesto. Tres semanas después de las elecciones, Mumphry y su esposa se mudaron de Haven. Su hijo, un fulano bastante simpático llamado John, prefirió quedarse; catorce años después todavía se hablaba de él con el término de «el nuevo». Por ejemplo: «Ese tipo nuevo, Mumphry, ha venido esta mañana a cortarse el pelo;

¿te acuerdas de cuando su padre se presentó candidato en contra de Ruth y le fue tan mal?» Desde entonces, nadie se había opuesto a Ruth.

La gente de la ciudad no se equivocó al interpretar su candidatura como el anuncio público de que su duelo había terminado. Una de las cosas que el infortunado Mumphry no logró entender (entre otras muchas) fue que la votación había sido, al menos en parte, un grito de Haven que decía: «¡Hurra, Ruthie! ¡Nos alegramos de tu regreso!»

La muerte de Ralph, súbita y aplastante, estuvo muy cerca, demasiado cerca, de matar en ella esa parte que era extravertida y generosa. Esa parte que suavizaba y complementaba el lado dominante de su personalidad, en opinión de Ruth. El lado dominante era despierto, astuto, lógico y (aunque ella detestaba admitirlo) poco caritativo, en ocasiones. Ruth llegó a pensar que si la parte extravertida y generosa de su personalidad desaparecía, eso equivaldría a matar a Ralph por segunda vez. Por ello había vuelto al servicio de Haven.

En una ciudad pequeña, basta una persona como ella para cambiar las cosas de un modo crucial, mejorando lo que la jerga gusta en llamar «calidad de vida». De hecho, una persona así puede transformarse en algo muy parecido al corazón de la ciudad. A la muerte de su esposo, Ruth iba camino de convertirse en ese tipo de persona valiosa. Dos años después (transcurrido lo que, en una visión retrospectiva, parecía una larga y horrible temporada en el infierno), había redescubierto en sí a la persona valiosa, como es posible redescubrir algo digno de una moderada admiración en un rincón oscuro de la buhardilla: un vidrio de colores, una mecedora utilizable aún. La alzó contra la luz para asegurarse de que estuviera indemne; la desempolvó, la lustró y volvió a darle vida. La candidatura a delegado policial de la ciudad había sido el primer paso. Aunque le resultara imposible explicar la razón, era el modo perfecto de honrar a Ralph y, al mismo tiempo, seguir adelante con el trabajo de ser ella misma. Pensó que el puesto le resultaría aburrido y desagradable…; pero también había pensado lo mismo de las colectas para la Lucha contra el Cáncer y las tareas en la Comisión de Selección de Textos. Que la tarea fuera aburrida y desagradable no significaba que resultara infructuosa, cosa que muchas personas parecían ignorar o pasar por alto a conciencia. Se dijo que, si no le gustaba, no había ley que la obligara a presentarse a la reelección. Quería servir, no convertirse en mártir. Si no le gustaba, cedería el turno a Mumphry o a cualquier otro.

Pero Ruth descubrió que el trabajo le gustaba. Entre otras cosas porque le ofrecía la oportunidad de poner fin a muchas situaciones horribles que el viejo John Harley había dejado que continuaran… y crecieran.

El asunto referido a Del Cullum, por ejemplo. Los Cullum vivían en Haven desde tiempo inmemorial. Delbert, mecánico de gruesas cejas que trabajaba en la estación de servicio de Barker, no debía de ser el primer hombre de su familia que mantuviera

relaciones sexuales con sus propias hijas. La estirpe de los Cullum era retorcida y endogámica hasta lo increíble; Ruth sabía que en el asilo de Pineland había, por lo menos, dos Cullum retrasados mentales; según los chismes de la ciudad, uno había nacido con membranas entre los dedos de los pies y de las manos.

El incesto es una de las antiguas tradiciones rurales rara vez tocada por los poetas románticos. Quizá su aspecto tradicional hubiese sido la razón de que John Harley nunca hiciera un intento serio de ponerle fin, pero la idea de mantener una «tradición» tan grotesca no atraía en absoluto a Ruth. Fue a casa de los Cullum. Hubo gritos. Albion Thurlow los oyó con claridad, aunque vivía a cuatrocientos metros de allí y era sordo de un oído. Después de los gritos se oyó el ruido de una sierra de cadena que se ponía en marcha, un disparo y un alarido. Luego, la sierra se detuvo; Albion, que estaba ya en medio de la carretera, con una mano a manera de visera para mirar hacia la casa de los Cullum, oyó voces de chicas (Delbert había recibido la maldición de tener seis hijas, era lógico que fueran un tormento mutuo) seguidas por gritos de aflicción.

Más tarde, en el Minutas Haven, el viejo Albion relató su historia a un público fascinado, diciendo que había pensado volver a su casa para llamar a la delegada policial…, un momento antes de recordar que debía de ser ella quien acababa de hacer aquel disparo.

Albion optó por esperar junto a su buzón el desarrollo de los acontecimientos. Unos cinco minutos después de apagarse el ruido de la sierra, Ruth McCausland pasó en su coche hacia la ciudad. Cinco minutos después de ella, Del Cullum salió en su camioneta. Su descolorida esposa ocupaba el asiento junto al conductor. El vehículo iba cargado con un colchón y algunas cajas de cartón, llenas de ropa y vajilla. Nadie volvió a ver a Delbert y a Maggie Cullum en Haven. Las tres muchachas mayores de dieciocho años fueron empleadas en Derry y en Bangor. Las tres menores, repartidas en varios hogares. Casi todos los habitantes de Haven se alegraron de que aquella familia se deshiciera; habían sido como hongos venenosos reproduciéndose en un sótano oscuro. Hubo muchas especulaciones sobre qué había hecho Ruth en esa casa y sobre cómo lo había hecho, pero ella nunca lo comentó.

Tampoco fueron los Cullum los únicos encarcelados o expulsados de la ciudad por Ruth McCausland, ya canosa, delgada, con su metro sesenta y dos de estatura y sus cincuenta y seis kilos de peso. También lo fueron, por ejemplo, los *hippies* que se habían instalado a un kilómetro de la granja de Frank Garrick. Aquellos remedos de ser humano, piojosos inútiles que fumaban marihuana, llegaron y salieron delante de la punta del Zapatito de Ruth al mes siguiente. La sobrina de Frank, que escribía esos libros, era probable que fumara alguna porquería de vez en cuando, según se pensaba en la ciudad (en la ciudad creían que todos los escritores fumaban marihuana, bebían en exceso o pasaban la noche haciendo el amor en posiciones extrañas); pero ella al

menos no la vendía, como los *hippies* en cuestión.

También estuvo el caso de los Jorgenson, que vivían en el camino Miller Bog. Benny Jorgenson murió de un ataque; Iva volvió a casarse tres años después, y se convirtió así en Iva Haney. No pasó mucho tiempo sin que sus hijos, un varón de siete años y una niña de cinco, comenzaran a tener accidentes domésticos. El niño se cayó al salir de la bañera, la pequeña se quemó el brazo en la cocina. Después, el varón resbaló en los mosaicos mojados y se rompió un brazo; la niña pisó un rastrillo oculto entre la hojarasca y el mango la golpeó en la cabeza. Finalmente, el niño tropezó en los escalones del sótano. Durante algunos días pareció que no sobreviviría; una mala racha como hay pocas, desde luego.

Ruth decidió que era demasiada mala suerte para la casa de los Haney.

Salió en su viejo Dodge Dart y encontró a Elmer Haney sentado en el porche, con una botella de cerveza; se escarbaba la nariz y leía un tebeo de hazañas bélicas. Ruth le sugirió que él traía mala suerte a la casa de Iva, en especial a Bethie y a Richard Jorgenson. Según le dijo, había notado que algunos padrastros daban muy mala suerte a sus hijastros. Y que quizá todo mejorase si Elmer Haney salía de la ciudad. Muy pronto. Antes de que la semana terminara.

—Usted no va a asustarme —dijo Elmer Haney, con tranquilidad—. Ahora ésta es mi casa. Le conviene salir de aquí antes de que le rompa la cabeza con un leño, bruja entrometida.

—Piénselo bien —repuso Ruth, sonriente.

Joe Paulson, que estaba estacionado junto al buzón de la casa, lo oyó todo; Elmer Haney hablaba en voz bastante alta y Joe no padecía de sordera, por cierto. Tal como el cartero lo contó más tarde en Minutas Haven, la discusión había empezado mientras él clasificaba la correspondencia; tuvo dificultades para terminar con la tarea hasta que el diálogo acabó.

—En ese caso, ¿cómo sabes que ella sonreía? —preguntó Elt Barker.

—Se le notaba en la voz —aseguró Joe.

Ese mismo día, algo más tarde, Ruth viajó hasta la comisaría de Derry para hablar con Butch Dugan, el *Monstruo*. Éste, con sus dos metros de estatura y sus ciento veintiséis kilos, era el policía más alto de toda Nueva Inglaterra. Y hubiera hecho cualquier cosa por la viuda de Ralph, excepto matar, aunque quizá también eso.

Dos días después, ambos volvieron a casa de Haney. *Monstruo* iba de civil, pues era su día libre. Iva Haney estaba trabajando. Bethie, en la escuela. Richard seguía en el hospital, por supuesto. Elmer Haney, quien todavía no había encontrado empleo, estaba sentado en el porche, con una botella de cerveza en una mano y una revista de historietas subidas de tono en la otra. Ruth y *Monstruo* Dugan le hicieron una visita de una hora, poco más o menos. Durante ese tiempo, Elmer Haney tuvo una asombrosa racha de mala suerte. Quienes le vieron abandonar la ciudad, esa misma

noche, dijeron que parecía haber pasado por una criba para clasificar patatas. Pero sólo el viejo John Harley tuvo el valor de preguntar qué había ocurrido.

—Bueno, yo estaba asombrada —dijo Ruth, sonriente—. Fue lo más increíble que haya presenciado en mi vida. Mientras tratábamos de persuadirlo de que tal vez sus hijastros tuvieran mejor suerte si él se iba, decidió darse una ducha. ¡Justo mientras discutíamos con él! ¡Y se cayó en la ducha, fíjese usted! Después, se quemó el brazo en la cocina y resbaló en el mosaico al retroceder para apartarse del fuego. Entonces decidió que necesitaba aire fresco, pero al salir pisó el mismo rastrillo con que Bethie Jorgenson tropezó hace dos meses… en ese mismo instante decidió llenar sus maletas e irse. Creo que hizo bien, pobre hombre. Tendrá más suerte en cualquier otra parte.

5

En realidad, era la persona que más cerca estaba de ser el corazón de la ciudad. Tal vez por eso fue la primera en notar el cambio.

Comenzó con dolor de cabeza y sueños desagradables.

El dolor de cabeza se inició con el mes de julio. A veces era tan leve que apenas lo notaba. De pronto, sin previo aviso, se convertía en un pulso denso y palpitante detrás de la frente. En la noche del 4 de julio la atacó con tanta fuerza que se disculpó ante Christina McKeen, con quien había planeado ir a Bangor para ver los fuegos artificiales.

Esa noche se acostó cuando todavía quedaba luz en el cielo, pero oscureció antes de que lograra conciliar el sueño. Pensó que tal vez el calor y la humedad, que mantendrían despiertos a todos los pobladores de Nueva Inglaterra, no le permitían dormir. Y no era la primera noche de ese estilo. No recordaba otro verano tan húmedo y caluroso como ése.

Soñó con fuegos artificiales.

Sólo que no eran rojos, blancos y anaranjados; todos eran verdes, de un verde opaco y horrible. Estallaban en el cielo en explosiones de luz…; pero, en vez de abrirse, aquellas estrellas de mar se fundían unas con otras y se convertían en enormes llagas.

Cuando miró a su alrededor vio a personas con las que había convivido siempre: los Harley, los Crenshaw, los Brown, los Duplisseys, los Anderson, los Clarendon… Todos miraban al cielo; sus rostros color verde podrido, como fosforescencia de pantano. Se hallaban de pie frente a Correos, la farmacia, el Trastorio, el Minutas Haven, el banco Nacional; se encontraban delante de la escuela y la estación de servicio, los ojos llenos de fuego verde, las bocas abiertas en un gesto estúpido.

Se les estaban cayendo los dientes.

Justin Hurd se volvió hacia ella y sonrió; los labios, al retirarse, mostraron las encías rosadas y desnudas. A la luz descabellada del sueño, la saliva que chorreaba por aquellas encías parecía moco.

—Uno ze ziente bien —ceceó Justin.

Y ella pensó: «¡Salgamos de aquí! ¡Todos tienen que salir de aquí ahora mismo! ¡De lo contrario, morirán como Ralph!»

Justin caminaba hacia ella. Con creciente horror, Ruth vio que el rostro se le arrugaba; cambiaba, se convertía en un rostro abultado, lleno de costuras, como *Lumpkin*, su muñeco espantapájaros. Desesperada, miró alrededor, y vio que todos se habían convertido en muñecos. Mabel Noyes se volvió hacia ella; sus ojos azules eran calculadores y avariciosos, como siempre, pero sus labios se habían inflado en la curvada sonrisa de una muñeca china.

—*Tommyknockerz* —ceceó Mabel, con voz resonante, cantarina…

Y Ruth despertó en la oscuridad, los ojos desorbitados, ahogando un grito.

El dolor de cabeza había desaparecido, al menos por el momento. Salió del sueño directamente a la claridad mental; en su pensamiento: *Ruth, tienes que irte ahora mismo. No pierdas tiempo siquiera para preparar una maleta, ponte cualquier cosa, sube a tu Dart ¡y vete!*

Pero no pudo hacerlo.

Volvió a acostarse. Al cabo de largo rato se quedó dormida.

6

Cuando avisaron que la casa de los Paulson estaba en llamas, el cuerpo de Bomberos Voluntarios acudió a apagar el fuego…, con asombrosa lentitud. Ruth llegó diez minutos antes que el primer coche-bomba. Cuando Dick Allison apareció por fin, ella sintió ganas de arrancarle la cabeza, aunque estaba segura de que el matrimonio Paulson había muerto… y Dick Allison también lo había sabido desde un principio, por supuesto. Por eso no se había molestado en apresurarse. Eso no ayudó a que Ruth se sintiera mejor. Todo lo contrario.

Ahora bien, ese conocimiento ¿qué era, con exactitud?

Ruth lo ignoraba.

Hasta captar el hecho del conocimiento resultaba casi imposible. Durante el incendio en la casa de los Paulson, Ruth se dio cuenta de que llevaba más o menos una semana sabiendo cosas que no tenía derecho a conocer. ¡Pero parecía tan natural! No salía con trompetas y campanas. El conocimiento formaba parte de ella (de todos los habitantes de Haven, por entonces) como el latir del corazón. No le prestaba atención, al igual que no prestaba atención al órgano que le palpitaba suave y acompasado en el pecho.

Pero tenía que pensar en ello, ¿verdad? Porque eso estaba cambiando a Haven, y los cambios no eran positivos.

7

Unos pocos días antes de que David Brown desapareciera, Ruth notó, con pálida consternación, que la ciudad la había expulsado. Nadie la escupía cuando caminaba por la calle, desde su casa a su oficina del ayuntamiento, nadie le arrojaba piedras. En los pensamientos de los otros percibía, en gran parte, la antigua bondad. Pero sabía que la gente se volvía para seguirla con la mirada. Ella caminaba con la cabeza alta y la expresión serena, como si la cabeza no le palpitara como un diente picado, o no hubiera pasado la noche anterior (y la otra, y todas las demás) dando vueltas en la cama, dormitando sólo para caer en horribles sueños recordados a medias, de los que le costaba salir con enorme trabajo.

La observaban… la observaban y esperaban, qué…

¿Qué?

Ella lo sabía: todos esperaban que se «convirtiera».

8

En la semana transcurrida entre el incendio de los Paulson y la segunda función de gala de Hilly, todo anduvo mal para Ruth.

En principio, con la correspondencia.

Seguía recibiendo facturas, circulares y catálogos, pero ninguna carta. No había correspondencia personal, de ningún tipo. Al cabo de tres días se acercó al correo. Nancy Voss, de pie tras el mostrador, caída de hombros, la miró sin expresión alguna. Cuando Ruth hubo terminado de explicarse, le pareció que hasta sentía el peso de la mirada de aquella mujer. Era como tener dos guijarros pequeños y polvorientos apoyados en el rostro.

En el silencio oyó que algo zumbaba en la oficina y emitía chirridos como de arañas. No tenía idea de qué

(*sólo que le clasifica la correspondencia*)

sería, pero no le gustó el ruido. Tampoco le agradaba estar allí, con la mujer que había sido amante de Joe Paulson y detestaba a Becka y…

Afuera hacía calor. Dentro, todavía más. Ruth sintió que el cuerpo se le cubría de sudor.

—Tiene que llenar un formulario de queja ante Correos —dijo Nancy Voss con voz lenta y sin inflexiones. Le tendió una tarjeta blanca por encima del mostrador—.

Aquí tiene, Ruth.

Sus labios se retiraron hacia atrás, en una sonrisa sin alegría.

Ruth vio que la mujer había perdido la mitad de los dientes.

A sus espaldas, en el silencio: *Scratch-schatch, scritchiscratch, scratch-scratch, scritchiscratch.*

Ruth empezó a rellenar el formulario. El sudor le formaba grandes círculos en las axilas del vestido. Afuera, el sol castigaba sin cesar la oficina de correos. Hacía más de treinta grados a la sombra, sin duda, y no soplaba la menor brisa. Ruth adivinó que el pavimento estaría tan blando que se podría arrancar un trozo con los dedos para masticarlo, si uno quisiera.

Especifique el motivo de su queja, decía el formulario.

«Me estoy volviendo loca —pensó ella—, ése es el motivo de mi queja. Además, tengo mi primer período menstrual de los tres últimos años».

Con mano firme empezó a escribir que llevaba una semana sin recibir correspondencia certificada y que deseaba que se investigaran los motivos.

Scratch-schatch, scritchiscratch.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó, sin levantar la vista del formulario. Tenía miedo de hacerlo.

—Un artefacto que clasifica la correspondencia —zumbó Nancy—. Lo he inventado yo. —Hizo una pausa—. Pero usted ya lo sabía, ¿verdad, Ruth?

—¿Cómo iba a saber una cosa así a menos qué usted me la dijera? —preguntó Ruth, con un esfuerzo enorme para dar a su voz una entonación agradable.

La estilográfica que estaba usando tembló por un instante y manchó el formulario. No tenía importancia: la correspondencia no le llegaba porque Nancy Voss se dedicaba a tirarla a la basura. Eso también formaba parte del conocimiento. Pero Ruth era fuerte; su rostro siguió claro y firme. Miró a Nancy a los ojos, aunque tenía miedo de su mirada negra y polvorienta, tenía miedo de ese peso.

«Anda, habla con franqueza, —decía la mirada de Ruth—. La gente como tú no me da miedo. Habla… pero si crees que voy a escapar chillando como un ratón, prepárate para recibir una sorpresa».

La mirada de Nancy vaciló y acabó por bajar, entonces le volvió la espalda.

—Avíseme cuando haya terminado de rellenar el formulario —dijo—. Tengo demasiado trabajo y no puedo quedarme con usted, rascándome. Desde la muerte de Joe, aquí se ha acumulado la labor de una manera impresionante. Tal vez por eso no está recibiendo

(*sal de la ciudad perra, sal ahora que todavía te dejamos salir*)

su correspondencia a tiempo, señora McCausland.

—¿Le parece?

Mantener la voz ligera y simpática requería un esfuerzo sobrehumano. El último

pensamiento de Nancy la había golpeado como un puño, brillante y claro como un rayo. Miró el formulario de queja y vio un gran

(tumor)

borrón negro que lo cubría. Arrugó la tarjeta y la tiró.

Scritch-scritch-scratch.

La puerta se abrió tras ella. Al volverse vio que era Bobbi Anderson quien entraba.

—Hola, Bobbi —saludó.

—Hola, Ruth.

(*vete ella tiene razón vete ahora que puedes ahora que todavía se te deja por favor Ruth yo nosotros casi todos te tenemos buena voluntad*)

—¿Estás escribiendo alguna novela nueva, Bobbi?

Ruth apenas pudo evitar que le temblara la voz. Percibir los pensamientos era feo; una pensaba que estaba loca y que tenía alucinaciones. Pero oír semejante cosa de Bobbi Anderson

(*mientras todavía puedes*)

de Bobbi Anderson, nada menos, que era la persona más amable…

«Nada he oído —pensó. Y se aferró a la idea con una especie de cansada ansiedad —. Me he equivocado, eso es todo».

Bobbi abrió su casilla y sacó un manojo de correspondencia. La miró con una sonrisa. Ruth vio que había perdido una muela de abajo, a la izquierda, y un canino de arriba, a la derecha.

—Sería mejor que te fueras ahora, Ruth —dijo, con suavidad—. Sube a tu coche y vete. ¿No te parece?

Entonces Ruth sintió que se afirmaba; pese a su miedo y a las palpitaciones de su cabeza, se afirmó.

—¡Jamás! —replicó—. Ésta es mi ciudad. Y si tú sabes qué ocurre, di a cuantos lo sepan que no me presionen. Tengo amigos fuera de Haven, amigos que me escucharán con atención, por demencial que suene cuanto yo diga. Me escucharán en memoria de mi esposo, si no lo hacen por afecto hacia mí. En cuanto a ti, debería darte vergüenza. Esta ciudad también es tuya. Al menos lo era.

Por un momento le pareció que Bobbi estaba confundida y algo avergonzada. De inmediato, la vio esbozar una luminosa sonrisa; algo en aquella sonrisa infantil, con huecos entre los dientes, asustó a Ruth más que ninguna otra cosa. No era más humana que una sonrisa de trucha. Veía a Bobbi en los ojos de la mujer y la sentía en sus pensamientos, cierto, pero en aquella sonrisa nada había de Bobbi.

—Como quieras, Ruth —dijo—. En Haven todos te aman, lo sabes. Creo que dentro de una o dos semanas… tres, como mucho… dejarás de luchar. Pero me parecía bien ofrecerte la alternativa. Aunque si decides quedarte… Dentro de un

tiempo estarás… bien, simplemente.

9

Entró en el supermercado en busca de tampones. No los había. Ni tampones ni compresas, ni gruesas ni delgadas, de ninguna marca.

Un cartel a mano decía: MAÑANA RECIBIREMOS EL NUEVO PEDIDO. ROGAMOS DISCULPEN ESTE INCONVENIENTE.

10

El 15 de julio, un viernes, empezó a tener problemas con el teléfono de su oficina.

Por la mañana era sólo un fastidioso zumbido que obligaba a gritar para hacerse oír. Hacia el mediodía, se agregó un sonido de descarga. A las dos de la tarde, el ruido era tal que el teléfono quedó inutilizado.

Cuando llegó a casa, descubrió que su teléfono no hacía ruido; estaba muerto. Se dirigió a casa de sus vecinos, los Fannin, para pedir a la compañía telefónica que fueran a reparárselo. Wendy Fannin estaba amasando pan en la cocina. Trabajaba un bollo de masa mientras la batidora preparaba otro poco de mezcla.

Ruth notó, con una cansada falta de sorpresa, que la batidora no estaba enchufada a la pared, sino a algo que parecía un juego electrónico sin tapa. Generaba un fuerte fulgor.

—Sí, claro que puedes usar el teléfono —dijo Wendy—. Ya sabes

(*sal de aquí Ruth sal de Haven*)

dónde está, ¿verdad?

—Sí. —Echó a andar hacia el vestíbulo, pero hizo una pausa—. He ido al supermercado de Cooder. Necesitaba tampones o compresas, pero se han terminado.

—Lo sé. —Wendy sonrió, mostrando tres huecos en una sonrisa que, una semana antes, había sido impecable—. Yo compré la penúltima caja. Pronto pasará. Nos «convertiremos» un poco más y eso pasará.

—¿De veras? —comentó Ruth.

—Oh, sí. —Y Wendy volvió a su pan.

El teléfono de los Fannin funcionaba bien. Ruth no se sorprendió. La operadora de la compañía telefónica dijo que enviarían a un técnico de inmediato. Ruth le dio las gracias y, al salir, hizo lo mismo con Wendy Fannin.

—De nada —exclamó la vecina, con una sonrisa—. Para servirte, Ruth. En Haven todos te amamos, ya lo sabes.

Ruth se estremeció a pesar del calor.

Los técnicos de la telefónica hicieron algo con la conexión de la línea, al costado de la casa. Después realizaron una prueba. El teléfono funcionaba a la perfección. Una hora después de que ellos se hubieran marchado, el aparato dejó de funcionar otra vez.

Ese atardecer, en la calle, Ruth sintió que un susurro de voces se elevaba en su cerebro, voces ligeras como las hojas momentáneamente levantadas por el viento del otoño.

(*nuestra Ruth te queremos toda Haven te quiere*)

(*pero vete si te vas o cambia*)

(*si te quedas nadie quiere hacerte daño Ruth por eso márchate o*)

(*quédate pero déjanos*)

(*sí déjanos en paz Ruth no te entrometas déjanos*)

(*«convertirnos» sí deja que nos «convirtamos»*)

Anduvo despacio, con la cabeza palpitante de voces.

Miró hacia el interior del Minutas Haven. Beach Jernigan, el cocinero, la saludó con la mano en alto. Ella respondió con el mismo gesto. Vio que Beach movía la boca, formando claramente las palabras: «Allí va». Varios hombres sentados ante el mostrador se volvieron para saludarla. Ruth vio huecos en sitios que, poco antes, estaban ocupados por dientes. Pasó junto al supermercado de Cooder. Después frente a la iglesia metodista. Ahora tenía ante sí el ayuntamiento, con su cuadrada torre de ladrillos rojos. Las manecillas del reloj marcaban las siete y cuarto de una tarde de verano; en toda Haven, los hombres estarían destapando botellas de cerveza fría y conectando la radio. Bobby Tremain y Stephanie Colson caminaban lentamente hacia el límite de la ciudad, a lo largo de la carretera Nueve, de la mano. Hacía cuatro años que eran novios; Ruth se dijo que era un milagro que Stephanie no hubiera quedado embarazada todavía.

Una simple tarde de verano, en el crepúsculo. Todo normal.

Nada era normal.

Hilly Brown y Barney Applegate salieron de la biblioteca; el pequeño David Brown los seguía como la cola de un barrilete. Ella preguntó a los niños qué libros habían sacado y ellos se lo mostraron de buena gana. Sólo en los ojos del pequeño David se vio un vacilante reconocimiento del pánico que Ruth sentía; también lo leyó en su mente. El hecho de que ella supiera de su miedo y no hiciera nada por calmarlo fue el motivo principal de que se exigiera tanto cuando el pequeño desapareció, dos días después. Otra persona se habría justificado, diciéndose: «Caramba, bastante tenía yo con lo mío para preocuparme por lo de David Brown». Pero Ruth no era de las mujeres que se consuelan con esas defensas. Había sentido el grave terror del niño. Más aún: había sentido su resignación, su seguridad de que nada detendría los hechos, de que éstos seguirían el curso predeterminado, de malo a peor. Y como para

demostrar que tenía razón, ¡listo!: David había desaparecido. Ruth cargó con su culpa, como el abuelo del niño.

Ante el ayuntamiento giró para volver a su casa, y siempre con expresión simpática pese al horrible dolor de cabeza, pese al desconcierto. Los pensamientos giraban y bailaban.

(*te amamos Ruth*)

(*podemos esperar Ruth*)

(*calla y duerme*)

(*sí duerme y sueña*)

(*sueña con cosas sueña con modos*)

(*de «convertirse» modos de «convertirse» modos de*)

Entró en su casa, cerró la puerta con llave, subió por la escalera y apretó el rostro contra la almohada.

¡Oh Dios, cómo le habría gustado saber con toda exactitud qué significaba aquello!

Si te vas te vas si te quedas cambias.

Le habría gustado saber por qué, significara lo que significase, lo quisiera ella o no, le estaba ocurriendo. Por mucho que resistiera, ella también se estaba «convirtiendo».

(*sí Ruth sí*)

(*duerme… sueña… piensa… «conviértete»*)

(*sí Ruth sí*)

Estos pensamientos, crujientes y extraños, la siguieron hasta el sueño y se perdieron en la oscuridad. Ruth, atravesada en la cama, vestida, durmió con un sueño profundo.

Cuando despertó, aunque entumecida, su mente estaba despejada y fresca. El dolor de cabeza había pasado como el humo. Las menstruación, tan poco digna y vergonzosa después de que ella la diera por terminada definitivamente, había cesado. Por primera vez en casi dos semanas volvía a ser ella misma. Se daría una larga ducha fría y después llegaría hasta el fondo de todo eso. Si hacía falta ayuda exterior, bien. Si tenía que permanecer algunos días o algunas semanas ante gente que la creía loca, de acuerdo. Se había pasado la vida edificándose una reputación de cordura y confiabilidad. ¿De qué servía esa reputación si no lograba convencer a la gente para que la tomara en serio, aun cuando dijera cosas absurdas?

Mientras se quitaba el vestido, arrugado por el sueño, los dedos se le petrificaron de repente sobre uno de los botones.

Su lengua acababa de encontrar un lugar vacío entre los dientes de abajo. Sentía un dolor sordo y distante en ese hueco. Bajó la vista al cubrecama. Allí, donde había posado la cabeza, encontró el diente que se le había caído durante la noche. De

pronto, todo dejó de parecer sencillo, absolutamente todo.

Notó que el dolor de cabeza había vuelto.

11

A Haven le esperaban días más calurosos aún. En agosto, durante una semana, el termómetro superaría los treinta y siete grados todos los días. Mientras tanto, el período de días bochornosos y húmedos que se extendió entre el 12 y el 19 de julio fue más que suficiente para todos los de la ciudad, gracias.

Las calles reverberaban. Las hojas de los árboles pendían laxas y polvorientas. Los sonidos llegaban hasta muy lejos en el aire quieto; la vieja camioneta de Bobbi Anderson, convertida en excavadora, resonó con toda claridad en la aldea durante la mayor parte de esos ocho días calurosos. La gente sabía que estaba ocurriendo algo importante en «lo del viejo Frank Garrick», algo importante para la ciudad, pero nadie hablaba de ello en voz alta, así como tampoco mencionaban el hecho de que eso había vuelto bastante chiflado a Justin Hurd, el vecino más próximo a la casa de Bobbi. Justin construía cosas (eso era parte de su «conversión»), pero como se había vuelto loco, algunas de las cosas que hacía eran un peligro en potencia. Una de ellas era un objeto que provocaba ondas armónicas en la corteza terrestre, ondas que podían originar un terremoto capaz de abrir todo el estado y enviar la mitad exterior al océano Atlántico.

Justin había ideado su máquina de ondas armónicas para sacar de sus madrigueras a todos los conejos y las marmotas (se le comían las lechugas, qué joder). «Voy a sacar a sacudidas a esos pequeños condenados», pensó.

Un día, Beach Jernigan fue a casa de Justin mientras éste araba el maíz del sector oeste (ese día hizo pedazos más de cuatro hectáreas de maíz, sudando profusamente y con los labios estirados hacia atrás, en una constante mueca de maniático, preocupado por salvar tres surcos de lechugas), y desmanteló el artefacto, que consistía en componentes de estéreo reformados. Cuando Justin volviera y descubriera la desaparición del aparato, era posible que pensara que los malditos conejos y condenadas marmotas lo habían robado; quizá lo reconstruyera; en ese caso, Beach o alguna otra persona tendría que desmantelarlo otra vez. Con un poco de suerte, se sentiría inspirado para construir algo menos peligroso.

Todos los días, el sol se elevaba en un cielo del color de la porcelana pálida; después parecía pender en el techo del mundo. Detrás de Minutas Haven, una hilera de perros yacía, jadeando, a la escasa sombra del alero, tan acalorados que ni siquiera se rascaban las pulgas. Las calles aparecían casi desiertas. De vez en cuando, alguien atravesaba la aldea, desde (o hacia) Derry y Bangor. No eran muchos, claro está, porque la autopista resultaba mucho más rápida.

Quienes pasaban por allí notaban una brusca y extraña mejoría en la recepción de la radio; un sorprendido camionero, que circulaba por la carretera Nueve por haberse aburrido de la autopista, sintonizó una estación de rock que transmitía desde Chicago. Dos ancianos, que iban hacia Bar Harbor, escucharon música clásica emitida desde Florida. Tan fantasmagórica recepción desaparecía en cuanto salían de Haven.

Algunos de esos viajeros experimentaban efectos secundarios más desagradables: dolores de cabeza y náuseas, sobre todo; a veces, las náuseas eran muy acentuadas. En general culpaban de ello a la comida que se consumía durante el viaje, suponiendo que estaría echada a perder por el calor.

Un niñito de Quebec, que viajaba hacia Old Orchard con sus padres, perdió cuatro dientes de leche en los diez minutos que el coche familiar tardó en cruzar el distrito de Haven. La madre juró en francés que nunca en su vida había visto algo parecido. Esa noche, en un motel de Old Orchard, los ratoncitos se llevaron los cuatro dientes (que apenas estaban flojos, según la madre) y dejaron un dólar a cambio.

Un matemático del instituto tecnológico, que iba a un congreso sobre números semilógicos, cobró súbita conciencia de que estaba a punto de captar un modo completamente nuevo de enfocar las matemáticas y la filosofía de las mismas. Se puso gris; su sudorosa piel quedó fría de pronto, en tanto él concebía con perfecta claridad el modo en que ese concepto daría prontas pruebas de que todos los números pares superiores a dos son la suma de dos números primos; de que el concepto se podía utilizar para trisecar el ángulo y…

Se apartó del camino para bajar del coche y vomitó en una zanja. Después permaneció de pie, tembloroso, con las rodillas flojas, junto a su vómito (que contenía uno de sus caninos, aunque por entonces estaba demasiado exaltado para reparar en la pérdida de un diente). Le ardía en los dedos la necesidad de coger una tiza y cubrir la pizarra con senos y cosenos. En su recalentado cerebro bailoteaban visiones del premio Nobel. Volvió a dejarse caer en el coche y reanudó el viaje hacia Orono, obligando a su herrumbroso Subaru a correr a ciento veinte kilómetros por hora. Pero cuando llegó a la población vecina, su gloriosa visión se había empañado. Al llegar a Orono, sólo quedaba un leve destello. Supuso que había sido un pasajero golpe de calor. Durante el primer día del congreso estuvo pálido y silencioso, llorando por su gloriosa visión efímera.

Ésa fue también la mañana en que Mabel Noyes pasó a ser «no-persona», mientras trabajaba en el sótano del Trastorio. No sería correcto decir que «murió por accidente» ni que «se mató por descuido». Ninguna de esas frases explicaría con exactitud qué fue de ella. Mabel no se dio un balazo en la cabeza mientras limpiaba un arma ni metió el dedo en un enchufe; simplemente, desintegró sus propias moléculas y salió de la existencia. Fue rápido y nada sucio. Hubo un destello de luz azul y Mabel desapareció. Sólo quedó un humeante tirante de su sostén, y un

artefacto que parecía un abrillantador de plata. En realidad, eso era. Mabel pensó que facilitaría mucho una tarea sucia y pesada, y se preguntó por qué no lo había fabricado antes. Y en el nombre de Dios, ¿cómo era posible que no estuviera a la venta en cualquier parte, si tan fácil resultaba de hacer? Quizá en Corea pudieran fabricarlos por toneladas. Después de todo, había otras tonterías que estaban fabricando por toneladas. Aunque tal vez hubiera que estarles agradecidos por ello desde que los japoneses se habían vuelto tan engreídos que ya no fabricaban tonterías. Comenzaba a idear montones de cosas que fabricaría con los artefactos usados que tenía en su negocio. Cosas maravillosas. Las buscaba una y otra vez en los catálogos y siempre se asombraba de que no estuvieran a la venta. «Cielos —pensaba—, ¡creo que voy a ser rica!» Sólo qué conectó mal algún cable del abrillantador de la plata y terminó pasando a la Zona Crepuscular en sólo 0,0006 nanosegundos.

En verdad, no la echaron mucho en falta.

Haven yacía aplastada, en el fondo de un cuenco de aire estancado. Desde los bosques, detrás de la propiedad de Garrick, llegaban ruidos de máquinas. Bobbi y Gardener seguían cavando.

Por lo demás, toda la ciudad parecía dormitar.

12

Esa tarde Ruth no dormitaba.

Pensaba en los ruidos que provenían de la propiedad de Bobbi y en la misma Bobbi (ella, al menos, ya no hablaba de la granja del viejo Garrick).

Había un pozo común de conocimientos en la ciudad, un conjunto de pensamientos que todos compartían. Un mes atrás, Ruth habría dicho que esa idea era una locura. Pero resultaba innegable. El conocimiento estaba allí, igual que las voces susurrantes.

Y parte de ese conocimiento era saber que Bobbi lo había iniciado todo.

Lo hizo sin darse cuenta, pero aquel movimiento era por su causa. Ahora ella y su amigo (Ruth ignoraba todo acerca de ese amigo, sabía de su existencia sólo porque lo había visto allá, sentado con Bobbi en el porche, en los atardeceres) trabajaban doce y catorce horas diarias, empeorándolo todo. En su opinión, el amigo no tenía idea cabal de lo que hacía. De algún modo, quedaba fuera de la red comunal.

¿Y cómo lo estaban empeorando todo?

Ruth lo ignoraba; ni siquiera sabía con seguridad qué hacían. Eso también estaba bloqueado, no sólo para Ruth, sino para todo Haven. A su debido tiempo se enterarían, cuando se «convirtieran», así como la menstruación de todas las mujeres entre ocho y sesenta años, más o menos, había cesado al mismo tiempo. Tenía algo

que ver con una excavación: eso era todo cuanto Ruth podía decir. Una tarde, en una siesta ligera, soñó que Bobbi y su amigo estaban desenterrando un gran cilindro plateado, de unos sesenta metros de diámetro. A medida que la superficie quedaba más al descubierto, se veía en su centro un cilindro mucho más pequeño, de acero, que mediría unos tres metros de diámetro y uno cincuenta de altura; sobresalía como un pezón del centro de ese objeto. En ese pezón había grabado un símbolo +; al despertar, Ruth comprendió que había soñado con una gigantesca pila alcalina sepultada en la tierra y el granito de aquella propiedad, una pila más grande que el granero de Frank Spruce.

Ruth sabía que, a pesar de ignorar qué era aquel objeto, no se trataba de una pila gigantesca. Pero… en cierto modo, pensaba que se trataba de eso, exactamente. Bobbi había descubierto una inmensa fuente de energía, convirtiéndose en su prisionera. Esa misma energía galvanizaba y aprisionaba a un tiempo a toda la ciudad. Y se volvía cada vez más potente.

Tienes que dejarlo pasar —dijo una voz interior—. Tienes que hacerte a un lado y dejar que las cosas sigan su curso. Te querían, Ruth: eso es cierto. Oyes voces en tu cabeza como si el viento de otoño hiciese volar las hojas, no sólo las levanta para dejarlas caer otra vez, sino que las arrebata en un ciclón; oyes sus voces mentales y, aunque a veces suenan balbuceantes y confusas, no creo que te mientan. Y cuando esas voces dicen que te querían, que todavía te quieren, están diciéndote la verdad. Pero si te entrometes en todo esto que ocurre aquí, creo que te matarán, Ruth. Al amigo de Bobbi no; él, de alguna manera, es inmune. No oye voces. No «se convierte». Salvo borracho. Eso dice la voz de Bobbi: «Gard "se convierte" cuando está borracho». Pero los demás… si te entrometes… te matarán, Ruth. Suavemente. Con amor. Así que hazte a un lado. Deja que pase.

Pero, en ese caso, toda su ciudad sería destruida. No se trataba de un cambio de nombres, como el que había sufrido una y otra vez; ni tampoco de una herida, como la que aquel elocuente predicador le había hecho, sino de la destrucción. Y Ruth sería destruida con ella, porque la energía estaba mordisqueándole ya la médula. Ella lo sentía.

Muy bien. ¿Qué harás, entonces?

Por el momento, nada. Tal vez las cosas mejoraran por su cuenta. Mientras tanto, ¿tenía algún modo de controlar sus pensamientos?

Empezó a experimentar con trabalenguas: *El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será. Tres tristes tigres comen trigo en tres tristes platos de trigo. Pimentón, desempimentónate*. Descubrió que, con un poco de práctica, era capaz de mantener uno de ellos resonando sin cesar en el fondo de su mente.

Caminó hasta el mercado para comprar carne picada y dos mazorcas de maíz

tiernas para la cena. Mantuvo una amena conversación con Madge Tilletts, la de la caja, y con Dave Rutledge, que estaba sentado en su lugar de costumbre, en la parte delantera del negocio, esterillando lentamente una silla con sus viejas manos artríticas. Sólo que el viejo Dave no parecía tan viejo como se le había visto en los últimos tiempos. En absoluto.

Los dos la miraron con desconfianza, sorprendidos…, desconcertados.

«*Me oyen, pero no muy bien. ¡Los estoy burlando! ¡De veras!*» No sabía hasta qué punto ocurría. Tampoco podía confiar demasiado en su capacidad de hacerlo, pero daba resultado. Eso no significaba que no pudieran leer su mente varios de ellos si se reunían para escarbarle el cerebro en equipo. Ella presentía que eso era posible. Pero al menos contaba con algo; tenía una flecha en el carcaj, hasta entonces vacío.

Esa noche, la noche del sábado, decidió esperar hasta el martes a mediodía; sesenta horas, más o menos. Si las cosas continuaban para empeorar, recurriría a la policía estatal de Derry, buscaría a algunos amigos de su esposo (*Monstruo* Dugan, para empezar) y les contaría qué estaba sucediendo a sesenta kilómetros de allí, por la carretera Nueve.

Tal vez no fuese el mejor de los planes, pero tendría que servir.

Ruth McCausland se quedó dormida.

Y soñó con pilas enterradas.

SEIS

RUTH McCAUSLAND. CONCLUSIÓN

1

La desaparición de David Brown tornó anticuado el plan de Ruth. Cuando el niño desapareció, ella no pudo abandonar la ciudad. Porque David había desaparecido, y todos lo sabían; pero también sabían que, en cierto modo, David seguía aún en Haven.

Durante la «conversión» siempre se producía un momento que podría llamarse «la danza de la falsedad». Para Haven, ese momento comenzó con la desaparición de David Brown, y se desarrolló durante la consiguiente búsqueda.

Cuando el teléfono sonó, Ruth se había sentado a mirar el informativo local. Marie estaba histérica, apenas era coherente.

—Serénate, Marie —dijo Ruth.

Y se alegró de haber cenado temprano. Tal vez no tuviera tiempo de comer durante muchas horas. Al principio, lo único que sacó en claro de Marie fue que David, su hijo, estaba en alguna dificultad; que esa dificultad se había iniciado en un espectáculo de magia realizado en su patio y que tenían a Hilly histérico…

—Comunícame con Bryant, ¿quieres? —pidió Ruth.

—Pero vendrás, ¿no? —sollozó Marie—. Por favor, Ruth, antes de que oscurezca. Todavía podemos hallarle, lo sé.

—Iré, por supuesto —aseguró Ruth—. Ahora ponme con tu marido.

Aunque Bryant estaba aturdido, le dio una idea más clara de lo ocurrido. Parecía cosa de locos, pero eso no era nada nuevo en la Haven de los últimos tiempos. Después del espectáculo, el público se había alejado, dejando a Hilly con David para recoger las cosas. Y David había desaparecido. Hilly, después de un desmayo, no recordaba lo ocurrido esa tarde. Sólo sabía que, cuando viera a David, tendría que darle todos sus juegos, pero no recordaba el porqué.

—Será mejor que vengas cuanto antes —dijo Bryant.

Al salir, Ruth se detuvo un momento y contempló la calle principal de Haven con verdadero odio. «¿Qué has hecho ahora? —pensó—. ¡Maldita seas! ¿Qué has hecho?»

2

Como sólo quedaban dos horas de buena luz, Ruth no perdió tiempo. Reunió a Bryant, Ev Hillman y John Golden, el vecino de enfrente. También Henry Applegate, el padre de Barney, estaba en el patio de los Brown. Marie quiso participar de la búsqueda, pero Ruth insistió en que debía quedarse con Hilly; dado su estado de ánimo, sólo les serviría de estorbo. Todos ellos habían buscado ya, por supuesto, pero de un modo distraído, medio tonto. Al fin, como los padres del niño se convencieron de que David debía de haber cruzado la carretera para entrar en el bosque, dejaron de buscar, aunque seguían caminando de un lado a otro, inquietos.

Ruth sacó algo en limpio de lo que dijeron (algo de aquel extraño aspecto distraído, asustado), y mucho más de sus mentes.

De sus dos mentes: la humana y la extraña. Siempre llegaba un punto en que la «conversión» podía degenerar en locura: la locura de la esquizofrenia, en tanto las mentes escogidas trataban de luchar contra la extraña mente grupal que iba uniéndolos poco a poco… hasta que los eclipsaba. Era el momento de la aceptación necesaria. Por lo tanto, el momento de la danza de la falsedad.

Tal vez la gente se hubiese puesto en danza por Mabel Noyes, pero no la amaban lo suficiente. A los Hillman y a los Brown, en cambio, sí; eran familias antiguas en Haven; los querían y respetaban.

Además, se trataba de un niño.

La red mental humana, la «mente-Ruth», como podríamos decir, pensó: «Quizá se haya adentrado en las hierbas altas que hay a espaldas de la casa de los Brown y se haya quedado dormido allí. Eso es mucho más probable que la idea de que haya entrado en el bosque; habría tenido que cruzar la carretera pero era obediente. Tanto Marie como Bryant lo reconocen. Lo más importante es que también los otros lo dicen. Se le había repetido muchas veces que no debía cruzar nunca la carretera si no iba acompañado de un adulto. No es probable que esté en los bosques».

—Vamos a cubrir el prado y los terrenos de atrás, zona por zona —dijo Ruth—. Y no nos limitaremos a pasar por allí: miraremos a conciencia.

—¿Y si no lo hallamos? —Los ojos asustados de Bryant suplicaban—. ¿Y si no lo hallamos, Ruth?

En realidad, no hacía falta que le respondiera; a Ruth le bastó con pensar. Si no hallaban pronto a David, ella empezaría a hacer llamadas. Formarían un grupo mucho más numeroso: hombres con linternas y altavoces que revisaran todo el bosque. Si David no había aparecido por la mañana, telefonearía a Orval Davidson, el de Unity, para que acudiera a ayudarlos con sus perros adiestrados. Para casi todos era un procedimiento familiar. Ellos sabían cómo se formaban los grupos de búsqueda y, en su mayoría, habían tomado parte en alguno. Menudeaban durante la temporada de caza, cuando los bosques se llenaban de forasteros armados con escopetas de gran calibre, vestidos con flamantes equipos. Por lo general eran encontrados con vida,

afectados un poco por la exposición a los elementos y mucho por la vergüenza.

Pero a veces aparecían muertos.

Y en ocasiones no aparecían.

No hallarían a David Brown; lo sabían mucho antes de que iniciaran la búsqueda. Sus mentes se habían unido de inmediato después de la llegada de Ruth. Era un acto instintivo, tan involuntario como el parpadeo. Unieron el poder de sus mentes y buscaron la de David. Sus voces mentales formaron un coro tan potente que el niño se habría apretado la cabeza con ambas manos y hubiera gritado de dolor si hubiese estado en un radio de cien kilómetros a la redonda. Habría sabido que lo buscaban. Los habría oído a una distancia cinco veces mayor.

No, David Brown no se había extraviado. Simplemente, no estaba.

La búsqueda que preparaban sería inútil.

Pero como era la mente *Tommyknocker* la que sabía eso, y como todavía se consideraban «seres humanos», iniciarían la danza de las falsedades.

La «conversión» exigiría muchas mentiras.

Ésta, la que se decían a ellos mismos, la que insistía en que todos eran igual que antes, era la más importante de todas las mentiras.

Y todos sabían eso también. Incluida Ruth McCausland.

3

Hacia las ocho y media, como la penumbra era casi noche ya, los cinco que buscaban se convirtieron en doce. La noticia circuló con celeridad; con demasiada celeridad para ser normal. El grupo de búsqueda cubrió los patios y los terrenos de ese lado de la carretera, comenzando por el escenario de Hilly. La misma Ruth se metió debajo a gatas pensando que si David Brown estaba en algún sitio cercano, debía de ser allí, profundamente dormido; pero sólo encontró césped aplastado y un extraño olor eléctrico que le hizo arrugar la nariz; después se abrieron en forma de abanico para continuar la búsqueda, a partir de ese punto.

—¿Crees que estará en los bosques, Ruth? —preguntó Casey Tremain.

—Seguramente —respondió ella, cansada. Le dolía la cabeza otra vez. David estaba

(*no estaba*)

en los bosques tanto como el presidente de Estados Unidos. De cualquier modo…

En el fondo de su mente, los trabalenguas se perseguían unos a otros, incansables como hámsters en sus ruedas de ejercicios.

La penumbra no era tan densa que le impidiera ver cómo Bryant Brown se llevaba una mano al rostro, después de apartarse de los otros. Hubo un momento de incómodo silencio, hasta que Ruth lo quebró:

—Necesitamos más hombres.

—¿Policías del estado, Ruth? —preguntó Casey.

Todos la miraban, serios y sobrios.

(*no Ruth no*)

(*forasteros no nos ocuparemos nosotros*)

(*nos ocuparemos de esto no necesitamos forasteros mientras*)

(*mientras descartamos la piel vieja y nos ponemos la nueva mientras*)

(*mientras nos «convertimos»*)

(*si está en los bosques lo oiremos llamará*)

(*llamará con su mente*)

(*nada de forasteros Ruth silencio silencio por tu vida Ruth todos*)

(*te queremos pero nada de forasteros*)

Esas voces que se elevaban en su mente, que se elevaban en la húmeda y quieta oscuridad… Al mirar vio sólo siluetas oscuras y rostros blancos, siluetas y rostros que, por un momento, apenas le parecieron humanos. «¿Cuántos de vosotros tiene todavía dientes?», pensó Ruth McCausland, histérica.

Abrió la boca, con la sensación de que quizá gritaría, pero su voz sonó, al menos a sus propios oídos, natural. En su mente, los trabalenguas

(*Tres tigres comen. El cielo está enladrillado*)

giraban más deprisa que nunca.

—Por el momento no creo que los necesitemos, ¿verdad, Casey?

El otro la miró, algo desconcertado.

—Bueno, creo que tú debes decidir, Ruth.

—Bien —dijo ella—. Henry… John… todos vosotros: haced algunas llamadas. Quiero contar con cincuenta hombres y mujeres que conozcan bien el bosque antes de entrar. Todo el que se presente en casa de los Brown debe traer consigo una linterna; de lo contrario, no se acercará siquiera al bosque. Tenemos a un niño perdido; no necesitamos que se nos pierda algún adulto, por añadidura.

Mientras hablaba su voz fue asumiendo un tono de autoridad; el trémulo miedo disminuyó. Todos la miraron con respeto.

—Yo telefonearé a Adley McKeen y a Dick Allison. Bryant, ve a decir a Marie que prepare mucho café. La noche será larga.

Partieron en diferentes direcciones; los que debían telefonear, rumbo a la casa de Applegate. La de los Brown estaba más cerca, pero la situación había empeorado y ninguno de ellos quería acercarse a aquel sitio por el momento, mientras Bryant revelaba a su esposa que, en opinión de Ruth McCausland, el pequeño de cuatro años podía haberse perdido en el

(*no está*)

bosque, después de todo.

Ruth estaba abrumada de fatiga. Hubiera preferido pensar que se estaba volviendo loca, nada más. Si hubiese podido creerse eso, todo habría sido más sencillo.

—¿Ruth?

Levantó la vista. Allí estaba Ev Hillman, con el cabello blanco y ralo revoloteando alrededor de la cabeza. Su expresión era de preocupación y temor.

—Hilly se desmayó otra vez. Tiene los ojos abiertos, pero…

Se encogió de hombros.

—Lo siento mucho —dijo Ruth.

—Voy a llevarlo a Derry, Bryant y Marie quieren quedarse, por supuesto.

—¿Por qué no pruebas con el doctor Warwick, para empezar?

—Me parece mejor llevarlo a Derry. —Ev la miró sin parpadear. Sus ojos eran ojos de anciano, enrojecidos y nublados; en ellos, el azul se desteñía en algo que era casi ausencia de dolor. Descoloridos, sí, pero no estúpidos. Y Ruth comprendió de pronto, con un entusiasmo que casi le sacudió la cabeza, ¡que apenas podía leerle la mente! Aunque no supiera qué ocurría allí, en Haven, vio que Ev estaba exento, como el amigo de Bobbi. Todo sucedía alrededor de él, y él lo sabía, al menos en parte, pero quedaba fuera.

Al entusiasmo siguió una amarga envidia.

—Creo que estaría mejor fuera de la ciudad —dijo Ev—. ¿Qué piensas tú, Ruthie?

—Sí —respondió ella, con lentitud mientras pensaba en esas voces, pensaba por última vez en que David no estaba, pero apartando la lunática idea de una vez para siempre. Estaba, por supuesto. ¿Acaso no eran humanos? Lo eran. Lo eran, pero…—. Sí, supongo que sí.

—Podrías venir con nosotros, Ruthie.

Lo miró por largo rato.

—¿Hilly hizo algo, Ev? Veo su nombre en tu cabeza, nada más, se enciende y se apaga como un letrero de neón.

Él la miró. Parecía no sorprenderle ese tácito reconocimiento de que ella (la sensata Ruth McCausland) podía (o creía poder) leer la mente.

—Tal vez. Actúa como si hubiera hecho algo. Esa… esa especie de desmayo… podría deberse a que hizo algo de lo que está arrepentido. En todo caso, no fue culpa suya, Ruthie. La culpa es de lo que está ocurriendo en Haven.

Una puerta de tela metálica sonó. Ella miró hacia la casa de los Applegate y vio que varios de los hombres volvían hacia allí.

Ev echó un vistazo alrededor. Luego volvió a mirarla.

—Ven con nosotros, Ruthie.

—¿Quieres que deje mi ciudad? No puedo, Ev.

—Está bien. Si Hilly recuerda…

—Ponte en contacto conmigo —dijo ella.

—Si puedo —murmuró Ev—. Es probable que ellos dificulten las cosas, Ruth.

—Lo sé.

—Ya vienen, Ruth —dijo Henry Applegate. Fijó en Ev Hillman sus ojos, fríos y apreciativos—. Muchos hombres de valía.

—Bien —manifestó Ruth.

Ev miró fijamente a Applegate por un momento. Después se alejó. Una hora después, mientras Ruth organizaba la búsqueda y preparaba los grupos para la primera barrida, vio que el viejo y esforzado Ev retrocedía por el camino de entrada de los Brown y giraba hacia Bangor. Una silueta pequeña y oscura (Hilly) iba erguida en el asiento al lado del conductor, como un maniquí de escaparate.

«Buena suerte, a los dos», pensó Ruth. Y lamentó de corazón no poder alejarse también de aquella pesadilla febril.

Cuando el coche del anciano hubo desaparecido tras la primera colina, Ruth echó un vistazo a su alrededor y se encontró con veinticinco hombres y seis mujeres. Algunos estaban de este lado de la carretera; otros, contra el bosque; todos permanecían inmóviles, mirando

(*amando*)

a Ruth. Una vez más, se le ocurrió que sus siluetas iban cambiando, que se retorcían, para dejar de ser humanas; estaban «convirtiéndose», sí, «convirtiéndose» en algo que ni siquiera se atrevería a pensar…; y ella, también.

—¿Qué esperan? —gritó, con voz demasiado chillona—. ¡Vamos! ¡Tenemos de hallar a David Brown!

4

No lo hallaron esa noche, ni tampoco el lunes, que fue de un silencio caliente, blanco, fustigante. Bobbi Anderson y su amigo participaron en la búsqueda; por un rato el rugir de la maquinaria excavadora, allá en la granja del viejo Garrick, se había detenido. Gardener estaba pálido, descompuesto y afectado por la resaca de una borrachera. Ruth, al verlo, pensó que no soportaría el día entero. Si daba señales de aflojar en la tarea, dejando un hueco por el cual el niño perdido pudiera pasar inadvertido, lo enviaría de inmediato a casa de Bobbi. Pero él resistió, con resaca o sin ella.

Por entonces, la misma Ruth había sufrido un leve colapso, trabajaba bajo la doble tensión de buscar a David y de resistir a los sigilosos cambios de su propia mente.

El lunes, antes de amanecer, durmió un par de horas, inquieta. Después volvió a la búsqueda, bebiendo café y más café y fumando un cigarrillo tras otro. No se atrevía a

buscar ayuda exterior. Si lo hiciese, los forasteros observarían enseguida, en cuestión de horas, que Haven había cambiado su nombre por el de Villa Extraña. El estilo de vida de Haven (por así llamarlo) captaría más la atención que el niño desaparecido. Y entonces David se perdería para siempre.

El calor se prolongó mucho después del ocaso. Se oían truenos distantes, pero no había brisa; no llovía. Centelleaban los relámpagos del calor. Entre las matas y en las depresiones del terreno, los mosquitos zumbaban. Las ranas se resquebrajaban. Entre maldiciones, los hombres avanzaban a tropezones por los sitios mojados o entre la hojarasca. Los rayos de las linternas zigzagueaban sin rumbo. Había una sensación de urgencia, mas no de cooperación; en realidad, antes de la medianoche del domingo se produjeron varias riñas. La comunicación mental no había fomentado la paz y la armonía en Haven; en realidad, parecía haber hecho todo lo contrario. Ruth los mantenía en movimiento lo mejor que podía.

Poco después de medianoche, en la madrugada del lunes, el mundo se alejó en un vahído. Se fue muy rápido, como un gran pez que, pese a su aspecto desganado, de pronto da un coletazo poderoso y desaparece. Ruth vio que la linterna se le escapaba de entre los dedos. Fue como si todo ocurriera en una película. Sintió que el sudor de las mejillas y la frente se le enfriaba de súbito. El dolor de cabeza, que la había torturado todo el día, cada vez más cruel, desapareció en un inesperado estallido seco. Ruth lo oyó, como si en el centro de su cerebro alguien hubiera tirado del cable de un aparato. Por un momento, hasta pudo ver coloridas cintas de papel crespón que bajaban por los retorcidos canales grises de su cerebelo. Luego, las rodillas se le aflojaron. Cayó hacia delante, en una maraña de arbustos. Vio espinas en el rayo inclinado de su linterna, largas y crueles, pero las matas le parecieron tan cómodas como una almohada de plumas.

Trató de gritar y no pudo.

De cualquier modo, la oyeron.

Pasos que se aproximaban. Rayos que se cruzaban una y otra vez. Alguien.

(*Jud Tarkington*)

chocó con alguien más

(*Hank Buck*)

y entre ellos estalló un diálogo cargado de odio.

(*sal de en medio, torpe*)

(*si quieres que te dé con esta linterna Buck te juro*)

Luego los pensamientos se centraron en ella, con verdadera e innegable

(*todos te queremos Ruth*)

dulzura; pero oh, era una dulzura aplastante, que la asustó. Hubo manos que la tocaron, le dieron la vuelta y

(*todos te queremos y te ayudaremos a «convertirte»*)

la levantaron con suavidad.

(*Y yo también os quiero… ahora, por favor, buscadlo. Concentraos en eso, concentraos en David Brown. No os peleéis, no discutáis.*)

(*todos te queremos Ruth.…*)

Vio que algunos de ellos lloraban, así como vio (aunque no lo deseara) que otros gruñían, con fruncimiento de los labios, como perros a punto de enzarzarse en una pelea.

5

Ad McKeen la llevó a casa y Hazel McCready la acostó. Ruth se dejó llevar a sueños descabellados, confusos. El único que pudo recordar el martes por la mañana cuando despertó, era la imagen de David Brown exhalando su último soplo de vida en un vacío casi sin aire; estaba tendido en la tierra negra, bajo un cielo negro colmado de estrellas deslumbrantes; el suelo era duro, reseco, resquebrajado. Vio que le salía sangre a borbotones por boca y nariz; vio como sus ojos reventaban. Y entonces se despertó, sentada en la cama, entre jadeos.

Llamó al ayuntamiento y la atendió Hazel. Casi todos los vecinos físicamente capacitados estaban en el bosque, dijo, participando en la búsqueda. Pero si no lo hallaban al día siguiente… Hazel dejó la frase sin terminar.

Ruth se reincorporó a la búsqueda, que se había adentrado quince kilómetros en el bosque. Eran las diez de la mañana del martes.

Newt Berringer le echó un vistazo y dijo:

—No tienes

(*nada que hacer aquí, Ruth*)

y lo sabes —concluyó en voz alta.

—Esto es asunto mío, Newt —replicó ella, con desacostumbrada sequedad—. Y ahora déjame trabajar en paz.

Se aplicó a la tarea durante toda aquella tarde, larga y bochornosa. Llamó al niño hasta que enronqueció al punto de no poder hablar. Cuando el crepúsculo descendió, permitió que Beach Jernigan la llevara de vuelta a la ciudad. En la parte trasera de la camioneta había algo oculto bajo una tela impermeable. Ruth no hubiera podido decir qué era: tampoco deseaba saberlo. Hubiese querido seguir en el bosque, pero le faltaban las fuerzas y temía que, si se derrumbaba otra vez, los demás no le permitirían volver. Se obligaría a comer y dormiría cinco o seis horas.

Se preparó un bocadillo de jamón y reemplazó el café que deseaba por un vaso de leche. Fue a sentarse en el «aula» y puso la merienda en el escritorio. Miró a sus muñecos. Ellos le sostuvieron la mirada con sus ojos de vidrio.

«Se acabó la diversión —se dijo—. Ha empezado la reunión. Quien no se muestre

correcto…»

El pensamiento se fue.

Algo más tarde abrió los ojos (aunque no estaba despierta, sí se hallaba de regreso en la realidad) y miró su reloj. Sus ojos se dilataron. Se había subido la merienda a las ocho y media. El bocadillo y la leche aún estaban allí, a mano, pero ya eran las once y cuarto.

Y…

… y algunas de las muñecas habían sido movidas.

El alemanito vestido de alpino (*Lederhosen*) estaba reclinado contra la dama antigua, en vez de ocupar su sitio entre la japonesa con el quimono y la india de sari. Ruth se levantó, con el rítmico golpeteo del corazón demasiado rápido, demasiado fuerte. La muñeca hopi estaba sentada en el regazo de una haitiana vudú, con cruces blancas en vez de ojos. Y el hombrecito ruso yacía en el suelo, con la vista clavada en el techo, la cabeza torcida hacia un lado, como la de un ahorcado en el patíbulo.

¿Quién ha movido mis muñecos? ¿Quién anda por aquí?

Miró a su alrededor, desesperada. Por un momento, su mente asustada y confusa creyó ver a Elmer Haney (el que castigaba a sus hijastros), de pie entre las sombras del estudio de Ralph, con su sonrisa estúpida y hundida. *Te lo dije, mujer: no eres más que una bruja entrometida.*

Nada. Nadie.

¿Quién ha estado aquí? ¿Quién ha movido…?

Nos movemos solos, querida.

Una voz astuta, risueña.

Se llevó una mano a la boca, con los ojos desorbitados. Y entonces vio las letras desiguales que se amontonaban en el pizarrón. Habían sido trazadas con tanta fuerza que la tiza se había roto varias veces, el soporte estaba lleno de trozos desiguales.

¿Qué, qué? ¿Qué signif…?

Significa que se ha ido demasiado lejos, dijo la muñeca hopi. Y, de súbito, pareció exudar luz verde por sus poros de madera blanda. Ante los ojos de Ruth, aturdida de espanto, el rostro de la muñeca se abrió en una mueca siniestra, en un bostezo. De ella brotó un grillo muerto, que golpeó el suelo con un chasquido seco y desolado. *Se ha ido demasiado lejos, demasiado lejos, demasiado lejos*…

¡No, no lo creo!, aulló Ruth.

Toda la ciudad, Ruth… ha ido demasiado lejos… demasiado lejos…

¡No!

Perdidos… perdidos…

Los ojos de la muñeca Greiner se llenaron de súbito de aquel fuego verde,

líquido. *Tú también estás perdida*, dijo. *Ahora estás tan loca como los demás. David Brown es sólo una excusa para no irte…*

No…

Pero todos los muñecos se movían; el fuego verde pasó de uno a otro, hasta que el aula relumbró con aquella luz. Crecía y menguaba. Ruth pensó, con enfermizo horror, que era como estar en el corazón de una espantosa esmeralda.

La miraban con sus ojos de vidrio. Por fin comprendió por qué los muñecos habían asustado tanto a Edwina Thurlow.

Sus voces se elevaban en aquel remolino de hojas otoñales: astutos susurros; parloteos (entre sí y con ella) pero también sonaban las voces de la ciudad, y Ruth McCausland lo sabía.

Pensó que eran, quizá, la última cordura de la ciudad… y la suya propia.

Hay que hacer algo, Ruth. La muñeca china, que chorreaba fuego por la boca, era la voz de Beach Jernigan.

Hay que advertir a alguien. La muñeca francesa, con su gomoso cuerpo de gutapercha; era la voz de Hazel McCready.

Jamás te dejarán salir, Ruth. El muñeco Nixon, con los dedos rellenos elevados en dos V gemelas; hablaba con la voz de John Enders, el de la escuela primaria. *Podrían, pero eso estaría mal.*

Te quieren, Ruth, mas si tratas de irte ahora te matarán. Lo sabes ¿verdad? El Kewpie de 1910, con la cabeza de goma como una lágrima invertida; esa voz era la de Justin Hurd.

Hay que enviar una señal.

Una señal, Ruth, sí, y tú sabes cómo…

Úsanos. Nosotros podemos enseñarte, nosotros sabemos.

Ruth dio un paso vacilante hacia atrás, con las manos sobre sus oídos, como si pudiera borrar las voces. Se le torció la boca. Estaba aterrorizada. Y lo que más le asustaba era que quizá hubiese confundido esas voces, de verdades torcidas, con la cordura. Toda la locura concentrada de Haven estaba allí en ese mismo instante.

Envía la señal, úsanos, podemos enseñarte el modo, sabemos y tú quieres saber el ayuntamiento, Ruth, la torre del reloj…

Las voces susurrantes iniciaron el coro:

¡El ayuntamiento, Ruth! ¡Sí! ¡Sí, eso es! ¡El ayuntamiento! ¡El ayuntamiento! ¡Sí!

—¡Basta! —aulló—. ¡Basta, basta, oh por favor! ¿Por qué…?

Y entonces, por primera vez desde los once años, desde aquella vez en que se había desmayado después de ganar la carrera de una milla en la merienda campestre de los metodistas, Ruth McCausland perdió el conocimiento.

6

En algún momento de la noche recobró una turbia visión y bajó por la escalera tambaleándose, sin mirar atrás. En realidad sentía miedo de hacerlo. Tenía una vaga conciencia de que la cabeza le palpitaba, como en las pocas ocasiones en que despertó descompuesta por haber bebido demasiado. También tenía conciencia de que la vieja casa victoriana se mecía y crujía como una antigua goleta en medio de la tempestad. Mientras Ruth yacía desmayada en el suelo del aula, una terrible tormenta eléctrica había sacudido la parte central y oriental del estado de Maine. El frente frío del oeste acababa de abrirse paso hasta Nueva Inglaterra, por fin, expulsando el pozo inmóvil de calor y humedad que había cubierto la zona durante una semana y media. Los cambios climáticos acudieron acompañados por terribles descargas eléctricas, en algunos sitios. Haven se salvó de lo peor, pero la electricidad había vuelto a cortarse, y esa vez seguiría cortada durante varios días.

Aunque la falta de electricidad no tenía importancia: Haven contaba ahora con fuentes de energía propias e inigualables. Lo importante era que el tiempo había cambiado. Al ocurrir eso, Ruth no fue la única vecina de Haven que despertó con un terrible dolor de cabeza.

Todos los habitantes de la ciudad, desde el más viejo al niño más pequeño, despertaron con idéntica sensación, en tanto los fuertes vientos se llevaban el aire contaminado hacia el Este, y lo arrojaban al océano fragmentado en jirones inofensivos.

7

Ruth durmió hasta la una de la tarde del miércoles. Despertó con algún rescoldo del dolor de cabeza, pero dos calmantes acabaron con él. Hacia las cinco se sentía bien, por primera vez en mucho tiempo. Le dolía el cuerpo y tenía los músculos entumecidos, pero eran nimiedades comparadas con las cosas que la preocupaban desde principios de julio; y no alteraron en absoluto su sensación de bienestar. Ni siquiera sus temores por David Brown pudieron malograrla por completo.

En la calle principal, todos los que se cruzaban con ella tenían un aspecto peculiar, deslumbrado, como si acabaran de despertar después de un hechizo lanzado por alguna bruja de cuento de hadas.

Ruth fue a su despacho del ayuntamiento, disfrutando del viento que le apartaba el cabello de las sienes, de las nubes que cruzaban un cielo intenso, azul; un cielo que parecía casi otoñal. Vio que un par de niños remontaban un barrilete en el gran solar

lindante con la escuela primaria y hasta rió en voz alta.

Pero no hubo risas más tarde, mientras hablaba ante un pequeño grupo que reunió deprisa: tres miembros del ayuntamiento, el administrador principal y, por supuesto, el matrimonio Brown. Ruth comenzó disculpándose por no haber llamado a la policía estatal hasta ese momento, por no haber siquiera informado sobre la desaparición del niño. Según dijo, había pensado que hallarían pronto a David, tal vez en la primera noche, o al día siguiente por lo menos. Comprendía que eso no era excusa, pero por ese motivo había actuado de tal modo; reconoció que era su peor equivocación en todo el tiempo que llevaba como delegada policial de Haven, y si David Brown padecía las consecuencias…, ¡jamás se lo perdonaría!

Bryant se limitó a asentir, aturdido, lejano y descompuesto. Marie, en cambio, se inclinó por encima de la mesa para tomarle la mano.

—No debes culparte —dijo, con suavidad—. Había otras circunstancias. Todos lo sabemos.

Los otros asintieron.

«Ya no oigo sus mentes», notó Ruth, de pronto. Y una voz respondió: *¿Alguna vez las oíste, Ruth? ¿De veras? ¿O fue una alucinación provocada por la preocupación que te causaba David Brown?*

«Sí. Sí, podía oírlas».

Habría sido más fácil considerar aquello como alucinación, pero no era verdad. Y al darse cuenta notó algo más: aún podía hacerlo. Era como oír el leve zumbido de los caracoles marinos, que los niños confunden con el rumor del océano. No tenía idea de cuáles eran esos pensamientos, pero aún los percibía. ¿Percibirían los demás los suyos?

«¿Todavía están ustedes ahí?», pensó tan fuerte como pudo.

Marie Brown se llevó una mano a la sien, como si hubiese experimentado una punzada de dolor. Newt Berringer frunció el entrecejo. Hazel McCready, que dibujaba garabatos en un bloque de papel, levantó la vista como si Ruth hubiese hablado en voz alta.

«Oh, sí, todavía me oyen».

—Para mal o para bien, las cosas están hechas —continuó—. Es hora de ponerse en contacto con la policía estatal. ¿Cuento con vuestra aprobación para hacerlo?

En circunstancias normales no se le habría pasado por la cabeza formular una pregunta así. Después de todo, le pagaban un mísero sueldo para responder a preguntas, no para formularlas.

Pero en Haven las cosas habían cambiado. Pese a la brisa fresca y al aire limpio, en Haven las cosas seguían cambiadas.

La miraron, sorprendidos, algo espantados.

Las voces le llegaron con claridad: *No, Ruth, no… forasteros no… nosotros nos*

encargaremos… no necesitamos forasteros mientras nos «convertimos»… silencio… por lo que más quieras Ruth… silencio…

Afuera, el viento sopló en una ráfaga especialmente fuerte, sacudiendo las ventanas del despacho. Adley McKeen volvió la vista hacia el ruido. Todos hicieron lo mismo. Luego Adley sonrió; fue una sonrisa desconcertada y peculiar.

—Por supuesto, Ruth —dijo—. Si te parece que es hora de notificar el asunto a los estatales, hazlo. Confiamos en tu buen criterio, ¿verdad?

Los otros asintieron.

El clima había cambiado, soplaba el viento. El miércoles por la tarde, la policía estatal se hizo cargo de la búsqueda de David Brown.

8

El viernes, Ruth McCausland comprendió que los dos días anteriores habían sido sólo un descanso poco digno de confianza en un proceso que se prolongaba. Se la impulsaba sin cesar hacia alguna extraña locura.

Una desvaída parte de su mente reconocía ese hecho y lo lamentaba… pero no podía impedirlo. Sólo cabía esperar que las voces de sus muñecos encerraran una parte de verdad, además de locura.

Como si se observara desde afuera, vio que sus manos tomaban el cuchillo más afilado de su cocina. Lo llevó a la planta alta, al aula. Ésta relumbraba, podrida por la luz verde. Luz de *Tommyknockers*. Así los llamaban todos en la ciudad, y el nombre servía, ¿no? Sí, tanto como otro cualquiera. Los *Tommyknockers.*

Envía una señal. Es todo lo que puedes hacer, a estas alturas. Quieren deshacerse de ti, Ruth. Te aman, pero ese amor se ha vuelto homicida. Quizá se pueda encontrar cierto respeto torcido en eso. Porque aún te tienen miedo. Incluso ahora, aunque estás casi tan chiflada como cualquiera de ellos, te tienen miedo. Tal vez alguien reciba la señal… la escuche, la vea… la comprenda.

9

En la pizarra había un dibujo tembloroso de la torre del ayuntamiento, con los trazos inseguros de una mano infantil.

Ruth no soportó la idea de trabajar con sus muñecos en el aula, bajo aquella terrible luz que parecía palpitar. Se los llevó uno a uno al estudio de su esposo. Allí les abrió la barriga, como si fuese un cirujano. Uno a uno. Y en cada uno instaló un pequeño artefacto hecho de pilas, cables, circuitos impresos de calculadora electrónica y los cilindros del papel higiénico. Cosió las incisiones con celeridad,

usando un hilo negro, fuerte. A medida que la hilera de muñecos desnudos crecía en el escritorio, empezaron a parecerle niños muertos, víctimas de algún terrible envenenamiento masivo, que habían sido desvestidos y robados después de la muerte.

Cada incisión zurcida estaba abierta por la mitad, para que el cilindro de cartón asomara por la abertura, como el tubo de un extraño telescopio. Pese a ser sólo de papel, los rollos servirían para canalizar la energía cuando se la generara. Ruth no habría podido explicar cómo sabía todo eso, de dónde había sacado la idea para construir esos artefactos. El conocimiento parecía haber surgido del aire. Del mismo aire en el que David Brown

(*está en Altair-4*)

había desaparecido.

Cada vez que hundía el cuchillo en esos vientres regordetes, indefensos, la luz verde brotaba de ellos.

Estoy

(*enviando una señal*)

asesinando a los únicos hijos que jamás tuve.

La señal. Piensa en la señal, no en los hijos.

Usó cables para conectar a los muñecos en cadena y peló el revestimiento aislante de los diez últimos centímetros, después conectó el cobre reluciente a un petardo, confiscado una semana antes de iniciarse aquella locura a un hijo de Beach Jernigan, a quien llamaban *Joroba* porque tenía un hombro algo más alto que el otro. Miró hacia atrás, dudando por un momento; observó el aula, con sus bancos vacíos. La luz que entraba por la arcada le permitía ver el dibujo de la torré del reloj. Lo había hecho ella misma, en uno de esos períodos en blanco que parecían prolongarse cada vez más.

Las manecillas del reloj estaban dibujadas a las tres en punto.

Ruth apartó su trabajo y se acostó. Durmió, pero su sueño no fue tranquilo; se retorcía, daba vueltas y gemía. Aun en sueños, le pasaban voces por la cabeza: pensamientos de venganza, tartas a preparar, fantasías sexuales, preocupaciones por la irregularidad, ideas para extraños artefactos, sueños de placer. Y por debajo de todos ellos, un gemido agudo, irracional como un arroyo contaminado, pensamientos que le llegaban de la mente de sus vecinos, pero que ya no eran pensamientos humanos. Y en sus pesadillas, esa parte de Ruth McCausland que se aferraba a la cordura con terquedad comprendió la verdad: no eran las voces de las personas con quienes había vivido durante tantos años, sino las de extraños. Oía las voces de los *Tommyknockers.*

10

El jueves a mediodía, Ruth comprendió que el cambio de clima nada había solucionado.

Acudió la policía estatal, pero no organizó una búsqueda minuciosa; el informe de Ruth, detallado y completo como siempre, dejaba en claro que David Brown, de cuatro años, difícilmente podía haberse alejado de la zona de búsqueda, a menos que lo hubieran secuestrado… posibilidad que debía ser tomada en cuenta. Su informe estaba acompañado de mapas topográficos, con anotaciones a mano, en escritura pulcra y sencilla; no se podía dudar de que había dirigido la búsqueda a conciencia.

—Fuiste minuciosa y actuaste a conciencia, Ruthie —le dijo *Monstruo* Dugan, aquella noche. Su frente estaba partida en una arruga tan profunda que parecía la fisura provocada por un terremoto—. Siempre has sido minuciosa y concienzuda. Pero nunca se te había ocurrido hacerte la John Wayne, como esta vez.

—Lo siento, Butch.

—Bueno, sí… —Él se encogió de hombros—. A lo hecho, pecho.

—Sí. —Ruth sonrió débilmente. Había sido uno de los refranes favoritos de Ralph.

Butch le formuló muchas preguntas, pero no la que ella necesitaba responder. «Ruth, ¿qué ocurre en Haven?» Los fuertes vientos habían limpiado la atmósfera de la ciudad; ninguno de los forasteros notó nada extraño.

Pero los vientos no habían puesto fin al problema. La magia negra seguía operando. Fuera lo que fuese, parecía continuar por cuenta propia, pasado cierto momento. Ruth calculó que ya habían llegado a ese punto. Se preguntó qué habría descubierto un equipo médico que llevara a cabo exámenes físicos masivos en la ciudad. ¿Falta de hierro en las mujeres? ¿Principios prematuros de calvicie en los hombres? ¿Aumento de la agudeza visual (en especial de la visión periférica), igualada por una asombrosa pérdida de dientes? ¿Grados de inteligencia tales que provocaban escalofríos? ¿Percepciones tan afinadas que era como si (ja, ja) pudieran leer la mente a los demás?

Ruth había perdido otros dos dientes durante la noche del miércoles. Uno apareció por la mañana en la almohada, grotesca ofrenda de la edad madura a los legendarios ratoncitos. El otro no estaba a la vista. Era posible que se lo hubiese tragado. Poco importaba.

11

La obligación de hacer volar el ayuntamiento se convirtió en una enloquecida hiedra venenosa mental, que le picaba en el cerebro sin cesar. Las voces de los muñecos susurraban y susurraban. El viernes hizo un último esfuerzo por salvarse.

Decidió, después de todo, abandonar la ciudad; ya no era suya. Se dijo que el

quedarse tanto tiempo había sido una de las trampas que los *Tommyknockers* le habían tendido… y, como en el caso de la trampa de David Brown, había caído en ella como una liebre confundida.

Supuso que su viejo Dodge no arrancaría. Lo habrían estropeado. Pero arrancó.

Después supuso que no podría salir de lo que era la aldea en sí, que la detendrían, con sus sonrisas de idiotas y enviándole ese interminable susurro de todos te amamos Ruth. No fue así.

Bajó por la calle principal y salió a campo abierto, muy erguida en su asiento, con los nudillos blancos y una sonrisa de piedra. Los trabalenguas

(*su choza el cielo enladrillado, tres tigres pimentón*)

le volaban por la cabeza. Sintió que la torre del ayuntamiento atraía su mirada

(*una señal Ruth envía*)

(*sí la explosión la encantadora*)

(*explosión hasta la misma Altair-4 Ruth*)

y resistió con todas sus energías. La obligación de hacer volar el ayuntamiento para llamar la atención hacia lo que estaba ocurriendo era una locura. Era como incendiar la propia casa para asar un pollo.

Se sintió mejor cuando la torre de ladrillos quedó fuera de su vista.

Una vez en la carretera a Derry, tuvo que resistir el impulso de imprimir a su coche toda la velocidad posible (la cual, considerando lo viejo del vehículo, aún era asombrosa). Se sentía como si hubiese logrado huir de una guarida de leones, más por suerte que por sentido común. En tanto la aldea quedaba atrás, junto con esas voces, susurrantes, comenzó a sentir que alguien debía de estar persiguiéndola…

Miró una y otra vez por el retrovisor, en espera de ver los vehículos que la seguían para llevarla de regreso. Insistirían en que debía regresar.

La amaban demasiado para dejar que se fuera.

Pero la carretera permanecía despejada. Ni Dick Allison, aullando tras ella en uno de los tres coches de bomberos. Ni Newt Berringer, en su viejo Olds-88 de color verde menta. Ni Bobby Tremain en su Challenger amarillo.

Cuando se aproximaba a la línea municipal entre Haven y Albion, aumentó la velocidad a setenta y cinco. Cuanto más se acercaba a la línea divisoria (a la cual había llegado a considerar, correctamente o no, como el punto en el cual su huida sería irrevocable), más pensaba que las dos últimas semanas eran una pesadilla negra y retorcida.

«No puedo volver. No puedo».

El pie que apretaba el pedal del acelerador era cada vez más pesado.

Al final, algo le advirtió; tal vez algo que las voces le habían dicho y su subconsciente había archivado. Después de todo, últimamente recibía cualquier información, tanto en sueños como despierta. Al acercarse el cartel indicador

dejó de apretar el pedal del acelerador y pisó el del freno. El pedal se hundió sin mucha resistencia, demasiado bajo, cosa que venía ocurriendo desde hacía cuatro años, poco más o menos. Ruth dejó que el coche saliera del asfalto a la tierra de la cuneta. El polvo, blanco y seco como hueso molido, se levantó detrás de ella. El viento había cesado. El aire de Haven volvía a estancarse. Ese polvo tardaría mucho rato en desaparecer.

Permaneció sentada, aferrada al volante, preguntándose por qué se había detenido.

Se preguntaba. Casi sabía. Comenzaba

(*a «convertirse»*)

a saber. O a adivinar.

¿Una barrera? ¿Eso es lo que piensas? ¿Que han puesto una barrera? ¿Que han logrado convertir toda Haven en un… en un hormiguero en caja de cristal? ¡Eso es ridículo, Ruth!

Y lo era, no sólo según toda lógica y experiencia, sino también según la evidencia de sus sentidos. Mientras permanecía allí, escuchando la radio (suave música de jazz, transmitida desde una emisora universitaria de poca potencia en el estado de Nueva Jersey), pasó un camión de pollos, que probablemente iba hacia Derry. Pocos segundos después, un Chevy[13] Vega, en dirección opuesta. Al volante iba Nancy Voss. En el paragolpes trasero había puesto una etiqueta que decía: LOS TRABAJADORES POSTALES LO HACEN POR EXPRESO.

Nancy Voss no miró a Ruth. Se limitó a seguir su camino, hacia Augusta seguramente.

«¿Ves? No hay nada que los detenga», se dijo Ruth.

No. A ellos no, Ruth; sólo a ti. Te detendría como detendría al amigo de Bobbi Anderson, tal vez a uno o dos más. ¡Anda! ¡Lánzate contra eso a setenta y cinco kilómetros por hora, si no lo crees! Todos te amamos, y odiaríamos ver que te ocurría…, pero no podríamos, no podemos impedirlo.

En vez de reanudar la marcha, Ruth descendió del coche y anduvo hasta la línea municipal. Su sombra se estiraba hacia atrás, larga. El sol de verano ardía sobre su cabeza. Desde los bosques, tras la casa de Bobbi, llegaban incesantes rumores de maquinaria. Cavando otra vez. La vacación proporcionada por David Brown había terminado. Y sintió que se estaban acercando a… bueno, a algo. Eso le provocó cierto pánico, cierta urgencia.

Se aproximó al cartel indicador… pasó a su lado… siguió caminando… y empezó a experimentar una loca esperanza, cada vez mayor. ¡Estaba fuera de Haven! ¡Estaba en Albion! Dentro de un momento correría, aullando, a la casa más próxima, al teléfono más próximo.

Aminoró el paso.

Una expresión de desconcierto se dibujó en su rostro… y se acentuó hasta convertirse en horrible certidumbre.

Andar le resultaba difícil. El aire se volvía duro, elástico. Sentía que le estiraba las mejillas y la piel de la frente, que le aplastaba los senos.

Ruth bajó la cabeza y siguió caminando, con la boca hacia abajo en una mueca de esfuerzo, salientes los tendones del cuello. Parecía una mujer que intentara andar contra un vendaval, aunque los árboles a cada lado de la carretera apenas mecían sus hojas. La imagen que acudió a su mente y la que había acudido a la mente de Gardener al tratar de meter la mano en el calentador de Anderson, eran exactamente iguales; sólo diferían en grado. Ruth tuvo la sensación de que toda la carretera estaba bloqueada por una invisible media de nilón, que habría podido servir a una giganta. «He oído hablar de medias que no se notan a la vista —pensó, histérica—, pero esto es ridículo».

Los senos comenzaban a dolerle por la presión. Y, de pronto, sus pies empezaron a resbalar en el polvo. El pánico fue como una bofetada. Había alcanzado y rebasado el punto donde su capacidad de generar un movimiento hacia adelante sobrepasaba la elasticidad de la barrera invisible. Ahora, ésta la estaba impulsando hacia atrás.

Forcejeó para volverse, para salir por sus propios medios antes de que eso ocurriera, pero perdió pie y se vio arrojada con brusquedad hacia atrás, con los pies rozando el suelo, los grandes ojos espantados. Era como verse impulsada por el costado expansivo de un globo enorme.

Por un momento, sus pies se separaron del suelo. Luego aterrizó de rodillas; lo que hizo que se le despellejaran y que se le desgarrara el vestido. Se levantó y caminó hacia el coche, llorando un poco por el dolor.

Pasó casi veinte minutos sentada tras el volante del coche, en espera de que la palpitación de las rodillas se le calmara. De vez en cuando, pasaban vehículos por la carretera, en ambas direcciones. Uno de los que pasó fue Ashley Ruvall, en su bicicleta, con una caña de pescar. Al verla, levantó la mano.

—¡Adióz, ceñora McCauzland! —gorjeó, muy sonriente.

El ceceo no tenía nada de extraño, considerando que el muchacho había perdido todos los dientes. No sólo algunos: todos.

Aun así, un escalofrío la recorrió al oír que Ashley le decía:

—Todoz la queremoz, ceñora McCauzland.

Al cabo de un largo rato puso el coche en marcha, describió un giro en U y

regresó a la aldea, en medio del caluroso silencio. Mientras subía por la calle principal hacia su casa, tuvo la sensación de que muchas personas la miraban, con los ojos llenos de un conocimiento más ladino que sabio.

Ruth miró por el espejo retrovisor y vio el reloj de la torre, al otro lado de la corta calle principal.

Las manecillas se acercaban a las tres de la tarde.

Se detuvo frente a la casa de los Fannin, y rozó el bordillo de la acera al frenar con torpeza. Se le caló el motor, pero no se molestó en arrancar otra vez, ni siquiera cerró el contacto. Sentada tras el volante, con idiotas luces rojas encendidas en el tablero de instrumentos, mantuvo la vista fija en el espejo retrovisor, mientras su mente se alejaba en suave flotar. Cuando volvió en sí, el reloj marcaba las seis. Había perdido tres horas…, y otro diente. Las horas estaban perdidas para siempre, pero el diente, un incisivo, yacía en la falda de su vestido.

12

Sus muñecos le hablaron durante toda la noche. Y ella pensó que nada de cuanto decían era mentira en realidad. Y eso resultaba lo más horrible de todo. Sentada en el corazón verde y enfermo de su influencia, escuchó aquellos lunáticos cuentos de hadas.

Le dijeron que tenía razón en pensar que estaba enloqueciendo; una radiografía de su cerebro, dijeron, o del cerebro de cualquier vecino de Haven, haría que los neurólogos huyeran gritando. Su cerebro estaba caminando. Se… «convertía».

El cerebro, los dientes (oh, perdón, digamos los ex dientes) se «convertían». Y sus ojos, ¿acaso no cambiaban de color? Sí. El pardo intenso se decoloraba, para semejarse al avellana. Y el otro día, en Minutas Haven, ¿no había notado que los brillantes ojos azules de Beach Jernigan también habían cambiado, que estaban tomando el color de las avellanas?

«Ojos avellana… dientes perdidos… oh, Dios bendito, qué nos está pasando».

Los muñecos la miraron con su expresión vidriosa y sonrieron.

No te aflijas, es sólo la invasión espacial sobre la que se llevan a cabo películas baratas desde hace años. Te das cuenta, ¿no? La invasión de los Tommyknockers. *Si quieres ver a los invasores del espacio de los que tanto se ha hablado en películas y cuentos de ciencia-ficción, mira los ojos de Beach Jernigan. O los de Wendy. O los tuyos.*

—Lo que queréis decir es que me están devorando —susurró en la oscuridad estival, mientras la noche del viernes se convertía en la madrugada del sábado.

¡Vaya, Ruth! ¿En qué pensabas que consistía la «con versión»? Los muñecos rieron. La menté de Ruth, misericordiosa, volvió a alejarse entre algodones.

13

Cuando despertó, el sábado por la mañana, el sol ya estaba alto. En la pizarra seguía el tembloroso dibujo infantil de la torre del reloj y había unas veinticinco calculadoras en el escritorio de Ralph. Estaban dentro del bolso de lona que ella usaba en sus colectas para la Lucha contra el Cáncer. En algunas de ellas había rótulos de identificación. Decían BERRINGER, MCREADY, OFICINA DEL PRINCIPAL NO CAMBIAR DE LUGAR, DPTO. DE IMPUESTOS.

No se había quedado dormida después de todo. Lo que había hecho era caer en uno de esos períodos en blanco… y robar todas las calculadoras del ayuntamiento, al parecer.

¿Por qué?

No te corresponde razonar por qué, Ruth, susurraron los muñecos. Ella comprendía cada vez más con cada día, con cada minuto, con cada segundo transcurrido, qué había asustado tanto en realidad a Edwina Thurlow. *Te corresponde enviar una señal… y morir.*

«¿Qué parte de esta idea es mía? ¿Y qué parte es de ellos, que me impulsan?»

Eso no importa, Ruth. De cualquier modo sucederá. Es mejor que suceda pronto, a fondo, lo antes que puedas. Deja de pensar. Deja que ocurra… porque una parte de ti quiere que ocurra, ¿verdad?

Sí. Casi toda ella lo quería, en realidad. Y no se trataba sólo de enviar una señal al mundo exterior, no de cualquier tontería como ésa. Eso era sólo la cobertura cuerda de una rica tarta de irracionalidad.

Quería ser parte de eso cuando estallara.

Los cartuchos de cartón canalizarían la fuerza, y la enviarían a la torre del reloj en un brillante río de potencia destructora. Y la torre se elevaría como un cohete. La onda expansiva golpearía con destrucción las calles de esa arruinada Haven. Y destrucción era lo que ella deseaba. Ese deseo era parte de su «conversión».

14

Esa noche, Butch Dugan le telefoneó para ponerle al tanto de lo ocurrido en el caso de David Brown. Algunas de las noticias eran extrañas. Hillman, el hermano del niño desaparecido, estaba internado en el hospital, en un estado próximo a la catatonia. El abuelo no se encontraba mucho mejor. Insistía en decir que David Brown no se había perdido, que en realidad había desaparecido. En otras palabras, que el truco de magia había sido real. Según Butch, el anciano decía a quien quisiera

escucharle que la mitad de sus vecinos se estaban volviendo locos y que la otra mitad ya lo estaba.

—Fue a Bangor para hablar con un tipo llamado Bright, del periódico local —dijo *Monstruo*—. Ellos buscaban algo de interés humano, pero lo que consiguieron fue una serie de locuras. El viejo se está convirtiendo en un verdadero *quasar*, Ruth.

—Dile que se mantenga lejos de aquí —replicó ella—. Lo dejarán entrar, pero no podrá volver a salir.

—¿Qué? —gritó *Monstruo*. De pronto, su voz se había alejado—. Se está estropeando la comunicación, Ruth.

—Dije que tal vez haya novedades mañana. Aún no he perdido las esperanzas. —Se frotó las sienes y miró a los muñecos alineados en el escritorio de Ralph, interconectados como una bomba de terrorista—. Busca mañana una señal.

—¿Qué? —la voz de *Monstruo* se perdía en el oleaje creciente de la mala comunicación.

—Adiós, Butch. Eres un magnífico amigo. Escucha con atención. Creo que se oirá hasta en Derry. A las tres en punto.

—Ruth, te estoy perdiendo… llama… pronto…

Ruth colgó el inútil teléfono, miró a sus muñecos, escuchó las voces cada vez más potentes y esperó a que se hiciera la hora.

15

Ese domingo fue como una ilustración de libro en todo el estado de Maine; claro, soleado, cálido. A la una menos cuarto, Ruth McCausland, ataviada con un lindo vestido azul, salió de su casa por última vez. Cerró con llave la puerta de entrada y se puso de puntillas para colgar la llave de un ganchito. Ralph había dicho siempre que cualquier ladrón digno de su profesión empezaría por buscar encima de la puerta, pero Ruth había seguido con su costumbre, sin que la casa fuera nunca asaltada. En el fondo, tal vez, todo era cuestión de confianza…, y Haven nunca la había fallado. Había puesto sus muñecos en la vieja bolsa marinera de Ralph. La arrastró por los peldaños del porche.

Bobby Tremain pasó silbando.

—¿La ayudo con eso, señora McCausland?

—No, Bobby, gracias.

—Bueno. —La sonrió. Quedaban pocos dientes en su sonrisa, como escasos postes en una cerca que rodeara una casa embrujada—. Todos la amamos.

—Sí —dijo ella. Subió la bolsa al asiento del coche. Una descarga de dolor le desgarró la cabeza—. Oh, bien lo sé.

(*qué estás pensando Ruth adónde vas*)

(*tres tristes tigres*)

(*dinos Ruth dinos qué te dijeron los muñecos que hicieras*)

(*tres tristes tigres comen trigo en tres tristes platos*)

(*anda Ruth dinos lo que queremos saber o estás escondiendo*)

(*te gustaría saberlo pimentón desempimentónate*)

(*es lo que queremos ¿no? no hay cambios ¿no?*)

Miró a Bobby un momento. Luego, sonrió. La sonrisa de Bobby Tremain vaciló un poquito.

(*¿me aman? sí… pero todavía me temen un poquito y hacen bien*)

—Sigue, Bobby —dijo con tono suave.

Y Bobby siguió. Se volvió una vez a mirarla por encima del hombro. Su rostro joven tenía una expresión preocupada, llena de desconfianza.

Ruth condujo su coche hasta el ayuntamiento.

El silencio dominical reinaba allí, como en una polvorienta sacristía. Sus pasos repiqueteaban y despertaban ecos. Como la bolsa marinera resultaba demasiado pesada para llevarla al hombro, la arrastró por el suelo encerado del vestíbulo. Hacía un ruido siseante, seco, como de serpiente. La arrastró por tres tramos de escalera, un peldaño cada vez, con el cordón envuelto en los puños. La cabeza le palpitaba de dolor. Se mordió los labios y dos dientes se desprendieron hacia el costado, con suave podredumbre. Los escupió. Su aliento era áspera paja en la garganta. Una polvorienta luz solar entraba por las ventanas de la tercera planta.

Arrastró la bolsa por el pasillo, corto y muy caluroso. Allí había sólo dos cuartos, uno a cada lado. En ellos se guardaban todos los registros de la ciudad. Si el ayuntamiento era el cerebro de Haven, allí, en esa buhardilla quieta y caliente, estaba su memoria de papel, que se remontaba hasta los tiempos en que la ciudad se llamaba Ilium, Montgomery, Coodersville, Plantación Montville.

Las voces susurraban y crepitaban a su alrededor.

Por un momento se detuvo a mirar por la última ventana, contemplando la corta calle principal. Había unos quince coches estacionados frente al supermercado de Cooder, que estaba abierto desde el mediodía hasta las seis del domingo, trabajaba mucho. La gente entraba a Minutas Haven para tomar un café. Pasaron unos cuantos coches.

«Todo parece muy normal… ¡todo parece endemoniadamente normal!»

Sintió un confuso momento de duda… y entonces Moose Richardson levantó la vista y agitó la mano, como si pudiese verla detrás de aquella sucia ventana de la tercera planta.

Y Moose no fue el único. Eran muchos los que la miraban.

Se echó hacia atrás y se volvió en redondo. Con la vara que estaba en el rincón, allí donde el pasillo sin salida terminaba, enganchó un anillo que pendía en medio del

techo y bajó la escalera plegable. Hecho eso, dejó la vara a un lado y levantó la nariz para mirar hacia arriba, dentro de la torre. Se oía el traqueteo mecánico de la maquinaria del reloj y, por debajo de ella, el sordo susurro de los durmientes murciélagos. Había montones de ellos en la torre. El ayuntamiento hubiera debido hacerlos eliminar años antes, pero la fumigación era horrible… y cara. Cuando el reloj se estropease de nuevo, habría que sacar a los murciélagos para arreglarlo. Y eso no tardaría mucho en ocurrir. Por lo que a los administradores concernía, mientras fuera otro el que desempeñara ese cargo cuando sonaran las doce del mediodía a las tres de la mañana, todo estaba bien.

Ruth se enroscó la correa de algodón al brazo, tres veces, y empezó a ascender poco a poco por la escalerilla, arrastrando la bolsa entre las piernas. Subía a tumbos, a sacudidas, como si llevase un cadáver en un saco de lona. La correa se le hundía en el brazo, cada vez más; pronto la mano se le puso morada y perdió sensibilidad. Respiraba con trabajo, y aspiraba grandes bocanadas que hacían doler algo, muy dentro de su pecho.

Por fin, las sombras la envolvieron. Salió de la escalerilla a la verdadera buhardilla del ayuntamiento y sacó también la bolsa, con las dos manos. Ruth notó que las encías y los oídos le sangraban; sentía la boca llena del sabor agrio y metálico de la sangre.

Alrededor reinaba el hedor de cripta de ladrillo viejo que se calienta en un lugar seco, oscuro y elevado, bajo el sol estival. A su izquierda había un gran círculo opaco: el dorso de la esfera del reloj, la que daba a la calle principal. En una ciudad más próspera, las cuatro caras de la torre hubieran tenido una esfera, pero Haven sólo podía permitirse una. Medía tres metros y medio de diámetro. Atrás, aún más opacas, se veían las ruedas dentadas que giraban lentamente. Allí estaba el lugar donde el martillo bajaría para hacer sonar la campana. La hendidura era profunda y antigua en ese sitio. La maquinaria del reloj se oía muy fuerte.

Trabajó deprisa, espasmódica. Ella misma era como un reloj, un reloj que comenzaba a quedarse sin cuerda. Y su campanario estaba lleno de murciélagos, sin duda alguna. Se desenvolvió la correa del brazo (tuvo que sacarla de un profundo surco en espiral que le hendía la carne) y abrió la boca de la bolsa. Empezó a sacar los muñecos uno a uno, tan deprisa como pudo. Los dispuso en círculo, con las piernas hacia fuera, de tal modo que los pies se mantuvieran en contacto en todo el perímetro. Lo mismo las manos. En la oscuridad parecía que estuvieran en plena sesión de espiritismo.

Fijó el cartucho al centro del diente marcado en la gran campana. Cuando sonara la hora y cayera el martillo…

Buuum.

«No tengo más que sentarme a esperar —pensó—. Sentarme a esperar que el

martillo Caiga».

De pronto, un zumbante cansancio la invadió. Se dejó llevar.

16

Volvió en sí poco a poco. Al principio pensó que estaba acostada en su casa, con el rostro apretado contra la almohada. Estaba en su cama y todo eso había sido una terrible pesadilla. Sólo que su almohada no era tan áspera, tan caliente; su ropa de cama no respiraba, no palpitaba.

Levantó las manos y tocó un cuerpo cálido y correoso, huesos cubiertos de carne escasa. El murciélago se había posado justo sobre su seno derecho, en el hueco de su hombro… se dio súbita cuenta de que ella lo había llamado… *de algún modo los había llamado a todos*. Oía su mente de roedor, sus pensamientos oscuros, instintivos y demenciales. Sólo pensaba en sangre, en bichos, en vuelos por la ciega oscuridad.

—¡Oh, Dios, no! —gritó. El reptar rugoso y ajeno de esos pensamientos era enloquecedor, insoportable—. ¡Oh, no, Dios, por favor, no…!

Apretó las manos sin querer: los huesos frágiles de las alas se le quebraron entre los dedos. El murciélago chilló y Ruth sintió un dolor agudo y punzante en la mejilla: la había mordido.

Ahora todos chillaban, todos. Comprendió que había decenas de murciélagos sobre ella; cientos, tal vez. En el otro hombro, en sus zapatos, en el cabello. Ante sus mismos ojos, la solapa del vestido empezó a retorcerse.

—¡Oh, no! —chilló otra vez, en la polvorienta penumbra de la torre.

Los murciélagos volaban, la rodeaban y gritaban. El susurro de sus alas era un suave trueno creciente, como el susurro creciente de las voces de Haven.

—¡Oh no! ¡Oh no! ¡Oh no!

Uno de aquellos animales aleteó entre sus cabellos y quedó atrapado, chillando. Otro voló ante su rostro, su aliento tenía el hedor de un gallinero viejo.

El mundo giraba y giraba. De algún modo se las compuso para ponerse de pie. Agitó las manos alrededor de la cabeza, pero los murciélagos estaban ya por todas partes, formando una nube negra a su alrededor. No había diferencia entre la suave explosión de sus alas y las voces

(*todos te queremos, Ruth*)

las voces

(*te odiamos Ruth no te entrometas no te atrevas a entrometerte*)

las voces de Haven.

Había olvidado dónde estaba. Había olvidado la trampilla que bostezaba casi a sus pies. Al avanzar a tropezones hacia ella oyó que el reloj daba la hora. Pero el sonido era apagado, porque el martillo había pegado contra el detonador y…

… y no ocurría nada.

Se volvió, rodeada de murciélagos. Ahora también le sangraban los ojos, incrédulos, pero a través de una neblina roja vio que el martillo caía otra vez, y daba un tercer golpe. Y el mundo aún continuaba.

«El petardo estaba inutilizado», pensó Ruth McCausland.

Los murciélagos alzaron el vuelo desde su cuerpo; su vestido hizo lo mismo; se le escapó un mocasín. Chocó contra la escalerilla, giró a medias y aterrizó sobre el costado izquierdo, con un golpe que le quebró todas las costillas. Forcejeó por volverse y, de algún modo, se las compuso para hacerlo. Casi todos los murciélagos habían atravesado la trampilla de nuevo para regresar a la acogedora oscuridad del reloj, pero cinco o seis seguían su revoloteo en confusos círculos bajo el techo del corredor. Sus voces, tan extrañas, tan de insecto, tan de colmena, tan calientes de demencia. Ésas eran las voces que había estado oyendo con la mente desde el 4 de julio, poco más o menos. No era sólo que la ciudad estuviera volviéndose loca. Eso habría sido malo, pero esto era peor… ¡oh, Dios, era muchísimo peor!

Y todo para nada. El petardo de *Joroba* Jernigan había fallado, después de todo. Ruth perdió el sentido y lo recuperó unos cuatro minutos después, con un murciélago posado en el puente de su nariz, lamiéndole las sangrientas lágrimas de la mejilla.

—¡Sal de aquí, porquería! —gritó.

Y lo desgarró en dos, atormentada por el asco. El animal hizo un ruido de grueso papel desgarrado. Sus inhumanas entrañas le chorrearon hasta el rostro vuelto hacia arriba, cubierto de telarañas. No pudo abrir la boca para gritar «Deja que muera, Dios mío, no me dejes ser como ellos, por favor, no me dejes “convertirme”» porque esa vida moribunda le chorrearía hacia dentro. Y fue entonces cuando el petardo de *Joroba* estalló bajo el martillo con una explosión húmeda, nada dramática. Una luz verde iluminó primero el cuadrado de la trampilla… y después el mundo entero. Por un momento, Ruth pudo ver los huesos de los murciélagos con toda claridad, como en una radiografía.

Luego todo el verde se convirtió en negro.

Eran las tres y cinco de la tarde.

17

En toda Haven la gente se había tendido en el suelo. Algunos acababan de bajar al sótano, con la vaga idea de que era un buen momento para ir en busca de conservas o de que allí se estaría más fresco. Beach Jernigan se había acostado detrás del mostrador del Minutas Haven, con las manos cruzadas debajo de la nuca. Pensaba en lo que tenía en la parte trasera de su camioneta, aquello oculto bajo la tela alquitranada.

A las tres y cinco, la base de la torre del reloj se abrió con el estallido, esparciendo polvo de ladrillo por doquier. Un enorme grito explosivo salió disparado por encima de los campos; rompió casi todas las ventanas de Haven y unas cuantas en Troy y Albion, por añadidura.

Un fuego verde brotaba por entre la desigual grieta abierta en los ladrillos. La torre del ayuntamiento comenzó a elevarse, como un surrealista cohete de ladrillo que llevara un reloj en un lado. Se elevó en una columna de frío fuego verde, frío, sin duda; de lo contrario, los muñecos se habrían consumido, junto con el brazo de Ruth McCausland… y la aldea entera.

La torre del ayuntamiento se elevó en esa antorcha verde; sus costados empezaban a abultarse hacia fuera, pero la ilusión se mantuvo un instante: un cohete de ladrillo que se elevaba en el cielo de la tarde. Y entre el rugido de la explosión, se oyó el reloj, dando hora tras hora. Al duodécimo golpe (¿mediodía? ¿medianoche?) estalló como el malogrado *Challenger*. Los ladrillos volaron por doquier; Benton Rhodes vería, más tarde, parte del daño causado, pero lo peor fue disimulado apresuradamente.

Aquellos ladrillos disparados golpearon las paredes exteriores de las casas, las ventanas de los sótanos, las cercas. Cayeron del cielo como una lluvia de bombas. La manecilla larga del reloj, de hierro forjado en filigrana, recorrió el aire como un mortífero bumerán y se clavó en uno de los viejos robles, frente a la Biblioteca de Haven.

La mampostería y las tablas astilladas volvieron a tierra, bramando.

Después, el silencio.

Al cabo de un rato, en toda Haven, la gente comenzó a levantarse con cautela, a mirar a su alrededor, a barrer los cristales o a examinar los daños. La aldea había sido arrasada por la destrucción, pero no había heridos. Y en toda la ciudad, una sola persona había visto, en realidad, el despegue de ese cohete de ladrillos, como el sueño grandioso de un loco.

Esa única persona era Jim Gardener. Bobbi se había acostado para dormir una siesta, instada por él. Ninguno de los dos podía trabajar durante el calor de la tarde; Bobbi, mucho menos. Se había recuperado un poco del estado terrible en que su amigo la encontró, pero aún se exigía demasiado y, de pronto, había vuelto a menstruar profusamente.

«Quisiera saber —pensó él, morboso— cuándo necesitará una trasfusión de sangre, en vez de un par de píldoras de hierro al día». No era probable, y él lo sabía. Su ex esposa había padecido horribles problemas menstruales, tal vez porque a su madre le habían aplicado una droga con efectos colaterales. Por eso él sabía bastante acerca de una función orgánica que su propio cuerpo jamás realizaría; tenía conciencia de que la menstruación no es, como el lego en la materia suele creer, un

flujo menstrual de sangre de la vagina. Casi todo el material que constituye ese flujo no es sangre, sino tejido inútil. Gardener sabía que la menstruación es un eficiente proceso de eliminación de residuos, realizado por una mujer capaz de gestar un hijo, pero que en ese momento no lo está gestando.

No, era difícil que Bobbi menstruara hasta desangrarse…, a menos que se produjera una ruptura uterina, cosa harto improbable.

«No digas idioteces. No sabes qué pasaría en esta situación y qué no pasaría».

También sabía que las mujeres no estaban hechas para menstruar día tras día, semana tras semana, cualquiera que fuese la situación. En el fondo, la sangre y el tejido eran la misma cosa: la materia que constituía a Bobbi Anderson. Era como el canibalismo, pero…

No, en absoluto. Era como si alguien le hubiese puesto el termostato al máximo y ella se consumiera día a día. Durante los calores de la semana anterior, Bobbi había estado a punto de derrumbarse un par de veces. Gardener sabía que, aunque sonara grotesco, la búsqueda del pequeño Brown había sido una especie de descanso para ella.

En realidad, él había insistido para que se acostara, pero sin confiar en convencerla. Sin embargo, a eso de las tres menos cuarto, Bobbi dijo que estaba un poco cansada y que quizás una siesta le viniera bien. Preguntó a Gard si no pensaba acostarse también durante una hora.

—Sí —respondió él—, pero primero voy a sentarme en el porche para leer un ratito. —«Y ya que estoy puesto, para terminar esta botellita».

—Bueno, no tardes mucho —recomendó Bobbi—. Una siesta tampoco te vendrá mal.

Pero él había tardado lo suficiente para estar aún afuera cuando el rugido cruzó campos y colinas entre la granja y la aldea: unos siete kilómetros y medio.

—¿Qué diablos…?

El rugido se hizo más fuerte y, de pronto, Gard lo vio. Algo salido de una pesadilla. Era *delirium tremens*, tenía que ser, qué joder. No se trataba de una máquina de escribir telepática ni de un calentador especial. «Eso era un cohete de ladrillo, por todos los diablos, y despegaba desde la aldea de Haven. Y ahora sí, amigos y vecinos: definitivamente, he perdido la chaveta».

Un segundo antes de que estallara, manchando el cielo de fuego verde, reconoció qué era y comprendió que no se trataba de una alucinación.

Aquello era la potencia de Bobbi Anderson; aquello era lo que iban a usar para detener la energía nuclear, la carrera armamentista, la sangrienta marea de la locura mundial. Allí estaba, elevándose en el cielo como una columna de llamas: uno de los locos de la ciudad se las había compuesto para poner una mecha bajo el ayuntamiento y acercarle un fósforo. Y acababa de lanzar la torre del reloj al cielo, como si fuese

una cañita voladora.

—¡A la mierda! —susurró Gardener, con voz diminuta, horrorizada.

¡Helo allí, Gard! ¡He allí el futuro! ¿Es eso lo que deseas? Porque la mujer que duerme en la casa se está volviendo loca, y tú lo sabes; los síntomas son demasiado claros. ¿Quieres poner esa clase de poder en sus manos? ¿Te parece?

«No está loca —respondió Gardener, asustado—. No está loca en absoluto. ¿Y crees que esto cambia la ecuación? No: sólo la subraya. Si no lo hacemos Bobbi y yo, ¿quién lo hará? La policía de Dallas, claro. Todo saldrá bien. La vigilaré, le sujetaré cortas las riendas…»

Oh, pero si lo estás haciendo de una manera espléndida, sí.

Aquella cosa increíble estalló en el cielo, y esparció fuego verde por doquier. Gardener se cubrió los ojos. Se había puesto de pie.

Anderson salió a toda carrera.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó.

Pero lo sabía…, lo sabía, y Gardener, con fría y súbita certidumbre, supo que ella estaba al corriente de aquello.

Gard puso una barrera en su mente. En las dos últimas semanas había aprendido a hacerlo con éxito completo. La barrera consistía sólo en recitar viejas direcciones al azar, fragmentos de poemas, trozos musicales…; pero daba resultado. No era difícil en absoluto plantar esa interferencia, según había descubierto; no se diferenciaba mucho de los pensamientos encadenados que cruzan la cabeza de casi todo el mundo durante la mayor parte del día (quizá habría cambiado de idea si hubiera sabido cómo tenía que torturarse Ruth McCausland para ocultar sus propios pensamientos, pero Gardener no tenía idea de los problemas que se estaba ahorrando gracias a la placa metálica implantada en su cabeza). En un par de ocasiones había notado que Bobbi lo miraba de un modo extraño, intrigada. Aunque apartaba la vista cuando se daba cuenta que él la observaba, era obvio que trataba de leerle el pensamiento… con todas sus fuerzas…, y que seguía fracasando.

Utilizó esa barrera para cubrir su primera mentira a Bobbi desde que unió su suerte a la de ella, el 5 de julio, casi tres semanas antes.

—No lo sé con exactitud —dijo—. Me había adormecido en la silla. He oído una explosión y he visto un gran destello de luz. Parecía luz verde. Eso es todo.

Bobbi le estudió el rostro; luego asintió.

—Bien, será mejor que vayamos a la aldea y lo averigüemos.

Gardener se tranquilizó un poquito. No sabía con seguridad el porqué de su mentira, pero le había parecido lo más prudente… y ella le había creído. No era cuestión de poner en peligro esa fe.

—¿Te molestaría ir sola? Es decir, si quieres compañía…

—No, está bien —aceptó ella, casi con precipitación.

Y se fue.

Al volver al porche, después de haber acompañado la camioneta hasta la carretera, Gard dio una patada a su vaso. Estaba perdiendo el control de la bebida y era hora de cesar. Porque allí ocurría algo raro. Valía la pena que observara y vigilara. Y cuando uno se emborracha, quedaba ciego.

No era la primera vez que se lo proponía. A veces lo había logrado durante un tiempo. Esa vez, no. Aquella noche, cuando Bobbi regresó, Gardener dormía la mona en el porche.

De cualquier modo, la señal de Ruth había sido recibida. El receptor estaba mentalmente perturbado, aún comprometido con el proyecto de Bobbi, pero lo bastante inquieto como para beber más y más. Había sido recibido y comprendido en parte, al menos. La mentira de Gardener era muestra de ello, aunque no fuese otra cosa. Pero Ruth se habría alegrado más de su otro logro:

Con voces o sin ellas, la dama había muerto cuerda.

SIETE

BEACH JERNIGAN Y DICK ALLISON

1

A nadie agradó tanto el «convertirse» como a Beach Jernigan. Si los *Tommyknockers* de Gard se le hubiesen aparecido en persona, cargados de armas nucleares, para proponerle que plantara una en cada metrópoli del mundo, Beach habría comenzado de inmediato a reservar pasajes de avión. Aun en Haven, donde el fanatismo silencioso se estaba convirtiendo en un modo de vida, la actitud de Beach era extremada. Si hubiese tenido alguna idea de que las dudas aumentaban en Gardener, lo habría eliminado. De un modo definitivo. Y al instante, si no antes.

Ese fervor de Beach estaba muy justificado. En mayo (poco después del cumpleaños de Hilly Brown en realidad), Beach contrajo una tos seca de la que no se curaba. Lo preocupante era que había aparecido sin fiebre ni resfriado alguno. Y se tornó aún más preocupante cuando empezó a escupir hilos de sangre. A quien tiene un restaurante, la tos no le conviene. A los parroquianos no les gusta. Los pone nerviosos. Tarde o temprano, alguien hace la denuncia a la Junta de Salud Pública y el local queda clausurado por una semana o más, mientras no se sepan los resultados de los análisis.

En el mejor de los casos, el Minutas Haven daba ganancias reducidas (Beach trabajaba doce horas al día para sacar sesenta y cinco dólares limpios a la semana; si el local no hubiese sido suyo, libre de deudas, se habría muerto de hambre). No podía permitir que lo cerraran por una semana en pleno verano. Y aunque la estación no había llegado todavía, se aproximaba con celeridad.

Por lo tanto, fue a visitar al viejo doctor Warwick, que lo envió a Derry para que le hicieran una radiografía del pecho. Cuando la radiografía llegó, el doctor Warwick la estudió durante veinte segundos, después llamó a Beach. Cuando lo tuvo ante sí, le dijo:

—Tengo malas noticias para ti, Beach. Siéntate.

Beach se sentó. Si no hubiese tenido una silla a mano habría caído al suelo, porque sus piernas habían perdido toda la fuerza. En mayo aún no existía telepatía en Haven, no más que la habitual en todo el mundo, al menos; pero esa telepatía habitual bastó. Beach supo lo que Warwick iba a decirle antes de que abriera la boca: no era tuberculosis, sino cáncer. Cáncer de pulmón.

Pero eso había ocurrido en mayo; en julio, Beach estaba fuerte como un roble. El doctor Warwick le había pronosticado que hacia mediados de julio quizá tuviera que

hospitalizarse, pero allí estaba todavía: comiendo como un caballo, caliente como perro salido la mayor parte del tiempo y con toda la sensación de que podía ganar a Bobby Tremain una carrera pedestre. No había vuelto a Derry para que le hicieran otra radiografía. No necesitaba saber si la gran mancha de su pulmón izquierdo había desaparecido. Si hubiese querido una radiografía, se habría tomado una tarde libre para fabricarse un aparato de rayos X. Sabía a la perfección la forma de hacerlo.

Pero en esos momentos, después de la explosión, había otras cosas que construir, otras cosas que hacer… y cuanto antes.

Todos conferenciaron, todos los de la ciudad. No hizo falta que se reunieran. Beach siguió con sus hamburguesas en el Minutas Haven. Nancy Voss, con la clasificación de los sellos en Correos (ahora que Joe había muerto, al menos tenía dónde ir, aunque fuera domingo). Bobby Tremain, debajo de su Challenger, continuó aplicando un reciclador que le permitía hacer más de cincuenta kilómetros por litro. No era la píldora de Anderson, pero casi. Newt Berringer, muy consciente de que no había tiempo que perder, se encaminó a casa de los Applegate, tan rápido como pudo. De cualquier modo, estuvieran donde estuviesen y ocupados en lo que fuera, una red de voces silentes los unía, las mismas voces que tanto habían asustado a Ruth.

Menos de cuarenta y cinco minutos después de la explosión, unas setenta personas se habían reunido en casa de Henry Applegate. Henry contaba con el taller mejor equipado de la ciudad, ahora que la estación de servicio ya casi no hacía trabajos de reparación. Christina Lindley, que tenía sólo diecisiete años, pero ya había sacado el segundo premio en el concurso fotográfico del estado, el año anterior, llegó casi dos horas después, asustada y sin aliento (y sintiéndose muy atractiva, a decir verdad), por haber viajado desde el centro con Bobby Tremain, a una velocidad que a veces llegaba a los ciento sesenta y cinco kilómetros por hora. Cuando Bobby sacaba jugo a su Dodge, se convertía en una línea amarilla.

Se le había encargado que tomara dos fotografías de la torre del reloj. Se trataba de un trabajo delicado, considerando que la torre estaba reducida a trozos diseminados de ladrillos, mampostería y piezas de reloj: requería hacer una fotografía de otra fotografía.

Muy deprisa, Christina hojeó un álbum de la ciudad. Newt le había indicado mentalmente dónde buscarlo: en el propio despacho de Ruth McCausland. La muchacha descartó dos instantáneas, aunque ambas eran muy buenas, porque estaban en blanco y negro. La idea consistía en crear una ilusión óptica: una torre que la gente viera…, pero a través de la cual pudiera pasar un avión, en caso necesario.

En otras palabras, pensaban proyectar una gigantesca diapositiva en el cielo.

Buen truco.

En otros tiempos, Hilly Brown lo habría envidiado.

Cuando Christina empezaba a perder las esperanzas, la halló: una magnífica foto

del ayuntamiento, con su torre bien visible… y con dos lados a la vista. Magnífico; así tendrían la profundidad necesaria. Las cuidadosas anotaciones de Ruth, debajo de la ilustración, decían que provenía de la revista *Yankee*, número de mayor de 1987.

Tenemos que irnos, Chris, había dicho Bobby, hablando sin molestarse en abrir la boca. Pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro, como un niñito que necesitara ir al baño.

Sí, está bien. Ésta será…

Se interrumpió.

Oh —dijo—. ¡Oh, caramba!

Bobby Tremain se adelantó deprisa. «*¿Qué diablos ocurre?*»

Ella le señaló la foto.

—¡Oh, mierda! —chilló Bobby, en voz alta.

Christina asintió.

2

A las siete de esa misma tarde, trabajando en silencio y deprisa (descontando algún gruñido irritado de alguien que no veía a otro esforzarse lo suficiente), habían construido un artefacto que parecía un inmenso proyector de diapositivas puesto sobre una aspiradora industrial.

Lo probaron. Sobre el sembrado de Henry apareció un rostro de mujer, enorme y pétreo. Los que se habían reunido allí contemplaron ese estereopticón de la abuela Applegate en silencio, pero aprobadores. La máquina funcionaba. Ahora, en cuanto la chica trajera la fotografía (las fotografías, en realidad, porque lo que necesitaban crear era, por supuesto, una imagen en estereopticón) del ayuntamiento, podrían…

En eso les llegó la voz, débil pero fortalecida por la mente de Bobby Tremain.

Eran malas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kyle Archinbourg a Newt—. No he conseguido captarlo todo.

—¿Estás sordo o eres estúpido? —bramó Andy Baker—. Por Dios, la explosión que esa perra ha provocado ha sido oída en tres condados. Por dos centavos te…

Y apretó el puño.

—Basta, ustedes dos —dijo Hazel McCready. Se volvió hacia Kyle—. Esa chica se ha portado muy bien. —Estaba proyectando deliberadamente sus pensamientos con tanta fuerza como podía, con la esperanza de que llegaran a Christina Lindley, al tiempo que explicaba la situación a Kyle Archinbourg. Para animarla. La muchacha sonaba distraída, casi histérica. Así, de nada les serviría. En semejante estado, lo arruinaría todo. Y no había tiempo para fracasos.

—No es culpa suya que en la fotografía se vea el reloj.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kyle.

—Ha encontrado una foto en color con un ángulo perfecto —explicó Hazel—. Se verá perfectamente desde la iglesia y el cementerio. Desde la carretera, apenas un poquito distorsionada. Durante un par de días será preciso evitar que los forasteros la rodeen por atrás, hasta que Chris descubra un ángulo coincidente. Pero como sólo les interesará la caldera… y Ruth…, creo que pasará. ¿Se podrían cerrar algunas calles? —preguntó, mirando a Newt.

—Para trabajar en las cloacas —decidió él, de inmediato—. Sencillísimo.

—Todavía no entiendo cuál es el problema —dijo Kyle.

—Porque eres un imbécil, por eso —repuso Andy Baker.

Kyle se volvió hacia el mecánico con aire truculento. Newt intervino.

—Basta, vosotros dos. —Y a Kyler—: El problema es que Ruth hizo volar la torre a las tres y cinco de hoy. En la única foto adecuada que Christina ha podido encontrar se ve la esfera del reloj. Marca las diez menos cuarto.

—Ah —exclamó Kyle. De pronto, el sudor le aceitó el rostro. Sacó un pañuelo para enjugárselo—. Oh, mierda. ¿Y qué hacemos ahora?

—Improvisar —dijo Hazel, con calma.

—¡Esa perra! —gritó Andy—. ¡Si no estuviese muerta, yo la mataría!

—En la ciudad, todos la amaban. Ya lo sabes, Andy —observó Hazel.

—Sí, y espero que el demonio la esté tostando con un tenedor largo, allá, en el infierno.

Andy apagó el artefacto y la abuela de Henry desapareció, para alivio de Hazel. Era medio fantasmagórico ver esa mujer de facciones duras flotando sobre el campo, en tres dimensiones perfectas, mientras las vacas (que hubieran debido estar en el establo desde hacía rato) pastaban a través de ella o desaparecían tranquilamente a través de su gran broche antiguo.

—Todo saldrá bien —aseguró Bobbi Anderson, de pronto, en el silencio.

Todos la oyeron, incluida Christina Lindley, en la ciudad, y se sintieron aliviados.

3

—Llévame a mi casa —dijo a Bobby Tremain—. Rápido. Ya sé lo que vamos a hacer.

—Enseguida. —La tomó del brazo y empezó a tirar de ella hacia la puerta.

—Espera —dijo ella.

—¿Eh?

—¿No sería mejor llevarnos la fotografía? —concluyó.

—¡Oh, mierda! —exclamó Bobby, con una palmada en la frente.

4

Mientras tanto, Dick Allison, jefe del cuerpo de Bomberos Voluntarios, se hallaba sentado en su oficina, sudando la gota gorda pese al aire acondicionado. Su misión era atender las llamadas telefónicas. La primera fue del jefe de policía de Troy; la segunda, de la policía de Unity; la tercera, de la policía estatal; la cuarta, de *Associated Press.*

Era probable que hubiera sudado igual sin las llamadas telefónicas; uno de los motivos por los que el aire acondicionado no servía de nada era que la fuerza de la explosión había hecho volar la puerta de la oficina. Casi todo el yeso se había desprendido de las paredes, revelando listones que eran como costillas en putrefacción. Sentado entre esas ruinas, dijo a quienes telefoneaban que había sido una explosión terrible, sin duda, y que al parecer tenían una víctima fatal, pero que no era tan grave como se podría pensar. Mientras desarrollaba esas tonterías para un periodista de Bangor llamado John Leandro, uno de los paneles de corcho que formaban el techo le cayó en la cabeza, Dick lo apartó de un manotazo, con un gruñido de lobo; escuchó, rió un poquito y dijo que era el tablero de comunicaciones; estaba sujeto sólo con una especie de engrudo, ¿no? Una porquería, esas cosas. Se caían a cada rato. Y bueno, lo barato sale caro, como decía siempre su madre, y…

Le llevó otros cinco minutos, pero al final consiguió que Leandro cortara de puro aburrido. Cuando puso el auricular en la horquilla, la mayor parte del cielo raso del pasillo cayó ante su puerta con un empolvado estrépito.

—¡Me cago en la puta madre que lo parió! —aulló Dick Allison.

Y descargó su puño izquierdo contra el escritorio, con todas sus fuerzas. Aunque se rompió cuatro dedos, la ira impidió que se diera cuenta. Si en ese momento hubiese entrado alguien en su oficina, Allison le habría abierto el cuello para llenarse la boca con sangre caliente y rociar con ella la cara del moribundo.

Gritó, juró y hasta pataleó como un niño en medio de una rabieta, cuando se le niega un paseo.

Parecía un niño.

También parecía sumamente peligroso.

Los *Tommyknockers*, los *Tommyknockers*, llamando a la puerta.

5

Entre una y otra llamada telefónica, Dick fue a la oficina de Hazel, buscó el sedante que guardaba en el cajón y tomó seis píldoras. Después se envolvió la mano, hinchada y palpitante, y se olvidó de ella. Si aún hubiese sido humano, eso habría

resultado imposible; nadie se olvida, por las buenas, de cuatro dedos rotos. Pero él se había «convertido». Una de las cosas incluidas en ese hecho era la capacidad de ejercer la voluntad consciente sobre el dolor.

Resultaba práctico.

Entre sus conversaciones con el exterior (y a veces durante ellas) Dick hablaba con hombres y mujeres que trabajaban al máximo en casa de Henry Applegate. Les dijo que esperaba a dos policías estatales; llegarían a las cuatro y media o a las cinco como muy tarde. ¿Tendrían listo el proyector a tiempo?

Cuando Hazel le explicó el problema, Dick empezó a delirar otra vez, ahora tanto de miedo como de furia. Se calmó (sólo un poco) al saber que Christina Lindley tenía una idea. La chica contaba con un cuarto oscuro en su casa. Allí haría un cuidadoso negativo de la foto en cuestión y la ampliaría un poco, no porque hiciera falta para el funcionamiento del proyector (por el contrario, si ampliaba demasiado la imagen, adquiriría un aspecto extraño, granuloso), sino porque necesitaba una imagen algo mayor para trabajar con ella.

Hazel explicó, mentalmente, que ella eliminaría del negativo las manecillas del reloj. *Bobby Tremain las volverá a trazar con un cuchillo de precisión, dijo, para que marquen las tres y cinco. Tiene el pulso firme y algo de talento. En realidad, el pulso firme es lo más importante.*

Si se hace un negativo de un positivo, ¿no sale borroso?, se extrañó Dick Allison. *Sobre todo si el positivo es en color.*

Ella ha perfeccionado su equipo de revelado, dijo Hazel. No necesitó agregar que Christina Lindley, a los diecisiete años, contaba, probablemente, con el cuarto oscuro más avanzado del mundo.

¿Cuándo tardarán?

Ella dice que estará a medianoche, respondió Hazel.

—¡Dios del cielo! —gritó Dick, con tanta potencia que quienes estaban en el campo de Henry hicieron una mueca.

Necesitamos unas treinta pilas secas, intervino la voz de Bobbi Anderson, con calma. *Sé bueno y encárgate de eso, Dick. En cuanto a la policía, lo comprendemos. Hazte el idiota, ¿sabes?*

Él hizo una pausa. *Sí, hablaré imbecilidades.*

Exacto. Y retenlos. Lo que más me preocupa es la radio, no ellos. Enviarán una sola unidad; dos, para empezar. Pero si ven…, si transmiten por radio que…

Hubo un murmullo de asentimiento que sonó como el océano en un caracol marino.

¿Tienes algún modo de estropearles las transmisiones desde la ciudad?, preguntó Bobbi.

Yo…

De pronto Andy Baker intervino, jubiloso:

Tengo una idea mejor. Que Buck Peters venga volando a la estación de servicio.

¡Sí!, se agregó Bobbi, con pensamientos chillones de entusiasmo. *¡Bien! ¡Grandioso! Y cuando salgan de la ciudad, alguien… Beach, supongo.*

Beach tuvo el honor de ser el elegido.

6

Bent Rhodes y *Jingles* Gabbons, de la policía estatal de Maine, llegaron a Haven a las cinco y cuarto. Iban esperando ver las humeantes y aburridas consecuencias de un estallido de caldera: algún camión-cisterna de los bomberos en punto muerto junto a la acera y veinte o treinta curiosos holgazaneando por allí. Lo que vieron, en cambio, fue que toda la torre del ayuntamiento se había disparado como una cañita voladora. La calle estaba sembrada de ladrillos, las ventanas habían estallado, por doquier se veían muñecos desmembrados… y demasiada gente que seguía con lo suyo.

Dick Allison los recibió con extraña cordialidad, como si hubieran ido a una merienda campestre de la policía y no a tratar de lo que parecía un verdadero desastre.

—Por Cristo Todopoderoso, hombre, ¿qué ha ocurrido aquí? —le preguntó Bent.

—Bueno, creo que es un poquito peor de lo que dije por teléfono —reconoció Dick, paseando la mirada por la calle sembrada de escombros. Luego dedicó a los dos policías estatales una incongruente sonrisa que decía: «Qué travesura la mía, ¿no?»—. Me pareció que nadie iba a creerlo si no lo veía.

—Yo lo veo y no lo creo —murmuró *Jingles.*

Los dos habían descartado a Dick Allison, tomándolo por un tonto pueblerino, loco por añadidura. Eso vendría bien. Se mantuvo detrás de ellos; mientras estudiaban los escombros, él los vigilaba. Su sonrisa se fue borrando de forma gradual y dejó lugar a una expresión fría.

Rhodes fue quien vio el brazo humano entre todos los diminutos miembros. Cuando se volvió hacia Dick, su rostro estaba más pálido que antes y parecía mucho más joven.

—¿Dónde está la señora McCausland? —preguntó. Su voz se elevó sin que pudiera dominarla y se quebró en la última sílaba.

—Bueno, les diré…; creo que ésta puede ser una parte de nuestro problema —comenzó Dick.

7

Dick los retuvo en la ciudad tanto tiempo como pudo sin que les llamara la atención. Cuando partieron eran ya las ocho menos cuarto y empezaba a oscurecer. Por otra parte, si no se iban pronto, comenzarían a preguntarse por la ausencia de las unidades de apoyo que habían solicitado.

Los dos habían llamado a la base de Derry por la radio del coche patrulla. Los dos dejaron el micrófono con expresión desconcertada, distraída. Las respuestas que les llegaban eran correctas; lo que les extrañaba era la voz. Pero ninguno de ellos podía ocuparse de ese detalle, al menos por el momento. Tenían demasiadas cosas que atender. La magnitud del accidente, para empezar. El hecho de que conocían a la víctima. La necesidad de sentar las bases para investigar un caso potencialmente importante, sin cometer errores de procedimiento, que enlodaran las aguas más adelante, para continuar.

Además, comenzaban a sentir los efectos de su permanencia en Haven.

Como los hombres que aplican plastificado vinílico al suelo de madera de un cuarto cerrado, se estaban drogando sin siquiera saberlo. No captaban los pensamientos ajenos (aún era demasiado pronto para eso y se irían antes de que les ocurriera), pero se sentían muy extraños. Trabajaban con lentitud, y necesitaban gran esfuerzo para algo que habría debido ser rutinario.

Dick Allison captó todo eso en sus mentes, en tanto bebía una taza de café en el Minutas Haven, al otro lado de la calle. Sí, estaban demasiado ocupados y demasiado descompuestos como para notar que

(*Tug Ellender*)

el operador de radio no hablaba como siempre. El motivo era simple. No hablaban con Tug Ellender, sino con Buck Peters. Las transmisiones de su radio no se efectuaban con Derry, sino con la estación de Elt Barker, donde Buck Peters sudaba ante un micrófono, junto a Andy Baker. Buck transmitía instrucciones e información por la radio de Andy (algo que él había armado en su tiempo libre, un aparatejo que habría establecido contacto con Urano, si hubiese habido allí alguien capaz de responder). Varios vecinos se concentraban atentamente en la mente de Bent Rhodes y *Jingles* Gabbons. Transmitían a Buck todo cuanto podían recoger sobre Ellender, a quien los dos policías esperaban oír, por supuesto. Buck Peters tenía cierto talento natural para la imitación (lograba mucho éxito imitando a los presidentes, a Jimmy Cagney y a John Wayne en el festival de cada año). Aunque nunca sería una estrella en el oficio, cuando imitaba a alguien, reconocían quién era…, casi siempre.

Lo más importante era que quienes escuchaban transmitían a Buck qué respuesta debía dar a cada una de las transmisiones, puesto que, en general, quien dice algo sabe, en el fondo, qué respuesta cabe esperar a su pregunta o a su manifestación. Si Bent y *Jingles* se tragaban la imitación (y se la tragaron en gran medida) no sería tanto por el talento de Buck como por lo esperado de las respuestas que recibían.

Además, Andy había disimulado la voz de Buck superponiendo estática, no tanta como la que los afectaría en el viaje de regreso a Derry, pero sí la suficiente para que la voz de Tug se hiciera confusa cada vez que el tono raro

«caramba éste no parece Tug, a lo mejor está resfriado»

acudía a su mente.

A las siete y cuarto, cuando Beach les sirvió otra taza de café, Dick preguntó:

—¿Estás preparado?

—Seguro.

—¿Y estás seguro de que el artefacto funcionará?

—Funciona a la perfección. ¿Quieres verlo? —Beach se mostraba casi jactancioso.

—No, no hay tiempo. ¿Y el venado? ¿Lo tienes?

—Sí. Lo mató Bill Elderly y Dave Rutledge lo desolló.

—Bien. Ponte en marcha.

—Bueno, Dick.

Beach se quitó el delantal y lo colgó de un clavo, detrás del mostrador. Después dio la vuelta al cartelito que pendía sobre la puerta, para que dijera CERRADO. Por lo general permanecía inmóvil en su sitio, pero esa noche, debido a la rotura del vidrio, se estremecía y daba vueltas ante la leve brisa.

Beach hizo una pausa y miró a Dick con enojo.

—Ella no tenía por qué hacer lo que hizo —comentó.

Dick se encogió de hombros. No importaba; estaba hecho.

—Ha desaparecido. Eso es lo que importa. Los chicos están haciendo un buen trabajo con esa foto. En cuanto a Ruth…, no hay nadie como ella en la ciudad.

—¿Y ese tipo que está en lo del viejo Garrick?

—Se pasa el día borracho. Y él también quiere desenterrarlo. Anda, Beach. Pronto se irán. Y conviene que ocurra tan lejos de la aldea como sea posible.

—Bueno, Dick. Ten cuidado.

Dick sonrió.

—Ahora todos tendremos que andarnos con cuidado. Éste es un asunto delicado.

Siguió con la vista a Beach, quien subió a su camioneta y abandonó el sitio donde estacionaba su viejo Chevy desde hacía doce años, frente al restaurante. Mientas el vehículo partía calle arriba, a marcha lenta, zigzagueando para esquivar las montañas de vidrios rotos, Dick apreció la forma oculta bajo la tela alquitranada, en la parte trasera, y otra forma, envuelta en una lámina de plástico grueso: el venado más grande que Bill Elderly había podido hallar en tan poco tiempo. En el estado de Maine, la caza de venados estaba estrictamente prohibida durante el mes de julio.

Cuando la camioneta de Beach se perdió de vista, Dick se volvió hacia el mostrador y cogió su taza de café. El café de Beach siempre era fuerte y rico. Le

hacía falta. Estaba más que cansado: deshecho. Aunque todavía quedaba luz en el cielo y siempre había sido de los que no se duermen hasta que acaban todos los programas de noche en el televisor, en ese momento sólo quería acostarse en su cama. El día había sido tenso y cargado de miedo; no terminaría hasta que Beach se comunicara con ellos. Y el desastre causado por Ruth McCausland no quedaría resuelto con la muerte de los dos policías. Se podían ocultar muchas cosas, pero no el simple hecho de que esos policías habían salido de Haven, donde otro policía (una delegada, cierto, pero policía al fin y al cabo, y, por añadidura, viuda de un policía estatal) acababa de desaparecer de la circulación.

Todo lo cual significa que el baile apenas estaba en sus comienzos.

—Si esto se puede llamar baile —dijo Dick, agrio, a nadie en particular—. Me cago en el baile.

El café empezaba a provocarle acidez. De cualquier modo, siguió bebiéndolo.

Afuera rugió un poderoso motor. Dick se giró en el taburete y vio que los dos policías estatales partían de la ciudad. La señal luminosa del coche patrulla lanzaba luces azules y sombras negras sobre los escombros.

8

Christina Lindley y Bobby Tremain, el uno junto a la otra, observaban la lámina en blanco sumergida en el baño de revelado. Esperaban, sin respirar, a que la imagen surgiera o no surgiera.

Poco a poco fue apareciendo.

Allí estaba la torre del reloj. A color, nítida. Y las manecillas del reloj marcaban las tres y cinco.

Bobby dejó escapar el aliento con lentitud.

Perfecto, dijo.

No del todo, respondió Christina. *Falta algo.*

Él la miró, aprensivo. *¿Qué ha salido mal?*

Nada. Todo está perfecto. Pero tenemos que hacer algo más.

No era fea, pero siempre había pensado que sí, sólo porque usaba gafas y tenía el cabello ratonil. Con diecisiete años, nunca había salido con un muchacho. Ahora nada de eso parecía importar. Se quitó la falda, junto con la enagua y la braga de algodón, todo ello comprado en las rebajas de una tienda de Derry. Luego sacó cuidadosamente la fotografía del baño de revelado. Se puso de puntillas para colgarla, flexionando las suaves nalgas. Después se volvió hacia él, las piernas abiertas.

Tenemos que hacer esto.

Él la poseyó de pie. Contra la pared. Al estallar el himen, la chica le mordió el hombro con tanta fuerza que él también sangró. Y cuando terminaron juntos, lo

hicieron entre gruñidos y zarpazos. Fue muy, pero que muy grato.

«Como en los viejos tiempos», pensó Bobby, en tanto la llevaba en el coche a casa de Applegate. Y se preguntó qué había querido decir con eso.

Luego decidió que, en realidad, no tenía importancia.

9

Beach imprimió a su Chevy una repiqueteante velocidad de noventa y cinco kilómetros por hora; no daba más que eso. Una de las cosas que todavía había sido incapaz de arreglar con sus fantásticos conocimientos nuevos era aquel viejo motor. Pero confiaba en llegar con él hasta donde debía llegar esa noche.

Cuando hubo dejado atrás la señal de tráfico que indicaba el límite con Troy, sin haber visto señales del coche patrulla detrás de sí, disminuyó la velocidad a ochenta (fue un alivio, porque el motor comenzaba a recalentarse). Una vez en Newport, bajó a setenta. Para entonces, ya estaba bastante oscuro.

Al cruzar la línea municipal de Derry, cuando empezaba a preguntarse si aquellos condenados policías no habrían tomado otro camino (parecía difícil, porque ése era el más rápido, pero caramba, ¿dónde se habían metido?) oyó el murmullo grave de sus pensamientos.

Se apartó del camino y permaneció inmóvil por un momento, con la cabeza inclinada y los ojos entornados, escuchando para asegurarse. Su boca, extrañamente floja y desigual por la falta de dientes, era la boca de un anciano. Pensaban algo sobre

(*pecas*)

Ruth. Eran ellos, sí. El pensamiento se hizo más claro.

(*se le veían las pecas a través de la sangre*)

Y Beach asintió. Eran ellos, de veras. Se acercaban a buena velocidad. Tenía tiempo, pero sólo si se daba prisa.

Cubrió quinientos o seiscientos metros más, hasta dejar atrás una curva. Ante sí tenía el último tramo recto de la carretera Tres hasta llegar a Derry. Entonces atravesó la camioneta en medio, para bloquearla, y retiró la lona que cubría aquella especie de fusil de la parte trasera; sus dedos picoteaban los nudos, nerviosos. Las voces de los policías se iban tornando más y más potentes en su cabeza.

Cuando las luces del coche patrulla iluminaron los árboles de la curva, Beach bajó la cabeza. Echó mano de los seis transformadores pequeños que había clavado a un tablero (el tablero estaba atornillado al chasis, para que no se moviera). Los fue encendiendo uno a uno, percibiendo el rumor de la energía. Un momento después, ese ruido y todos los demás se perdieron en un chillido de frenos y cubiertas. La parte trasera de la camioneta se llenó de una luz blanca, manchada con palpitaciones azules. Beach se apretó contra el fondo, con las manos cruzadas sobre la nuca,

pensando que había echado a perder todo por estacionar demasiado cerca de la curva. Se estrellarían contra su Chevy; tal vez ellos sólo salieran heridos, pero él moriría y entonces encontrarían los restos del «fusil» y dirían: «Caramba, ¿qué es esto?»

Lo has echado todo a perder, Beach, ellos te salvaron la vida y tú…, oh…, ¡maldito seas! ¡Maldito seas!

Entonces el chirriar de las cubiertas cesó. El olor a caucho quemado era fuerte y desagradable, pero no se produjo el choque que él temía. Las luces siguieron palpitando. Un micrófono resquebrajaba la estática.

Oyó la voz áspera de un policía:

—¡Qué mierda ocurre!

Beach, tembloroso, se irguió apenas y espió por encima de la caja de la camioneta; asomó sólo los ojos. Vio que el vehículo se había detenido al final de dos largas marcas negras, bien visibles aun a la luz de las estrellas. El coche estaba inmovilizado en ángulo, apenas a tres metros de distancia. «Si hubiesen ido sólo a siete kilómetros por hora más…»

Pero no fue así.

Sonidos. El doble golpe de las portezuelas que se cerraban al bajar los policías. El leve zumbido de los transformadores que daban energía a su artefacto…, un artefacto no muy distinto del que Ruth había introducido en el vientre de sus muñecos. Y un grave zumbido. Moscas. Olían la sangre bajo la lámina plástica y no podían llegar al venado.

«Ya les tocará el turno —pensó Beach, sonriendo—. Lástima que no puedan probar a esos dos muchachos».

—He visto esta camioneta en Haven, Bent —dijo el de voz ronca—, estacionada frente al restaurante.

Beach hizo girar el caño de alcantarilla en su soporte. Al mirar por él, les vio a ambos. Si uno de ellos se apartaba del eje de potencia, no importaría: tenía un leve efecto de ensanchamiento.

«Apartaos del coche patrulla, muchachos —pensó Beach, apoyando el dedo en el timbre instalado en el artefacto. Su sonrisa dejaba al descubierto las rosadas encías—. No quiero darle al vehículo. Apartaos, ¿queréis?»

—¿Quién anda ahí? —gritó el otro policía.

«Aquí los *Tommyknockers*, llamando a tu puerta, entrometido», pensó. Y comenzó a reír como una niñita. No podía evitarlo. Hizo lo posible por callar.

—¡Si hay alguien en esa camioneta, será mejor que baje!

Beach siguió riendo, cada vez más fuerte. Era incapaz de evitarlo. Y tal vez fue mejor así, porque los dos intercambiaron una mirada y empezaron a caminar hacia el Chevy al tiempo que desenfundaban las pistolas. Hacia el Chevy…, alejándose del coche patrulla.

Beach esperó hasta asegurarse de que el rayo no tocaría el vehículo policial; le habían indicado que no le hiciera el menor daño y él estaba decidido a no quitar siquiera una gota del cromado del parachoques.

Cuando los policías estuvieron lejos del coche, Beach pulsó el timbre. «Llegan visitas, idiota», pensó. Y esa vez no se limitó a una risita aguda: fue una enorme carcajada. Una gruesa rama de fuego verde atravesó la oscuridad y envolvió a los dos policías. Beach vio varios estallidos amarillos dentro del fulgor verde; comprendió que uno de ellos estaba disparando su pistola, una y otra vez.

Percibió el denso aroma de los transformadores que se recalentaban. Se oyó un súbito *¡Pop!* y uno de ellos lanzó un chorro de chispas. Algunas le cayeron en el brazo, punzantes, y se las quitó de un manotazo. El fuego verde que brotaba del caño se apagó. Los policías habían desaparecido. Bueno…, casi.

Beach bajó de la camioneta, tan rápido como pudo. Aquello no era una autopista, por cierto, y nadie iba de compras a Derry a esas horas, pero alguien pasaría, tarde o temprano. Tenía que…

En el pavimento había quedado un zapato humeante. Beach, al levantarlo, estuvo a punto de dejarlo caer; no esperaba que pesara tanto. Al mirar dentro comprendió por qué; en él había quedado un pie metido en su calcetín.

Lo llevó a la camioneta y lo arrojó al interior de la cabina. Ya se desharía de él cuando llegara a la ciudad. No hacía falta enterrarlo, en Haven había modos más eficaces de eliminar cosas. «Si la mafia supiera lo que tenemos aquí, creo que querría comprarnos el invento», pensó, riendo otra vez.

Retiró las trabas de la puerta trasera, que cayó con crujidos a herrumbre. Mientras tiraba del venado envuelto, se preguntó de quién habría sido la idea. ¿Del viejo Dave? En realidad, no importaba. En Haven, todas las ideas se estaban volviendo una sola.

El bulto envuelto en plástico era pesado y difícil de manejar. Beach pasó los brazos alrededor de las patas traseras y tiró. La cabeza golpeó contra el pavimento. El hombre volvió a mirar alrededor, temeroso de ver faros en uno u otro extremo del horizonte, pero no los había. Arrastró el venado al otro lado de la carretera, tan deprisa como pudo. Lo dejó caer con un gruñido y retiró el plástico. Entonces levantó el venado, ya desollado y limpio. Los tendones de su cuello resaltaron como cables tensos. Los labios estirados habrían mostrado los dientes, pero no le quedaban. La cabeza del venado, con la cornamenta a medio crecer, le colgaba por debajo del antebrazo derecho. Sus ojos polvorientos miraban la noche con fijeza.

Beach caminó tres pasos tambaleantes por la curva de la zanja y dejó caer al animal, que aterrizó con un ruido seco. Se apartó y recogió el plástico para llevarlo hasta la camioneta. Lo arrojó dentro de la cabina, aunque habría preferido llevarlo atrás (hedía); pero cabía la posibilidad de que el viento lo arrebatara y que alguien lo encontrara. Corrió hacia la portezuela del conductor, apartándose la camisa

ensangrentada del pecho, con una mueca. Se cambiaría en cuanto llegara a su casa.

Se instaló tras el volante y puso el motor en marcha. Cuando hubo colocado el vehículo en dirección a Haven, hizo una pausa para estudiar la escena, tratando de ver si se ajustaba a la historia que debía contar. Un coche patrulla abandonado en medio de la carretera, tras una larga frenada ennegrecida en el pavimento. El motor apagado, la señal luminosa encendida. En la zanja, la res limpia y desollada de un gran venado. Eso no pasaría inadvertido durante mucho tiempo, en pleno verano.

¿Algo en esa historia susurraba el nombre de Haven?

Beach se dijo que no. Hablaba de dos policías que volvían a su base, después de investigar un accidente con una sola víctima. Por casualidad, se habían encontrado con una banda de cazadores furtivos. ¿Qué había ocurrido con los policías? Ah, caramba, ahí estaba la incógnita, ¿no? Y las respuestas posibles parecerían más y más sombrías a medida que los días transcurrieran. En la historia había cazadores furtivos, cazadores que quizá habían sido presa del pánico y, después de un par de disparos, los habían sepultado en el bosque. Pero sobre Haven… Beach quedó convencido de que lo de Haven parecería otra historia, totalmente distinta, y mucho menos interesante.

Por el espejo retrovisor vio unos faros que se aproximaban. Puso el camión en primera y rodeó el vehículo policial. Su señal luminosa lo bañó con cinco o seis pulsos azules; luego quedó atrás. Beach echó un vistazo a la derecha. El zapato reglamentario negro, con un jirón de calcetín reglamentario azul que asomaba como la cola de un barrilete, le hizo reír por lo bajo. «Cuando te pusiste ese zapato, esta mañana, no tenías ni idea de dónde estarías por la noche, señor policía del estado».

Beach Jernigan volvió a reír y metió la segunda con violencia. Iba hacia su casa y nunca en su vida se había sentido tan bien.

OCHO

EV HILLMAN

1

Primera página del *Daily News*, de Bangor, 25 de julio de 1988:

DOS AGENTES DE LA POLICÍA ESTATAL DESAPARECEN EN DERRY

Búsqueda en toda la zona

por David Bright

El descubrimiento de un coche patrulla abandonado, propiedad de la policía estatal, que fue encontrado anoche, poco después de las 21.30, ha originado la segunda búsqueda intensiva de este verano en las zonas Centro y Este de Maine. La primera se llevó a cabo por la desaparición de David Brown, de cuatro años, residente de Haven, quien aún no ha sido hallado. Resulta irónico que los oficiales Benton Rhodes y Peter Gabbons, en el momento de su desaparición, estuvieran en viaje de regreso desde esa misma ciudad tras haber completado la investigación preliminar de un estallido de caldera que costó una vida (véase artículo de esta misma página).

Posteriormente se encontró cerca del patrullero el cuerpo de un venado desollado y limpio. Una fuente policial calificó este descubrimiento como «la peor noticia que podíamos tener en este momento», adelantando la especulación de que…

2

—Caramba, mirad esto —dijo Beach a Dick Allison y Newt Berringer a la mañana siguiente. Estaban en el Minutas Haven mientras leían el diario recién llegado—. ¡Y nosotros pensábamos que nadie ataría cabos! ¡Maldición!

—Tranquilízate —dijo Newt. Dick asintió—. Nadie va a vincular la desaparición de un niño de cuatro años, que pudo haberse perdido en el bosque o ser raptado por

algún pervertido sexual, con la desaparición de dos corpulentos policías. ¿No es cierto, Dick?

—Muy cierto.

3

Falso.

4

Primera página del *Daily News*, de Bangor, 25 de julio de 1988:

DELEGADA POLICIAL DE HAVEN
FALLECE EN EXTRAÑO ACCIDENTE

La comunidad llora a su líder

por John Leandro

Ruth McCausland, una de las únicas mujeres que ocuparon el cargo de delegada policial en el estado de Maine, falleció ayer en su ciudad natal de Haven, a los cincuenta años de edad. Richard Allison, jefe del cuerpo de bomberos voluntarios de la localidad, dice que la señora McCausland parece haber sido víctima de un accidente, al entrar en combustión vapores de petróleo acumulados en el sótano del ayuntamiento, como resultado de una válvula defectuosa. Allison agregó que la iluminación del sótano, donde se guardan registros municipales, no es muy buena. «Ella pudo haber encendido una cerilla —aventuró—. Al menos es la teoría sobre la que estamos trabajando».

Al preguntársele si se habían encontrado evidencias que sugirieran la posibilidad de un incendio premeditado, Allison respondió que no era así, pero admitió que la desaparición de los dos agentes estatales, enviados para investigar el accidente (véase artículo en esta misma página), dificultaba la aclaración de esa posibilidad, y agregó: «Puesto que ninguno de los oficiales investigadores pudo entregar su informe, supongo que los inspectores de incendio del estado tendrán que actuar en el caso. En estos momentos, lo que más importa es que los oficiales aparezcan sanos y salvos».

Newton Barringer, principal de Haven, dijo que la ciudad lamentaba profundamente la desaparición de la señora McCausland. «Fue una gran mujer —expresó—, y todos la amábamos». Otras personalidades de la ciudad se hicieron eco de este sentimiento; muchos derramaron lágrimas al mencionar a la extinta.

Su actuación pública en la pequeña ciudad de Haven se inició en…

5

Por supuesto, fue Ev, el abuelo de Hilly, quien estableció la conexión. Ev Hillman, a quien se podía haber llamado con justicia «la ciudad exilio»; Ev Hillman, que había vuelto de la Segunda Guerra Mundial con dos pequeñas placas de acero en la cabeza, como resultado de cierta granada alemana que había estallado cerca de él, durante la batalla del Saliente.

Pasó la mañana del lunes (después de aquel explosivo domingo de Haven) en el mismo lugar en donde había pasado todas sus mañanas: en la habitación 371 del Hospital Municipal de Derry, vigilando a Hilly. Había alquilado un cuarto amueblado a poca distancia y en él pasaba sus noches (noches casi siempre insomnes), cuando las enfermeras se decidían a echarle.

A veces, tendido en la oscuridad, creía oír ruidos carcajeantes que brotaban de las alcantarillas; entonces pensaba: «Te estás volviendo loco, veterano». Pero no era así. Aunque, a menudo, lo hubiera preferido.

Había intentado contar a algunas enfermeras lo que opinaba sobre la suerte corrida por David…, lo que sabía acerca de eso. Ellas le tenían lástima. En un principio, Ev no cayó en la cuenta de que era eso; sólo apercibió de ello después que cometió el error de hablar con aquel periodista. Fue eso lo que le abrió los ojos. Hasta entonces pensaba que las enfermeras lo admiraban por su lealtad para con Hilly y lo compadecían porque éste parecía irse poco a poco… pero en realidad también lo creían loco. Los niños no desaparecen en trucos de magia para aficionados. No hacía falta estudiar enfermería para saber eso.

Después de pasar un tiempo a solas en Derry, medio enfermo de preocupación por sus nietos, lleno de desprecio por lo que veía como cobardía propia, de miedo por Ruth McCausland y el resto de sus vecinos, Ev bebió algunas copas en un pequeño bar de la calle principal. En el curso de una conversación con el camarero escuchó la historia de un hombre llamado John Smith, que durante un tiempo había sido maestro en Cleaves Mills, una ciudad cercana. Después de pasar años enteros en coma, Smith había despertado con una especie de poder metafísico. Tiempo después se volvió loco y trató de asesinar a un tal Stillson, diputado por New Hampshire.

—No sé si lo de los poderes metafísicos es cierto o no —dijo el camarero mientras servía otra cerveza para Ev—. Para mí que hay mucho invento en eso. Pero si tiene algo raro que contar (Ev había insinuado que podía contar algo junto a lo cual los cuentos de brujas perdían el color), debería hablar con Bright, el del *Daily News* de Bangor. Él escribió la historia de ese tal Smith. De vez en cuando viene por aquí a tomar una cerveza. Y le diré algo: él sí creía que Smith tenía poderes.

Ev tomó tres cervezas, una tras otra; las suficientes para creer que había soluciones sencillas. Buscó un teléfono público, dispuso sus monedas en el estante y llamó al *Daily News*. David Bright estaba allí y atendió a Ev personalmente. El anciano no quiso decirle nada por teléfono; sólo le anunció que podía contar algo muy raro, reconoció que no comprendía del todo lo que significaba, y opinó que la gente debía conocer los hechos cuanto antes.

Bright pareció interesado. Más aún: solidario. Preguntó a Ev cuándo podría ir a Bangor (el hecho de que no se ofreciera a viajar personalmente a Derry debería haber sugerido a Ev que estaba valorando demasiado la fe y la solidaridad del periodista). Él le preguntó si podía ser esa misma noche.

—Bueno, yo estaré aquí dos horas más —dijo Bright—. ¿Puede llegar antes de medianoche, señor Hillman?

—¡Por supuesto! —exclamó el viejo.

Y cortó. Cuando salió del bar de Weally llevaba fuego en los ojos y una nueva elasticidad en el paso. Parecía tener veinte años menos que al entrar.

Pero en los treinta y ocho kilómetros de viaje a Bangor se le pasó el efecto de las tres cervezas. Cuando llegó al edificio del *Daily News*, ya estaba sobrio. Peor aún: sentía la cabeza insegura y confusa. Se dio cuenta de que contaba mal el caso, de que volvía una y otra vez a la función de magia, a la expresión de Hilly, a su certidumbre de que David Brown había desaparecido de verdad.

Por fin calló, no como quien ha llegado al fin, sino como un arroyuelo cada vez más cenagoso que acabara de secarse.

Bright daba golpecitos con el lápiz contra el escritorio, sin levantar la vista.

—¿Usted no buscó bajo la plataforma en ningún momento, señor Hillman?

—No…, no, pero…

Entonces Bright lo miró. Su rostro era amable, pero Ev vio en él la expresión que le abriría los ojos: ese hombre lo creía más loco que una cabra.

—Todo esto es muy interesante, señor Hillman…

—No se moleste —dijo Ev, levantándose. La silla voló hacia atrás tan de repente que estuvo a punto de caer.

Tuvo una vaga conciencia del tableteo de las procesadoras de texto, el retintín de los teléfonos, la gente que iba y venía por la redacción con las manos llenas de papeles. Sobre todo, tuvo conciencia de que era medianoche, de que estaba cansado y

enfermo de miedo y de que ese tipo lo creía loco.

—No se moleste. Es tarde. Usted querrá ir a su casa para reunirse con su familia, supongo.

—Si lo viera desde mi perspectiva, señor Hillman, comprendería que…

—¡Pero si lo veo desde su perspectiva! —aseguró Ev—. Y me temo que por primera vez. Yo también debo irme, señor Bright. Me espera un largo trayecto y, en el hospital, el horario de visitas comienza a las nueve. Lamento haberle hecho perder su tiempo.

Salió de allí apresurado, furioso, acordándose de lo que debería haber recordado desde el primer momento: que no hay peor tonto que un viejo tonto. Con lo de esa noche había demostrado ser el peor de todos los viejos tontos del mundo entero.

Bueno, adiós a la idea de contar a la gente lo que estaba ocurriendo en Haven. Por viejo que fuese, no volvería a soportar otra mirada como aquélla.

Jamás en su vida.

6

Esa decisión duró exactamente cincuenta y seis horas, hasta el momento en que echó un vistazo a los titulares del lunes. Entonces sintió ganas de visitar al hombre que estaba investigando la desaparición de los dos policías estatales. Según el periódico, se llamaba Dugan; también se mencionaba que había tenido cierta amistad con Ruth McCausland y que, pese al urgente caso del que se ocupaba, asistiría a los funerales de la señora para pronunciar una breve alocución. Ev se dijo que esa amistad debía de haber sido bastante profunda, qué joder.

Pero cuando buscó el fuego y el entusiasmo de la noche anterior sólo halló miedo agrio y desesperanza. Los dos artículos de la primera plana le habían quitado el poco valor que le quedaba. «Haven se está convirtiendo en un nido de serpientes, que ahora comienzan a picar. Debo convencer a alguien; pero ¿de qué forma? ¿Cómo voy a convencer a nadie de que en aquella ciudad todos son telépatas y vaya a saber qué más? ¿Cómo, si apenas recuerdo de qué modo me enteré de las cosas que estaban sucediendo? ¿Si nunca vi nada con mis propios ojos? ¿Cómo? Sobre todo, ¿cómo voy a hacerlo si tienen este maldito asunto ante los ojos y no lo ven? Toda una población se está volviendo loca a unos pocos kilómetros de aquí y nadie tiene la menor idea de lo que ocurre».

Volvió a leer la noticia fúnebre. Los claros ojos azules de Ruth lo miraron desde una de esas extrañas fotografías periodísticas, hechas de puntitos muy apretados. Esos ojos, tan claros, tan francos y bellos, lo miraban con calma. Ev se dijo que en Haven había tenido cinco enamorados, por lo menos; diez o doce, tal vez, sin siquiera sospecharlo. Sus ojos parecían negar la idea misma de la muerte, declararla ridícula.

Pero estaba muerta.

Recordó su propia partida con Hilly, mientras ella organizaba el grupo de búsqueda.

«Podrías venir con nosotros, Ruthie».

«No puedo, Ev… Ponte en contacto conmigo».

Ev lo había intentado una vez, pensando que Ruth estaría fuera de peligro si se reunía en Derry con él… y, además, apoyaría su denuncia. En su confusión, su angustia y… sí, hasta nostalgia, Ev ni siquiera sabía con seguridad qué era lo más importante para él. Al fin y al cabo, daba igual. Tres veces trató de telefonear a Haven marcando el número directamente; la última, después de hablar con Bright; nunca consiguió comunicación. Lo intentó de nuevo con ayuda de la telefonista, quien le dijo que, en apariencia, había un problema con las líneas y le preguntó si quería insistir más tarde. Ev dijo que sí, pero no lo hizo. En cambio se tendió en la oscuridad, escuchando el grave reír de las cloacas.

Ahora, menos de tres días después, Ruth se había puesto en contacto con él. Por medio de una nota necrológica.

Miró a Hilly. Dormía. Los médicos se negaban a decir que estaba en coma. Según aseguraban, sus ritmos cerebrales no eran los de un paciente comatoso, sino los de una persona profundamente dormida. A Ev le daba igual. Sabía que Hilly se iba poco a poco, ya fuera hacia un estado de autismo (Ev no conocía el término, pero se lo había oído a uno de los médicos) o hacia uno de coma; daba igual. Eran palabras, nada más. El hecho es que se iba, y eso era lo terrible.

En el viaje a Derry, el niño había actuado como una persona afectada por un profundo *shock*. Ev tenía la vaga idea de que mejoraría al salir de Haven. Además, ni Bryant ni Marie parecían reparar en el extraño estado del hijo mayor, frenéticos como estaban por David.

Pero salir de Haven no había ayudado a Hilly. Su conciencia y su coherencia continuaron declinando. Durante su primer día de internamiento había dormido once horas. Respondía a las preguntas sencillas, pero las más complejas lo confundían. Se quejaba de dolor de cabeza. No recordaba en absoluto la función de magia y parecía convencido de que su cumpleaños había sido la semana anterior. Esa noche, profundamente dormido, había pronunciado con claridad una frase: «Todos los juegos».

A Ev le corrió un escalofrío por la espalda. Era lo que había gritado una y otra vez, mientras todos acudían al patio a la carrera, para descubrir que David había desaparecido y que Hilly sufría un ataque de histeria.

Al día siguiente, Hilly durmió catorce horas. Durante el tiempo que pasó más o menos despierto, su mente pareció más confusa aún. Cuando la psicóloga infantil asignada a su caso preguntó por su segundo nombre, él respondió: «Jonathan». Ése

era el segundo nombre de David.

Ahora dormía las veinticuatro horas del día, o poco menos. A veces abría los ojos; hasta parecía mirar a su abuelo o a alguna de las enfermeras, pero si le hablaban se limitaba a esbozar su dulce sonrisa de Hilly Brown y se dormía otra vez.

Se iba. Yacía como un niño encantado en un castillo de cuento de hadas. Sólo arruinaban la ilusión el frasco de suero suspendido junto a la cama y los ocasionales anuncios por el sistema de altavoces.

Al principio hubo mucho alboroto entre el equipo de neurólogos; cierta sombra oscura y no especificada en el córtex de Hilly sugería que la extraña somnolencia del niño podía ser consecuencia de un tumor cerebral. Dos días después, cuando lo llevaron de nuevo a la sala de radiología (el técnico explicó a Ev que las placas habían sido lentas, porque nadie espera descubrir un tumor cerebral en un niño de diez años sin síntomas previos que lo sugirieran), la sombra había desaparecido. El neurólogo conferenció con el técnico en radiología; por la actitud defensiva del técnico, Ev supuso que habían saltado chispas. El especialista pidió un nuevo juego de placas, pero dijo a Ev que seguramente darían resultado negativo. Estaba seguro de que las primeras eran defectuosas.

—Desde un principio las vi deficientes —dijo a Ev.

—¿Por qué?

El neurólogo sonrió; era un hombre corpulento, de feroz barba roja.

—Porque la sombra era enorme. Para serle muy franco, si el niño hubiese tenido un tumor cerebral de ese tamaño, habría estado muy enfermo durante mucho tiempo…, si hubiese sobrevivido.

—Comprendo. Eso significa que usted todavía no sabe qué tiene Hilly.

—Estamos investigando dos o tres posibilidades —dijo el médico. Pero su sonrisa se tornó difusa y apartó la vista.

Al día siguiente apareció otra vez la psicóloga infantil, una mujer muy gorda, de cabello muy negro. Preguntó dónde estaban los padres de Hilly.

—Tratando de hallar al otro hijo —dijo Ev, seguro de que eso la aplastaría.

No fue así.

—Llámelos y dígales que necesito alguna ayuda para hallar a éste.

Fueron al hospital, mas de nada sirvió. Habían cambiado; estaban extraños. La psicóloga también lo sintió y, después de las preguntas iniciales, empezó a apartarse de ellos. En realidad, Ev percibía el modo en que se apartaba. Él mismo tenía que esforzarse para no abandonar la silla y salir de la habitación. No quería aquellos ojos extraños posados en él; sus miradas le daban la sensación de que estaba marcado para algo. La mujer de blusa a cuadros y vaqueros desteñidos había sido su hija y seguía pareciéndose a ella, pero ya no lo era. La mayor parte de Marie había muerto; lo que restaba moría también, con celeridad.

La psicóloga infantil nunca más preguntó por ellos.

Desde entonces regresó dos veces para examinar a Hilly. La segunda de esas visitas, el sábado por la tarde, un día antes de que el ayuntamiento de Haven estallara.

—¿Qué le daban de comer?, —preguntó, abrupta.

Ev estaba sentado junto a la ventana, bajo el fuerte sol, casi dormido. La pregunta de la gorda lo despertó bruscamente.

—¿Cómo?

—¿Qué le daban de comer?

—Bueno, comida normal.

—Lo dudo.

—No lo dude —aseguró él—. Lo sé porque yo comía casi siempre con ellos. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque le faltan diez dientes —respondió ella, cortante.

7

Ev cerró el puño, pese al dolor sordo de la artritis, y lo descargó con fuerza contra uno de sus muslos.

«¿Qué vas a hacer, amigo? David ha desaparecido. Sería más fácil si te convencieras de que en realidad ha muerto, ¿no?»

Sí. De ese modo las cosas habrían sido más sencillas. Más tristes, pero también más sencillas. Sólo que él no lo creía. En parte seguía convencido de que David aún vivía. Tal vez sólo fuese un espejismo del deseo, pero Ev pensaba que no. En sus tiempos había experimentado demasiados espejismos del deseo, y aquello no se les parecía: era una fuerte y palpitante intuición. «David vive. Está perdido y en peligro de muerte, oh, por cierto que sí; pero aún es posible salvarlo. Si te decides a hacer algo. Y si lo que decidas es lo correcto. Una posibilidad muy remota para un viejo tonto como tú, que últimamente se moja los pantalones cuando no puede llegar al baño a tiempo. Muy, muy remota».

El lunes al anochecer había despertado de una trémula somnolencia en el cuarto de Hilly (las enfermeras solían hacer la vista gorda y le permitían quedarse mucho después de que el horario de visitas terminara). Había tenido una pesadilla horrible: soñó que estaba en algún lugar oscuro y pedregoso, de montañas ahusadas que aserraban un cielo negro, sembrado de frías estrellas; el viento, penetrante como un picahielo, gemía en estrechos desfiladeros rocosos. Debajo de él, a la luz de las estrellas, vio una enorme planicie, seca, fría y sin vida. La entrecruzaban grandes grietas, que le daban el aspecto de un pavimento de losas irregulares. Y desde alguna parte le llegaba la débil voz de David: *¡Ayúdame, abuelo! ¡Duele respirar! ¡Ayúdame, abuelo, duele respirar! ¡Ayúdame! ¡Tengo miedo! ¡Yo no quería hacer el*

truco, pero Hilly me obligó y ahora no sé volver a casa!

Se incorporó en la silla para mirar a Hilly, con el cuerpo bañado en sudor. Le corría por el rostro como si fuese llanto.

Se levantó y fue a inclinarse sobre su nieto.

—Hilly —dijo, no por primera vez—, ¿dónde está tu hermano? ¿Dónde está David?

Sólo que esta vez Hilly abrió los ojos. Su mirada acuosa, ciega, dio un escalofrío a Everett: era la mirada de una sibila.

—Altair-4 —respondió serenamente y con toda claridad—. David está en Altair-4 y hay *Tommyknockers, Tommyknockers*, llamando a la puerta.

Volvió a cerrar los ojos y siguió durmiendo profundamente.

Ev permaneció a su lado, inmóvil. Su piel tenía el color de la masilla.

Al cabo de un rato, empezó a temblar.

8

Era la ciudad en el exilio.

Si Ruth McCausland había sido el corazón de Haven, su conciencia, Ev Hillman, a los setenta y tres años (y no tan senil como temía últimamente) era su memoria. Había visto mucho de la ciudad durante su larga vida en ella; había oído aún más, porque sabía escuchar.

Ese lunes por la noche, al salir del hospital, pasó por una librería, donde invirtió nueve dólares en un atlas de Maine: un compendio de mapas grandes, que mostraban el estado en pequeñas zonas de novecientos kilómetros cuadrados cada una. En el Mapa 23 encontró la ciudad de Haven. También compró un compás y, sin saber por qué lo hacía, trazó una circunferencia alrededor de la ciudad y su distrito.

David está en Altair-4.

David está en Altair-4 y hay *Tommyknockers, Tommyknockers*, llamando a la puerta.

Se sentó ante el mapa y su círculo, con el entrecejo fruncido. Comenzó a preguntarse si lo que Hilly había dicho tenía algún significado.

Deberías haber comprado un lápiz rojo, amigo. Haven debería estar marcada en rojo. En este mapa… y en todos.

Se inclinó un poco más. Su visión a distancia era aún tan perfecta que habría distinguido un haba de un grano de maíz a cuarenta metros, pero a corta distancia cada vez veía menos. Y se había dejado las gafas de cerca en casa de Marie y Bryant. Si volviese a buscarlas, tal vez descubriría que había cosas más graves que la incapacidad para leer la letra pequeña. Por el momento, era mejor —más seguro— arreglarse sin ellas.

Con la nariz casi contra la hoja, examinó el sitio en que había clavado el compás. Marcaba la ruta a Derry, al norte del arroyo Preston y algo al este de lo que él y sus amigos habían llamado, en su infancia, «Bosques Indios». Ese mapa los identificaba como Burning Woods. Ev había oído ese nombre una o dos veces, sí.

Cerró el compás hasta un cuarto del radio que había hecho falta para rodear toda Haven y trazó un segundo círculo. Vio que la casa de Bryant y Marie se hallaba justo dentro de ese círculo. Al Oeste corría la breve calle Nista, que iba desde la carretera Nueve (a Derry) hasta una cantera que la cerraba, en el límite de los mismos bosques, se llamaran Indios o Burning Woods. Daba igual: eran los mismos.

La calle Nista… Nista… Algo ocurría por la calle Nista, pero ¿qué? Algo había sucedido allí antes de que él mismo naciera, algo de lo que se había hablado años y años…

Ev cerró los ojos. Parecía dormir sentado: un viejo flaco, casi calvo, de limpia camisa caqui y limpios pantalones caqui, con la raya bien marcada.

Al cabo de un momento el recuerdo acudió a su mente y se preguntó cómo era posible que le hubiera costado tanto: los Clarendon. Los Clarendon, por supuesto. Habían vivido en el cruce de la calle Nista con la antigua carretera a Derry. Paul y Faith Clarendon. Faith, tan embobada con aquel predicador de gran labia; Faith que había dado a luz un niño de cabello negro y ojos azules, nueve meses después de que el predicador se fugara. Paul Clarendon, que había estudiado al bebé en su cuna, antes de coger su navaja y…

Algunas personas meneaban la cabeza y culpaban al predicador… Colson, se llamaba. Al menos, eso decía él.

Algunas personas meneaban la cabeza y culpaban a Paul Clarendon; decían que siempre había estado medio loco, y que Faith había hecho mal en casarse con él.

Algunas personas, por supuesto, culpaban a Faith. Ev recordaba a un viejo, en la peluquería (eso fue muchos años después, pero las aldeas como Haven tienen la memoria larga), diciendo que esa mujer no era más que «una callejera tetona, nacida para causar problemas».

Y otros (en voz baja, por supuesto) culpaban al bosque.

Ev abrió los ojos de repente.

Sí, sí, en efecto. Su madre decía que esas personas eran ignorantes y supersticiosas, pero su padre se limitaba a menear la cabeza, fumando su pipa, y a decir que a veces había algo de verdad en los cuentos viejos, que era mejor no arriesgarse. Por eso, decía, se persignaba cada vez que un gato negro se cruzaba en su camino.

—¡Uf! —resoplaba la madre. Ev tenía unos nueve años por entonces.

—Y por eso ha de ser que tu mamá arroja una pizca de sal por encima del hombro cuando se le vuelca el salero —decía el padre a Ev, con suavidad.

—¡Uf! —repetía ella. Y entraba en la casa, dejando que su marido fumara en el porche, con el niño que, sentado junto a él, escuchaba con gran atención las historias del padre.

Ev siempre había sabido escuchar…, salvo en el momento crucial en que alguien lo había necesitado tanto, ese momento irrecuperable en que se dejó alejar, confuso, por las lágrimas de Hilly.

Ev escuchó. Escuchaba a su memoria…, a la memoria de la ciudad.

9

Los llamaban Bosques Indios porque allí había muerto el *Jefe Atlántico*. Así lo llamaban los blancos: *Jefe Atlántico*, aunque su verdadero nombre indio era Wahwayvokah, que significa: «junto a aguas altas». *Jefe Atlántico* era una traducción despectiva. En un principio, la tribu había ocupado gran parte de lo que ahora es el condado de Penobscot; sus grandes grupos se centraban en Oldtown, Skowhegan y en los grandes bosques, que empezaban en Ludlow; y fue en Ludlow donde sepultaron a sus muertos cuando la gripe los diezmó, en 1880; después se trasladaron hacia el Sur, con Wahwayvokah, que presidió su nueva decadencia. El gran jefe murió en 1885 y, en su lecho de muerte, declaró que los bosques a los cuales había traído a su pueblo moribundo estaban malditos. Eso fue informado por los dos blancos que estaban presentes en el momento de su muerte; uno era un antropólogo de la Universidad de Boston; el otro, del Instituto Smithsonian; se encontraban en esa zona en busca de artefactos indios de las tribus del Nordeste, que estaban degenerando con rapidez y pronto desaparecerían. Lo que no se sabe con seguridad es si el *Jefe Atlántico* acababa de lanzar esa maldición o si sólo hacía notar una situación ya existente.

De un modo u otro, su único monumento recordatorio era el nombre de Bosques Indios; ya ni siquiera se sabía dónde estaba su tumba. Hasta donde Ev podía asegurarlo, ése era el nombre que se usaba con más frecuencia en Haven y en las poblaciones para referirse a esos terrenos boscosos.

«Las viejas leyendas suelen tener algo de verdad», había dicho su padre…

Ev, que también se persignaba cuando se cruzaba con un gato negro (en realidad, cada vez que veía alguno, por las dudas), consideraba que su padre tenía razón: el poquito de verdad suele estar allí. Y los Bosques Indios, con maldición o sin ella, nunca habían dado buena suerte.

No se la habían dado a Wahwayvokah, ni a los Clarendon.

Tampoco a los cazadores que se internaban en ellos, según recordaba. En el curso de los años se habían producido allí dos…, no, tres… Un momento…

Los ojos de Ev se dilataron. Silbó para sus adentros mientras repasaba un fichero mental rotulado HAVEN, ACCIDENTES DE CAZA. Sin esforzarse mucho contaba diez o

doce, casi todos por disparos de armas de fuego, que se habían producido en los Bosques Indios: diez o doce cazadores que habían salido de allí ensangrentados y maldiciendo, ensangrentados e inconscientes o muertos, simplemente. Algunos se habían herido a sí mismos, al usar las armas cargadas como bastones para saltar por encima de un tronco caído, al dejarlas caer al suelo o alguna otra barbaridad por el estilo. Otro era un supuesto caso de suicidio. Pero Ev recordó entonces que, en dos ocasiones, se habían producido asesinatos en los Bosques Indios, durante el mes de noviembre; en momentos de acaloramiento: una discusión en el campamento por un juego de naipes, y una disputa por la autoría del disparo que había matado a un ciervo de buen tamaño.

¡Y cómo se perdían allí los cazadores! Al parecer, todos los años había que organizar un grupo de búsqueda por lo menos para localizar a algún pobre idiota asustado, llegado de las grandes ciudades. Había años que se perdían dos o tres. Y no todos aparecían.

Casi siempre se trataba de gente educada en la ciudad, que no sabía nada de bosques, pero no todos los casos eran así. Los cazadores veteranos decían que las brújulas funcionaban poco y mal en los Bosques Indios. Según el padre de Ev, debía haber un tremendo pedazo de roca magnética enterrada en alguna parte que volvía locas a las brújulas. La diferencia entre los forasteros de ciudad y los veteranos era que los primeros aprendían a manejar la brújula y depositaban toda su confianza en ella. Entonces, cuando el adminículo enloquecía y señalaba hacia el Este como si fuese el Norte o se limitaba a girar y girar, igual que la botella en el juego de la verdad, se veían más perdidos que un atacado de diarrea en un cuarto de baño sin papel higiénico. Los más veteranos se limitaban a echar maldiciones a la brújula y a probar uno de los cinco o seis modos de orientarse. A falta de algo mejor, se podía buscar un arroyo y seguir su curso. Tarde o temprano se llegaba a una carretera o a una hilera de postes del tendido eléctrico.

Pero Ev conocía a algunos que, después de haber pasado toda la vida cazando en los terrenos de Maine, habían tenido que ser rescatados por un equipo de búsqueda, si no lograban salir solos gracias a la mera suerte. Uno de ésos fue Delber McCready, a quien Ev conocía desde la infancia. Del había entrado en los Bosques Indios el 10 de noviembre de 1947. Cuando transcurrieron cuarenta y ocho horas sin saber de él, su esposa llamó a Alf Tremain, quien por esa época era el delegado policial. Un grupo de veinte hombres se adentró en los bosques, allí donde la calle Nista se perdía en la Cantera Diamante; el fin de semana sumaban ya doscientos. Cuando estaban a punto de abandonar la búsqueda de Del (cuya hija era, por supuesto, Hazel McCready), él salió a trompicones de los bosques, siguiendo el arroyo Preston; estaba pálido y aturdido; había perdido diez kilos.

Ev fue al hospital a visitarle.

—¿Qué te pasó, Del? La noche era clara, había estrellas. Tú sabes guiarte por las estrellas, ¿verdad?

—Sí —respondió Del, con profunda vergüenza—. Siempre he sabido.

—Y por el musgo. Tú mismo me enseñaste a distinguir el Norte por el musgo de los árboles, cuando éramos niños.

Y nada más. Ev le dio un poco de tiempo antes de presionarle.

—Bueno, ¿qué te ocurrió?

Durante un largo rato, Del no dijo palabra. Por fin, con voz casi inaudible, reconoció:

—Me desorienté.

Ev dejó que el silencio se prolongara, por difícil que le resultara. Del reanudó el relato.

—Durante un rato todo fue bien. Pasé la mayor parte de la mañana buscando una presa, pero no hallaba rastros frescos. Me senté a comer y tomé una botella de la cerveza que prepara mi madre. Eso me dio sueño y me eché a dormir. Tuve algunos sueños raros. No los recuerdo, pero sé que eran muy extraños. ¡Y mira! Esto me pasó mientras dormía.

Del McCready se levantó el labio superior para mostrar un agujero.

—¿Se te cayó un diente?

—Sí. Cuando desperté lo tenía en la entrepierna de los pantalones. Supongo que me ocurrió mientras dormía, pero nunca he tenido problemas con la dentadura. Sólo con aquella muela del juicio que casi me mata. Para entonces, oscurecía.

—¡Oscurecía ya!

—Ya sé lo que piensas —le espetó Del, fastidiado. Pero era el fastidio de quien siente un profundo bochorno—. Parece que dormí casi toda la tarde, y cuando me levanté, Ev…

Sus ojos se enfrentaron a los de Ev un angustioso instante, pero se desviaron enseguida, como si no soportara la mirada de su amigo.

—Sentí como si alguien me hubiera robado los sesos. Los ratoncitos del diente, puede ser.

Del rió, pero no había alegría ni buen humor en su risa.

—Anduve un rato, convencido de que seguía la estrella Polar. A eso de las nueve, como aún no había encontrado la carretera, me froté los ojos y vi que no era la estrella Polar, sino uno de los planetas; Marte o Saturno, supongo. Me acosté a dormir. Y de lo que pasó después sólo recuerdo fragmentos, hasta que salí siguiendo el curso del arroyo Preston…, una semana después.

—Bueno… —Ev se interrumpió. Todo aquello resultaba muy raro en Del, hombre de cabeza fría—. Tal vez te dejaste llevar por el pánico, Del.

Su amigo lo miró otra vez. Aún estaba muy avergonzado, pero en ese momento

asomaba también una leve chispa de humor.

—Nadie se pasa una semana en estado de pánico. No creo —dijo, seco—. Cansa una barbaridad.

—Entonces no hiciste más que…

—No hice más que —convino Del—. Pero no sé qué. Cuando desperté de esa fiesta tenía entumecidos los pies y el trasero. Sé que en uno de esos sueños me parecía oír algo que zumbaba como se oye zumbar los cables eléctricos en los días serenos. Y eso es todo. Olvidé todo lo que sabía de bosques y anduve por ahí como si nunca hubiese visto unos cuantos árboles juntos. Cuando di con el arroyo Preston, tuve el buen acierto de seguirlo. Y desperté aquí. Supongo que soy el hazmerreír de la ciudad, pero me conformo con estar vivo, gracias a la misericordia de Dios.

—No eres ningún hazmerreír, Del —dijo Ev.

Mentía, por supuesto, porque en esos momentos Del no era otra cosa. El pobre luchó casi cinco años por superar aquello; por fin, cuando comprendió que jamás dejarían de gastarle bromas en la peluquería, se mudó a East Eddington, donde instaló un pequeño taller. Ev iba a visitarle de vez en cuando. Del, en cambio, se acercaba muy poco a Haven. No era de extrañar.

10

Sentado en el cuarto que había alquilado, Ev cerró el compás cuanto pudo y trazó un círculo pequeñísimo, el de menor radio que con el artefacto de dibujo podía trazar. Dentro de él había sólo una casa. «Esa casa es lo más próximo al centro de Haven. Qué curioso: nunca lo había pensado».

Eran las tierras del viejo Garrick, en la carretera a Derry, con los grandes Bosques Indios ensanchándose hacia atrás.

«Este círculo, al menos, debería estar trazado en rojo».

En la casa de Garrick vivía Bobbi Anderson, la sobrina de Frank. Claro que ella no cultivaba la tierra; escribía libros. Ev no había cambiado muchas palabras con ella, pero esa mujer tenía buena reputación en la ciudad. Pagaba sus cuentas y no era una chismosa. Además, escribía lindas novelas del Oeste, a la antigua, de esas a las cuales uno les puede hincar el diente, no de éstas de ahora, llenas de monstruos de fantasía y malas palabras, como las novelas de ese tipo que vivía en Bangor. Buenas novelas del Oeste, decía la gente.

Sobre todo, para ser mujer.

Los de Haven miraban a Bobbi Anderson con buenos ojos, pero sólo hacía trece años que vivía en la ciudad; habría que esperar a ver qué resultaba. Todos estaban de acuerdo en que Garrick había sido más loco que una rata de excusado. El hecho de que consiguiera buenas cosechas no quitaba para que estuviera loco. Se pasaba la

vida intentando contar sus sueños a cualquiera. Siempre eran sobre el Segundo Advenimiento. Acabó por hacerse tan pesado que hasta Arlene Cullum, que hacía colectas para la iglesia con el celo de una verdadera mártir cristiana, trataba de escabullirse cuando veía su camión que bajaba por la calle principal.

Hacia finales de los años 60, al viejo se le habían aflojado los tornillos con eso de los platillos volantes. Decía algo de que Elias había visto una rueda dentro de otra rueda y que había sido llevado al cielo por ángeles en carruajes de fuego, impulsados por electromagnetismo. Estaba loco. En 1975 murió de un ataque al corazón.

«Pero antes de morir —pensó Ev, con creciente frialdad—, perdió todos los dientes. Yo me di cuenta, y recuerdo que Justin Hurd también hizo un comentario al respecto, y… y Justin era el que vivía más cerca de este círculo, descontando a Bobbi. Justin tampoco era un modelo de cordura. Las últimas veces que lo vi hasta me recordó al viejo Frank».

Al principio le pareció extraño no haber reparado en las peculiaridades que habían ocurrido dentro de aquellos dos círculos interiores. Nadie lo había notado. Pensándolo mejor, decidió que no era tan extraño. Una vida, sobre todo una vida larga, está compuesta por millones de acontecimientos; forman un apretado tapiz, en el que se entrecruzan muchos diseños. Un diseño como ése (las muertes, los asesinatos, los cazadores perdidos, la locura de Frank Garrick, tal vez hasta ese extraño incendio en casa de los Paulson) sólo aparecía si uno lo buscaba. Una vez que lo encontraba, uno se preguntaba cómo lo había pasado por alto. Pero si no lo buscaba…

Y entonces se encendió una idea nueva: tal vez Bobbi Anderson no estaba del todo bien. Recordó que, desde principios de julio, tal vez desde antes, se oían ruidos de maquinaria pesada en los Bosques Indios. Ev los había oído sin prestarles demasiada atención; en Maine, los bosques proliferaban y tales sonidos eran demasiado familiares. Tal vez era la Papelera de Nueva Inglaterra que talaba un poco en sus tierras.

Pero ahora que lo pensaba (ahora que había visto el diseño), Ev comprendió que los ruidos no provenían del interior del bosque; por lo tanto, no podían ser de la Papelera. Esos ruidos provenían de la casa de Garrick. Y también se dio cuenta de que los primeros sonidos (el relincho afónico de la motosierra, el crujir de los árboles que caían, la tos de la aserradora de petróleo) habían dado paso a otros que él no asociaba en absoluto con el trabajo de los leñadores. ¿Qué eran? Máquinas para remover tierra tal vez.

En cuanto uno veía el diseño, las incógnitas caían en su sitio como las diez últimas piezas de un gran rompecabezas, que encuentran su lugar sin esfuerzo.

Ev se quedó mirando el mapa y los círculos. Un horror entumecedor parecía llenarle las venas, y lo congelaba de dentro hacia fuera.

Una vez que se veía el diseño… ¡era imposible no darse cuenta de ello!

Ev cerró el atlas con un golpe violento y se fue a la cama.

11

Pero le resultó imposible dormir.

«¿Qué realizan allá abajo esta noche, por ejemplo? ¿Construyen cosas? ¿Hacen desaparecer a la gente? ¿Qué?»

Cada vez que estaba a punto de conciliar el sueño, se le presentaba una imagen: todos los vecinos de Haven, de pie en la calle principal, con expresiones drogadas y soñolientas; todos ellos, con la mirada dirigida al Sudoeste, hacia los ruidos, como musulmanes que mirasen hacia La Meca al rezar.

Maquinaria pesada… para remover tierra.

A medida que las piezas se acomodaban en el rompecabezas, uno comenzaba a ver de qué se trataba, aun cuando la caja no llevara ilustración con la cual orientarse. Tendido en su estrecha cama, no lejos del sitio en donde Hilly yacía, en estado de coma, Ev Hillman creyó ver bastante bien el cuadro. No todo, por supuesto, pero sí gran parte de él. Vio y comprendió que, sin pruebas, nadie le creería. Y no osaba volver; no se atrevía a ponerse al alcance de ellos. No dejarían que escapara por segunda vez.

Algo. Algo en los Bosques Indios. Algo en la tierra. Algo en aquellos terrenos que Frank Garrick había legado a su sobrina, escritora de novelas del Oeste. Algo que hacía enloquecer a las brújulas y a las mentes humanas, si se acercaban demasiado. Tal vez hasta era posible que hubiera depósitos como aquél en todo el planeta. Eso explicaría al menos que la gente de algunos lugares pareciera siempre tan irritada. Algo malo. Embrujado. Tal vez hasta maldito.

Ev se removió, inquieto; volvió a mirar al techo.

Había algo en la tierra. Bobbi Anderson lo había encontrado y lo estaba desenterrando, con ese tipo que vivía en la granja con ella. El tipo se llamaba…, se llamaba…

Buscó el nombre a tientas, pero no lo halló. Recordaba que Beach Jernigan había torcido la boca al surgir el tema de ese amigo de Bobbi, en el Minutas Haven. Los parroquianos de costumbre lo habían visto salir del mercado con una bolsa de provisiones. Según Beach, tenía casa en Troy: una especie de granero, con una cocina de leña y ventanas cubiertas de plástico.

Alguien había oído decir que el tipo tenía estudios.

Beach comentó que, con estudios o sin ellos, el inútil sigue siendo inútil.

En el Minutas Haven nadie había discutido esa aseveración. Ev lo recordaba bien.

Nancy Voss también lo miraba con malos ojos. Según ella, el amigo de Bobbi

había disparado contra su esposa; si no lo metieron en la cárcel fue porque era catedrático en una universidad. «En este país, el que tenga un pergamino escrito en latín puede hacer lo que quiera sin rendir cuentas» comentó la rubia.

Mientras tanto, el tipo había subido a la camioneta de Bobbi y partía ya hacia las tierras del viejo Garrick.

—Dicen que es diplomado en borracheras —comentó el viejo Dave Rutledge, desde el banquillo que constituía su sitio especial—. Los que pasan por allí aseguran que casi siempre está borracho como una cuba.

Eso fue recibido con una carcajada campesina, perversa y chismosa. A nadie le gustaba el amigo de Bobbi. ¿Por qué? ¿Porque había disparado contra su mujer? ¿Porque bebía? ¿Porque vivía con una joven que no era su esposa? Ev no se dejó confundir. Ese mismo día, en el Minutas Haven, había hombres que habían cambiado la cara a la esposa a fuerza de golpes. En aquellos lugares era parte del código: uno tenía la obligación de dar una buena a la patrona cuando se le ponía «respondona». En aquellos lugares había hombres que vivían de cerveza desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde y de whisky falsificado entre las seis y medianoche; si no conseguían whisky, eran capaces de beber insecticida. Y también había quienes llevaban la vida sexual de un conejo: saltando de agujero en agujero. Pero ¿cómo se llamaba aquel tipo…?

Ev se fue quedando dormido. Los vio de pie en las aceras, en el prado de la biblioteca pública, junto al parquecito, mirando, soñadores, hacia esos ruidos. Despertó de pronto.

«¿Qué descubriste, Ruth? ¿Por qué te asesinaron?»

Se puso del lado izquierdo.

«David está vivo…, pero para traerle de vuelta debo comenzar por Haven».

Se puso del lado derecho.

«Si vuelvo, me matarán. En otros tiempos me querían tanto como a la misma Ruth. Al menos, eso había pensado yo siempre. Ahora me odian. Lo vi en su expresión, la noche en que empezaron a buscar a David. Me llevé a Hilly porque estaba enfermo y necesitaba un médico, sí…, pero me alegró mucho también el tener un motivo para salir de allí. Tal vez me dejaron escapar sólo porque estaban distraídos con lo de David. O quizá querían deshacerse de mí. De un modo u otro, tuve suerte al escapar. No podría hacerlo otra vez. Por eso ¿cómo voy a regresar? No puedo».

Ev daba vueltas y vueltas, atrapado entre dos imperativos: tenía que volver a Haven si quería rescatar a David antes de que muriera; pero lo matarían y sepultarían su cuerpo con rapidez en los fondos de alguna casa si volvía a Haven.

Poco antes de medianoche cayó en una somnolencia inquieta, que pronto se convirtió en el sueño sin imágenes del agotamiento absoluto.

12

Durmió hasta muy tarde, como no le ocurría en años. El martes despertó a las diez y cuarto, descansado y dueño de sí por primera vez en mucho tiempo. El sueño le había entregado también un don: mientras dormía había descubierto la forma de entrar en Haven y volver a salir. Quizá. Por el bien de David y de Hilly, era un riesgo que debía correr.

Entraría en Haven y saldría de ella el día en que se celebraba el funeral de Ruth McCausland.

13

Butch Dugan, alias *Monstruo*, era el hombre más corpulento de cuantos Ev había visto. El anciano calculó que hasta superaba a Henry, el padre de Justin Hurd. En vida, Henry había medido un metro noventa y cinco; pesaba ciento setenta y ocho kilos y era tan ancho de hombros que debía pasar de costado por casi todas las puertas. Ese tipo era más alto, aunque debía de pesar unos diez kilos menos.

Cuando Ev le estrechó la mano, se dio cuenta de que le habían llegado rumores sobre él. A Dugan se le notaba en la expresión.

—Siéntese, señor Hillman —dijo el policía, mientras se acomodaba en una silla giratoria que parecía sacada a martillazos de un roble inmenso—. ¿Qué puedo hacer por usted?

«Está esperando que empiece a delirar —pensó Ev, con toda calma—, tal como nosotros lo esperábamos de Frank Garrick cuando nos alcanzaba por la calle. Y creo que no voy a desilusionarle. Pero si te andas con cuidado, Ev, aún es posible que te salgas con la tuya. Al menos, ya sabes dónde quieres ir».

—Bueno, en realidad creo que podría hacer algo —reconoció Ev. Esa vez no había bebido; el intento de convencer a un periodista después de haber tomado cerveza había sido una grave equivocación por su parte—. Dicen los periódicos que usted irá mañana al funeral de Ruth McCausland.

Dugan asintió.

—Iré sí. Ruth era amiga personal mía.

—Supongo que irán otros policías de los cuarteles de Derry. El diario dice que el esposo de Ruth era policía estatal. Y ella también lo era. Bueno, ya sé que ser delegado policial de una ciudad pequeña no es gran cosa, pero usted me entiende. Habrá otros, ¿verdad?

Dugan había fruncido el entrecejo. Por cierto, tenía mucho entrecejo para fruncir.

—Si quiere insinuarme algo, señor Hillman, no le comprendo. «Y hoy tengo

mucho trabajo, por si no lo sabe —agregó su cara—. Hay dos policías desaparecidos, y parece que hubieran muerto a manos de cazadores furtivos asustados; por añadidura, Ruth McCausland, mi vieja amiga, ha muerto y no tengo tiempo ni paciencia para, estupideces».

—Ya lo sé, pero lo entenderá a su debido tiempo. ¿Tenía Ruth otros amigos que piensen ir a su funeral?

—Sí, seis o siete, por lo menos. Yo iré temprano, para interrogar a algunas personas sobre un caso relacionado con ése.

Ev asintió.

—Sé lo del caso relacionado —dijo—. Y supongo que usted ha oído hablar de mí, ¿verdad?

—Señor Hillman…

—He dicho cosas tontas y a quien no debía y en el momento inadecuado —reconoció el anciano, con la misma calma—. En otras circunstancias, no habría cometido ese error, pero estaba muy alterado. Uno de mis nietos ha desaparecido y el otro está en una especie de coma.

—Sí, lo sé.

—Me sentía tan confuso que no sabía si iba o venía. Por eso hablé demasiado con algunas enfermeras; después fui a Bangor a contar ciertas cosas a un periodista. Un tal Bright. Tengo la impresión de que usted está informado de casi todo lo que dije.

—Según tengo entendido, usted cree que hubo una especie de… conspiración con respecto a la desaparición de David Brown.

Ev tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada. La palabra era extraña y apta, todo al mismo tiempo. Una infernal conspiración, sí.

—En efecto. Creo que hubo una conspiración, así como también creo que sus tres casos están mucho más relacionados de lo que usted supone: la desaparición de mi nieto, la desaparición de sus dos colegas y la muerte de Ruth McCausland, que era tan amiga mía como suya, señor Dugan.

El policía pareció sobresaltarse un poco… y sus ojos perdieron esa expresión cortante. Por primera vez, Ev tuvo la sensación de que Dugan lo miraba a él, a Everett Hillman, y no a un viejo loco que pretendía hacerle perder la mañana.

—Tal vez sería mejor que me diese una idea de qué sospecha usted —dijo Dugan, sacando un bloc.

—No. Aparte esa libreta, por favor.

El policía lo miró en silencio. No apartó el bloc, pero sí dejó el lápiz.

—Bright me tomó por loco, pese a que no le dije ni siquiera la mitad de lo que yo pensaba —comenzó Ev—. Por eso prefiero no contarle nada a usted. Pero el caso es que tengo la impresión de que David está aún con vida. No creo que se encuentre en Haven, pero si yo volviese allí, quizá podría hacerme una idea de dónde se halla.

Ahora bien, hay motivos, buenos motivos, que me hacen suponer que no se me quiere en Haven; motivos para pensar que si volviese a la ciudad sin elegir yo el momento y las circunstancias, desaparecería como David Brown. O sufriría un accidente, como Ruth.

La expresión de Butch Dugan cambió.

—Debo pedirle que me explique eso, señor Hillman.

—No pienso hacerlo. No puedo. Sé lo que sé y creo lo que creo, pero carezco de la más mínima prueba al respecto. Sé que parezco un chiflado por lo que digo, pero si usted me mira a los ojos, tendrá una seguridad al menos: sé que todo lo que digo es verdad.

Dugan suspiró.

—Si usted tuviese mi trabajo, señor Hillman, sabría que casi todos los mentirosos parecen muy sinceros.

Ev iba a decir algo, pero Dugan meneó la cabeza.

—Borre eso. Ha sido un golpe bajo. Desde el domingo por la noche he dormido sólo seis horas, y me estoy volviendo viejo para estas maratones. En realidad, creo en su sinceridad, señor Hillman. Sin embargo, usted no hace más que sugerir amenazas ocultas y andarse por las ramas. Muchas veces hacemos eso obligados por el miedo, pero sobre todo cuando sólo tenemos ramas por donde andar. De un modo u otro, no dispongo de tiempo para hacerle la corte. Ya que he respondido a sus preguntas, a usted le correspondería decirme qué necesita.

—Con gusto. He venido por dos motivos, oficial Dugan. El primero: asegurarme de que en Haven habrá mañana muchos policías. De ese modo es más improbable que ocurra algo, ¿no está de acuerdo?

Dugan no respondió. Se limitó a mirar a Ev con rostro inexpresivo.

—El segundo —prosiguió Ev—: decirle que mañana yo también iré a Haven. Pero no asistiré al funeral de Ruth. Llevaré una pistola de señales. Si durante el funeral usted o alguno de sus hombres ve una bengala en el cielo, significará que me he topado con alguna de esas locuras que nadie creería. ¿Comprende?

—Usted ha dicho que volver a Haven podría ser…, eh…, poco saludable para usted.

Dugan seguía inexpresivo, pero eso no importaba; Ev comprendió que había vuelto a su idea original: que el viejo estaba loco, después de todo.

—Sin elegir las circunstancias. Pero en éstas, creo que me saldré con la mía. En Haven todos amaban a Ruth; eso no necesito decírselo. Casi todos los vecinos irán a su funeral. No sé si aún la amaban cuando murió, pero eso no importa: irán, de cualquier modo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Dugan—. ¿O es otra de las cosas que no quiere decir?

—Esto sí. Irán porque, de lo contrario, la situación parecería anormal.

—¿A ojos de quién?

—De usted. De los otros policías que eran amigos de Ruth y de su esposo. De los políticos del comité demócrata de Penobscot. Caramba, no me sorprendería que el congresista Brennan enviara a alguien desde Augusta; ella trabajó muchísimo para su campaña, cuando él se presentó como candidato para ese puesto. No era conocida sólo en la zona, ¿comprende?, y eso es parte del problema con el cual ellos tendrán que enfrentarse. Se encuentran en la situación de la familia que no quiere dar una fiesta, pero que se ve obligada a ello. Tengo la esperanza de que, ocupados como estarán en hacer que todo parezca normal, en dar un buen espectáculo, no se enteren de mi presencia en Haven hasta que me haya ido.

Butch Dugan se cruzó de brazos. Ev había estado cerca de la verdad: en un principio, Dugan se había permitido suponer que David Bright, por lo general buen intérprete de la conducta humana, se había equivocado con el viejo; Hillman estaba tan cuerdo como él. Ahora se sentía algo turbado, no porque Hillman hubiera parecido loco, después de todo, sino porque estaba loco de verdad. Sin embargo…, existía algo persuasivo en la serenidad del anciano, en su voz razonable y en su mirada franca.

—Por su modo de hablar, se diría que todos los habitantes de Haven están metidos en algo sucio —dijo—, y creo que eso es imposible. Quiero dejarlo claro.

—Sí. Eso es lo que cualquier persona normal diría. Por eso han logrado ocultarlo hasta ahora. Hace cincuenta años, la gente pensaba que la bomba atómica era imposible; todos se habrían reído si les hubiese hablado de la televisión, por no mencionar los videograbadores. Las cosas no han cambiado mucho, oficial Dugan. Casi todos vemos hasta el horizonte, y nada más. Si alguien dice que más allá hay otra cosa, nadie escucha.

Ev se levantó y le alargó una mano, como si tuviese todo el derecho del mundo a suponer que Dugan se la estrecharía. Y la sorpresa hizo que así fuera.

—Bueno, me he dado cuenta a la primera mirada de que usted me creía loco —añadió, con una sonrisita melancólica—, y con esto que he dicho le he afirmado en la idea, seguramente, Pero ya sé lo que yo necesitaba saber y he dicho lo que necesitaba decir. Hágale un favor a este anciano, ¿quiere? Eche un vistazo al cielo de vez en cuando. Si ve la luz de una bengala…

—Este verano los bosques están secos —observó Dugan. Sus palabras sonaron inútiles, extrañamente vacías de importancia, aun mientras surgían de su boca; casi frívolas. Se dio cuenta de que se veía arrastrado otra vez, sin defensa, hacia la fe.

Carraspeó antes de continuar.

—Un cohete de señales originaría un incendio forestal de todos los demonios. Si usted no tiene autorización para usar una pistola de ésas, y sé que no la tiene, iría a

parar a la cárcel.

La sonrisa de Ev se ensanchó un poco, pero no hubo alegría en ella.

—Si usted ve esa señal —dijo—, tengo la sensación de que terminar en la cárcel será el menor de mis problemas. Le deseo buenos días, oficial Dugan.

Ev salió de la oficina, cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Dugan quedó perplejo por un instante, inquieto como nunca. «Déjalo ir», pensó. Pero echó a andar tras él.

Algo tenía preocupado a Butch Dugan desde hacía un tiempo. La desaparición de los dos policías, ambos conocidos y apreciados por él, lo había apartado momentáneamente de su cerebro.

La visita de Hillman acababa de reavivar esa inquietud, y eso fue lo que hizo que siguiera al anciano.

Era el recuerdo de su última conversación con Ruth. Aun antes de aquella llamada telefónica había empezado a preocuparse por ella: su forma de llevar la búsqueda de David Brown no había sido, en absoluto, digna de la Ruth McCausland que él conocía. Por aquella única vez, según Dugan recordaba, se había mostrado poco profesional.

La noche antes de su muerte, él la telefoneó para hablar sobre el caso. Sabía que ninguno de los dos tenía novedades, pero a veces es posible sacar algo en limpio de la pura especulación, como si se convirtiese paja en oro. En el transcurso de la conversación había salido a relucir el abuelo del niño. Para entonces, Butch había hablado ya con David Bright, el del *News* (para mayor exactitud, había tomado una cerveza con él), y transmitió a Ruth la idea de Ev acerca de que toda la ciudad se había vuelto loca, de algún modo.

Ruth no se rió de la historia, tampoco chasqueó la lengua al saber que estaba fallando la cabeza a Ev Hillman, como él esperaba. Dugan no sabía seguro qué había dicho ella, porque en ese momento la comunicación comenzó a fallar. Eso no era nada raro; casi todas las líneas conectadas con poblaciones pequeñas estaban aún sobre postes y era habitual que las comunicaciones se fueran al diablo; bastaba un viento fuerte para que uno creyera estar hablando con la otra persona mediante dos latas de tomates conectadas por un cordón encerado.

«Dile que se mantenga lejos», había dicho Ruth: de eso estaba seguro. Y después, apenas un minuto antes de perderla por completo, había creído oírle comentar algo de… medias de nilón, nada menos. Tal vez él había oído mal, pero el tono de su voz era inconfundible: tristeza y gran cansancio, como si el no haber hallado a David Brown hubiera hecho que perdiera todo el coraje. Un momento después, la comunicación se había cortado por completo. Él no se molestó en telefonear de nuevo porque ya le había dado toda la información con que contaba: muy poca, por cierto.

Al día siguiente, Ruth había muerto.

«Dile que se mantenga lejos». De eso estaba seguro.

«Ahora bien, tengo buenos motivos… para creer que no se me quiere en Haven».

«Dile que se mantenga lejos».

«Podría desaparecer como David Brown».

«Que se mantenga lejos».

«O sufrir un accidente, como Ruth McCausland».

«Lejos».

Alcanzó al anciano en el estacionamiento.

14

Hillman tenía un viejo Valiant púrpura, bastante oxidado en los bajos de las portezuelas. Al ver que Dugan se detenía a su lado, apartó la mirada de la portezuela que estaba abriendo.

—Mañana iré con usted.

Ev abrió mucho los ojos.

—¡Pero si ni siquiera sabe adónde voy!

—No, pero si estoy con usted, no necesitaré preocuparme ante la posibilidad de que incendie los bosques de la zona para enviarme un mensaje, al estilo «007».

Ev lo miró, pensativo. Después sacudió la cabeza.

—Me sentiría más tranquilo si fuese en compañía de alguien —reconoció—, sobre todo de un verdadero oso armado; pero los de Haven no son estúpidos, oficial Dugan. Nunca lo han sido, y tengo la sensación de que ahora lo son mucho menos. Esperan que usted asista al funeral. Si no lo ven, sospecharán.

—¡Madre santa! Me gustaría saber cómo diablos hace usted para decir todas esas chifladuras y parecer tan cuerdo, ¡qué joder!

—Tal vez porque usted también lo sabe —sugirió Ev—. Lo raro que resulta todo. Lo extraño de que todas estas cosas se iniciaran en Haven. —De pronto, con una percepción asombrosa, agregó—: O tal vez usted, que conocía bien a Ruth, se dio cuenta de que no estaba del todo en sus cabales.

Los dos se miraron fijamente, en el estacionamiento de grava, castigados por el sol; las sombras, negras y nítidas, se inclinaban en el suelo.

—Esta noche haré correr el rumor de que estoy enfermo —propuso Dugan—. De que tengo descomposición intestinal. Hay mucha por la comisaría. ¿Qué le parece?

Ev asintió con súbito alivio, un alivio tan grande que resultó sorprendente. La idea de entrar a escondidas en Haven lo asustaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer, sobre todo ante sí mismo. Había logrado convencer al corpulento policía, siquiera a medias, de que allá quizá estuviese ocurriendo algo; se lo veía en el rostro. Un hombre convencido a medias no era gran cosa, pero representaba un paso

gigantesco hacia delante. Y no lo había hecho solo, por supuesto, sino con ayuda de Ruth McCausland.

—Está bien —dijo—, pero escúcheme, oficial Dugan, y escúcheme bien, porque de su atención dependerán mañana su vida y la mía. Absténgase de telefonear a alguien de los que irán mañana al funeral para decirle el verdadero motivo de por qué no lo verán en Haven. Telefonee esta noche a algunas personas y dígales que está muy descompuesto, que le gustaría ir, pero que no cree hallarse en condiciones de hacerlo.

Dugan frunció el entrecejo.

—¿Por qué quiere que diga…? —Pero de pronto lo supo y quedó boquiabierto. El viejo lo miraba con toda calma.

—Por Dios, ¿me está diciendo que los de Haven leen la mente? ¿Que si mis hombres supiesen la verdad, los de la ciudad recogerían la información directamente de sus cabezas?

—Yo no le estoy diciendo nada, oficial Dugan —manifestó Ev—. Es usted quien lo dice.

—Señor Hillman, de verdad creo que usted está imaginando…

—Cuando vine a verle, no esperaba que se ofreciera a acompañarme. Tampoco era eso lo que buscaba. A lo sumo, confiaba en que usted aceptaría estar alerta por si yo disparaba esa señal, para demorar un poco ese nido de serpientes. Pero cuanto más se da a un hombre, más pedirá. Confíe un poquito más en mí, por favor. Hágalo por Ruth… Si eso es lo que hace falta para convencerle de que me acompañe, estoy dispuesto a utilizarlo. Otra cosa: le advierto que mañana tendrá algunas sensaciones extrañas.

—Pues hoy he sentido algunas bastante peculiares —repuso Dugan.

—Sí —dijo Ev. Y esperó a que el policía se decidiera.

—¿Piensa ir a algún lugar en especial? —preguntó Dugan, al cabo de un momento—. ¿O se limitará a vagar por la ciudad hasta cansarse?

—Tengo un lugar preparado —dijo el viejo, con tranquilidad. Pensaba: «Oh, sí señor. Será detrás de lo del viejo Garrick, en los límites de los Bosques Indios, donde las brújulas siempre han funcionado como la mierda. Y creo que encontraremos un buen camino entre el bosque para llegar a «eso», sea lo que fuere, porque Bobbi Anderson y su amigo han estado usando un equipo que ha debido dejar una huella más ancha que una autopista. Desde luego, no creo que nos cueste mucho encontrarlo».

—Está bien. Deme la dirección de su alojamiento en Derry y pasaré a recogerlo a las nueve, en mi coche particular. Llegaremos a Haven más o menos al comienzo del funeral.

—El coche corre de mi cuenta —dijo Ev, en voz baja—. No será éste, porque en

Haven lo conocen bien. Alquilaré uno. Y le conviene presentarse a las ocho: iremos dando un rodeo por caminos secundarios.

—No tiene por qué preocuparse —adujo Dugan—. Se puede llegar a Haven sin pasar por la ciudad.

—No me preocupo, pero quiero que dejemos todo el distrito a un lado y entremos desde Albion. Sé cómo hacerlo.

—¿Por qué desde allí?

—Porque es el lugar más alejado del sitio en donde todos estarán reunidos. Y así quiero volver a Haven: lo más lejos posible de la gente.

—Está muy asustado, ¿eh?

Ev asintió.

—¿Y por qué en un coche alquilado?

—¡Caramba, cuántas preguntas! —Ev puso los ojos en blanco de un modo tan cómico que Butch Dugan sonrió.

—Deformación profesional —reconoció—. Pero dígame, ¿por qué quiere ir en un coche alquilado? En Haven nadie conoce el mío particular. —Hizo una pausa, pensativo—. Al menos, ahora que Ruth ha muerto.

—Porque es una obsesión mía —replicó Ev Hillman. De pronto su rostro se abrió en una sonrisa de inusitada dulzura—. Y cada uno debe pagar las cuentas de sus obsesiones.

—De acuerdo —dijo Butch—, me rindo. A las ocho. La ruta, el coche y la obsesión corren de su cuenta. Debo de estar loco, de veras.

—Mañana, a estas horas, tendrá una idea mucho más justa de lo que es la locura —aseguró Ev. Y subió a su viejo Valiant púrpura antes de que Dugan le hiciera más preguntas.

En realidad, Butch no tenía más preguntas. Se sentía sombrío, como si hubiese comprado el puente de Brooklyn en su primer día de estancia en Nueva York, aun sospechando que algo tan grande pudiera estar a la venta. «Nadie se deja convencer si no quiere ser convencido», pensó. En Augusta había trabajado en el departamento de Fraudes y Estafas durante tres años, y eso era lo primero que se aprendía allí. El viejo se había mostrado extrañamente persuasivo, pero Butch Dugan sabía que no se había dejado convencer, se había precipitado ante la posibilidad. Porque amaba a Ruth McCausland y quizá en un par de años más habría reunido coraje para declarársele. Porque cuando un ser amado muere, deja un hueco negro en medio del corazón, y uno de los modos de llenar ese vacío es negarse a admitir que nos fue robado por una estúpida desgracia. Es mejor creer (siquiera por un tiempo) que es culpa de algo o alguien al alcance de nuestra mano. De esa manera, el hueco parece algo más pequeño. Cualquier palurdo lo sabe.

Suspirando, como si de pronto fuese mucho más viejo de lo que correspondía,

Dugan caminó pesadamente hacia la comisaría.

Ev fue al hospital y pasó casi todo el resto del día con Hilly. A eso de las tres escribió dos notas. Dejó una de ellas en la mesita de noche de Hilly, asegurada por un florero contra la brisa que manoteaba los pétalos de vez en cuando. La otra nota era más larga. Cuando concluyó, la plegó y se la guardó en un bolsillo. Después salió del hospital.

Estacionó su coche ante un pequeño edificio situado en el sector industrial de Derry. INSTRUMENTAL MÉDICO MAINE, decía el cartel que había sobre la puerta. Y debajo: *Especialistas en terapia respiratoria desde 1946.*

Entró y dijo al hombre lo que deseaba. El otro respondió que le convenía viajar hasta Bangor, donde había una casa de artículos para buceo. Ev le explicó que de nada le serviría un tubo para buceo; necesitaba algo que fuese más transportable en tierra. Después de un rato de charla, Ev se retiró, tras firmar un contrato de alquiler, por treinta y seis horas, de un equipo bastante especializado. El hombre de Instrumental Médico Maine lo siguió con la vista desde la puerta, rascándose la cabeza.

15

La enfermera leyó la nota dejada junto a la cama de Hilly.

Hilly:

Quizá no nos veamos por un tiempo, pero quería decirte que estoy seguro de que superarás este mal rato. Si puedo ayudarte a que lo hagas, seré el abuelo más feliz del mundo. Creo que David aún está con vida y no pienso que se haya perdido por culpa tuya. Te quiero, Hilly, y espero verte pronto.

Abuelito

Pero jamás volvió a ver a Hilly Brown.

NUEVE

EL FUNERAL

1

A partir de las nueve los forasteros que conocían a Ruth McCausland o que habían trabajado con ella empezaron a llegar a Haven. Muy pronto ocuparon todos los espacios disponibles para estacionar a lo largo de la calle principal. El Minutas Haven hizo su agosto: Beach no dejaba de preparar huevos con tocino, salchichas y patatas fritas. Filtraba cafetera tras cafetera. El congresista Brennan no se presentó, pero sí envió a uno de sus auxiliares. «Debiste haber venido personalmente, Joe —pensó Beach, con una sonrisita oculta—. Quizá te habrías llevado un montón de ideas nuevas para lucirte en el Gobierno».

El día amaneció despejado y seco, como si fuese principios de otoño y no pleno verano. El cielo estaba de un azul intenso; la temperatura se mantenía alrededor de los veintiún grados; soplaba viento del Oeste, a unos treinta kilómetros por hora. Una vez más, había forasteros en Haven; una vez más, la aldea los recibía con un clima acogedor. Pronto no importaría cómo los recibieran, se decían los lugareños, sin abrir la boca; pronto los habitantes de Haven tendrían su propio destino en las manos.

Un buen día, de los mejores que el verano en Nueva Inglaterra puede ofrecer, de los que buscan los turistas. Un día de los que avivan el apetito. Los que llegaban desde fuera pidieron suculentos desayunos, como suele hacer la gente con buen apetito, pero Beach observó que casi todos los platos volvían a la cocina medio llenos. Los recién llegados perdían las ganas de comer con celeridad; sus ojos se apagaban y adoptaban, en general, un aspecto cetrino y algo descompuesto.

El Minutas estaba atestado, pero las conversaciones se llenaban de silencios. «Parece que no les sienta el aire de nuestra pequeña ciudad», pensó Beach. Se imaginó entrando en el depósito, donde tenía el artefacto que había usado para deshacerse de los dos policías entrometidos, oculto bajo un montón de manteles. Se imaginó volviendo con ese gran bazuca mortífero para limpiar su comedor de todos aquellos forasteros, con una purificadora ráfaga de fuego verde.

«No, todavía no. Ahora no. Pronto esto no tendrá importancia. El mes próximo. Por ahora…»

Se quedó mirando el plato que estaba vaciando y vio un diente entre los huevos revueltos.

«Vienen los *Tommyknockers*, amigos —pensó Beach—. Pero creo que, cuando lleguen, no se molestarán siquiera en llamar a la puerta: la derribarán, qué joder».

Su sonrisa se ensanchó mientras tiraba a la basura ese diente, junto con los restos de comida.

2

Dugan podía ser muy reservado cuando así lo deseaba, y esa mañana era lo que deseaba. Al parecer, era también lo que el viejo deseaba. Llegó al apartamento de Ev Hillman a las ocho en punto; junto a la acera, detrás del viejo Valiant, vio un *jeep* Cherokee, con una bolsa grande en la parte posterior; la boca de la bolsa estaba atada con una cuerda.

—¿Lo alquiló en Bangor?

—No, en el AMC de Derry —dijo Ev.

—Debe de haberle costado mucho.

—No demasiado.

Así terminó la conversación. Una hora y cuarenta minutos después estaban próximos a la línea divisoria que separaba Albion de Haven. «Daremos algunos rodeos por caminos secundarios», había dicho el viejo, expresándose con exagerada moderación. Butch llevaba casi veinte años recorriendo ese sector de Maine, y, hasta esa mañana, había creído conocer la zona como la palma de su mano. Ya no. Hillman sí la conocía. Comparado con él, Butch sólo tenía un conocimiento superficial de aquellos caminos.

Salieron de la autopista para tomar la carretera Sesenta y nueve; luego, un camino asfaltado de dos vías; al oeste de Troy se desviaron por un camino de grava; después, por otra especie de carretera de tierra apisonada, para acabar traqueteando por dos rodadas entre las que crecía la hierba, como si desde 1950 no se transitara mucho por allí.

—¿Sabe por dónde diablos anda? —gritó Butch, mientras el Cherokee se bamboleaba en una especie de zanja, de la que salió aullando y escupiendo barro por las cuatro ruedas.

Ev se limitó a asentir. Se aferraba al gran volante del *jeep* como un viejo mono calvo.

Un camino forestal llevaba a otro. Por fin atravesaron un telón de follaje para salir a una senda de tierra que Butch reconoció: era el camino municipal cinco de Albion. Aunque pareciera imposible, el viejo había hecho lo prometido: rodear toda Haven sin entrar en ella en ningún momento.

Ev detuvo el Cherokee a unos treinta metros del cartel que anunciaba el límite con el municipio de Haven. Apagó el motor y bajó el vidrio de la ventanilla. No se oía más ruido que el *clac* del motor al enfriarse. A Butch le llamó la atención que los pájaros no cantaran.

—¿Qué tiene en esa bolsa? —preguntó.

—Toda clase de cosas. Por el momento, no se preocupe por eso.

—¿Qué está esperando?

—Las campanadas —dijo Ev.

3

Lo que se oyó a las diez menos cuarto no fue el tañido, de las campanas que convocaban a los deudos de Ruth (a los verdaderos y a los que se disponían a derramar copiosas lágrimas, de cocodrilo), para que se reunieran en la iglesia metodista, donde se realizaría el primer acto de los tres que había planeados para la ocasión (Acto II: ceremonia junto a la sepultura; Acto III: refrigerio en la Biblioteca Municipal).

El reverendo Goohringer, hombre tímido, que por lo general no era capaz de ahuyentar una mosca, había recorrido la ciudad pocas semanas antes, para decir a todos que estaba harto de tanto dong-dong.

—¿Por qué no lo soluciona usted, Gooey? —preguntó Pamela Sargent.

Nadie jamás había llamado «Gooey» al reverendo Lester Goohringer, pero la irritación que sentía en ese momento le impidió darse cuenta de ello.

—Podría ser —dijo, mirándola a través de sus gruesas gafas con el ceño fruncido —. Quizá lo haga.

—¿Tiene alguna idea?

—Podría ser —repitió él, astuto—. A su debido tiempo se verá, ¿no?

—Siempre es así, Gooey —dijo ella—. Siempre es así.

En realidad, el reverendo Goohringer tenía una excelente idea para arreglar lo de aquellas campanas; parecía imposible que no se le hubiera ocurrido antes, siendo tan simple y tan bella. Y lo mejor era que no necesitaría recurrir a los diáconos, ni a la Asociación de Damas (que, al parecer, sólo atraía a dos clases de mujeres: gordas de tetas como barriles y sardinas planas como Pamela Sargent, la de la boquilla de marfil de imitación y ronca tos fumadora), ni a los miembros adinerados de su congregación; recurrir a ellos siempre le provocaba acidez por toda una semana. No le gustaba mendigar. No: eso era algo que el reverendo podría hacer completamente solo. Y lo hizo. Que se fueran todos al diablo si no sabían aceptar una broma.

—Y si vuelves a llamarme Gooey, Pam —había susurrado, mientras reforzaba los cables a los fusibles del sótano, para que soportaran el alto voltaje que su idea necesitaba—, te llevaré a la casa parroquial y te meteré el cable por el culo hasta que te llegue a los sesos…, si es que no lo meas antes.

Rió por lo bajo y siguió ajustando cables. El reverendo Lester Goohringer nunca había dicho cosas tan groseras en toda su vida; ni siquiera las había pensado. La

experiencia le resultó liberadora y excitante. Más aún: estaba dispuesto a decir a quienquiera que protestara por su nuevo carillón que se fuera al demonio jodiendo con una rosquilla rodante.

Pero todos los vecinos consideraron que el cambio había sido magnífico, ni más ni menos. Y lo era. El día de los funerales, el reverendo Goohringer experimentó un verdadero arrebato de orgullo al pulsar la nueva llave instalada en la sacristía. El tañido de las campanas flotó por encima de Haven con una combinación de himnos. El carillón era programable, y ese día Lester hizo que tocara los himnos favoritos de Ruth.

Se echó hacia atrás, frotándose las manos, y contempló a los concurrentes que empezaban a acercarse a la iglesia, en grupos de dos y tres, atraídos por las campanas, las campanas, el reclamo de las campanas.

—¡Diablos! —exclamó el reverendo.

Nunca en su vida se había sentido mejor. Tenía la intención de despedir a Ruth McCausland con buen estilo. Pronunciaría una espléndida oración fúnebre.

Después de todo, la ciudad entera la había amado.

4

Las campanas.

Dave Rutledge, el ciudadano más viejo de Haven, desvió el oído hacia ellas y sonrió, desdentado. Aunque las campanas hubieran sonado desafinadas, él habría sonreído por el solo hecho de oírlas. Hasta principios de julio había estado casi sordo y con los miembros inferiores siempre fríos, con la circulación cada vez peor. Después de todo, tenía noventa años: un perro viejo. Pero en el curso de ese mes, oído y circulación habían mejorado como por arte de magia. Le decían que parecía haber rejuvenecido diez años. ¡Y por Dios que se sentía veinte años más joven! Caramba, ¿verdad que aquellas campanas eran dulcísimas?

Dave se levantó para ir a la iglesia.

5

El doblar de las campanas.

El auxiliar enviado por el congresista Brennan a Haven había conocido en la capital a una bella joven llamada Annabelle. La muchacha estaba pasando el verano con él, en Maine, y aquella mañana lo acompañó a Haven. Él le prometió que pasarían la noche en Bar Hárbor antes de regresar a Augusta. Al principio, ella pensó que no era buena idea: en el restaurante sintió algunas náuseas y no pudo terminar el

desayuno. Para empezar, el cocinero parecía una versión envejecida y engordada de Charles Manson. Sonreía con un aire muy extraño cuando creía que nadie lo miraba; era como para pensar que había echado arsénico a los huevos revueltos. Pero el doblar de las campanas la maravilló: tocaban himnos que ella no oía desde su niñez, en Nebraska.

—Caramba, Marty, ¿cómo es posible que una ciudad perdida de la mano de Dios tenga un carillón tan magnífico?

—Será herencia de algún turista rico, fallecido aquí —respondió Marty, distraído.

El carillón no le interesaba en absoluto. Desde su llegada a Haven tenía un dolor de cabeza que empeoraba a pasos agigantados. Además, le sangraban las encías. Toda su familia padecía de piorrea; era de esperar que no se tratara de eso.

—Ven, vamos a la iglesia —dijo. «Así terminaremos de una vez y podremos ir a Bar Harbor, a joder hasta quedar idiotas —pensó—. Esta aldea me da escalofríos».

Cruzaron la calle juntos; ella, de negro (aunque su diminuta ropa interior, según había aclarado en el trayecto, era de seda blanca); él, con el reglamentario traje gris oscuro. La gente de Haven, vestida con sus galas más sobrias, caminaba con ellos. Marty reparó en el sorprendente número de policías estatales uniformados.

—¡Mira, Marty! ¡El reloj!

La muchacha señalaba la torre del ayuntamiento. Era de sólidos ladrillos rojos, pero, por un momento, pareció ondular ante los ojos de Marty. De inmediato, su dolor de cabeza se agravó. Tal vez fuese fatiga visual. Tres meses antes se había hecho practicar un chequeo; el oculista le dijo que tenía vista de piloto, pero tal vez no era cierto. Últimamente, la mitad de los profesionales norteamericanos consumía cocaína, como bien decía la revista *Time*… ¿Y por qué se había puesto a pensar en esas cosas? Por las campanas, claro. Parecían despertar ecos y multiplicarse dentro de su cabeza. Diez, cien, mil, un millón, todas tocando *Cuando nos reunamos a los pies de Jesús.*

—¿Qué ocurre con el reloj? —preguntó, irritado.

—Las agujas. Son raras —respondió ella—. Casi parecen… dibujadas.

6

La llamada de las campanas.

Eddie Stampnell, de la comisaría de Derry, cruzaba la calle con Andy Rideout, de Orono; los dos habían apreciado mucho a Ruth.

—Bonito, ¿no? —sugirió Eddie, dubitativo.

—Supongo que sí —dijo Andy—. Pero no dejo de pensar en Bent y en *Jingles*, que pueden estar enterrados en alguno de estos sembrados de patatas, asesinados por un par de idiotas. Es como si Haven diera mala suerte. Ya sé que parece una

estupidez, pero es la sensación que tengo.

—A mi cabeza se la da, desde luego —respondió Eddie—. Me duele una barbaridad.

—Bueno, vamos y terminemos con esto —dijo Andy—. Ruth era muy buena, pero ha muerto. Y entre nosotros, ahora que ella no está aquí no quiero volver a pasar ni un minuto en Haven.

Entraron juntos en la iglesia metodista; ninguno de los dos miró al reverendo Lester Goohringer, quien estaba junto a la llave del admirable carillón, muy sonriente, y aceptaba los cumplidos de todos frotándose las manos.

7

El llanto de las campanas.

Bobbi Anderson bajó de su camioneta azul; después de cerrar la portezuela con violencia, se alisó el vestido azul oscuro sobre las caderas, revisó su maquillaje en el retrovisor exterior y echó a andar con lentitud hacia la iglesia. Caminaba con la cabeza gacha y los hombros caídos. Estaba haciendo todo lo posible por descansar, lo necesario para seguir adelante, y Gard la había ayudado a poner frenos a su obsesión

(*porque de eso se trata, de una obsesión, de nada sirve que te engañes*)

pero Gard, como freno, se iba desgastando poco a poco. No asistiría al funeral porque estaba durmiendo la mona, después de una borrachera monumental, con una mejilla puesta sobre un brazo y el agrio aliento formando una nube alrededor. Anderson estaba cansada, sí, pero no se trataba sólo de eso; esa mañana, un gran dolor difuso parecía invadirla. En parte era por Ruth; en parte, por David Brown; en parte, por toda la ciudad. Pero, sobre todo, según sospechaba, por sí misma. El «convertirse» continuaba (para todos los de Haven, menos Gard), y eso estaba bien, pero ella echaba de menos su propia y única identidad, que se evaporaba como una neblina matinal. Ahora sabía que *Los soldados del búfalo* había sido su último libro…, y como ironía, los *Tommyknockers* parecían haberlo escrito más que ella.

8

Las campanas, campanas, campanas.

Haven respondía a ellas. Era el Acto I de una comedia titulada *El entierro de Ruth McCausland o Cuánto amábamos a esa mujer.*

Nancy Voss había cerrado la oficina de Correos para asistir al funeral. El Gobierno lo habría desaprobado, pero no se enteraría. «De demasiadas cosas se enteraría muy pronto», se dijo Nancy. Pronto recibiría de Haven una gran

encomienda por expreso; su Gobierno y todos los Gobiernos de esta bola de barro volante.

Frank Spruce, propietario de la granja más importante de Haven, respondió a las campanas. Respondió a ellas John Mumphry, cuyo padre había rivalizado con Ruth por el cargo de delegado policial. Y Ashley Ruvall, que se había cruzado con ella junto al límite municipal, dos días antes de su muerte, asistió con sus padres, llorando. Allí estaban el doctor Warwick y Jud Tarkington; Adley McKeen, del brazo de Hazel McCready; Newt Berringer y Dick Allison, que caminaban con paso lento, sirviendo de apoyo al padre de Ruth, el viejo John Harley, que estaba débil y casi traslúcido; Maggie, su esposa, no se hallaba en condiciones de asistir.

Asistieron todos, respondiendo a la llamada de las campanas: los Tremain, Thurlow, Applegate, Goldman, Duplissey y Archinbourg. Buenas gentes de Maine, se podría haber dicho: producto de una saludable raigambre compuesta, en su mayor parte, por franceses, irlandeses, escoceses y canadienses. Pero ahora estaban cambiados. Así como se reunían en la iglesia, así sus mentes se reunían y se convertían en una sola, que vigilaba a los forasteros, alerta a la menor nota desafinada en sus pensamientos. Acudieron juntos, escuchando, y las campanas resonaron en su extraña sangre.

9

Ev Hillman, sentado tras el volante del Cherokee, abrió mucho los ojos ante el distante sonido del carillón.

—¿Qué diablos…?

—Campanas de iglesia, claro está —respondió Butch Dugan—. Suenan muy bien. Supongo que se están preparando para iniciar el funeral.

«En esa ciudad están sepultando a Ruth. En nombre de Dios, ¿qué hago aquí, en las lindes, con este viejo chiflado?»

No lo sabía con seguridad, pero era demasiado tarde para cambiar de idea.

—Las campanas de la iglesia metodista nunca han sonado así, desde que tengo memoria —aclaró Ev—. Alguien las ha cambiado.

—¿Y qué?

—Y nada. Y todo. No sé. Vamos, oficial Dugan.

Ev hizo girar la llave y el motor del Cherokee se puso en marcha con un rugido.

—Vuelvo a preguntárselo —dijo Dugan, con lo que le pareció una paciencia extraordinaria—: ¿qué estamos buscando?

—No lo sé del todo.

El Cherokee dejó atrás el cartel indicador. Ya no estaban en Albion, sino en Haven, y Ev sintió una súbita y enfermiza premonición: pese a todas sus

precauciones y cuidados, jamás saldría de allí.

—Lo sabremos cuando lo veamos —añadió.

El policía no respondió. Se limitó a agarrarse con todas sus fuerzas, y se preguntó una vez más cómo se había metido en eso. Tenía que estar tan loco como ese viejo chiflado. Y más aún. Se llevó una mano a la frente y empezó a frotársela por encima de las cejas.

Allí se le estaba formando un tremendo dolor de cabeza.

10

Entre sollozos, ojos enrojecidos y algunas sorbidas de nariz, el reverendo Goohringer, con la calva reluciendo en una variedad de colores por gentileza de la luz que atravesaba los vitrales, se lanzó a una apología fúnebre, después de un himno, una plegaria, otro himno, la lectura de las Escrituras favoritas de Ruth (las Beatitudes) y un himno más. Delante de él, como espuma alrededor del púlpito, en semicírculo, había grandes ramos de flores estivales. Aunque las ventanas superiores de la iglesia estaban abiertas y dejaban entrar una buena brisa, el aroma era sofocante en su dulzura.

—Hemos venido a alabar a Ruth McCausland y a solemnizar su fallecimiento —comenzó Goohringer.

Los vecinos, con los dedos cruzados o apretando pañuelos, fijaron los ojos (en su mayoría húmedos) en Goohringer, con sobria y aplicada atención. Se los veía saludables: de buen color y piel limpia. Incluso alguien que nunca hubiera estado allí con anterioridad se habría dado cuenta de que la congregación se dividía en dos grupos. Los forasteros no tenían aspecto saludable: se les veía pálidos y con los ojos perdidos. Por dos veces, durante la apología, alguien salió a la carrera para vomitar en silencio detrás de la iglesia. Para otros, la náusea era un mal menor, pues sentían unos incómodos retortijones de tripas, no tan serios como para obligarlos a salir, pero interminables.

Varios forasteros perderían algún diente antes de que el día terminara.

Otros padecían dolores de cabeza que desaparecerían en cuanto se alejaran de la ciudad, se suponía que por efecto de las aspirinas tomadas.

Y unos cuantos tuvieron ideas asombrosas mientras escuchaban al reverendo. En algunos casos, esas ideas se presentaron tan de repente y resultaron tan enormes, tan fundamentales, que quienes pasaron por esa experiencia las compararon con un disparo en la cabeza. Apenas lograron seguir sentados en los bancos, en vez de correr a la calle gritando «¡Eureka!» a todo volumen.

La gente de Haven veía todo eso y se divertía. De pronto, la expresión apática y desabrida de alguien desaparecía. Los ojos se dilataban; la boca se abría, blanda, y

ellos reconocían la expresión de quien está en las garras de una Idea Grandiosa.

Por ejemplo: Eddie Stampnell, de los cuarteles de Derry, concibió una banda de frecuencia nacional para la Policía, en la que podrían comunicarse todos los agentes del país. Imaginó también el modo de echar un manto sobre esa banda; todos esos civiles ruidosos, con sus radios de aficionados, quedarían burlados. Las ramificaciones y las modificaciones surgían en su mente tan deprisa que no llegaba a seguirlas; si las ideas hubieran sido agua, se habría ahogado. «Esto me va a hacer famoso», pensó, febril. El reverendo Goohringer quedó olvidado; olvidados Andy Rideout, su compañero, y el desagrado que le provocaba esa pequeña población, y también Ruth. La idea se había tragado su mente. «Voy a ser famoso, voy a revolucionar el trabajo policial de Estados Unidos…, tal vez del mundo entero. ¡A la mierda! ¡A la mierda!»

Los habitantes del lugar, sabedores de que la gran idea de Eddie sería algo difuso hacia mediodía y habría desaparecido hacia las tres de la tarde, sonreían, escuchaban y aguardaban. Aguardaban a que todo eso terminara, para volver cada uno a lo suyo.

Para volver cada uno al proceso de «convertirse».

11

Descendían por un camino de tierra: la ruta municipal Cinco de Albion, que se convertía en Haven en una senda de protección contra incendios, la número 16. Por dos veces vieron caminos secundarios que se abrían hacia los bosques; en cada oportunidad, Dugan se preparó para sacudidas y tumbos aún peores, pero Hillman no tomó por ninguno de esos desvíos. Al llegar a la carretera Nueve giró hacia la derecha, aumentó la velocidad a setenta y cinco y se adentró en Haven.

Dugan se sentía nervioso, sin saber la razón. El viejo estaba loco, por supuesto; la idea de que Haven se había convertido en un nido de serpientes era pura paranoia. De cualquier modo, *Monstruo* sentía crecer una palpitante inquietud en él. Era como un vago incendio de pastos en sus nervios.

—¿Por qué se frota la frente? —preguntó Hillman.

—Me duele la cabeza.

—Le dolería mucho más si no hubiese viento, según creo.

Otra caída en la estupidez total. En nombre de Dios, ¿qué estaba haciendo allí con ese tipo? ¿Y por qué se sentía tan sobresaltado?

—Estoy como si alguien me hubiera dado píldoras para dormir.

—Sí.

Dugan lo miró.

—Pero usted no siente lo mismo, ¿verdad? Se le ve más fresco que una lechuga.

—Tengo miedo, pero no estoy nervioso ni me duele la cabeza.

—¿Y por qué tendría que dolerle? —preguntó Dugan, fastidiado. Esa conversación parecía sacada de *Alicia en el país de las maravillas*—. Los dolores de cabeza no son contagiosos.

—Si usted está pintando un cuarto cerrado con otros seis hombres, lo más probable es que todos terminen con dolor de cabeza, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí, pero aquí no se trata de…

—No. No se trata de eso. Y hemos tenido suerte con el clima. De cualquier modo, supongo que esa «cosa» ha de estar echando una buena peste si usted la percibe. Y veo que sí. —Hillman hizo una pausa. Luego agregó otra frase de *Alicia en el país de las maravillas*—: ¿Aún no se le ha ocurrido ninguna idea grandiosa, agente?

—¿Qué quiere decir con eso?

Hillman asintió, satisfecho.

—Está bien. Si se le ocurre algo, avíseme. En esa bolsa tengo algo para usted.

—Esto es una locura —dijo Dugan, con voz insegura—. Una verdadera locura. Dé la vuelta, Hillman. Quiero volver a mi casa.

De pronto, Ev se concentró en una sola frase, con toda la nitidez que pudo darle. En los tres últimos días pasados en Haven había descubierto que Bryant, Marie, Hilly y David se leían mutuamente los pensamientos como algo rutinario. Él se daba cuenta, aunque no podía captarlos. Del mismo modo había observado que ellos no podían entrar en su cabeza, a menos que él lo permitiera. Comenzaba a preguntarse si tendría algo que ver con la placa de acero que llevaba en el cráneo, recuerdo de aquella granada alemana. Había visto llegar la granada con horrible e indudable claridad: una cosa gris oscura, que giraba en la nieve.

«Bueno, estoy muerto —había pensado—. Aquí se acabó». No recordaba nada más hasta el momento de despertar en un hospital francés, con dolor de cabeza; recordaba que la enfermera lo había besado, con aliento perfumado de anís, repitiendo una y otra vez, pronunciando bien las palabras, como si hablase con un niño muy pequeño: «*Je t'aime, mon amour. La guerre est finie. Je t'aime. J'aime les États-Unis*»[14].

«*La guerre est finie* —pensó él—. La guerra ha terminado. *La guerre est finie*».

—¿Qué era? —preguntó a Dugan, de repente.

—¿De qué me está hab…?

Ev desvió el Cherokee al arcén de la carretera, levantando una estela de polvo. Estaban a dos kilómetros y medio del límite municipal, dentro de Haven; faltaban aún unos cinco kilómetros para llegar a la granja del viejo Garrick.

—¡No piense, no hable! ¡Sólo dígame lo que yo estaba pensando!

—*Tout fini*, estaba pensando *la guerre est finie*. Pero es una locura. La gente no puede leer los pensamientos porq…

Se interrumpió. Giró la cabeza con lentitud para mirar a Ev. El anciano oyó que le

crujían los tendones del cuello. Tenía los ojos muy abiertos.

—*La guerre est finie* —susurró—. Eso era lo que usted pensaba, y ella olía a regaliz…

—A anís —le corrigió Ev, con una sonrisa—. Y qué blancos, sus muslos, qué apretada su entrepierna…

—Y vi una granada rodando en la nieve. Oh, Dios, ¿qué está ocurriendo?

Ev imaginó un tractor rojo, anticuado.

—¿Y ahora?

—Un tractor —susurró Dugan—. Marca Farmall. Pero el Farmall no tiene esas cubiertas. Mi padre tenía uno. Esas cubiertas son del Dixie Field-Boss. No se podrían usar con un Far…

De pronto Dugan giró el torso, dio un manotazo a la portezuela del Cherokee y vomitó hacia fuera.

12

—Cierta vez, Ruth me pidió que leyera las Beatitudes en su funeral, si me tocaba presidirlo —estaba diciendo el reverendo Goohringer, con una madura voz metodista que el reverendo Donald Hartley hubiera aprobado de corazón—. He satisfecho sus deseos, pero…

(*la guerre estaba pensando la guerre est*)

Goohringer hizo una pausa; una pequeña expresión de sorpresa y preocupación pasó por su rostro. Un observador atento habría pensado que algún poquito de gas estomacal acababa de subírsele a la garganta, obligándolo a interrumpirse para ahogar el indecoroso eructo.

—… en mi opinión hay otros versos que se adecúan a ella. No son…

(*Tractor Farmall Tractor*)

Hubo otro pequeño salto en el discurso de Goohringer, que volvió a fruncir apenas el entrecejo.

—… el tipo de versos que cualquier cristiana se atrevería a pedir, supongo, sabiendo que la cristiana debe ganárselos. Pido a ustedes que escuchen esta lectura del Libro de los Proverbios y juzguen, conociendo a Ruth McCausland si se los ganó o no.

(*esas cubiertas son del Dixie Field-Boss*)

Dick Allison echó un vistazo a la izquierda y sorprendió la mirada de Newt, al otro lado del pasillo. Parecía horrorizado. John Harley estaba boquiabierto; sus ojos azules, desteñidos, iban de un lado a otro, desconcertados.

Goohringer halló la página, la perdió y estuvo a punto de dejar caer la Biblia. De pronto quedó azorado; ya no era el maestro de ceremonias, sino un estudiante de

seminario temeroso del público. De cualquier modo, nadie se dio cuenta; los forasteros estaban ocupados con sus malestares físicos o con deslumbrantes ideas. Los de Haven se agruparon ante la alarma que saltaba de una mente a otra, hasta hacerles resonar el cerebro. Era un nuevo carillón, estridente de discordancias.

(*alguien está buscando donde no tiene*)

(*nada que hacer*)

Bobby Tremain tomó la mano de Stephanie Colson y se la estrechó. Ella apretó también, mirándolo con sus grandes ojos pardos: los ojos asustados de la cierva que oye el chasquido de un arma amartillada por el cazador.

(*por la carretera Nueve*)

(*demasiado cerca de la nave*)

(*uno es policía*)

(*policía, sí, pero especial: el policía de Ruth, él amaba*)

Ruth habría captado esas voces, cada vez más potentes. Y hasta varios forasteros comenzaban a captarlas, aunque su contagio de Haven era reciente. Algunos parecían salir de un leve adormecimiento. Uno de ellos era la amiga del auxiliar del congresista Brennan. Al parecer había estado muy lejos de allí: era una burócrata de poca importancia en la capital, pero acababa de idear un sistema de archivos que bien podría hacer que obtuviera un buen ascenso. De pronto, un pensamiento salido de la nada, un pensamiento que parecía ajeno

(*¡alguien tiene que detenerlos cuanto antes!*)

cruzó por su mente. Miró alrededor, por si alguien había pronunciado esas palabras en voz alta.

Pero todos estaban en silencio, salvo el predicador, que había hallado otra vez la página. Echó un vistazo a Marty, pero él parecía aturdido; miraba uno de los vitrales con la fijeza de una persona hipnotizada. Ella lo atribuyó al aburrimiento y volvió a sus propios pensamientos.

—¿Quién puede hallar a una mujer virtuosa? —leyó Goohringer, con voz algo inestable. Vaciló en donde menos debía y hasta tartamudeó un par de veces—. Pues su precio es muy superior al de los rubíes. El corazón de su esposo confía en ella con seguridad y no saldrá perdedor. Ella le hace bien, no mal, por todos los días de su vida. Busca lana…

Otra ráfaga de pensamientos extraños llegó al único y sensibilizado oído que había en la iglesia.

(*discúlpeme esto pero no pude*)

(…)

(*¿qué?*)

(…)

(*¡por Dios eso es de Wheeling! ¿cómo…?*)

(…)

Hay dos voces hablando pero sólo oímos una, pensó la red mental. Y las miradas empezaron a centrarse en Bobbi. En Haven había una sola persona capaz de cerrarles la mente. Y esa persona no se encontraba en la iglesia en ese momento. *Dos voces… la que no oímos ¿no será la voz de tu amigo, el borracho?*

Bobbi se levantó de pronto y caminó a lo largo del banco, con la horrible conciencia de que todos la miraban. Goohringer, el estúpido, había vuelto a interrumpirse.

—Disculpen —murmuraba Bobbi—. Disculpen… disculpen…

Por fin salió al vestíbulo y a la calle. Otros la siguieron: Bobby Tremain, Newt, Dick y Bryant Brown, entre ellos. Los forasteros no se habían dado cuenta. Proseguían con sus extraños sueños.

13

—Discúlpeme esto —dijo Butch Dugan. Cerró la portezuela y sacó un pañuelo del bolsillo trasero, para frotarse la boca—. Pero no pude evitarlo. Ahora me siento mejor.

Ev asintió.

—No se lo voy a explicar. No hay tiempo. Pero quiero que escuche algo.

Ev encendió la radio del Cherokee y movió el dial. Dugan dio un respingo. Nunca había oído tantas emisoras; ni siquiera por la noche, cuando se amontonaban unas sobre otras, entrando y saliendo en un mar de voces. Pero éstas no vacilaban; las voces se oían con la nitidez de una campana.

Ev se detuvo en un punto del dial, cuando terminaba una canción de los *Judds*. En ese momento se oyó la identificación de la emisora. Butch Dugan tuvo dificultades para creer lo que oía.

—¡Uvedoble-uvedoble-we… AAA! —cantó un vivaz grupo vocal femenino, con acompañamiento de banjos y violines.

—¡Por Dios, eso es de Wheeling! —exclamó Dugan—. ¿Cómo…?

Ev apagó la radio.

—Ahora quiero que escuche lo que ocurre con mi cabeza.

Dugan se lo quedó mirando por un momento, atónito. Ni siquiera *Alicia en el país de las Maravillas* era tan loca.

—En el nombre de Dios, ¿de qué me está hablando?

—No discuta conmigo. Hágalo. —Ev giró la cabeza y presentó su nuca a Dugan —. En la *cabeza* tengo dos placas de acero. Recuerdo de la guerra. La más grande está ahí atrás. ¿Ve ese lugar en donde no crece el cabello?

—Sí, pero…

—¡No hay tiempo! Acerque la oreja a esa cicatriz y escuche.

Dugan lo hizo… y la irrealidad se abatió sobre él. La nuca del viejo estaba transmitiendo música. Sonaba lejana y a lata, pero perfectamente identificable: Frank Sinatra cantaba *New York, New York.*

Butch Dugan empezó a reír como una muchachita nerviosa. Pronto sus risitas se convirtieron en carcajadas. Por fin, en bramidos, con los brazos apretados contra el estómago. Allí estaba, en medio de la nada, con un anciano cuya cabeza se había convertido en una cajita de música. Por Dios, si era mejor que el *Créase o no*, de Ripley.

Rió hasta sofocarse, hasta llorar, bramando, y…

La encallecida palma del viejo le cruzó el rostro de un bofetón. La sorpresa de verse tratado como un niño sacó a Butch de su histeria, tanto como el dolor mismo. Miró a Ev parpadeando y se llevó una mano a la mejilla.

—Esto comenzó unos diez días antes de que abandonara la ciudad —explicó Ev, sombrío—: estallidos de música en mi cabeza. Eran más fuertes cuando andaba por aquí. Debería haberlo pensado antes, pero no se me ocurrió. Ahora son más potentes aún. Todo es más potente. Por eso no tengo tiempo para sus aullidos. ¿Ha terminado con el problema?

El rubor que cubrió las mejillas de Dugan disimuló la marca roja dejada por la mano de Ev. Aullidos. Era una buena descripción. Primero, el vómito; ahora, un ataque de histeria digno de una adolescente. Ese viejo no se limitaba a ajustarle las clavijas: lo dejaba atrás sin darse prisa.

—Ya me encuentro bien —aseguró.

—¿Está convencido ahora de que aquí ocurre algo? ¿De que algo en Haven ha cambiado?

—Sí. Yo… —Tragó saliva—. Sí —repitió.

—Bien. —Ev pisó el acelerador y volvió a la carretera con un bramido del motor —. Esa… cosa… está cambiando a todos los de la ciudad, agente Dugan. A todos, menos a mí. Tengo música en la cabeza, pero nada más. No leo los pensamientos… ni se me ocurren ideas.

—¿De qué ideas habla?

—De todo tipo de ideas. —El velocímetro del Cherokee alcanzó los noventa kilómetros y empezó a trepar más allá—. El caso es que no tengo pruebas de lo que ocurre. Ninguna prueba. Usted creía que yo había perdido la chaveta, ¿no?

Dugan asintió, aferrado con fuerza al tablero. Se sentía descompuesto otra vez. El sol, demasiado fuerte, arrancaba destellos deslumbrantes al parabrisas y al cromado.

—Lo mismo pensaron el periodista y las enfermeras. Pero en los bosques hay algo, y necesito descubrir qué es. Tomaré fotografías. Y después saldremos los dos, usted y yo, a contar todo en voz bien alta. Tal vez hallemos el modo de recuperar a mi

nieto David o tal vez no; pero, de un modo u otro, pararemos lo que está sucediendo aquí antes de que sea demasiado tarde. ¿Podremos? No: tendremos que pararlo.

La aguja del velocímetro rozaba los ciento cinco.

—¿Cuánto falta? —logró preguntar Dugan, con los dientes apretados. Estaba a punto de vomitar otra vez. Sólo deseaba contenerse hasta que llegaran.

—Kilómetro y medio —respondió Ev—. Vamos a la granja del viejo Garrick.

«Gracias a Dios», pensó el policía.

14

—No es Gard —anunció Bobbi—. Gard está desmayado en el porche de mi casa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Adley McKeen—. No puedes leerle la mente.

—Sí que puedo. Cada día un poquito más. Os digo que todavía está en el porche. Sueña que esquía.

Por un momento miraron a Bobbi en silencio. Eran diez o doce hombres, de pie frente a la iglesia metodista, ante la fachada de Minutas Haven.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Joe Summerfield, por fin.

—No lo sé —dijo Bobbi—. Pero no se trata de Gard.

Se estaba tambaleando un poquito. Tenía el rostro de una mujer de cincuenta años, no de treinta y siete. Círculos pardos de agotamiento le rodeaban los ojos. Los hombres parecieron no darse cuenta.

En la iglesia, el coro de voces entonaba *Santo, Santo, Te adoramos.*

—¡Ya sé quién es! —exclamó Dick Allison, de pronto. Sus ojos se habían vuelto extraños y opacos de odio—. Sólo existe otra persona que… Sólo conozco a una persona en la ciudad que tenga metal en la cabeza.

—¡Ev Hillman! —exclamó Newt—. ¡Por Dios!

—Tenemos que actuar —dijo Jud Tarkington—. Esos hijos de puta se están acercando. Adley, trae algunas armas de la ferretería.

—Bueno.

—Llevadlas, pero no las uséis —advirtió Bobbi, mientras recorría el círculo de hombres con la mirada—. Ni contra Hillman si se trata de él, ni contra el policía. Contra éste mucho menos. No podemos permitirnos otro desastre en Haven mientras no haya terminado del todo

(*el «convertirse»*)

—Traeré mi tubo —dijo Beach, con el rostro inexpresivo de ansiedad.

—¡Nada de eso! —exclamó Bobbi—. No más policías desaparecidos.

Los miró otra vez, a todos. Luego, a Dick Allison, que asintió.

—Es Hillman quien debe desaparecer —dijo él—. No hay otra solución. Pero tal vez no importe. Ev está loco. Un viejo loco es capaz de hacer cualquier cosa. Puede

levantar el campamento y viajar a Utah o a Idaho a esperar el fin del mundo. El policía armará un escándalo, pero lo armará en Derry, y será un escándalo que todos comprenderán. Nadie nos ensuciará el nido. Anda, Jud, ve en busca de las armas. Tú, Bobbi, acércate a la trastienda del Minutas con la camioneta. Newt, Adley, Joe: vosotros vendréis conmigo. Tú, Jud, irás con Bobbi. El resto, en el Cadillac de Kyle. ¡Vamos, lerdos!

Todos se pusieron en marcha.

15

Sssss…

El mismo sueño de siempre, algunas arrugas nuevas. Y muy extrañas. La nieve se había puesto rosada. Estaba empapada de sangre. ¿Brotaba de él? ¡Por todos los diablos!

¿Quién habría dicho que ese viejo de porquería tenía tanta sangre?

Están esquiando en la cuesta intermedia. Él sabe que debería haber hecho cuanto menos una sesión más en la de principiantes; ésta es demasiado veloz para él; más aún, toda esa nieve sanguinolenta lo distrae, sobre todo considerando que es su propia sangre.

Levanta la vista y una oleada de dolor le recorre la cabeza. Dilata los ojos. ¡En la cuesta hay un jeep!

Annemarie grita: «¡Haz una Bobbi, Gard! ¡Haz una bobbi!»

Pero él no necesita obedecer, porque se trata de un sueño. En las últimas semanas se ha convertido en un viejo amigo, como las erráticas ráfagas de música en su cabeza. Es un sueño y no hay ningún jeep *ni está en la cuesta Straight Arrow; está…*

… entrando por el camino de Bobbi.

¿Es esto un sueño? ¿O es real?

No. Se dio cuenta de que la pregunta estaba equivocada. Lo correcto era preguntarse: *¿Cuánto de todo esto es real?*

El cromado guiñó cegadoras flechas de luz hacia los ojos de Gardener. Hizo un gesto de dolor y buscó a tientas

(*¿los palos de esquí? no, no es un sueño, es verano estás en Haven*)

la barandilla del porche. Recordaba casi todo. Estaba borroso, pero lo recordaba. No había tenido lagunas desde que volvió a casa de Bobbi. Música en la cabeza, sí; pero lagunas, no. Bobbi había ido a un funeral. Más tarde volvería y los dos seguirían cavando. Lo recordaba todo, así como recordaba que la torre del ayuntamiento se había elevado en el cielo de la tarde como un enorme pájaro. Todo estaba claro. Salvo esto.

Se irguió, con las manos apoyadas en la barandilla; sus ojos enrojecidos y legañosos miraban el *jeep*, pese al resplandor. Debía de parecer un refugiado. «Gracias a Dios, las apariencias no engañan; así es como me siento».

En ese momento, el hombre que ocupaba el lado junto al asiento del conductor volvió la cabeza y vio a Gard. Era tan enorme que parecía salido de un cuento de hadas. Como llevaba gafas oscuras, Gardener no supo con seguridad si sus miradas se habían encontrado o no. Tenía la impresión de que sí, pero de un modo u otro no importaba. Conocía aquella expresión. Como veterano de medio centenar de manifestaciones, la conocía. También la conocía como ebrio que más de una vez había despertado en un calabozo.

«Por fin ha llegado la policía de Dallas», pensó. La idea portaba sensaciones de pena y de enojo…, pero sobre todo de alivio. Al menos, por el momento.

«Es un policía. Pero ¿qué está haciendo en un *jeep*? Dios, qué tamaño el de ese rostro. Debo de estar soñando, sí».

El *jeep* no se detuvo; subió por el camino de entrada y se perdió de vista. Por fin Gardener sólo oyó el motor.

«Ha ido hacia atrás. Va a los bosques. Lo sabían, sí. Oh, cielos si el Gobierno se apodera de él…»

La consternación se elevó en él como bilis; su aturdido alivio desapareció como humo. Vio a Ted, el hombre nuclear, que arrojaba su chaqueta sobre los restos diseminados de la máquina levitatoria, diciendo: «¿Qué artefacto?»

A la consternación siguió la vieja y enfermiza furia.

«*¡Eh, Bobbi, ven volando!*» chilló mentalmente, con todo el volumen que pudo.

De la nariz le brotó un chorro de sangre fresca. Retrocedió, tambaleándose y buscando a tientas un pañuelo, con una mueca de disgusto. «¿Y qué importa? ¡Que se lo lleven! De un modo u otro es el diablo: bien lo sé. ¿Qué importa si se lo lleva la policía de Dallas? Esa cosa está convirtiendo a Bobbi y a todos los de la ciudad. Sobre todo a su grupo. A los que ella se trae por la noche, tarde, cuando cree que duermo. Los que la acompañan al granero».

Eso había ocurrido dos veces, ambas a las tres de la madrugada, cuando Bobbi creía que Gardener dormía profundamente: combinación de trabajo pesado, demasiado alcohol y Valium. El nivel de las píldoras en el frasco bajaba poco a poco, por cierto, pero no porque Gardener las tomara, sino porque arrojaba un valium al inodoro todas las noches.

¿Por qué ese sigilo? No lo sabía, como tampoco sabía por qué había mentido a Bobbi sobre lo que había visto aquel domingo por la tarde. Lo de arrojar una píldora de Valium al inodoro todas las noches no era mentir, en realidad, porque Bobbi nunca le preguntaba si la había tomado; sólo miraba la cantidad restante en el frasco y sacaba la conclusión errónea que Gardener no se molestaba en cambiar.

Tampoco se había molestado en corregir la idea que Bobbi tenía de que él dormía profundamente. Por el contrario, el insomnio lo acosaba. No había borrachera que le hiciera dormir por mucho tiempo. El resultado era una especie de conciencia confusa, constante, sobre la que a veces caían finos velos grises de sueño, como medias sucias.

La primera vez que observó las luces contra la pared del cuarto de huéspedes, en la madrugada, miró por la ventana y vio que un Cadillac grande entraba por el camino. Al mirar el reloj pensó: «Ha de ser la Mafia. ¿Quién, si no, aparecería en una granja perdida en el bosque, a las tres de la madrugada, en Cadillac?»

Pero al encenderse las luces del porche vio la placa particular que decía KYLE I. Era difícil que la Mafia pusiera placas particulares en sus automóviles.

Bobbi se reunió con los cuatro hombres y la mujer que habían bajado del vehículo. Estaba vestida, pero descalza. Gardener conocía a dos de los hombres: Dick Allison, el jefe de bomberos voluntarios, y Kyle Archinbourg, agente de la propiedad inmobiliaria, dueño de aquel lujoso Cadillac. Los otros dos le resultaron vagamente familiares. En cuanto a la mujer…, era Hazel McCready.

Al cabo de algunos momentos, Bobbi los condujo hasta el granero del fondo, el que tenía un gran candado en la puerta.

Gardener pensó: «Tal vez debería salir a ver qué ocurre». Pero lo que hizo fue volver a acostarse. No quería ni acercarse al granero. Le tenía miedo. Temía ver qué había en él.

Había vuelto a dormirse.

A la mañana siguiente no quedaban rastros del Cadillac ni de los compañeros de Bobbi. En realidad, ella estaba más animada, más como antes. Gardener se había convencido de que todo era un sueño o algo salido de la botella (*delirium tremens* no, pero sí algo parecido).

Y cuatro noches después, KYLE I volvió a aparecer, con las mismas personas, que se reunieron con Bobbi y fueron al cobertizo.

Gard se dejó caer en la mecedora de Bobbi y buscó a tientas la botella de whisky que había cogido por la mañana. Allí estaba. Se la llevó lentamente a los labios y bebió. El fuego líquido cayó en su estómago y se fue esparciendo. El ruido del *jeep* comenzó a borrarse, como algo soñado. Tal vez no era otra cosa. En ese momento, todo le parecía un sueño. Como decía la canción de Paul Simon: «*Ahora Michigan me parece un sueño*». Sí, señor: Michigan, las naves extrañas sepultadas en la tierra, los Cherokee, los Cadillac en medio de la noche… Con beber lo suficiente, todo eso se borraba en un sueño.

«Pero no es sueño. Los que vienen en el Cadillac son quienes van a hacerse cargo de todo. Igual que la policía de Dallas. Igual que el viejo Ted, con sus reactores. ¿Qué les estás inyectando, Bobbi? ¿Cómo haces para sobrealimentarlos más que al resto de los genios locales? La antigua Bobbi no habría hecho una porquería así, pero el

modelo Nuevo y Perfeccionado lo hace. ¿Y cuál es la solución a todo esto? ¿Existe una solución?»

—¡Diablos por todas partes! —gritó Gardener, grandilocuente.

Tragó el resto del whisky y arrojó la botella a los matorrales, por encima de la barandilla del porche.

—¡Diablos por todas partes! —repitió.

Y perdió el sentido.

16

—Ese tipo nos ha visto —dijo Butch, en tanto el *jeep* cruzaba en diagonal la huerta de Anderson, tumbando enormes cañas de maíz y girasoles que se empinaban muy por encima del vehículo.

—No importa —dijo Ev, luchando con el volante.

Salieron al otro lado de la huerta. Las ruedas del Cherokee giraron sobre varias calabazas que estaban alcanzando su pleno tamaño, aunque todavía no era tiempo. Tenían la cáscara extrañamente pálida y, al reventar, dejaban al descubierto una pulpa de desagradable color carne.

—Si a estas alturas ellos no saben que estamos en la ciudad —agregó el viejo—, eso significa que estoy equivocado en todo… ¡Mire! ¿No se lo dije?

Una senda ancha, con huellas profundas, serpenteaba hacia dentro del bosque; Ev la tomó dando tumbos.

—Tenía el rostro ensangrentado… —Dugan tragó saliva. Le resultó difícil. Le dolía mucho la cabeza y todos los empastes de sus muelas parecían vibrar a gran velocidad. Las entrañas se le estaban dando vueltas otra vez—. Y la camisa también. Parecía como si alguien le hubiera dado una buena en la na… Deténgase; voy a vomitar otra vez.

Ev clavó los frenos. Dugan abrió la portezuela y se inclinó hacia fuera para vomitar un estrecho arroyuelo amarillo en el polvo.

Luego cerró los ojos por un momento. El mundo daba vueltas, giraba.

En la cabeza susurraban voces. Muchas voces.

(*Gard los vio grita pidiendo ayuda*)

(*cuántos*)

(*dos dos en un Cherokee iban hacia*)

—Vea —se oyó decir Butch, como desde muy lejos—, no quiero ser aguafiestas, pero estoy descompuesto. Muy descompuesto.

—Ya lo esperaba. —La voz de Hillman le llegó por un largo pasillo, lleno de ecos. De algún modo, Butch se las compuso para izarse otra vez al asiento, pero ni siquiera le alcanzaron las fuerzas para cerrar la portezuela; estaba débil como un

gatito recién nacido—. No ha tenido tiempo de desarrollar resistencia y estamos justamente donde «eso» es más potente. Aguante. Tengo algo que lo hará sentirse mejor. Al menos, eso creo.

Ev pulsó la llave que servía para bajar la ventanilla eléctrica trasera; descendió, bajó la puerta trasera y tiró de la bolsa. La arrastró hasta el asiento. Cuando miró a Dugan, el espectáculo no le gustó. El policía tenía el color de la cera, los ojos cerrados y los párpados violáceos. Respiraba con la boca entreabierta, en jadeos rápidos. Ev se distrajo un momento en preguntarse cómo era posible que «aquello» estuviera causando tal efecto en Dugan, si él, por su parte, no sentía absolutamente nada.

—Aguante, amigo —dijo.

Y usó su navaja de bolsillo para cortar la cuerda que ataba la boca de la bolsa.

—… vomitar… —jadeó Dugan.

Y expulsó un fluido pardusco. Ev vio tres dientes en el charco.

Sacó de la bolsa un tanque de oxígeno, de plástico liviano, y retiró el papel dorado que sellaba la manguera, dejando al descubierto una conexión hembra de acero inoxidable. Después extrajo una boquilla acopada, de plástico dorado, como las que se ven en los aviones a propulsión. Terminaba en un tubo de plástico blanco, segmentado, que se conectaba con una válvula macho.

«Si esto no da el resultado que ese tipo prometió, creo que este hombretón se me muere».

Introdujo la conexión macho en la hembra del tanque: violenta cópula que, con suerte, mantendría a Dugan en funcionamiento. Oyó que el oxígeno suspiraba suavemente dentro de la taza dorada. Todo funcionaba bien…, por el momento.

Se inclinó para poner la boquilla acoplada contra la boca y la nariz de Dugan, usando las bandas elásticas sujetándosela a la cabeza, y esperó los resultados con ansiedad. Si Dugan no superaba su mal trance en treinta o cuarenta segundos, saldrían de allí a toda velocidad. David había desaparecido y Hilly estaba enfermo, pero eso no le daba derecho a asesinar a Dugan, que lo había acompañado sin saber en qué se estaba metiendo.

Pasaron veinte segundos. Treinta.

Ev había puesto ya la marcha atrás, con intenciones de rodear la huerta de Anderson, cuando Dugan dio una sacudida y abrió los ojos. Se los veía muy grandes, muy azules y desconcertados por encima del borde de la boquilla dorada. Sus mejillas habían recobrado algún color.

—¿Qué diablos…? —Sus manos buscaron la boquilla a tientas.

—Déjesela puesta —dijo Ev, deteniéndolo con una mano vieja, retorcida por la artritis—. Es el aire lo que envenena. ¿Está muy necesitado de otra dosis?

Butch desistió de quitarse la boquilla, que se le bamboleó al decir:

—¿Cuánto tiempo durará esto?

—Unos veinticinco minutos, según me dijo el de la fábrica. Pero la válvula es automática, así que puede quitársela de vez en cuando. Cuando empiece a marearse, se la pone. Si se siente en condiciones de resistir, me gustaría continuar. «Eso» no puede estar lejos y… y tengo la necesidad de saber.

Butch Dugan asintió.

El Cherokee reanudó su marcha bamboleante. Dugan contemplaba el bosque que los rodeaba. Silencio. No había pájaros, animales, nada. Eso era muy raro. Feo y rarísimo, ¡qué joder!

En el fondo de la mente oía pensamientos vagos, como Un susurro de transmisiones en onda corta. Miró a Ev.

—¿Qué mierda pasa aquí, se puede saber?

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Ev, sin apartar la vista de la escarpada senda, revolvió dentro de la bolsa. El chasis del Cherokee chirrió sobre un tocón aserrado algo más arriba que los otros. Dugan hizo una mueca de dolor.

Ev sacó una gran pistola del 45. Por lo antigua que parecía, su propietario original debía haberla usado en la Primera Guerra Mundial.

—¿Es suya? —preguntó Dugan, asombrado por la prontitud con que se estaba recobrando con el oxígeno.

—Sí. A ustedes les enseñan a usar estas cosas, ¿no?

—Sí. —Aunque ésa parecía una antigüedad.

Ev se la entregó.

—Tal vez hoy tenga que usarla.

—¿Qué…?

—Cuidado. Está cargada.

Delante, la tierra se elevó de pronto. Por entre los árboles se veía un gigantesco reflejo: el sol, pegado contra un enorme objeto metálico.

Ev clavó los frenos, súbitamente aterrorizado hasta lo más hondo del corazón.

—¿Qué diablos…? —murmuró Dugan, a su lado.

El viejo abrió la portezuela y bajó. En cuanto sus pies tocaron tierra cobró conciencia de que el suelo estaba entrecruzado por pequeñas resquebrajaduras polvorientas y vibraba a gran velocidad. Un momento después, una música ensordecedora le cruzó la cabeza con la potencia de un vendaval. Se prolongó quizá durante treinta segundos, pero el dolor fue tal que pareció eterno. Por fin se borró, sin más.

Vio que Dugan estaba de pie frente al Cherokee, con la boquilla en el mentón. Sostenía el tubo por la correa con una mano y tenía la pistola en la otra. Miraba a Ev con aprensión.

—Me encuentro bien —dijo el anciano.

—¿Sí? Le sangra la nariz. Como a ese tipo que hemos visto en la granja.

Ev se limpió la nariz con el dedo y echó un vistazo al manchón de sangre. Se frotó el dedo contra los pantalones e hizo una señal afirmativa al policía.

—No olvide ponerse la máscara si empieza a marearse otra vez.

—Oh, no se preocupe.

El anciano se estiró hacia el interior del *jeep* para revolver de nuevo en su bolsa. Sacó una cámara fotográfica y algo que parecía un cruce de pistola con secador de pelo.

—¿La pistola de señales? —preguntó Dugan, sonriendo un poco.

—Sí. Póngase la máscara otra vez, agente, que está perdiendo el color.

Dugan se la puso. Los dos echaron a andar hacia aquel objeto centelleante entre los árboles. Ev se detuvo a quince metros del Cherokee. Era más que enorme: era titánico; cuando lo hubieran descubierto por completo, llegaría a empequeñecer a un transatlántico.

—Déme la mano —pidió a Dugan, con voz ronca.

El policía se la dio, pero quiso saber por qué.

—Porque estoy cagado de miedo —fue la respuesta.

Dugan le estrechó la mano. La artritis de Ev lanzó rayos, pero el anciano apretó a su vez. Al cabo de un momento, los dos siguieron caminando.

17

Bobbi y Jud sacaron las armas de la ferretería y las cargaron en la parte trasera de la camioneta. El desvío no les había llevado mucho tiempo, pero Dick y los otros les llevaban una buena ventaja. Bobbi dio a la camioneta toda la velocidad que se atrevió a intentar. La sombra del vehículo corría a su lado, acortándose a medida que se acercaba el mediodía.

De pronto, se puso rígida tras el volante.

—¿Has oído?

—Algo —dijo Jud—. Era tu amigo, ¿no?

Bobbi asintió.

—Gard los ha visto y grita pidiendo ayuda.

—¿Cuántos?

—Dos. En un *jeep*. Iban hacia la nave.

Jud descargó un puñetazo contra su rodilla.

—¡Qué hijos de puta! ¡Qué entrometidos hijos de puta!

—Los atraparemos —aseguró Bobbi—. No te preocupes.

Quince minutos después estaban en la granja. Bobbi detuvo la camioneta detrás

del Nova de Allison y el Cadillac de Archinbourg. Al mirar a aquellos hombres pensó en la similitud entre esa reunión y las que habían tenido algunas noches, los que debían

(*«convertirse» primero*)

ser especialmente fuertes. Pero Hazel no se encontraba con ellos; Beach sí; tampoco Joe Summerfield y Adley McKeen habían estado nunca detrás del cobertizo.

—Saca las armas —dijo a Jud—. Joe, ayúdale. Recordad: nada de disparos a menos que sean imprescindibles. Y, pase lo que pase, no disparéis contra el policía.

Miró hacia el porche; allí estaba Gard, tendido de espalda, con la boca abierta, respirando en lentos y herrumbrosos ronquidos. A ella se le suavizó la mirada. En Haven eran muchos (Dick Allison y Newt Berringer, para empezar) los que la criticaban por no haberse librado de Gard desde hacía tiempo. Nadie lo decía en voz alta, pero en Haven ya no era necesario hablar. Bobbi sabía que, si metía una bala en la cabeza de Gard, tendría a todo un pelotón de voluntarios, una hora después, dispuestos a ayudarle con el trabajo del desenterrado. Gard no les gustaba porque la placa en su cráneo lo tornaba inmune al «convertirse». Y también hacía que resultara difícil leer sus pensamientos. Pero en él tenía su freno… Eso era mentira. La verdad era mucho más simple: todavía lo amaba. Aún había bastante humano en ella como para amar.

Y todos debían admitir que, borracho o no, había lanzado la advertencia en el momento preciso.

Jud y Joe Summerfield volvieron con los rifles. Eran seis, de calibres diversos. Bobbi cuidó de que cinco fueran para hombres de toda su confianza. Entregó el sexto a Beach (un calibre 22), sabiendo que el hombre se quejaría si no recibía uno.

Ocupados todos con el rito de las armas, nadie vio que Gardener había entreabierto los enrojecidos ojos y los estaba mirando. Ninguno percibió sus pensamientos: había aprendido a ocultarlos.

—Vamos —dijo Bobbi—. Y recordad que quiero vivo a ese policía.

18

Ev y Butch se mantenían a buena distancia de la excavación: un tajo desigual a lo largo de trescientos metros, de izquierda a derecha; en el punto de mayor amplitud alcanzaba los dieciocho metros. A un lado descansaba la vieja camioneta mestiza de Anderson, con aspecto fatigado y agotado. Junto a ella, el tractor perfeccionado, con un gigantesco hocico de destornillador. En un cobertizo de leños descortezados había otras herramientas. Ev vio una sierra de cadena a un lado; una sierra mecánica al otro. Bajo la boca de ésta había un gran montón de serrín empapado. En el cobertizo vieron latas de gasolina y un tambor negro con el rótulo DIESEL. Al oír los primeros

ruidos en el bosque, Ev había pensado que la Papelera Nueva Inglaterra estaría talando un poco, pero allí no se trataba de una tala. Era una excavación.

Ese platillo. Ese monstruoso platillo centelleando al sol.

La vista no podía apartarse de él; volvía una y otra vez. Gardener y Bobbi habían desmontado mucho la colina. Ahora eran casi treinta metros de metal pulido que sobresalían del suelo, bajo la luz verde-dorada del sol. Si hubiesen mirado dentro de la zanja, habrían visto otros doce metros o más.

Pero ninguno de ellos quería acercarse a mirar.

—¡Dios bendito! —exclamó Dugan. La boquilla dorada se le bamboleaba en el rostro. Por encima del borde se dilataban sus ojos azules, saltones—. ¡Dios bendito, es una nave espacial! ¿Qué le parece? ¿Será nuestra o de los rusos? ¡Dios, Dios bendito, es tan grande como el *Queen Mary*! Esto no es de los rusos, esto no es… no es…

Volvió a quedar callado. Pese al oxígeno, le estaba volviendo el dolor de cabeza.

Ev levantó la cámara y tomó siete instantáneas, con tanta celeridad como se lo permitía el dedo que apretaba el botón. Después se alejó seis metros a la izquierda y tomó otras cinco, de pie junto a la astilladora.

—¡Muévase hacia la derecha! —dijo a Dugan.

—¿Eh?

—¡A la derecha! Quiero que figure en las tres últimas, para dar idea del tamaño.

—¡Ni lo piense, abuelo! —A pesar de la boquilla, su voz tenía un deje chillón.

—Son sólo cuatro pasos.

Dugan se movió cuatro pasos muy pequeños hacia su derecha y Ev levantó otra vez la cámara (Bryant y Marie se la habían regalado en el día del Padre) para tomar las tres últimas instantáneas. Aunque el policía era muy corpulento, la nave sepultada lo reducía a pigmeo.

—Bueno —dijo Ev.

Dugan volvió de inmediato a su posición anterior, caminando con pasitos dubitativos, sin dejar de mirar aquel enorme objeto redondo.

Ev se preguntó si las instantáneas saldrían bien. Le temblaban las manos. Además, quizá la nave (porque era algún tipo de nave espacial, sin duda) estuviera emitiendo radiaciones que velaran la película.

«Aunque salgan nítidas, ¿quién nos va a creer? ¿Quién, en este mundo en que los chicos van al cine todos los sábados, a ver cosas como *La guerra de las galaxias*?»

—Quiero salir de aquí —dijo Dugan.

Ev miró la nave un momento más, y se preguntó si David estaría dentro, aprisionado, vagando por incognoscibles corredores y pasando por vanos de puertas que no habían sido cortadas para la forma humana, muerto de hambre en la oscuridad. «No…, si estuviese ahí, habría muerto hace mucho tiempo, de hambre o

de sed».

Por fin, guardó la pequeña cámara en el bolsillo del pantalón, se acercó a Dugan y tomó la pistola de señales.

—Sí. Creo que…

Se interrumpió, mirando en dirección al Cherokee. Entre los árboles había una hilera de hombres y una mujer, algunos armados. Ev reconoció a todos…, y no reconoció a ninguno.

19

Bobbi echó a andar por la cuesta hacia los dos hombres. Los otros la siguieron.

—Hola, Ev —saludó ella, en tono bastante agradable.

Dugan levantó el 45, lamentando amargamente no tener su pistola de servicio.

—Alto —dijo. No le gustó el modo en que la boquilla dorada le apagaba las palabras, privándolas de autoridad, y se quitó la máscara de oxígeno—. Todos ustedes. Los que vayan armados, depongan armas. Están arrestados.

—No puedes contra todos, Butch —observó Newt Berringer, sin enojarse.

—¡Muy cierto! —gruñó Beach.

Dick Allison lo miró con el entrecejo fruncido.

—Harías bien en ponerte la máscara otra vez, Butch —recomendó Adley McKeen, con sonrisa perezosa y burlona—. Creo que la estás perdiendo.

Butch había comenzado a sentir mareos en cuanto se quitó la máscara. La cosa empeoraba al percibir el susurro incesante de esos pensamientos ajenos. Se la puso otra vez, preguntándose cuánto oxígeno quedaría en el tubo.

—Baja el arma —dijo Bobbi—. Y tú deja esa pistola de señales, Ev. Nadie quiere haceros daño.

—¿Dónde está David? —preguntó Ev, ronco—. Quiero que me lo devuelvas, bruja.

—Está en Altair-4, con Robby *el Robot* y el doctor Mobius —respondió Kyle Archinbourg, con una risita—. De picnic entre los bancos de memoria de Krell.

—Cállate —ordenó Bobbi. De pronto se sentía confundida, avergonzada, insegura. ¿Bruja? ¿Era eso lo que le había llamado el viejo? ¿Bruja? Habría querido explicarle que era una confusión, que la bruja no era ella, sino su hermana Anne.

A ella acudió una súbita y confusa imagen: la aflicción del viejo, la aflicción de Gard, la suya propia, todas mezcladas. Se distrajo. Ev Hillman aprovechó para levantar la pistola de señales y disparar. Si Dugan hubiera querido hacer lo mismo, todos le habrían adivinado las intenciones de antemano, pero con el viejo era diferente.

Se oyó un hueco *¡fuddd!* y un zumbido. Beach Jernigan estalló en una llamarada

blanca y retrocedió, tambaleándose. El 22 se le escapó de las manos. Sus ojos se opacaron, parecieron hervir y estallaron, llenos de fósforo encendido. Las mejillas se le deshicieron. Abrió la boca y empezó a lanzarse manotazos al pecho, en tanto el aire sobrecalentado que aspiraba se expandía, reventándole los pulmones. Todo ocurrió en el curso de pocos segundos.

El grupo de hombres se abrió y perdió coherencia; todos retrocedieron, pálidos de terror. Cada uno estaba oyendo la agonía de Beach Jernigan dentro de su cabeza.

—¡Vamos! —gritó Ev a Dugan, en tanto corría hacia el *jeep*.

Jud Tarkington avanzó torpemente para detenerle. Ev le cruzó la cara con el cañón caliente de la pistola, marcándole la mejilla y fracturándole la nariz. Jud retrocedió, agitando los brazos, pero tropezó con sus propios pies y cayó despatarrado.

Beach ardía en el lodoso y removido suelo. Dio un débil manotazo a su cuello, con una mano que parecía sebo retorcido, se estremeció y quedó inmóvil.

Dugan se puso en movimiento y corrió tras el viejo, que estaba manoteando la portezuela del Cherokee.

Bobbi sintió que los pensamientos de Beach se borraban hasta apagarse. Entonces giró. El viejo y el policía estaban a punto de escapar.

«*¡Por todos los santos, muchachos, detenedlos!*»

Eso quebró la parálisis general, pero Bobbi fue la primera en moverse. Alcanzó a Ev y le plantó la culata del rifle en la nuca. El viejo se golpeó el rostro contra la parte alta de la portezuela. La nariz se le llenó de sangre; cayó de rodillas, aturdido. Ella levantó la culata para golpearle otra vez. En ese momento, Dugan, de pie al otro lado del Cherokee, disparó el 45 del viejo a través de la ventanilla.

Bobbi sintió como si una maza caliente la golpeara de pronto en la parte baja del hombro derecho. El brazo de ese lado se le disparó violentamente hacia arriba, haciendo que soltara el rifle. La maza le entumeció la carne por un momento; un segundo después, el calor volvió, un calor de caldera que la cocinaba desde dentro hacia fuera.

Se vio arrojada hacia atrás; su mano izquierda buscó el sitio en que la maza la había golpeado; pero no había sangre, al menos todavía; sólo un agujero en la camisa y en la carne, bajo la tela; el agujero tenía bordes duros, calientes, palpitantes. Por la espalda le corría la sangre a chorros, pero el *shock* la había entumecido y experimentaba poco dolor. Su mano izquierda encontró la pequeña herida de entrada; la de salida era grande como el puño de un niño.

Dick Allison estaba pálido y con el rostro flojo de pánico.

«*Esto no marcha bien por Dios no marcha nada bien hay que atraparlo antes de que nos mate oh maldito policía maldito policía maldito policía*».

—¡No le dispares! —aulló Bobbi.

El dolor estalló en todo su cuerpo. La sangre le brotó de la boca en una llovizna despareja. La bala le había desgarrado el pulmón derecho.

Allison vaciló. Antes de que Dugan pudiera levantar de nuevo el arma, Newt y Joe intervinieron. Cuando el policía giró hacia ellos, Newt le golpeó con la culata de su rifle la mano que sostenía la pistola. El segundo disparo dio en la tierra.

—¡Quieto, agente! ¡Quieto o lo matamos! —gritó John Enders, el director, de la escuela primaria—. ¡Le estamos apuntando con cuatro rifles!

Dugan miró alrededor: cuatro hombres armados. Y Allison, con los ojos inexpresivos, a un paso de desintegrarse, listo para disparar al menor pedo de ardilla.

«De cualquier modo te van a matar. Al menos actúa como John Wayne. Están todos locos, qué joder».

—No —dijo Bobbi, apoyada contra el capó del *jeep*; la sangre le brotaba de la boca sin cesar. La camisa se le estaba empapando por atrás—. No estamos locos. No vamos a matarle. Revíseme.

Dugan hurgó torpemente la mente de Bobbi Anderson y vio que decía la verdad…, pero en alguna parte había una trampa, algo que él habría captado si no hubiese sido tan novato en el fantasmagórico truco de leer los pensamientos. Era como la letra pequeña de los contratos tramposos. Más tarde lo pensaría. Esos fulanos eran aficionados; tal vez tendría alguna oportunidad de salir de ésa sin problemas. Siempre que…

De pronto Adley McKeen le arrancó la máscara de oxígeno. Casi de inmediato, Butch experimentó una oleada de mareos.

—Así me parece mejor —dijo Adley—, si le falta su aire de lata, no se le ocurrirá escapar.

Buth luchó contra el mareo y miró otra vez a Bobbi Anderson.

«Creo que está a punto de morir».

«*Piensa lo que quieras*».

Irguió la espalda y dio un paso atrás, con la cabeza colmada por ese pensamiento inesperado. La miró con más atención.

—¿Y el viejo? —preguntó, directamente.

—Eso no le… —Bobbi tosió, salpicando sangre. En las fosas nasales se le formaron burbujas. Kyle y Newt echaron a andar hacia ella, pero Bobbi los alejó con un ademán—. No le incumbe. Usted y yo iremos en el asiento delantero del *jeep*. Usted, al volante. Por si se le ocurre algo extraño, en la parte trasera habrá tres hombres armados.

—Quiero saber qué van a hacer con el viejo —repitió Butch.

Bobbi levantó el arma con gran esfuerzo y se apartó el cabello sudoroso de los ojos, usando la mano izquierda. La derecha pendía a un lado, inútil. Era como si deseara dejarse ver por Dugan con toda claridad, dejarse medir por él. Butch lo hizo.

La frialdad que veía en los ojos de la mujer era auténtica.

—No quiero matarle —dijo, con suavidad—, y usted lo sabe. Pero si dice una palabra más, haré que estos hombres lo ejecuten aquí mismo. Lo sepultaremos junto a Beach y correremos el riesgo.

Ev Hillman estaba forcejeando para ponerse de pie. Parecía aturdido, como si no supiese bien dónde estaba. Se limpió con el brazo la sangre de la frente, igual que habría hecho con el sudor.

Butch sintió una oleada de vértigo. De pronto se le ocurrió una idea de lo más consoladora: «Esto es un sueño. Sólo un sueño».

Bobbi sonrió sin humor.

—Piénselo si quiere —dijo—. Pero suba al *jeep*.

Butch se deslizó detrás del volante y Bobbi echó a andar hacia la otra portezuela. Empezó a toser otra vez, escupiendo sangre, y se le doblaron las rodillas. Dos de los otros tuvieron que sostenerla.

«Ahora sé con seguridad que está a punto de morir».

Bobbi giró la cabeza para mirarlo. Esa clara voz mental

(*piensa lo que quieras*)

volvió a llenarle la cabeza.

Archinbourg, Summerfield y McKeen se apretujaron en el asiento trasero del Cherokee.

—Conduzca —susurró Bobbi—. Despacio.

Butch comenzó a retroceder. Vería a Everett Hillman una vez más, pero no lo recordaría. Más tarde, la mayor parte de su mente habría sido borrada como tiza de una pizarra. El viejo estaba erguido bajo el sol, con aquella estupenda forma de platillo tras él, rodeado por hombres corpulentos. A un metro y medio de distancia había algo en el suelo, algo que parecía un leño chamuscado.

«No estuviste nada mal, viejo. En tus tiempos habrás sido todo un tipo…, y no estabas loco, ya lo creo que no».

Hillman levantó la vista y se encogió de hombros, como diciendo: «Bueno, al menos lo intentamos».

Más mareos. A Butch le fallaba la vista.

—No sé si podré conducir —dijo; su voz le tronó en los oídos como desde muy lejos—. Esto… me descompone.

—¿Queda algo de aire en su aparatito, Adley? —susurró Bobbi.

Estaba pálida como la ceniza. Por comparación, la sangre de sus labios parecía muy roja.

—La máscara silba un poquito.

—Pónsela.

Un momento después de tenerla firmemente plantada sobre la boca y la nariz,

Butch empezó a sentirse mejor.

—Disfrútala mientras puedas —susurró Bobbi.

Y se desmayó.

20

—Las cenizas a las cenizas…, el polvo al polvo. Así entregamos los restos de Ruth McCausland a la tierra y su alma a un Dios lleno de amor.

Los deudos habían pasado al bonito cementerio de la colina, al oeste de la aldea. Formaban un grupo poco denso alrededor de la sepultura abierta. El ataúd de Ruth estaba suspendido sobre la fosa, colgado de poleas. Había allí muchos concurrentes, aunque menos que en la iglesia. Varios de los forasteros, ya atacados de náuseas y dolor de cabeza, ya febrilmente ardorosos por extrañas ideas nuevas, habían aprovechado la oportunidad del traslado para escurrirse.

Ante la cabecera de la tumba, las flores ondulaban bajo la brisa fresca. Al levantar la cabeza, el reverendo Goohringer vio una rosa amarilla que rodaba por la colina cubierta de césped. Más allá de la cerca blanca, castigada por el clima, se veía la torre del ayuntamiento. Ondulaba apenas en el aire, como algo visto a través de la reverberación del calor. Aun así, la ilusión óptica era estupenda. Los forasteros presentes en la ciudad habían visto la mejor proyección de diapositivas de la historia, y ni siquiera lo sabían.

Sus ojos se cruzaron con los de Frank Spruce por un instante. En él leyó un claro alivio; tal vez Frank leía lo mismo en los de él. Muchos de los forasteros volverían a sus lugares de origen y dirían a sus amigos que la muerte de Ruth había agitado a la pequeña comunidad hasta sus cimientos; los vecinos parecían casi fuera de la realidad. Lo que ninguno sabía, según Goohringer se dijo, era que estaban siguiendo con la mayor atención lo que acontecía junto a la nave. Por un rato las cosas habían salido muy mal. Ahora todo estaba otra vez bajo control, pero Bobbi Anderson podía morir si no la llevaban a tiempo al granero. Y eso era feo.

Aun así, todo estaba bajo control. El «convertirse» continuaría. Y eso era lo único que importaba.

Goohringer tenía la Biblia abierta en una mano. Sus páginas se agitaban un poco con el viento. Levantó la otra mano y los deudos que rodeaban la tumba bajaron la cabeza.

—Que el Señor te bendiga y te proteja; que el Señor levante Su rostro y lo haga brillar hacia ti y te dé la paz. Amén.

Los concurrentes levantaron la cabeza. Goohringer sonrió.

—Quienes deseen permanecer reunidos un rato más, recordando a Ruth, encontrarán un refrigerio en la biblioteca.

El Acto II había terminado.

21

Kyle introdujo la mano con suavidad en el bolsillo de Bobbi y hurgó hasta encontrar el llavero. Eligió una de las llaves y la insertó en el candado, pero sin hacerla girar.

Adley y Joe Summerfield vigilaban a Dugan, que seguía sentado tras el volante del *jeep*. A Butch le costaba cada vez más sacar oxígeno de la mascarilla. La aguja del artefacto estaba en rojo desde hacía cinco minutos. Kyle se reunió con ellos.

—Ve a ver qué hace el borracho —dijo Kyle a Joe Summerfield—. Parece que aún está sin sentido, pero no confío en él.

Joe cruzó el patio lateral, subió al porche y examinó a Gardener con atención; su aliento agrio le arrancó una mueca. No había duda: Gardener había sacado otra botella de whisky para emborracharse hasta perder la conciencia.

Mientras los otros dos lo esperaban, Kyle dijo:

—Lo más probable es que Bobbi muera. Y en ese caso, lo primero que haré será desembarazarme de ese idiota.

Joe se acercó a ellos.

—Está desmayado —dijo.

Kyle hizo un gesto de asentimiento y dio vuelta a la llave en el candado, en tanto Joe ayudaba a Adley a vigilar al policía. Sacó el candado y abrió un poco la puerta. Surgía una luz verde, brillante, tan intensa que parecía opacar al sol. Se oía un extraño ruido de líquido agitado. Era casi (aunque no del todo) como el ruido de una máquina.

Kyle dio un involuntario paso hacia atrás y su rostro se endureció por un momento en una expresión de miedo, asco y respeto religioso. Bastaba el olor, un fuerte y fétido olor orgánico, para tumbar a cualquiera. Kyle sabía, como todos ellos, que el carácter dual de los *Tommyknockers* comenzaba a unificarse. La danza del engaño tocaba a su fin.

Chapoteos líquidos, ese olor… y otro ruido. Algo parecido al débil y burbujeante gruñido de un animal que se ahoga.

Kyle había estado allí dentro dos veces, pero era poco lo que recordaba. Sabía, por supuesto, que se trataba de un lugar importante, de un gran lugar, que había acelerado su propio «convertirse». Pero su parte humana le tenía aún un miedo supersticioso.

Fue a reunirse con Adley y Joe.

—No podemos esperar a los otros —dijo—. Debemos meter ahí a Bobbi ahora mismo para que tenga alguna probabilidad de salvarse.

Vio que el policía se había quitado la máscara. El tubo, ya agotado, estaba en el asiento vecino. Mejor así. Tal como Adley había dicho en el bosque, si no tenía aire en lata no pensaría en escapar.

—No dejes de apuntarle —recomendó—. Tú, Joe, ayúdame con Bobbi.

—¿A qué?, ¿a llevarla al granero?

—¡No, al zoológico para que vea los leones! —gritó Kyle—. ¡Al granero, por supuesto!

—Creo que…, creo que no quiero entrar. Ahora no. —Joe apartó la vista de aquella luz verde para mirar a Kyle, con una sonrisa avergonzada, algo descompuesta.

—Te ayudaré yo —ofreció Adley, con suavidad—. Bobbi es una buena amiga. Sería una lástima que estirara la pata antes de llegar al final de todo esto.

—Está bien —dijo Kyle. Y ordenó a Joe—: Vigila al policía. Si haces alguna cagada, te juro que te mato.

—Nada pasará, Kyle —aseguró Joe. La avergonzada sonrisa aún le rondaba la boca, pero no había duda de que había alivio en sus ojos—. Ve tranquilo. Lo vigilaré bien.

—Te conviene —dijo Bobbi, con voz débil.

Todos se sobresaltaron. Kyle le echó un vistazo y miró a Joe, que se acobardó ante el abierto desprecio de aquella mirada. Aun así, se mantuvo de espaldas al cobertizo, a la luz, a aquellos ruidos de agua revuelta.

—Vamos, Adley —dijo Kyle, por fin—. Llevemos a Bobbi. Cuanto antes comencemos, antes se terminará.

Adley McKeen, un cincuentón medio calvo y corpulento, vaciló apenas por un momento.

—¿Es…? —Se humedeció los labios con la lengua—. ¿Es feo, Kyle? ¿Lo de allí dentro?

—La verdad, no me acuerdo —respondió el otro—. Sólo sé que al salir me sentía como nunca de bien. Igual que si supiera más. Como si pudiera hacer más cosas.

—Oh —murmuró Adley, con voz casi inexistente.

—Tú serás uno de nosotros, Adley —dijo Bobbi, con la misma voz débil.

McKeen afirmó las facciones, aunque todavía tenía miedo.

—Está bien —dijo.

—Trataremos de no hacerte daño —indicó Kyle.

Metieron a Bobbi en el cobertizo. Joe Summerfield apartó un instante su atención de Dugan para seguirles con la vista mientras desaparecían en el resplandor…, y tuvo la sensación de que en verdad desaparecían.

Su descuido fue breve, pero al antiguo Butch Dugan le habría bastado. Ni siquiera en esa situación dejó de apreciar la oportunidad; sólo que era incapaz de

aprovecharla. No tenía fuerza en las piernas; el estómago le daba vueltas; la cabeza le palpitaba.

«No quiero entrar ahí».

Si decidían llevarlo a rastras, no podría evitarlo. Estaba débil como un gatito.

Se dejó llevar por la semiinconsciencia.

Al cabo de un rato oyó voces y levantó la cabeza. Era difícil, porque tenía la sensación de que alguien le había volcado cemento por una de las orejas hasta llenarle la cabeza. El resto del grupo salía de la maraña formada por la huerta de Bobbi Anderson, llevando a empujones al viejo. A Hillman se le enredaron los pies y cayó. Uno de ellos, Tarkington, lo levantó de un puntapié, y sus pensamientos llegaron a Butch con claridad: estaba indignado por el asesinato de Beach Jernigan.

Hillman avanzó a tropezones hacia el Cherokee. Entonces, la puerta del granero se abrió para dar paso a Kyle Archinbourg y a Adley McKeen. Adley no parecía ya asustado; los ojos le brillaban y tenía los labios encendidos en una gran sonrisa sin dientes. Pero eso no era todo. Había algo más…

Butch lo captó de inmediato.

En los pocos minutos que los dos hombres habían permanecido en el granero, Adley McKeen parecía haber perdido buena parte de su cabello.

—Entraré cuantas veces haga falta, Kyle —decía—. No hay problema.

Hubo más, pero todo quería borrarse otra vez, y Butch lo permitió.

El mundo se fue oscureciendo hasta que sólo quedaron esos chapoteos y la impresión visual de aquella luz verde en los párpados.

22

Acto III.

Sentados todos en la Biblioteca Municipal, acordaron que se le cambiaría el nombre por el de Biblioteca Ruth McCausland. Bebían café, té helado, Coca-Cola y cerveza sin alcohol: nada alcohólico. En el velatorio de Ruth, jamás. Comían pequeños bocadillos triangulares de atún, de queso y crema con aceitunas, de queso con pimiento. Comían carnes frías y una gelatina llena de bastoncitos de zanahoria rallada, como fósiles suspendidos en ámbar.

Conversaron mucho, pero la sala se mantenía casi siempre en silencio. Si hubiese habido allí micrófonos ocultos, los espías se habrían llevado una desilusión. La preocupación que había puesto tensos muchos rostros en la iglesia, mientras la situación del bosque tendía a caer fuera de control, había pasado ya. Bobbi estaba en el granero. Ese viejo entrometido también se encontraba allí. Y por último habían llevado adentro al policía metomentodo.

La mente grupal perdió el contacto con ellos en cuanto entraron en el denso

fulgor de aquella luz verde, como de bronce corroído.

Comían, bebían, escuchaban, conversaban; nadie decía una palabra y eso estaba bien. El último de los forasteros había abandonado la ciudad tras la bendición de Goohringer y Haven era otra vez para ellos solos.

(*ahora todo saldrá bien*)

(*sí lo de Dugan será comprensible*)

(*estamos seguros*)

(*sí todos comprenderán creerán comprender*)

El sonido más potente de la sala era el tic tac del reloj colgado sobre la repisa, donado por la escuela primaria tras la recolección primaveral de botellas y latas. A veces, el decoroso tintineo de la porcelana. Más allá de las ventanas abiertas, débil, el ruido de un avión lejano.

Ni un solo gorjeo.

Tampoco los echaban de menos.

Comieron y bebieron; y cuando sacaron a Dugan del cobertizo de Bobbi, a eso de la una y media de la tarde, todos lo supieron. Se levantaron y de inmediato empezó la conversación, una conversación de verdad. Se taparon los recipientes herméticos; los bocadillos intactos fueron recogidos. Claudette Ruvall, la madre de Ashley, cubrió con papel de aluminio los restos de guiso que había llevado. Todos salieron y emprendieron el regreso a sus casas, sonriendo y charlando.

El Acto III había terminado.

23

Gardener volvió en sí al atardecer, con un horrible dolor de cabeza y la sensación de que habían ocurrido cosas, cosas que no podría recordar.

«Al fin lo has conseguido, Gard —pensó—. Por fin has logrado otra laguna. ¿Satisfecho?»

Logró bajar del porche y rodear la casa, tembloroso, para vomitar en un sitio que no estuviera a la vista de la carretera. No le sorprendió ver sangre en el vómito. No era la primera vez, aunque nunca en tal cantidad.

Sueños, Dios, qué pesadillas extrañas había tenido, con lagunas o sin ellas. Gente yendo y viniendo por ahí; tanta gente que sólo faltaban una banda militar y la policía.

La policía de Dallas ha estado aquí esta mañana y tú te has emborrachado para no verla, estúpido cobarde.

Pesadillas. Eso era todo.

Se apartó del vómito que tenía entre los pies. El mundo ondulaba y perdía nitidez con cada latido de su corazón, y Gardener comprendió de pronto que había estado muy cerca de la muerte. Después de todo, se estaba suicidando…, sólo que con

lentitud. Apoyó los brazos contra un lado de la casa y la frente contra ellos.

—Señor Gardener, ¿se siente bien?

—¡Eh! —exclamó, irguiéndose de pronto.

Su corazón golpeó en dos latidos violentos, se detuvo por lo que pareció una eternidad y luego volvió a latir, pero tan deprisa que casi no se distinguía una pulsación de la siguiente. El dolor de cabeza ascendió de repente a niveles insoportables. Se volvió en redondo.

Allí estaba Bobby Tremain, con rostro sorprendido, quizás algo divertido…, pero sin lamentar mucho el susto que le había dado.

—Caramba, no era mi intención sobresaltarlo, señor Gardener…

«Pues lo hiciste, qué joder, y lo sabes, qué joder».

El chico Tremain parpadeó varias veces. Gardener se dio cuenta de que había captado parte de su pensamiento. Y descubrió que no le importaba ni una mierda.

—¿Dónde está Bobbi? —preguntó.

—No estoy…

—Sí, estás. Aquí mismo. Te tengo a la vista. ¿Dónde está Bobbi?

—Bueno, se lo diré —dijo el chico.

Su rostro se torno muy abierto, muy franco, de ojos muy grandes, y Gardener recordó de pronto sus tiempos de profesor. Era la expresión que ciertos estudiantes ponían, después de haber estado el fin de semana esquiando, bebiendo y fornicando, para decir que no podían presentar el trabajo de clase porque su madre había muerto el sábado.

—Sí, anda, dímelo.

Se recostó contra la casa, contemplando al adolescente bajo la rojiza luz del crepúsculo. Por encima de su hombro veía el granero, con el candado y las ventanas cegadas por tablas.

Recordó que ese granero había formado parte del sueño.

«¿Sueño? ¿O lo que no quieres admitir como realidad?»

Por un momento, el chico pareció auténticamente desconcertado por lo cínico de su expresión.

—La señorita Anderson sufrió una insolación. Algunos de los hombres la encontraron cerca de la nave y la llevaron al hospital de Derry. Usted estaba sin sentido.

Gardener irguió la espalda.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé. Ellos están todavía en el hospital, y nadie ha telefoneado. Al menos, hasta las tres de la tarde no hubo llamadas. A esa hora vine hacia aquí.

Gardener se apartó de la pared y rodeó la casa, luchando contra la resaca. Había esperado que el chico mintiera. Tal vez había mentido sobre la naturaleza de lo que

afectaba a Bobbi, pero se percibía un fondo de verdad en eso: Bobbi estaba enferma, herida o algo así. Eso explicaba las idas y venidas del sueño. Tal vez Bobbi los había llamado con la mente. Seguro. Los había llamado con la mente: el mejor truco de la semana. Cosa que sólo ocurría en Haven.

—¿Adónde va? —preguntó Tremain, con voz áspera.

—A Derry.

Gardener había llegado al camino de entrada. Allí estaba la camioneta de Bobbi, junto al gran Dodge Challenger amarillo del chico. Gard se volvió hacia él. El ocaso le pintaba reflejos rojos y sombras negras en el rostro, lo que le daba el aspecto de un indio. Gardener lo pensó mejor y comprendió que no iría a parte alguna. Aquel muchacho de hombros de atleta, con su veloz automóvil, no estaba allí sólo para dar la mala noticia a Gard en cuanto lograra descartar los vapores alcohólicos y reintegrarse al mundo de los vivos.

«Y yo debo creer que Bobbi estaba allá, en el bosque, excavando como una loca, y se derrumbó de una insolación mientras su socio-de-a-ratos yacía en el porche, más borracho que una cuba, ¿no? Buen truco, porque ella debía encontrarse en el funeral de la McCausland. Fue a la aldea y yo me quedé solo, pensando en lo que vi el domingo… y así comencé a beber, como ocurre siempre. Claro que Bobbi pudo haber ido al funeral, volver, cambiarse y salir a trabajar en el bosque hasta sufrir la insolación…, pero no es eso lo que ocurrió. Este chico miente. Lo lleva escrito en el rostro. Y de pronto me alegro muchísimo de que no pueda leer mis pensamientos, qué joder».

—La señorita Anderson preferiría que usted se quedara en casa y siguiera con el trabajo —observó Bobby Tremain, con serenidad.

—¿Eso crees?

—Es lo que todos creemos.

Por un momento, el chico pareció más desconcertado que nunca, cauteloso, algo vacilante. «Tal vez no esperaba que el borracho mimado de Bobbi tuviera todavía garras o dientes». Eso despertó otro pensamiento en él, mucho más extraño. Miró al muchacho con atención bajo aquella luz que comenzaba a desvanecerse en anaranjados y rosados cenicientos. Hombros de atleta, lindas facciones, barbilla hendida, pecho voluminoso, cintura estrecha. Bobby Tremain, el estadounidense modelo. Se explicaba que la chica Colson estuviera chiflada por él. Pero la boca hundida, poco firme, no iba con el resto. Eran ellos quienes perdían dientes y más dientes, no Gard.

«Bueno, ¿para qué lo han enviado? Para que me vigile, para que no me deje mover de casa. Pase lo que pase».

—De acuerdo —dijo a Tremain, con voz más conciliatoria. Si eso creen…

El muchacho se relajó un poco.

—Sí, de veras.

—Bueno, vamos a preparar café. Me vendrá bien. Me duele la cabeza. Y mañana temprano tendremos que ponernos al tajo. —Miró a Tremain—. Porque tú vendrás a ayudar, ¿no? Es parte del asunto, ¿verdad?

—Eh…, sí señor.

Gardener asintió. Por un momento, desvió la mirada hacia el granero; a la luz que moría vio un verde brillante tatuado en los pequeños espacios que dejaban las tablas. Por un momento, el sueño reverberó casi al alcance de su mano: mortíferos zapateros que martilleaban artefactos desconocidos en aquel fulgor verdoso. Nunca hasta entonces lo había visto refulgir tanto. Notó que, al mirar en aquella dirección, los ojos de Tremain se desviaban, inquietos.

Por la mente de Gardener flotó la letra de una vieja canción: «*No sé lo que hacen, pero ríen y ríen tras la puerta verde… ¿Qué secreto escondes, puerta verde?*»

Y el ruido. Leve…, rítmico… Nada identificable…, pero sí desagradable.

Los dos habían vacilado. Por fin Gardener siguió su camino hacia la casa. Tremain fue tras él, agradecido.

—Sí señor —dijo Gardener, como si la conversación no hubiera sufrido pausas—, me vendrá bien un poco de ayuda. Bobbi calculó que llegaríamos a alguna especie de escotilla dentro de dos semanas…, y que podríamos entrar.

—Sí, lo sé —dijo el muchacho, sin vacilar.

—Pero eso decía yo si trabajábamos los dos…

—Oh, siempre habrá otra persona con usted —dijo Tremain, con una sonrisa franca. Por la espalda de Gardener corrió un escalofrío.

—¿Sí?

—¡Sí, delo por seguro!

—Hasta que Bobbi vuelva.

—Hasta entonces —convino el muchacho.

«Pero no cree que Bobbi vuelva. Jamás».

—Vamos —dijo—. Tomaremos un café. Después quizá comamos algo.

—Me parece bien.

Entraron, dejando que el granero siguiera con sus chapoteos y murmullos en la creciente oscuridad. Al desaparecer el sol, las costuras verdes de las rendijas fueron cobrando fulgor. Un grillo saltó hacia la línea luminosa que una de aquellas rendijas pintaba en el suelo, fina como una raya de lápiz, y cayó muerto.

DIEZ

LIBRO DE LOS DÍAS: LA CIUDAD. CONCLUSIÓN

1

Jueves, 28 de julio.

Butch Dugan despertó en su propia cama, en la ciudad de Derry, exactamente a las tres y cinco de la madrugada. Apartó la ropa y bajó los pies al suelo. Tenía los ojos hinchados y aturdidos; el rostro abotargado por el sueño. La ropa que se había puesto para el viaje a Haven con el viejo, el día anterior, estaba en la silla, junto a su pequeño escritorio. En el bolsillo superior de la camisa había un bolígrafo. Era lo que quería. Ése parecía ser el único pensamiento que su mente admitía con claridad.

Se levantó, fue a la silla, cogió el bolígrafo, arrojó la camisa al suelo, se sentó y así estuvo durante, varios segundos, mirando la oscuridad, a la espera del pensamiento siguiente.

Butch había entrado en el granero de Anderson, pero de allí salió muy poco de su persona. Parecía encogido, disminuido. No tenía recuerdos claros de nada. No habría podido decir cuál era su segundo nombre; tampoco recordaba en absoluto que lo hubieran llevado hasta la línea municipal Haven-Troy, en el Cherokee alquilado por Hillman, ni haberse deslizado tras el volante después de que Adley McKeen bajara para encaminarse al Cadillac de Kyle Archinbourg. Del mismo modo, no recordaba haber vuelto a Derry conduciendo por sus propios medios. Sin embargo, todo eso había ocurrido.

Estacionó el Cherokee frente al edificio donde el viejo había alquilado su habitación; lo cerró con llave y subió a su propio coche. A dos manzanas de distancia se había detenido el tiempo suficiente para dejar caer las llaves del *jeep* en una alcantarilla.

Había ido directamente a la cama, para dormir hasta que el reloj despertador implantado en su mente lo despertara.

Por fin se activó una nueva conexión. Butch parpadeó una o dos veces, abrió un cajón, sacó un bloc y escribió:

El martes por la noche dije que no podía ir al funeral porque estaba enfermo. Era verdad. Pero no se trataba de mi estómago. Iba a pedirle que se casara conmigo, pero lo postergué una y otra vez. Temía que me rechazara. Tal vez, si yo no hubiera tenido miedo, ella estaría aún con vida. Desde que ha muerto, no tengo nada por lo que vivir.

Lamento este desastre.

Contempló la nota por un momento y luego firmó al pie: Anthony F. Dugan.

Dejó el bolígrafo y la nota a un lado. Siguió sentado, muy erguido, mirando por la ventana.

Por fin, otro relé se puso en marcha.

El último relé.

Se levantó para acercarse al ropero. Marcó la combinación de la caja fuerte que había en la pared y sacó su Magnum 357 de ella. Se echó la pistolera al hombro, volvió al escritorio y se sentó.

Pasó un momento pensando, con el entrecejo fruncido. Por fin, volvió a levantarse, apagó la luz del ropero, lo cerró y tornó a sentarse ante el escritorio. Sacó la 357 de su funda, se apoyó el cañón en el párpado izquierdo y apretó el gatillo. La silla cayó hacia atrás, con un sonido de madera nada dramático: el de la trampilla del patíbulo al abrirse hacia abajo.

2

Viernes, 29 de julio. Primera plana del *Daily News* de Bangor.

APARENTE SUICIDIO DE UN AGENTE DE LA POLICÍA ESTATAL DE DERRY

Tenía a su cargo el caso de los agentes desaparecidos

El cabo Anthony Dugan, Alias Butch, de la policía estatal con base en Derry, se ha suicidado con un disparo de su arma reglamentaria, en la madrugada del jueves. Su fallecimiento ha conmovido los cuarteles de Derry, ya sacudidos la semana pasada por la desaparición de dos agentes, golpe difícil…

3

Sábado, 30 de julio.

Gardener, sentado en un tocón del bosque, sin camisa, comía un bocadillo de atún y huevo, que iba regando con café helado, fortalecido con un poco de coñac. Frente a él, sentado en otro tocón, estaba John Enders, el director de la escuela. Enders no

estaba hecho para los trabajos rudos; aunque sólo era mediodía, se le veía acalorado y casi exhausto.

Gardener lo señaló con la cabeza.

—No te comportas mal —dijo—. Mejor que Tremain al menos. Tremain sería capaz de quemar el agua que pusiera a hervir.

Enders esbozó una vaga sonrisa.

—Gracias.

Gard miró más allá, hacia la gran silueta circular que asomaba de la tierra. La zanja continuaba ensanchándose; cada vez había que usar más redes plateadas para impedir que se produjeran deslizamientos. No tenía la menor idea de cómo las hacían, pero sabía que, a punto de acabarse la gran cantidad almacenada en el sótano, un par de mujeres había llegado en un camión desde la ciudad, el día anterior, con una nueva cantidad de esa tela metálica, pulcramente plegada, como si fuesen cortinas recién planchadas. La creciente necesidad de la red se debía a que seguían rebajando la colina…, y el objeto se prolongaba hacia abajo. Su sombra habría podido cobijar ya toda la casa de Bobbi.

Miró otra vez a Enders. El director observaba el platillo con expresión de respeto religioso, lleno de adoración, como si fuese un druida en su primer viaje a Stonehenge.

Gardener se levantó, tambaleándose un poquito.

—Vamos —dijo—. Hagamos algunas voladuras.

Semanas antes, él y Bobbi habían llegado a un punto en donde la nave estaba incrustada en la roca, como un trozo de acero en cemento. La roca no le había hecho daño; el casco gris perla no mostraba ni el más ligero rasguño, ni una abolladura. Pero había que liberarla a fuerza de voladuras. Este trabajo habría debido correr por cuenta de un equipo de demolición que supiera usar dinamita en grandes cantidades…, en otras circunstancias.

Pero ante los explosivos disponibles por entonces en Haven, la dinamita resultaba obsoleta. Gardener aún no sabía con seguridad qué había provocado la explosión de la aldea; tampoco estaba seguro de que deseara saberlo. De cualquier modo, era una duda sin solución, porque de eso nadie hablaba. Fuera lo que fuese, sabía que una enorme masa de ladrillos se había lanzado como un cohete, con participación de ciertos explosivos nuevos y perfeccionados. Recordaba otras épocas en que habría malgastado tiempo en preguntarse si la sobrealimentación mental que el artefacto de Bobbi estaba lanzando al aire produciría armas. Esas épocas parecían ahora muy distantes; y aquel Jim Gardener, ingenuo hasta lo increíble.

—¿Podrás, Johnny? —preguntó al director de escuela.

Enders se levantó con una mueca de dolor, llevándose las manos a la parte baja de la espalda. Se lo veía agotado, pero aun así logró sonreír un poco. Parecía reanimarse

cuando miraba a la nave. Sin embargo, por la comisura de un ojo le corría una gota de sangre: una única lágrima roja. Allí dentro se le había reventado algo. «Es por estar tan cerca de la nave», pensó Gard. Bobby Tremain, en el primero de los dos únicos días que había estado «ayudándolo», escupió los últimos dientes como balas de ametralladora con sólo acercarse.

Pensó decir a Enders que algo le goteaba detrás del ojo derecho, pero prefirió dejar que lo descubriera por sí solo. Nada le ocurriría. Tal vez. Y si algo le ocurría Gardener no se afligiría mucho; y esa idea le horrorizaba más que nada.

«¿Y por qué afligirte? ¿Tratas de engañarte pensando que estos gatos siguen siendo humanos? En ese caso, espabílate, Gard, amigo».

Empezó a bajar la cuesta y se detuvo ante el último tocón, allí donde la tierra pedregosa daba paso a un lecho de roca astillada. Recogió una simple radio de transistores hecha de plástico amarillo, resistente a los golpes. Estaba conectada al tablero de una calculadora. Y de pilas, por supuesto.

Gardener descendió hasta el borde de la zanja; tarareaba mientras bajaba, pero al llegar allí se le acabó el tarareo y quedó en silencio, contemplando el titánico flanco gris de la nave. Aunque el espectáculo no le reanimaba, sí le inspiraba un profundo respeto, con ecos de un miedo cada vez más oscuro.

«Pero todavía tienes esperanzas. Mentirías si lo negaras. La clave puede estar aquí…, en alguna parte».

Sin embargo, a medida que el miedo se hacía más profundo, más se oscurecían sus esperanzas. Pronto desaparecían por entero.

El rebajado de la montaña hacía que el flanco de la nave estuviera lejos de la mano. Claro que él no deseaba tocarla; no le gustaba la sensación de su cabeza convirtiéndose en un enorme altavoz. Dolía. Ahora sangraba muy rara vez al tocarlo (y a veces el contacto era inevitable), pero, la descarga de radio no dejaba nunca de producirse, y a veces le brotaba por la nariz o por las orejas mucha más sangre de la que él habría querido ver. Gardener se preguntó por un momento cuánto tiempo prestado habría vivido ya, pero tampoco tenía respuesta para esa pregunta. Desde la mañana en que despertó en aquel rompeolas todo había sido tiempo prestado. Estaba enfermo y lo sabía, aunque no tan enfermo que no fuera capaz de apreciar la ironía de la situación: después de romperse el lomo excavando esa porquería, con una variedad de herramientas que parecían salidas de un catálogo de rarezas; después de hacer lo que todos los habitantes del lugar no hubieran realizado sin agotarse hasta la muerte en una especie de trance hipnótico, tal vez no le fuese dado entrar en la nave si llegaban a la escotilla que Bobbi esperaba encontrar. Pero estaba decidido a intentarlo, eso desde luego.

Apoyó una bota en el estribo de cuerda, ajustó el nudo y se metió el temporizador de la carga en la camisa.

—Bájame despacio, Johnny.

Enders comenzó a dar vueltas a una manivela y Gardener se fue deslizando hacia abajo. A su lado corría el casco liso y gris.

Era probable que si hubiesen querido deshacerse de él, no les hubiera costado mucho. Bastaba con enviar una orden telepática a Enders: *Suelta la cuerda, John, hemos acabado con él.* Y Gard se estrellaría en un fondo de sólida roca, doce metros más abajo, con la cuerda floja ondulando tras él. *Crunch.*

De cualquier modo, se hallaba a su merced. Era de suponer que le reconocían de utilidad, aun a regañadientes. El chico Tremain, pese a ser joven y fuerte como un toro, se había agotado en dos días. Enders resistiría hasta el final de esa jornada, tal vez, pero Gard habría apostado cualquier cosa a que a la mañana siguiente otro sería el encargado de vigilarlo.

«Bobbi estaba bien».

Mierda que estaba bien…, si tú no hubieses vuelto, se habría matado.

«Pero resistía allí mejor que Enders y Tremain…»

Su mente replicó, inexorable: *Bobbi entró en el granero con los otros. Tremain y Enders nunca entraron…, al menos, que tú hayas visto. Tal vez en eso radica la diferencia.*

«¿Y qué hay allí dentro? ¿Diez mil ángeles bailando sobre la cabeza de un alfiler? ¿El fantasma de James Dean? ¿El Sudario de Turín? ¿Qué?»

No lo sabía.

Su pie tocó fondo.

—¡Ya estoy abajo! —gritó.

El rostro de Enders, muy pequeño en apariencia, asomó por el borde de la zanja. Más allá se veía una diminuta cuña de cielo azul. «Demasiado diminuto», la claustrofobia le susurró, una voz tan áspera como papel de lija.

El espacio entre el flanco de la nave y la pared cubierta con la malla plateada era muy estrecho allí abajo. Gardener tenía que moverse con sumo cuidado para no tocar el metal, a fin de evitar aquellos estallidos cerebrales.

El lecho rocoso era muy oscuro. Se puso en cuclillas para deslizar los dedos por él. Los sintió mojados. Desde hacía una semana, la humedad cada día era mayor.

Esa mañana había cortado un pequeño cuadrado de diez centímetros de lado y treinta de profundidad en el fondo de la roca, utilizando un artefacto que en otros tiempos había sido un secador de pelo. Abrió su maletín de herramientas, cogió una linterna, la encendió y lo iluminó con el rayo de luz.

Había agua.

Se incorporó.

—¡Baja la manguera! —gritó.

—¿Qué…? —le llegó, en tono de disculpa.

Gardener suspiró, preguntándose cuánto tiempo más resistiría, él mismo, el incesante peso del agotamiento. Pese a todo aquel equipo increíble, a nadie se le había ocurrido instalar un intercomunicador entre la superficie y el fondo. Se pasaban el tiempo gritando a pleno pulmón hasta quedar afónicos.

Oh, pero las ideas luminosas no van en esa dirección, y tú lo sabes. ¿A qué idear intercomunicadores si pueden leer los pensamientos? Aquí el pobre y sacrificado humano eres tú, no ellos.

—¡La manguera! —chilló—. ¡Envía esa remaldita manguera, subnormal!

—Bue… no…

Mientras esperaba que la manguera llegara, Gard lamentó, angustiado, no estar en cualquier otra parte del mundo, no poder convencerse de que todo aquello era sólo una pesadilla.

De nada servía. La nave era exótica, pero esa realidad también resultaba demasiado prosaica para ser un sueño; el olor acre del sudor en John Enders; el suyo, ligeramente alcohólico; la soga clavada en el arco del pie a medida que descendía por la zanja; el contacto de la roca áspera y mojada bajo los dedos.

¿Dónde está Bobbi, Gard? ¿Ha muerto?

No, no creía que hubiese muerto, pero había acabado por convencerse de que estaba muy enferma. El miércoles le había ocurrido algo. Ese miércoles les había ocurrido algo a todos. Gardener no podía ordenar sus recuerdos, pero sabía que aquello no había sido una laguna ni una pesadilla del *delirium tremens*. Eso hubiera sido preferible, pero no. El pasado miércoles se había producido algún tipo de ocultamiento, una trama frenética. Y en el transcurso de la operación, Bobbi había sido herida; eso pensaba Gard. Había enfermado…, o algo por el estilo.

Pero nadie menciona eso.

Bobby Tremain: «¿Bobbi?» Caramba, señor Gardener, está bien, nada le pasa. Sólo tiene un poco de insolación. Volverá en un santiamén. ¡Necesita ese descanso! Creo que usted lo sabe mejor que nadie».

Sonaba muy bien. Tanto que uno llegaba a pensar que el chico estaba convencido de eso…, hasta que se le miraba a los ojos, a esos ojos extraños.

Gard se imaginaba presentándose ante los que ahora llamaba «Los del Granero», para exigir que le dijeran qué había ocurrido con ella.

Newt Berringer: «En cuanto nos descuidemos, nos dirá que nosotros somos la policía de Dallas».

Y entonces se echarían todos a reír, ¿no? ¿Ellos, la policía de Dallas? ¡Qué divertido! ¡Divertidísimo!

«Tal vez por eso tengo tantas ganas de gritar a pleno pulmón», pensó Gard.

Ahora, de pie en aquella rendija abierta en la tierra, junto a un ciclópeo platillo volante, esperaba que le llegara la manguera. Y de pronto resonó en su mente, como

un grito de agonía, el horrible final de *Rebelión en la granja*, de George Orwell: «Los viejos ojos de Clover pasaron de un rostro al otro. Y en tanto los animales, afuera, miraban del cerdo al hombre, del hombre al cerdo, del cerdo al hombre otra vez, fue como si algo extraño estuviera ocurriendo. Resultaba imposible decir cuál era cuál».

¡Basta, Gard, por Dios!

Por fin llegó la manguera: veintiún metros prestados por el cuerpo de bomberos voluntarios. Por supuesto, su función era expeler agua en vez de absorberla, pero cierta bomba de vacío había revertido su mecanismo.

Enders la hacía descender con movimientos torpes. El extremo se balanceaba de un lado a otro y a veces tocaba el casco de la nave. Cada vez que eso ocurría, el casco emitía un sonido sordo, pero asombrosamente penetrante. A Gardener no le gustaba; muy pronto se encontró anticipándose a cada toque.

«Por Dios, cómo me gustaría que no balanceara así esa manguera».

«Clop… clop… clop. ¿No podría hacer, clinc, sin más? ¿Por qué tiene que hacer ese otro ruido, que parece tierra cayendo sobre un ataúd?»

Clop… clop… clop.

«Caramba, debí haber saltado al agua cuando se me presentó la oportunidad. Bastaba con dar un paso más en aquel maldito rompeolas, el 4 de julio, ¿no?»

Bueno, hazlo ahora. Esta noche, cuando vuelvas a la casa, trágate todo el Valium que haya en el botiquín. Mátate, si no tienes agallas para terminar con esto o para ponerle freno. Las buenas gentes de Haven organizarán una fiesta junto a tus restos, con toda probabilidad. ¿Crees que les gusta tenerte aquí? Si no quedara todavía algo de la Bobbi Antigua y no Perfeccionada, creo que ya habrías desaparecido. Si ella no se interpusiera entre ellos y tú…

Clod… clod… clod.

¿Aún existía Bobbi para interponerse entre él y el resto de Haven? Sí. Pero si ella moría, ¿cuánto tardarían los otros en eliminarlo de la ecuación?

No mucho, amigo, no mucho. Unos quince minutos, quizá.

Clod… clod… el…

Con una mueca de dolor, apretando los dientes, Gard dio un salto para sujetar la boquilla de bronce de la manguera antes de que tocara otra vez el casco de la nave. Tiró de ella, se arrodilló junto al agujero y levantó la vista hacia la cabecita de Enders.

—¡Pon la bomba en marcha! —chilló.

—¿…qué…?

«¡Dios te confunda!», pensó Gardener.

—¡Que pongas en marcha esa jodida bomba! —aulló.

Y esa vez sintió, sí, que se le partía la cabeza. Cerró los ojos.

—Bue… no…

Cuando miró hacia arriba, Enders había desaparecido.

Gardener hundió la boquilla en el agujero que había abierto esa mañana en la roca. El agua comenzó a burbujear lentamente, casi en actitud contemplativa. Estaba helada, y las manos de Gard no tardaron en entumecerse. Aunque la zanja tenía sólo doce metros de profundidad, antes de que la colina hubiera sido rebajada, ese sitio estaba a unos veintisiete metros por debajo de la superficie. Bastaba medir la parte liberada de la nave para obtener la cifra exacta, pero a Gard le importaba un bledo. El hecho era que parecía estar llegando a la roca acuífera: roca porosa llena de agua. Al parecer, la mitad o los dos tercios de la nave estaban flotando en un gran lago subterráneo.

Tenía las manos tan entumecidas que había olvidado dónde estaban.

—Vamos, hija de puta —murmuró.

A manera de respuesta, la manguera comenzó a vibrar y a retorcerse. Desde allí no se oía el motor de la bomba, pero tampoco era necesario. A medida que el nivel del agua descendía en el agujero, Gardener volvió a ver sus manos enrojecidas y chorreantes.

«Si hemos dado con el acuífero, esto va a retrasarnos».

Sí. Tal vez perdamos un día entero mientras ellos inventan alguna superbomba. Puede haber un retraso, pero nada va a detenerlos, Gard. ¿No lo sabes?

La manguera empezó a emitir el ruido de una enorme caña en un gigantesco vaso de refresco. El agujero estaba vacío.

—¡Apaga! —gritó.

Enders continuó mirándolo sin hacer nada. Gardener, con un suspiro, tiró con fuerza de la manguera. El director de escuela pareció sobresaltarse, pero de inmediato formó un círculo con el índice y el pulgar. Desapareció. Segundos más tarde, la manguera dejó de vibrar. Un momento después, Enders comenzó a recogerla.

Gardener se aseguró de que la boquilla estuviera perfectamente inmóvil, sin movimientos pendulares, antes de soltarla.

Por fin sacó el temporizador de su camisa y lo conectó. Se le había instalado un retraso de diez minutos. Lo puso en el fondo del agujero y lo cubrió con trozos sueltos de roca. De cualquier modo, gran parte de la onda expansiva se canalizaría hacia arriba. Aun así, aquello era poderoso: el resto de la onda bastaría para desgarrar un metro vertical de lecho rocoso, más o menos. Ellos se apresurarían a cargar los trozos en una canastilla que elevarían con polea. Y la nave no sufriría daños. Al parecer, no había nada que la dañara.

Gardener deslizó el pie en el estribo de cuerda y gritó:

—¡Súbeme!

No ocurrió nada.

—¡Súbeme, Johnny! —aulló.

Una vez más tuvo la sensación de que la cabeza se le estaba partiendo a lo largo de alguna costura podrida.

Nada todavía.

Al mantener las manos hundidas en agua helada, la temperatura corporal de Gardener había descendido un par de grados. Aun así, un sudor húmedo, pegajoso, desagradable, le cubrió la frente. Consultó su reloj. Habían pasado dos minutos desde que conectara el temporizador para la explosión. De la esfera del reloj, su mirada pasó al montículo de piedras que cubría el agujero. Tenía tiempo de sobra para retirar los trozos de roca y desconectar el temporizador.

Pero con apagarlo no detendría el mecanismo interior. De algún modo lo sabía.

Buscó a Enders con la vista. No estaba allí.

Así es como se deshacen de ti, Gard.

Una gota de sudor le bajó a los ojos. Se la limpió con el dorso de la mano.

—¡Enders! ¡Eh, Johnny!

Trepa por la soga, Gard.

«¿Doce metros? Ni soñarlo. Cuando estaba en la Universidad habría podido hacerlo. Quizá ni siquiera entonces».

Miró el reloj. Tres minutos.

Sí, éste es el modo. Puf. Desaparecido. Sacrificado ante la Gran Nave. Un bocadillo para que los Tommyknockers *les sean propicios.*

—… en marcha todavía?

Levantó la vista tan de súbito que el cuello le crujió; su miedo creciente se convirtió de inmediato en ira.

—¡Hace casi cinco minutos que lo puse en marcha, pedazo de cabrón! ¡Súbeme antes de que estalle y me haga volar hasta el cielo!

Enders abrió la boca en una O que resultó casi cómica. Desapareció otra vez. Gard se quedó mirando el reloj a través de una niebla de sudor.

Por fin la soga dio una sacudida bajo su pie. Un momento después se inició el ascenso. Gardener cerró los ojos, aferrado a la cuerda. Al parecer, no estaba tan dispuesto a despedirse del mundo como él pensaba. No le venía mal enterarse de ello.

Cuando llegó al borde de la hendidura, se irguió en tierra, aflojó la cuerda que le ceñía el pie y se acercó a Enders.

—Disculpa —dijo el director de escuela, con una sonrisa tímida—, pero habíamos acordado que me darías un grito cuando…

Gardener le pegó. El puñetazo estuvo dado y Enders en el suelo, con las gafas colgándole de una oreja y la boca ensangrentada, antes de que Gard tuviera conciencia completa de lo que deseaba hacer. Y aunque no era telépata, creyó percibir que todas las mentes de Haven se volvían de súbito hacia allí, alertas, a la escucha.

—Me has dejado allá abajo con el explosivo en marcha, cabrón —dijo—. Si esto

vuelve a ocurrir, por culpa tuya o de cualquier persona de esta ciudad, será mejor que me dejéis en el fondo. ¿Entendido?

Asomó la ira a los ojos de Enders. Se acomodó las gafas lo mejor que pudo y se levantó. Tenía la calva manchada de polvo.

—No sabes con quién estás hablando.

—Lo sé mejor de lo que piensas —aseguró Gardener—. Mira, Johnny…, y el resto de vosotros, si me estáis escuchando como creo. Quiero que se instale aquí un intercomunicado. Quiero un poco de consideración, ¡joder! He jugado limpio con vosotros y soy el único de esta ciudad que puede trabajar aquí sin que se le revuelvan los sesos. ¡Quiero un poco de consideración, joder! ¿Me oís?

Enders lo miró, pero Gardener se dio cuenta de que también estaba escuchando otras voces. Esperó la decisión. Estaba demasiado furioso para que le importara cuál fuese.

—De acuerdo —dijo Enders, con suavidad, apretándose la boca ensangrentada con el dorso de la mano—. Quizá tengas razón. Instalaremos un intercomunicador y recibirás un poco más de…, ¿cómo lo has llamado? —Una sonrisa despectiva asomó a sus labios.

Gardener la conocía demasiado bien. Era la sonrisa de los Arberg y de las McCardle de este mundo. Así sonreían los tipos que manejaban las centrales atómicas cuando hablaban de sus instalaciones.

—La palabra que he usado es «consideración». Te conviene recordarla. Pero los tipos inteligentes pueden aprender, ¿verdad, Johnny? En la casa hay un diccionario. ¿Te hace falta, idiota?

Dio un paso hacia Enders y tuvo la satisfacción de verlo retroceder, desaparecida ya la sonrisa despectiva. Ahora mostraba un aspecto de nerviosa aprensión.

—Consideración, Johnny. Recuérdalo. Recordadlo todos. Si no lo hacéis por mí, hacedlo por Bobbi.

Estaban de pie junto al cobertizo de las herramientas. Los ojos de Enders, pequeños y nerviosos. Los de Gardener, grandes, inyectados en sangre, aún furiosos.

Y si Bobbi muere, esa consideración puede extenderse hasta abarcar una muerte rápida e indolora. De eso se trata, ¿me equivoco? ¿Dirías que eso describe la topografía de la situación, pequeño idiota cabeza de melón?

—Yo…, todos apreciamos tu franqueza —dijo Enders. Sus labios, al no tener dientes en que apoyarse, se ahuecaban en movimientos nerviosos.

—No lo pongo en duda:

—Tal vez corresponda que también nosotros hablemos con franqueza. —Se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con la pechera sudada de la camisa (limpieza que, según pensó Gardener, las dejaría más sucias que antes). En sus ojos había un resplandor furioso, ladino—. No te conviene… atacar otra vez así, Jim. Te lo

advierto…, todos te lo advertimos. En Haven se están produciendo… eh…, ciertos cambios…, cambios, sí…

—Gran verdad.

—Y algunos de estos cambios vuelven a la gente…, eh…, irritable. Por ello, este tipo de ataques podría ser…, bueno, un triste error.

—¿Te irritan los ruidos bruscos? —preguntó Gardener.

Enders puso cara de cautela.

—No comprendo tu p…

—Porque si el cronómetro de ese temporizador funciona bien, estamos a punto de oír uno.

Se protegió detrás del cobertizo, sin correr, pero también sin perder tiempo. Enders lanzó una mirada de sobresalto hacia la nave y corrió tras él. Tropezó con una palay cayó despatarrado en el suelo, con una mueca de dolor, aferrándose el tobillo. Un momento después, un rugido poderoso sacudió la tierra. Se produjo una serie de esos golpes opacos, pero penetrantes: los trozos de roca que volaban contra el casco de la nave. Otros saltaron en el aire y cayeron en el borde de la zanja para quedar allí o volver al fondo. Uno rebotó en el casco de metal y voló a una distancia sorprendente.

—¡Qué broma tan pesada, grandísimo hijo de puta! —gritó Enders. Aún estaba tendido en el suelo, sujetándose el tobillo.

—¿Broma pesada? Me dejaste allá abajo.

Enders lo fulminó con la mirada.

Gard se estuvo quieto unos segundos. Por fin se acercó a ofrecerle la mano.

—Anda, Johnny. Lo pasado, pasado está. Si Stalin y Roosevelt pudieron entenderse para luchar contra Hitler, creo que nosotros podemos entendernos hasta que nos sea posible despegar esa porquería del suelo. ¿Qué opinas?

Enders nada dijo, pero al cabo de un momento aceptó la mano tendida y se levantó. Se sacudió la ropa, el ceño fruncido. De vez en cuando clavaba una mirada de disgusto casi gatuna en Gardener.

—¿Quieres que veamos si tenemos agua o no? —preguntó Gardener.

Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Meses, quizá años. El golpe asestado a Enders le había hecho mucho bien.

—¿Qué quieres decir?

—No importa —respondió él.

Y se acercó solo al borde de la zanja. Miró hacia abajo, en busca del agua, atento a cualquier borboteo, pero nada vio ni oyó; Al parecer no habían tenido suerte, una vez más.

De pronto se le ocurrió que estaba de pie junto a un abismo de doce metros, con las manos apoyadas en los muslos, dando la espalda a un hombre a quien acababa de

sacudir una trompada en la boca. «Si él quisiese, podría correr hasta aquí y darme un buen empujón», pensó. Y oyó mentalmente las palabras de Enders: «*Atacar así podría ser un triste error*».

Pero no se volvió. Esa sensación de bienestar, por absurda que fuera, se mantenía. Estaba en un aprieto; con ponerse un espejito retrovisor en la cabeza para ver llegar el peligro nada ganaría.

Cuando por fin se volvió, Enders estaba aún junto al cobertizo, mirándolo con aquella expresión de gato ofendido. Gardener sospechó que había estado otra vez en comunicación con sus colegas, los otros mutantes.

—¿Qué te parece? —preguntó Gard, levantando la voz, a la que dio un tono simpático, aunque seco—. Allá abajo hay un montón de roca quebrada. ¿Volvemos al trabajo o seguimos ventilando nuestras desinteligencias?

Enders entró en el cobertizo para sacar la mochila levitatoria, que se usaba para mover las piedras más grandes; con ella en la mano echó a andar hacia Gardener y se la ofreció. Gard se la cargó a la espalda. Cuando iba a pisar el estribo de la cuerda, volvió la vista hacia Enders.

—No te olvides de subirme cuando te grite.

—No me olvidaré.

Los ojos de Enders estaban neblinosos, o tal vez fueran los cristales de las gafas. Gardener descubrió que, de un modo u otro, no le importaba. Puso el pie en el estribo y lo ajustó, mientras el director de escuela volvía a la polea.

—Recuerda, Johnny: consideración. Ésta es la palabra clave de hoy.

John Enders lo bajó sin decir nada.

4

Domingo, 31 de julio.

A las once y cuarto de esa mañana de domingo, Henry Buck, a quien sus amigos conocían por el apodo de *Hank*, cometió el último acto de locura irracional declarada que se produciría en Haven.

«La gente de Haven está irritable», había dicho Enders a Gard. Ruth McCausland había visto muestras de esa irritabilidad durante la búsqueda de David Brown: palabras acaloradas, forcejeos, uno o dos golpes. Y algo irónico: siempre había sido la misma Ruth con el claro imperativo moral que había representado toda la vida en la existencia de aquellas personas, quien impidió que la búsqueda se convirtiera en un alboroto.

¿Irritables? Tal vez fuese mejor decir «locos».

En el impacto emocional del «convertirse», la ciudad era como una habitación llena de gas, esperando que alguien encendiera un fósforo… o hiciera algo aún más

involuntario, pero igual de mortífero, como provocar una explosión en un ambiente lleno de gas con sólo tocar el timbre de la puerta, originando una chispa.

Esa chispa nunca se produjo. En parte, por obra de Ruth; en parte, por obra de Bobbi. Y después de las visitas al granero, ese grupo formado por seis hombres y una mujer comenzó a trabajar como los «guías» *hippies* del LSD durante los años 60, ayudando a Haven en el tránsito de esa primera y difícil etapa del «convertirse».

Fue una suerte para el pueblo de Haven que esa gran explosión no llegara a producirse. Fue una suerte para todos los habitantes de Maine, para el continente entero y, quizá, para el planeta mismo. No soy quién para negar que quizá haya en el universo planetas convertidos en ceniza espacial flotante sólo porque una disputa por el uso de los secarropas en un lavadero automático terminó en hecatombe. Nadie sabe jamás dónde terminarán las cosas…, ni si han de terminar alguna vez. Y hacia finales de junio hubo momentos en que el mundo pudo despertar con la noticia de que en una oscura ciudad de Maine se estaba produciendo un terrible conflicto, capaz de desgarrar el globo, por cuestiones tan importantes como a quién tocaba pagar el café en el Minutas Haven.

Claro que quizá algún día hagamos volar nuestro planeta sin ayuda exterior, por motivos que parecen triviales vistos desde años luz de distancia. Desde nuestro punto de rotación, allá en un rayo de la Vía Láctea, Nube Magallánica Menor, el hecho de que los rusos invadan o no los campos petrolíferos iraníes o de que la OTAN decida instalar misiles norteamericanos en Alemania Occidental puede parecer tan importante como el turno de pagar el café con leche con pastas. Tal vez todo se reduzca a lo mismo, desde una perspectiva galáctica.

Comoquiera que sea, el período tenso de Haven terminó, en verdad, con el mes de julio. Por entonces, casi todos los de la ciudad habían perdido los dientes y estaban experimentando otras mutaciones aún más extrañas. Las siete personas que habían visitado el granero de Bobbi, en comunión con lo que esperaba dentro del fulgor verde, comenzaron a experimentar esas mutaciones con diez días de anticipación, pero lo mantuvieron en secreto.

Si se tiene en cuenta el carácter de los cambios, quizá fue lo más prudente.

Porque la venganza de *Hank* Buck contra Duke Barfield, alias *Letrina*, fue, en realidad, el último acto de chifladura escandalosa; bajo esa luz, es probable que merezca una breve mención.

Hank y Letrina Barfield formaban parte del grupo que se reunía a jugar al póquer los jueves por la tarde, al que también había pertenecido Joe Paulson. Hacia el 31 de julio, las partidas de póquer habían cesado, pero no porque la loca de Becka Paulson hubiera perdido un tornillo y asado a su marido: habían cesado, porque es imposible mentir en el póquer cuando todos los jugadores son telépatas.

Aun así, *Hank* guardaba rencor contra *Letrina* Barfield. Cuanto más pensaba en

ello, más crecía el enfado en su mente. A lo largo de todos aquellos años, *Letrina* había hecho trampas. Varios de ellos lo sospechaban. *Hank* recordaba que una noche, mientras jugaban al billar en la trastienda de Archinbourg (eso debía de haber sido unos siete años antes), Moss Harlingen había dicho: «Está haciendo trampas, como que Dios existe, *Hank*. Bola seis al costado». ¡Juac! La bola seis se lanzó a la tronera del costado como llevada por un cordel. «El asunto es que el hijo de puta lo hace muy bien. Si fuese un poquito más lento se le podría pescar».

—Si eso es lo que piensas, ¿por qué no te sales del juego?

—¡No jodas! Los otros del grupo son más limpios que la luz. Y la verdad es que juego mejor que la mayoría. Bola nueve al rincón. (¡Juac!) Ese demonio es rápido y no abusa. Sólo hace una trampita de vez en cuando, si está perdiendo fuerte. ¿No has notado que todos los jueves sale sin haber ganado ni perdido?

Hank lo había notado. De cualquier modo, pensó que Moss se imaginaba cosas; en verdad, era buen jugador y no le gustaba verse imposibilitado de desplumar a alguien. Pero en los años siguientes hubo otros que expresaron la misma sospecha. Varios de ellos (compañeros realmente simpáticos, con los cuales era grato tomar unas cervezas y jugar unas partidas) se retiraron del grupo. Lo hicieron sin decir nada, sin escándalos, sin insinuar siquiera que *Letrina* Barfield fuera el responsable. Aducían que por fin los habían aceptado en la liga de bolos, que jugaba en Bangor los lunes por la noche, y que a la patrona no le gustaba dejarles salir dos noches a la semana. Pretextaron que les habían cambiado el horario en el trabajo y que ya no podían jugar hasta tarde. O que llegaba el invierno (estaban en plena primavera) y era hora de arreglar los quitanieves.

Y se iban, hasta que sólo quedó el grupito inicial de tres o cuatro. Lo peor fue saber que los de afuera se habían dado cuenta. Lo olían, tal como se olía el aroma selvático que el sucio cuerpo de Barfield despedía. Ellos sí se daban cuenta; *Hank*, Kyle y Joe caían en sus trampas. Todos esos años, víctimas de las trampas.

Cuando el «convertirse» empezó a marchar bien, *Hank* descubrió la verdad de una vez por todas. *Letrina* no se había limitado a manipular el mazo de cartas, sino que, de vez en cuando, también se permitía marcar discretamente los naipes, había aprendido esas habilidades en algún *repledeple*[15] de Berlín, en los meses que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial. En las noches húmedas y calurosas de julio, desvelado en su cama y con dolor de cabeza, *Hank* imaginaba a *Letrina* sentado en una linda casa de campo alemana, sin camisa ni zapatos, apestando el ambiente y sonriendo con esa sonrisa de mierda, mientras practicaba sus trampas y soñaba con los gilipollas a quienes desplumaría en cuanto regresara a casa.

Hank soportó los sueños y los dolores de cabeza durante dos semanas…; entonces, una noche, se le presentó la solución. Enviaría a *Letrina* de nuevo a ese *repledeple*, sí. A uno cualquiera, a cincuenta años-luz, tal vez a quinientos, a cinco

millones de años-luz de allí, a un *repledeple* de la Zona Fantasma. Y sabía cómo hacerlo. Se incorporó en la cama, muy erguido, con una enorme sonrisa. Por fin se le estaba pasando el dolor de cabeza.

—¿Y qué diablos es un *repledeple*, al fin y al cabo? —murmuró.

Luego decidió que ése era el menor de sus problemas. Y se levantó de inmediato para poner manos a la obra, a las tres de la mañana.

Se acercó a *Letrina* una semana después de concebir esa idea. *Letrina* estaba sentado frente al supermercado Cooder, con la silla echada hacia atrás, mirando las ilustraciones de una revista. Mirar fotografías de mujeres desnudas, hacer trampas con las cartas y apestar *repledeples*: tales eran las especialidades de *Letrina* Barfield, según decidió *Hank*.

Era domingo, un domingo muy nublado y caluroso. La gente vio que *Hank* se acercaba a Barfield *Letrina*, el cual, con las botas enroscadas a las patas delanteras de la silla, miraba fotos de chicas hermosas. Todos sintieronoyeron el único pensamiento que palpitaba sin pausa

(*repledeplerepledeplerepledeple*)

en la mente de *Hank*. Vieron la gran radio explosiva que llevaba por la manija; vieron la pistola metida por delante en sus pantalones y se hicieron a un lado con prontitud.

Letrina estaba muy absorto en la página central de la revista que mostraba una gran porción de una muchacha llamada Candi (cuyas aficiones, según la revista, eran «la navegación a vela y los hombres de manos fuertes y suaves al mismo tiempo»); de pronto levantó la vista, aunque demasiado tarde para hacer nada constructivo por sí mismo. Si se considera el tamaño de la pistola que *Hank* llevaba a la cintura, según opinaría la gente esa noche, durante la cena (sin abrir la boca más que para meter dentro otro poco de comida), tal vez era ya demasiado tarde para el pobre *Letrina* cuando se levantó, ese domingo por la mañana.

La silla descendió con estruendo.

—¡Eh, *Hank*! ¿Qué…?

Hank sacó el revólver, recuerdo de su propio servicio militar. Porque él había cumplido el suyo en Corea, y nada de *repledeples*.

—Te conviene seguir sentado ahí —dijo— si no quieres obligar a alguien a que despegue tus tripas de esa vidriera, tramposo hijo de puta.

—*Hank*…, pero *Hank*…, ¿qué…?

Hank metió la mano por debajo de la camisa y sacó un pequeño par de auriculares. Los enchufó a la radio, encendió el aparato y arrojó los auriculares a Barfield.

—Póntelos, *Letrina*. A ver de qué te sirven ahora las trampas.

—Por favor…, *Hank*…

—No quiero discutir, *Letrina* —dijo *Hank*, con gran sinceridad—. Te doy cinco segundos para que te pongas esos auriculares. Si no, te opero los senos frontales.

—¡Por Dios, *Hank*, todo por un maldito póquer con apuestas de a veinte centavos! —aulló *Letrina*. El sudor le corría por el rostro, manchándole la camisa caqui. Su olor era agrio, asombroso por lo repugnante.

—Uno… dos…

Letrina miró alrededor, desesperado. Nadie. La calle se había despejado como por encanto. No se veía un solo coche en marcha por la calle mayor, aunque sí muchos estacionados delante del supermercado. Reinaba un silencio total. Tanto él como *Hank* podrían oír la música que brotaba de los auriculares: *Los Lobos*, preguntándose si el lobo sobreviviría.

—¡Por un piojoso juego de póquer! ¡Apuestas de a veinte! ¡Y, además, no lo hacía casi nunca! —chilló *Letrina*—. ¡Por amor de Dios, que alguien frene a este tipo!

—… tres…

Con un ridículo desafío final, *Letrina* bramó:

—¡Y además es un pésimo perdedor, joder!

—Cuatro —dijo *Hank*, y levantó la pistola.

Letrina, con toda la camisa negra de sudor, los ojos en blanco, maloliente como un montón de estiércol bajo la acción de un lanzallamas, cedió.

—¡Está bien, está bien, está bien! —gritó, mientras cogía los auriculares—. Ya me los pongo, ¿ves? ¡Ya me los pongo!

Se puso los auriculares. Sin dejar de apuntarle con la pistola, *Hank* se inclinó hacia la radio, que transmitía en AM y FM, además de contar con un casete. Debajo de la ranura para las cintas, el botón de transmisión tenía el letrero cubierto con cinta adhesiva. Y sobre la cinta adhesiva se leía una palabra ominosa: *Enviar*.

Hank lo pulsó.

Letrina empezó a aullar. Sus aullidos se fueron desvaneciendo, como si alguien, dentro de él, estuviera bajándole el volumen. Al mismo tiempo, alguien parecía estar disminuyendo su nitidez, su coherencia física. *Letrina* Barfield se desvaía como una fotografía. Su boca se movía ya sin sonido; su piel era leche.

Un trocito de realidad, un trozo de realidad que tenía el tamaño aproximado de media puerta, pareció abrirse detrás de él. Era como si la realidad (la realidad de Haven) hubiera rotado en un eje desconocido, como una falsa biblioteca en casa de los fantasmas. Detrás de *Letrina* había ahora un extraño paisaje negro y púrpura.

El cabello de *Hank* se agitó alrededor de sus orejas. El cuello de su camisa flameó con el ruido de un arma automática provista de silenciador. La basura que cubría el asfalto (envolturas de caramelos, paquetes de cigarrillos ya vacíos, bolsitas de papel engrasadas) volaron a través de la acera para perderse en ese agujero, arrastradas por

el río de aire que fluía hacia ese otro sitio, casi carente de atmósfera. Parte de esa basura pasó entre las piernas de *Letrina*. Y otra parte, según le pareció a *Hank*, pasó a través de él.

De pronto, como si el mismo *Letrina* hubiese adquirido la liviandad de los desperdicios sembrados en la acera, el sujeto fue aspirado por el agujero. Su revista voló tras él, con las páginas agitadas como alas de murciélago. «Suerte para ti, hijo de puta —pensó *Hank*—. Ahora tendrás algo para leer en el *repledeple*». La silla de Barfield cayó, se arrastró contra el asfalto y quedó medio dentro, medio fuera de la abertura. Un túnel de viento rugía ya alrededor de *Hank*, que se inclinó hacia la radio, apoyando el dedo en el botón de *Parar*.

Un segundo antes de pulsarlo oyó un grito agudo, que provenía de ese otro sitio. Levantó la vista, pensando: «Ése no es *Letrina*».

Y lo oyó otra vez.

—… Hilly…

Hank frunció el entrecejo. Era una voz de niño. Una voz de niño que le sonaba familiar. Algo…

—… terminado todavía? Quiero volver a caaaasa…

Con un tintineo brillante, la vidriera del supermercado, que se había hundido hacia el interior en la explosión del ayuntamiento el domingo anterior, se vio chupada hacia fuera. Una tormenta de vidrio voló alrededor de *Hank*, dejándolo milagrosamente indemne.

—… por favoooor, cuesta respiraaaar…

Las habichuelas especiales, amontonadas en pirámide tras el vidrio, comenzaron a volar alrededor de *Hank*, aspiradas por la puerta que, de algún modo, él había abierto en la realidad. Las bolsas de abono para el césped y las de carbón se deslizaron por la acera con secos ruidos de papel.

«Tengo que cerrar esa porquería», pensó *Hank*. Como para confirmarlo, una lata de judías verdes se le estrelló contra la nuca, saltó en el aire y se precipitó hacia aquel agujero negro y púrpura.

—Hilliiiiiy…

Hank apretó el botón de *Parar*. La puerta desapareció de inmediato. Se oyó un crujido de madera: el de la silla cruzada en la abertura, que quedó dividida en dos, en una diagonal casi perfecta. Una mitad de la silla quedó en el asfalto. La otra mitad no estaba a la vista.

Randy Kroger, el alemán que había comprado el supermercado de Cooder a finales de los años 50, sujetó a *Hank* y lo hizo girar.

—Me vas a pagar esa vidriera —amenazó.

—Desde luego, Randy, como quieras —aceptó *Hank*, mientras se frotaba con gesto aturdido el chichón que le estaba brotando en la nuca.

Kroger señaló la extraña media silla en diagonal que había quedado en el asfalto.

—Y la silla también —anunció.

Luego entró a grandes pasos en el supermercado.

Así terminó julio.

5

Lunes, 1 de agosto.

John Leandro acabó de hablar, y se bebió el resto de la cerveza.

—¿Qué me dirá, en tu opinión? —preguntó a David Bright.

Este lo meditó por un momento. Estaba con Leandro en el Botín, un bar de Bangor, decorado en exceso, que tenía sólo dos cosas a su favor: se encontraba casi enfrente del edificio del *Daily News* y, los lunes, se podía tomar cerveza alemana por un dólar veinticinco la botella.

—En mi opinión, comenzará por decirte que corras a Derry y termines de averiguar el Calendario Social de la Comunidad —dijo Bright—. Después es probable que te sugiera ayuda psiquiátrica.

Leandro puso una absurda expresión de desdicha. Sólo tenía veinticuatro años, y las dos últimas noticias que había cubierto (la desaparición, léase presunto asesinato, de los dos policías estatales y el suicidio de un tercero) le habían despertado el apetito por las cuestiones de alto voltaje. El informe sobre la cena anual de los veteranos de Derry no era gran cosa comparado con la sombría búsqueda nocturna de dos cadáveres con uniformes policiales. No quería que los temas importantes acabaran. Bright sintió cierta compasión por el pequeño imbécil; por desgracia, Leandro no era otra cosa. Ser imbécil a los veinticuatro años es aceptable, pero él estaba casi seguro de que Johnny Leandro seguiría siendo imbécil a los cuarenta y cuatro…, a los sesenta y cuatro… y a los ochenta y cuatro, si vivía hasta entonces.

Un imbécil de ochenta y cuatro años constituía una imagen algo abrumadora y peligrosa. Bright decidió pedir otra cerveza, después de todo.

—Era una broma —dijo.

—Entonces, ¿te parece que me dejará cubrir el caso?

—No.

—Pero ¿no acabas de decir…?

—Lo de la ayuda psiquiátrica. Ésa era la broma —añadió Bright con paciencia.

Hablaban de Peter Reynault, jefe de Noticias Locales. Muchos años atrás, Bright había descubierto que los jefes de Locales tienen algo en común con Dios Todopoderoso, y sospechaba que Johnny Leandro no tardaría en descubrirlo también: los periodistas proponen, pero el jefe de Locales dispone.

—Pero…

—No hay nada que cubrir —explicó Bright.

Si el círculo íntimo de Haven (los que habían estado en el granero de Bobbi Anderson) hubiese oído lo que Leandro dijo a continuación, su expectativa de vida bien podría haberse reducido a días…, quizá sólo a horas.

—Hay toda Haven para cubrir —fue lo que dijo, y bebió el resto de su cerveza negra en tres largos tragos—. Todo comienza allí. El chico desaparece en Haven, la mujer muere en Haven, Rhodes y Gabbons se evaporan al volver de Haven. Dugan se suicida, ¿por qué? Según dice, porque estaba enamorado de la McCausland, una mujer que vivía en Haven.

—Y no olvides a ese adorable ancianito —apuntó Bright—, que anda por ahí diciendo que la desaparición de su nieto se debió a una conspiración. Lo único que falta es que empiece a hablar de *Fu Manchú* y los esclavos blancos.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Leandro, dramático—. ¿Qué está ocurriendo en Haven?

—Ya veo, es el insidioso doctor, sólo eso —suspiró Bright.

Le trajeron la cerveza. Ya no le apetecía. Sólo quería salir de allí. Había sido un error acordarse del adorable anciano. Pensar en él lo ponía nervioso. El viejo había perdido la cabeza, eso era obvio, pero en sus ojos había algo…

—¿Qué?

—El doctor *Fu Manchú*. Si ves por allí a Nayland Smith, creo que tendrás la noticia, del siglo. —Bright se inclinó para susurrar, con voz ronca—: Esclavos blancos. Cuando te llamen del *New York Times*, recuerda quién te dio el dato.

—No le veo nada de divertido a todo esto, David.

«Un imbécil de ochenta y cuatro años —se repitió Bright—. ¡Imagínate!»

—Y si no, aquí tienes otro —agregó—: los hombrecillos verdes. La invasión de la Tierra ya está en marcha, ¿no? Sólo que nadie lo sabe. Y entonces… *¡Nadie prestaba oídos al joven y heroico periodista! Robert Redford en el papel de John Leandro, en esta escalofriante historia de…*

El camarero se acercó a preguntar:

—¿Quiere otra?

Leandro se levantó, con el rostro rígido, y dejó caer tres dólares en el mostrador.

—Tu sentido del humor es de adolescente, David.

—Puedes probar con este otro —insistió Bright, soñador—: *Fu Manchú* y los hombrecillos verdes al mismo tiempo. Una alianza formada en el infierno. Y nadie lo sabe sino tú, Johnny. *Klaatu barada nictu*!

—Bueno, no importa si Reynault no me deja seguir la historia —dijo Leandro. Bright se dio cuenta de que había tirado demasiado de la cuerda; el imbécil estaba furioso—. El próximo viernes empiezan mis vacaciones. Tal vez vaya a Haven, a seguir la historia por mi cuenta, en mi tiempo libre.

—Por supuesto —exclamó Bright, entusiasmado. Sabía que era conveniente cesar con la broma; Leandro no tardaría en intentar romperle los dientes. Pero el imbécil seguía dándole oportunidades—. Claro, tiene que ser así. Redford no aceptaría el papel si no pudiera ir solo. ¡El lobo solitario! *Klaatu barada nictu*! ¡Magnífico! Pero no te olvides de ponerte el reloj especial cuando vayas a Haven.

—¿Qué reloj? —preguntó Leandro, aún furioso.

Oh, estaba fastidiado, sí, pero seguía dándole pie.

—¡Vamos! Ese que envía una señal ultrasónica que sólo Superman puede percibir cuando mueves el eje hacia fuera —aclaró Bright haciendo la demostración con su propio reloj (y volcándose una considerable cantidad de cerveza en la entrepierna)—. Hace *yiiiiiii*…

—No me importa lo que Peter Reynault piense, ni las bromas estúpidas que tú me gastes —dijo Leandro—. Vosotros dos podéis llevaros una gran sorpresa.

Echó a andar, pero se volvió para agregar:

—Y que quede bien sentado: en mi opinión, eres un cínico estúpido y sin imaginación.

Después de haber pronunciado esa aseveración, Johnny Leandro giró sobre sus talones y se marchó a grandes zancadas.

Bright levantó el vaso y lo inclinó hacia el camarero.

—Brindemos por los cínicos estúpidos del mundo —dijo—. No tendremos imaginación, pero sí una notable resistencia a la imbecilidad.

—Como usted quiera —dijo el otro.

Creía haberlo visto todo en su vida. Claro que nunca había atendido un bar en Haven.

6

Martes, 2 de agosto.

Seis de ellos se reunieron esa tarde en la oficina de Newt Berringer. Eran casi las cinco, pero el reloj de la torre, una torre que parecía real, pero que podría haber sido atravesada por un pájaro en vuelo (si hubiese quedado algún pájaro en Haven) aún marcaba las tres y cinco. Las seis personas reunidas habían pasado algún tiempo en el granero de Bobbi. Adley McKeen era el último agregado. Los otros eran Newt, Dick Allison, Kyle, Hazel y Frank Spruce.

Discutieron las pocas cosas que debían discutir sin necesidad de hacerlo en voz alta.

Fran Spruce preguntó cómo estaba Bobbi.

Vive todavía, respondió Newt; nadie sabía más que eso. Podría salir otra vez del granero, pero lo más probable era que no lo hiciera. De cualquier modo, ellos se

enterarían cuando ocurriera una cosa o la otra.

La discusión giró hacia lo que *Hank* Buck había hecho el día anterior y lo que había oído gritar en ese otro mundo. A ninguno de ellos le preocupaba mucho el destino corrido por el desaparecido *Letrina* Barfield. Tal vez el castigo era adecuado al delito, o quizá había sido exagerado. No importaba. La cosa estaba hecha. *Hank* no había sufrido consecuencia alguna por lo hecho, aparte de verse obligado a firmar un cheque a la orden de Randy Kroger por la vidriera rota y las mercancías absorbidas por el agujero abierto a la realidad. Kroger llamó al Banco Nacional, sucursal Bangor, para verificar que el cheque tuviera fondos. Los tenía; eso era lo único que le importaba.

Aun si hubiesen tenido intenciones de castigar a *Hank*, era muy poco lo que podían hacer. La única celda de la ciudad estaba en el sótano del ayuntamiento; era un depósito modificado en donde Ruth solía encerrar a algún borracho los fines de semana. *Hank* habría tardado diez minutos en huir de allí; un muchachito fuerte podía hacerlo. Tampoco era posible enviar a *Hank* a la cárcel del condado: los cargos hubieran sonado muy extraños. Las alternativas disponibles eran muy simples: dejarlo en paz o despacharlo a *Altair-4*. Por fortuna, les era posible estudiar íntimamente las motivaciones de *Hank* y su estado mental. Vieron que el enojo y la confusión estaban cediendo, como ocurría con todos los ciudadanos; era difícil que hiciera otra vez algo tan radical. Por lo tanto, le quitaron la radio modificada, le pidieron que no fabricara otra y pasaron a lo que les interesaba más: la voz que aseguraba haber oído.

«—Era David Brown, sí —pensó Frank Spruce—. ¿Alguien lo pone en duda?»

Nadie.

David Brown estaba en *Altair-4*.

Nadie sabía con exactitud dónde se encontraba *Altair-4* ni qué era; tampoco les interesaba demasiado. Las palabras, en sí, provenían de una película vieja, sin más significado que el nombre de *Tommyknockers*, tomado de una vieja rima infantil. Lo que importaba (hasta cierto punto) era que *Altair-4* se utilizaba como una especie de depósito cósmico, para almacenar todo tipo de cosas. *Hank* había enviado a *Letrina* allá, pero primero había hecho pasar al maloliente hijo de puta por un chapucero proceso de desintegración.

Al parecer, no había sido el caso de David Brown.

Un largo y pensativo silencio.

(*sí probablemente sí*)

Esto último no habría sido atribuible a una sola persona: era un pensamiento en grupo, de colmena, completo en sí.

(*pero a qué molestarse*)

Se miraron entre ellos, sin emoción.

Podían sentir emociones, pero no por asuntos de tan poca importancia como aquél.

«—Traigámoslo de regreso —dijo Hazel, indiferente—. Bryant y Marie se alegrarán de verlo. Y a Ruth le habría gustado. Todos la amábamos, ya se sabe» Su pensamiento tenía el tono de quien sugiere a un amigo que compre un refresco a su hijo como recompensa por haberse portado bien.

«—No —dijo Adley. Todos lo miraron. Era la primera vez que participaba en la conversación. Aunque parecía azorado, insistió—: Todos los periódicos y las televisiones del estado vendrán a cubrir el "regreso milagroso". Ahora lo dan por muerto, porque sólo tiene cuatro años y desapareció hace más de dos semanas. Si aparece, habrá mucho alboroto».

Todos asintieron.

«—¿Y qué diría el chico? —intervino Newt—. Cuando le preguntaran dónde estuvo, ¿qué diría?»

«—Podríamos borrarle los recuerdos —dijo Hazel—. No sería nada difícil; los periodistas aceptarían la amnesia como cosa perfectamente natural, dadas las circunstancias».

(*sí pero ése no es el problema*)

Eran otra vez las voces múltiples, como una sola. Se unían en una extraña combinación de palabras e imágenes. El problema era que las cosas habían llegado demasiado lejos para permitir presencias extrañas en la ciudad, descontando a algún viajero que se limitara a cruzarla; de cualquier modo, la mayoría era alejada con falsas obras de reparación de caminos y letreros de desvío. Y lo último que convenía era tener en Haven toda una multitud de periodistas y equipos de televisión. Además, la torre del reloj no aparecería en las fotos; en realidad, era una proyección mental, una simple alucinación.

No, bien pensadas las cosas, lo mejor era dejar a David Brown donde estuviera. Por un poco más de tiempo, nada le ocurriría. Aunque era muy poco lo que sabían sobre *Altair-4*, no ignoraban que el tiempo corría allí a diferente velocidad. En *Altair-4* había pasado menos de un año desde que la Tierra salió despedida del Sol. Por lo tanto, era como si David Brown acabara de llegar. Claro que era posible que muriera, víctima de algún microbio extraño que invadiera su organismo, de alguna rata extraterrestre o, simplemente, por efecto del *shock*. Pero era poco probable. Y aun si moría, el asunto no resultaba tan importante.

«—Tengo la sensación de que ese chico puede venirnos bien» —dijo Kyle.

(*cómo*)

«—Como distracción».

(*a qué te refieres*)

Kyle no sabía con exactitud a qué se refería. Era sólo la sensación de que, si los

reflectores volvían a enfocar Haven (tal como los había concentrado Ruth, con sus muñecos explosivos) quizá les fuese posible traer a David Brown y depositarlo en algún lugar. Si se hacía de la manera correcta, ello les permitiría ganar un poco más de tiempo, el cual era siempre un problema. Tiempo para «convertirse».

Kyle no expresó estas ideas de modo coherente, pero los otros asintieron ante la dirección de sus pensamientos. Vendría bien tener a David Brown entre bastidores por un tiempo más, por así decirlo.

(*que Marie no se entere… aún no está muy adelantada en su «conversión»… es preciso ocultar esto a Marie por un tiempo*)

Los seis miraron alrededor, con los ojos dilatados. Esa voz, débil, pero clara, no pertenecía a ninguno de ellos. Era la de Bobbi Anderson.

«—¡Bobbi! —exclamó Hazel, levantándose a medias de la silla—. Bobbi, ¿estás bien? ¿Cómo te va?»

No hubo respuesta.

Bobbi había desaparecido; ni siquiera se la sentía en el aire. Se miraron con cautela, cada uno probaba las impresiones ajenas, confirmaba que en verdad había sido Bobbi. Cada uno se dijo que, si hubiese estado solo, sin confirmación disponible, habría descartado el asunto atribuyéndolo a una alucinación increíblemente poderosa.

«—¿Cómo vamos a ocultárselo a Marie? —preguntó Dick Allison, casi enojado —. ¡No podemos ocultar nada a nadie!»

«—Sí —le corrigió Newt—. Nosotros, sí. Todavía no del todo, quizá, pero podemos opacar un poco nuestros pensamientos, tornarlos difíciles de percibir. Porque…»

(*porque hemos estado*)

(*estado allá fuera*)

(*estado en el granero*)

(*en el granero de Bobbi*)

(*usamos los auriculares en el granero de Bobbi*)

(*Y comimos para «convertirnos»*)

(*tomad y comed en mi memoria*)

Un suspiro corrió suavemente entre ellos.

«—Tendremos que volver —dijo Adley McKeen—. ¿Verdad?»

—Sí —dijo Kyle—. Volveremos.

Fueron las únicas palabras pronunciadas en voz alta en toda la reunión. Y marcaron el fin de la misma.

7

Miércoles, 3 de agosto.

Andy Bozeman, que había sido el único agente de bienes raíces de Haven hasta el momento en que cerró su oficina, tres semanas antes, había descubierto que uno se acostumbraba muy pronto a leer las mentes. Pero sólo se dio cuenta de lo mucho que había llegado a depender de eso cuando le tocó el turno de ir a casa de Bobbi para vigilar al borracho.

Parte de su problema (sabía que iba a ser un problema, después de hablar con Enders y el chico Tremain) se originaba en la proximidad de la nave. Era como estar junto al generador más grande del mundo; los flujos de su extraña fuerza le corrían por la piel como torbellinos de arena en el desierto. A veces le llegaban a la mente, soñadoras, grandes ideas que le impedían concentrarse en sus actos. A veces ocurría todo lo contrario: su pensamiento se cortaba por completo, como una transmisión de microondas interrumpida por un estallido de rayos ultravioleta. Pero lo más importante era el hecho físico de que la nave estuviera allí, como algo salido de un sueño. Lo maravillaba, lo llenaba de entusiasmo, de respeto religioso, de miedo. Bozeman empezaba a comprender qué debieron sentir los israelitas cuando llevaron el Arca de la Alianza a través del desierto. En uno de sus sermones, el reverendo Goohringer había dicho que alguien se arriesgó a meter la cabeza allí, sólo para ver a qué venía tanto alboroto, y murió.

Porque allí dentro estaba Dios.

En la nave también podía haber una especie de dios, se dijo Andy. Y aunque ese dios hubiese huido, quedaría algún residuo de él… parte de él… Por pensar en eso no lograba concentrarse en lo que hacía.

Por otra parte, allí estaba Gardener, con su inquietante impenetrabilidad. Era como toparse una y otra vez con una puerta cerrada que debería estar abierta. Él le gritaba con la mente que le cogiera algo y el otro seguía a lo suyo.

No había respuesta. Y si trataba de sintonizarlo, de seguir el hilo de sus pensamientos, como si levantase el auricular en una línea telefónica compartida para ver quién estaba usándola, nadie hablaba. Nadie en absoluto. Sólo era una línea muerta.

Se oyó el zumbido del intercomunicador clavado en la pared interior del cobertizo. El cable corría por el revuelto y cenagoso suelo hasta la trinchera de la que asomaba la nave.

Bozeman puso la llave en *Hablar*.

—Aquí estoy.

—Ya he instalado la carga —dijo Gardener—. Súbeme.

Se le oía muy, muy cansado. La noche anterior había pescado una buena borrachera, a juzgar por el ruido de vómitos que Bozeman oyó desde el porche trasero, a eso de medianoche. Por la mañana, al echar un vistazo al cuarto ae Gardener, vio la almohada manchada de sangre.

—Enseguida.

El episodio con Enders había enseñado a todos que, cuando Gardener pedía que lo sacaran, no era cuestión de perder el tiempo.

Fue hacia la manivela y empezó a darle vueltas. Era un fastidio hacerlo a mano, pero otra vez escaseaban las pilas. En una semana más, todo funcionaría con la precisión de un reloj…, sólo que Bozeman dudaba si llegaría a verlo. Tanta proximidad a la nave lo agotaba. Estar cerca de Gardener lo agotaba de un modo diferente; era como hallarse cerca de un arma cargada con gatillo sensible. ¡Cómo se la había dado a John Enders! El pobre John no la había visto venir, claro, porque Gardener era impenetrable, ¡el hijo de puta! De vez en cuando se elevaba hasta la superficie de su mente la burbuja de un pensamiento, parcial o completo, tan legible como el titular de un periódico. Pero eso era todo. Tal vez Enders se lo había buscado (Bozeman se dijo que a nadie le habría gustado mucho estar en el fondo de una zanja con uno de esos temporizadores explosivos). Pero eso no venía al caso. El caso era que Johnny no le había «visto» venir. Gardener podía hacer cualquier cosa, en cualquier momento, sin que nadie se lo impidiera, porque nadie oía sus pensamientos.

Andy Bozeman casi deseaba que Bobbi muriera; de ese modo se desembarazarían del borracho. Claro que el proyecto sería más difícil si había sólo gente de Haven para trabajar en él; tardaría algo más, pero casi valía la pena.

Esa forma de aparecer como de la nada era irritante, ¡qué joder!

Por ejemplo, esa mañana. Una pausa para tomar algo como desayuno. Bozeman, sentado en un tocón, comía bocadillos de galletitas y manteca de cacahuete; para bajarlos bien, bebía café helado. Siempre había preferido el café caliente, aun en verano; pero desde que no tenía dentadura, las bebidas calientes le molestaban.

Gardener estaba sentado en una lona sucia, las piernas cruzadas como un profesor de yoga; comía una manzana y bebía cerveza. Bozeman no se explicaba que alguien pudiera comer manzanas y beber cerveza al mismo tiempo, sobre todo por la mañana, pero eso era lo que Gardener tomaba. Desde allí se le veía una cicatriz de dos o tres centímetros sobre la ceja izquierda. Allí debía de tener la placa de acero. Era lo que…

Gardener giró la cabeza en el momento en que Bozeman lo observaba. Andy se ruborizó, y se preguntó si el otro empezaría a chillar y a decir insensateces. Quizá se le acercara para tratar de golpearle, como a Johnny Enders. Bozeman cerró los puños, diciéndose: «Que lo intente. Verá que no soy un imbécil».

Pero lo que Gard hizo fue iniciar una especie de discurso con voz clara y sonora; sonreía un poco, con expresión cínica, al hacerlo. Al cabo de un momento, Bozeman se dio cuenta de que se trataba de un recitado. Allí, sentado en el bosque sobre una lona, con las piernas cruzadas y la peor resaca de la historia, recitaba como un escolar, mientras la nave lanzaba reflejos móviles contra su mejilla. Ese hombre estaba más que loco, y Bozeman lo diría al mundo entero. Nada deseaba tanto como

verle muerto.

—«Tom entregó el pincel con expresión desganada, pero con el corazón precipitado —dijo Gardener, con los ojos entrecerrados y el rostro vuelto hacia el cálido sol de la mañana. La sonrisita no se borraba de sus labios—. Y mientras el ex paquebote *Gran Misuri* trabajaba y sudaba al sol, el artista retirado, sentado a la sombra en un tonel cercano, balanceaba las piernas, masticaba su manzana y planeaba la matanza de nuevos inocentes».

—¿Qué…? —empezó Andy.

Pero Gardener impuso su voz, con la sonrisa extendida, aunque no menos cínica.

—«No había escasez de material; a cada rato pasaba algún niño; venían a burlarse, pero se quedaban a pintar. Cuando Ben estuvo agotado, Tom ya había cambiado el siguiente turno a Billy Fisher por una cometa en buen estado; cuando él también se agotó, Johnny Miller compró el turno por una rata muerta y un cordel para hacerla girar…»

Gardener bebió el resto de la cerveza, soltó un eructo y se desperezó.

—Tú no me trajiste una rata muerta con un cordel para hacerla girar, pero conseguí un intercomunicador, Bozie; es un comienzo, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando —dijo Bozeman, con lentitud.

Sólo había estudiado dos años en la universidad: administración de empresas, antes de abandonarla porque debía trabajar. Su padre, enfermo del corazón, padecía de hipertensión crónica. Los eruditos como ése lo ponían nervioso y colérico. Se daban aires ante la gente común, como si sólo por el mero hecho de citar cosas escritas por gente que había muerto mucho antes cagaran mierda con mejor olor.

—Caramba —dijo Gardener—, es el segundo capítulo de *Tom Sawyer*. En Utica, cuando Bobbi era alumna del séptimo grado, existía algo llamado Exhibición Juvenil. Era una competencia de recitado. Ella no quería participar, pero su hermana decidió que así debía ser, que eso le haría bien o algo por el estilo. Y cuando Anne decidía algo, muchacho, era cosa decidida. Por entonces, Anne era un verdadero huno, Bozie, y sigue siéndolo. Al menos eso creo. Hace mucho tiempo que no la veo, por suerte, ja, ja. Pero creo justo decir que sigue siendo la misma. La gente como ella rara vez cambia.

—No me llames Bozie —dijo Andy, tratando de parecer más amenazador de lo que se sentía—. No me gusta.

—Cuando tuve a Bobbie como alumna en su primer año de la universidad, una vez escribió una composición sobre el día en que quedó petrificada tratando de recitar *Tom Sawyer*. Estuve a punto de enloquecer. —Gardener se puso de pie y echó a andar hacia Andy, novedad que el ex agente de bienes raíces contempló con activa alarma —. Al día siguiente la retuve después de clase y le pregunté si aún recordaba cómo era «Pintando la cerca». Lo recordaba. No me sorprendió. Hay cosas que uno jamás

olvida; por ejemplo, la ocasión en que la madre o la hermana le obligan a uno a presentarse en un espectáculo de terror, como la Exhibición Juvenil. Uno puede olvidarse del fragmento cuando está en el escenario, delante de tanta gente. Sin embargo, sería capaz de recitarlo hasta en el lecho de muerte.

—Mira —dijo Andy—, hay que volver al trabajo.

—La dejé recitar unas cuatro oraciones; luego me uní a ella. Quedó tan boquiabierta que el mentón le llegaba a las rodillas. Después empezó a sonreír. Lo dijimos todo juntos, palabra por palabra. No era tan extraño. Los dos fuimos niños tímidos, Bobbi y yo. El dragón de su cueva era su hermana; en mi caso, mi madre. La gente así suele tener la extraña idea de que, para curar a un niño de su timidez, la solución es ponerle en el tipo de situaciones que más teme, como la Exhibición Juvenil. No fue siquiera una gran coincidencia que los dos hubiéramos aprendido ese mismo capítulo de memoria. Los dos preferidos para la recitación eran ése y «El corazón delator».

Gardener tomó aliento y gritó:

—«¡Deteneos, amigos! ¡No sigáis desmontando! ¡Arrancad las tablas del suelo! ¡Aquí, aquí! ¡Es el palpitar de su odioso corazón!»

Andy dejó escapar un pequeño chillido. Se le cayó el termo, y manchó con media taza de café frío que aún le quedaba la entrepierna de sus pantalones.

—Ay, Bozie —observó Gardener, en tono coloquial—, nunca podrás sacar la mancha de ese poliéster.

Y continuó:

—La única diferencia entre nosotros dos fue que yo no quedé petrificado. Por el contrario, gané el segundo premio. Pero eso no me curó el miedo a hablar delante de una multitud; no hizo sino empeorarlo. Cada vez que me presento ante un grupo para leer poesía, miro todos esos ojos hambrientos… y pienso en «Pintando la cerca». También pienso en Bobbi. A veces basta eso para superar el trance. De cualquier modo, gracias a eso nos hicimos amigos.

—¡No sé qué tiene que ver todo eso con este trabajo! —exclamó Andy, con voz potente, nada habitual en él.

Pero su corazón había estado palpitando muy deprisa. Por un momento, mientras Gardener chillaba, se había convencido de que el hombre estaba realmente loco.

—¿No te das cuenta de la relación que hay entre esto y pintar la cerca? —preguntó Gardener, riendo—. Entonces debes de estar ciego, Bozie.

Señaló la nave que se inclinaba hacia el firmamento, en un perfecto ángulo de cuarenta y cinco grados.

—En vez de pintarlo, lo que hacemos es desenterrarlo, pero eso no cambia en absoluto el principio. He agotado a Bobby Tremain y a John Enders; mañana, si vuelves, te agotaré también. El caso es que nunca recibo algo a cambio. A

quienquiera que venga mañana, Bozie, dile que quiero una rata muerta y un cordel para hacerla girar…, o una bolita de las grandes, por lo menos.

Gardener se detuvo a medio camino hacia la zanja. Se volvió para mirar a Andy, que nunca se había sentido tan incómodo como entonces por la imposibilidad de leer la mente de aquel hombre corpulento, de hombros caídos y rostro común, extrañamente quebrado.

—Mejor aún, Bozie —dijo Gardener, con voz tan suave que Andy casi no llegó a oírle—: haz venir a Bobbi mañana mismo. Me gustaría descubrir si la Bobbi Nueva y Perfeccionada recuerda aún de memoria «Pintando la cerca», *de Tom Sawyer.*

Luego, sin una palabra más, se colgó del estribo, y esperó a que Andy lo bajara.

Si todo eso no era locura, ¿qué otra cosa podía ser? Mientras hacía girar la manivela, Andy agregó para sus adentros: «Y es sólo su primera cerveza del día. Durante el almuerzo tomará cinco o seis más. Entonces sí se volverá loco de atar».

Cuando Gardener apareció por el borde de la zanja, balanceándose, Andy sintió la tentación de soltar la manivela. Así resolvería el problema.

Pero no podía. Gardener era propiedad de Bobbi Anderson; mientras Bobbi no muriera o no saliera del granero, todo debía continuar más o menos como estaba.

—Ven, Bozie. Esas rocas vuelan muy lejos.

Echó a andar hacia el cobertizo. Andy lo siguió, apretando el paso para mantenerse a la par.

—Te he dicho que no me gusta eso de Bozie —repitió.

Gardener le lanzó una mirada curiosamente inexpresiva.

—Ya lo sé —dijo.

Rodearon el cobertizo. Unos tres minutos después, en la trinchera resonó otro de esos rugidos altos, estremecidos. Una llovizna de rocas subió hacia el cielo y descendió, repiqueteando en el casco de la nave con densos *clangs y clongs.*

—Bueno, vamos a… —comenzó Bozeman.

Gardener lo agarró del brazo. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, la expresión alerta, los ojos oscuros y vivaces.

—¡Calla!

Andy liberó su brazo de una sacudida.

—¿Qué diablos te ocurre?

—¿No lo oyes?

—No oi…

Pero en ese momento lo oyó: un siseo, como el de una cafetera gigante, surgía de la trinchera. Iba en aumento. De pronto un loco entusiasmo, mezclado con bastante horror, lo atacó.

—¡Son ellos! —susurró, vuelto hacia Gard. Tenía los ojos del tamaño de mandarinas. Los labios, brillantes de saliva, temblaban—. ¡No estaban muertos! ¡Los

hemos despertado! ¡Van a… salir!

—Viene Jesús y está enojado —comentó Gardener, sin dejarse impresionar.

El siseo iba en aumento. Entonces se produjo otro crujido, mezclado con un golpe seco. No era una explosión, sino el ruido de algo pesado que se derrumbaba. Un momento después se derrumbó algo más: Andy. Sus piernas perdieron la fuerza. Cayó de rodillas.

—¡Son ellos, son ellos, son ellos! —balbuceaba.

Gardener enganchó una mano en su sobaco, haciendo una pequeña mueca ante la humedad caliente y boscosa que encontró allí, y lo levantó de un tirón.

—Ésos no son los *Tommyknockers* —dijo—. Es agua.

—¿Eh?

Bozeman lo miró con aturdida incomprensión.

—¡Agua! —gritó Gardener, dándole una sacudida—. ¡Hemos conseguido nuestra piscina, Bozie!

—¿Qué…?

El siseo estalló de súbito en un rugido suave. El agua brotó a chorros de la zanja, lanzándose al cielo en una lámina ensanchada. No se trataba de una columna: era como si un gigantesco niño estuviese presionando con el dedo un grifo ciclópeo, para ver cómo se esparcía el agua. En el fondo de la trinchera, el agua surgía por varias grietas justo de ese modo.

—¿Agua? —repitió Andy, con voz débil. No lograba entenderlo.

Gardener no respondió. En el agua bailaba el arco iris; los chorros caían por el casco liso, formando arroyos, y dejaban gotas al pasar. Ante la mirada de Gardener, aquellas gotas comenzaron a saltar, como salta el agua arrojada en una parrilla caliente. Sólo que no ocurría al azar: las gotas se alineaban siguiendo las líneas de fuerza que circulaban por el casco de la nave, como los meridianos en el globo terráqueo.

«La veo —pensó Gard—. Veo la fuerza que irradia la piel de esa nave. La veo en esas gotas, por Dios…»

Se oyó otro crujido. Gardener creyó sentir que la tierra cedía un poco bajo sus pies. En el fondo de la zanja, la presión del agua terminaba el trabajo empezado por las voladuras: ensanchaba fisuras y agujeros, arrancaba la roca. El agua empezó a escapar con más facilidad y en mayor cantidad. La lámina de llovizna disminuyó. Un último arco iris difuso onduló en el aire y desapareció.

Gard vio que la nave se movía al ceder la roca que la había mantenido prisionera por tanto tiempo. Fue un movimiento tan leve que quizá había sido su imaginación, pero era cierto. En aquel breve movimiento visualizó cómo se la vería cuando saliera de la tierra. Vio su sombra ondulando lentamente en el suelo al surgir hacia arriba, hacia fuera. Oyó el ultraterreno quejido del casco al rozar los huesos de la roca.

Imaginó a todos los de Haven mirando en esa dirección, en tanto la nave se alzaba en el cielo, caliente y fulgurante, monstruosa moneda de plata que se alejaba poco a poco hacia el horizonte, por primera vez en milenios, flotando en el cielo sin ruido, flotando en libertad…

Y él deseaba eso: ¡Dios! Para bien o para mal, lo deseaba muchísimo.

Dio a su cabeza una enérgica sacudida, como para despejarse.

—Ven —dijo—. Echemos un vistazo.

Sin esperar a su compañero, caminó hasta la zanja para mirar hacia el fondo. Oía el rumor del agua, pero resultaba difícil ver algo. Sujetó al estribo de cuerda una de las grandes lámparas que utilizaban para trabajar por la noche y la bajó unos tres metros. Bastó con eso: si hubiese bajado tres metros más, habría quedado bajo el agua. Habían dado con un verdadero lago, sí, no era broma. La trinchera se estaba llenando rápidamente.

Al cabo de un momento, Andy se reunió con él. Su rostro era una ruina.

—¡Tanto trabajo! —exclamó.

—¿Trajiste el trampolín, Bozie? Podría tener piscina gratuita los jueves o los vier…

—¡Cállate! —aulló Andy Bozeman—. ¡Cállate! ¡Te odio!

Una histeria salvaje invadió a Gardener. Caminó hasta un tocón, tambaleándose, y allí se dejó caer, preguntándose si esa maldita cosa se habría mantenido impermeable a lo largo de tantos siglos. ¿Cuánto se pagaría por un platillo volante afectado por la humedad? Se echó a reír. Aun cuando Andy Bozeman se acercó para darle una trompada que lo echó por tierra, Jim Gardener no pudo dejar de reír.

8

Jueves, 4 de agosto.

Como se hicieron las nueve menos cuarto sin que nadie apareciera, Gardener comenzó a preguntarse si habrían renunciado. Jugó con esa idea, sentado en la mecedora del porche, mientras se tocaba el bulto que Bozeman le había dejado en la mejilla.

Después de medianoche vio llegar a un grupo en el Cadillac de Archinbourg. Eran casi todos los de siempre. Otra Fiesta de Medianoche en el Granero. Gardener, incorporado sobre un codo, los había observado por la ventana de su cuarto, preguntándose quién llevaría los bocadillos para esas veladas. Eran sólo sombras agrupadas alrededor del largo capó del coche. Allí se detuvieron un momento; luego penetraron en el granero. Cuando abrieron la puerta, aquella luz de fulgor cruel brotó en un torrente que iluminó todo el patio y hasta el mismo cuarto de huéspedes con un resplandor enfermizo. Entraron. El fulgor se redujo a una gruesa barra vertical, pero

no se apagó por entero: habían dejado la puerta entreabierta. Los pobladores de aquella pequeña ciudad eran ahora los más inteligentes de la Tierra, pero al parecer ni siquiera así lograban descubrir el modo de cerrar un candado desde el interior. Y no habían pensado en poner uno por dentro.

Por la mañana, sentado en el porche, Gardener miró hacia la aldea. «Tal vez cuando entran en ese cobertizo se exaltan demasiado como para pensar en cosas tan mundanas como son los candados».

Se puso una mano en la frente a modo de visera. Se acercaba una camioneta. Una vieja camioneta de leñador que le resultaba algo familiar. En la parte trasera llevaban algo cubierto con una lona que flameaba al viento. Gardener adivinó que giraría en el camino de entrada. No habían renunciado, por supuesto.

El vehículo cambió a segunda y llegó al patio frontal de Bobbi, entre resoplidos. El motor se apagó con un jadeo. El hombre que bajó, con una camiseta sin mangas, era el mismo que había transportado a Gard hasta las afueras de Haven, el 4 de julio. Gard lo reconoció de inmediato. «Café —pensó—. Me dio café con mucho azúcar. Tenía un gusto muy rico». Pero no era de Haven. ¿No había dicho que vivía en Albion?

«La cosa se expande —pensó—. Bueno, ¿y por qué no? Es como el polvillo radiactivo. Y Albion está en la dirección del viento».

—Hola —dijo el conductor de la camioneta—. ¿A que no te acuerdas de mí?

Su tono agregaba: «A mí no me jodas, viejo».

—Creo que sí —dijo Gard. El nombre apareció en su mente como por arte de magia, aun después de todo lo ocurrido: un solo mes que parecía diez años—. Freeman Moss. Me recogiste en la carretera. Yo venía a ver cómo estaba Bobbi. Pero supongo que ya lo sabrás.

—Sí.

Moss fue a la parte trasera del vehículo y comenzó a desatar nudos.

—¿Quieres ayudarme con esto?

Gardener iba a bajar del porche, pero se detuvo con una pequeña sonrisa. Primero, Tremain; después, Enders; por fin, Bozeman, con sus patéticos pantalones de poliéster amarillento.

—Cómo no —repuso—. Pero dime una cosa.

—¿Sí? —Moss dejó de tironear de las cuerdas y retiró la lona. Gardener vio lo que esperaba: un extraño conglomerado de equipo; tanques, mangueras, tres baterías de automóvil clavadas a una tabla. Una Bomba Nueva y Perfeccionada—. Si puedo…

Gardener sonrió sin mucha alegría.

—¿Me has traído una rata muerta con un cordel para hacerla girar?

Viernes, 5 de agosto.

Haven era sobrevolada por vuelos regulares desde que se había clausurado la Base Bangor de las Fuerzas Aéreas. Si alguien hubiese desenterrado la nave en aquellos tiempos, habrían surgido problemas; por entonces, los aviones de combate pasaban cuatro y cinco veces diarias, y hacían tintinear las ventanas y hasta rompían cristales cuando superaban la barrera del sonido. Se suponía que los pilotos no debían franquearla sobre el continente americano, a menos que fuera necesario, pero casi todos tenían aún rastros del acné adolescente en las mejillas y en la frente; a veces se tornaban algo exuberantes.

Comparados con esos *jets*, los Mustang y los Charger que esos niños hiperdesarrollados habían estado pilotando apenas el año anterior parecían gatitos. Al cerrarse la base de Bangor quedaron sólo algunos vuelos de la Guardia Aérea Nacional, pero desviados hacia el Norte.

Después de algunas discusiones, la base fue convertida en aeropuerto comercial, con el nombre de Aeropuerto Internacional de Bangor. Algunos pensaban que era un nombre demasiado grandilocuente, si se tenía en cuenta que allí sólo aterrizaban algunos aparatos viejos y jadeantes, en viaje hacia Augusta o Portland. Pero con el correr del tiempo, el tránsito aéreo creció. Hacia 1983, el AIB se había convertido en una próspera terminal aérea. Además de atender a dos aerolíneas comerciales, también aterrizaban allí varios transportes internacionales para cargar combustible; por lo tanto, acabó por ganarse ese nombre grandilocuente.

Durante un tiempo, a principios de los años 70, aún sobrevolaban algunos aparatos comerciales los cielos de Haven. Pero los pilotos y los navegantes informaban con regularidad acerca de problemas con el radar, producidos en la zona codificada como Cuadrante G-3: un cuadrado que abarcaba la mayor parte de Haven, toda Albion y la región de China Lake. Aquella neblinosa interferencia también se detecta con regularidad sobre el Triángulo de las Bermudas. Las brújulas fallaban; a veces se producían extraños parpadeos electrónicos en el equipo.

En 1973, un Delta que iba hacia el Sur, desde el AIB hacia Boston, estuvo a punto de chocar con un *jet* de la TWA que había despegado de Londres e iba a Chicago. En ambos aviones, las bebidas se volcaron; una de las azafatas se quemó con café hirviendo. Sólo la tripulación supo que se habían salvado por poco. El copiloto del Delta depositó una encomienda especial en sus pantalones, rió como un histérico hasta que llegaron a Boston y, dos días después, renunció a volar.

En 1974, un vuelo charter cargado con alegres apostadores salió desde Bangor hacia Las Vegas. El *Canadian Maritimes* perdió potencia en un motor al sobrevolar Haven y se vio obligado a regresar a Bangor. Cuando pusieron en marcha el motor, ya en tierra, funcionó a la perfección.

En 1975 se produjo otro amago de accidente peligroso. Hacia 1979, todos los

vuelos comerciales habían sido reprogramados para que no pasaran por aquella zona. Cualquier control de tránsito aéreo interrogado al respecto se habría encogido de hombros, diciendo que se trataba de un «dragón». Ésa era la palabra que se usaba. Aquí y allá había lugares de esa clase, nadie sabía el porqué. Lo más fácil era reprogramar los vuelos y olvidarse del asunto.

Hacia 1982, los controles de Augusta, Waterville y Bangor también desviaban todo el tránsito aéreo privado para que no pasara por G-3. Por lo tanto, ningún piloto había visto ese gran objeto centelleante que lanzaba destellos desde el centro exacto del cuadrante G-3, según figuraba en el mapa de las Fuerzas Aéreas.

Hasta que Peter Bailey lo vio, en la tarde del 5 de agosto.

Bailey era un piloto particular, con doscientas horas de vuelo en solitario. Pilotaba un Cessna Hawk XP; había sido el primero en decir que ese aparato le había costado unas cuantas cáscaras de banana. Era la frase que Peter Bailey usaba para referirse al dinero; le resultaba cómica. El Hawk volaba a doscientos veinticinco kilómetros por hora y tenía buena capacidad de altura: diecisiete mil pies sin agitarse. Su equipo de navegación hacía que resultara difícil perderse (la antena de navegación opcional también le había costado unas cuantas cáscaras de banana). En otras palabras, era un buen avión, que casi podía pilotarse solo. Pero eso no hacía falta cuando a los mandos iba un buen piloto como él.

Si Peter Bailey tenía una pesadilla, era la del maldito seguro. Un asalto a mano armada. Aburría hasta las lágrimas a sus compañeros de golf contándoles las ridiculeces que las compañías de seguro le imponían.

Según aseguraba con aire sombrío, tenía amigos que pilotaban, montones de ellos. Muchos tenían menos horas de vuelo que él en sus licencias de piloto, pero pagaban menos cáscaras de banana que él a los ladrones del seguro. Con algunos de ellos, Peter no habría volado aunque su esposa estuviera en Denver, con una hemorragia cerebral, y aquél fuera el único avión del mundo entero. Pero lo más humillante no era la cantidad. Lo más humillante era que él, Peter Bailey, él, un respetado neurocirujano que ganaba más de trescientas mil cáscaras de banana por año, debía aceptar una cobertura de riesgo calculado si deseaba volar. Explicaba a sus indefensos oyentes (quienes a veces deseaban con fervor haber jugado sólo los primeros nueve hoyos o, mejor aún, haberse quedado en el bar tomando una copa) que el «riesgo calculado» era la clase de cobertura que debían tomar los adolescentes y los ebrios convictos cuando conducían un automóvil. ¡Diablos! Si eso no era discriminación, ¿cómo se llamaba? Lástima que estaba tan ocupado; de lo contrario, habría iniciado un buen pleito contra las compañías de seguro. ¡Y habría ganado, por supuesto!

Muchos de los compañeros de Bailey eran abogados; la mayoría no ignoraba que un pleito así llevaba las de perder. La cobertura por riesgo calculado se efectuaba

sobre la base de las tablas de actuación, y en verdad Peter era neurocirujano, y los médicos figuran como los peores pilotos particulares de todos los grupos profesionales del mundo.

Tras escapar a uno de esos cuartetos, uno de los jugadores comentó, en tanto Bailey se encaminaba hacia el bar, echando chispas:

—Con ese charlatán hijo de puta…, yo no iría siquiera en coche hasta mi casa aunque mi esposa se estuviera muriendo de una hemorragia cerebral.

Peter Bailey correspondía exactamente al tipo de piloto para el que se habían inventado las tablas de actuación. Sin duda alguna, en todo Estados Unidos hay médicos que son pilotos ejemplares. Bailey no era uno de ésos. Rápido y decidido en el quirófano, cuando tenía ante sí a un paciente con el cráneo abierto y el tejido cerebral a la vista, delicado como un bailarín con el escalpelo y el bisturí láser, era, empero, un piloto de mano ruda, que violaba constantemente las altitudes asignadas, las reglas de seguridad y sus propios planes de vuelo. Era audaz, pero sólo tenía doscientas horas de vuelo en su licencia; ningún esfuerzo de la imaginación habría permitido considerarle veterano. Su condición de riesgo calculado sólo confirmaba el viejo dicho: el piloto puede ser audaz o veterano, pero ninguno es ambas cosas a un tiempo.

Aquel día volaba solo, desde las afueras de Nueva York hacia Bangor. Allí alquilaría un coche para ir al hospital de Derry. Se le había pedido consulta en el caso del joven Hillman Brown. Como el caso era interesante y los honorarios justos (y porque le habían hablado bien de la cancha de golf de Orono), aceptó acudir.

Había tenido buen tiempo durante toda la travesía; el aire estaba en calma. Bailey disfrutaba del viaje. Como de costumbre, su hoja de vuelo estaba hecha un asco; había pasado por alto un radiofaro omnidireccional, además de decidir que otro funcionaba mal (había golpeado con el codo el dial de frecuencia); de su altitud asignada de tres mil metros, había pasado a cinco mil y bajado apenas a mil ochocientos, pese a todo lo cual, una vez más, se había salvado de matar a alguien…, bendición que su estupidez, por desgracia, le impedía apreciar.

También se apartó de su ruta de vuelo, y por ello, sobrevoló Haven, donde, de repente, saltó a su vista un gran reflejo de luz. Era como si alguien acabase de apuntar hacia él la linterna más grande del mundo.

—¿Qué diablos…?

Miró hacia abajo y vio un tentador destello de ese fulgor. Habría podido pasarlo por alto; habría podido seguir y, de ese modo, sobrevivir para luchar un día más (o tal vez para chocar con un avión de pasajeros cargado de morro a cola), pero como tenía tiempo de sobra y estaba intrigado… Ladeó el Hawk y viró en redondo.

—Pero ¿adónde…?

Refulgió otra vez, lo bastante como para grabarle una medialuna azul en los ojos.

Una ondulación lumínica corrió por la cabina.

—¡Por… Dios!

Allá abajo, en un claro del bosque verdegrisáceo, había un enorme objeto plateado. Poco fue lo que vio de él antes de que desapareciera otra vez bajo el ala de babor.

A mil ochocientos metros de altura por segunda vez en el día, Bailey ladeó de nuevo el aparato. Empezaba a dolerle la cabeza; lo notó, pero lo atribuyó al entusiasmo. Su primera idea había sido que se trataba de una torre de agua, mas nadie situaría una torre de agua tan grande en el bosque.

Volvió a sobrevolar el objeto, esa vez a mil doscientos metros. Llevó al avión a la velocidad más baja que se atrevió a intentar; era mucho menor de la que un piloto más experimentado habría empleado, pero el Hawk era un buen aparato y se lo perdonó.

«Un artefacto», pensó esa vez, casi descompuesto de entusiasmo. Un artefacto en forma de platillo, sepultado, en la tierra…, ¿o algo del Gobierno? Pero si era del Gobierno, ¿cómo no lo habían cubierto con una red de camuflaje? Además, el suelo estaba excavado alrededor; desde el aire se veía con toda claridad la zanja abierta en la tierra.

Bailey decidió sobrevolarlo una vez más. ¡Pasaría bien bajo, qué joder! En ese momento, su mirada cayó sobre los indicadores y el corazón le dio un salto. La brújula giraba en grandes círculos estúpidos; los indicadores de combustible estaban en rojo. El altímetro ascendió de súbito a siete mil metros; allí se detuvo por un instante, y cayó a cero total.

El fornido motor de 195 CV tosió de un modo terrorífico. El morro descendió. El corazón de Bailey hizo otro tanto. La cabeza le palpitaba. Frente a sus desorbitados ojos, las agujas giraban, las luces pasaban de verde a rojo como semáforos pigmeos y la señal sonora de altitud, cuya supuesta misión era decir al piloto distraído: «Despierta, idiota, que estás a punto de chocar contra un gran objeto inamovible llamado Madre Tierra», se puso en marcha, aunque no debía hacerlo sino cuando la altitud descendía por debajo de los ciento cincuenta metros y la vista indicaba a Bailey que el Hawk estaba aún a mil doscientos, quizá un poco más. Miró el termómetro digital que registraba la temperatura exterior. Pasó de ocho grados a dieciséis, de allí a quince bajo cero. Se detuvo un momento, antes de marcar cincuenta y tres. Los números rojos se mantuvieron allí. Por fin, el termómetro se apagó.

—En el nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí? —aulló Bailey.

Y quedó atónito al ver que uno de sus incisivos salía volando de la boca, rebotaba en el indicador de velocidad aerodinámica y caía al suelo.

El motor tosió otra vez.

—Mierda —susurró Bailey, ya descompuesto de miedo.

Del hueco dejado por el diente le brotaba sangre, que corría por el mentón. Una gota le salpicó la fina camisa.

Aquel objeto centelleante, semienterrado, volvió a pasar bajo sus alas.

El motor del Hawk se paró de pronto. El aparato perdió altura. Bailey olvidó todo su entrenamiento y tiró del volante con todas sus fuerzas, pero el silencioso avión no respondía. El corazón del piloto golpeaba: secamente. El Cessna descendió a mil doscientos metros…, a mil…, novecientos. Bailey buscó a tientas, como ciego, el botón rotulado ARRANQUE EMERGENCIA. La gasolina enriquecida tronó huecamente en los carburadores. La hélice dio una sacudida y volvió a detenerse. Ahora el Cessna se había deslizado hasta los setecientos metros. Sobrevoló la vieja carretera a Derry, a tan poca altura que Bailey vio el anuncio de servicios delante de la iglesia metodista.

—Hijo de puta —susurró—. Voy a morir.

Tiró del cebador a fondo y oprimió otra vez el arranque de emergencia. El motor tosió, funcionó, por un momento y empezó a tartamudear.

—¡No! —aulló Bailey.

Un ojo se le reventó y se llenó de sangre, que formó una fina lámina en la mejilla izquierda. En su pánico, el piloto ni siquiera se dio cuenta. Volvió a operar el cebador.

—¡No, no te pares, avión de mierda!

El motor rugió; la hélice giró hacia la invisibilidad, con una cuña de sol en su centro. Bailey tiró del volante. El sobrecargado Hawk perdió altura de nuevo.

—¡Avión de mierda! ¡Avión de mierda! —aulló. Ya tenía el ojo izquierdo lleno de sangre; cobró alguna conciencia de que el mundo parecía haber tomado un tono rosado, extraño, pero de haber tenido tiempo o ganas de pensar en eso, lo habría atribuido a la ira provocada por esa situación tan idiota.

Soltó el volante. El Hawk, al permitírsele ascender en un ángulo casi cuerdo, empezó a hacer su trabajo otra vez. Sobrevoló Haven y Bailey notó que la gente lo miraba. Estaba tan bajo que alguien podía tomar su número de registro, si así lo deseaba.

«¡Está bien! —pensó, sombrío—. Está bien, anótenlo, porque cuando termine con la fábrica Cessna, hasta el último de los accionistas estará en paños menores. Voy a entablar un pleito contra esos negligentes hijos de puta hasta sacarles la última cáscara de banana que tengan».

El Hawk comenzó a elevarse poco a poco; su motor funcionaba con dulce sonido. La cabeza de Bailey trataba de separarse de sus hombros, pero de pronto se le ocurrió una idea: una idea de ramificaciones tan asombrosas, de simplicidad tan alelante, que su mente olvidó todo lo demás. Acababa de comprender, nada menos, la base fisiológica de la bicameralidad del cerebro humano. Eso lo llevó a la instantánea captación de la memoria racial, no como neblinoso concepto jungiano, sino como

función del ADN recombinante y de la impresión biológica. Y con esto adquirió la comprensión de lo que significaba en realidad la capacidad generadora del *corpus callosum* en los períodos de actividad incrementada de las glándulas sin conducto, que había desconcertado durante treinta años a los estudiosos del cerebro humano.

Peter Bailey comprendió de súbito que el viaje en el tiempo, el verdadero viaje en el tiempo, se hallaba al alcance de su mano.

En ese mismo instante, una gran parte de su propio cerebro estalló.

En su cabeza se encendió una luz blanca, copia exacta del reflejo que le había guiñado el ojo desde aquel objeto sepultado en el bosque.

Si hubiese caído hacia adelante, empujando el volante, el pueblo de Haven se habría encontrado con otro desastre a resolver. Pero lo hizo hacia atrás, con la cabeza entre bamboleos y la sangre que le salía por los oídos. Clavó los ojos en el techo de la cabina, con una expresión de enorme y definitiva sorpresa pintada en el rostro.

Si hubiese conectado el piloto automático, casi con seguridad el Cessna habría continuado su sereno vuelo hasta quedarse sin combustible. Las condiciones climatológicas eran óptimas; esas cosas ocurren de vez en cuando. Sin el piloto automático, el avión continuó su vuelo casi en línea recta, a mil seiscientos metros, durante unos cinco minutos, mientras la radio chillaba al neurocirujano muerto, diciéndole que tomara de inmediato la altitud asignada.

Sobre Derry, una corriente de aire puso al avión en un suave ladeo. Describió un largo arco hacia Newport, hasta que el ladeo se hizo más pronunciado y se convirtió en una espiral, y la espiral, en barrena.

Un niño que pescaba desde un puente de la carretera Siete levantó la vista y vio caer un avión, girando como un taladro. Boquiabierto, lo vio estrellarse en el sembrado norte de Ezra Dockery y estallar en una columna de fuego.

—¡Mi madre! —gritó el niño.

Dejó caer la caña y corrió hasta la estación deservicio para avisar a los bomberos. Poco después de su partida, un pez se llevó la lombriz y tiró la caña al agua. El chico no volvió a encontrarla, pero en la excitación de combatir el incendio de los pastos y sacar al asado piloto de entre los restos, apenas se dio cuenta.

10

Sábado, 6 de agosto.

Newt y Dick estaban sentados en el Minutas Haven, con el periódico entre ambos. La primera plana era otro estallido de hostilidades en Oriente Medio, pero lo que más les interesaba estaba al pie de página. *Neurocirujano fallece en accidente de aviación*, decía el título, acompañando una foto del avión. Nada quedaba reconocible del bello Cessna Hawk, salvo la cola.

Habían apartado el desayuno casi intacto. Muerto Beach, la que cocinaba era Molly Fenderson, su sobrina. Molly era una chica muy simpática, pero sus huevos fritos parecían culos asados. Dick nunca había comido un culo, asado o de otro modo, pero era seguro que tendrían ese gusto.

«—A lo mejor sí», pensó Newt.

Dick lo miró, enarcando las cejas.

«—En las salchichas meten cualquier porquería. Al menos, eso he leído».

A Dick se le revolvió el estómago. Dijo a Newt que cerrara su sucia boca.

Newt hizo una pausa. Después dijo:

«—Cuando ese idiota pasó casi rozando Haven, debieron de verle veinte o treinta personas».

«—¿Todas de la ciudad?», preguntó Dick.

«—Sí».

«—Entonces no tenemos problema alguno, ¿verdad?»

«—No, creo que no». Newt sorbió su café. «—Al menos, mientras no vuelva a suceder».

Dick meneó la cabeza. «—No tiene por qué pasar otra vez. El diario dice que venía fuera de ruta».

«—Sí. Eso dice. ¿Estás listo?»

«—Claro».

Se marcharon sin pagar. El dinero había dejado de ser interesante para los de Haven. En el sótano de Dick Allison había varias cajas de cartón grandes, llenas de dinero: billetes de veinte dólares, de diez y de uno, en su mayor parte. Haven era una población pequeña. Cuando alguien necesitaba efectivo para algo, bajaba a ese sótano y cogía lo preciso. La casa estaba sin llave. Además de las máquinas de escribir telepáticas y de los calentadores potenciados por moléculas de desintegración, Haven había descubierto una forma de colectivismo casi perfecta.

Desde la acera, frente al Minutas, miraron hacia el ayuntamiento. La torre de ladrillos titilaba, inestable. Ora estaba allí, tan sólida como el Taj Mahal (si no tan bella), ora dejaba sólo el cielo azul por encima de las melladas ruinas de su base. Su larga sombra matinal vacilaba como la sombra de una cortina sacudida por un viento intermitente. Newt descubrió que, a veces, la sombra de la torre estaba allí cuando la torre en sí desaparecía, algo bastante perturbador.

«¡Caramba! Si sigo mirando esa porquería me voy a volver loco», se dijo.

Newt preguntó si alguien se estaba ocupando del deterioro.

«—Tommy Jacklin y Hester Brookline han tenido que viajar a Derry —dijo Dick —. Habrán de ir a cinco estaciones de servicio y a los dos vendedores de repuestos para automóviles. Los envié con casi setecientos dólares y les dije que trajeran veinte baterías para coche, si podían. Pero tienen que comprarlas en distintos lugares. En

algunas de las poblaciones vecinas, la gente piensa que en Haven nos hemos vuelto locos por las baterías y las pilas».

«—¿Tommy Jacklin y Hester Brookline? —preguntó Newt, dubitativo—. ¡Pero si son criaturas! ¿Tommy tiene carnet de conducir, Dick?»

«—No —reconoció Dick, a desgana—. Pero tiene quince años y un permiso; es prudente para conducir. Además, es corpulento. Parece mayor. Nada ocurrirá».

«—¡Qué peligro, por Dios!»

«—Sí, pero…»

Se comunicaban en pensamientos formados más por imágenes que por palabras; cada vez era más frecuente en Haven, según la gente de la ciudad iba aprendiendo ese extraño lenguaje nuevo de la comunicación mental.

Pese a todos sus reparos, Newt comprendía el problema básico por el que Dick había enviado a un par de adolescentes a Derry con la camioneta de Fannins. Necesitaban esas baterías con urgencia, pero a los habitantes de Haven les resultaba cada vez más difícil abandonar la ciudad. Los viejos como Dave Rutledge y John Harley habrían muerto (y tal vez estarían pudriéndose) antes de llegar a las afueras de Derry. Los hombres más jóvenes, como Newt y Dick, habrían resistido un poco más, pero también habrían perecido…, y era probable que entre grandes tormentos, debido a los cambios físicos iniciados en el granero de Bobbi. No era sorprendente que Hilly Brown estuviera en estado de coma, aunque se lo habían llevado cuando las cosas apenas empezaban a ponerse en marcha. Tommy Jacklin tenía quince años; Hester Brookline, trece bien desarrollados. Por lo menos contaban con la juventud para ir y volver sin el equivalente de un traje espacial para protegerse de una atmósfera que ahora les era hostil. Aun cuando hubiesen dispuesto de un equipo así, no habrían, podido usarlo; dos personas vestidas con trajes espaciales no podían presentarse en un negocio de repuestos de automóviles sin provocar unas cuantas preguntas.

«—No me gusta», dijo Newt, por fin.

«—A mí, tampoco, no te jode —replicó Dick—. No voy a respirar tranquilo mientras no vuelvan. He dicho al viejo doctor Warwick que los espere estacionado junto al límite entre Haven y Troy, para que los atienda en cuanto lleguen».

(*Si llegan.*)

«—Eso, sí. Creo que llegarán, pero sufriendo».

«—¿Qué clase de problemas esperas?»

Dick sacudió la cabeza. No lo sabía. El doctor Warwick se negaba incluso a hacer suposiciones. Sólo había preguntado a Dick, con irritada voz mental, qué opinaba él que podía pasarle a un salmón si decidía remontar la corriente en bicicleta a la hora de desovar, en vez de hacerlo a nado.

«—Bueno…», dijo Newt, dubitativo.

«—Bueno nada —replicó Dick—. No podemos dejar eso —señaló con la cabeza

la oscilante torre del reloj—, así como está».

«—Ya casi hemos llegado a la escotilla —replicó Newt—. Creo que podríamos dejar así la torre».

«—Tal vez sí, tal vez no. De cualquier modo, sabes que necesitamos baterías para otras cosas. Y hay que seguir teniendo cuidado. También lo sabes».

«—¿A la gitana quieres enseñarle a tirar las cartas, Dick?»

«—Vet…»

«Vete a la mierda», era lo que Newt estaba por decir. Pero se contuvo, aunque, día a día, Dick Allison le caía peor. En verdad, toda Haven funcionaba ahora a base de pilas y baterías, como los automóviles de juguete. Cada vez necesitaban más y de mayor tamaño. Pedirlas por correo, además de ser muy lento, alertaría a alguien. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir.

En resumen, Newt Berringer era un hombre preocupado. Habían sobrevivido al avión estrellado. Si a Tommy y a Hester les ocurría algo, ¿sobrevivirían otra vez?

Lo ignoraba. Sólo sabía que no tendría paz mientras los chicos no volvieran a Haven, que era donde debían estar.

11

Domingo, 7 de agosto.

Gardener se encontraba ante la nave; la miraba y trataba de decidir (una vez más) si de todo aquello resultaría algo bueno…, y de no ser así, cuál era la salida, si la había. Dos días antes había oído el vuelo del avión desde la casa. Tres pasadas: dos de más; Gard estaba casi seguro de que el piloto había visto la nave y la excavación. Esa seguridad le permitió un extraño y amargo alivio. Pero después leyó el artículo en el periódico. El pobre doctor Bailey se había salido de su curso y ese resto de la armada espacial de Ming *el Implacable* le había arruinado el aparato.

¿Eso convertía a Jim Gardener en cómplice de homicidio? Tal vez. Y a Gard, aunque fuese un mataesposas, no le gustaba la idea.

Esa mañana, Freeman Moss, el agrio leñador de Albion, no se presentó; Gard supuso que la nave le había hecho saltar los fusibles, como a sus predecesores. Estaba solo por primera vez desde la desaparición de Bobbi. En la superficie, eso parecía despejar las cosas. Pero cuando se paraba a pensar, el antiguo dilema seguía en pie.

Si el artículo sobre el avión estrellado le había hecho daño, en su opinión, era peor todavía el artículo de primera plana, el que Newt y Dick no habían leído. Oriente Medio estaba a punto de estallar de nuevo. Y esta vez, si había disparos, bien podrían ser nucleares. La Unión de Científicos Atribulados, esos alegres fulanos que manejaban el Reloj Negro, había adelantado las manecillas a dos minutos de la medianoche nuclear, según anunciaba el periódico. Tal vez la nave podría desactivar

todo aquello, pero… ¿era lo que deseaban Freeman Moss, Kyle Archinbourg, Bozie y el resto? A veces Gard sentía la horrible seguridad de que nada importaba menos al Haven Nuevo y Perfeccionado que enfriar el barril de pólvora sobre el que se asentaba el planeta. ¿Y entonces?

No lo sabía. A veces, eso de ser nulo en telepatía resultaba un incordio.

Sus ojos se dirigieron a la máquina de bombeo aplastada en el barro, en la orilla de la zanja. Hasta entonces, el trabajo había sido cuestión de polvo, tierra, rocas y tocones que se negaban a salir hasta que uno estaba medio loco de frustración. Ahora era trabajo mojado, muy mojado. Las dos últimas noches había vuelto a la casa con arcilla seca en el cabello, entre los dedos de los pies y en la raja del trasero. Si el barro resultaba desagradable, la arcilla era peor. Porque la arcilla se pegaba.

El equipo de bombeo era un conglomerado feo y extraño, pero funcionaba. También pesaba toneladas, pero el silencioso Freeman Moss lo había transportado él solo desde el patio de Bobbi. El traslado le había llevado casi todo el jueves y unas quinientas pilas; pero un equipo de construcción habría tardado una semana por lo menos en conseguirlo.

Moss había utilizado un artefacto similar a un detector de metales para guiar a cada componente hasta su sitio definitivo: primero lo sacaba de la camioneta; después, lo pasaba a través de la huerta, y, por fin, a lo largo del transitado sendero, hasta la excavación. Los componentes flotaban en el cálido aire del verano, con la sombra al lado, como un charco. Moss llevaba en una mano aquel artefacto que antes había sido un detector de metales y en la otra algo así como un radiotransmisor portátil. Cuando levantaba la antena curva del radiotransmisor y movía el disco del detector, el motor o la bomba se elevaba. Sí lo movía hacia la izquierda, la pieza se deslizaba hacia la izquierda. Gard, que observaba todo aquello con el aturdimiento de un ebrio consuetudinario (y nadie ve tantas cosas extrañas como ellos) lo comparó con un adiestrador de animales que condujera sus elefantes mecánicos por el bosque, hasta el sitio donde se erigía algún circo inimaginable.

Gardener había visto el laborioso traslado de varios equipos pesados y sabía que ese artefacto podía revolucionar las técnicas de construcción. Esos objetos estaban fuera de su conocimiento práctico, pero calculaba que aquel sencillo aparato, utilizado por Moss con tanta distraída facilidad, reduciría en un veinticinco por ciento, o más, el costo de un proyecto como el de la presa de Asuán.

En un aspecto, por lo menos, se parecía al espejismo mantenido en el ayuntamiento: requería mucha energía.

—Toma —dijo Moss; y pasó una pesada mochila a Gard—. Ponte esto.

Gard se calzó las correas en los hombros, haciendo una mueca. Moss, al verlo, sonrió un poco.

—Se hará más liviana en el transcurso del día. No te preocupes por eso.

Y enchufó un auricular al control de la radio; después se lo puso en el oído.

—¿Qué hay en la mochila? —preguntó Gardener.

—Pilas. Vamos.

Moss pareció escuchar; después, con un gesto de asentimiento, apuntó la antena curva hacia el primer motor, que se elevó en el aire y quedó suspendido. Con el control en una mano y el detector de metales modificado en la otra, Moss anduvo hacia el motor. A cada paso que él daba, el bulto retrocedía una distancia similar. Gard cerraba la marcha.

Moss llevó de esa manera el motor entre la casa y el granero, haciéndolo rodear el Tomcat; después, a través de la huerta. Aunque a fuerza de pasar habían abierto un ancho sendero, las plantas, a ambos lados, seguían creciendo en desmañado esplendor. De los girasoles, algunos medían ya tres metros y medio de altura. Gardener, al verlos, se acordaba de *El día de los trífidos*. Una noche, alrededor de una semana antes, despertó de una terrible pesadilla en que los girasoles de la huerta sacaban las raíces del suelo para echar a caminar; en el centro de sus corolas brillaba una luz espectral, que caía al suelo como el rayo de una linterna provista de un cristal verde.

En el jardín, los pepinos eran tan grandes como torpedos de submarinos, los tomates del tamaño de pelotas de balonmano y las plantas de maíz tan altas como los mismos girasoles. Gardener, por curiosidad, cortó una mazorca de maíz; medía más de medio metro; si hubiese sido comestible, habría alimentado a dos hombres hambrientos. Pero Gard escupió los granos arrancados en la primera mordida, con una mueca de asco. Tenía un gusto horrible, carnoso. La huerta de Bobbi estaba llena de plantas enormes, pero imposibles de comer, quizá venenosas.

El motor cruzó delante de ellos, por encima del sendero, mientras los tallos de maíz susurraban a cada lado. Gardener vio manchas de grasa y aceite de motor en algunas de las militantes hojas verdes parecidas a espadas. Al otro lado de la huerta, el motor empezó a descender. Moss bajó la antena y lo dejó posarse en tierra con un golpe suave.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gardener.

Moss se limitó a gruñir y sacó una moneda del bolsillo. La clavó en la base del control, la hizo girar y extrajo seis Duracell doble A del compartimiento de pilas. Indiferente, las dejó caer al suelo.

—Dame otras —dijo.

Gardener descargó la mochila, la abrió y se encontró dentro con algo así como cien millones de pilas. Era como si alguien hubiese tenido suerte con la máquina tragaperras, pero con una que pagara en pilas y no en dólares.

—¡Caray!

—Dame seis de esas porquerías.

Por una vez, Gardener no encontró comentario sagaz que hacer. Entregó seis pilas a Moss, que las colocó en el compartimiento, cerró el artefacto y volvió a ponerse el auricular en la oreja.

—Vamos —dijo.

Doce metros más allá hubo otro cambio de pilas. A los veinte metros, otro. El motor requirió menos energía para ir colina abajo, pero cuando Moss lo depositó al borde de la zanja había consumido cuarenta y dos pilas.

Ida y vuelta, ida y vuelta, una a una fueron llevando todas las piezas de la bomba, desde la camioneta de Freeman Moss hasta el borde de la zanja. La mochila de Gardener se tornaba cada vez más liviana.

En el cuarto viaje, Gard preguntó si podía probar. A unos cien metros de la excavación se veía una gran bomba industrial, que tal vez hubiese servido para vaciar cámaras sépticas tapadas. Moss estaba cambiando pilas, una vez más; el sendero aparecía sembrado de pilas agotadas, y Gard pensó con extraña nostalgia en el chico de la playa de Arcadia. El de los cohetes. Aquél cuya madre había dejado de beber… y de hacer cualquier otra cosa. El que sabía de los *Tommyknockers*.

—Bueno, puedes probar —dijo Moss, y le pasó el artefacto—. Me vendría bien un poco de ayuda, lo reconozco, Llevar todo esto le cansa a uno. —Al ver la expresión de Gard, agregó—: Oh, sí, parte de esto lo hago yo. Para eso es el auricular. Puedes probar si quieres, aunque no creo que tengas mucha suerte. No eres como nosotros.

—Ya me he dado cuenta. Yo no tendré que hacerme una dentadura postiza cuando todo esto termine.

Moss lo miró con acritud, sin decir nada.

Gard usó el pañuelo para limpiar la capa de cera parda que Moss había dejado en el auricular y se lo puso en la oreja. Oyó un ruido distante, como el que se percibe cuando acercamos una caracola al oído. Apuntó la antena hacia la bomba, como Moss hacía, y la movió con cuidado hacia arriba. El suave rumor marino que percibía en su oído cambió. La bomba se movió un poquito. Pero un momento después ocurrieron dos cosas: de la nariz le brotó un chorro de sangre caliente y la cabeza se le llenó con una voz aturdidora: ¡ALFOMBRE SU *LIVING* O TODA SU CASA POR MENOS DINERO!, aulló un locutor de radio, que parecía sentado en medio de la cabeza de Gard, hablando a gritos por un altavoz eléctrico. ¡Y TENEMOS UNA AMPLIA VARIEDAD DE ALFOMBRILLAS RECIÉN RECIBIDAS! EL ÚLTIMO PEDIDO SE VENDIÓ COMO PAN CALIENTE, ASÍ QUE…

—¡Oh, por Dios, cállate! —gritó Gardener. Dejó caer el aparato y se llevó las manos a la cabeza. Al hacerlo se quitó el auricular, con lo que el estridente locutor cesó. Quedó con una hemorragia nasal y la cabeza resonando como una campana.

Freeman Moss, al que la sorpresa había sacado de su actitud taciturna, lo miró con los ojos muy abiertos.

—Por Dios, ¿qué fue eso?

—Eso era WZON, sólo rock and roll porque así le gusta a usted. ¿Te molesta si me siento un ratito, Moss? Creo que me he meado.

—Y te sangra la nariz.

—Cierto, Sherlock —dijo Gardener.

—Mejor dame ese artefacto.

Gard se lo devolvió de muy buena gana. Tardaron el resto del día en llevar todo el equipo hasta la zanja. Cuando terminaron, Moss estaba tan cansado que Gardener tuvo que llevarle casi en vilo hasta la camioneta.

—Es como si acabase de cortar dos metros de leña y hubiera cagado hasta los sesos mientras tanto —jadeó el viejo.

Después de eso, Gard supuso que Moss no volvería. Pero al día siguiente lo vio aparecer, a las siete en punto, en un Pontiac maltratado. Bajó balanceando un baldecito de vianda contra la pierna.

—Vamos; manos a la obra.

Gard respetaba a Moss más que a todos los otros «colaboradores» juntos. En realidad, le caía simpático.

Moss le echó una mirada mientras caminaban hacia la nave, con el rocío de esa mañana de viernes mojándoles los pantalones.

—Eso lo he captado —gruñó—. Tú también eres simpático, creo.

Eso fue casi todo lo que el señor Freeman Moss dijo durante la jornada.

Metieron varias mangueras en la zanja y conectaron otras para enviar el agua bombeada colina abajo, por una pendiente que descendía por el sudeste de los terrenos de Bobbi. Eran grandes rollos de goma, confiscados al cuerpo de bomberos voluntarios, con toda seguridad.

—Sí, algunos son de allí, otros de otra parte —dijo Moss.

Y no adelantó más explicaciones sobre el tema.

Antes de poner en marcha las bombas, hizo que Gardener colocara varias grapas en U sobre las mangueras de desagüe.

—Para que no anden volando por ahí, manando agua por todas partes. Si has visto una manguera de bombero desmandada, sabrás que pueden lastimar a cualquiera. Y no tenemos tanta gente disponible como para que se pasen aquí el día, sujetando un montón de mangueras meonas.

—Parece que los voluntarios no vienen a formar cola, ¿eh?

Freeman Moss lo miró en silencio, sin decir nada por un momento.

—Clava bien esas grapas. Tendremos que parar con frecuencia para volver a clavarlas. Se aflojarán.

—¿No es posible controlar el caudal para que no haya tanto aflojamiento? —preguntó Gardener.

Moss puso los ojos en blanco, impaciente ante tanta ignorancia.

—Claro —respondió—, pero en ese agujero hay un montón de agua y quiero terminar antes del Juicio Final, si no te importa.

Gardener mostró la palma de las manos, medio riendo.

—Bueno, era sólo una pregunta. Paz.

El hombre se limitó a gruñir, en su inimitable estilo Freeman Moss.

Hacia las nueve y media, el agua corría colina abajo, lejos de la nave, en una gran proporción. Era fría, clara y dulce como la mejor (y eso significa en verdad dulce, como puede atestiguar quien tenga un buen pozo). Hacia mediodía habían creado un nuevo arroyo: medía casi dos metros de ancho y era de poca profundidad, pero de corriente poderosa; arrastraba agujas de pino, humus y pequeños arbustos. Para los hombres no había mucho que hacer, salvo sentarse a vigilar que ninguna de las gordas y tensas mangueras se liberara y echara a volar en derredor. Moss iba cerrando con regularidad las bombas, por turnos, para clavar las grapas que se soltaban o pasarlas a otro sitio, si la tierra se aflojaba.

A las tres de la tarde, el arroyo arrastraba ya matorrales de mayor tamaño. Poco antes de las cinco, Gardener oyó el tronar de un respetable árbol que caía. Se levantó y estiró el cuello, pero había caído demasiado lejos para verlo.

—Por el ruido parecía un pino —dijo Moss.

Entonces fue Gardener quien se volvió a mirarle sin decir nada.

—Puede haber sido una pícea —agregó Moss.

Y aunque su rostro permanecía serio, Gard notó que lo había pronunciado *pis-cea*, como si hiciera un chiste. Un chiste muy leve, pero chiste al fin.

—¿Te parece que esta agua estará llegando a la carretera?

—Oh, creo que sí.

—¿Y no la inundará?

—No. Los del Ayuntamiento están poniendo una alcantarilla nueva, bien grande. Tendrán que desviar el tráfico un par de días mientras levantan el pavimento, pero ya no hay tanto movimiento como antes en esa ruta.

—Me he dado cuenta —observó Gard.

—Y me alegro, sí. Los veraneantes son siempre un incordio. Mira, Gardener, cortaré el flujo en estas bombas de abajo, pero seguirán manando unos treinta o treinta y cinco litros por minuto durante la noche. Si dejamos cuatro bombas trabajando, son algo más de siete mil litros por hora, durante toda la noche. No está mal para ser automático. Vamos. Tu nave es muy bonita, pero me altera la presión. Si me invitas, me tomaré una cerveza antes de volverme a casa con la patrona.

Moss volvió a aparecer el sábado, con su viejo Pontiac, y puso de inmediato las bombas a plena capacidad: setenta litros por minuto cada una, dieciséis mil ochocientos litros por hora.

Y en la mañana del domingo, Freeman Moss brilló por su ausencia. Por fin había renunciado como los otros, dejando a Gardener ante las alternativas de siempre.

Primera alternativa: trabajar.

Segunda alternativa: huir como alma que lleva el diablo. Ya había llegado a la conclusión de que si Bobbi moría, él sufriría un accidente fatal poco después. Podría tardar hasta media hora en sufrirlo. Si decidía huir, ¿lo sabrían ellos de antemano? Gard creía que no. Todavía jugaba al póquer con sus vecinos a la manera antigua: con las cartas boca abajo. Y a propósito: ¿hasta dónde tendría que huir para verse fuera del alcance de los habitantes de Haven y de sus artefactos al estilo de Buck Rogers?

En realidad, Gard no pensaba que fuese necesario llegar tan lejos. Derry, Bangor, hasta Augusta… estarían demasiado cerca quizá. ¿Portland? Tal vez. Probablemente. Por lo que él llamaba Analogía del Cigarrillo.

Cuando un niño empezaba a fumar, tenía suerte si llegaba a la mitad de un cigarrillo sin echar hasta las tripas o marearse. A los seis meses de experiencia, fumaría entre cinco y diez cigarrillos por día. Demos al chico tres años y tendremos un candidato al cáncer de pulmón, de dos cajetillas y media diarias.

Pero invirtamos la cuestión. Digamos a un chico que acaba de fumar su primer cigarrillo y anda por ahí, el rostro verde y con náuseas, que no puede fumar más; es probable que caiga de rodillas para besarnos los pies. Si lo cogemos cuando fuma de cinco a diez cigarrillos diarios, tal vez no le importe dejarlo…, aunque aun a ese nivel del hábito tal vez acabe comiendo demasiadas golosinas y sintiendo la necesidad de fumar cuando está aburrido o nervioso.

Oh, pero miremos al veterano. Digámosle que debe acabar con esa porquería, y se aferrará el pecho como si tuviese un ataque al corazón…, pero sólo estará protegiendo el paquete que lleva en el bolsillo de la camisa. Gardener sabía, merced a sus esfuerzos más o menos efectivos por dejar o disminuir el vicio, que fumar es una adicción física. En la primera semana de privación, los fumadores sufren temblores, dolores de cabeza y espasmos musculares. El médico puede recetar vitamina B_{12} para calmar lo peor de esos síntomas, pero sabe que ninguna píldora combatirá la sensación de pérdida y la depresión de los seis primeros meses, que empiezan en el instante en que el fumador aplasta su última colilla e inicia el solitario viaje para salir del vicio.

«Y Haven es como un cuarto lleno de humo —pensó Gardener, mientras ponía las bombas a toda potencia—. Al principio se descomponían, eran como un montón de chicos aprendiendo a fumar detrás del granero. Pero ahora el aire del cuarto les gusta, ¿y por qué no? Son fumadores empedernidos. Se encuentra en el aire que respiran, y sólo Dios sabe qué cambios fisiológicos se están produciendo en el cerebro y en el cuerpo de esa gente. Las secciones de pulmón muestran formaciones celulares alteradas en el tejido pulmonar de quienes llevan sólo dieciocho meses fumando. La

incidencia de tumores cerebrales es muy alta en las ciudades en que se realizan trabajos altamente contaminantes o (Dios nos ampare) donde hay reactores nucleares. ¿Qué estará haciendo "esto" con ellos?»

No lo sabía. No había observado cambios superficiales, excepto la pérdida de los dientes y una irritación creciente. Pero no creía que lo persiguieran muy lejos si huía. Tal vez comenzaran a correr tras él con el fervor de un *sheriff* en una película de vaqueros, pero perderían muy pronto el interés…, en cuanto experimentaran los síntomas de la privación.

Puso las cuatro bombas a toda potencia y el arroyo se convirtió en un verdadero río, casi de inmediato. Luego inició la jornada revisando las grapas que sujetaban las mangueras.

Si conseguía escapar, sus posibilidades eran dos: mantenerla boca cerrada o dar la alarma. Sabía que, por varias razones, lo más probable era que se mantuviera callado. Y eso significaba retirarse del asunto: borrar el último mes de duro trabajo, borrar cualquier posibilidad de cambiar de un plumazo el curso suicida de la política mundial y, sobre todo, borrar a Bobbie Anderson, su buena amiga y digna amante, que llevaba ausente casi dos semanas ya.

Tercera alternativa: deshacerse de eso. Hacerlo volar, destruirlo. Reducirlo a otro rumor vago, como el de los supuestos alienígenas del Hangar 18.

Pese a su furia sorda por la demencia de la energía nuclear y los cerdos tecnócratas que la habían creado, la apoyaban y se negaban a ver sus peligros, incluso tras lo ocurrido con Chernobyl; pese a su depresión ante la radiofoto de AP, donde se veía a los científicos adelantando el Reloj Negro a dos minutos antes de medianoche, reconocía la posibilidad de que lo mejor sería destruir la nave. La oxidación de lo que impregnaba la superficie de su casco (deliberadamente, de eso no le cabía duda) había creado una cornucopia de artefactos deslumbrante en la zona. Sólo Dios sabía qué maravillas contendría su interior. Pero había también otras cosas, ¿verdad? El neurocirujano en el avión estrellado, el anciano y el policía corpulento; tal vez la delegada policial, la señora McCausland; quizá aquellos otros dos policías estatales que habían desaparecido, y hasta el chico Brown. ¿Cuántas de esas cosas serían depositadas ante la puerta del objeto que estaba mirando, aquel objeto que sobresalía de la tierra como el hocico de la mayor ballena blanca jamás soñada? ¿Algunas? ¿Todas? ¿Ninguna?

Gardener estaba seguro de una cosa: lo último, no.

Que la nave enterrada era una fuente de creación resultaba innegable…, pero también era el navío accidentado de una especie incognoscible, que había llegado de algún lejano lugar de la negrura; criaturas cuyas mentes serían tan diferentes de las humanas como las humanas lo eran de las mentes arácnidas. Se trataba de un artefacto maravilloso, inverosímil, que relumbraba al sol de esa mañana de

domingo…, pero también era una casa embrujada, cuyos demonios aún podían caminar entre las paredes y en sitios huecos. A veces, al levantar la vista, sentía que la garganta se le llenaba de extrañezas, como ante la vista de ojos inexpresivos que lo miraran desde la tierra.

Pero deshacerse de ella…, ¿cómo? ¿De qué forma conseguiría que estallara? Aun suponiendo que deseara hacerlo, ¿cómo lo conseguiría? Los explosivos utilizados para hacer volar el lecho de roca, que sujetaba la nave eran más poderosos que la dinamita, pero ni siquiera habían arañado el casco. ¿Qué hacer? ¿Correr hasta la base de las Fuerzas Aéreas y robar una bomba atómica, avanzando con el increíble sigilo de Dirk Pitt en una novela de Clive Cussler? Y sería divertido, sería lo último, si después de robar una bomba y hacerla estallar, descubriera que sólo había conseguido liberar de un golpe la nave, misteriosamente indemne, sin un rasguño.

Ésas eran sus opciones, la tercera de las cuales ni siquiera podía ser tomada en cuenta. Y al parecer sus manos sabían más que su cerebro, porque mientras todo eso daba vueltas en su mente por enésima vez, habían realizado el trabajo de esa mañana: llevar las bombas a toda su potencia y asegurarse de que las mangueras de desagüe siguieran sujetas. Ahora estaba otra vez ante la zanja, y revisaba las mangueras de absorción y el nivel del agua. Le alegró descubrir que necesitaba una linterna potente para ver la superficie. Descendía con rapidez. Calculó que las voladuras y las excavaciones podrían reiniciarse el miércoles; el jueves, como muy tarde. Y una vez que se reanudaran, el trabajo iría deprisa. La roca acuífera era esponjosa y de poros grandes. No haría falta perder tiempo excavando agujeros para colocar los explosivos, pues había hoyos naturales, no sólo para las radios explosivas, sino para mochilas enteras de cargas. La fase siguiente sería como pasar de una pasta densa y pegajosa a una masa recién amasada con levadura.

Gard estuvo algún tiempo inclinado sobre la zanja, iluminando las negras profundidades. Por fin apagó la linterna, con intención de inspeccionar las grapas de nuevo. Caramba, apenas eran las ocho y media y ya deseaba tomar algo.

Giró en redondo.

Allí estaba Bobbi, de pie.

Gardener se quedó atónito. Cerró la boca de repente al cabo de un momento y echó a andar hacia ella; suponía que su alucinación se tornaría transparente y desaparecería por completo. Pero Bobbi siguió allí, sólida, y Gard notó que había perdido gran cantidad de cabello. Su frente, pálida y brillante por lo blanca, se extendía casi hasta el centro de la coronilla, dejando en el centro el pico de viuda más grande del mundo. Y esas partes expuestas de su cráneo no eran lo único pálido en ella. Parecía haber pasado por una enfermedad terrible y debilitante. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Y…

«… y se ha maquillado; se ha puesto una base oscura. Estoy seguro de que es eso;

se ha puesto una capa espesa, como hacen las mujeres que quieren disimular un cardenal. Pero es ella… Bobbi…, no es un sueño».

De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Bobbi se duplicó. Sólo entonces, sólo en ese momento, comprendió cuánto miedo había sentido esos días. Cuánta soledad.

—¿Bobbi? —preguntó, ronco—. ¿Eres tú de verdad?

Ella sonrió. Era su antigua, su dulce sonrisa, la que él conocía tanto, la que lo había salvado tantas veces de su propia idiotez. Era Bobbi y él la amaba.

Se acercó para abrazarle. Apoyó el rostro cansado contra el cuello. Otras veces había hecho lo mismo.

—Hola, Gard —dijo ella, y se echó a llorar.

Él también lloraba. La besó. La besó. La besó.

De súbito, sus manos la recorrieron por entero; ella hacía lo mismo con la mano sana.

«—No —dijo besándola aún—. No, no puedes…»

«—Calla. Tengo que hacerlo. Es mi última oportunidad, Gard. Nuestra última oportunidad».

Se besaron. Se besaron. Oh, sí, se besaron y ahora ella tenía la camisa desabrochada y ése no era el cuerpo de una diosa del sexo sino algo blanco y enfermizo, de músculos flojos y senos caídos pero él lo amaba y la besó, la besó, y cada uno cubrió de lágrimas el rostro del otro.

«—Gard querido, mi querido, siempre mi…»

«—Chist».

«—Oh por favor te amo».

«—Bobbi te amo»

«—amo»

«—bésame»

«—besa»

«—sí».

Agujas de pino bajo ellos. Dulzura. Las lágrimas de Bobbi. Las lágrimas de él. Se besaron, besaron, besaron. Y al poseerla, Gard notó dos cosas al mismo tiempo: lo mucho que la había echado de menos y que no cantaba un solo pájaro. El bosque estaba muerto.

Se besaron.

12

Gard usó su camisa, que de cualquier modo no estaba muy limpia, para quitarse las manchas de maquillaje oscuro del cuerpo desnudo. Ella no se lo había aplicado

sólo al rostro. ¿Acaso se había acercado esperando hacer el amor con él? Quizá era preferible no pensar en eso. Al menos, por el momento.

Ambos habrían debido ser toda la cena de Navidad para los mosquitos y los tábanos, cubiertos de sudor como estaban, pero Gard no tenía una sola picadura. Bobbi, tampoco. «Eso no es sólo un acicate para el coeficiente mental —pensó, contemplando la nave—, sino el mejor repelente de insectos de cuantos conozco».

Arrojó la camisa a un lado y tocó el rostro de Bobbi, deslizando un dedo por la mejilla, con lo que recogió un poco más de maquillaje. Sin embargo, la mayor parte se había ido con el sudor… y con las lágrimas.

—Te he hecho daño —dijo.

«—Me has amado», respondió ella.

—¿Cómo?

«—Me has oído, Gard. Sé que me oyes».

—¿Estás enfadada? —preguntó él, consciente de que las barreras volvían a interponerse, consciente de que volvía a actuar, consciente de que todo había terminado, de que cuanto habían compartido estaba terminando. Era triste darse cuenta de todas esas cosas—. ¿Por eso no me hablas? —Hizo una pausa—. No podría criticarte. En todos estos años me has aguantado muchas porquerías, mujer.

—Pero si te estoy hablando con la mente —dijo ella.

Gard, por mucho que lamentara mentirle después de hacerle el amor, se alegró de percibir sus dudas.

—No te oía.

—Antes sí. Me has oído… y me has respondido. Conversamos, Gard.

—Estábamos más cerca… de eso. —Señaló la nave con un brazo.

Ella sonrió débilmente y apoyó su mejilla contra el hombro de él. Ahora que había perdido la mayor parte del maquillaje, su carne tenía un aspecto traslúcido, inquietante.

—¿Te he lastimado?

—No. Sí. Un poquito. —Ella sonrió. Era la antigua sonrisa despreocupada de Bobbi Anderson, pero una última lágrima se deslizaba poco a poco por la mejilla—. Ha valido la pena. Guardamos lo mejor para el final, Gard.

Él la besó con suavidad, pero ahora sus labios habían cambiado. Eran, los labios de la Roberta Anderson Nueva y Perfeccionada.

—Al final, al principio o en el medio, yo no tenía derecho a hacerte el amor. Y tú no tienes nada que hacer aquí fuera.

—Parezco cansada, lo sé —dijo Bobbi—. Y me he puesto un montón de cremas, como ya has descubierto. Tenías razón: me agoté y sufrí algo así como un colapso físico total.

«Mentiras», pensó Gardener, pero cubrió el pensamiento con ruido para que

Bobbi no pudiera leérselo. Lo hizo casi sin pensar. Esos ocultamientos se estaban volviendo algo natural en él.

—El tratamiento ha sido… radical. Como resultado tengo ciertos problemas de piel y he perdido algo de cabello. Pero todo volverá a crecer.

—Ah —exclamó Gardener, mientras pensaba: «No sabes mentir, Bobbi»—. Bueno, me alegro de que estés bien. Pero tal vez deberías tomarte un par de días de descanso, no hacer nada…

—No —replicó ella, en voz baja—. Es el momento del empuje final, Gard. Ya casi hemos llegado. Nosotros iniciamos esto, tú y yo…

—No —la corrigió Gardener—, tú lo iniciaste, Bobbi. Literalmente hablando, tropezaste con él. Cuando Peter aún estaba vivo, ¿recuerdas?

Vio el dolor en los ojos de Bobbi ante la mención de Peter. Desapareció enseguida. Ella descartó el comentario de Gard.

—Viniste enseguida. Me salvaste la vida. Sin ti no estaría aquí. Y lo haremos juntos, Gard. Apuesto a que no faltan más de siete u ocho metros para llegar a esa escotilla.

Gardener tuvo el fuerte presentimiento de que ella estaba en lo cierto; pero, de pronto, le faltaron ganas de admitirlo. Tenía una espina girando y girando en el corazón, y el dolor era peor que todos los dolores de cabeza de sus resacas.

—Si tú lo dices, así ha de ser.

—¿Qué te parece, Gard? Otra carrera más. Tú y yo.

Él permaneció pensativo. La miraba y pensaba en lo silencioso, casi maligno, que resultaba el bosque sin gorjeos.

«Así sería (así será) si una de esas malditas centrales nucleares estallara. La gente es sagaz y saldría…, siempre que avisen a tiempo, siempre que la central en cuestión y el Gobierno tengan el coraje de advertir a la gente. Pero es imposible decir a los búhos y a los pájaros carpinteros que abandonen la zona. No se puede decir a una piranga que no mire la bola de fuego. Se les reventarán los ojos y aletearán sin rumbo, ciegos murciélagos, chocando contra los árboles y las paredes hasta morir de hambre o romperse el cuello. ¿Es eso una nave espacial, Bobbi? ¿O un gran edificio de contención que ya está perdiendo? Ha estado perdiendo energía, ¿verdad? Por eso los bosques están tan silenciosos. Por eso el pájaro neurólogo cayó del cielo el viernes, ¿no?»

—¿Qué te parece, Gard? ¿Una carrera más?

«¿Y dónde está la solución buena? ¿Dónde está la paz con honor? ¿Huyes? ¿Entregas esto a la policía estadounidense de Dallas, para que pueda utilizarlo contra la policía soviética de Dallas? ¿Qué? ¿Qué? ¿Alguna idea nueva, Gard?»

Y, de repente, tuyo una gran idea, sí…, o el atisbo de una idea.

Pero un atisbo era mejor que nada.

Abrazó a Bobbi con un brazo mentiroso.

—Bueno. Una carrera más.

La sonrisa de Bobbi empezó a ensancharse…, y se convirtió en una expresión de extrañada sorpresa.

—¿Cuánto te dejaron, Gard?

—¿Cuánto me dejaron quiénes?

—Los ratoncitos —dijo Bobbi—. Por fin has perdido un diente. Aquí delante.

Sobresaltado, algo temeroso, Gard se llevó una mano a la boca. Era cierto, tenía un hueco en el sitio de un incisivo.

Entonces, ya había comenzado. Después de trabajar durante todo un mes a la sombra de aquel objeto había supuesto a lo tonto que tenía inmunidad, pero no era así. Se había iniciado: iba camino a un Gard Nuevo y Perfeccionado.

Iba camino de «convertirse».

Se obligó a sonreír.

—No me había dado cuenta —dijo.

—¿Te sientes diferente en algo?

—No —respondió él, con sinceridad—. Al menos, todavía no. ¿Qué te parece? ¿Trabajamos un poco?

—Haré lo que pueda —dijo ella—. Con este brazo…

—Vigila las mangueras y avísame si alguna empieza a aflojarse. Y hablame. —Miró a Bobbi con una sonrisa torpe—. Los otros no sabían hablar. Eran sinceros, sí, pero… —Se encogió de hombros—: ¿Comprendes?

Ella le sonrió otra vez y Gardener vio otro destello brillante y puro de la antigua Bobbi, la mujer que él había amado. Recordó el puerto oscuro y protector de su cuello y la espina volvió a girar en su corazón.

—Creo que sí —dijo ella—. Hablaré hasta que se te caigan las orejas, si eso es lo que deseas. Yo también me he sentido sola.

Se sonrieron y fue casi como siempre. Pero el bosque estaba demasiado silencioso en ausencia de los pájaros.

«El amor ha terminado —pensó él—. Ahora se reanuda el mismo juego de póquer, salvo que anoche vinieron los ratoncitos y creo que volverán esta noche, ¡los hijos de puta! Tal vez junto con sus primos y sus cuñados. Y cuando empiecen a verme las cartas, es posible que descubran este atisbo de idea como un as en mi manga, y todo habrá terminado. En cierto modo es divertido. Siempre supusimos que los alienígenas estarían vivos, al menos, al invadir. Ni siquiera H.G. Wells esperaba una invasión de fantasmas».

—Quiero echar un vistazo a la zanja —dijo Bobbi.

—Está bien. Creo que te alegrarás de ver cómo se vacía.

Juntos caminaron hasta la sombra arrojada por la nave.

13

Lunes, 8 de agosto.

El calor se había reanudado.

Ante la ventana de la cocina, en casa de Newt Berringer, la temperatura era de veintiséis grados a las siete y cuarto de la mañana ese lunes, pero Newt no estaba en la cocina para ver el termómetro. Se hallaba de pie en el cuarto de baño, en pantalón de pijama, y se aplicaba en el rostro, con mano inexperta, la crema base de su difunta esposa. Maldecía el sudor, porque hacía que se le corriera el maquillaje. Siempre había pensado que la crema base era una tontería de mujeres, algo inofensivo; pero ahora, cuando intentaba usarla para su propósito original (no para acentuar lo bueno, sino para ocultar lo malo, o al menos lo sorprendente), descubría que aplicar esa pasta era similar a cortar el cabello: mucho más difícil de lo que parecía.

Trataba de disimular el hecho de que, en la última semana, la piel de su frente y de sus mejillas había empezado a desvanecerse. Sabía, por supuesto, que eso estaba relacionado con las entradas al granero de Bobbi, experiencias que después no conseguía recordar. Sólo sabía que habían sido aterradoras, pero sobre todo excitantes, y que las tres veces había salido sintiéndose gigante, dispuesto a hacer el amor en el barro con un pelotón de mujeres. Sabía lo suficiente como para asociar con el granero lo que le estaba ocurriendo, aunque en un principio había pensado que sólo se trataba de la pérdida del bronceado estival. Su esposa Elinor (antes de que se la llevaran una helada tarde de invierno y una camioneta al patinar) solía comentar que bastaba poner a Newt bajo el primer rayo de sol de la primavera para que se volviera oscuro como un indio.

Sin embargo, hacia la tarde del viernes ya no pudo seguir engañándose. En sus mejillas se veían las venas, y los capilares, como en el modelo que había regalado a su sobrino Michael para Navidad. Y resultaba muy inquietante, que, cuando se apretaba la mejilla con los dedos, los huesos del pómulo parecían elásticos, como si se estuvieran…, bueno, como si se disolvieran.

«No puedo salir así», pensó.

Pero el sábado, al mirarse en el espejo y darse cuenta de que la sombra gris que se veía por un lado de su rostro era su propia lengua, había estado a punto de volar a casa de Dick Allison.

Dick abrió la puerta de su casa con un aspecto tan normal que, durante un horrible momento, Newt pensó que eso le estaba pasando sólo a él. De inmediato, el pensamiento firme y claro de Dick le llenó la cabeza, y le aflojó todo el cuerpo en el alivio:

«—Por Dios, no puedes andar así por la calle, Newt. Vas a asustar a la gente. Pasa. Llamaré a Hazel».

(El teléfono no era necesario, por supuesto, pero los viejos hábitos tardaban en morir.)

En la cocina de Dick, bajo la luz fluorescente del techo, Newt vio con toda claridad que Dick estaba maquillado. Según dijo, Hazel le había enseñado a aplicárselo. Sí, les estaba ocurriendo a todos, salvo a Adley, que sólo había entrado en el granero por primera vez dos semanas antes.

«—¿Dónde terminará todo esto, Dick?», preguntó Newt, intranquilo. El espejo del vestíbulo lo atraía como un imán. Se estudió; vio la lengua detrás de los pálidos labios y a través de ellos; vio un manojo de capilares palpitantes en la frente. Presionó con los dedos el hueso sobre las cejas y, al retirarlos, detectó las leves depresiones dejadas. Eran como impresiones de dedos en cera dura. Con sólo mirarlas se sintió descompuesto.

«—No sé —había respondido Dick. Al mismo tiempo estaba hablando por teléfono con Hazel—. Pero, en realidad, no importa. Tarde o temprano les ocurrirá a todos. Como todo lo demás. Ya sabes a qué me refiero».

Lo sabía, sí. Los primeros cambios, según pensó Newt al mirarse en el espejo, en esa calurosa mañana de martes, habían sido mucho peores, en cierto sentido; más espantosos, porque eran…, bueno, muy íntimos.

Pero empezaba a acostumbrarse. Eso demostraba que uno se acostumbra a cualquier cosa, con el tiempo.

De pie frente al espejo, mientras el locutor de la radio anunciaba a su audiencia que se acercaba un frente de aire cálido desde el sur, por lo cual se esperaban como mínimo tres días de tiempo caluroso y húmedo y temperaturas superiores a los treinta grados, Newt maldijo aquella humedad. Le irritaba las hemorroides, como siempre. Siguió con el trabajo de cubrirse las mejillas, la frente, la nariz y el cuello, cada vez más transparentes, con el Max Factor de Elinor. Sin siquiera una pausa en su monólogo, pasó de maldecir al tiempo a maldecir al maquillaje. Ignoraba que los cosméticos envejecen y se ponen pastosos al cabo de cierto tiempo. Y ése, en especial, estaba en el fondo del cajón desde mucho antes de que Elinor muriera, en febrero de 1984.

Pero tendría que acostumbrarse a aplicarse aquella porquería…, al menos hasta que dejara de ser necesario. Uno podía acostumbrarse casi a cualquier cosa.

Por la bragueta de su pijama asomó un tentáculo; blanco en la punta, que iba tomando un tono cada vez más rosado, hasta llegar a un oscuro rojo sangre cerca de la base invisible. Casi como para probar su tesis, Newt Berringer se limitó a guardarlo con aire distraído y continuó tratando de aplicarse la vieja crema base en el rostro, que le iba desapareciendo.

14

Martes, 9 de agosto.

El viejo doctor Warwick alzó lentamente la sábana sobre la cara de Tommy Jacklin y la dejó caer. Se infló un poquito antes de posarse. La nariz de Tommy quedó claramente definida. Había sido un chico bien parecido, pero de nariz grande, igual que su padre.

«Su padre —pensó Bobbi Anderson, descompuesta—. Alguien tendrá que decírselo, y, ¿adivina a quién van a elegir para eso?»

Sabía que esas cosas ya no debían preocuparle: aspectos como la muerte del chico Jacklin, como saber que debería desembarazarse de Gard cuando llegaran a la escotilla de la nave. Pero, a veces, aún se preocupaba.

Era probable que pasara con el tiempo.

Unos ratos más en el granero: eso era todo lo que hacía falta.

Se sacudió la camisa y estornudó.

Descontando su estornudo y la respiración estertórea de Hester Brookline, en la otra cama de la improvisada clínica que el doctor había montado en su consultorio, por un momento, sólo reinó un silencio espantado.

«—Kyle: ¿Está muerto de verdad?»

«—No, pero a veces me gusta cubrirlos así, sólo por jugar —respondió Warwick, irritado—. ¡Hombre! A eso de las cuatro me di cuenta de que se me iba. Por eso os llamé a todos. Al fin y al cabo, ahora vosotros sois los padres de la ciudad, ¿no?»

Sus ojos se fijaron por un momento en Hazel y Bobbi.

«—Disculpad. También hay dos madres».

Bobbi sonrió sin humor. Pronto habría en Haven un solo sexo. Ni madres ni padres en la Gran Ruta de la «conversión».

Paseó la vista de Kyle a Dick, de Dick a Newt, de Newt a Hazel. Todos estaban tan horrorizados como ella. Menos mal que no era la única. Tommy y Hester habían vuelto sin dificultades y hasta antes del tiempo previsto: el chico había empezado a sentirse muy descompuesto a las tres horas de haber salido de Haven y por eso se habían dado toda la prisa posible en regresar.

«Este chico ha sido un héroe —pensó Bobbi—. Lo mejor que podemos ofrecerle es una tumba en el cementerio, pero aun así ha sido un héroe».

Miró a Hester: pálida como un camafeo de cera, respiraba con sequedad, los ojos cerrados. Podrían haber emprendido el regreso al iniciarse el dolor de cabeza, en cuanto las encías empezaron a sangrar; en realidad, era lo que deberían haber hecho, pero ni siquiera lo pensaron. Y no se trataba sólo de las encías. Hester, que había estado menstruando ligeramente durante todo el «convertirse» (las adolescentes, a diferencia de las mujeres más maduras, parecían no cesar jamás…, o al menos aún no habían cesado) hizo que Tommy detuviera el vehículo ante un supermercado de Troy para adquirir compresas higiénicas más gruesas, porque estaba manando sangre

copiosamente. Después de comprar tres baterías de automóvil y una de camión usada, en buen estado, cerca de los límites de Derry con Newport, ya había empapado tres de ellas.

Les dolía la cabeza; a Tommy, aún más que a Hester. Compraron otras seis baterías en Sears y más de cien pilas de distintas clases en la principal ferretería de Derry, que acababa de recibir una partida, pero ambos sabían que era preciso regresar a Haven…, cuanto antes. Tommy comenzó a tener alucinaciones; mientras conducía la camioneta por la calle Wentworth creyó ver que un payaso le sonreía desde una alcantarilla abierta: un payaso con brillantes monedas de plata por ojos y una mano enguantada que sostenía un manojo de globos.

A unos doce kilómetros de Derry, por la carretera Nueve, él empezó a sangrar por el ano.

Detuvo el vehículo a un lado, rojo de vergüenza, y pidió a Hester una de sus compresas. Cuando ella le preguntó para qué, él se lo explicó, pero sin mirarla. Ella le dio unas cuantas y lo vio perderse entre los matorrales por un minuto. Volvió al coche haciendo eses, como si estuviese ebrio, con una mano extendida.

—Tendrás que conducir tú, Hester —dijo—. No veo muy bien.

Cuando llegaron a la línea municipal, todo el asiento delantero del coche estaba manchado de sangre sucia; Tommy, desmayado. Por entonces, la misma Hester veía como a través de una cortina oscura; aun sabiendo que eran las cuatro de una tarde despejada, tuvo la impresión de que el doctor Warwick se le acercaba saliendo de un ocaso púrpura y tormentoso. Supo que él abría la portezuela y le tocaba las manos: «Todo está bien, querida; has llegado; ya puedes soltar el volante; estás en Haven». Logró relatar lo que habían hecho de modo más o menos coherente, refugiada en el círculo protector de los brazos de Hazel McCready, pero se unió a la inconsciencia de Tommy mucho antes de que llegaran a casa del doctor, aunque el médico conducía a la inaudita velocidad de noventa y ocho kilómetros por hora, con el blanco cabello volando al viento.

Adley McKeen susurró:

«—¿Y la niña?»

«—Su presión sanguínea está bajando —dijo Warwick—. La pérdida de sangre ha cesado. Es joven y fuerte, de buena estirpe campesina. Conocí a sus padres y a sus abuelos. Se sobrepondrá».

Miró alrededor, ceñudo; sus acuosos ojos azules no se dejaban engañar por el maquillaje, que bajo esa luz los convertía en seis horribles payasos bronceados por el sol.

«—Pero no creo que jamás recobre la vista».

Hubo un silencio aturdido. Bobbi lo rompió.

«—No es así».

El doctor Warwick se volvió a mirarla.

«—Volverá a ver —aseguró Bobbi—. Cuando haya terminado el “convertirse”, verá. Todos veremos entonces con un mismo ojo».

Warwick le sostuvo la mirada por un momento, antes de bajar la vista.

«—Sí —dijo—; supongo que sí. Pero, de cualquier modo, es una verdadera lástima».

Bobbi convino sin entusiasmo. Malo, lo de la chica. Peor aún, lo de Tommy. Sus padres no lo pasarían nada bien. «Tendré que ir a verles. Me vendría bien llevar compañía».

Los miró a todos, pero fueron bajando la vista uno a uno y sus pensamientos se fundieron en un zumbido parejo.

«—Está bien —dijo Bobbi—. Ya me las arreglaré. Eso creo».

Adley McKeen intervino con humildad.

«—Puedo ir contigo si quieres, Bobbi. Para hacerte compañía».

Bobbi le dedicó una sonrisa cansada, a la que consiguió dar cierto brillo, y le apretó un hombro.

«—Gracias, Ad. Por segunda vez, gracias».

Salieron juntos, mientras los otros los seguían con la vista. Cuando se oyó el motor de la camioneta de Bobbi, se volvieron hacia Hester Brookline, que yacía inconsciente, conectada a una sofisticada máquina cuyos componentes provenían de dos radios, un tocadiscos automático, el sintonizador de un televisor nuevo… y muchas pilas, por supuesto.

15

Miércoles, 10 de agosto.

Pese a todo lo que sentía (cansancio, confusión, incapacidad de cesar en el dilema de Hamlet y [lo peor] la insistente sensación de que las cosas empeoraban sin pausa en Haven), Jim Gardener había logrado mantenerse más o menos lejos de la botella desde el día en que, tras el regreso de Bobbi, ambos hicieron el amor entre las agujas de los pinos. En parte era por propio interés. Demasiadas hemorragias nasales, excesivos dolores de cabeza. Eso se debía a la indudable influencia de la nave; no debía olvidar que había sufrido la primera hemorragia cuando la tocó por primera vez; pero tampoco se engañaba en cuanto a que la bebida también hacía lo suyo. No sufría desmayos alcohólicos, pero a veces la nariz le sangraba tres y cuatro veces en un mismo día. Él siempre tendía a la hipertensión; más de una vez le dijeron que la bebida empeoraría esa tendencia.

Por lo tanto, se las estaba arreglando bastante bien hasta que oyó estornudar a Bobbi.

Aquel sonido, tan familiar, convocó en él una serie de recuerdos. De pronto, una idea terrible estalló en su mente, como una bomba.

Fue a la cocina, abrió el canasto de ropa sucia y encontró allí un vestido, el que Bobbi llevaba la tarde anterior. Ella no se enteró de la inspección: estaba dormida. Había estornudado en sueños.

La tarde anterior, sin explicación alguna, Bobbi salió. Gardener la notó nerviosa y alterada. A pesar de que los dos habían trabajado mucho durante el día, Bobbi casi no probó la cena. Cerca del atardecer, se bañó, se cambió de ropa y se alejó en su camioneta, en el ocaso caliente, quieto, húmedo. Gard la oyó volver a eso de medianoche y vio el brillante destello del granero al entrar ella. Creía haberla oído salir con las primeras luces del día, pero no estaba seguro.

Permaneció callada durante todo el día; hablaba sólo cuando se le dirigía la palabra y en monosílabos. Gard no tuvo éxito con sus torpes esfuerzos por alegrarla. Al atardecer, ella se saltó la cena otra vez; cuando él le sugirió jugar unas manos al póquer en el porche, como en los viejos tiempos, ella se limitó a sacudir la cabeza.

Sus ojos, en aquella extraña capa de cosmético color carne, parecían sombríos y húmedos. Mientras Gard observaba eso, Bobbi tomó un puñado de pañuelos de papel y estornudó dos o tres veces.

—Resfriado de verano, me temo. Me voy a la cama, Gard. Lamento ser tan aguafiestas, pero estoy agotada.

—De acuerdo —había dicho él.

Algo, un recuerdo familiar, le mordisqueaba la mente. Cogió el vestido: algodón fino, sin mangas. En los viejos tiempos, Bobbi lo habría lavado esa misma mañana y tendido a secar, para plancharlo después de la cena. Mucho antes de acostarse estaría colgado otra vez en el ropero. Pero los viejos tiempos habían quedado atrás; los de ahora eran Tiempos Nuevos y Perfeccionados, en los cuales la ropa se lavaba sólo cuando era imprescindible; después de todo, había cosas más importantes que hacer, ¿verdad?

Como para confirmar su idea, Bobbi estornudó dos veces entre sueños.

—No —susurró Gard—. Por favor.

Dejó caer el vestido en el canasto; ya no quería tocarlo. Cerró la tapa con violencia y permaneció rígido, por si el ruido hubiese despertado a Bobbi.

«Se marchó en la camioneta por algo que no le gustaba hacer. Algo que la alteraba. Algo formal, porque se puso un vestido. Volvió tarde y fue al granero sin cambiarse. Como si necesitase entrar allí. De inmediato. ¿Por qué?»

Pero la respuesta, combinada con los estornudos y lo que había encontrado en su vestido, parecía inevitable.

Consuelo.

Y cuando Bobbi, que vivía sola, necesitaba consuelo, ¿quién estaba siempre allí

para brindárselo? ¿Gard? No me hagas reír, amigo. Gard aparecía sólo para pedir consuelo, no para darlo.

Tuvo ganas de emborracharse. Nunca había tenido tantas ganas desde que se iniciara toda aquella locura.

Olvídalo. En el momento en que iba a salir de la cocina, donde Bobbi no sólo guardaba el cesto de la ropa sucia, sino también los licores básicos, algo repiqueteó en las tablas.

Gard se agachó para levantarlo; lo examinó y lo hizo rebotar en la palma de su mano, pensativo. Era un diente, por supuesto. El Gran Número Dos. Se puso un dedo en la boca, tocó el flamante hueco y miró la mancha de sangre en la yema del dedo. Se acercó a la puerta de la cocina para escuchar. Bobbi roncaba a pleno pulmón en el dormitorio. Al parecer tenía los senos frontales más tapados que compuertas.

«Resfriado de verano —dijo—. Puede ser. Tal vez sea eso».

Pero recordaba bien lo que sucedía cuando Peter saltaba al regazo de Bobbi, si ella estaba sentada en la mecedora junto a la ventana, leyendo, o en el porche. Según ella decía, Peter solía dar esos destructivos saltos cuando hacía mal tiempo, justo cuando ella era más propensa a un ataque de alergia. «Es como si lo supiera —dijo una vez, enroscando las orejas del sabueso—. ¿Lo sabes, *Pete*? ¿Lo sabes? ¿Te gusta hacerme estornudar? Cuando uno está angustiado no quiere ser el único». Y Peter había parecido reírse a su modo.

La noche anterior, al despertar por el regreso de Bobbi y aquel destello de luz verde, Gard había oído truenos lejanos, provocados por el calor.

Y entonces recordó que, a veces, también Peter necesitaba un poco de consuelo.

Sobre todo cuando tronaba. Los truenos asustaban a Peter a muerte.

«Por Dios, ¿acaso tiene a Peter en ese granero? Y, de ser así, ¿por qué, en el nombre de Dios?»

En el vestido de Bobbi había visto manchas de una gelatina verde, extraña.

Y pelos.

Pelos muy familiares, cortos, pardos y blancos. Peter se encontraba en el cobertizo. Había estado allí todo ese tiempo. Bobbi mentía al decir que había muerto. Sólo Dios sabía sobre cuántas otras cosas habría mentido, pero ¿por qué en ese aspecto?

¿Por qué?

Gard no lo sabía.

Cambió de dirección. Fue al armario de la derecha, buscó debajo de la pileta y sacó una botella de whisky sin abrir. Después de romper el precinto, levantó la botella.

—Por el mejor amigo del hombre —brindó.

Y bebió del gollete, haciendo una gárgara cruel.

El primer trago.
Peter. «¿Qué diablos has hecho con Peter, Bobbi?»
Su intención era emborracharse.
Emborracharse a fondo.

TERCERA PARTE

LOS TOMMYKNOCKERS

Meet the new boss. Same as the old boss.[16]

THE WHO
Won't Get Fooled Again

Over on the mountain
Thunder, magic foam.
Let the people know my wisdom
fill the land with smoke.
Run through the jungle…
Don't look back to see.[17]

CREEDENCE CLEARWATER REVIVAL
Run Through the Jungle

Dormí y aquel sueño volvió. Esa vez no hubo disfraz. Yo era la maliciosa figura enana, macho-hembra, el principio del goce-en-la-destrucción; y Saúl era mi contraparte, macho-hembra, hermano y hermana. Y danzábamos en un lugar abierto, bajo enormes edificios blancos llenos de maquinarias negras, horribles y amenazadoras, que contenían destrucción. Pero en el sueño él y yo, o ella y yo, éramos amigables, no hostiles; estábamos juntos en rencorosa malicia. En el sueño había una terrible nostalgia: el deseo de muerte. Nos unimos y nos besamos en un acto de amor. Era terrible e incluso en el sueño yo lo sabía. Porque reconocía en él todos esos otros sueños que tenemos en que la esencia del amor, de la ternura, se concentra en un beso o en una caricia, pero, ahora, ésa era la caricia de dos criaturas semihumanas, que celebraban la destrucción.

DORIS LESSING
The Golden Notebook

UNO

SISSY

1

—Espero que haya disfrutado del viaje —dijo la azafata, junto a la escotilla, a la mujer cuarentona que bajaba del «Delta» con los pocos pasajeros que habían llegado hasta Bangor, escala final del vuelo 230.

Anne, la hermana de Bobbi Anderson, que tenía cuarenta años pero pensaba como si contara cincuenta, además de aparentarlos (durante sus poco frecuentes borracheras, Bobbi decía que Anne aparentaba cincuenta años desde los trece, poco más o menos), se detuvo para clavar en la azafata una mirada que habría podido detener un reloj.

—Bueno, te diré, querida —dijo—. Tengo calor. Las axilas me hieden porque el avión tardó en despegar de La Garbage y tardó aún más en salir de Logan. Hubo baches en el aire y detesto volar. La inútil que mandaron atender a la Clase Ganado me volcó un aperitivo encima y tengo jugo de naranja secándoseme en el brazo. La braga se me pega a la raya del culo y esta ciudad parece un grano en el culo de Nueva Inglaterra. ¿Alguna otra pregunta?

—No —logró decir la azafata. Se le habían puesto los ojos vidriosos y tenía la impresión de haberse enfrentado en tres breves asaltos a *Bum-Bum* Mancini, en un día en que éste se hallaba enfadado con el mundo entero. Anne Anderson solía causar ese efecto en la gente.

—Bien, querida.

Anne siguió su camino, balanceando un gran bolso de un chillón color púrpura. La azafata ni siquiera tuvo tiempo de desearle una feliz estancia en Bangor; de cualquier modo, pensó que habría sido inútil. Esa mujer no parecía haberlo pasado bien en parte alguna, en la vida.

Andaba erguida, pero como si lo hiciese a pesar de algún dolor: como la sirenita, que seguía caminando aunque cada paso que daba era como un cuchillo clavado en sus pies.

«Pero si esta mujer tiene un Verdadero Amor metido en alguna parte —pensó la azafata—, espero que el pobre hombre conozca los hábitos sexuales de ciertas arañas».

2

La empleada de Avis comunicó a Anne que no disponía de automóviles para alquilar; si Anne no había hecho su reserva con anticipación, no tendría suerte, por desgracia. En Maine, durante el verano, escaseaban los coches de alquiler.

Fue un error por parte de la empleada. Un grave error.

Anne sonrió, con el entrecejo fruncido, mientras se escupía mentalmente la palma de las manos, y se dedicó a lo suyo. Esa clase de situaciones eran el pan de cada día para la hermana Anne, que había atendido a su padre hasta su miserable muerte, el 1 de agosto, hacía ya ocho días. Se había negado a internarle; prefería lavarle, curarle las pústulas, cambiarle los calzoncillos que ensuciaba debido a su incontinencia y darle las píldoras en medio de la noche, todo personalmente. Ella lo había llevado al ataque final, por supuesto, importunándolo sin cesar para que vendiera la casa de la calle Leighton (él no quería; ella estaba decidida a que lo hiciera; el monstruoso ataque final, que se produjo después de tres previos, más leves, con intervalos de dos años, sobrevino tres días después de que la casa fuese puesta en venta), pero no estaba dispuesta a admitirlo, así como no admitiría que, pese a haber asistido a los servicios de San Bartolomé desde la infancia, y a pesar de ser una de las mujeres que más trabajaban por esa iglesia, consideraba que el concepto de Dios era un montón de mierda. Por la época en que cumplió los dieciocho años, Anne había sometido ya a su madre a su voluntad; ahora, también había liquidado al padre. No sería una ínfima empleaducha de Avis la que se le opusiera.

Le llevó unos diez minutos destrozar a la empleada, pero rechazó el ofrecimiento del coche que Avis reservaba por si alguna celebridad (posibilidad muy remota) pasaba por Bangor; e insistió, olfateando el miedo creciente de la joven, tal como un carnívoro hambriento olfatea la sangre. Veinte minutos después de haber rechazado el coche, Anne se alejaba serenamente del aeropuerto al volante de un Cutlass Supreme, reservado para un comerciante que debía aterrizar a las 18.15. A esas horas, la empleada no estaría ya detrás del mostrador; además, Anne la había puesto tan nerviosa que lo mismo habría dado si el Cutlass hubiese estado reservado para el presidente de la nación. Pasó temblando a la oficina interior, cerró la puerta con llave, puso la silla bajo el picaporte y se fumó un cigarrillo de marihuana, que le había dado uno de los mecánicos. Y después, se echó a llorar.

Anne Anderson causaba un efecto similar en muchas personas.

3

Cuando hubo acabado de devorar a la empleada, eran ya las tres. Si hubiese querido, Anne habría salido directamente a Haven (el mapa que había recogido en el mostrador de Avis establecía la distancia en menos de sesenta y cinco kilómetros);

pero quería estar descansada para su enfrentamiento con Roberta.

En la intersección de las calles Hammond y Union había un policía (el semáforo estaba apagado, lo cual le pareció típico de aquella despreciable ciudad), y ella se detuvo a medio cruzar para preguntarle cómo se llegaba al mejor hotel. El policía trató de amonestarla por detener el tráfico para pedir información, pero echó un vistazo a sus ojos (asomaba allí un incendio cerebral contenido, que podía alzarse en llamas en cualquier momento) y decidió que era mejor darle las indicaciones para deshacerse de ella cuanto antes. Aquella mujer se parecía a un perro que él tenía de niño: un perro al que le parecía divertido desgarrar los pantalones de los chicos que pasaban rumbo a la escuela. No necesitaba ese tipo de discusiones con tanto calor y con un ataque de úlcera; le indicó la manera de llegar al Cityscape, en la carretera Siete, y se alegró de que se alejara.

4

El hotel Cityscape estaba completo.

Eso no era dificultad para la hermana Anne.

Consiguió una habitación para dos personas; después acosó al pobre gerente hasta que le dio otra, porque en la primera el acondicionador hacía ruido y la televisión tenía mal color; según dijo, los actores parecían a punto de morir por haber comido mierda.

Deshizo su equipaje, se masturbó hasta un sombrío clímax con un vibrador cuyo tamaño se parecía al de las zanahorias mutantes de Bobbi (los únicos orgasmos que conocía eran de los sombríos; nunca se había acostado con un hombre, ni pensaba hacerlo). Se dio una ducha, durmió una siesta y bajó a cenar. Revisó el menú con el entrecejo fruncido, tormentoso; después descubrió los dientes en una implacable sonrisa ante el camarero que acudió a recoger el pedido.

—Tráigame un puñado de verduras. Crudas. De hoja.

—La señora quiere una ensal…

—La señora quiere un puñado de verduras crudas, de hoja. Me importa una mierda cómo las llame usted. Pero lávelas bien para sacarles la meada de los bichos. Y tráigame un «sombrero».

—Sí, señora —dijo el camarero, humedeciéndose los labios; la gente los miraba. Algunos sonrieron…, pero quienes echaron un vistazo a los ojos de Anne Anderson pronto borraron la sonrisa de sus labios. El camarero iba a retirarse cuando ella lo llamó, con voz potente, pareja e indiscutible.

—Los «sombreros» —aclaró— se preparan con *crema*. Si llega a traerme un sombrero con leche, amigo, tendrá que usarlo de champú.

Al camarero se le bamboleó la nuez de Adán como un mono en la rama. Trató de

esbozar la sonrisa aristocrática y compasiva que constituye la principal arma de un buen camarero contra los clientes vulgares. Para hacerle honor, le dio un buen comienzo…, pero Anne curvó los labios en una mueca que se la mató con congelación. En su sonrisa no había buen humor, sino algo parecido al asesinato.

—Lo digo en serio, amigo —observó la hermana Anne, con suavidad.

Y el camarero no lo puso en duda.

5

A las siete y media volvió a su habitación. Se desnudó, se puso una bata y se sentó ante la ventana de la cuarta planta. Pese a su nombre, el hotel Cityscape (paisaje de ciudad) estaba en las afueras de Bangor. Descontando las luces del estacionamiento, el panorama se reducía a una oscuridad casi impoluta. Era justo la clase de panoramas que le gustaban.

En la cartera tenía cápsulas de anfetaminas. Anne abrió una, puso el polvo blanco en el espejito de su polvera, trazó una línea de sensata brevedad con una uña y aspiró por la nariz la mitad de aquella «raya». De inmediato, el corazón empezó a darle saltos en el angosto pecho; el color afloró a su pálido rostro. Dejó el resto para la mañana. Había empezado a usar las anfetaminas de ese modo poco después del primer ataque sufrido por su padre. Ahora no podía dormir sin aspirar la droga, que era lo más opuesto a un sedante. Una vez, siendo ella muy pequeña, la madre le había gritado, en un ataque de total exasperación: «¡Eres una empecinada capaz de llevarle la contraria hasta a la medicina!»

Anne se dijo que no había mentido. Y seguía siendo así…, aunque su madre jamás se atrevería a repetirlo, por supuesto.

Echó un vistazo al teléfono, pero apartó los ojos. Con sólo mirarlo pensaba en Bobbi y en el modo en que se había negado a acudir a los funerales de papá. No con palabras, sino con una cobardía típica en ella: negándose a responder a los esfuerzos de Anne, cada vez más desesperados, por comunicarse con ella por teléfono. La había llamado dos veces en las veinticuatro horas siguientes al ataque del viejo, cuando ya era obvio que iba a estirar la pata. Ninguna de las dos veces recibió respuesta.

Telefoneó de nuevo a la muerte del padre; era la una y cuatro minutos de la madrugada del 2 de agosto. Respondió un borracho.

—Quiero hablar con Roberta Anderson, por favor —dijo Anne. Estaba muy tiesa delante del teléfono público del hospital. La madre, sentada en una silla de plástico, rodeada de interminables hermanos con interminables rostros de patata irlandesa, lloraba y lloraba—. Ahora mismo.

—¿Con Bobbi? —dijo la voz alcohólica al otro lado de la línea—. ¿Quiere hablar con el patrón de antes o con el Patrón Nuevo y Perfeccionado?

—Basta de idioteces. Su padre ha…

—Ahora no se puede hablar con Bobbi —la interrumpió el borracho; era Gardener, sí; en ese momento reconoció la voz. Anne cerró los ojos; sólo había una clase de malos modales telefónicos que detestaba aún más que verse interrumpida—. Está en el granero, con la policía de Dallas. Todos ellos, dedicados a tornarse aún más Nuevos y más Perfeccionados.

—Dígale que Anne, su hermana…

¡Clic!

La cólera seca le convirtió en franela caliente los costados de la garganta. Apartó el auricular del oído y lo miró tal como habría mirado a una serpiente que acabara de morderla. Tenía las uñas blancas-tirando-a-púrpura.

La clase de malos modales telefónicos que más detestaba era que le colgaran el teléfono.

6

Volvió a marcar de inmediato, pero en esta ocasión, después de una larga pausa, el teléfono empezó a hacer un extraño ruido de sirena. Cortó y fue a reunirse con su llorosa madre y sus numerosos parientes.

—¿Te has comunicado con ella, Sissy? —preguntó la madre.

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho? —Los ojos suplicaban buenas nuevas—. ¿Vendrá para el funeral?

—No he logrado que me diera una respuesta clara de sí o no —respondió Anne.

Y de pronto, toda su furia contra Roberta estalló en su corazón. Roberta, que había tenido el coraje de pretender escapar. Pero estalló sin estridencias. La sonrisa de tiburón volvió a asomar a su rostro. Los familiares murmurantes quedaron silenciosos y la miraron con intranquilidad. Dos de las viejas sacaron el rosario.

—Ha dicho que se alegraba de que el viejo hubiera muerto. Después se ha echado a reír y ha colgado.

Hubo un momento de aturdido silencio. Después, Paula Anderson se cubrió los oídos con las manos y empezó a chillar.

7

En un principio al menos, Anne no dudó de que su hermana asistiría al funeral. Puesto que ella tenía decidido que Bobbi estuviese presente, allí estaría. Anne siempre conseguía lo que deseaba; de ese modo, el mundo le era grato; así debían de

ser las cosas. Cuando Roberta llegase, se vería enfrentada con la mentira dicha por Anne; su madre no se lo mencionaría (estaría demasiado feliz de verla como para sacar el tema; quizá ni siquiera lo recordara), pero sí uno de sus tíos. Bobbi lo negaría y el tío lo dejaría pasar…, a menos que estuviera muy borracho, cosa que, tratándose de los hermanos de su madre, siempre era muy posible. Pero al fin todos recordarían la declaración de Anne y no la negativa de Bobbi.

Eso estaba bien. Muy bien. Pero no bastaba. Era hora, era sobradamente hora de que Roberta volviera a casa. No sólo para el funeral: para siempre.

Ella se encargaría de eso. Sissy se encargaría, sí.

8

Esa noche, en el hotel, el sueño no acudió a ella con facilidad. En parte, se debía a que estaba en una cama extraña; en parte, al leve parloteo del televisor en las habitaciones vecinas y a la sensación de estar rodeada por desconocidos; Anne era sólo otra abeja que trataba de dormir en una de tantas cámaras, dentro de aquella colmena donde las celdillas eran cuadradas y no hexagonales.

En parte se debía también al hecho de saber que al día siguiente tendría mucho que hacer; pero, sobre todo, a la ira constante que le producía verse burlada. Eso era lo que más detestaba en la vida; por comparación, cualquier otra cosa era un leve contratiempo. Bobbi se había burlado de ella. Hasta ese momento se había burlado por completo, haciendo necesario tan estúpido viaje en medio de algo que los informes meteorológicos llamaban «la peor ola de calor que ha afectado a Nueva Inglaterra desde 1974».

Una hora después de mentir ante su madre y sus tíos con respecto a Bobbi había intentado telefonear de nuevo, en esa oportunidad desde la funeraria (la madre había sido llevada a casa largo rato antes; casi seguro que estaría sentada con la subnormal de Betty, la hermana, ambas bebiendo el clarete de mierda que tanto les gustaba y lloriqueando por el muerto mientras se mamaban). Sólo volvió a oír aquel ruido de sirena. Llamó a la telefónica e informó que había problemas en la línea.

—Quiero que verifique el problema, lo localice y haga que lo arreglen —dijo—. Ha habido un fallecimiento en la familia y necesito comunicarme con mi hermana cuanto antes.

—Sí, señora. Si me da el número desde el cual está efectuando su llama…

—Llamo desde la funeraria —interrumpió Anne a la telefonista—. Voy a elegir un ataúd para mi padre y después iré a acostarme. Telefonearé por la mañana. Pero asegúrese de que entonces pueda comunicarme, querida.

Cortó y se volvió hacia el de Pompas Fúnebres.

—De pino —dijo—. El más barato que tenga.

—Pero, Miss Anderson, sin duda usted debería pensar en…

—No quiero pensar en nada —ladró Anne. Sentía las palpitaciones de advertencia que indicaban el principio de sus frecuentes migrañas—. Limítese a venderme el ataúd de pino más barato que tenga, para que pueda salir de aquí. Huele a muerto.

—Pero… —El de la funeraria estaba horrorizado—. Pero ¿no quiere ver…?

—Lo veré cuando él lo tenga puesto —dijo Anne, al tiempo que sacaba el talonario de cheques—. ¿Cuánto?

9

A la mañana siguiente, el teléfono de Bobbi funcionaba bien, pero nadie atendió. Nadie atendió en todo el día. Anne se iba poniendo más y más furiosa. A eso de las cuatro de la tarde, cuando el velatorio estaba a toda marcha en la sala vecina, pidió hablar con Informaciones de Maine y dijo a la operadora que necesitaba el número telefónico del Departamento de Policía de Haven.

—Bueno…, no hay… un Departamento de Policía, pero en la guía figura el delegado policial. ¿Le parece…?

—Sí. Comuníqueme con él.

La operadora lo hizo. El teléfono sonó y sonó. El tono del timbre era exacto al que obtenía cuando llamaba a la casa en que su cobarde hermana se escondía desde hacía trece años. Cualquiera le hubiera dicho que estaba llamando al mismo receptor.

Por un momento jugó con esta idea, antes de descartarla. Pero el solo hecho de haber tenido un pensamiento tan paranoico, tan digno de ella, la enfureció. Todos los teléfonos sonaban igual porque era la misma compañía telefónica de porquería la que servía a la ciudad. Nada más.

—¿Has comunicado? —preguntó Paula, tímida, acercándose a la puerta.

—No. Ella no atiende, el delegado policial no atiende y creo que la ciudad entera ha salido de vacaciones, qué joder. —Dio un soplido hacia arriba para apartarse un mechón de la sudorosa frente.

—Si telefonearas a alguno de sus amigos…

—¿Qué amigos? ¿El chiflado que vive con ella?

—¡Sissy! Tú no sabes si…

—Sé quien atendió el teléfono la única vez que pude comunicarme anoche —replicó ella, ceñuda—. Y dada la familia que tengo, me es muy fácil saber cuando un hombre está borracho por el sonido de su voz.

La madre nada dijo; estaba reducida a un estremecido silencio de ojos mojados, con una mano agarrada al cuello de su vestido negro. Así era como Anne quería verla.

—No, está allí; los dos saben que trato de comunicarme con ella y por qué. Se

van a arrepentir de haberme jodido.

—Sissy, me gustaría que no usaras ese leng…

—¡Cállate! —gritó Anne.

Y su madre, por supuesto, la obedeció.

Ella volvió a levantar el auricular. En esa ocasión pidió a Información el número del alcalde de Haven. Tampoco tenían alcalde. Había algo llamado «administrador principal», fuera lo que eso fuese.

Chasquidos apagados, como patitas de rata en el cristal, en tanto la telefonista consultaba con su ordenador. La madre había huido. Desde el otro cuarto surgían los teatrales sollozos y gemidos de todo duelo irlandés. Como los cohetes V-2, pensó Anne, los velatorios irlandeses estaban propulsados por combustible líquido, y en ambos casos el líquido era el mismo. Anne cerró los ojos. Le palpitaba la cabeza. Rechinó los dientes; eso le produjo un regusto metálico, amargo. Cerró los ojos e imaginó lo maravilloso que sería practicar una pequeña operación quirúrgica en el rostro de Bobbi con sus propias uñas.

—¿Todavía está allí, tesoro? —preguntó, sin abrir los ojos—. ¿O ha tenido que correr al baño?

—Sí, tengo un número regis…

—Démelo.

La telefonista había desaparecido. Un robot recitó el número con extrañas cadencias entrecortadas. Anne lo marcó. En realidad, esperaba no recibir respuesta, pero el auricular fue levantado de inmediato.

—Cuerpo de administradores. Habla el principal Newt Berringer.

—Bueno, me alegro de saber que hay alguien allí. Me llamo Anne Anderson. Llamo desde Utica, Nueva York. He tratado de hablar con su delegado policial, pero al parecer el hombre salió de pesca.

—No es hombre, sino mujer, señorita Anderson —respondió Berringer, con voz serena—. Murió de repente el mes pasado y el cargo aún no ha sido ocupado. Tal vez no designaremos sustituto hasta la próxima reunión municipal.

Eso detuvo a Anne sólo un instante, pero centró su atención en algo que le interesaba más.

—¿Señorita Anderson? ¿Cómo sabe que soy señorita, Berringer?

No hubo pausa. Berringer respondió:

—¿No es usted la hermana de Bobbi? Si lo es y si estuviese casada no llevaría el apellido de Anderson, ¿verdad?

—Eso significa que usted conoce a Bobbi, ¿no es así?

—Todos los de Haven conocemos a Bobbi, señorita Anderson. Es la celebridad local y estamos muy orgullosos de ella.

Eso atravesó el cerebro de Anne como una astilla de vidrio. «La celebridad local.

¡Oh, por Dios!»

—Bien pensado, Sherlock. He intentado comunicarme con ella por ese remedo de teléfono que ustedes tienen allí, para informarle que su padre murió ayer y que será enterrado mañana.

Esperaba alguna expresión convencional de pésame de aquel funcionario sin rostro (después de todo, conocía bien a Bobbi), pero no la hubo.

—Ha habido problemas con los teléfonos por esta zona —fue cuanto dijo.

Anne volvió a quedar desconcertada de momento (muy de momento, porque Anne nunca se desconcertaba por mucho tiempo). La conversación no estaba resultando como ella esperaba. Las respuestas del hombre eran algo extrañas, demasiado reservadas hasta para un norteño. Trató de imaginárselo y no pudo. En su voz había algo muy raro.

—¿Podría hacer que me telefoneara? Nuestra madre está llorando a mares en la sala vecina, al borde del colapso, y si Roberta no llega a tiempo para el funeral, creo que se derrumbará.

—Bueno, me resulta imposible hacer que la llame, señorita Anderson, ¿verdad? —replicó Berringer, con enfurecedora lentitud—. Es una mujer adulta. Pero no dejaré de darle su mensaje.

—Será mejor que le dé mi número —dijo Anne, con los dientes apretados—. Seguimos viviendo en la vieja casa, pero como ella ha llamado en tan raras ocasiones, quizá lo haya olvidado. Es…

—No hace falta —la interrumpió Berringer—. Si no lo recuerda, lo tendrá anotado. De lo contrario, siempre puede preguntar a Información, ¿verdad? Supongo que así es como usted ha averiguado éste.

Annie odiaba los teléfonos porque sólo le permitían transmitir una fracción de la implacable fuerza de su personalidad, pero nunca los había odiado tanto como en ese momento.

—¡Escuche! —gritó—. Me parece que usted no entiende…

—Creo que entiendo a la perfección —dijo Berringer. Era la segunda interrupción, aunque el diálogo apenas llevaba tres minutos—. Pasaré antes de cenar para darle su mensaje. Gracias por llamar, señorita Anderson.

—Escuche…

Sin dejarla continuar, el hombre hizo lo que ella más detestaba, le colgó el teléfono.

Anne cortó, pensando que le habría alegrado contemplar como los perros salvajes devoraban vivo al cabrón con quien acababa de hablar.

Durante todo ese tiempo había estado rechinando los dientes como una loca.

Esa tarde, Bobbi no telefoneó. Tampoco al atardecer, cuando el V-2 del velatorio ingresaba en la alcoholósfera. Ni por la noche, cuando alcanzó su órbita. Ni en las dos primeras horas de la madrugada, hasta que el último de los deudos se dejó caer en su coche, con el que amenazaría a los otros conductores en el trayecto hasta su casa.

Anne pasó casi toda la noche sin dormir, tiesa en la cama, llena de anfetaminas como una maleta explosiva. Ora rechinaba los dientes, ora se clavaba las uñas en la palma de las manos, planeando la venganza.

«Volverás, Bobbi. ¡Oh, ya lo creo que volverás! Y cuando estés aquí…»

Al día siguiente, como aún no había telefoneado, Anne postergó el sepelio, pese a los débiles gemidos de su madre, que no lo consideraba apropiado. Por fin, Anne giró en redondo para ponerse frente a ella.

—Yo sé qué es apropiado y qué no lo es —bramó—. Lo apropiado es que esa pequeña prostituta venga al entierro de su padre, pero ni siquiera se ha molestado en telefonear. ¡Y ahora, déjame en paz!

La madre huyó, con el rabo entre las piernas.

Esa noche, Anne trató de comunicarse con el número de Bobbi y con el del principal. En el primero continuaba la sirena. En el segundo le respondió un mensaje grabado. Esperó con paciencia a que sonara la señal.

—Habla de nuevo la hermana de Bobbi, señor Berringer. Le deseo con toda claridad que enferme de sífilis y que no se la diagnostiquen hasta que se le caiga la nariz y los cojones se le pongan negros.

Llamó otra vez a Información y pidió tres números de Haven: el de Newt Berringer, el de un Smith («Cualquiera, mujer; en Haven son todos parientes») y un Brown (el número que recibió en respuesta a esta última petición fue, por virtud del orden alfabético, el de Bryant). En cada uno de esos números obtuvo el mismo aullido de sirena.

—¡Mierda! —chilló, arrojando el teléfono contra la pared.

Arriba, en su cama, la madre se encogió de miedo, rogando que Bobbi no se presentara…, al menos hasta que Anne estuviera de mejor humor.

11

Postergó, el entierro un día más.

Los parientes empezaban a protestar, pero Anne era muy capaz de medirse con todos ellos, gracias. El director de la Funeraria le echó un vistazo y decidió que el viejo podía pudrirse en su caja de pino sin que él opinara. Anne, que pasó el día pegada al teléfono, lo habría felicitado por tan sabia decisión. Su cólera estaba franqueando los límites previos. Todos los teléfonos de Haven parecían averiados.

No podía postergar el funeral un día más, y lo sabía. Bobbi había ganado la batalla, sí. Pero no la guerra. Oh, no. Si eso pensaba la muy perra, ya aprendería unas cuantas cosas. Y todas ellas dolorosas.

Anne sacó los pasajes de avión con plena confianza, aunque furiosa: uno de Nueva York a Bangor… y dos de vuelta.

12

Los billetes eran para el día siguiente, pero la idiota de su madre cayó por la escalera y se fracturó la cadera.

Sean O'Casey dijo cierta vez que cuando se vive con los irlandeses se marcha en un corso de contramano ¡y cuánta razón tenía! Los gritos de su madre hicieron que Anne acudiera desde el patio trasero, donde estaba tomando el sol en una hamaca, mientras revisaba su estrategia para retener a Bobbi en Utica una vez la tuviera allí. La madre estaba despatarrada al pie de la estrecha escalera, torcida en un ángulo horrible. La primera idea de Anne fue que, por dos centavos, le habría alegrado mucho dejar a esa vieja estúpida allí, hasta que se le pasaran los efectos anestésicos del clarete. La reciente viuda olía a bodega.

En ese momento de cólera y fastidio, Anne comprendió que debería cambiar todos sus planes. Hasta pensó que quizá su madre lo hubiera hecho a propósito: se había emborrachado para reunir valor y, en vez de caer, se había arrojado por la escalera. ¿Por qué? Para mantenerla lejos de Bobbi, por supuesto.

«Pero no lo conseguirás —pensó, mientras se acercaba al teléfono—. No lo conseguirás. Cuando yo quiero una cosa, esa cosa tengo. Me voy a Haven y dejaré una buena huella en aquel lugar. Y volveré con Bobbi. Y allá me recordarán durante largo tiempo. Sobre todo ese idiota que me cortó la comunicación».

Tomó el teléfono para llamar a la ambulancia (el número estaba pegado al teléfono desde el primer ataque del padre) con movimientos rápidos y furiosos. Sus dientes rechinaban.

13

Hasta el 9 de agosto no logró viajar. Mientras tanto, no hubo llamada de Bobbi. Anne tampoco intentó comunicarse con ella, con el maldito principal ni con el amante borracho que vivía en Troy. Al parecer, se había mudado a casa de Bobbi para joder con ella todo el día. Muy bien. Que se confiaran. Muy bien.

Y ahora estaba allí, en el hotel de Bangor, sin lograr dormir bien… y rechinando los dientes.

Siempre rechinaba los dientes. A veces lo hacía con tanta fuerza que despertaba a su madre… y hasta a su padre, aunque él dormía como un tronco. Cuando Anne tenía tres años, su madre hizo mención de ello al médico de la familia, un venerable clínico de Nueva York con quien el doctor Warwick se habría sentido muy a sus anchas. Su expresión fue de sorpresa, y lo pensó por un momento.

—¿No serán imaginaciones suyas, señora Anderson? —dijo luego.

—Si son imaginaciones mías han de ser contagiosas —replicó Paula—. Porque mi esposo también lo ha oído.

Miraron a Anne, que construía una temblorosa torre de cubos. Trabajaba con ceñuda y adusta concentración. Cuando agregó el sexto cubo, la torre se derrumbó…, y en el momento en que ella empezaba a reconstruirla, ambos oyeron el lúgubre y esquelético ruido de Anne, que rechinaba sus dientes de leche.

—¿Y también lo hace cuando duerme? —se extrañó el médico.

Paula Anderson asintió.

—Bueno, es probable que se le pase. No se trata de nada grave.

Pero no se le pasó y, por supuesto, resultaba preocupante. Se trataba de una enfermedad que, junto con ataques cardíacos, cerebrales y úlceras, suele afectar a las personas demasiado activas y autoritarias. Cuando Anne perdió su primer diente de leche, los padres notaron que estaba muy desgastado…, pero se olvidaron del asunto. Por entonces la personalidad de Anne había comenzado a afirmarse de modo muy notable y sorprendente. A los seis años y medio ya mandaba en la familia Anderson, de un modo extraño que nadie hubiera sido capaz de determinar. Y todos se habían habituado al susurro leve, algo molesto, de aquellos dientes que rechinaban en la noche.

El dentista de la familia se dio cuenta de que el problema seguía presente y cada vez más acentuado; eso ocurrió cuando Anne tenía nueve años, pero no se la trató hasta los quince, época en que empezó a causarle dolores. Para entonces, ya se había desgastado los dientes hasta el nervio vivo. El dentista le preparó una funda de goma; después, otra de material acrílico; debía ponérsela todas las noches al acostarse. A los dieciocho años le pusieron coronas metálicas en casi todos los dientes superiores e inferiores. Los Anderson no estaban en condiciones de pagarlas, pero Anne insistió; puesto que ellos habían dejado el problema sin solucionar, no permitiría que el padre le dijera, a los veintiún años: «Ahora eres mayor de edad, Anne; el problema es tuyo. Si quieres coronas, págalas tú».

Ella las quería de oro, pero eso sí que estaba más allá del alcance de sus padres.

En los años siguientes, las poco frecuentes sonrisas de Anne tuvieron un brillo metálico que resultaba impactante. La gente solía retroceder ante ella. La muchacha obtenía un sombrío placer de esas reacciones. Cuando vio al villano Jaws, en una de las últimas películas de James Bond, rió hasta sentir una punzada en el costado; ese

desacostumbrado arrebato de risa la dejó mareada y descompuesta, pero acababa de comprender con toda exactitud por qué, cuando sonreía, la gente retrocedía ante ella. Casi lamentó haberse hecho recubrir las coronas con porcelana. Claro que no convenía mostrarse tan a las claras; llevar la personalidad a flor de piel era tan imprudente como llevar allí el corazón. No era necesario que tuviera el aspecto de quien era capaz de abrirse paso a mordiscos a través de una puerta de roble macizo para obtener lo que deseaba; bastaba con saber que era capaz de hacerlo.

Dejando aparte ese problema, Anne también tenía varias caries tratadas, pese al agua fluorizada de Utica y de sus estrictos hábitos de higiene bucal (con frecuencia, usaba una hebra de seda para limpiarse los intersticios hasta que las encías le sangraban). Estas caries también se originaban, en gran parte, por su personalidad antes que por su fisiología. La hiperactividad y la necesidad de dominio afectan por igual a las partes más blandas del cuerpo humano (el estómago y los órganos vitales) y a las más duras: los dientes. Anne vivía con la boca reseca; tenía la lengua casi blanca. Sus dientes eran islotes resecos. Al no existir un flujo estable de saliva que arrastrara los restos de comida, las caries se iniciaban con celeridad. Aquella noche de sueño intranquilo en el hotel de Bangor, Anne tenía más de trescientos cuarenta gramos de amalgama de plata en su dentadura. De vez en cuando, hasta ponía en funcionamiento los detectores de metal de los aeropuertos.

En los dos últimos años había empezado a perder piezas dentales, pese a sus fanáticos esfuerzos por salvarlas: dos arriba y a la derecha; tres abajo, a la izquierda. En ambos casos había optado por la clase de puente dental más costoso de todos los disponibles; para que se los hicieran tuvo que viajar a Nueva York. El cirujano retiró las raíces medio podridas, abrió sus encías hasta el blanco opaco del maxilar e implantó allí diminutos tornillos de titanio; después cosió las encías, que cicatrizaron a la perfección. Algunas personas rechazan las implantaciones metálicas en los huesos, pero Anne las aceptó sin problemas. De ese modo quedaron dos pequeños postes de titanio asomando en la carne; cuando las encías hubieron cicatrizado, el puente fue colocado sobre esos soportes metálicos.

No tenía en la cabeza tanto metal como Gard (la placa de Gardener siempre hacía funcionar los detectores de metal), pero sí bastante.

Por eso ignoraba que era miembro de un club muy exclusivo: el de las personas que podían entrar en la nueva Haven con una pequeña posibilidad de sobrevivir.

14

Partió hacia Haven a las ocho de la mañana siguiente, en su coche alquilado. Aunque tomó un desvío que no debía, llegó a la línea municipal Troy-Haven a las nueve y media.

Al despertar se había sentido nerviosa y excitada como un pura sangre en la línea de salida. Sin embargo, veinte o treinta kilómetros antes de llegar al distrito de Haven (las tierras de la zona, casi desiertas, lucían soñadoramente maduras en el sofocado silencio estival), esa agradable expectativa, esa predisposición nerviosa, se fue desgastando. Empezó a dolerle la cabeza. En un principio, sólo fue una leve palpitación, pero poco a poco creció hasta convertirse en el batir de tambores que anunciaba sus familiares migrañas.

Cruzó la línea municipal y entró en Haven.

Cuando llegó al pueblo en sí, se mantenía sólo a fuerza de voluntad. El dolor de cabeza iba y venía en oleadas que la enfermaban. Una vez creyó oír una ráfaga de música horriblemente distorsionada que le surgía de la boca, pero debía ser su imaginación, algo causado por el dolor de cabeza. Tuvo una vaga conciencia de que había gente en las calles de la pequeña población, pero no reparó en el modo en que todos se volvían a mirarla… y después intercambiaban una mirada entre ellos.

En los bosques, en alguna parte, se oía ruido de máquinas, distante como en un sueño.

El Cutlass empezó a serpentear por la carretera desierta. Las imágenes se duplicaban, se triplicaban, volvían a reunirse como a desgana y tornaban a duplicarse y triplicarse.

Sin que se diera cuenta, por las comisuras de la boca empezó a brotar un poco de sangre.

Se aferraba a un solo pensamiento: «Está en esta carretera, en la Nueve, y su nombre ha de aparecer en el buzón. Está en esta carretera, en la Nueve, y su nombre ha de aparecer en el buzón. Está en esta carretera…»

La carretera aparecía desierta. Haven dormía bajo el sol matinal. A esas alturas, el noventa por ciento del tráfico había sido desviado, descontando el interno, por suerte para Anne, cuyo automóvil zigzagueaba alocado; las ruedas de la izquierda levantaban el polvo en una cuneta y, a los pocos segundos, las de la derecha hacían lo mismo en la otra. Sin darse cuenta, derribó una señal de tráfico que indicaba curva.

El joven Ashley Ruvall la vio llegar y apartó su bicicleta a prudente distancia; permaneció a horcajadas sobre ella, en el pastizal norte de Justin Hurd, hasta que Anne hubo pasado.

(*una señora aquí hay una señora y no la oigo sólo oigo su dolor*)

Un centenar de voces le respondió, tranquilizándolo.

(*ya lo sabemos Ashley está bien… chist… chist*)

Ashley sonrió; y al hacerlo, dejó al descubierto sus rosadas encías, suaves como las de un bebé.

Tenía el estómago revuelto.

De algún modo logró apartarse a un lado de la carretera y apagar el motor antes de que su desayuno se desbocara y saliera, apenas un momento después de que ella lograra abrir la portezuela. Por un instante permaneció así, colgada, con los antebrazos apoyados en la ventanilla bajada, torcida hacia fuera, en una postura incómoda; su consciencia era apenas una chispa, que ella mantenía a fuerza de voluntad. Por fin logró erguirse y cerrar la portezuela.

De un modo confuso, pensó que la culpa debía de ser del desayuno. A los dolores de cabeza estaba habituada, pero rara vez vomitaba. El desayuno de ese piojoso hotel, que pasaba por el mejor de Bangor. Esos malditos la habían envenenado.

—«Quizá me esté muriendo… Oh, Dios, sí, en realidad me siento como si fuese a morir. Pero si conservo la vida, les entablaré pleito desde aquí hasta los peldaños del Tribunal Supremo. Si sobrevivo, acabarán lamentando que sus padres se conocieran».

Tal vez fue la tonificante calidad de esa idea lo que dio a Anne fuerzas suficientes para poner el coche en marcha. Continuó con lentitud, a unos cincuenta kilómetros por hora, en busca de un buzón que dijera ANDERSON. Se le ocurrió una idea horrible: ¿y si Bobbi había borrado su nombre del buzón? Bien pensado, no era tan absurdo. Ella sospecharía que Sissy iría a buscarla; esa pequeña cobarde siempre le había tenido miedo. Y Anne no estaba en condiciones de detenerse en todas las casas que veía para preguntar por Bobbi. Tampoco obtendría mucha ayuda de los mugrientos vecinos de su hermana, si el burro con quien había hablado por teléfono servía de ejemplo, y…

Pero allí estaba: R. ANDERSON. Y, más atrás, una casa que sólo había visto en fotografías: la casa de tío Frank. La vieja granja de tío Frank. En el camino de entrada, una camioneta azul. El sitio era el que buscaba, sí, pero la luz estaba mal. Se dio cuenta con toda claridad por primera vez al acercarse a la entrada. En vez del triunfo que esperaba sentir en ese momento (el de una bestia carnicera que, por fin, logra derribar a su presa), experimentaba confusión, incertidumbre y (aunque ni siquiera lo reconoció como tal, por serle tan poco familiar) el primer asomo de miedo.

(*La luz.*)

La luz era rara.

Al darse cuenta de ello, cobró conciencia de otras cosas en rápida sucesión. Su cuello endurecido. Los círculos de sudor que le oscurecían el vestido bajo los brazos. Y…

Rápidamente se llevó una mano a la entrepierna. Allí había una leve humedad, ya medio seca; en el automóvil detectó cierto olor amoniacal que estaba allí desde hacía rato, aunque sólo entonces su mente lo captara.

«Me he orinado, y hace tanto tiempo que estoy en este maldito coche que ya casi

se ha secado…»

(*y la luz, Anne*)

La luz era rara. Era luz crepuscular.

«Oh, no…, son las nueve y media de la…»

Pero la luz era crepuscular, sí. No había modo de negarlo. Se había sentido mejor después de vomitar…, y de pronto comprendió por qué. El conocimiento había estado siempre allí, a la espera de que ella lo captara, como el sudor de las axilas y el leve olor a orina medio seca. Se había sentido mejor porque el tiempo que había transcurrido entre el momento en que cerró la portezuela y el de poner el motor en marcha no fue de segundos ni de minutos, sino de *horas*. Había pasado todo ese día de verano, con su calor brutal, en el horno del coche, en un estupor como de muerte. Si hubiese llevado las ventanillas cerradas y el aire acondicionado funcionando, se habría asado como un pavo de Navidad. Pero sus conductos nasales eran casi tan malos como sus dientes; el aire en lata que los acondicionadores de los automóviles fabricaban se los irritaba. De súbito, mientras miraba la vieja casa con ojos dilatados y enrojecidos, comprendió que ese problema físico le había salvado la vida: viajaba con todas las ventanillas abiertas. De otro modo…

Eso la llevó a pensar en otra cosa. Había pasado el día en un estupor de muerte, estacionada a un lado de la carretera, sin que nadie se detuviera a averiguar qué le ocurría. Alguien tenía que haber pasado por una carretera importante, como era la Nueve, desde las nueve y media de la mañana hasta el anochecer. Ni siquiera en las lomas del diablo dejaba de pasar la gente. Y en las lomas del diablo, cuando a una la veían en problemas, no apretaban el acelerador para seguir de largo, como los neoyorquinos hacen ante los borrachos caídos.

«Al fin y al cabo, ¿qué clase de ciudad es ésta?»

Otra vez ese desacostumbrado cosquilleo, como de ácido caliente en el estómago.

Esa vez reconoció que esa sensación era miedo; entonces se apoderó de ella, le retorció el pescuezo… y la eliminó. Más adelante podía presentarse el hermano; en ese caso, lo mataría también, y a todos los hermanos que lo siguieran.

Entró por el camino de la casa.

16

Anne sólo había visto dos veces a Jim Gardener, pero jamás olvidaba un rostro. Aun así, le costó reconocer al Gran Poeta, si bien se dijo que habría podido olerle a cuarenta metros si hubiese tenido el viento a favor, aunque hubiera sido sólo una brisa moderada. Estaba sentado en el porche, en camiseta sin mangas y vaqueros, con una botella de whisky en la mano. No se afeitaba desde hacía tres o cuatro días; la mayor parte de la barba crecida era gris. Tenía los ojos inyectados en sangre. Anne lo

ignoraba (tampoco le habría importado), pero Gardener estaba más o menos así desde hacía dos días. Todas sus nobles resoluciones se habían evaporado al encontrar los pelos del perro en el vestido de Bobbi.

Con la legañosa falta de sorpresa de los borrachos, vio entrar el coche en el patio (que salvó el buzón por escasos centímetros) y contempló a la mujer que descendía de él. Observó que se tambaleaba, y se agarraba a la portezuela durante un minuto.

«Oh, vaya —pensó Gardener—. Es un pájaro, es un avión, es la Superbruja. Más veloz que una carta de odio, capaz de arrojarse de un solo salto contra sus acobardados familiares».

Anne cerró la portezuela de un empujón y esperó un instante, arrojando una larga sombra. Gardener tuvo una extraña sensación de familiaridad: se parecía a Ron Cummings cuando se embriagaba y no estaba muy seguro de cruzar un salón sin desplomarse.

Anne cruzó el patio frontal; se apoyó en el camión de Bobbi para afirmarse. Cuando el vehículo quedó atrás, buscó de inmediato la barandilla del porche. Levantó la mirada. A la luz oblicua del atardecer, Gardener la vio envejecida y sin edad a un tiempo. También malévola: de piel amarillenta y oscurecida, con toda una carga de malignidad que la fatigaba y la devoraba al mismo tiempo.

Levantó la botella de whisky, bebió y una náusea le atacó ante el ardor del alcohol. Después, apuntó hacia ella el cuello de la botella.

—Hola, Sissy. Bienvenida a Haven. Dicho esto, te insto a que te vayas tan deprisa como puedas.

17

Anne subió los dos primeros peldaños sin dificultad. Después tropezó y cayó sobre una rodilla. Gardener le ofreció una mano, pero ella la ignoró.

—¿Dónde está Bobbi?

—No se te ve muy bien —dijo Gard—. De un tiempo a esta parte, Haven provoca ese efecto en la gente.

—Me encuentro bien —replicó ella, cuando consiguió llegar al porche. Se irguió delante de él, con un jadeo—. ¿Dónde está?

Él inclinó la cabeza hacia la casa. Por una de las ventanas abiertas surgía el rumor constante del agua.

—En la ducha. Nos hemos pasado el día trabajando en el bosque y hacía…, hacía muchísimo calor. Bobbi es una convencida de que las duchas quitan el polvo. —Gardener volvió a levantar la botella—. Para mí, sólo es cuestión de desinfectar. Más rápido y más grato.

—Hueles a cerdo muerto —comentó Anne, mientras pasaba por su lado para

entrar en la casa.

—Aunque mi nariz, sin duda, no es tan sensible como la tuya, tú también tienes un delicado, pero perceptible aroma. ¿Cómo llaman los franceses a ese perfume? *¿Eau de Pis?*

La sorpresa hizo que ella se volviera, con un gruñido. Nadie le hablaba en ese tono, al menos en Utica. Nunca. Claro que allá la conocían. Sin duda, el Gran Poeta la había juzgado según el receptáculo de su semen: la celebridad de Haven. Y estaba borracho.

—Bueno —dijo Gardener, divertido, pero también algo inquieto bajo aquella mirada flamígera—, tú has sido quien ha sacado a relucir el tema de los aromas.

—Es verdad —reconoció ella.

—Tal vez deberíamos recomenzar —sugirió Gard, con ebria cortesía.

—¿Recomenzar qué cosa? Eres el «gran poeta». El borracho que disparó contra su mujer. No tengo nada que decirte. He venido por Bobbi.

Buen tiro, eso de la mujer. Anne vio que el rostro del hombre quedaba petrificado y que su mano se crispaba alrededor del cuello de la botella. Parecía haber olvidado de momento dónde estaba. Ella le ofreció una dulce sonrisa. Aquel horrible comentario de la colonia *de Pis* había dado en el blanco, pero, incluso descompuesta, Anne sabía sacar ventaja.

Dentro, el ruido de la ducha cesó. Y Gardener (tal vez era sólo un presentimiento) tuvo la sensación de que Bobbi estaba escuchando.

—Siempre te gustó operar sin anestesia. Creo que hasta ahora sólo me habías practicado cirugía exploratoria, ¿no?

—Puede ser.

—¿Y por qué ahora, después de tantos años? ¿Por qué tenías que elegir este momento para venir?

—No es asunto tuyo.

—Bobbi es asunto mío.

Se enfrentaron. Ella lo traspasó con la mirada; esperaba que él bajara la vista. No fue así. De pronto a Anne se le ocurrió que, si ella trataba de entrar en la casa sin decir más, él podía intentar impedírselo. No le serviría de nada, pero tal vez fuera más sencillo responder a su pregunta. ¿Qué importaba, al fin y al cabo?

—He venido para llevarla a casa.

Silencio otra vez.

No hay grillos.

—Permite que te dé un consejo, hermana Anne.

—Guárdatelo. No acepto golosinas de desconocidos ni consejos de borrachos.

—Haz lo que te he dicho cuando has bajado del coche. Vete. Ya. Ahora mismo. Éste no es buen lugar, en estos momentos.

En los ojos del hombre había algo, algo desesperadamente franco, que provocó una repetición del escalofrío y la desacostumbrada confusión que Anne había sentido antes. La habían dejado todo el día en el coche, al lado de la carretera, desmayada. ¿Qué clase de gente era capaz de algo así?

En ese momento, hasta el último resto de su «Anneidad» se alzó para destruir esas pequeñas dudas. Cuando ella deseaba algo, ese algo sucedía; así había sido siempre y así continuaría siendo, aleluya, amén.

—Bueno, compadre —dijo—: me has dado tu consejo y ahora yo voy a darte el mío. Entraré en esa pocilga y, dentro de unos dos minutos, un gran bollo de mierda pegará contra el ventilador. Te sugiero que salgas de paseo, si no quieres recibir una salpicadura. Siéntate en una piedra por ahí, a contemplar el crepúsculo y hazte una paja o piensa unas rimas. O lo que sea que hagan los «grandes poetas» cuando contemplan el crepúsculo. Pero te conviene mantenerte fuera de lo que ocurra en esta casa, sea lo que fuere. El asunto es entre Bobbi y yo. Si te interpones, te destrozaré.

—En Haven, lo más probable es que salgas destrozada.

—Eso es algo que he de ver con mis propios ojos —aseguró Anne, mientras echaba a andar hacia la puerta.

Gardener lo intentó otra vez.

—Anne… Sissy… Bobbi no es ya la misma. Está…

—Ve a dar un paseo, hombrecito —dijo Anne.

Y entró.

18

Las ventanas estaban abiertas, pero con las cortinas corridas, por algún motivo. De vez en cuando soplaba una bocanada de brisa, que las pegaba a las aberturas. Entonces parecían las velas de un barco en calma chicha, fracasando en su más empecinado intento. Anne olfateó el aire y arrugó la nariz. ¡Aj! Aquello olía como una jaula de monos. Cabía esperarlo del Gran Poeta, pero su hermana había sido una chica mejor criada. Esa casa era una pocilga.

—Hola, Sissy.

Se volvió. Por un momento, Bobbi fue sólo una sombra. Anne sintió que el corazón se le subía a la garganta, porque en esa sombra había algo extraño; una forma completamente rara.

Luego vio el borrón blanco de la bata y oyó el repiqueteo del agua. Bobbi acababa de salir de la ducha. Estaba casi desnuda. Perfecto. Pero su placer no fue tan grande como habría debido ser. Su intranquilidad persistía con la sensación de que había algo raro en la silueta recortada en el vano de la puerta.

«Éste no es buen lugar en estos momentos», recordó.

—Papá ha muerto —dijo, forzando la vista para ver mejor.

Pese a todos sus esfuerzos, Bobbi siguió siendo sólo una sombra en la puerta que comunicaba la salita con (se suponía) el cuarto de baño.

—Lo sé. Newt Berringer me lo dijo.

Algo en su voz. Algo aún más básicamente distinto en la vaga sugestión de su silueta. De pronto se dio cuenta. Y lo que captó le produjo un terrible impacto, un miedo aún mayor. Bobbi no estaba asustada. Por primera vez en su vida, Bobbi no parecía asustarse ante ella.

—Lo sepultamos sin ti. Tu madre murió un poquito por esa ausencia tuya, Bobbi.

Esperó a que su hermana se defendiera. Mas sólo hubo silencio.

«¡Por todos los santos, sal para que pueda verte, pequeña cobarde!»

Anne… Bobbi no es la misma.

—Hace cuatro días cayó por la escalera y se fracturó la cadera.

—¿Sí? —comentó Bobbi, indiferente.

—Vendrás a casa conmigo, Bobbi. —Quiso dar fuerza a su voz, pero le salió con un tono débil y chillón que la horrorizó.

—Has conseguido entrar gracias a tus dientes —dijo Bobbi—. ¡Por supuesto! ¡Tendría que haberlo pensado!

—¡Sal para que te vea, Bobbi!

—¿De veras quieres verme? —La voz de Bobbi había asumido una extraña cadencia provocativa—. ¿Estás segura?

—¡Deja de joder, Bobbi! —La voz de Anne se elevó, desigual.

—¡Oh, escucha! —dijo Bobbi—. Nunca pensé que oiría nada parecido de tu boca, Anne. Después de todo lo que has jodido en estos años…, a mí y a todos nosotros. Pero está bien. Si insistes, me parece bien. Muy bien.

No quería ver. De pronto Anne no quería sino echar a correr y seguir así hasta verse muy lejos de ese lugar tenebroso y de esa ciudad donde la dejaban a una desmayada todo el día a un lado del camino. Pero era demasiado tarde. Vio el movimiento borroso de la mano de su hermana menor y las luces se encendieron en el momento mismo en que la bata cayó, con un suave susurro.

La ducha había limpiado el cosmético. La cabeza y el cuello de Bobbi eran transparentes: parecían gelatina. Sus senos se habían hinchado como bulbos y parecían estar fundiéndose en un solo saliente carnoso, sin pezones. Anne vio difusos órganos en el vientre de Bobbi que no se parecían en nada a los órganos humanos; por ellos circulaba cierto fluido, pero de color verde.

Tras la frente de Bobbi se veía la trémula bolsa del cerebro.

Bobbi sonrió sin dientes.

—Bienvenida a Haven, Anne —dijo.

Anne sintió que daba un paso hacia atrás, hacia un sueño esponjoso. Trataba de

gritar, pero no había aire.

En la entrepierna de Bobbi, un grotesco manojo de tentáculos ondulaba como un puñado de algas que saliera de su vagina…, es decir, del sitio donde antes tenía la vagina. Anne no sabía si aún seguía allí; tampoco le importaba. Bastaba con el valle hundido que había reemplazado a la ingle. Con eso… y con el modo en que los tentáculos parecían apuntar hacia ella…, buscarla.

Bobbi, desnuda, comenzó a acercársele. Anne trató de retroceder y trastabilló con un banquillo.

—No —susurró, e intentó arrastrarse hacia atrás—. No… Bobbi…, no…

—Me alegro de que estés aquí —dijo Bobbi, sin dejar de sonreír—. No había contado contigo…, en absoluto…, pero creo que podemos encontrarte un trabajo. Como se suele decir, hay puestos disponibles.

—Bobbi…

Anne logró pronunciar este último susurro aterrorizado. Luego sintió que los tentáculos se movían sobre su cuerpo. Se retorció, trató de apartarse… y se le deslizaron alrededor de las muñecas. Bobbi impulsó las caderas hacia delante, en un movimiento que era como una obscena parodia de la cópula.

DOS

GARDENER SALE A CAMINAR

1

Gardener decidió seguir el consejo de Anne y salió a caminar. En realidad, llegó hasta la misma nave, en el bosque. Era la primera vez que estaba allí a solas por completo; pronto oscurecería. Sentía un miedo vago, como un niño al pasar junto a una casa que supone embrujada. «¿Hay fantasmas ahí dentro? ¿Los fantasmas de *Tommyknockers* difuntos? ¿O son los mismos *Tommyknockers* los que están ahí, tal vez en animación suspendida? Seres como café congelado, a la espera de que los entibien. Y, a fin de cuentas, ¿qué eran?»

Se sentó en el suelo, junto al cobertizo, y contempló la nave. Al cabo de un rato, la luna se alzó y encendió en su superficie un plateado aún más espectral. Era extraña, pero también muy bella.

¿Qué ocurre aquí?

«No quiero saberlo».

No está muy claro qué es…

«No quiero saberlo».

Eh, espera, ¿qué es ese ruido? Que todo el mundo mire qué ocurre…

Levantó la botella y bebió hasta el fondo. La tiró a un lado y se tendió en el suelo, con la palpitante cabeza apoyada contra los brazos. Así se quedó dormido, en el bosque, cerca de la grácil curva de la nave.

Durmió allí toda la noche.

Por la mañana había dos dientes en el suelo.

«Eso es por dormir tan cerca del platillo», pensó vagamente. Pero al menos encontró una compensación: no tenía dolor de cabeza alguno, aunque había bebido casi un cuarto de litro de whisky. Notaba que, aparte de sus otros atributos, la nave (o la alteración atmosférica que ésta generaba) parecía proteger contra la resaca, a corta distancia.

No quiso dejar sus dientes allí tirados. Siguió un oscuro impulso y pateó un poco de tierra para cubrirlos. Mientras lo hacía pensó otra vez: «Ya no puedes darte el lujo de seguir haciendo el *Hamlet*, Gard. Si no te decides muy pronto por una cosa u otra (dentro de un día o dos, como mucho), no te quedará sino seguir la marcha de los otros».

Contempló la nave, y se puso a pensar en el profundo barranco que se extendía junto a su suave flanco impoluto. «Si la escotilla existe, pronto llegaremos a ella…

¿Y entonces?»

En vez de buscar la respuesta, se puso en marcha hacia la casa.

2

El Cutlass había desaparecido.

—¿Dónde has pasado la noche? —le preguntó Bobbi.

—En el bosque.

—¿Te emborrachaste mucho? —inquirió ella, con sorprendente suavidad.

Tenía otra vez el rostro oscurecido por el maquillaje. Y en los últimos días usaba camisas muy holgadas; esa mañana, Gard creyó ver el motivo: el busto le había aumentado. Sus senos empezaban a parecer una unidad en vez de dos bultos por separado.

—No mucho. Uno o dos tragos, y perdí el conocimiento. Esta mañana me he despertado sin resaca. Y sin picaduras de mosquitos. —Levantó los brazos, muy bronceados por arriba, blancos y extrañamente vulnerables en su parte interior—. En cualquier otro verano hubiera despertado tan lleno de picaduras que no hubiese podido abrir los ojos. Pero se han ido. Junto con los pájaros. Y los animales. En verdad, Roberta, la nave parece repeler a todos menos a los tontos como nosotros.

—¿Has cambiado de idea, Gard?

—¿Te das cuenta de tu insistencia en preguntarme lo mismo?

Bobbi no respondió.

—¿Escuchaste el informativo por la radio, anoche? —Sabía que ella no lo había hecho. Bobbi no veía, no oía, no pensaba ya en nada que no fuera la nave. Su meneo de cabeza no le sorprendió—. En Libia se están congregando las tropas. En el Líbano, más combates. Movimiento de tropas norteamericanas. Los rusos cada vez vociferan más por el desarme. Estamos todos sentados en un barril de pólvora. Eso no ha cambiado desde 1945, más o menos. Tú descubres un *deus ex machina* en tu patio trasero y me preguntas, una y otra vez, si he cambiado de idea sobre el uso que podemos darle.

—¿Y has cambiado o no?

—No —respondió Gardener, no muy seguro de si mentía o no. Pero le alegraba mucho que Bobbi no pudiera leer sus pensamientos.

«¿Seguro que no puede? Yo creo que sí. No mucho, pero más que hace un mes…, cada día más. Porque ahora tú también estás “convirtiéndote”. ¿Has cambiado de idea? Qué risa me da esa pregunta, cuando ni siquiera soy capaz de tomar una decisión».

Bobbi descartó el tema; al menos, eso aparentó. Se volvió hacia el montón de herramientas que ocupaba el rincón del porche. Gardener vio que había olvidado

maquillar un punto, justo bajo la oreja derecha: el mismo lugar que muchos hombres pasan por alto al afeitarse. Con horrible falta de sorpresa, notó que veía el interior de Bobbi; su piel había cambiado, tomando un aspecto de gelatina traslúcida. En los últimos días se la notaba más baja, más gruesa… y los cambios se aceleraban.

«Por Dios —pensó, horrorizado y con amarga diversión—, ¿es eso lo que pasa cuando uno se convierte en *Tommyknocker*? ¿Empieza a tomar la apariencia de quien ha estado expuesto a una enorme fuga de radiactividad?»

Bobbi, que se hallaba inclinada recogiendo las herramientas, se volvió apresuradamente a mirarlo, con expresión de cautela.

—¿Qué?

—Que ya deberíamos estar en marcha, haragana —emitió Gardener, con toda claridad. La expresión cautelosa y desconcertada se convirtió en una desconfiada sonrisa.

—Bueno. Ayúdame con esto.

No, claro que las víctimas de la radiactividad no se volvían transparentes, como Claude Rains en *El hombre invisible*. Tampoco empezaban a perder estatura y a engordar. Pero sí podían perder dientes y quedar calvos. En otras palabras, en ambos casos se trataba de una especie de «conversión» física.

Volvió a pensar: «Te presento al nuevo patrón. Es igual que el patrón de antes».

Bobbi lo miraba de nuevo con atención.

«Me estoy quedando sin espacio para maniobrar, sí. Y en poco tiempo».

—¿Qué has dicho, Gard?

—He dicho: «Vamos, patrón».

Después de una larga pausa, Bobbi asintió.

—Sí —dijo—. No hay que malgastar la luz del día.

3

El Tomcat los llevó hasta la excavación. No volaba como la bicicleta del niño de *ET*: el tractor de Bobbi nunca se elevaría cinéticamente frente a la luna, a varios metros por encima de los tejados. Pero avanzaba en silencio y a unos cómodos cuarenta y cinco centímetros del suelo; las grandes ruedas giraban con lentitud, como hélices moribundas. Eso tornaba mucho más suave el trayecto. Gard iba al volante. Bobbi, de pie tras él.

—¿Tu hermana se ha ido? —preguntó Gard. No había necesidad de gritar. El motor del Tomcat emitía sólo un ronroneo distante.

—En efecto —respondió ella.

«Todavía no sabes mentir, Bobbi. Y en verdad creo que la oí gritar. Un momento antes de tomar el sendero hacia el bosque, creo que la oí gritar. ¿Cuánto hace falta

para que una bruja autoritaria, desalmada y dura como Sissy lance un aullido? ¿Hasta qué punto debe ponerse fea la cosa?»

La respuesta era muy simple: Debe ponerse muy fea.

—Nunca fue de las que saben retirarse con gracia —apuntó Bobbi—. Y tampoco permite que los demás lo hagan, si puede impedirlo. Venía para llevarme a casa, ¿sabes? Cuidado con ese tocón, Gard, que es alto.

Gardener subió hasta el tope la palanca de cambios y el Tomcat se elevó otros siete centímetros. Una vez que hubieron pasado el tocón, casi rozándolo, él aflojó la mano y el vehículo descendió a su altura previa: cuarenta y cinco centímetros por encima del suelo.

—Sí, venía con la traílla y el bozal —continuó Bobbi, como si estuviera algo sorprendida—. En otra época habría podido llevarme. Tal como están ahora las cosas, no tenía la menor oportunidad.

Gardener sintió un escalofrío. Un comentario como ése podía interpretarse de muchas maneras, ¿verdad?

—Aún me sorprende que te haya bastado una noche para convencerla —comentó —. Si Patricia McCardle me parecía mala, junto a tu hermana queda reducida a un hada benévola.

—Me quité un poco de este maquillaje. Cuando vio lo que había debajo dio un grito y se fue tan rápido como si tuviera cohetes en los talones. En verdad, fue bastante divertido.

Era posible. Tan posible que la tentación de creerlo resultaba casi insuperable. Sólo que la dama en cuestión no habría huido a ninguna parte sin ayuda. La dama en cuestión apenas podía andar sin apoyo.

«No —pensó Gardener—. No se ha ido. Sólo queda averiguar si la has matado o si está en ese maldito granero, con Peter».

—¿Por cuánto tiempo más se prolongarán los cambios físicos, Bobbi? —preguntó Gardener.

—Falta poco —respondió ella.

Y Gardener volvió a pensar que Bobbi nunca había sabido mentir.

—Hemos llegado. Estaciona junto al cobertizo.

4

A la tarde siguiente abandonaron temprano el trabajo; el calor se mantenía y ninguno de los dos estaba en condiciones de proseguir hasta que la oscuridad fuera total. Regresaron a la casa, removieron la cena en el plato y hasta comieron un poco. Una vez fregados los platos, Gardener dijo que saldría un rato a caminar.

—¿Eh? —Bobbi lo miraba con aquella expresión cautelosa que se había vuelto

uno de los principales artículos de su inventario—. Cualquiera diría que no has hecho ejercicio de sobra por hoy.

—Ha bajado el sol —dijo Gard, con desenvoltura—. Está más fresco y no hay bichos. Y… —Miró a Bobbi con ojos despejados—. Si salgo al porche me llevaré una botella. Si me llevo una botella, me emborracharé. En cambio, si voy a caminar un rato y vuelvo cansado, tal vez me acueste sobrio por una vez en la vida.

Todo lo cual era verdad…, pero había otra verdad dentro de ella, como una caja china dentro de otra. Gardener miró a Bobbi, a la espera de que ella buscara la caja interior.

No fue así.

—Está bien —dijo ella—, pero sabes que no me importa si bebes, Gard. Soy tu amiga, no tu esposa.

«No, a ti no te importa que beba; me facilitas las cosas para que lo haga cuanto desee. Porque eso me neutraliza».

Caminó por la carretera Nueve, hasta dejar atrás la casa de Justin Hurd. Cuando llegó a la calle Nista giró a la izquierda y avanzó a buen paso, balanceando los brazos con desenvoltura.

El trabajo del mes transcurrido allí lo había fortalecido mucho más de lo que hubiera creído posible; no mucho tiempo antes, hasta una caminata de tres kilómetros como ésa lo habría dejado tembloroso y sin aliento.

Sin embargo, el ambiente era espectral. No había chotacabras que saludaran la penumbra creciente; ningún perro le ladraba. Casi todas las casas estaban a oscuras; ningún televisor titilaba tras las pocas ventanas junto a las cuales pasó.

«¿Para qué ver series repetidas cuando uno puede “convertirse”?», pensó.

Al llegar frente al cartel que indicaba: A 200 CALLE SIN SALIDA, estaba casi oscuro, pero ya asomaba la luna y la noche era luminosa. Al final de la calle había una pesada cadena tendida entre dos postes; de ella pendía un cartel oxidado y con agujeros de balas: PROHIBIDO EL PASO. Gard pasó por encima de la cadena y siguió caminando; pronto se hallaba en medio de una cantera abandonada. Al claro de luna, sus flancos cubiertos de hierba eran blancos como huesos. El silencio le erizó la piel.

¿Qué lo llevaba hasta allí? Su propia «conversión», tal vez. O algo recogido de la mente de Bobbi, sin siquiera saberlo. Eso debía de ser, puesto que lo había impulsado hasta allí algo mucho más fuerte que un simple presentimiento.

Hacia la izquierda había una gruesa cicatriz triangular contra la blancura de la grava. Aquello había sido removido. Gardener caminó hasta allí, entre el crujir de sus zapatos. Excavó en la grava más reciente; como no encontró nada, avanzó unos pasos, cavó otro agujero; nada; avanzó otra vez y volvió a cavar; nada, tampoco…

Eh, un momento.

Sus dedos habían rozado algo demasiado suave para ser una piedra. Se inclinó

con el corazón palpitante, pero nada vio. Lamentó no haber llevado una linterna, aunque eso habría aumentado las sospechas de Bobbi. Excavó un poco más, dejando que la tierra se deslizara, repiqueteante, por la inclinación de la cuesta.

Por fin vio que había descubierto el faro de un automóvil.

Lo contempló, lleno de una diversión fantasmagórica, esquelética. «Esto es lo que uno siente cuando se encuentra algo en la tierra —pensó—. Un artefacto extraño. Sólo que no me ha hecho falta tropezar con él. Yo sabía donde buscar».

Cavó más deprisa, trepando por la pendiente y arrojando la tierra hacia atrás, entre las piernas, como un perro de la calle en busca de un hueso. No prestaba atención a la cabeza palpitante ni al dolor de sus manos, arañadas primero, despellejadas después hasta sangrar.

Pudo despejar parte del capó del Cutlass, justo por encima del faro derecho. Allí se afirmó, de modo tal que el trabajo fue más rápido. Bobbi y sus amiguitos no se habían esmerado mucho.

Gardener retiró grava suelta a brazadas. Los guijarros chirriaban sobre la carrocería. Tenía la boca seca. Excavaba hacia el parabrisas, sin saber qué sería peor: si ver algo o no ver nada.

Por fin rozó otra vez algo suave y pulido. Sin detenerse a pensar (el silencio espectral del lugar podía atacarle hasta obligarle a huir), despejó parte del parabrisas y echó una mirada hacia el interior, con las manos a modo de visera para evitar el resplandor de la luna.

Nada.

El Cutlass alquilado por Anne Anderson estaba vacío.

Tal vez la han metido en el maletero. La verdad es que aún no sabes nada seguro.

Sin embargo, algo creía saber. La lógica le decía que el cuerpo de Anne no estaba allí. ¿A qué molestarse? Si alguien encontraba un coche flamante enterrado en una cantera desierta, las sospechas justificarían que investigara el maletero…, o que llamara a la policía, que se encargaría de hacerlo.

«En Haven, a nadie le importaría un bledo, de cualquier modo. En estos momentos tienen problemas más acuciantes que los automóviles sepultados en canteras. Y si alguien de la ciudad lo encontrase por casualidad, lo último que haría sería llamar a la policía. Porque entonces vendrían forasteros. Y este verano no queremos forasteros en Haven, ¿verdad? ¡Ni pensarlo!»

Por lo tanto, ella no estaba en el maletero. Simple lógica. Y eso era lo que quería demostrarse a sí mismo.

Tal vez los que hicieron esto no tenían tu magnífica lógica, Gard.

Eso también era una estupidez. Si él era capaz de ver una cosa desde tres ángulos distintos, los maravillosos habitantes de Haven la veían desde veintitrés. Nada se les escapaba…

Gardener retrocedió de rodillas hasta el borde del capó y descendió de un salto. Sólo entonces cobró conciencia de que las manos le ardían. Cuando volviera tendría que tomar un par de aspirinas y, por la mañana, tratar de ocultar las heridas a Bobbi. Guantes de trabajo, durante todo el día.

Anne no estaba en el coche. ¿Dónde la habrían metido? En el granero, por supuesto: ¡en el granero! De pronto, Gardener comprendió por qué había caminado hasta allí: no sólo para confirmar un pensamiento tomado de la cabeza de Bobbi (si de eso se trataba; también era posible que hubiera elegido la cantera, de un modo subconsciente, por ser el lugar más cómodo para deshacerse con prontitud de un coche grande), sino porque necesitaba asegurarse de que el sitio clave era el granero. Lo necesitaba. Debía tomar una decisión. Y ahora sabía que ni siquiera el ver a Bobbi convertirse en algo inhumano le forzaría a tomarla. Gran parte de él aún deseaba seguir excavando la nave para darle uso. Una gran parte.

Antes de tomar la decisión, necesitaba ver qué había en el granero de Bobbi.

5

Se detuvo a medio camino, bajo el frío y deslizante claro de luna, asaltado por una pregunta: ¿por qué se habían molestado en ocultar el coche? ¿Porque la compañía propietaria podía denunciar su falta y enviar de nuevo la policía a Haven? No. La empresa tardaría varios días en descubrir la falta del vehículo. La Policía tardaría aún más en rastrear la existencia de un familiar cercano de Anne en la zona. Una semana; dos, lo más probable. Y, para entonces, Haven habría dejado de preocuparse para siempre por las interferencias de forasteros, de una manera u otra.

«Entonces, ¿de quién han ocultado el coche?»

De ti, Gard. Lo han ocultado de ti. Aún no quieren que sepas de qué son capaces cuando se trata de protegerse. Lo han ocultado, y Bobbi te ha dicho que Anne se había ido.

Regresó a la casa, con ese peligroso secreto girándole en la mente como una joya.

TRES

LA ESCOTILLA

1

Ocurrió dos días después, mientras Haven yacía despatarrada y con golpes de calor bajo el clima de agosto. Había llegado la canícula. Un calor de perros, aunque, por supuesto, en Haven ya no quedaban perros…, a menos que hubiera uno en el granero de Bobbi Anderson.

Gard y Bobbi estaban en el fondo de un corte que media ya cincuenta y un metros de profundidad; el casco de la nave formaba un lado de esa excavación. Al otro lado, bajo la malla plateada que cubría el suelo, se veían las capas sucesivas de humus, arcilla, esquisto, granito y acuífero. A un geólogo le habría encantado. Los dos vestían vaqueros y camisetas. En la superficie hacía un calor sofocante, pero abajo había frescor; Gardener se sentía como un bicho que trepara por el costado de un refrigerador de agua. En la cabeza llevaba un casco, al que estaba adherida una linterna con tela adhesiva. Bobbie le había advertido que la usara lo menos posible, porque las pilas escaseaban. Tenía las orejas taponadas con algodón y estaba usando un taladro neumático para desprender grandes trozos de roca. Bobbi, al otro lado de la perforación, hacía lo mismo.

Esa mañana, Gard le preguntó por qué era necesario perforar.

—Me gustan más las radios explosivas con temporizador, Bobbi —dijo—; menos trabajo, menos dolor… para los de abajo y para el gran señor.

Bobbi no sonrió. Bobbi estaba perdiendo el sentido del humor junto con el cabello.

—Ya estamos cerca —explicó—. Si usásemos explosivos podríamos dañar algo que no queremos dañar.

—¿La escotilla?

—La escotilla.

A Gardener le dolían los hombros. También le dolía la placa de la cabeza; eso debía de ser mental, porque es imposible que el acero duela, pero siempre tenía esa sensación cuando estaba abajo. No veía la hora de que Bobbi le hiciera una señal indicativa de que era la hora del almuerzo.

Dejó que el taladro parloteara y se abriera paso a mordiscos hacia la nave, sin preocuparse demasiado por los rayones que dejara en aquella plateada superficie opaca. Debía llevar mucho cuidado para que la punta del taladro no la tocara con demasiada fuerza, según había descubierto, porque podía rebotar y arrancarle un pie.

La nave en sí era tan invulnerable al rudo beso del taladro como a los explosivos que él había usado junto con su desfile de colaboradores. Al menos no había peligro de dañar la mercancía.

El taladro tocó la superficie de la nave… y, de pronto, su estable trueno de ametralladora se convirtió en un chillido agudo. Gard creyó ver humo en el palpitante borrón de la punta. Se produjo un chasquido. Algo voló junto a su cabeza. Todo eso ocurrió en unas décimas de segundo. Apagó el taladro y vio que la punta había desaparecido casi por completo. Sólo quedaba un muñón mellado.

Gard se volvió en redondo y vio el trozo que había pasado casi rozándole el rostro: estaba incrustado en la roca del corte. Había partido limpiamente en dos una hebra de la malla. El impacto emocional con efectos retardados hizo que las rodillas se le aflojaran, como si quisiesen que cayera a tierra.

«¡Madre mía! Me he salvado por un pelo. Ni más ni menos».

Trató de arrancarlo de la roca. En un principio pensó que no cedería. Luego comenzó a moverlo. «Como si arrancara un diente de una encía», pensó, con una risita histérica.

El trozo de metal se soltó. Tenía el tamaño de una bala del calibre «45», tal vez algo mayor.

De pronto se sintió a punto de perder el equilibrio. Apoyó un brazo en el muro cubierto de tela metálica y descansó la cabeza contra él, con los ojos cerrados a la espera de que el mundo regresara o desapareciera.

Tuvo la vaga conciencia de que el taladro de Bobbi también había dejado de funcionar.

El mundo comenzó a regresar…; Bobbi lo estaba sacudiendo con fuerza.

—¡Gard! Gard, ¿qué ocurre?

El tono de su voz era de preocupación. Al oírla, Gardener tuvo unas absurdas ganas de llorar. Estaba muy cansado, por supuesto.

—Una punta de taladro calibre cuarenta y cinco ha estado a punto de perforarme la cabeza —dijo—. Pensándolo mejor, era una Magnum 357.

—¿De qué estás hablando?

Gardener le entregó el fragmento que había sacado de la roca. Bobbi, al verla, soltó un silbido:

—¡Dios!

—Creo que Él y yo no nos hemos encontrado por muy poco. Es la segunda vez que he estado a punto de morir en este agujero de mierda. La primera, cuando tu amigo Enders se olvidó de subirme, después de que hube instalado una de esas radios explosivas.

—No es amigo mío —aclaró Bobbi, distraída—. Creo que es un subnormal. Gard, ¿contra qué has chocado? ¿Por qué se ha roto así?

—¿De qué me hablas? ¡Ha sido la roca! ¿Contra qué otra cosa ha podido chocar aquí?

—¿Estabas cerca de la nave?

De pronto Bobbi parecía excitada. No, más que eso: casi febril.

—Sí, pero no es la primera vez que he rozado la nave con el taladro. No hace sino reb…

Pero Bobbi no lo escuchaba ya. Se había puesto de rodillas ante la nave, para cavar con los dedos entre los escombros.

«Parecía despedir vapor —pensó Gardener—. Era…»

¡Está aquí, Gard! ¡Aquí, por fin!

Se encontró a su lado antes de darse cuenta de que ella no había expresado su conclusión en voz alta: Gard la había percibido en su cabeza.

2

«Algo, sí», pensó Gardener.

Al apartar la roca que el taladro de Gard había desprendido antes de romperse, Bobbi acababa de poner al descubierto, por fin, una línea en la superficie de la nave: una sola línea en toda aquella enorme extensión sin detalles. Al mirarla, Gard comprendió su excitación. Estiró la mano para tocarla.

—No lo hagas —le advirtió ella, con aspereza—. Recuerda lo que te ha ocurrido antes.

—Déjame —protestó Gard.

Le apartó la mano y tocó la hendidura. Oyó música en su cabeza, pero apagada, y se desvaneció muy pronto. Creyó sentir que sus dientes vibraban en sus alvéolos y sospechó que esa noche perdería algunos más. No importaba. Quería tocarla; la tocaría. Ésa era la entrada; nunca habían estado tan cerca de los *Tommyknockers* y sus secretos. Era la primera señal auténtica de que aquel objeto ridículo no era macizo en toda su extensión (se le había ocurrido la idea, sí; hubiese sido una verdadera broma cósmica). Tocarla era como tocar la luz de las estrellas solidificada.

—Es la escotilla —dijo Bobbi—. ¡Yo sabía que estaba aquí!

Gardener sonrió.

—Lo hemos logrado, Bobbi.

—Sí, lo hemos logrado. ¡Gracias a Dios que volviste, Gard!

Bobbi lo abrazó. Al sentir el movimiento gelatinoso de sus senos y de su torso, Gard sintió una repulsión enfermiza. ¿Luz de estrellas? ¡Tal vez eran las estrellas las que lo tocaban a él, en ese mismo instante!

Se apresuró a ocultar el pensamiento. Tuvo la sensación de que lo había conseguido; Bobbi no lo captó.

«Un punto a mi favor», pensó.

—¿Qué tamaño le calculas? —preguntó.

—No estoy segura. Podríamos descubrirla hoy mismo. Sería lo mejor. Nos estamos quedando sin tiempo, Gard.

—¿Qué quieres decir?

—El aire de Haven cambia. Esto lo ha provocado. —Bobbi golpeó con los nudillos el casco de la nave, que emitió una sorda nota de campana.

—Lo sé.

—La gente que entra en él se descompone. Ya viste cómo estaba Anne.

—Sí.

—Hasta cierto punto, los trabajos odontológicos la protegieron. Sé que parece una locura, pero es verdad. Aun así tuvo que irse muy deprisa.

«¿Ah, sí?»

—Si sólo se tratase de eso, de que el aire envenena a los que entran en la ciudad, tendríamos bastantes problemas. Pero es que, además, ya no podemos salir, Gard.

—¿No podemos?

—No. Creo que tú sí podrías. Quizá te sintieses descompuesto por algunos días, pero podrías salir de Haven. Yo moriría muy pronto. Y algo más: hemos tenido un largo período de tiempo caluroso y sin viento. Si el clima cambia, si el viento sopla con fuerza, se llevará nuestra biosfera al océano Atlántico. Y nosotros seremos como unos cuantos peces dorados a los que alguien vaciara la pecera. Moriríamos.

Gard meneó la cabeza.

—El día en que fuiste al funeral de aquella mujer, Bobbi: el tiempo había cambiado. Lo recuerdo. Estaba despejado y había brisa. Por eso me extrañó que cogieras una insolación después de pasar tanto calor en los días anteriores.

—Las cosas han cambiado. Se ha acelerado la «conversión».

«¿Moriríamos todos? —se preguntó Gardener—. ¿Todos ellos? ¿O sólo tú y tus amigos especiales, Bobbi? ¿Los que ahora usan cosmético?»

—Oigo dudas en tu cabeza, Gard —dijo Bobbi. Parecía medio exasperada, medio divertida.

—Lo que dudo es que algo de todo esto pueda ser real —dijo Gardener—. Basta de joder. Vamos. Cava, nena.

3

Se turnaron para manejar el pico. Cada uno de ellos lo usaba unos quince minutos; después, retiraban los escombros entre los dos. Hacia las tres de la tarde Gard vio un surco circular que parecía medir unos dos metros de diámetro. Como si fuera la tapa de un pozo de inspección. Y allí, por fin, había un símbolo. Lo

contempló, extrañado. Tuvo que tocarlo. En esa ocasión, el estallido de música en su cabeza fue más potente, como en cansada protesta o a manera de advertencia; la de que debía alejarse de aquel objeto antes de que la protección le fallara por completo. Pero necesitaba tocarlo, confirmarlo.

Mientras deslizaba los dedos sobre ese símbolo casi chino, pensó: «Un ser que vivía bajo el fulgor de un sol diferente concibió esta marca. ¿Qué significa? ¿PROHIBIDO EL PASO? ¿VENIMOS EN SON DE PAZ? ¿O quizá es una señal de plaga, la versión alienígena de "ABANDONAD TODA ESPERANZA LOS QUE AQUÍ ENTRÉIS"?»

Estaba grabada en el metal de la nave, como un bajorrelieve. Le bastó tocarla para experimentar una especie de miedo supersticioso que nunca antes había sentido; seis semanas atrás, si alguien le hubiese dicho que experimentaría esas sensaciones, se habría reído. Era lo que sentiría un cavernícola ante un eclipse de sol o un campesino medieval ante la llegada de lo que, con el correr del tiempo, recibiría el nombre de cometa Halley.

«Esta marca fue concebida por un ser que vivía bajo el fulgor de un sol diferente. Y yo, James Eric Gardener, nacido en Portland, Maine, Estados Unidos de Norteamérica, Hemisferio Occidental del Mundo, estoy tocando un símbolo hecho y grabado por sólo Dios sabe qué tipo de ser, tras una negra distancia de años-luz. ¡Dios mío, Dios mío, estoy tocando una mente distinta!»

Llevaba ya algún tiempo tocando mentes distintas, por supuesto, pero no era lo mismo, no era lo mismo en absoluto.

«¿Vamos a entrar de verdad?» Sabía que la nariz le sangraba otra vez, y ni siquiera eso hizo que apartara la mano de aquel símbolo; deslizó la yema de los dedos, incansable, por la suave e insondable superficie.

Di mejor: si piensas entrar ahí ¿Pese a saber que puede matarte, que es probable que te mate? Recibes una descarga cada vez que tocas eso. ¿Qué te pasará si cometes la tontería de entrar? Es probable que envíe una vibración armónica hacia tu maldita placa de acero, que te hará volar la cabeza como si fuese una barra de dinamita en un nabo podrido.

«¿No te parece que te preocupas demasiado por tu bienestar, considerando que hace poco estabas al borde del suicidio, amigo?», pensó. Y tuvo que sonreír a su pesar. Apartó los dedos del símbolo, sacudiéndolos con aire distraído para liberarse del cosquilleo, como quien intenta librarse de un bicho de buen tamaño. *Adelante, anda. Qué diablos… Si de cualquier modo te vas a matar, es más exótico hacerlo con el cerebro reventado por una vibración, dentro de un platillo volante.*

Gard rió en voz alta. Su risa sonó, en el fondo de aquella profunda hendidura abierta en el suelo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Bobbi, serena—. ¿De qué te ríes, Gard?

Gardener reía con ganas.

—De todo. Esto es… algo nuevo. Es cuestión de reír o de volverse loco. ¿Comprendes?

Bobbi lo miró; era obvio que no comprendía. Gardener pensó: «Claro que no lo comprende. Bobbi se quedó con la otra alternativa. No puede reír porque se ha vuelto loca».

Rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Algunas de esas lágrimas contenían sangre, pero él no se dio cuenta. Bobbi sí, aunque no se molestó en decírselo.

4

Les llevó otras dos horas despejar la escotilla por completo. Cuando eso estuvo hecho, ella tendió una mano sucia, manchada de cosmético, en dirección a Gard.

—¿Qué? —preguntó él, estrechándosela.

—Listo —dijo Bobbi—. Hemos terminado con la excavación. Terminamos, Gard.

—¿Sí?

—Sí. Mañana entraremos.

Él la miró sin decir más. Sentía la boca seca.

—Sí —repitió Bobbi, asintiendo como si él la hubiese interrogado—. Mañana entraremos. A veces tengo la impresión de que inicié esto hace un millón de años. Me parece que apenas fue ayer. Tropecé, lo vi, deslicé los dedos sobre él y quité el polvo a soplidos. Ése fue el comienzo: un dedo arrastrado por el polvo. Éste es el fin.

—La del principio era otra Bobbi —dijo Gardener.

—Sí —reconoció ella, pensativa. Levantó la vista. En sus ojos había un oscuro destello de humor—. También tú eras otro, Gard.

—Sí. Sí, creo que ya lo sabes: es probable que muera al entrar. Pero tengo que intentarlo.

—No morirás —aseguró Bobbi.

—¿No?

—No. Y ahora salgamos de aquí. Tengo mucho que hacer. Esta noche estaré en el granero.

Gardener la miró con atención, pero ella había desviado los ojos hacia arriba. El estribo motorizado descendía por los cables.

—Allí dentro he estado construyendo cosas —continuó Bobbi. Su voz sonaba soñadora—. Yo y otros. Nos preparamos para mañana.

—Esta noche se reunirán contigo —dijo Gard. No era una pregunta.

—Sí. Pero antes debo traerles aquí, para que vean la escotilla. Ellos…, ellos también esperaban este momento, Gard.

—Ya lo supongo.

Llegó al estribo. Bobbi se volvió a mirarle con los ojos entornados.

—¿Qué significa eso, Gard?

—Nada. Nada en absoluto.

Se miraron a los ojos. Gardener sentía con toda claridad cómo hurgaba ella en su mente. Una vez más tuvo la sensación de que su conocimiento secreto, sus dudas secretas, daban vueltas y vueltas como una joya peligrosa.

Pensó con deliberada atención:

(*sal de mi cabeza Bobbi no eres bien recibida aquí*)

Bobbi retrocedió como si hubiese recibido una bofetada…, pero también había una vaga vergüenza en su rostro, como si Gard la hubiera sorprendido espiando donde no debía. Por lo tanto, aún quedaba algo de humano en ella. Resultaba consolador.

—Tráelos, tráelos —dijo Gard—. Pero cuando se trate de abrirla, Bobbi, seremos tú y yo solos. Nosotros lo desenterramos, nosotros entraremos primero. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondió ella—. Nosotros entraremos primero. Los dos. Sin bandas militares ni desfiles.

—Y sin la policía de Dallas.

Bobbi esbozó una sonrisa.

—Sin ella, también. —Sujetó el estribo—. ¿Quieres subir primero?

—No, ve tú. Parece que tienes muchísimo que hacer.

—En efecto. —Bobbi hizo girar el estribo, presionó el nuevo botón instalado abajo e inició el ascenso—. Gracias otra vez, Gard.

—De nada —replicó él, y estiró el cuello para seguirla con la mirada hacia arriba.

—Y te sentirás mejor con respecto a todo esto…

(*cuando «te conviertas» cuando tú también acabes de «convertirte»*)

Bobbi se elevó y desapareció de su vista.

CUATRO

EL GRANERO

1

Era 14 de agosto. Un rápido cálculo indicó a Gardener que llevaba cuarenta y un días con Bobbie: casi el período bíblico de confusión o de tiempo desconocido, como cuando se habla de que «vagó por el desierto cuarenta días y cuarenta noches». Parecía un tiempo más largo: toda una vida.

Ese atardecer no hicieron más que picotear la *pizza* congelada que Gardener calentó para la cena.

—Me gustaría tomar una cerveza —dijo ella, acercándose a la nevera—. ¿Y a ti?

—Paso, gracias.

Bobbi enarcó las cejas, pero nada dijo. Cogió la cerveza y salió al porche. Gardener oyó el reconfortante crujido de su vieja mecedora. Al cabo de un rato, sacó un vaso de agua del grifo fría y fue a sentarse junto a Bobbi. Permanecieron así durante lo que pareció un largo rato, sin hablar, sólo contemplando la neblinosa quietud del anochecer.

—Hemos estado juntos durante mucho tiempo, Bobbi, tú y yo —dijo él.

—Sí. Mucho tiempo. Y es un extraño final.

—¿De eso se trata? —preguntó Gardener, girándose en la silla para mirarla—. ¿Del final?

Bobbi se encogió de hombros con toda tranquilidad. Su mirada se deslizó hacia otra parte.

—Bueno, ya me entiendes. El final de una fase. ¿Así está mejor?

—Cuando se trata de una palabra justa, no se trata de la mejor, sino de la única que importa. ¿No es eso lo que te enseñé?

Bobbi se echó a reír.

—Sí, en la primera clase, maldita sea.

—Sí.

—Sí.

Bobbi tomó un sorbo de cerveza y volvió a contemplar la vieja carretera a Derry. Seguro que se sentía impaciente porque los otros llegaran. Si todo estaba dicho entre los dos, en verdad, después de tantos años, Gardener casi lamentaba haber obedecido al impulso de regresar, sin importar cuáles fueran los motivos y los resultados. Qué débil final para una relación que, en su momento, había abarcado el amor, el sexo, la amistad, un período de tensa espera, preocupación y hasta miedo; parecía convertirlo

todo en una burla: el dolor, el sufrimiento, el esfuerzo.

—Siempre te amaré, Gard —dijo Bobbie, con suavidad, pensativa, sin mirarlo—. Resulte de esto lo que sea, recuerda que todavía te amo. —Por fin lo miró; su rostro era una extraña parodia de cara bajo el espeso maquillaje; sin duda, esa persona era una excéntrica sin remedio que, por casualidad, se parecía un poco a Bobbi—. Y recuerda, por favor, que yo no elegí tropezar con ese maldito objeto. El libre albedrío no tuvo nada que ver aquí, como algún sabihondo habrá dicho.

—Pero elegiste desenterrarlo —observó Gardener. Aunque su voz sonaba tan suave como la de Bobbi, un nuevo terror se le filtraba en el corazón. Ese comentario sobre el libre albedrío, ¿era una petición de disculpas indirecta por su inminente asesinato?

«Basta, Gard, basta de asustarse de las sombras», se dijo.

El coche sepultado en el extremo de la calle Nista, ¿también es una sombra?, replicó su mente, de inmediato.

Bobbi rió en voz baja.

—Hombre, la idea de que desenterrar o no algo así pudiera ser una función del libre albedrío…, podrías convencer a un chico en un debate en secundaria, ¡pero entre nosotros, Gard…! ¿De veras piensas que una persona puede decidir algo así? ¿Crees que uno decide que obviará un conocimiento, cualquiera que sea, cuando ha visto su borde?

—Porque lo creo he participado en manifestaciones contra las centrales nucleares, sí —respondió Gardener, con lentitud.

Bobbi descartó esa afirmación con un gesto.

—Es posible que una sociedad decida no llevar a cabo una idea. En realidad, hasta eso me parece dudoso, pero supongamos que sí. Sin embargo, los individuos comunes… No, Gard, lo siento. Cuando un individuo ve algo que asoma del suelo, va y lo desentierra. Tiene que desenterrarlo porque podría ser un tesoro.

—¿Y tú no tuviste la menor sospecha de que… —«De que podría ser la perdición», fue la frase que acudió a su mente, pero supuso que a Bobbi no le gustaría — quizá hubiera consecuencias?

Bobbi esbozó una abierta sonrisa.

—Ni la menor sospecha.

—Pero a Peter no le gustaba.

—No, a Peter no le gustaba. Pero eso no lo mató, Gard.

«Estoy bastante seguro de que no».

—Peter murió por causas naturales. Era viejo. Esa cosa del bosque es una nave de otro mundo. Ni la caja de Pandora ni el árbol del fruto prohibido. No oí una voz que cantara desde el cielo: *De esta nave no comerás; si lo haces, morirás.*

Gard sonrió un poquito.

—Pero sí es una nave de conocimiento, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Bobbi miraba otra vez hacia la carretera. Era obvio que no quería seguir con el tema.

—¿A qué hora han de venir? —preguntó Gardener.

En vez de responder, Bobbi señaló la ruta con la cabeza. Se acercaba el Cadillac de Kyle Archinbourg, seguido por el viejo Ford de Adley McKeen.

—Creo que iré a dormir un poco —dijo Gardener, levantándose.

—Si quieres acompañarnos hasta la nave, serás bienvenido.

—Por ti, tal vez, pero por ellos… —Gard señaló con el pulgar los coches que se acercaban—. Me creen loco. Además, me odian porque no alcanzan a leer mi pensamiento.

—Si yo digo que puedes acompañarnos, puedes.

—De acuerdo; sin embargo no creo que vaya —repuso Gardener, al tiempo que se desperezaba—. Yo tampoco les tengo mucha simpatía, ¿sabes? Me ponen nervioso.

—Lo siento.

—No te preocupes. Pero… mañana seremos tú y yo solos, Bobbi, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Dales mis saludos. Y recuérdales que os he ayudado, con placa en el cráneo o sin ella.

—Lo haré, por supuesto.

Pero lo ojos de Bobbi volvieron a desviarse. A Gardener no le gustó su gesto. No le gustó en absoluto.

2

Pensó que primero irían al granero, pero se equivocó. Pasaron un rato fuera, conversando: Bobbi, Frank, Newt, Dick Allison, Hazel y los otros; después caminaron hacia el bosque, en un apretado grupo. La luz se desvaía ya hacia el púrpura; casi todos llevaban linternas.

Gard, que los miraba, sintió que había pasado su último instante con Bobbi. Ya no quedaba sino entrar en el granero para ver qué había allí. Decidirse de una vez por todas.

«Vi un ojo que espiaba por una nube humeante tras la puerta verde…»

Se levantó para ir a la cocina, a tiempo de observar que el grupo cruzaba la huerta rampante de Bobbi. Los contó con celeridad, para asegurarse de que estuvieran todos, y se encaminó hacia el sótano. Bobbi guardaba allí un segundo llavero.

Abrió la puerta del sótano y se detuvo por última vez.

¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó su mente.

No, en verdad no quería. Pero estaba decidido. Y descubrió que sentía una gran soledad, más que miedo. No le quedaba la opción de recurrir a alguien en busca de ayuda. Había permanecido en el desierto con Bobbi Anderson cuarenta días y cuarenta noches; ahora estaba en él solo. Que Dios lo ayudara.

«¡Al diablo con todo!», pensó. Como se supone que dijo aquel sargento de la Primera Guerra Mundial: «Vamos, muchachos, ¿quieren vivir eternamente?»

Gardener bajó por la escalera en busca del juego de llaves.

3

Vio el llavero, colgado de un clavo, con todas las llaves minuciosamente rotuladas. La broma consistía en que la llave del granero no se encontraba entre ellas. ¡Pero si él estaba seguro! Trató de recordar dónde la había visto la última vez, pero no pudo. Al parecer, Bobbi tomaba precauciones.

Permaneció inmóvil en el Taller Nuevo y Perfeccionado, con la frente y los testículos cubiertos de sudor. No había llave. Estupendo. ¿Qué hacer entonces? ¿Coger el hacha de Bobbi y actuar como Jack Nicholson en *El resplandor*? Ya lo imaginaba: zas, cras, bum: ¡Aquí Gardener! Sólo que resultaría algo difícil disimular los daños antes de que los peregrinos regresaran de la Visión de la Sagrada Escotilla.

Dejó pasar el tiempo; se sentía Viejo y No Perfeccionado. De cualquier modo, ¿cuánto tiempo se entretendrían allá? No había modo de saberlo, ¿verdad? En absoluto.

Veamos, ¿dónde guarda la gente sus llaves? Siempre partiendo del supuesto de que ella sea prudente y nada más, no que esté ocultándola de ti.

Le asaltó un pensamiento tan potente que se dio una palmada en la frente. Bobbi no se había llevado la llave. No había tratado de esconderla: la llave había desaparecido mientras Bobbi se encontraba en el hospital de Deny, reponiéndose de «una insolación». Casi seguro que era eso. Y lo que la memoria no podía o no quería suministrarle, la lógica se lo brindaba.

Bobbi no había estado en el hospital de Derry, sino en el granero. Tal vez uno de los otros se había llevado la llave de repuesto, para atenderla cuando hiciera falta. ¿Acaso todos ellos tenían una? ¿Para qué? Nadie en toda Haven robaba nada en esos tiempos; todos estaban dedicados a «convertirse». Si el granero se mantenía bajo llave era sólo para que él, Gard, no entrara. Por lo tanto, bien podían haber…

Gardener recordó haberles visto llegar, después del «algo» que había afectado a Bobbi…; ese algo, tanto más serio que una insolación…

Cerró los ojos y vio el Caddy. KYLE-1. Bajan y…, su memoria continuó:

… y Archinbourg se separa de los otros por un momento. Tú estás incorporado

sobre un codo; los miras por la ventana. Si acaso reparas en eso, piensas que se ha apartado para orinar. Pero no es así. Ha ido al otro lado, en busca de la llave. Sí, seguro. Ha rodeado el granero en busca de la llave.

No era gran cosa, pero bastó para ponerle en movimiento. Subió a toda carrera por la escalera del sótano, se encaminó hacia la puerta y se detuvo. En el cuarto de baño había un viejo par de gafas oscuras para el sol, sobre el botiquín. Habían ido a parar allí con el carácter definitivo que adquieren los objetos triviales en la vivienda de la persona que vive sola (como la crema base de la difunta esposa de Newt Berringer). Gardener las cogió, sacó a soplidos una espesa capa de polvo que las cubría, las limpió con cuidado y se las guardó en el bolsillo de la pechera.

Salió hacia el granero.

4

Se detuvo por un momento junto a la puerta de tablas, cerrada con candado, para vigilar el sendero que llevaba a la excavación. La oscuridad había aumentado hasta convertir el bosque, más allá de la huerta, en una masa gris azulada sin detalle alguno. No se veía regresar la ondulante línea de linternas encendidas.

Pero podrían aparecer en cualquier momento y sorprenderte con las manos en la masa.

«Creo que pasarán allá un buen rato, embobados. Se han llevado las lámparas potentes».

No lo sabes con seguridad.

No, con seguridad, no.

Gardener observó de nuevo la puerta de tablas. Por las hendiduras se filtraba aquella luz verde. Y un ruido difuso, desagradable, como el de una lavadora anticuada ahita de prendas y espuma.

No, no era una sola lavadora. Antes bien, unas cuantas, y no trabajaban al mismo tiempo.

La luz palpitaba al compás de aquel ruido grave, que chapoteaba.

«No quiero entrar».

Se percibía un olor. Hasta el olor era algo espumoso, blando, con un dejo a rancio. Jabón viejo. Jabón medio derretido.

«Pero no se trata de varias lavadoras. Ese ruido está *vivo*. Ahí dentro no hay máquinas de escribir telepáticas ni calentadores Nuevos y Perfeccionados: es algo *vivo*. Y no quiero entrar».

Pero entraría. Después de todo, ¿no había vuelto de entre los muertos sólo para entrar en el granero de Bobbi y sorprender a los *Tommyknockers* en sus extraños banquitos de trabajo? Se suponía que sí.

Rodeó el granero hasta uno de los lados. Allí, bajo el alero, colgada de un clavo enmohecido, estaba la llave. Tendió una mano temblorosa y la descolgó. Trató de tragar saliva. Al principio no pudo. Su garganta parecía tapizada de franela seca y caliente.

«Un trago. Sólo un trago. Iré a la casa para tomar sólo uno. Entonces estaré dispuesto».

Muy bien. Sonaba espléndido. Pero no lo haría. Había terminado con la bebida. Y con las demoras. Con la llave bien apretada en la mano, húmeda, Gard volvió a la puerta: «No quiero entrar y tal vez no puedo. Porque el *Tommyknocker* me da…»

Basta. Termina también con eso, con tu Período Tommyknocker. Se volvió a mirar, casi con la esperanza de ver las linternas que regresaban del bosque, de oír las voces.

No los oirías, porque hablan con la mente.

Ni linternas. Ni movimientos. Ni grillos. Ni gorjeos. El único ruido era el de las lavadoras, amplificados latidos cardíacos con goteras: *sliss-sliss-sliss…*

Gardener contempló la luz verde y palpitante que se abría paso entre las tablas. Metió la mano en el bolsillo, sacó las viejas gafas oscuras y se las puso.

Hacía mucho tiempo que no rezaba, pero lo hizo. Fue una plegaria muy breve, pero plegaria al fin.

—¡Por favor, Dios! —dijo en la penumbra del crepúsculo estival. Y deslizó la llave en el candado.

5

Esperaba un estallido de transmisión radial en la cabeza, pero no lo hubo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que tenía el vientre tenso y hundido, como quien espera recibir una descarga eléctrica.

Se humedeció los labios con la lengua y giró la llave en la cerradura. Un ruido pequeño, apenas audible por encima del grave chapoteo del granero: *¡clic!*

La traba saltó un poquito del cuerpo central del candado. Lo cogió con una mano que parecía de plomo. Lo retiró, bajó la traba y se guardó el candado en el bolsillo izquierdo, con la llave aún puesta. Se sentía como en sueños. Y no era un sueño agradable.

El aire del interior tenía que ser bueno. O tal vez no se pudiera decir que era bueno; quizá el aire de Haven no era ya bueno en ningún lugar. Pero debía de ser el mismo que en el exterior, porque ese granero era una criba de rendijas. Si existía algo factible de llamarse biosfera *Tommyknocker* pura, no estaría allí. Al menos eso pensaba él.

De cualquier modo, trataría de reducir los riesgos al mínimo. Aspiró

profundamente, contuvo el aliento y decidió contar los pasos. «Tres. Entraré sólo tres pasos. Por las dudas. Una buena mirada en derredor y ¡afuera! Deprisa».

¿Eso esperas?

«Sí, eso espero».

Echó una última mirada a lo largo del camino. Como no vio nada, se volvió hacia el granero y abrió la puerta.

El resplandor verde, fulgurante pese a las gafas oscuras, lo bañó como una luz corrupta.

6

Al principio fue incapaz de ver algo. La luz era demasiado brillante. Sin duda, en otras ocasiones la había visto brillar aun más, pero nunca la había tenido tan cerca. ¿Cerca? ¡Caramba, si estaba *dentro* de ella! Si alguien lo hubiese buscado con la vista desde la puerta, apenas habría podido verle.

Entornó los ojos para protegerlos de aquel verdor brillante y avanzó un paso; arrastró un pie…, luego, otro paso…, y un tercero. Tenía las manos extendidas hacia delante, como si estuviese ciego. Y lo estaba, mierda, hasta tenía las gafas oscuras para demostrarlo.

El ruido era más fuerte. *Sliss-sliss-sliss…* hacia su izquierda. Giró en esa dirección, pero no avanzó. Tenía miedo de seguir adelante, miedo de lo que pudiera tocar.

Por fin sus ojos empezaron a adaptarse. Vio siluetas oscuras en el verde. Un banco…, pero no había *Tommyknockers* que trabajaran en él; sólo había sido empujado contra la pared para quitarlo de en medio. Y…

«¡Por Dios, si es una lavadora!»

Era, en efecto una de esas lavadoras antiguas, con rodillos en la parte alta para escurrir la ropa. Pero eso no era lo que producía el extraño ruido. También se la habían llevado contra la pared y estaba en proceso de modificación; alguien estaba trabajando en ella según la tradición *Tommyknocker*; por el momento no funcionaba.

Junto a él había una aspiradora Electrolux; una de las antiguas, de forma alargada y con ruedas bajas; parecía un perro salchicha mecánico. Una sierra de cadena montada sobre ruedas. Montañas de detectores de humo, casi todos aún en sus cajas. Varios tambores de queroseno, también sobre ruedas y con mangueras conectadas, y algo así como brazos…

«Brazos, claro está; son robots, maldición; robots en fabricación. Y ninguno de ellos parece la blanca paloma de la paz, ¿verdad? Y…»

Sliss-sliss-sliss.

Más a la izquierda. Allí estaba la fuente del fulgor.

Gard oyó que de su garganta salía un ruido extraño, dolorido. Era el aliento que había estado reteniendo; escapaba como el aire de un globo pinchado. Sus piernas perdieron la fuerza del mismo modo. Tendió la mano a ciegas y encontró el banco, pero no se sentó: ¡se dejó caer en él! Era incapaz de apartar la mirada del rincón posterior izquierdo del granero, donde Ev Hillman, Anne Anderson y Peter, el viejo sabueso de Bobbi, habían sido colgados en algún modo de postes, dentro de dos viejos cubículos para ducha de acero galvanizado, a los que se les había quitado las puertas. Pendían allí como trozos de carne de sus ganchos. Pero Gard vio que estaban con vida…, de algún modo, aún vivían.

Un cable negro, grueso, que parecía ser de alto voltaje o un cable coaxial muy grande, brotaba del centro de la frente de Anne Anderson. Otro similar salía del ojo derecho del viejo. Al perro le habían quitado toda la parte superior del cráneo, dejando al descubierto el palpitante cerebro, del que brotaban decenas de cables más finos.

Los ojos de Peter, libres de cataratas, se volvieron hacia Gard. Gimió.

«¡Dios…! ¡Oh, Dios mío…, oh, Dios mío bendito…!»

Trató de levantarse del banco. No pudo.

También al viejo y a Anne les habían retirado parte del hueso craneal. Aunque las duchas no tenían puertas, estaban llenas de cierto líquido claro, contenido allí de la misma manera que el diminuto sol en el calentador de Bobbi. Si trataba de entrar en uno de ellos, experimentaría una resistencia elástica, que cedería bastante sin permitirle el acceso.

Su mente volvió a la frase anterior:

«¿Entrar? ¡Sólo quiero salir!»

Dios…, Dios bendito…, oh, Dios mío, míralos.

«No quiero mirarlos».

No. Pero le era imposible apartar la vista de ellos.

El líquido era de un verde esmeralda transparente. Se movía, y emitía ese ruido grave, espeso, jabonoso. Pese a su claridad, Gardener supuso que debía ser bastante denso; quizá tuviera la consistencia de los lavavajillas.

«¿Cómo respiran ahí dentro? ¿Cómo siguen con vida? Tal vez están muertos; quizá es sólo el movimiento del líquido el que da esa impresión. Es posible que se trate de una ilusión. Por favor, Dios mío, que sea una ilusión».

Pero Peter…, lo oíste gemir…

«No. Fue parte de la ilusión, nada más. Está colgado de un gancho en un cubículo para ducha, lleno del equivalente interestelar de un detergente; no podría gemir ahí dentro, todo saldría lleno de burbujas y me estoy volviendo loco. Eso es: sólo una pequeña visita del Rey Chiflado».

Pero no era así, y lo sabía. También sabía que no había percibido el gemido de

Peter con el oído.

Ese sonido doliente, indefenso, había provenido del mismo sitio en que la música de radio sonaba: del centro de su cerebro.

Anne Anderson abrió los ojos.

¡Sácame de aquí! —aulló—. *Sácame de aquí y la dejaré en paz, pero no puedo sentir nada salvo cuando ellos hacen que duela hacen que duela hacen que dueeelaaa…*

Gardener intentó otra vez levantarse. Tuvo la vaga noción de que ella hacía un ruido. Sólo un viejo ruido. Aquel ruido se parecía mucho, pensó, al que haría una marmota atropellada en la carretera.

El líquido verdoso y móvil daba al rostro de Sissy una tonalidad gaseosa, espantosamente cadavérica. El azul de sus ojos se había desteñido. La lengua flotaba como una carnosa planta subacuática. Sus manos iban a la deriva, con los dedos arrugados como cebollas.

¡No me siento nada salvo cuando ellos hacen que dueeeelaaa!, gimió Anne. Y él no pudo anular su voz; no pudo hundirse los dedos en los oídos para no oír, porque su voz sonaba dentro de su cabeza.

Sliss-sliss-sliss.

Tubos de cobre que entraban en los cubículos desde arriba, asemejándolos a una risible combinación de cámaras de animación suspendida, a la Buck Rogers, y claros lunares a la Li’l Abner.

A Peter se le había caído el pelo en parches. Los cuartos traseros parecían estar derrumbándose. Movía las patas en ese líquido, en largos movimientos perezosos, como si corriera en sueños.

(*¡Cuando ellos hacen que dueeelaaaa!*)

El viejo abrió su único ojo.

(*El chico.*)

Su pensamiento fue claro, incuestionable. Gard se descubrió respondiéndole:

«¿Qué chico?»

La respuesta fue inmediata, y le sobresaltó durante un segundo; luego, indiscutible.

(*David. David Brown.*)

Ese único ojo lo miraba con fijeza: un incesante zafiro con tintes de esmeralda.

(*Salva al chico.*)

El chico. David. David Brown. ¿Era acaso, de algún modo, parte de eso el chico que habían buscado por tantos días, agotados por el calor? Por supuesto. Tal vez no de un modo directo, pero sí parte de todo.

«¿Dónde está?», pensó Gardener al viejo que flotaba en su solución verde.

Sliss-sliss-sliss.

(*ALTAIR-4* —respondió el viejo, por fin—. *David está en* ALTAIR*-4. Sálvalo… y mátanos después. Esto…, esto es feo. Muy feo. No podemos morir. Lo he intentado. Todos lo intentamos. Incluso….*)

(*brujabruja*)

(*Esto es un infierno. Usa la transformadora para salvar a David. Después quita los enchufes. Corta los cables. Incendia esto. ¿Me oyes?*)

Por tercera vez, Gardener intentó levantarse y cayó sentado de nuevo en el banco, como si no tuviera huesos. Cobró conciencia de los gruesos cables eléctricos diseminados por el suelo; eso le supuso un espectral recuerdo del grupo musical que lo había recogido en la autopista, cuando él regresaba desde Nueva Hampshire. Lo meditó por un momento, intrigado, hasta que encontró la asociación: el suelo parecía un escenario de conciertos momentos antes de que el conjunto de rock empezara a tocar. Eso o el estudio de televisión de una ciudad grande. Los cables serpenteaban hasta un enorme cajón lleno de tableros con circuitos y grabadores de videocasetes. Estaban interconectados. Buscó el transformador de corriente continua y no lo vio. «Por supuesto que no, idiota —se dijo—. Las pilas tienen corriente continua».

Los grabadores de videocasetes estaban conectados a una mezcolanza de ordenadores domésticos. En la única pantalla iluminada se veía parpadear la palabra:

¿PROGRAMA?

Detrás de los ordenadores modificados había más circuitos; cientos de ellos. Todo el conjunto emitía un zumbido grave y soñoliento, ruido que él asoció con…

(*usa la transformadora*)

un gran equipo eléctrico.

Del cajón y de los ordenadores brotaba luz, que formaba un chorro verde…, pero no era una luz estable, sino cíclica. La pulsación de la luz y su relación con los sonidos jabonosos que brotaban de los cubículos era evidente.

«Ése es el centro —pensó, con la débil excitación de los inválidos—. Es el anexo de la nave. Vienen al granero para usar esto. Es una transformadora. De aquí obtienen el poder».

(*usa la transformadora para salvar a David*)

«Lo mismo podrías pedirme que pilotara un avión de las Fuerzas Aéreas. Pídeme algo fácil, abuelo. Si pudiese traerlo de donde está recitando a Mark Twain (y aun a Poe), haría el intento. Pero con esto… Parece una explosión en un depósito de artefactos electrónicos».

Pero… el chico.

¿Qué edad tiene? ¿Cuatro, cinco años?

Y en el nombre de Dios, ¿dónde lo han puesto?

(*Salva al chico. Usa la transformadora*)

Por supuesto, ni siquiera había tiempo para observar con atención aquella maldita mezcolanza. Los otros estarían regresando. Aun así, Gard miró con hipnótica fijeza la única terminal iluminada.

¿PROGRAMA?

«¿Y si señalara ALTAIR-4 en el tablero?», se preguntó. Entonces vio que no había tablero. En el mismo instante, las letras de la pantalla cambiaron:

ALTAIR-4

decía en ese momento.

«¡No! —aulló su mente, colmada con los remordimientos del intruso—. ¡No, por Dios, no!»

Las letras ondularon.

NO POR DIOS NO

Gardener, sudando, pensó: «¡Cancelar! ¡Cancelar!»

CANCELAR CANCELAR

Las letras parpadearon una y otra vez, una y otra vez. Gardener las miraba con fijeza, horrorizado. Luego:

¿PROGRAMA?

Hizo un esfuerzo por ocultar sus pensamientos y trató una vez más de levantarse. Lo consiguió, por fin. De la transformadora surgían otros cables, más delgados. Eran… Los contó: ocho, sí. Todos terminaban en auriculares sencillos.

Auriculares sencillos. Freeman Moss, El domador que conducía los elefantes mecánicos. Más auriculares comunes. En cierto modo, era como un laboratorio de idiomas.

¿Vienen aquí para aprender otro idioma? —su mente, de nuevo.

«Sí. No. Vienen para aprender a “convertirse”. La máquina los enseña. Pero ¿dónde están las pilas? No las veo. Debería de haber diez o doce pilas grandes conectadas a eso, sólo como carga de mantenimiento. Debería…»

Atónito, levantó otra vez la vista hacia los cubículos.

Miró el cable coaxial que surgía de la frente de la mujer, del ojo del viejo. Observó las patas de Peter, que se movían en pasos largos y soñadores, y se preguntó cómo habrían llegado los pelos de perro al vestido de Bobbi. ¿Habría estado practicando a Peter el equivalente interestelar de un cambio de aceite? ¿Acaso la había asaltado una simple emoción humana? ¿Amor, remordimientos, culpabilidad? ¿Habría abrazado a su perro antes de llenar otra vez el cubículo con líquido?

«Ellos son las pilas. Pilas orgánicas, podría decirse. Les están chupando la energía. Los chupan como vampiros».

Una emoción nueva se filtró entre su miedo, su desconcierto y su asco. Era furia, y Gardener la recibió de buen grado.

(*Hacen que duela… hacen que dueeelaaa… hacen que dueeee…*)

La voz se cortó abruptamente. El zumbido opaco del transformador cambió de tono y descendió de ciclo. La luz que salía del cajón disminuyó un poquito. Gard se dijo que ella había quedado inconsciente y, por lo tanto, la emisión de la máquina estaba disminuida en una cifra *x* de, ¿qué? ¿Voltios? ¿Dinas? ¿Ohmios? ¿Quién mierda sabría eso?

(*Termina con esto, hijo. Salva a mi nieto y termina con esto*)

Por un momento, la voz del viejo le llenó la cabeza, clara y lúcida, a la perfección. Luego desapareció. El ojo del anciano quedó cerrado.

La luz verde de la máquina se tornó más pálida aún.

«Despertaron cuando yo entré —pensó Gard, febril. La ira aún palpitaba en su mente. Escupió un diente casi sin darse cuenta—. Hasta Peter despertó un poco. Ahora han vuelto al estado en que se encontraban… antes. ¿Duermen?» No, no se trataba de dormir. Era otra cosa. Un almacenamiento orgánico en frío.

«¿Sueñan las pilas con ovejas eléctricas?», pensó. Y emitió una risa quebrada.

Dio un paso atrás para alejarse de la transformadora,

(*qué está transformando esto exactamente cómo por qué*)

los cubículos y los cables. Sus ojos se volvieron hacia los artefactos alineados contra la pared opuesta. La lavadora tenía algo montado encima: un objeto parecido a una de esas antenas para televisión que suelen verse en la parte trasera de las grandes limusinas. Detrás de aquélla, y a su izquierda, una anticuada máquina de coser a pedal, con una chimenea de vidrio montada en la rueda lateral. Tambores de queroseno con mangueras y brazos de acero… Vio que en el extremo de uno de los brazos había un cuchillo de carnicería, sujeto por soldadura.

«Cielos, ¿qué es todo esto? ¿Para qué es?»

Una voz susurró: *Tal vez sea protección, Gard. Por si se presenta la policía de Dallas antes de tiempo. Es el ejército* Tommyknocker *de Chatarra: viejas máquinas de lavar con antenas celulares. Aspiradoras y sierras de cadena con ruedas. Lo que*

se te ocurra, amigo.

Sintió que su cordura vacilaba. Sus ojos volvían de manera inevitable hacia Peter; Peter, con la mayor parte del cráneo retirado; Peter, con un manojo de cables enchufados en los restos de su cabeza. Su cerebro parecía un pálido asado de ternera con varias sondas de temperatura clavadas.

Peter, cuyas patas corrían, soñadoras, a través de ese líquido, como si huyera.

«¡Bobbi! —pensó, lleno de desesperación y furia—. ¿Cómo has sido capaz de hacerle algo así a Peter? ¡Por Dios!» Lo de aquellas personas era malo, horrible, ¡pero lo de Peter…!, de algún modo, resultaba peor. Era una maldición agregada a algo repugnante. Peter, con las patas oscilando y oscilando, como si huyese en sueños.

«¡Pilas! ¡Pilas vivientes!»

Retrocedió hasta chocar con algo. Se oyó un sordo golpe metálico y Gard se volvió en redondo. Era otro cubículo para ducha, con pequeños capullos de herrumbre en los costados, ya sin puerta frontal. En la parte trasera se habían perforado agujeros por los que pasaban cables; ahora pendían, flojos, con grandes enchufes de acero en las puntas.

¡Para ti, Gard! —tartamudeó su cerebro—. *Ese enchufe es para ti. Te abrirán la parte posterior del cráneo, tal vez hagan un cortocircuito en tus centros motores, para que no puedas moverte, y después usen el taladro para llegar al sitio de donde obtienen su energía. Este enchufe es para ti, por todo lo que haces. ¡Listo y esperándote! ¡Caramba! ¡Qué estupendo!*

Dio un manotazo a sus pensamientos, que se estaban apretando en una espiral histérica, y los puso bajo control. No, no era para él. Al menos, no en un principio. Había sido utilizado ya, tenía algo de ese olor blando y espumoso, chorreones de gelatina seca en el interior. Los últimos rastros de ese líquido verde y denso. «Parece semen del Mago de Oz», pensó.

¿Significa eso que Bobbi tiene a su hermana flotando en un gran banco de esperma?

De nuevo se le escapó esa risa entrecortada y extraña. Se apretó la boca con el canto de la mano para sofocarla.

Al bajar la vista, vio un par de zapatos marrones bajo el cubículo. Levantó uno de ellos y encontró manchones de sangre seca en él.

«Los de Bobbi. Su único par de zapatos finos. Los zapatos para salir. Los tenía puestos aquel día, cuando se marchó al funeral».

El otro zapato también estaba ensangrentado.

Gard miró detrás del cubículo y vio el resto de la ropa que Bobbi se había puesto aquel día.

Y sangre; cuánta sangre.

No quería tocar la blusa, pero la forma que se perfilaba bajo ella era muy evidente. Pellizcó el trocito de tela más pequeño que pudo y la separó de la falda negra.

Bajo ella había un revólver. El más grande y viejo de cuantos Gardener había visto en su vida, sin contar las ilustraciones de los libros. Al cabo de un momento lo cogió e hizo girar el tambor. Luego lo abrió: aún quedaban cuatro balas. Dos habían desaparecido.

Gardener habría apostado a que se habían clavado en Bobbi.

Volvió el tambor a su posición y se guardó el arma bajo el cinturón. De inmediato una voz habló en su mente. *Disparaste contra tu esposa. Estupendo, joder.*

No importaba. El revólver podía serle útil.

Cuando vean que ha desaparecido vendrán a buscarte a ti, Gard. Creo que ya lo sabes.

No. Sobre eso no tenía por qué preocuparse. Habrían notado el cambio de palabras en la pantalla del ordenador, pero esas ropas no habían sido tocadas desde que Bobbi se las quitó (o, lo más probable, desde que algún otro se las quitara).

«Cuando entran aquí, deben de estar demasiado exaltados para preocuparse por el orden y la limpieza —pensó—. Menos mal que no hay moscas».

Tocó otra vez el arma. En esa oportunidad, la voz de su cabeza guardó silencio. Tal vez había decidido que allí no había esposas de las que preocuparse.

Si tienes que disparar contra Bobbi, ¿serás capaz de hacerlo?

Ésa era una pregunta a la que no podía responder.

Sliss-sliss-sliss.

¿Cuánto tiempo hacía que Bobbi y sus compañeros habían partido hacia el bosque? Imposible calcularlo; no tenía la menor idea. Allí el tiempo carecía de sentido; el anciano estaba en lo cierto: eso era el infierno. Y Peter, ¿aún respondía a la caricia de su extraña ama cuando entraba en el granero?

Sintió el estómago a punto de rebelarse.

Tenía que salir; abandonar aquel lugar de inmediato. Se sentía como en un cuento de hadas: la esposa de Barbazul en el cuarto secreto, Pulgarcito en la casa del ogro. Estaba maduro para que lo descubrieran. Pero siguió con aquella prenda rígida y ensangrentada colgando de su mano, como petrificado. En verdad, estaba petrificado.

«¿Dónde está Bobbi?»

«Sufrió una insolación».

Extraña insolación aquélla, que le había empapado la blusa de sangre. Gardener había conservado un morboso interés por las armas y el daño que podían hacer al cuerpo humano. Si Bobbi había recibido un disparo de ese viejo revólver que él tenía en el cinturón, era imposible que estuviese viva, aun cuando la hubieran llevado de inmediato a un hospital especializado en heridas de bala.

«Aquí me trajeron cuando fui herida, pero los *Tommyknockers* me curaron enseguida».

Para él, no. El viejo cubículo de ducha no era para él. Gardener tenía la sensación de que él sería eliminado de una forma más definitiva. Aquel cubículo había sido para Bobbi.

La habían metido en él. Y después, ¿qué?

¡Exacto!, la habían conectado a sus pilas, por supuesto. Anne todavía no estaba allí; pero Peter… y Hillman, sí.

Dejó caer la blusa…, pero se obligó a recogerla para depositarla de nuevo sobre la falda. No estaba seguro de que repararan mucho en el mundo real cuando entraban allí, pero no quería correr peligros innecesarios.

Observó los agujeros abiertos en la parte posterior del cubículo, los cordones que colgaban con las puntas de acero.

La luz verde comenzaba a palpitar con más potencia y más celeridad. Se volvió. Anne había abierto los ojos de nuevo. El cabello corto flotaba alrededor de su cabeza. Gard vio en su mirada el mismo odio infinito, mezclado con horror y creciente extrañeza.

De pronto, hubo un burbujeo.

Las burbujas brotaban de su boca en un breve chorro.

Un pensamiento-sonido le estalló en la cabeza.

Anne estaba gritando.

Gardener huyó.

7

De todas las emociones, el verdadero terror es la que más debilita físicamente. Agota las glándulas endocrinas y vierte en el torrente sanguíneo drogas que tensan los músculos, aceleran el ritmo del corazón y fatigan la mente. Jim Gardener se apartó del granero con paso inseguro, las piernas de goma, ojos saltones y boca abierta en una estúpida mueca. La lengua le colgaba a un lado, como algo muerto. Sentía los intestinos calientes y llenos; el estómago, con calambres.

Costaba pensar más allá de aquellas imágenes rudas y poderosas que destellaban en su mente, como el neón en los bares: aquellos cuerpos colgados de ganchos, como bichos clavados con alfileres por crueles niños aburridos; el incesante movimiento de las patas de Peter, la blusa ensangrentada con el agujero de bala; los enchufes; la anticuada lavadora con una antena coronándola. Lo más poderoso era la imagen del breve chorro de burbujas que había brotado de la boca de Anne Anderson, cuándo ella gritó dentro de la cabeza de Gard.

Entró en la casa, voló al cuarto de baño y se arrodilló delante del inodoro, sólo

para descubrir que no podía vomitar. Quería vomitar. Pensó en salchichas llenas de gusanos, en *pizza* enmohecida, en limonada llena de pelos. Por fin se hundió dos dedos en la garganta y así logró provocarse las náuseas. Nada más. No podía vomitar: así de simple.

«Si no puedo, me volveré loco».

Muy bien, vuélvete loco si es preciso. Pero antes haz lo que debes. Resiste hasta entonces. Y a propósito, Gard, ¿todavía tienes dudas sobre lo que debes hacer?

No, ya no. El incesante movimiento de las patas de Peter lo había convencido, junto con el chorro de burbujas. Le extrañaba haber vacilado tanto, frente a un poder tan corruptor, tan tenebroso.

«Porque estabas loco», fue la respuesta que se dio. Y asintió para sus adentros. Así era. No había otra explicación. Estaba loco…, y no sólo en el último mes. Era tarde para despertar, oh, sí, muy tarde, pero mejor tarde que nunca.

Aquel sonido. *Sliss-sliss-sliss.*

El olor. Blando, pero carnoso. Un olor que su mente insistía en asociar con ternera cruda que se iba pudriendo poco a poco metida en leche.

El estómago le dio un vuelco. Un eructo ácido y candente le ardió en la garganta. Gardener gimió.

La idea volvió, aquel atisbo. Y se aferró a ella. Tal vez fuese posible abortar todo aquello… o, al menos, detenerlo por un largo, larguísimo tiempo. Tal vez.

Deja que el mundo se vaya al infierno a su modo, Gard, aunque falten dos minutos para la medianoche.

Pensó otra vez en Ted, el hombre nuclear; pensó en las demenciales organizaciones militares, qué intercambian entre sí armas cada vez más sofisticadas. Y esa parte de su mente que era colérica, obsesiva, inarticulada, trató de acallar por última vez la voz de su cordura.

«Cállate», le ordenó Gardener.

Entró en el dormitorio de huéspedes y se quitó la camisa. Al mirar por la ventana vio unas chispas de luz que salían del bosque. Había caído la oscuridad. Volvían. Entrarían en el cobertizo y organizarían, quizá, una pequeña sesión. Un encuentro de mentes alrededor de los cubículos. La amistad en el hogareño resplandor verde de las mentes violadas.

«Que lo disfruten —pensó Gardener. Escondió el 45 bajo el colchón y se desabrochó el cinturón—. Quizá sea la última vez, de modo que…»

Bajó la vista a su camisa. Del bolsillo asomaba un aro metálico. Era el candado, desde luego. ¡El candado que cerraba la puerta del granero!

8

Por supuesto, durante un tiempo mucho más corto de lo que en verdad pareció, Gardener fue incapaz de realizar el menor movimiento. Esa sensación de terror irreal, de cuento de hadas, invadió otra vez su cansado corazón. Quedó reducido a un espectador horrorizado de aquellas luces que avanzaban sin pausa por el sendero. Pronto llegarían a la enorme huerta. La cruzarían. Cruzarían también el patio. Llegarían al granero. Notarían la falta del candado. Y entonces entrarían en la casa para matar a Jim Gardener o para enviar sus átomos desencarnados a *Altair-4*, fuera eso lo que fuese.

Su primer pensamiento coherente fue el simple pánico, que le chilló a todo pulmón. *¡Huye! ¡Sal de aquí!*

Su segundo pensamiento fue el estremecido resurgir de la razón: *Cuidado con tus pensamientos. Custódialos como nunca.*

De pie, sin camisa, con los vaqueros desabrochados medio caídos alrededor de las caderas, miraba con fijeza el candado en el bolsillo de la camisa.

Sal ahora mismo y vuelve a colocarlo. ¡Ahora mismo!

«No…, no hay tiempo…, ¡por Dios, no hay tiempo! Ya están en la huerta».

Tal vez puedas. Quizá tengas tiempo, si dejas de jugar a ser un poste y te pones en marcha.

Quebró la parálisis con un último esfuerzo de voluntad y cogió el candado, del cual aún sobresalía la llave. Echó a correr, abrochándose los pantalones sobre la marcha. Salió por la puerta trasera y se detuvo apenas un instante. Cuando vio que las dos últimas linternas se deslizaban hacia el interior de la huerta, corrió hacia el granero.

Sus voces mentales llegaron a él de forma vaga…, llenas de asombro, maravilla, júbilo.

Las apartó de sí.

La luz verde formaba un abanico ante la puerta del cobertizo, que estaba entreabierta.

Cielos, Gard, ¿cómo has sido tan estúpido?, rabió su mente acorralada, Pero no hacía falta meditar mucho la respuesta. Cuando uno ha visto a dos personas colgadas de sendos postes, con cables coaxiales brotándoles de la cabeza, es muy fácil olvidarse de algo tan mundano como poner el candado a una puerta.

Ya estaban en la huerta. Se oía el susurro de las inútiles mazorcas de maíz gigantes.

Al echar mano a la traba del candado recordó que la había cerrado antes de guardárselo en el bolsillo. El pensamiento le estremeció la mano, e hizo que aquel maldito objeto se le cayese al suelo con un ruido seco. Lo buscó, pero no logró verlo en un primer momento.

No…, allí estaba, apenas fuera del estrecho abanico de luz verde. Allí estaba el

candado, sí, mas sin su llave. Ésta se había salido con el golpe.

Dios Dios mío Dios mío, sollozó su mente. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y el cabello le caía sobre los ojos. Seguramente olía como un mono rancio.

Ya se oía más próximo el susurro de los tallos y las hojas de maíz. Alguien rió en voz baja; una risa que le sonó horrible por lo cercana. En cuestión de segundos saldrían de la huerta. Y Gard sintió que esos segundos pasaban con demasiada rapidez, como presumidos comerciantes de portafolios y panza redonda. Se dejó caer de rodillas, cogió el candado y deslizó la mano por la tierra, tanteando para buscar la llave.

«Oh, ¿adónde estás, hija de puta? ¿Dónde te has metido, hija de puta, dónde te has metido?»

Aun en medio del pánico, había plantado un biombo alrededor de sus pensamientos. ¿Funcionaba? No lo sabía. Y si no lograba encontrar la maldita llave, poco importaba, ya.

«Oh, hija de puta, ¿adónde estás?»

Algo más allá de la mano vio un leve destello metálico. La llave había caído mucho más lejos de lo que él hubiese supuesto. Acababa de verla sólo por pura casualidad…, tal como Bobbi, dos meses antes, había tropezado con aquel borde de metal saliente en la tierra.

La cogió y se levantó como un rayo. Por un momento más, el ángulo de la casa lo ocultaría a la vista del grupo, pero aquél era todo el tiempo que le quedaba. Un leve error más y sería su fin. Y el tiempo restante no alcanzaría, aunque él ejecutara a la perfección cada una de las pequeñas operaciones necesarias para cerrar una puerta con candado.

«Es posible que el destino del mundo dependa ahora de que un hombre logre cerrar con candado la puerta de un granero al primer intento —se dijo, deslumbrado —. Vaya desafío el de la vida moderna».

Por un momento pensó que ni siquiera le daría tiempo a meter la llave en la cerradura del candado. Repiqueteaba sin entrar, prisionera de su mano trémula. Cuando ya estaba a punto de darse por vencido, la llave entró. Gard la hizo girar y el candado se abrió. Cerró la puerta, colocó el candado y lo cerró. Luego sacó la llave y la encerró en su mano sudorosa, mientras se deslizaba suave como aceite hacia la parte lateral del granero. Apenas lo hubo hecho, el grupo que llegaba de la excavación emergió en el patio, en fila india.

Gardener tendió la mano para colgar la llave del clavo en que la había hallado. Durante un momento de pesadilla temió que se le cayera otra vez y verse obligado a buscarla entre las altas hierbas que crecían por aquel lado. Sólo cuando el aro se deslizó en el clavo soltó el aliento contenido, en un suspiro estremecido.

Una parte de él quería permanecer inmóvil, petrificado allí. Por fin decidió no

arriesgarse. Después de todo, no estaba seguro de que Bobbi se hubiera llevado su propia llave.

Continuó deslizándose a lo largo de la pared del granero. Se golpeó el tobillo izquierdo con el mango de un viejo rastrillo abandonado a la herrumbre y tuvo que apretar los dientes para no lanzar un grito de dolor. Pasó por encima de la herramienta y giró en la otra esquina. Sé encontraba detrás del granero.

El ruido de jabón resultaba enloquecedor allí.

«Estoy justo detrás de esas malditas duchas —pensó—. Ellos flotan a centímetros de mí. Centímetros, literalmente».

Un rumor de hierbas. Un levísimo rasguño de metal. Gardener sintió a un tiempo ganas de reír y de chillar. Bobbi no tenía su llave, después de todo. Alguien había rodeado el granero para coger la que él acababa de colgar. Tal vez la misma Bobbi.

«Todavía con el calor de mi mano, Bobbi. ¿Te has dado cuenta?»

Esperó allí, detrás del granero, aplastado contra la tosca madera, los brazos algo separados, las palmas presionadas contra las tablas.

«¿Te has dado cuenta? ¿Y me oyes? ¿Me oye alguno de vosotros? Tal vez alguien (Allison, Archinbourg o Berringer), asome la cabeza de pronto y grite: "¡Gard, te hemos visto!" ¿O el escudo sigue funcionando?»

De pie allí, esperó a que lo atraparan.

Pero eso no ocurrió. En una noche normal, de cualquier verano, tal vez no hubiera oído el metálico ruido del candado al ser retirado. El cri-cri-cri de los grillos lo habría cubierto. Pero no había grillos. Oyó el ruido del candado; después, el crujido de los goznes al abrirse la puerta; luego, los oyó crujir otra vez cuando la cerraron. Estaban dentro.

Casi de inmediato, los pulsos de luz que brotaban entre las rendijas comenzaron a acelerarse y cobraron potencia. Un grito atormentado, le partió la mente.

(*¡Duele! ¡Dueeee…!*)

Se apartó del cobertizo y volvió a la casa.

9

Permaneció despierto durante largo rato, a la espera de que ellos salieran de nuevo, para ver si lo habían descubierto.

«De acuerdo, yo intento detener la "conversión" —pensó—. Pero eso no dará resultado a menos que logre penetrar en esa nave. ¿Podré?»

No lo sabía. Bobbi parecía no preocuparse por ello. Pero Bobbi y los otros eran diferentes. Oh, él también estaba «convirtiéndose», como lo demostraban la pérdida de varios dientes y la capacidad de percibir pensamientos. Había cambiado las palabras del ordenador con sólo pensar otras. Pero de nada valía engañarse: estaba

muy atrasado en la competencia. Si Bobbi sobrevivía a la entrada en la nave y su viejo amigo Gard caía muerto, ¿derramaría alguien una lágrima por él, aunque sólo fuese la misma Bobbi? Era difícil.

«Tal vez sea lo único que quieren todos ellos, Bobbi incluida. Que al entrar en la nave me derrumbe con el cerebro volado por una gran transmisión radial armónica. Así Bobbi se ahorraría el sufrimiento moral de liquidarme personalmente, para empezar. Un asesinato sin lágrimas».

No le quedaban dudas de que pensaban desembarazarse de él. Pero suponía que Bobbi, la antigua Bobbi, le dejaría vivir hasta ver el interior de la extraña cosa por la que habían trabajado tanto. Eso parecía justo, al menos. Al fin y al cabo, no importaba. Si Bobbi planeaba asesinarle no había defensa, ¿verdad? Tenía que entrar en la nave. A menos que lo hiciera, su idea, descabellada como en verdad era, no tenía la menor oportunidad de resultar.

Has de intentarlo, Gard.

Tenía pensado intentarlo en cuanto estuvieran dentro, y eso sería por la mañana, con toda probabilidad. Pero entonces se le ocurrió que quizá pudiera abusar un poco de su buena suerte. Si se ajustaba al esquema que debía llamar «su plan original», nada podría hacer por aquel niño. El chico estaba primero.

Tal vez haya muerto, Gard, de cualquier modo.

Quizá. Pero el viejo no lo creía así: él pensaba que aún había un niño que salvar.

El niño no importa frente a todo esto. Tú también lo sabes. Haven es como un gran reactor nuclear que estuviera a punto de entrar en la fase crítica.

Tenía lógica; pero era la lógica de un *croupier*. En último término, una lógica asesina. La lógica de Ted, el hombre nuclear. Si quería jugar de ese modo, ¿a qué molestarse?

«Si no importa el chico, entonces, nada importa».

Y tal vez de ese modo salvara también a la misma Bobbi. No lo creía posible; Bobbi había llegado demasiado lejos para la salvación. Pero lo intentaría.

Pocas posibilidades, viejo Gard.

«Sin duda. El reloj está a un minuto de la medianoche. Estamos contando segundos».

Pensando todo aquello se deslizó en el blanco total del sueño.

A eso siguieron pesadillas en las cuales se veía flotando en un baño verde claro, amarrado por gruesos cables coaxiales. Aunque intentaba gritar, no podía. Porque los cables le brotaban de la boca.

CINCO

LA PRIMICIA

1

Sepultado en el recargado ambiente del bar Botín, bebiendo cerveza alemana de a dólar el litro y ante las risas de David Bright, que había caído a las profundidades del humor vulgar hasta el punto de comparar a John Leandro con Jimmy Olsen, el amigo de Superman, llegó un momento en que Leandro sintió cierta vacilación. De nada servía decirse lo contrario. Había cavilado, por cierto. Pero los visionarios han soportado siempre los dardos del ridículo; no pocos de ellos han sido quemados, crucificados o «crecidos» en su estatura de manera artificial de doce o trece centímetros gracias a los potros de tortura inquisitorios, a consecuencia de sus visiones. El hecho de que David Bright le preguntara si su Reloj Secreto funcionaba bien no era, por cierto, lo peor que podía pasarle.

Aunque dolía mucho, qué caramba.

John Leandro decidió que David Bright, así como cualquier otra persona a quien éste hubiera relatado sus locas ideas acerca de que «Algo Grande» está ocurriendo en Haven, acabarían por tragarse las risas. Porque allá estaba ocurriendo algo grande, sí señor. Lo sentía en todos los huesos de su cuerpo. A veces, cuando el viento soplaba desde el Sudeste, casi imaginaba que lo olía.

Sus vacaciones habían comenzado el viernes anterior. Él habría querido viajar a Haven ese mismo día, pero vivía con su madre viuda. Y ésta había esperado con tantas ganas qué John la llevara a Nova Scotia para visitar a su hermana; por supuesto, si él tenía compromisos…, bueno, ella comprendería; después de todo, claro, era una vieja, quizá nada divertida, que sólo servía para prepararle la comida y lavarle la ropa interior. Así que no te preocupes, Johnny: ve a buscar tu primicia. Telefonearé a tía Megan, y quizá dentro de una o dos semanas, tu primo Alfie la traiga de visita, porque Alfie es un muchacho tan bueno, se porta tan bien con su madre, etcétera, etcétera, *ad infinitum.*

El viernes, Leandro llevó a su madre a Nova Scotia. Se quedaron a pasar la noche, por supuesto, y cuando regresaron a Bangor, el sábado estaba perdido. El domingo era mal día para empezar cualquier cosa: a las nueve tenía que atender el primero y el segundo grados de la escuela dominical; asistir a los servicios religiosos a las diez y a la reunión de las Juventudes Cristianas, en la rectoría de la iglesia metodista, a las cinco de la tarde. En la reunión de las Juventudes Cristianas, un orador especial les pasó algunas diapositivas sobre el Armagedón. Mientras les

explicaba que los pecadores no arrepentidos se verían afectados de granos y ampollas supurantes y dolencias intestinales, Georgina Leandro y las otras Damas Auxiliares distribuían vasos de papel con naranjada y pastelitos de avena. Y después del atardecer había cánticos en el sótano de la iglesia.

Los domingos siempre lo dejaban exaltado. Y exhausto.

2

Por lo tanto, el lunes, 15 de agosto, fue el día en que Leandro arrojó al asiento delantero de su Dodge de segunda mano varios blocs, un casete, una cámara fotográfica, una bolsa llena de rollos de película y varias lentes y se preparó para salir hacia Haven con la esperanza de alcanzar la gloria periodística. No se habría horrorizado si hubiese sabido que se acercaba al punto focal de lo que pronto sería la mayor noticia desde la crucifixión de Jesucristo.

El día era sereno, azul y dulce: caluroso, pero no sofocante ni húmedo, como los anteriores días. Era una jornada que todos los habitantes del mundo marcarían para siempre en su memoria. Johnny Leandro quería la primicia, pero no conocía el antiguo proverbio: «Dios te dice que tomes lo que quieras…, y pagues por ello».

Sólo sabía que había tropezado con el borde de algo. Y ese algo, cuando él trataba de sacudirlo, se mantenía firme…, lo cual significaba que era más grande de lo que parecía a primera vista. No había modo de dejarlo de lado: su intención era desenterrarlo, y no bastarían para detenerle todos los David Bright del mundo, con sus bromas sobre Jimmy Olsen, relojes especiales y Fu Manchú.

Metió primera y empezó a apartarse de la acera.

—¡No te olvides del almuerzo, Johnny! —llamó su madre, que bajaba bufando por la calle, con una bolsa de papel marrón en la mano. En el papel se habían formado ya grandes manchas de grasa; desde la escuela primaria, el bocadillo favorito de Leandro era de mortadela con rodajas de cebolla y aceite.

—Gracias, mamá —dijo, y se asomó por la ventanilla para coger la bolsa. La dejó en el suelo del coche—. Pero no hacía falta que lo prepararas. Ya me hubiera comprado una hamburguesa.

—Te he dicho más de mil veces que no debes comer nada en esos bares de la carretera, Johnny. Nunca se sabe si la cocina está limpia o sucia. ¡Microbios! —dijo la madre, ominosa, al tiempo que se inclinaba.

—Tengo que irme, m…

—A los microbios no se los ve —insistió la señora Leandro. No se dejaría el tema mientras no lo hubiera dicho todo.

—Claro, mamá —repuso Leandro, resignado.

—Y algunos de esos bares son un criadero de microbios. A veces, los cocineros

no tienen limpieza. No se lavan las manos después de ir al baño. Llevan tierra, y hasta excrementos, bajo las uñas. Comprenderás que no quiero entrar en detalles, pero a veces las madres debemos enseñar a nuestros hijos. La comida de esos lugares puede hacer que una persona enferme de cosas muy feas.

—Mamá…

Ella dejó escapar una risa resignada y se llevó la punta del delantal a un ojo.

—Sí, ya sé: tu madre es una vieja tonta llena de ideas raras, que debería aprender a cerrar la boca.

Leandro reconoció la maniobra; pero, de cualquier modo, se sintió inquieto y culpable, como si tuviese ocho años.

—No, mamá —aseguró—. No pienso eso de ti, en absoluto.

—Claro, tú eres el gran periodista. Yo me quedo en casa: hago tu cama, lavo tu ropa y ventilo tu habitación para sacar los gases que echas por tomar tanta cerveza.

Leandro inclinó la cabeza sin responder, a la espera de verse libre.

—Pero hazme un favor: no pises esos bares de carretera, Johnny, porque te puedes enfermar. Por culpa de los microbios.

—Te lo prometo, mamá.

Satisfecha por haberle sacado esa promesa, se mostró dispuesta a dejarle marchar.

—¿Vendrás a tiempo para la cena?

—Sí —dijo Leandro, sin idea de lo que prometía.

—¿A las seis? —insistió ella.

—¡Sí, sí!

—Ya sé, ya sé. Soy una vieja ton…

—¡Adiós, mamá! —exclamó él, apresuradamente.

Y se apartó de la acera.

Por el espejo retrovisor la vio de pie en la acera, agitando la mano. Él respondió al saludo y bajó el brazo, con la esperanza de que ella volviera a casa…, aunque sabía que no sería así.

Cuando viró a la derecha, dos manzanas más lejos, y la perdió de vista al fin, experimentó un leve, pero inconfundible alivio en el corazón. Aunque estuviera mal, siempre sentía lo mismo cuando la perdía de vista.

3

En Haven, Bobbi Anderson mostraba a Jim Gardener un respirador modificado. Ev Hillman lo habría reconocido: era igual que el elegido por él mismo para Butch Dugan, el policía. Pero la función de aquél había sido proteger a Dugan del aire de Haven. El respirador que Bobbi tenía en la mano almacenaba una reserva de eso justamente: aire de Haven (al que estaban habituados). Sería aire de Haven lo que

ambos respirarían si entraban en la nave de los *Tommyknockers*. Eran las nueve y media.

En ese mismo instante, en Deny, John Leandro se detenía a un lado de la carretera, no lejos del lugar en que habían sido encontrados el venado muerto y el coche patrulla de los agentes Rhodes y Gabbons. Abrió la guantera para echar un vistazo a la Smith & Wesson calibre 38 comprada en Bangor la semana anterior. La sacó por un instante, sin acercar el índice al gatillo, aun a sabiendas de que estaba descargada. Le gustaba el modo compacto con que el arma se ajustaba a la palma de la mano, su peso, la sensación de poder que transmitía. Pero también lo ponía un poco nervioso, como si hubiese arrancado con los dientes un trozo demasiado grande para una boca como la suya.

¿Un trozo de qué?

No estaba muy seguro. De alguna carne extraña.

«Microbios —dijo la voz de su madre, en su cerebro—. La comida de esos lugares puede hacer que una persona enferme de cosas muy feas».

Se aseguró de que la caja de balas aún estuviera en la guantera y guardó el revólver. Seguro que transportar un arma en la guantera de un vehículo era ilegal (volvió a pensar en su madre, esa vez sin darse cuenta). Su imaginación le pintó a un policía que lo detenía por algo rutinario y, al pedirle la licencia de conductor, veía el arma en la guantera. Así atrapaban siempre a los asesinos en *Alfred Hitchcock Presenta*, el programa que él y su madre veían por cable todos los sábados por la noche. Eso también sería una primicia, pero de otro tipo: PERIODISTA DEL DAILY NEWS DE BANGOR ARRESTADO POR POSESIÓN DE ARMAS.

«Bueno, saca la licencia de la guantera y ponla en tu billetera, si tanto te preocupa eso».

Pero no lo haría. Aunque la idea era muy lógica, eso también era como si buscara problemas, y la voz de la razón se parecía demasiado a su madre, cuando le advertía sobre los microbios o los horrores resultantes de no envolver en papel higiénico los asientos de los retretes públicos antes de usarlos.

Leandro siguió su camino, consciente de que el corazón le latía con cierta prisa y de que sudaba más de lo que el calor justificaba.

«Algo grande…, a veces casi lo huelo».

Sí, allá estaba ocurriendo algo. La muerte de McCausland (¿una caldera que estallaba en pleno verano? ¡Vamos!); la desaparición de los investigadores; el suicidio del policía supuestamente enamorado de ella. Y antes de todas esas cosas, la desaparición del niño. David Bright había dicho que el abuelo del pequeño hablaba un montón de locuras sobre telepatía y trucos mágicos que funcionaban de verdad.

«Lástima que recurrió a Bright y no a mí, señor Hillman», pensó Leandro, tal vez por quincuagésima vez.

Y ahora era el mismo Hillman quien había desaparecido. Llevaba dos semanas sin volver a su cuarto alquilado. No había visitado más a su nieto, internado en el hospital de Derry, cuando en las noches anteriores las enfermeras habían tenido que sacarlo casi a empellones. Oficialmente, la policía consideraba que Ev Hillman no había desaparecido, porque ninguna persona mayor de edad desaparece a los ojos de la ley mientras no sea denunciado así por otra persona mayor de edad al llenar los formularios correspondientes. Por lo tanto, para la ley, todo estaba bien. Sin embargo, para John Leandro, las cosas estaban muy lejos de la normalidad. La propietaria del cuarto alquilado por Hillman decía que el viejo le adeudaba sesenta dólares. Hasta donde Leandro había investigado, era la primera vez que aquel hombre dejaba una cuenta impagada.

«Una carne extraña…, un bocado grande…»

Y ésas no eran todas las cosas raras que emanaban de Haven en los últimos tiempos. En julio, un incendio había matado a una pareja en la calle Nista. En el mes en curso, un pequeño avión, pilotado por un médico, se había estrellado e incendiado. Eso ocurrió en Newport, cierto, pero el control de tránsito aéreo de Bangor confirmaba que el infortunado doctor había sobrevolado Haven demasiado bajo, a una altitud no permitida. El servicio telefónico de la ciudad funcionaba mal. Unas veces era posible comunicarse; otras, no. Leandro pidió a la Oficina de Recaudaciones una copia del padrón de Haven (pagando seis dólares por las nueve páginas de ordenador). Con ese dato consiguió localizar a varios parientes de unos sesenta habitantes de Haven, todos ellos radicados en Bangor, Derry y la zona circundante.

Entre esos parientes no había ni uno solo que hubiera visto a sus familiares de Haven desde el 10 de julio, aproximadamente. Y ni uno en más de un mes.

A muchos de los entrevistados eso no les parecía extraño, desde luego. Algunos no mantenían buenas relaciones con sus parientes de Haven y se habrían alegrado de seguir así años enteros. Otros, después de la sorpresa inicial, quedaron pensativos cuando Leandro les señaló que él se refería a un período tan largo. Claro que el verano era una temporada activa para casi todos; el tiempo pasaba con mayor velocidad que en invierno. Y habían hablado una o dos veces por teléfono con tía Mary o con el primo Bill. A veces uno no podía comunicarse; pero, en general, sí.

Hubo otras sospechosas similitudes en los testimonios de los entrevistados, similitudes que dilataron la nariz de Leandro con el olor de algo decididamente raro.

Ricky Berringer era pintor de brocha gorda y vivía en Bangor. Newt, su hermano mayor, carpintero y contratista, era presidente del cuerpo administrativo de Haven.

—Hacia finales de julio invitamos a Newt a cenar —recordó Ricky—, pero nos dijo que estaba con gripe.

Don Blue poseía una agencia de bienes raíces en Derry. Su tía Silvia, que vivía en

Haven, tenía la costumbre de cenar con Don y su esposa todos los domingos, como poco. Hacía tres domingos que se disculpaba; en una oportunidad adujo tener gripe («Parece que hay epidemia de esa enfermedad en Haven —se dijo Leandro—, pero sólo allí»); en las otras dos ocasiones adujo que hacía demasiado calor para viajar. Después de un interrogatorio más profundo, Blue cayó en la cuenta de que, en realidad, llevaban cinco o seis domingos sin ver a su tía.

Bill Spruce tenía una granja lechera en Cleaves Mills. Su hermano Frank, otra en Haven. Era habitual que se reunieran todas las semanas o cada quince días, juntando por algunas horas dos familias muy numerosas. El clan Spruce consumía por toneladas carne para las parrilladas, cerveza y gaseosas por bidones, ya en el patio de Frank ya en el porche de Bill. Los hermanos se sentaban a comparar notas sobre lo que llamaban, simplemente, el Negocio. Bill reconoció que no veía a Frank desde hacía un mes, por lo menos. Según éste le había dicho, primero tuvo problemas con el repartidor de alimentos; después, con unos inspectores de Salud Pública. Mientras tanto, Bill también tenía algunos problemas propios, pues se le habían muerto seis *Holstein-Fiesland* durante los últimos calores. Además, como acaba de recordar, su cuñada había sufrido un ataque al corazón. Él y su hermano no tenían mucho tiempo para visitas…, pero el hombre expresó una sincera sorpresa cuando Leandro sacó un calendario de bolsillo para que calcularan juntos el tiempo transcurrido; los Spruce no se veían desde el 30 de junio. Bill soltó un silbido y se levantó la visera de la gorra.

—¡Caramba, cuánto tiempo! —exclamó—. Voy a tener que darme una vuelta hasta Haven para ver a Frank, ahora que mi Evelyn está mejor.

Leandro nada dijo, pero algunos otros testimonios, recogidos en las dos últimas semanas, le hacían pensar que tal vez Bill Spruce viese perjudicada su salud en aquel viaje.

—Me sentía como si me estuviera muriendo —dijo Alvin Rutledge a Leandro. Rutledge vivía en Bangor y trabajaba como transportista con un gran camión, aunque en esos momentos se encontraba sin empleo.

Su abuelo, Dave Rutledge, siempre había vivido en Haven.

—¿A qué se refiere con exactitud? —preguntó Leandro.

Alvin Rutledge miró al joven periodista con astucia.

—En estos momentos me vendría bien otra cerveza —dijo. Se encontraban sentados en el bar de Nan, en Bangor—. Hablar da una sed terrible, amigo.

—¿Verdad que sí? —Y Leandro indicó a la camarera que les sirviera otras dos.

Cuando se las sirvieron, Rutledge tomó un buen trago y se limpió la espuma del labio superior con el dorso de la mano.

—Los latidos del corazón se me habían acelerado. Me dolía la cabeza. Tenía ganas de echar hasta mi primera papilla. En realidad vomité. Fue un momento antes de dar la vuelta. Bajé el cristal de la ventanilla y largué todo al viento.

—Caramba —exclamó Leandro, ya que parecía necesario que hiciera algún comentario. En su mente flameó la imagen de Rutledge «largando todo al viento». La desechó. Al menos, lo intentó.

—Y mire esto.

Se levantó el labio superior, dejando al descubierto los restos de sus dientes.

—¿Ve eje agujero aquí aguelangue? —preguntó.

Leandro vio varios agujeros «ahí delante», pero le pareció más cortés no decirlo. Se limitó a asentir con la cabeza. Rutledge asintió también y se soltó el labio. Resultó un alivio.

—Nunca tuve buena dentadura —comentó Alvin indiferente—. Cuando trabaje de nuevo y pueda pagarme un buen dentista, me haré una postiza. Que se vaya todo al diablo. El caso es que hace dos semanas, cuando fui a Haven para ver al abuelo, estos dos huecos tenían sus dientes respectivos. Ni siquiera se me habían aflojado, ¡qué joder!

—¿Se le cayeron al acercarse a Haven?

—No se me cayeron. —Rutledge terminó su cerveza—. Los vomité.

—Ah —replicó Leandro, con voz débil.

—¿Sabe que otra de éstas me sentaría muy bien? Hablar…

—Da una sed terrible, ya lo sé —concluyó Leandro, e hizo señas a la camarera.

Aunque ya había pasado su límite, descubrió que a él también le sentaría bien otra cerveza.

4

Alvin Rutledge no era el único que había tratado de visitar un pariente o un amigo residente en Haven durante el mes de julio; tampoco el único que había debido volverse sin llegar allí por sentirse mal. Utilizando los padrones de la ciudad y las guías telefónicas de las zonas vecinas como punto de partida, Leandro descubrió a tres personas que le relataron casos similares al de Rutledge. También desenterró un cuarto incidente por casualidad…, o casi. Su madre sabía que él estaba «siguiendo» algunos aspectos de su «gran noticia» y, como una coincidencia, mencionó que su amiga Eileen Pulsifer tenía una amiga que vivía allá, en Haven.

Eileen contaba quince años más que la madre de Leandro, lo cual la acercaba a los setenta. Mientras tomaban el té con empalagosas galletitas de jengibre, contó a Leandro una historia similar a las que él ya conocía.

La amiga de la señora Pulsifer se llamaba Mary Jacklin (y era la abuela de Tommy Jacklin). Ambas se visitaban mutuamente desde hacía más de cuarenta años y participaban con frecuencia en los torneos locales de bridge. Ese verano no se habían visto ni siquiera una vez. Cuando hablaban por teléfono, Mary parecía estar bien. Sus

excusas sonaban sinceras…; pero aun así había algo extraño en ellas: un fuerte dolor de cabeza, mucho trabajo en la cocina, que la familia había decidido, de un momento a otro, viajar a Kennebunk para visitar el museo…

—Una a una sonaban bien, pero en conjunto no, ¿me comprendes? —Le ofreció el plato de galletitas—. ¿Más?

—No, gracias —dijo Leandro.

—¡Anda, toma! ¡Yo sé cómo sois los chicos! Tu madre te ha enseñado buenos modales, pero a todos vosotros os gustan estas galletitas. ¡Anda, toma otra!

Leandro, con una sonrisa de cortesía, la cogió.

La señora Pulsifer se acomodó en el asiento y plegó las manos sobre el vientre, duro y redondo, mientras proseguía:

—Empecé a pensar que algo andaba mal… Para decirte la verdad, sigo pensando que algo anda mal. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que tal vez Mary no quería que siguiéramos siendo amigas; quizá yo había dicho o hecho algo que la hubiera ofendido. Pero no, me dije; si yo hubiese hecho algo, ella me lo habría comentado. Después de cuarenta años de amistad, creo que sí. Además, no la notaba fría conmigo, ¿me comprendes?

—Pero sí cambiada.

Eileen Pulsifer asintió con gesto decidido.

—Sí. Y eso me hizo pensar que tal vez estuviese enferma. Quizá (Dios no lo permita) el médico le había encontrado un cáncer o algo así y ella no quería que sus viejas amigas lo supiéramos. Por eso telefoneé a Vera y le dije: «Vera, vamos a Haven a visitar a Mary. No se lo diremos. Así no nos pondrá excusas. Prepárate, Vera —le digo—, porque a las diez pasaré a buscarte. Si no estás lista, iré sola».

—Y Vera es…

—Vera Anderson, que vive en Deny. La mejor de mis amigas, John, después de Mary y de tu madre. Esa semana tu madre estaba en Monmouth, en casa de tu tía.

Leandro lo recordaba bien: una semana de tanta paz y tranquilidad no suele olvidarse con facilidad.

—Así pues, fueron las dos.

—Sí.

—Y usted se sintió mal.

—¿Que me sentí mal? ¡Casi me muero! ¡El corazón! —exclamó la mujer, dándose una dramática palmada en el pecho—. No sabes qué palpitaciones. Me dolía la cabeza, la nariz me sangraba… Vera se asustó y me dijo: «Da la vuelta ahora mismo, Eileen. ¡Tienes que ir a un hospital!»

»Bueno, me las arreglé como mejor pude para regresar, aunque no recuerdo cómo, porque todo me daba vueltas y más vueltas. La boca también me sangraba y se me cayeron dos dientes. ¡Así, sin más! ¿Alguna vez te has enterado de algo parecido?

—No —mintió él, pensando en Alvin Rutledge—. ¿Dónde le ocurrió?

—¡Pero si ya te lo he dicho! Íbamos a casa de Mary Jacklin…

—Sí, pero ¿estaba ya en Haven cuando se sintió mal? ¿Y por qué lado entró?

—Ah, ya comprendo. No, no llegamos a entrar en la ciudad. Estábamos en la vieja carretera a Derry. En Troy.

—Cerca de Haven.

—Más o menos a un kilómetro y medio del límite municipal. Hacía un ratito que me sentía descompuesta (algo revuelta, ya me entiendes), pero no quería decir nada a Vera. Pensé que aquello se pasaría.

Vera Anderson no se había sentido mal como su amiga. Eso intrigó a Leandro, porque no concordaba con el resto: no le había sangrado la nariz, tampoco se le había caído ni un diente.

—No, ella no se descompuso —dijo la señora Pulsifer—, salvo el miedo. Creo que estaba medio descompuesta de miedo. Por mí…, y también por ella, supongo.

—¿Por qué?

—Es que aquélla es una carretera casi desierta. Ella temía que yo me desmayara, y poco me faltó. Podrían haber pasado quince o veinte minutos antes de que alguien pasara por allí.

—¿Y no podía conducir ella?

—Dios te bendiga, John. Vera sufre una distrofia muscular desde hace años. Lleva unos grandes aparatos metálicos en las piernas; unas cosas de aspecto horrible, que parecen salidas de una sala de torturas. Cada vez que la veo me dan ganas de llorar.

5

En la mañana del 15 de agosto, a las diez menos cuarto, Leandro entró en la ciudad de Troy. Tenía el estómago tenso de expectativas, y (digamos la verdad, amigos) le cosquilleaba de miedo. Notaba la piel fría.

«Puedo sentirme mal. Es posible que me descomponga y, en ese caso, dejaré dos o tres metros de goma en este pavimento al acelerar para alejarme de aquí. ¿Entendido?»

«Entendido, patrón —se respondió a sí mismo—. Entendido, entendido».

«También es posible que pierda algunos dientes», se advirtió. Pero aquél le parecía un precio muy bajo a cambio de una primicia que le aseguraría el Premio Pulitzer[18]…, y que pondría a David Bright verde de envidia, lo cual era también muy importante.

Cruzó Troy, donde todo parecía estar bien…, acaso algo más lento que de costumbre. El primer desvío con respecto al curso normal de los acontecimientos se produjo un kilómetro más al Sur y por donde menos lo esperaba. Estaba escuchando

WZON, la emisora de Bangor, cuando de pronto la señal AM, que siempre sonaba fuerte, empezó a vacilar y se volvió entrecortada. Leandro oyó que una…, no, dos…, no, tres emisoras más se mezclaban con su señal. Frunció el entrecejo. Eso ocurría por la noche a veces, cuando la atmósfera, al enfriarse, permitía que las señales de radio, se proyectaran más lejos; pero él no tenía noticias de que hubiese ocurrido nunca por la mañana, ni siquiera durante períodos de óptimas condiciones para la transmisión.

Intentó sintonizar bien el dial y quedó asombrado: de los altavoces surgía un torrente de transmisiones en conflicto: *rock-and-roll*, música *folk* y piezas clásicas se atropellaban entre sí. En el fondo se oía la voz de un locutor que elogiaba algún producto. Giró el dial un poco más y captó una transmisión nítida, tan extraordinaria que se apartó a un lado de la carretera para clavar en la radio la mirada de sus ojos dilatados por el asombro.

El locutor hablaba en japonés.

Se quedó esperando la inevitable aclaración: «Esta lección de japonés básico para principiantes les ha sido ofrecida por Pinturas…», o algo así. El locutor terminó de hablar. A continuación se oyó *Be True to Your School*, de los Beach Boys…, en japonés.

Leandro continuó moviendo el dial con mano temblorosa. De un extremo a otro ocurría más o menos lo mismo. Como por la noche, la maraña de voces y música empeoraba al llegar a las frecuencias más altas. Por fin se hizo tan acentuada que Leandro empezó a asustarse: era el equivalente auditivo a un nido de serpientes enredadas. Apagó la radio y se quedó tras el volante, con los ojos muy abiertos y el cuerpo trémulo.

«¿Qué es esto?»

Resultaba tonto especular cuando la respuesta se hallaba a nueve o diez kilómetros de distancia…, siempre que lograra descubrirla, por supuesto.

Oh, creo que la descubrirás. Tal vez no te guste lo que saques a relucir, pero sí, creo que la descubrirás sin dificultades.

Leandro miró alrededor. A la derecha, el heno estaba largo y desmañado. Demasiado largo y desmañado, si se consideraba la época del año. Habrían debido segarlo a principios de julio. Tampoco parecía que fueran a hacerlo en agosto. A la izquierda, un desvencijado granero, rodeado de repuestos para automóvil medio oxidados. En las fauces del granero se pudría el cadáver de un Studebaker modelo 1957. Las ventanillas parecieron mirar a Leandro fijamente. En cambio no había gente que lo mirara. Al menos, a la vista.

Dentro de él sonó una vocecita muy tranquila, muy cortés: la voz de un niño en medio de un festejo que se ha vuelto decididamente amedrentador.

Quisiera volver a casa, por favor.

Sí. A casa con mamá. A casa, a tiempo para ver las telenovelas de la tarde con ella. Mamá se alegraría de ver que volvía con su primicia, y tal vez más aún si volvía sin ella. Se sentaría a comer galletitas y a tomar café. Hablarían. Mejor dicho: ella hablaría y él escucharía. Así era siempre. Y no estaba mal. A veces ella se ponía fastidiosa, pero era…

La seguridad.

La seguridad, sí. La seguridad. En cambio, lo que estaba ocurriendo al sur de Troy, en aquella soñolienta tarde de verano, no era seguridad, por cierto.

Quisiera volver a casa, por favor.

Correcto. Casi seguro que Woodward y Bernstein habían pensado lo mismo más de una vez, cuando los muchachos de Nixon les apretaban las clavijas. Era probable que Bernard Fall hubiera sentido lo mismo al bajar del avión en Saigón por última vez. Cuando uno veía a los corresponsales de televisión en sitios álgidos, como el Líbano e Irán, parecían tranquilos y dueños de sí, pero los televidentes no tenían posibilidades de revisarles la ropa interior.

«La primicia está allí y voy a conseguirla. Y cuando reciba el Pulitzer diré que debo todo a David Bright…, y a mi reloj secreto de Superman».

Puso otra vez el motor en marcha y continuó hacia Haven.

6

Ni siquiera llevaba cubiertos dos kilómetros cuando empezó a sentirse mal. Se le ocurrió que era sólo un síntoma físico de su miedo y no le prestó atención. Al sentirse peor, se preguntó (como cualquiera hace cuando no cede la náusea instalada en su estómago, como una nube oscura) qué había comido. En ese sentido no tenía nada que reprocharse: esa mañana no había sentido miedo al levantarse, pero sí mucha expectativa y nerviosismo; como resultado, tomó un té con tostadas en vez de los huevos revueltos con tocino. Eso era todo.

¡Quisiera ir a casa! La voz se había vuelto más aguda.

Leandro continuó la marcha, con los dientes apretados. La primicia estaba en Haven. Si no llegaba a Haven, no habría primicia. Nada más que decir.

Cuando se hallaba a poco más de un kilómetro de la línea de demarcación municipal (el día estaba fantasmagórico y muerto) estallaron pitos, trompetazos y zumbidos en el asiento posterior. Leandro se llevó tal sobresalto que soltó un grito y se detuvo otra vez a un lado de la carretera.

Al mirar hacia atrás, en un primer momento no creyó a sus ojos. Tenía que ser una alucinación provocada por su creciente náusea.

Durante el fin de semana anterior, mientras estaba en Halifax con su madre, había llevado a Tony, su sobrino, a dar un paseo. Tony (a quien Leandro, en privado,

consideraba un mocoso malcriado) se había instalado en el asiento posterior, jugando con un objeto plástico que se parecía un poco al auricular de un teléfono. El juguete se llamaba *Merlín* y funcionaba sobre la base de datos de un chip de ordenador; servía para cuatro o cinco juegos simples que requerían algunos datos de memoria o la identificación de una serie matemática sencilla. Leandro recordaba que también servía para jugar al dominó.

Al parecer, Tony lo había olvidado allí. Y ahora el objeto se estaba volviendo loco en el asiento trasero; encendía y apagaba sus luces rojas al azar (¿o no era al azar, sino siguiendo un patrón demasiado veloz para él?), repitiendo una y otra vez sus simples sonidos. Funcionaba solo.

«No, no… Es seguro que ha pasado por un bache o algo así. Eso es todo. Se le ha movido la llave de encendido y se ha puesto en marcha».

Pero tenía a la vista la pequeña llave negra del costado. Estaba en *off*, apagado. Y *Merlín* seguía con sus pitidos, trompeteos y zumbidos, como una tragaperras de Las Vegas al vaciar todo su botín.

La cubierta de plástico empezó a echar humo: se estaba derritiendo y goteaba como el sebo. Las luces se encendían y apagaban cada vez más deprisa. De pronto todas se encendieron al mismo tiempo, rojo brillante, y el aparato emitió un extraño zumbido estrangulado. La cubierta se rajó de punta a punta, con una breve lluvia de astillas plásticas. El tapizado del asiento empezó a arder sin llama debajo del juguete.

Leandro, olvidando su estómago revuelto, casi se puso de pie en el coche para tirarlo al suelo. En el sitio donde el juguete había estado se veía una quemadura negra.

«¿Qué es esto?»

La respuesta, irrelevante, casi un grito:

¡Ahora quisiera irme a casa por favor!

«La capacidad de aislar una serie matemática simple. ¿Pensé eso? ¿John Leandro, el que nunca aprobaba matemáticas en la secundaria? ¿Lo dices en serio?»

¡Eso no importa! ¡Sal de aquí!

«No».

Puso el coche en marcha y continuó su camino. Apenas había avanzado veinte metros cuando de pronto pensó, con descabellado entusiasmo:

«La capacidad de aislar una serie matemática simple indica la existencia de un caso general, ¿verdad? Se podría expresar de este modo, pensándolo bien:

$$ax[2] + bxy = cy\ [2] + ey + f - 0$$

»Si no me equivoco, funciona mientras *a, b, c, d, y f* sean constantes. Sí, seguro. Pero no se puede permitir que *a, b* o *c* sean 0, ¡ni pensarlo, qué joder! ¡Y que *f* se las arregle sola! ¡Ja!»

Leandro tenía ganas de vomitar, pero aun así emitió una risa aguda, triunfal. De inmediato tuvo la sensación de que se le había desprendido el cerebro para atravesar la parte superior de su cráneo. Aunque no lo sabía (había pasado medio dormido la mayor parte de la jodida clase de matemáticas), acababa de reinventar la ecuación cuadrática general con dos variables, que se puede utilizar, por cierto, para aislar componentes en una serie matemática simple. Eso le volvió loco.

Un momento después, la sangre le brotaba de la nariz en un verdadero torrente.

Así terminó el primer intento de John Leandro por llegar a Haven. Dio marcha atrás y retrocedió por la carretera, zigzagueando de lado a lado, con el brazo derecho sobre el respaldo del asiento de al lado y la sangre manchándole el hombro de la camisa, en tanto miraba por el parabrisas trasero con los ojos llenos de lágrimas.

Retrocedió más de un kilómetro antes de girar en una entrada. Entonces se echó un vistazo. Tenía la camisa empapada de sangre, pero se sentía mejor. Un poquito mejor. De cualquier modo, no perdió tiempo: continuó viaje hasta la aldea de Troy y se detuvo ante el almacén general.

Esperaba encontrar dentro el habitual grupo de viejos, que mirarían su ensangrentada camisa con silenciosa sorpresa norteña. Pero allí sólo estaba el propietario, que no pareció en absoluto sorprendido: ni por la sangre ni por la pregunta de Leandro, que quiso saber si vendía camisas.

—Parece que le ha sangrado un poco la nariz —comentó el hombre con toda tranquilidad, mientras le mostraba una selección de camisetas.

A Leandro le pareció que tenía mucha variedad de ellas, considerando lo pequeño del negocio. Poco a poco se fue dominando, aunque todavía le dolía la cabeza y su revuelto estómago no acababa de asentarse. La hemorragia nasal lo había asustado mucho.

—Parece que sí —respondió.

Dejó que el viejo le fuera mostrando las camisetas, porque tenía las manos pegajosas de sangre. Las había de talla pequeña, mediana, grande y extra, con leyendas, dibujos y juegos de palabras subidos de tono.

—¡Qué variedad tiene! —indicó Leandro, mientras señalaba una de talla mediana, que inquiría: ¿DÓNDE DIABLOS QUEDA TROY, MAINE?, por no ofender a su madre con las más atrevidas.

—Sí —reconoció el comerciante—. Es que vendo muchas.

—¿A los turistas? —La mente de Leandro ya se adelantaba a toda marcha, tratando de adivinar lo que seguiría. La primicia no era grande: era gigantesca.

—Algunas, sí —dijo el hombre—, pero este verano han pasado pocos por aquí. En general, las vendo a personas como usted.

—¿Como yo?

—Sí, personas a quienes les sangra la nariz.

Leandro quedó boquiabierto.

—Les sangra la nariz y echan a perder la camisa —prosiguió el comerciante—. Como le ha ocurrido a usted. Necesitan otra. Y si son de la zona, como ha de serlo usted, no llevan equipaje ni ropa de repuesto. Entonces se detienen en el primer almacén que encuentran para comprar otra. Se explica. Si yo tuviese que andar por ahí con una camisa llena de sangre, vomitaría de asco. Caramba, hasta señoras han pasado por aquí este verano, señoras muy elegantes, muy acicaladas, que olían como cloacas.

El comerciante lanzó una carcajada y, al hacerlo, mostró una boca donde no había un solo diente.

—Veamos si he comprendido bien —dijo Leandro con lentitud—. ¿Hay otras personas que vienen desde Haven con hemorragias nasales? ¿No he sido el único?

—¿El único? ¡No, qué joder! ¡El único! El día en que enterraron a Ruth McCausland vendí quince. ¡En un solo día! Ya estaba pensando jubilarme con las ganancias y mudarme a Florida.

El comerciante volvió a reír.

—Todos eran forasteros —dijo, como si eso explicara cualquier cosa. Tal vez era así…, para él—. Algunos todavía sangraban cuando entraron. ¡Sus narices parecían fuentes! Y algunos sangraban también por las orejas. ¡Mierda!

—¿Y nadie se ha enterado de eso?

El viejo miró a Leandro con ojos sabios.

—Ahora se ha enterado usted, hijo.

SEIS

DENTRO DE LA NAVE

1

—¿Estás listo, Gard?

Gardener se hallaba sentado en el porche delantero, contemplando la carretera Nueve. La voz surgió desde atrás. Le fue fácil (demasiado fácil) recordar cien películas baratas en las que el carcelero se presenta para acompañar al condenado hasta el patíbulo. Esas escenas siempre comienzan con el gruñido del carcelero: «¿Estás listo, Rocky?»

«¿Listo para esto? Bromeas».

Se levantó y se volvió en redondo. Primero vio el equipo que Bobbi cargaba en los brazos; después, su sonrisita. En esa sonrisa había algo malicioso que no le gustó.

—¿Has visto algo divertido? —preguntó.

—No. Lo oí. Te he oído, Gard. Pensabas en viejas películas de condenados. Y entonces pensaste: «¿Listo para esto? Bromeas». Lo he captado.

—Me espiabas.

—Sí. Y cada vez me resulta más fácil —reconoció Bobbi, sin dejar de sonreír.

Tras su escudo mental, cada vez más caído, Gardener pensó: «Ahora tengo un revólver, Bobbi. Está bajo mi cama. La conseguí en la Primera Iglesia Reformada de los *Tommyknockers.*» Era peligroso…, pero sería más peligroso aún no saber hasta dónde llegaba la nueva capacidad de Bobbi de espiar.

La sonrisa de su amiga vaciló un poquito.

—¿Cómo era eso? —preguntó.

—Dímelo tú —replicó él. Como la sonrisa empezara a convertirse en suspicacia, agregó con facilidad—: Vamos, Bobbi; te estaba pinchando un poquito. Sólo me preguntaba qué tienes ahí.

Bobbi mostró el equipo. Eran dos boquillas conectadas a sendos tanques y reguladores caseros.

—Usaremos esto para entrar —dijo.

Entrar.

La mera palabra encendió una chispa en el vientre de Gard y despertó todo tipo de emociones conflictivas en él: respeto religioso, terror, expectativa, curiosidad, tensión. Una parte de él se sentía como un nativo supersticioso que se dispusiera a pisar terrenos tabúes; el resto, como un niño en la mañana de Navidad.

—Entonces piensas que el aire que hay dentro es distinto.

—No tanto —respondió Bobbi.

Esa mañana se había aplicado el cosmético sin demasiado cuidado. Tal vez pensaba que ya no era necesario ocultar a Gard sus cambios físicos acelerados. Él se dio cuenta de que podía verle mover la lengua dentro de la cabeza cuando hablaba…, sólo que ya no se parecía a una lengua. Y las pupilas se le habían agrandado, pero se veían desiguales, imprecisas, como si lo mirasen bajo el agua. Un agua que tenía un tinte algo verdoso. El estómago le dio un vuelco.

—No tanto —dijo Bobbi—. Sólo… viciado.

—¿Viciado?

—Esa nave ha permanecido herméticamente cerrada durante más de veinticinco mil siglos —explicó ella, con paciencia—. Cerrada por completo. En cuanto abriésemos la escotilla, la ráfaga de aire viciado nos mataría. Por eso llevaremos esto.

—¿Qué hay en los tubos?

—Sólo el buen aire de Haven. Los tanques son pequeños. Hay cuarenta o cincuenta minutos de aire, más o menos. Se sujetan al cinturón. Así, ¿ves?

—Sí.

Bobbi le ofreció uno de los aparejos y Gard sujetó el tanque a su pantalón. Para eso tuvo que levantarse la camiseta; por suerte, había decidido dejar la 45 bajo el colchón, de momento.

—Comienza a usar el aire del tanque antes de que yo abra —dijo Bobbi—. Ah, se me olvidaba. Toma. Por si te olvidas. —Y le entregó un par de tapones para la nariz. Gard se los guardó en el bolsillo del vaquero.

—¡Bueno! —exclamó ella, enérgica—. ¿Ya estás listo?

—¿Vamos a entrar, de verdad?

—De verdad —afirmó Bobbi, casi con ternura.

Gardener rió, tembloroso. Se le habían enfriado las manos y los pies.

—Estoy excitadísimo —confesó.

Bobbi sonrió.

—Yo también.

—Y asustado.

—No hay motivo, Gard. Todo saldrá bien —dijo Bobbi, con la misma ternura en la voz.

Algo en ese tono asustó a Gardener más que nunca.

2

Subieron al Tomcat y cruzaron en silencio por los bosques muertos. El único ruido era el leve zumbar de las pilas. Ninguno de los dos hablaba.

Bobbi estacionó el Tomcat junto al cobertizo. Por un momento se quedaron

contemplando el objeto plateado que brotaba de la zanja. El sol matinal refulgía sobre él en una pura cuña de luz, que se iba ensanchando.

«Adentro», pensó Gardener, otra vez.

—¿Estás listo? —insistió Bobbi—. Vamos, Rocky; sólo una gran descarga; no sentirás nada.

—Sí, sí. —La voz de Gardener sonaba algo ronca.

Bobbi lo estaba observando, inescrutables los ojos cambiantes.

Aquellas pupilas flotantes, ensanchadas… Gard creyó sentir dedos mentales que revoloteaban encima de sus pensamientos, tratando de abrirlos.

—En realidad, al entrar podrías morir —reconoció Bobbi, por fin—. No por el aire, pues eso está solucionado. —Sonrió—. Es curioso, ¿sabes? Cualquier forastero quedaría inconsciente con sólo respirar cinco minutos el aire de esos tubos; media hora lo mataría. Pero a nosotros nos mantendrá con vida. ¿No te emociona eso, Gard?

—Sí —dijo él, contemplando la nave, mientras se preguntaba las cosas que siempre se había preguntado: «¿De dónde viniste? ¿Cuánto tiempo tuviste que navegar en la noche para llegar hasta aquí?»—. Me emociona.

—Creo que no te pasará nada, pero ya sabes… —Bobbi se encogió de hombros —. Tu cabeza…, esa placa de acero interactúa de alguna manera con el…

—Conozco los riesgos.

—En ese caso…

Bobbi giró en redondo y caminó hacia la zanja. Gardener se detuvo un momento para observarla.

«Conozco el riesgo de la placa. Pero no tengo tan claro el riesgo que tú representas, Bobbi. ¿Es aire de Haven lo que voy a respirar cuando me ponga esa máscara? ¿O algo así como insecticida?»

Pero no importaba, ¿verdad? Las cartas estaban echadas. Y nada le impediría ver el interior de la nave, si era posible: ni David Brown ni el mundo entero.

Bobbi llegó a la zanja y se volvió a mirarle. Su rostro maquillado era una máscara opaca bajo el sol de la mañana, que penetraba en ángulo por entre viejos pinos y píceas que rodeaban el lugar.

—¿Vienes?

—Sí.

Y Gardener echó a andar hacia la nave.

3

El descenso resultó más difícil de lo que esperaba. Resultaba irónico: lo fácil era subir. El nuevo botón del fondo estaba bien a mano; en realidad, no era sino el 0 de un aparato telefónico de control remoto. Arriba, en cambio, el artefacto se operaba

con un interruptor eléctrico convencional, instalado en uno de los postes que apuntalaban el cobertizo, a quince metros de la zanja. Por primera vez, Gardener se dio cuenta de la distancia; hasta ese momento, ninguno de los dos se había preocupado por el hecho de que sus brazos no llegaran a medir quince metros.

Llevaban mucho tiempo usando el ascensor de sogas sin inconvenientes. En ese momento se dieron cuenta de que nunca habían bajado al mismo tiempo. Lo que también comprendieron, pero sin decirlo, fue que podían bajar uno después del otro; si alguien manejaba los controles desde abajo, todo estaba bien. Pero ninguno de los dos lo mencionó porque estaba acordado que, en esa única ocasión, debían descender juntos, cada uno con un pie en el único estribo, abrazados por la cintura como amantes. Resultaba estúpido, lo bastante estúpido como para que fuese la única manera correcta.

Se miraron sin decir una palabra…, mas dos pensamientos cruzaron el aire al vuelo.

(*Y los dos somos universitarios.*)

(*¿Dónde está mi ingenio de manifestante izquierdista?*)

La extraña boca modificada de Bobbi se estremeció. Giró sobre sus talones con un bufido y Gard sintió, por un momento, que la antigua calidez le tocaba el corazón: por última vez estaba viendo a la vieja Bobbi Anderson sin Perfeccionar.

—Bueno, ¿podrías armar una unidad portátil que activara el ascensor?

—Desde luego, pero no vale la pena esa pérdida de tiempo. Tengo otra idea.

Su mirada tocó la de Gard por un momento, pensativa, calculadora. Una mirada que él no fue capaz de interpretar. Luego, Bobbi se encaminó hacia el cobertizo.

Gardener la siguió una parte del trayecto y la vio abrir una gran caja de metal verde montada sobre un poste. Después revolvió entre las herramientas y los trastos que había dentro hasta que sacó una radio de transistores. Era más pequeña que la utilizada por uno de sus colaboradores como bestia de carga, mientras ella se recuperaba. Gard nunca la había visto. Era muy pequeña.

«Alguno de ellos la trajo anoche», pensó.

Bobbi levantó la antena telescópica, insertó un enchufe en la cubierta de plástico y se colocó el auricular dentro de la oreja. Al instante, Gard recordó a Freeman Moss, cuando trasladaba el equipo de bombeo como domador de animales en el circo.

—No tardaremos mucho.

Bobbi apuntó la antena hacia la casa. Gard creyó oír un zumbido denso, poderoso, no en el aire sino *dentro* del aire, de algún modo. Por un momento su mente murmuró música; sintió una punzada en el centro de la frente, como si hubiese bebido con ansia un vaso de agua demasiado fría.

—¿Y ahora?

—Esperaremos —respondió Bobbi. Y añadió—: No tardaremos mucho.

Su especuladora mirada pasó otra vez sobre el rostro de Gardener. En esa ocasión él creyó interpretarla. «Quiere hacerme ver algo. Y esto le ha dado la posibilidad».

Se sentó cerca de la excavación y descubrió en el bolsillo de la camisa, un paquete de cigarrillos muy viejos. Quedaban dos: uno, roto; el otro, torcido por entero. Lo encendió para fumar mientras reflexionaba. En realidad, no lamentaba esa demora: le proporcionaba la oportunidad de revisar de nuevo sus planes. Desde luego, si caía muerto en cuanto atravesara la escotilla, esos mismos planes se verían algo obstaculizados.

—¡Ah, ya está! —exclamó Bobbi, levantándose.

Gard la evitó. Miró a su alrededor, pero, en un principio, no vio nada.

—Por allí, Gard, por el sendero —aclaró ella, con el orgullo de un niño que exhibe su primer coche de fabricación casera.

Al ver el objeto, Gard se echó a reír. No quería hacerlo, pero le fue imposible evitarlo. Cuando creía que empezaba a acostumbrarse al nuevo mundo de la superciencia en Haven, una extraña combinación nueva lo arrojaba otra vez al desconcierto. Como en ese momento.

Bobbi sonreía, pero con una sonrisa vaga, como si la carcajada de Gard no tuviera importancia, en un sentido u otro.

—Parece un poco extraño, ¿verdad? Pero servirá, créelo.

Era la aspiradora antigua que él había vasto en el granero. No circulaba pegada al suelo, sino un poco por encima de él, mientras hacía girar sus ruedecitas blancas. Su sombra corría pesadamente a un costado, como una salchicha con una traílla. De la parte trasera, donde habrían debido conectarse los tubos en un mundo cuerdo, asomaban dos cables finos como filamentos, en forma de V. «La antena», pensó Gardener.

Por fin aterrizó, si se podía llamar aterrizaje a un descenso de siete u ocho centímetros, y rodó hacia el cobertizo, dejando estrechas huellas tras de sí. Se detuvo bajo la caja eléctrica que controlaba el ascensor de cuerdas.

—Observa esto —dijo Bobbi, con la misma voz de propietaria complacida.

Se oyó un chasquido, seguido de inmediato por un zumbido. Una cuerda negra, delgada, empezó a elevarse desde un lado de la aspiradora, como una soga que saliera de su cesto en el truco indio. Pero no era una soga, sino un cable coaxial.

Se elevó en el aire, cada vez más. Tocó el costado de la caja y se deslizó hasta la parte frontal. Gardener sintió un escalofrío de repugnancia: era como observar a una especie de murciélago, una cosa ciega provista de algo así como un radar. Una cosa ciega que podía…, podía buscar.

El extremo del cable halló dos botones: el negro, que ponía en marcha el ascensor de cuerdas, y el rojo, que lo detenía. Tocó el negro… y, de pronto, se puso rígido. El botón negro se hundió limpiamente. Detrás del cobertizo, el motor se puso en marcha

y el estribo empezó a deslizarse hacia el interior de la zanja.

El cable perdió tensión. Se deslizó hasta el botón rojo, se puso rígido y lo oprimió. Cuando el motor se hubo apagado (Gardener, al inclinarse, vio que la cuerda se bamboleaba contra el flanco de la excavación, a unos tres metros y medio de profundidad), el cable se elevó y operó el botón negro de nuevo. El motor volvió a funcionar. El estribo ascendió otra vez. Al llegar el aparejo a la superficie de la excavación, el motor se detuvo de forma automática.

Bobbi se volvió hacia él. Sonreía, pero con expresión vigilante.

—Ya ves —dijo—. Funciona bien.

—Es increíble —reconoció Gardener. Sus ojos habían estado paseándose sin pausa entre Bobbi y la aspiradora en tanto el cable operaba los controles. Aunque ella movía la radio, como Freeman Moss la suya, Gard había visto su gesto de concentración y el modo en que había bajado la vista por un momento, antes de que el cable coaxial se deslizara desde el botón negro al rojo.

«Parece un perro salchicha mecánico; algo salido de esos increíbles cuadros de ciencia ficción de Kelly Freas. Eso parece, pero en realidad no lo es. Carece de cerebro. Su cerebro es Bobbi…, y ella quiere que yo lo sepa».

Había visto un montón de artefactos modificados en el granero, alineados contra la pared. Y su menté insistía en volver a la lavadora que tenía esa especie de antena en forma de bumerán en la parte superior.

«El granero». Eso planteaba una pregunta endiablada. Gard abrió la boca para formularla…, y la cerró de golpe, en tanto hacía lo posible por espesar el escudo con que cubría sus pensamientos. Se sentía como si hubiese estado a punto de dar un paso hacia un abismo de trescientos metros mientras contemplaba un bello crepúsculo.

«En casa no hay nadie (al menos, que yo sepa) y el granero está cerrado por fuera. ¿Cómo ha salido *Fido Aspiradora*, entonces?»

Había estado en un tris de formular esa pregunta, sin darse cuenta de que Bobbi no había mencionado dónde estaba la aspiradora hasta el momento de acudir. De pronto, Gard olió su propio sudor, agrio y maligno.

Miró a Bobbi; ella lo observaba con esa sonrisita irritada que esbozaba cuando sabía que él estaba pensando algo…, pero no adivinaba qué era.

—Y esto, ¿de dónde ha salido? —preguntó Gard.

—Oh, andaba por ahí. —Bobbi movió la mano en un ademán vago—. Lo importante es que funciona. Hemos terminado con la inesperada demora. ¿Quieres continuar?

Se acercaron a la zanja. Bobbi fue la primera en subirse. Gardener puso el pie en el estribo y se sujetó de la soga que descendía. Echó un último vistazo a la derrengada Electrolux y pensó otra vez: «¿Cómo diablos ha salido?»

Un momento después se deslizaba hacia la penumbra de la excavación y al olor

mineral de la roca húmeda. La superficie lisa de la nave se elevaba a su izquierda, como un rascacielos sin ventanas.

4

Gard bajó del estribo y se irguió junto a Bobbi, hombro con hombro, frente al surco circular de la escotilla, que tenía la forma de un ojo de buey. A Gardener le resultaba casi imposible apartar la vista del símbolo grabado en ella; le traía un recuerdo de su no muy lejana niñez. En el suburbio de Portland, donde se había criado, un brote de difteria mató a dos niños, por lo que el Departamento de Salud Pública impuso una cuarentena. Gard recordaba haber pasado, agarrado de la firme mano de su madre, junto a puertas que tenían unos carteles pegados con la misma palabra en gruesas letras negras. Cuando preguntó a su madre qué significaba aquello, le respondió que indicaba la presencia de un enfermo en la casa. Era una palabra buena, según dijo, pues advertía a la gente que no debía entrar. De lo contrario, cualquiera corría el riesgo de contagiarse y propagar la enfermedad.

—¿Estás listo? —preguntó Bobbi, quebrando el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué significa eso? —inquirió él, al tiempo que señalaba el símbolo.

—Es la marca de una crema de afeitar. —Bobbi no sonreía—. ¿Estás listo o no?

—No…, pero creo que nunca lo estaré más que ahora.

Echó un vistazo al tanque sujeto a su cinturón y volvió a preguntarse si recibiría algún veneno capaz de hacerle estallar los pulmones en cuanto tomara la primera bocanada. Era difícil. En esa expedición se suponía que estaba su recompensa. Una visita al interior del Templo Sagrado antes de que se lo borrara de la ecuación de un solo plumazo.

—Bien —dijo Bobbi—. Voy a abrir…

—Vas a abrirlo con la mente —adivinó él, mientras observaba el auricular que ella tenía en la oreja.

—Sí —respondió Bobbi, como sin darle importancia—. Se abrirá en diafragma. Se producirá un fuerte flujo de aire viciado…, y cuando digo viciado, lo digo de verdad. ¿Cómo tienes las manos?

—¿A qué te refieres?

—¿Cortes, heridas?

—Todas cicatrizadas. —Y mostró las manos como un niño antes de sentarse a la mesa.

—Bien. —Bobbi sacó un par de guantes de algodón del bolsillo trasero y se los puso. Ante la mirada inquisitiva de Gard, explicó—: Tengo padrastros en los dedos; es posible que no me causen problemas; pero podría ocurrir. Cuando veas que la escotilla empieza a abrirse, Gard, cierra los ojos. Respira del tanque. Si aspiras lo que

salga de la nave, morirás como si hubieras tomado veneno.

—Estoy convencido —aseguró él.

Se puso la máscara de buceo y los tapones para la nariz. Bobbi hizo lo mismo. Gard sentía-oía el pulso en las sienes, muy acelerado, como si alguien golpeara rápidamente un tambor con un solo dedo.

«Henos aquí… Finalmente, henos aquí».

—¿Listo? —preguntó Bobbi, por última vez, con la pronunciación dificultada por la máscara.

Gardener asintió.

—¿Te acuerdas?

Él volvió a asentir.

(*¡Por el amor de Dios, Bobbi, vamos!*)

Bobbi asintió.

(*Bien. Prepárate.*)

Antes de que él pudiera preguntarle para qué, el símbolo se deshizo de repente en curvas. Gardener comprendió, con un entusiasmo profundo, casi enloquecedor, que la escotilla comenzaba a abrirse. Se oía un chillido agudo, como si algo oxidado, durante mucho tiempo inmóvil, se pusiera de nuevo en movimiento…, pero muy a su pesar.

Vio que Bobbi abría la válvula de su tanque e hizo lo mismo. Después cerró los ojos. Un momento después, un viento suave le dio en el rostro, apartándole el pelo de la frente. «Muerte —pensó Gard—. Esto es la muerte. La muerte que pasa a torrentes por mi lado, llenando esta zanja como gas de cloro. En este momento, todos los microbios de mi piel están muriendo».

El corazón le palpitaba con demasiada rapidez. Comenzaba a preguntarse si la emanación de gas (*como la emanación de gas de un ataúd que se abriera*, parloteó su mente nerviosa) no lo estaba matando, después de todo. Entonces se dio cuenta de que contenía el aliento.

Aspiró por la boquilla y esperó a ver si el aire que contenía el tanque lo envenenaba. No fue así. Tenía un sabor seco y rancio, pero era perfectamente respirable.

(*Cuarenta, tal vez cincuenta minutos de aire.*)

(*Despacio, Gard. Respira despacio. Hazlo durar. Nada de jadeos.*)

Empezó a respirar despacio.

Al menos lo intentó.

Por fin aquel ruido agudo, chirriante, se apagó. La corriente de aire se hizo más suave contra su rostro y por fin cesó por completo. Gard pasó una eternidad en la penumbra, frente a la escotilla abierta, con los ojos cerrados. Los únicos ruidos eran el tamborileo apagado de su corazón y el susurro del aire en el regulador del tanque.

Ya tenía gusto a goma en la boca y los dientes demasiado apretados a la boquilla. Se obligó a serenarse.

Al fin, la eternidad acabó. El pensamiento claro de Bobbi le colmó la mente:

(*Bien… Ya debe de estar…, puedes abrir tus ojos azules, Gard.*)

Como un niño en una fiesta sorpresa, Gard obedeció.

5

Estaba frente a un corredor.

Era perfectamente redondo, descontando una parte plana, en el medio de un costado. La posición parecía imposible. Durante un momento de locura, Gard imaginó a los *Tommyknockers* como horripilantes moscas inteligentes, que habrían caminado por aquella pasarela con patas pegajosas. Luego, la lógica se impuso. La pasarela estaba inclinada, como todo lo demás, porque la nave había quedado escorada en ángulo.

Una luz suave surgía de las paredes lisas, redondeadas.

«Aquí no hay pilas agotadas —pensó Gardener—. Son cosas de larga vida». Miró dentro del corredor, con una profunda sensación de maravilla. «Está viva. Aun después de tantos años, sigue viva».

(*Voy a entrar, Gard. ¿Vienes?*)

(*Trataré de hacerlo, Bobbi.*)

Ella entró, agachando la cabeza para no golpeársela contra la curva superior de la escotilla. Gardener vaciló por un instante, mordiendo la goma de la máscara. Y la siguió.

6

Hubo un momento de agonía trascendente. Sintió, más que oyó, las transmisiones de radio que le llenaban la cabeza. No era sólo una; se habría dicho que todas las emisoras del mundo se hallaban al unísono dentro de su cerebro.

Un momento después, aquello desapareció, por las buenas, sin más, como desaparecen las transmisiones radiales cuando uno entra en un túnel. Acababa de penetrar en la nave y todas las emisiones del exterior se habían reducido a la nada. Un momento después descubrió que no eran sólo las emisiones del exterior. Bobbi lo estaba mirando; era obvio que le enviaba un pensamiento. Gardener supuso que era: «¿Estás bien?» Pero fue sólo una suposición: ya no podía oírle en su cabeza.

Extrañado, respondió: (*¡Estoy bien! ¡Sigue!*)

La expresión interrogante de Bobbi no se alteró. Aunque tenía mucha más

percepción que Gardener, ella tampoco recibía nada. Gard le indicó, por señas, que siguiera.

Al cabo de un momento, Bobbi hizo un gesto de asentimiento y reanudó la marcha.

7

Anduvieron veinte pasos por el corredor. Bobbi avanzaba sin vacilaciones. Tampoco vaciló al llegar a una escotilla interior, también circular, instalada en la parte izquierda de la pasarela. Medía poco menos de un metro de diámetro y estaba abierta. Bobbi la franqueó sin volverse a mirar a Gard.

Él hizo una pausa para observar el corredor, con una suave iluminación, que se extendía hacia el inicio del mismo. Allá estaba la salida: un agujero circular que daba a la oscuridad de la excavación. Por fin siguió a su compañera.

Había una escalerilla de mano atornillada al nuevo corredor, tan escaso de diámetro que bien habría merecido el nombre de túnel. La escalerilla no hacía falta: la posición de la nave ponía ese pasillo en dirección casi horizontal. Ambos lo recorrieron a gatas.

La escalerilla, que de vez en cuando les raspaba la espalda, ponía nervioso a Gard. Para empezar, había un metro veinte de espacio que separaba a cada peldaño del siguiente. Habría sido muy difícil para cualquier hombre, incluso para quien tuviera las piernas muy largas, subir por ella. Por otra parte (y eso era aún más inquietante) tenía en el centro una pronunciada depresión semicircular, casi como una muesca.

«Parece que los *Tommyknockers* tenían pies muy planos —pensó, escuchando el ronquido de su propia respiración—. Muy bien, Gard».

Pero la imagen que le acudía a su mente no era de pies planos. La imagen que se le filtraba de manera suave pero de innegable poder, era la de un ente no visto del todo, que trepaba por esa escalerilla; un ente con una única garra gruesa en cada pie; una garra que se ajustaba con facilidad a cada una de aquellas depresiones.

De pronto las redondeadas paredes, a media luz, parecieron oprimirle; tuvo que luchar contra un terrible ataque de claustrofobia. Los *Tommyknockers* estaban en ese lugar, desde luego que sí, y aún con vida. En cualquier momento sentiría que una mano gruesa, inhumana, le agarraba uno de los tobillos.

El sudor le corrió hasta los ojos, ardiente.

Giró de pronto la cabeza para mirar por encima de un hombro.

«Nada. Nada, Gard. ¡Domínate!»

Estaban allí. Muertos tal vez, aunque vivos de algún modo. En Bobbi, para empezar. Pero…

«Pero tienes que ver, Gard. ¡Ahora, en marcha!»

Siguió arrastrándose. Notó que dejaba leves huellas sudorosas de sus manos en el metal. Huellas humanas dentro de aquel objeto, llegado sólo Dios sabía de qué lugar.

Bobbi alcanzó la boca del pasaje, giró sobre el vientre y desapareció de la vista. Gard la siguió, y luego se detuvo en la boca del pasillo para echar un vistazo. Allí había un espacio grande abierto, de forma hexagonal, como una gran cámara dentro de una colmena. También estaba inclinado en un ángulo extraño, debido al choque. Las paredes relumbraban con una suave luz incolora. De una junta, en el suelo, surgía un cable grueso que se dividía en seis más finos. En el extremo de cada uno se veía un juego de objetos parecido a unos auriculares con el centro abultado.

Bobbi no miraba a aquéllos artefactos, sino que lo hacía al rincón. Gardener siguió la dirección de su mirada y sintió que el estómago se le volvía pesado. La cabeza le dio un vuelco; el corazón se le detuvo por un momento.

Cuando la nave chocó, ellos estaban reunidos alrededor del timón telepático, o como diablos se llamara. Tal vez tratando de corregir el giro hasta el último instante, pero sin resultado. Y allí se encontraban, por lo menos dos o tres, caídos en el rincón más alejado. Resultaba difícil decir qué aspecto tenían: se hallaban demasiado enredados, en el rincón en que habían caído al chocar la nave.

«Accidente de tránsito interestelar —pensó Gardener, descompuesto—. ¿Eso es todo, Alf?»

Bobbi no se acercó a aquellos pellejos pardos amontonados en el ángulo más bajo de la sala, extrañamente desnuda. Se limitó a mirar, mientras abría y cerraba los puños. Gard trató de captar qué pensaba, qué sentía, pero no pudo. Se volvió para descender cuidadosamente desde el borde del pasillo y fue a reunirse con ella; caminó con cautela por el inclinado suelo. Bobbi lo miró con aquellos ojos nuevos, extraños. «¿Qué he de parecerle a través de esos ojos?», se preguntó él, y siguió contemplando los restos enredados del rincón. Ella seguía abriendo y cerrando las manos.

Cuando Gardener echó a andar hacia ellos, Bobbi lo sujetó por el brazo. Él se liberó sin pensarlo siquiera. Necesitaba verles. Se sentía como un niño atraído hacia una tumba abierta, lleno de miedo, pero impulsado a acercarse, de un modo u otro. ¡Necesitaba ver!

Cruzó lo que (pese a su desnudez) daba la sensación de ser la sala de mandos de un navío interestelar. Bajo sus pies, el suelo parecía liso como el cristal, pero sus zapatillas de deporte se aferraban con facilidad. No oía más ruido que el de su propia respiración; no olía otra cosa que el polvoriento aire de Haven. Bajó por el plano inclinado hasta donde estaban los cuerpos y los observó.

«Éstos son los *Tommyknockers* —pensó—. Bobbi y los otros no serán exactamente así cuando se hayan “convertido” por completo, quizá por influencia del medio o por la composición fisiológica original de…, ¿cómo deberíamos llamarlo…

el grupo elegido como blanco? Eso provoca un aspecto algo diferente cada vez. Pero hay un parecido de primos hermanos, sí. Tal vez éstos no sean los originales…, pero sí bastante cercanos. ¡Qué tipos tan feos!»

Sintió un respeto religioso…, horror…, y una repulsión que le corría por la sangre.

Anoche, ya tarde, y la noche anterior —cantó en su mente una voz temblorosa—. *Los* Tommyknockers, *llamando a la puerta.*

Al principio le pareció que había cinco, pero sólo eran cuatro: Uno estaba partido en dos. Ninguno de ellos («ellas», «ésos») parecía haber muerto en paz o de una muerte dulce. En los rostros, feos y de hocico largo, los ojos aparecían cubiertos por una película similar a una catarata. Tenían los labios estirados hacia atrás, en un rictus colérico uniforme.

La piel, escamosa, era transparente; se veían los músculos helados en diseños entrecruzados, alrededor de la mandíbula, las sienes, el cuello.

Carecían de dientes.

8

Bobbi se reunió con él. Gard sintió sobrecogimiento en ella, mas nada de repulsión.

«Ahora, ellos son sus dioses. Rara vez, si acaso, sentimos repulsión por nuestros propios dioses —pensó Gardener—. Ahora, ellos son sus dioses, ¿y por qué no? Ellos la hicieron tal como es hoy».

Los señaló uno a uno, adrede, como si fuese un instructor. Estaban desnudos y las heridas resultaban evidentes. Un choque interestelar, sí. Pero no parecía que hubiese sido a causa de un fallo mecánico. Aquellos extraños cuerpos escamosos estaban rajados, cubiertos de cortes mellados. Una mano de seis dedos seguía cerrada alrededor del mango de algo que parecía un cuchillo con hoja circular.

«Míralos, Bobbi», pensó, aun a sabiendas de que allí Bobbi no podía leerle el pensamiento, aunque él se lo abriera por completo. Señaló una boca estirada, incrustada en el cuello de otro ser; una ancha herida abierta en un pecho grueso, inhumano.

Un cuchillo que no había sido soltado.

«Míralos, Bobbi. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que luchaban entre sí, ajustaban cuentas como bestias, aquí, en la sala de mandos. Tus dioses no eran de los que tratan de buscar acuerdos por medio de la razón. Se estaban sacudiendo una buena. Tal vez todo comenzó por si aterrizaban aquí o no; quizá por si habían hecho mal o bien al no desviarse rumbo a Alfa-Centauro. De un modo u otro, los resultados fueron los mismos. ¿Recuerdas? Siempre supimos que una raza

tecnológicamente avanzada, si alguna vez establecía contacto con nosotros, sería inteligente y sabia. Bueno, aquí está la verdad, Bobbi. La nave se estrelló porque luchaban entre sí. ¿Y dónde están los propulsores? ¿Los sincronizadores? ¿La cámara transportadora? Veo un cuchillo. Nada más. El resto debió ser hecho con espejos…, con las manos…, con esas grandes garras…»

Bobbi apartó la vista, y frunció el entrecejo con fuerza: una discípula que no quería aprender la lección, que estaba decidida a no estudiarla. Hizo ademán de apartarse, pero Gardener la sujetó por el brazo para retenerla. Le señaló los pies.

«Si Bruce Lee hubiera tenido un pie como ésos, habría matado a mil personas por semana, Bobbi».

Las piernas de los *Tommyknockers* eran largas hasta lo grotesco, Gardener las comparó con zancos. Bajo la traslúcida piel, los músculos se veían largos, acordonados, grises. Los pies eran estrechos y carecían de dedos: cada uno se curvaba en una garra gruesa, como de ave. Algo parecido a la garra de un buitre gigantesco.

Gardener pensó en las muescas de los peldaños y se estremeció.

«Mira, Bobbi. Observa qué oscuras están esas garras. Eso es sangre o como se llame lo que tenían dentro del cuerpo. Está en las garras porque con ellas se hicieron casi todo el daño. Cuando se estrelló la nave, esto no se parecía en nada al puente de mando del *Enterprise*[19]. Justo antes del choque, este lugar debía de ser como el escenario de una riña de gallos. ¿Es esto progreso, Bobbi? Comparado con unos tipos así, Ted, el hombre nuclear, es Gandhi».

Bobbi apartó la vista, con el entrecejo fruncido. «Déjame en paz», decían sus ojos.

«Bobbi, ¿no te das cuenta…?»

Ella le volvió la espalda. No estaba dispuesta a ver.

Gardener permaneció junto a los cadáveres desecados, mientras ella trepaba por la cubierta como si de una colina redondeada se tratase. No resbalaba en absoluto. Se encaminó hacia un muro alejado donde había otra abertura circular, que franqueó. Por un momento, Gardener sólo vio sus piernas y las sucias suelas de sus zapatillas; un momento después, también eso desapareció.

Gard ascendió por la pendiente y se detuvo por un momento en el centro de la sala, contemplando el grueso cable que surgía del suelo y los auriculares que se abrían a partir de él. La similitud con el equipo que había en el granero de Bobbi era evidente. Pero lo demás…

Miró alrededor. Sala hexagonal. Desnuda. Sin sillas. Sin fotografías de las cataratas del Niágara…, ni las de Cisne-B. Sin cartas de astronavegación ni equipamientos de científicos locos. Cualquier productor de ciencia-ficción o cualquier experto en artefactos especiales se habría sentido disgustado ante tanto vacío. Sólo había allí algunos auriculares enredados en el suelo y los cuerpos,

perfectamente conservados, pero, con seguridad, tan livianos como hojas otoñales. Auriculares y restos parecidos a pellejos, apilados en ese rincón, allí donde la gravedad los había arrojado. Nada muy interesante. Nada muy sagaz. Todo concordaba. Porque los habitantes de Haven estaban haciendo muchas cosas, pero ninguna muy sagaz, si uno llegaba hasta la raíz del asunto.

No era desilusión lo que sentía; no tanto como una estúpida confirmación, como si una parte de él lo hubiera sabido todo desde antes de entrar allí. Nada de maravillas al estilo Disneylandia: sólo una patética especie de vacío. De pronto recordó el poema de W.H. Auden sobre la huida: *tarde o temprano uno acaba en un cuarto, bajo una lamparilla desnuda, haciendo solitarios a las tres de la mañana*. Al parecer, la Tierra del mañana acabaría siendo un lugar vacío, donde seres lo bastante inteligentes como para capturar estrellas enloquecerían y se destrozarían con las garras de sus pies.

«Pobre Robert Heinlein», pensó Gard.

Y siguió a Bobbi.

9

Anduvo hacia arriba, dándose cuenta de que había perdido por completo la idea de su posición con respecto al mundo exterior. Era más fácil no pensar. Utilizó la escalerilla para ayudarse a avanzar y llegó a una escotilla rectangular. Al mirar por ella se encontró con algo que podría haber sido el cuarto de máquinas: grandes bloques metálicos, cuadrados por un extremo, redondeados por el otro, formados en doble fila. De los extremos cuadrados surgían gruesos tubos plateados opacos, en ángulos torcidos y extraños.

«Como caños que surgen de un armatoste de niño», pensó Gard. Cobró conciencia de algo caliente y líquido en la piel, sobre sus labios. Se dividía en dos y le goteaba por la barbilla. Era su nariz, que sangraba otra vez…, poco, pero como si tuviese la intención de continuar durante mucho rato.

«¿No es más brillante la luz aquí?»

Se detuvo a mirar.

Sí. Y se oía un leve zumbido. ¿O era su imaginación?

Inclinó la cabeza. No, nada de imaginación: maquinaria. Algo la había puesto en funcionamiento.

«No se ha puesto en marcha sola, y tú lo sabes. Nosotros la hemos activado. La estamos activando».

Mordió la boquilla con fuerza. Quería salir de allí. Quería sacar a Bobbi de allí. La nave estaba viva; de un modo extraño, se trataba de la Quintaesencia del *Tommyknocker*. Era un horror, el peor de todos. Un ente sensible… ¿Qué? Se había

despertado, claro. Y Gard lo quería dormido. De pronto se sintió como Juan, el de las habichuelas mágicas, husmeando en el castillo mientras el gigante dormía. Había que salir de allí. Empezó a gatear más deprisa. De súbito, un pensamiento lo detuvo en seco.

«¿Y si no te dejan salir?»

Apartó la idea y continuó su avance.

10

El corredor se abría en forma de Y; el brazo izquierdo continuaba en ángulo ascendente, mientras que el derecho se inclinaba hacia abajo en empinada pendiente. Oyó que Bobbi trepaba por el de la izquierda. Él la siguió y llegó a otra escotilla. Allí estaba su compañera, de pie, que echó un breve vistazo a Gard, con ojos grandes y asustados. Luego, siguió contemplando aquello.

Gard pasó una pierna por la escotilla y se detuvo. De ningún modo entraría allí.

El cuarto tenía forma de rombo. Estaba lleno de hamacas suspendidas en marcos metálicos; las había a cientos. Todas se inclinaban hacia arriba y hacia la izquierda, como borrachas. La sala parecía una instantánea del dormitorio de un barco, tomada en el momento en que el navío cruzaba el valle de una ola. En cada hamaca había un ocupante amarrado. Piel transparente, hocicos perrunos, lechosos ojos muertos.

De cada cabeza triangular escamosa brotaba un cable.

«No están armados —se dijo Gardener—, sino encadenados. Eran los impulsores de la nave, ¿verdad, Bobbi? Si el futuro consiste en esto, es hora de pegarse un tiro. Éstas son galeras impulsadas por esclavos».

Todos mostraban una mueca, como si estuviesen rugiendo, pero Gard notó que algunos de aquellos rictus estaban borrados a medias: sus cabezas parecían haber estallado, como si al estrellarse la nave se hubiera producido un gigantesco rebote de energía que hubiera hecho volar su cerebro, literalmente.

Todos muertos. Amarrados para siempre a sus hamacas, con la cabeza colgando y los hocicos congelados en muecas eternas. Todos muertos en aquella habitación inclinada.

A poca distancia otra máquina se puso en marcha; primero, de un modo vacilante, herrumbroso; después, con más facilidad. Un momento después se oyó el zumbido de unos ventiladores; tal vez eran impulsados por el motor recién activado. El aire se movió contra su rostro; si era respirable o no, desde luego no pensaba averiguarlo personalmente.

«A lo mejor esto se puso en marcha al abrir la escotilla exterior, pero no lo creo. Hemos sido nosotros. ¿Y ahora qué se pondrá en marcha, Bobbi?

¿Y si lo siguiente fueran los mismos *Tommyknockers*? ¿Y si aquellas manos de

seis dedos, grisáceas y transparentes, empezaban a abrirse y cerrarse, como las de Bobbi mientras miraba los cadáveres del cuarto de control? ¿Y si aquellos pies en forma de garra empezaban a retorcerse? ¿O si las cabezas se movían para mirarles con sus ojos lechosos?

«Quiero salir. Aquí los fantasmas son demasiado vitales. Quiero salir».

Tocó a Bobbi en el hombro y ella dio un respingo. Gardener echó un vistazo a su muñeca, aunque allí no había reloj alguno: sólo una señal blanca, ya medio borrada, en el brazo tostado. Había sido un Timex, un viejo reloj resistente que superó muchas cosas en su compañía, pero dos jornadas de trabajo en la excavación habían acabado con él. «He aquí algo que nunca se utilizó en los anuncios de televisión», se dijo.

Bobbi comprendió el mensaje. Señaló el tanque de aire sujeto al cinturón de Gard y lo miró enarcando las cejas. «¿Cuánto tiempo llevamos?»

Él no lo sabía. Tampoco importaba. Quería salir antes de que la maldita nave despertara del todo e hiciera Dios sabía qué.

Señaló el pasillo. «Ya basta. Salgamos».

En la pared junto a él se inició un ruido denso, aceitoso, carcajeante. Gard se apartó, amedrentado. Unas gotas de sangre surgidas de su nariz salpicaron la pared. El corazón le latía como enloquecido.

«Basta; es sólo alguna máquina de bombeo».

El oleoso ruido empezó a asentarse…, y de pronto, algo salió mal. Hubo un chirrido de metal raspado y una rápida serie de explosiones sordas. Gardener sintió que la pared vibraba por un momento, la luz pareció parpadear y amortiguarse.

«Si las luces se apagaran, ¿hallaríamos el camino para salir de aquí? Creo que bromea, señor».

La bomba se puso en marcha otra vez. Se oyó un largo grito metálico, ante el cual los dientes de Gardener mordieron con fuerza la goma de la boquilla. Por fin se apagó. Hubo un castañeteo agudo; como el de una cañita en un vaso vacío. Después, nada.

«No todo ha resistido al tiempo sin sufrir daños», pensó Gardener. Y la idea le resultó un alivio.

Bobbi le estaba señalando: «Sal, Gard».

Antes de obedecer, él vio que Bobbi se detenía para mirar, una vez más, la hilera de hamacas con sus muertos. Su rostro tenía otra vez aquella expresión de temor.

Un momento después, Gard trepaba de nuevo por el mismo camino, tratando de mantener un paso igual y estable, aunque la claustrofobia lo envolvía.

11

En el cuarto de controles, una de las paredes se había convertido en una

gigantesca ventana panorámica, de quince metros de largo por seis de alto.

Gardener, boquiabierto, se quedó mirando el cielo azul de Maine y el borde de pinos, píceas y arces que rodeaba la excavación. En el rincón derecho inferior se veía el techo de hojas que cubría el cobertizo. Lo contempló varios segundos, los suficientes para ver que en el cielo comenzaban a acumularse grandes nubes blancas; entonces se dio cuenta de que no podía ser una ventana. Estaban en medio de la nave más o menos, y muy dentro de la zanja. Una ventana en esa pared mostraría sólo otro sector de la nave. Aunque se hubiesen encontrado cerca del casco (y no era así) habrían visto un panorama de roca cubierta de malla metálica, quizá con una astilla de cielo azul muy arriba.

«Es una imagen televisada; algo similar a una imagen televisada».

Pero no había cables. La ilusión era perfecta.

Gardener, olvidando su claustrofóbica necesidad de salir ante el poder de aquella fascinación, anduvo con paso lento hacia la pared. El ángulo le daba una perversa sensación de vuelo; el efecto era como escurrirse tras los controles de un avión de entrenamiento y poner los falsos mandos en un ascenso casi vertical. El cielo, a fuer de luminoso, le hacía bizquear. Era incapaz de no buscar la pared, tal como se espera ver una pantalla de cine a través de la imagen al acercarse, pero allí no parecía haber nada. Los pinos formaban un verde claro, auténtico; sólo la falta de brisa y de olor a bosque desmentían la persuasiva ilusión.

Se acercó un poco más, siempre en busca de la pared.

«Es una cámara, tiene que estar montada en el borde exterior de la nave, tal vez en la parte con la cual Bobbi tropezó. El ángulo lo confirma. ¡Pero por Dios, qué real es, diablos! Si la gente de Kodak o Polaroid viese esto, perdería la chav…»

Sintió que lo aferraban del brazo con fuerza y el terror dio un salto en él. Giró en redondo, esperando encontrarse con uno de «ellos», una cosa sonriente con cabeza de perro, y un cable con un enchufe en el extremo: *¿Quiere agacharse, señor Gardener, por favor? Esto no duele nada.*

Era Bobbi, que señaló la pared-ventana. Con los brazos y las manos extendidas, le hizo una rápida mímica. Después volvió a señalar la pared-ventana. Gardener tardó un momento en comprender. Con horripilantes gestos que resultaban casi divertidos, Bobbi le estaba diciendo que tocar esa falsa ventana se parecería mucho a tocar la tercera vía del subterráneo: lo electrocutaría.

Gardener asintió. Luego señaló el pasillo más ancho, aquel por donde habían entrado. Bobbi respondió a su gesto y abrió la marcha.

Mientras Gard trepaba, creyó oír un susurro de hojas secas y se volvió, aterrorizado como un niño. Pensaba que podían ser ellos, los cadáveres del rincón, que se elevaban poco a poco sobre sus garras como zombies.

Pero aún yacían en su enredo de brazos y piernas. La amplia y clara vista del cielo

y los árboles en la pared (o *a través* de ella) se oscurecía; perdía realidad y definición. Gardener se volvió para arrastrarse tras Bobbi tan deprisa como le fue posible.

SIETE

LA PRIMICIA. CONTINUACIÓN

1

«Estás loco, ¿sabes?», se dijo John Leandro, mientras estacionaba… en el mismo sitio que Everett Hillman apenas tres semanas antes. Leandro no lo sabía, por supuesto. Probablemente era mejor así.

«Estás loco —repitió—. Has sangrado como un cerdo degollado, tienes dos dientes menos en la boca y estás pensando en volver. ¡Estás loco!»

«En efecto —pensó, bajando del viejo coche—. Tengo veinticuatro años, soy soltero y empiezo a echar barriga. Si estoy loco es por esto que encontré. Y lo encontré yo, yo mismo, yo tropecé con él. Es grandioso y es mío. Mi noticia. No: usaré la otra palabra. Aunque sea anticuada, ¿a quién le importa, si es la correcta? Mi primicia. Y no voy a dejar que me mate, pero seguiré montado en ella hasta que me despida de su lomo».

Leandro se irguió en el estacionamiento, a la una y cuarto de un día que se estaba convirtiendo en el más largo de su vida (también sería el último, pese a todos sus juramentos interiores) y pensó: «Bien, muchacho. Seguir hasta que te despida de su lomo. Probablemente Robert Capa y Ernie Puyle pensaban lo mismo de vez en cuando».

Sensato. Sarcástico, pero sensato. Sin embargo, aquella parte de su mente, más profunda, parecía estar por encima de la sensatez. «Mi noticia —replicó, terca—. Mi primicia».

John Leandro, vestido ahora con una camiseta en la que se leía: ¿DÓNDE DIABLOS QUEDA TROY, MAINE? (David Bright habría reído hasta sufrir una hemorragia ante ese detalle), cruzó el pequeño estacionamiento de Instrumental Médico Maine (especializados en respiración desde 1946) y entró.

2

—¿No le parece que treinta dólares es mucho depósito por una máscara de oxígeno? —preguntó Leandro al empleado, mientras sacaba su efectivo. Creía tener los treinta, pero sólo le quedaría un dólar y medio—. No parece artículo de mercado negro.

—Antes no pedíamos depósito —dijo el empleado—. Tampoco ahora lo hacemos

si quien lo alquila es una persona o una organización que conozcamos. Pero hace tres semanas perdí uno de éstos. Un anciano me dijo que necesitaba un equipo de oxígeno. Supuse que sería para bucear, ¿sabe? Era viejo, pero parecía estar en buen estado físico. Le recomendé que fuera a un negocio de buceo de Bangor, pero él dijo que no, que le interesaba algo fácil de transportar en tierra. Entonces le alquilé uno de éstos. No nos lo ha devuelto. Un Bell flamante. Doscientos dólares el equipo.

Leandro miró al empleado, casi descompuesto de entusiasmo. Se sentía como si estuviese siguiendo las flechas hacia el interior, cada vez más profundo, de una caverna que, aunque atemorizaba, era fabulosa y estaba totalmente inexplorada.

—¿Alquiló el equipo usted en persona?

—Sí, en efecto. Mi padre y yo llevamos el negocio, y él estaba en Augusta, entregando un pedido de tubos de oxígeno. Me armó un escándalo. No sé si le gustará que alquile otro Bell, pero supongo que con un depósito no habrá problemas.

—¿Puede describirme a ese hombre?

—Oiga, señor, ¿se siente bien? Lo veo un poco pálido.

—Estoy bien. ¿Puede describirme al hombre que alquiló el equipo de respiración?

—Anciano. Bronceado. Casi calvo. Flaco…, fibroso, diría yo. Parecía estar en buen estado físico, como le digo. —El empleado quedó pensativo—. Conducía un Valiant.

—¿Puede averiguar qué día alquiló el equipo?

—¿Usted es policía?

—Periodista. Del *Daily News* de Bangor. —Leandro mostró su credencial.

El empleado también se estaba excitando.

—¿Hizo algo más? Aparte de arruinar nuestro equipo, claro.

—¿Puede buscarme el nombre y la fecha?

—Por supuesto.

El empleado revisó su libro de alquileres. Encontró la anotación y dio vuelta al libro para que Leandro pudiera leerla. Estaba fechada el 26 de julio. El nombre, aunque garabateado, era legible: Everett Hillman.

—Usted nunca informó a la Policía de que había perdido ese equipo —dijo Leandro. No fue una pregunta. Si se hubiese denunciado un robo para complementar la comprensible molestia de la propietaria de su cuarto alquilado, burlada en dos semanas de renta, la Policía se habría tomado un poco más de interés sobre cómo, por qué y dónde había desaparecido Hillman.

—No. Papá dijo que no me molestara. Nuestro seguro no cubre el robo del equipó alquilado, ¿comprende? Y…, bueno, por eso.

El hombre se encogió de hombros con una sonrisa, pero el gesto tenía algo de azoramiento; la sonrisa era algo intranquila. Aquello, en conjunto, reveló muchas cosas a Leandro. El muchacho podía ser un caso de ingenuidad sin remedio, como

David Bright pensaba, pero no era estúpido. Si ellos denunciaban el robo o desaparición del equipo, la compañía de seguros no cubriría la pérdida. Pero el padre conocía algún otro modo de cobrárselo a la compañía. De cualquier modo, por el momento eso era secundario.

—Bueno, gracias por su ayuda —dijo Leandro, devolviendo el libro—. Ahora, si pudiésemos terminar con esto…

—Claro, por supuesto. —El empleado se mostró feliz de abandonar el tema del seguro—. No publicará nada de todo esto sin consultar con mi padre, ¿verdad?

—Quédese tranquilo —aseguró Leandro, con una cálida sinceridad que el mismo P.T. Barnum le habría envidiado—. ¿Puedo firmar el contrato?

—Sí, pero antes necesito alguna identificación. Al viejo no le pedí nada y papá me armó el escándalo también por eso.

—Acabo de mostrarle mi credencial de periodista.

—Sí, pero ¿no tiene algún documento *de verdad*?

Leandro, con un suspiro, mostró su permiso de conducir.

3

—Despacio, Johnny —pidió David Bright.

Pero Leandro estaba en una cabina telefónica al aire libre, en el estacionamiento de un restaurante. En la voz de Bright percibió el principio del entusiasmo.

«Me cree. Hijo de puta, parece que finalmente me cree».

Mientras se alejaba de Instrumental Médico Maine, otra vez rumbo a Haven, el entusiasmo y la tensión de Leandro habían ido en aumento, al punto de hacerle sentir que estallaría si no hablaba de todo aquello con otra persona. Y era preciso; reconocía que esa responsabilidad superaba su deseo de conseguir la primicia por cuenta propia. Tenía que contarlo porque quería regresar a Haven y podía ocurrirle algo malo. Y, en ese caso, convenía que alguien supiera en qué andaba. Bright, por insufrible que resultara, era la honradez hecha persona; no le jugaría sucio.

«Sí, tengo que ir más despacio».

Pasó el auricular a la otra oreja. El sol de la tarde le quemaba el cuello, pero eso no le incomodaba. Comenzó por el viaje a Haven; la increíble cantidad de emisoras que su radio recibía; las violentas náuseas; la hemorragia nasal; los dientes perdidos. Le habló de su conversación en el almacén, de lo desierta que estaba la zona, como si todos hubiesen colgado un gran cartel: «Nos fuimos de pesca». No mencionó su percepción matemática porque apenas la recordaba. Algo había ocurrido, sí, mas ese algo era vago y difuso en su mente.

Lo que sí dijo fue que, en su opinión, el aire de Haven estaba contaminado de algún modo; tal vez había una filtración química o un escape de gas natural, pero

mortífero, desde las entrañas de la tierra.

—¿Un gas que mejora las transmisiones de radio, Johnny?

Sí, él sabía que resultaba improbable, que las piezas del acertijo no coincidían aún. Pero había estado allí y tenía la seguridad de que era el aire lo que había hecho que se pusiera enfermo. Por eso volvería con un equipo de oxígeno portátil.

Relató su casual descubrimiento de que Everett Hillman, a quien Bright había descartado por creerlo chiflado, había estado en el mismo lugar antes que él, buscando exactamente lo mismo.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó, por fin.

Hubo una pausa momentánea. Por fin, Bright dijo unas palabras que a Leandro le sonaron como las más dulces de su vida:

—Creo que tuviste razón desde un comienzo, Johnny. Allí está ocurriendo algo muy raro. Y te aconsejo con toda mi fuerza que no te acerques.

Leandro cerró los ojos por un momento y apoyó la cabeza contra el teléfono público. Sonreía. Era una sonrisa grande y feliz. Razón. Razón desde un comienzo. Ah, qué bellas palabras, sonidos de balsámica beatitud. Razón desde un comienzo.

—John, ¿Johnny? ¿Estás ahí?

Con los ojos cerrados, sin dejar de sonreír, Leandro respondió:

—Estoy aquí. —«Disfrutando, David, viejo, porque me he pasado la vida esperando que alguien me dijera que tenía razón desde un comienzo. Sobre cualquier cosa».

—No te acerques. Llama a la policía del Estado.

—¿Harías tú eso?

—¡No! ¡No jodas!

Leandro se echó a reír.

—Bueno, ya ves. No me pasará nada. Tengo oxígeno.

—Según el tipo que te alquiló el equipo, Hillman también lo tenía. Y ha desaparecido.

—Voy a ir de todos modos —repitió Leandro—. Si ocurre algo en Haven, quiero ser el primero en verlo… y en tomar fotografías.

—No me gusta.

—¿Qué hora es? —El reloj de Leandro se había parado. Qué curioso, estaba seguro de haberle dado cuerda esa misma mañana.

—Casi las dos.

Bueno. Telefonearé a las cuatro, a las seis, etcétera, hasta que vuelva a casa sano y salvo. Si no tienes noticias mías cada dos horas, avisa a la Policía.

—Johnny… Es como si un niño jugando con fósforos diera permiso a su padre para echar agua si se incendiara.

—Tú no eres mi padre —replicó el joven, con tono áspero.

Bright suspiró.

—Mira, Johnny: por si esto cambia en algo las cosas, te pido disculpas por haberte llamado Jimmy Olsen. Tenías razón. ¿No te basta con esto? No te acerques a Haven.

—Dos horas. Quiero dos horas, David. Merezco esas dos horas, joder.

Y Leandro cortó la comunicación.

Echó a andar hacia su coche…, pero retrocedió, desafiante, y pidió dos hamburguesas completas. Por primera vez en su vida iba a comer en uno de esos lugares que su madre llamaba bares de carretera. Sólo el modo en que pronunciaba aquellas palabras sonaba como si fuesen negros pozos de horror.

Le sirvieron las hamburguesas calientes y envueltas en papel encerado, lleno de manchas de grasa, con unas palabras maravillosas impresas en toda la bolsa: HAMBURGUESAS DERRY. Antes de haber vuelto a su Dodge, Leandro había devorado ya la primera.

—Estupenda —dijo, con la boca tan llena que la palabra sonó algo así como «cubenga»—. ¡Estupenda, ya lo creo!

«¡Adelante, microbios!», pensó con desafiante aire de borracho mientras salía a la carretera Nueve. Ignoraba por supuesto, que en Haven las cosas estaban cambiando rápidamente. Así era desde el mediodía: la situación en la ciudad era crítica, como se diría en términos nucleares. De hecho, Haven se había convertido en un país aparte, y sus fronteras estaban custodiadas.

Leandro siguió viaje sin saber nada de eso, dando un mordisco a la segunda hamburguesa. Sólo lamentaba no haber pedido también un batido de vainilla.

4

Cuando pasó ante el almacén de Troy, su euforia se había disipado ya, reemplazada por el nerviosismo anterior. El cielo lucía un claro azul en el que flotaban algunas nubecitas esponjosas, pero sus nervios parecían predecir una tormenta eléctrica. Echó un vistazo al equipo de oxígeno que llevaba en el asiento vecino: la máscara dorada envuelta en celofán, con un letrero que decía: DESINFECTADO Y SELLADO PARA SU PROTECCIÓN. «En otras palabras —pensó Leandro—: Prohibida la entrada a los microbios».

No había coches en la carretera. No había tractores en los sembrados. No había niños que caminaran descalzos por el arcén, con cañas de pescar. Troy soñaba en silencio (y sin dientes, pensó Leandro) bajo el sol de verano.

Mantuvo la radio sintonizada en WZON. Al pasar ante la iglesia baptista empezó a perder la señal en un creciente murmullo de otras voces. Poco después, las hamburguesas iniciaron la primera caminata intranquila por su estómago; después les

dio por brincar. Las imaginaba salpicando grasa al hacerlo. Estaba muy cerca del lugar donde se había detenido en su primer esfuerzo por llegar a Haven.

Se detuvo una vez más, sin demora. No quería que los síntomas empeoraran. Aquellas hamburguesas eran demasiado ricas para desperdiciarlas.

5

Con la máscara de oxígeno en su lugar, el malestar pasó casi enseguida. Sin embargo, la sensación de comezón y nerviosismo no cedió. Sorprendió su reflejo en el espejo retrovisor, con la máscara dorada que se bamboleaba sobre la nariz y la boca, y experimentó un miedo momentáneo: ¿Era él? Sus ojos parecían demasiado serios, demasiado atentos…, como los de un piloto de combate. A Leandro no le gustaba que la gente como David Bright lo considerara imbécil, pero tampoco le agradaba parecer tan serio.

«Ya es demasiado tarde. Estás en el juego».

La radio balbuceaba en cien voces, quizá en mil. Leandro la apagó. Más adelante se encontraba la línea municipal de Haven. El muchacho, que nada sabía sobre las medias de nilón invisibles, siguió su trayecto hasta el cartel indicador del límite…, y pasó junto a él, entrando en Haven sin dificultades.

Aunque el problema con las pilas y las baterías estaba llegando de nuevo a su punto crítico, los habitantes de Haven habrían podido establecer campos de fuerzas a lo largo de casi todas las rutas de acceso a la ciudad. Pero en la confusión y el miedo provocados por los acontecimientos de la mañana, Dick Allison y Newt habían tomado una decisión que afectó a John Leandro. Aunque la idea era que Haven permaneciera cerrada, no querían que alguien se topara con una barrera inexplicable en medio de lo que parecía ser aire puro: los afectados darían media vuelta y contarían el caso a quien no convenía…

… o sea, a cualquier otro habitante de la Tierra.

(*No creo que nadie pueda acercarse tanto, dijo Newt, que iba con Dick en la camioneta de este último, formando parte de una procesión que se dirigía hacia la casa de Bobbi Anderson.*)

(*Yo también pensaba eso antes —replicó Dick—. Pero ya viste lo que pasó con Hillman… y con la hermana de Bobbi. No, algunos podrían entrar. Pero si alguien entra, no volverá a salir.*)

(*Está bien. Tú mandas por hoy. Y ahora, ¿no puedes dar un poco más de velocidad a este carromato?*)

La textura de sus pensamientos (y los de todos aquellos que se agrupaban en torno a ellos) era horrorizada y furiosa. En ese momento, la posible incursión de forasteros en Haven parecía el menor de sus problemas.

—¡Yo sabía que debíamos deshacernos de ese maldito borracho! —gritó Dick en voz alta.

Y descargó el puño contra el tablero. No llevaba maquillaje. Su piel, además de tornarse cada vez más translúcida, había comenzado a endurecerse. El centro de su rostro (y lo mismo ocurría con Newt y con cuantos habían estado en el granero de Bobbi) empezaba a abultarse. Se parecía, sin la menor duda, a un hocico.

6

John Leandro ignoraba todo esto, por supuesto. Sólo sabía que la atmósfera que lo rodeaba era venenosa, más venenosa de lo que él mismo había pensado. Cuando bajó la máscara dorada para aspirar un poco de aire, el mundo empezó a oscurecerse de inmediato. Se apresuró a colocarse otra vez la máscara, con el corazón acelerado y las manos frías.

Unos doscientos metros más allá de la línea municipal, su Dodge dejó de funcionar. En Haven, casi todos los vehículos habían sido adaptados para resistir el campo electromagnético, cada vez mayor, que la nave sepultada emitía. Gran parte de ese trabajo se efectuaba en el taller de Elt Barker. Pero el coche de Leandro no había recibido ese tratamiento.

Permaneció sentado tras el volante por un momento, mirando las estúpidas luces rojas. Puso la palanca de cambios en punto muerto e hizo girar la llave. El motor no emitió el menor sonido. Caramba, ni siquiera se oía el chasquido del arranque.

«Es probable que se haya desconectado el cable de la batería».

Pero no podía ser un cable de la batería. De lo contrario las luces del tablero se habrían apagado. De cualquier modo, ése era un detalle sin importancia. Leandro sabía que no se trataba de un cable desconectado.

En aquel lugar, la carretera estaba bordeada por árboles a ambos lados. El sol, por entre las hojas móviles, formaba diseños manchados en el asfalto y en el blanco polvo de las cunetas. De pronto sintió la presencia de ojos que lo observaban detrás de los árboles. Eso era una tontería, por supuesto, pero aun así, la sensación le pareció muy poderosa.

«Bueno, ahora tendrás que bajar y ver si eres capaz de abandonar la zona contaminada antes de que se te acabe el aire. Las posibilidades se acortan con cada segundo que pasas aquí asustándote».

Probó el encendido una vez más. Nada.

Sacó su cámara, se pasó la correa por el hombro y bajó. Echó una mirada intranquila a los árboles de la derecha. Creyó oír algo tras ellos: como un arrastrar de pies. Giró en redondo con celeridad, los labios estirados en una mueca de miedo.

Nada…, nada *a la vista.*

«Los bosques son encantadores. Tan oscuros y hondos…»

«Muévete. Estás malgastando el aire sin hacer nada».

Abrió otra vez la portezuela y se inclinó hacia dentro para sacar el revólver de la guantera. Lo cargó y trató de guardarlo en el bolsillo derecho, pero el arma era demasiado grande. Tuvo miedo de que se le cayera y se disparase. Se subió la camiseta nueva para meter la pistola bajo el cinturón y la cubrió con la prenda.

Echó otra mirada al bosque y volvió la vista al coche, rencoroso. Podía tomar fotos, sí, pero ¿qué saldría en ellas? Sólo una carretera desierta, de las que había muchas en todo el estado, aun en lo mejor de la estación turística. Las fotos no reflejarían la falta de sonidos en el bosque ni el aire envenenado.

«Aquí va tu primicia, Johnny. Oh, escribirás muchos artículos sobre el tema; tal vez debas explicar a los fotógrafos cuál es tu lado bueno. Pero ¿tu retrato en la portada de *Newsweek*? ¿El premio Pulitzer? Ni pensarlo».

Una parte de él, la más adulta, insistía en que resultaba una tontería: un poco es mejor que nada, y casi todos los periodistas del mundo habrían sido capaces de matar por conseguir un poco de eso, fuera lo que fuese.

Pero John Leandro era un inmaduro para sus veinticuatro años. David Bright no se equivocaba al detectar en él una generosa porción de imbecilidad. Había motivos, por supuesto, pero los motivos no cambiaban el hecho. Se sentía como un principiante que hubiera anotado un gran tanto en su primera participación en el campeonato. No estaba mal…, pero una voz clamaba en el fondo: «Eh, Dios, ya que ibas a darme una de las gordas, ¿por qué no me la has dado entera?»

El pueblo de Haven estaba a poco más de un kilómetro. Llegaría caminando en quince minutos…, pero así no saldría salir de la zona envenenada antes de que el oxígeno se le acabara.

«¿Por qué no habré alquilado dos de estos malditos equipos?»

Aunque se te hubiera ocurrido, no tenías con qué pagar dos depósitos. La cuestión, Johnny, es si quieres morir por tu primicia.

No. Él deseaba que su rostro apareciera en la portada de *Newsweek*, pero no con un margen negro a su alrededor.

Echó a andar hacia el límite municipal con Troy. No había dado cincuenta pasos cuando percibió un ruido de motores. Muchos motores, muy lejos.

«Algo sucede al otro lado de la ciudad».

Es como si ocurriera algo en el lado oscuro de la Luna. Piensa en otra cosa —le aconsejó su mente.

Después de echar otra mirada intranquila al bosque, reanudó la marcha. Caminó unos doce pasos más y se dio cuenta de que percibía otro sonido: un zumbido gravé, que se aproximaba desde atrás.

Al volverse en redondo, quedó boquiabierto. En Haven, la mayor parte de julio

había sido «mes municipal del artefacto», con el progreso de la «conversión», la mayoría de los habitantes de Haven había perdido interés en esas cosas… pero los artefactos seguían allí: extraños elefantes blancos, como los que Gardener había visto en el granero de Bobbi. Muchos estaban de servicio, igual que policías de aduana. Hazel McCready, en su oficina del ayuntamiento, los convertía en monitores por turno, mediante una serie de auriculares. Estaba furiosa porque la hubieran dejado allí para cumplir con aquella tarea cuando el futuro de todo dependía de lo que ocurriera en el granero de Bobbi. Pero…, alguien había entrado en la ciudad, después de todo.

Feliz por contar con una distracción, Hazel se hizo cargo del intruso.

7

Era la máquina de Coca-Cola que había visto frente al supermercado Cooder. Leandro, petrificado de asombro, observó cómo se le aproximaba: un alegre paralelepípedo de dos metros de alto por uno veinte de ancho. Se deslizaba con rapidez hacia él, por el aire, la base a medio metro del suelo.

«He captado un anuncio publicitario —pensó Leandro—. Un extraño anuncio publicitario. Dentro de dos segundos, la puerta de ese objeto se abrirá y O. J. Simpson saldrá volando por ella».

Era una idea divertida. Leandro se echó a reír. Aun mientras reía se le ocurrió que aquella era su foto. Oh, sí, ahí la tenía. ¡Una máquina de Coca-Cola flotando por encima de una carretera asfaltada!

Echó mano a la cámara. La máquina, canturreando en su interior, circunvoló el coche detenido y siguió con su aproximación. Parecía la alucinación de un loco, pero el frente de la máquina proclamaba que era real, aunque uno quisiera creer lo contrario.

Leandro, riendo aún como un tonto, se dio cuenta de que la máquina no se detenía. Por el contrario, aceleraba la marcha. ¿Y eso era una máquina de refrescos, en realidad? Una nevera con letreros de propaganda. Las neveras eran pesadas. La máquina de Coca-Cola, un misil rojo y blanco, cortaba el aire hacia él. El viento hacía un pequeño ruido trompeteante en la ranura para las monedas.

Leandro se olvidó de la foto y dio un salto a la izquierda. La máquina de Coca-Cola le golpeó en la tibia derecha y se la fracturó. Por un momento, su pierna quedó reducida a un relámpago de puro dolor blanco. Gritó dentro de la dorada máscara, mientras aterrizaba de vientre al lado de la carretera, desgarrándose la camiseta. La cámara voló en el extremo de su correa y se estrelló contra la crujiente grava.

«¡Oh, hijo de puta, esa cámara me costó cuatrocientos dólares!»

Se incorporó sobre las rodillas y se volvió, con la ropa desgarrada y el pecho ensangrentado. Su pierna era un puro alarido.

La máquina giró para regresar. Durante un momento pendió en el aire; la parte frontal giraba en pequeños arcos, como una pantalla de radar. El sol arrancaba destellos a su puerta de vidrio. Estaba llena de botellas de Coca-Cola y Fanta.

De pronto, apuntó hacia él…, y aceleró.

«¡Me ha hallado, Dios mío…!»

Se levantó y trató de saltar hacia el coche con la pierna izquierda. La máquina lo siguió, trompeteando de una forma horrenda por la ranura de las monedas.

Leandro, entre chillidos, se arrojó hacia delante y rodó. La máquina pasó a unos diez centímetros de él, que aterrizó en la carretera, con el dolor gritando en su pierna fracturada. Lanzó un chillido.

La máquina giró, se detuvo, lo encontró y reinició la marcha.

El muchacho buscó a tientas la pistola que llevaba a la cintura y la sacó. Disparó cuatro veces, balanceándose sobre las rodillas. Cada proyectil dio en el blanco. El tercero destrozó la puerta de vidrio.

Lo último que vio Leandro antes de que la máquina lo golpeara (con sus casi trescientos kilos) fue que varios refrescos se derramaban por los cuellos rotos de las botellas que sus balas habían hecho añicos.

Botellas con el cuello roto, que se le aproximaban a sesenta kilómetros por hora.

¡Mamá!, gritó la mente de Leandro. Y cruzó los brazos delante de su rostro.

Después de todo, ya no necesitaba preocuparse por los cuellos de botella ni por los microbios ingeridos con las hamburguesas. Era una de las grandes verdades de la vida: cuando uno está a punto de ser golpeado por una máquina de Coca-Cola de trescientos kilos, lanzada a toda velocidad, no hace falta preocuparse por otra cosa.

Se oyó un golpe seco y un crujido. El cráneo de Leandro se hizo trizas, como un jarrón de la dinastía Ming arrojado contra el suelo. Un segundo después, la columna se le quebró. Por un momento, la máquina lo arrastró consigo, pegada a él como un bicho al parabrisas de un coche que circula a mucha velocidad. Las piernas abiertas se deslizaron por la carretera, a ambos lados de la línea blanca. Los tacones de los zapatos se redujeron a humeantes nódulos de goma. Uno de ellos cayó al suelo.

Por fin se desprendió de la máquina y se derrumbó en el asfalto.

La máquina de Coca-Cola inició el regreso hacia el pueblo de Haven. Su recipiente del dinero, arruinado en el choque con Leandro, fue dejando un arroyo de monedas de diez y de veinticinco centavos, que rodaban por la carretera.

OCHO

GARD Y BOBBI

1

Gardener sabía que Bobbi no tardaría en actuar. La Antigua Bobbi había cumplido con lo qué la Nueva y Perfeccionada Bobbi consideraba como su última obligación para con el bueno de Jim Gardener, que había acudido para salvar a su amiga y se había quedado a pintar una endemoniada y extraña cerca.

Más aún, pensaba que lo haría con el estribo: Bobbi quería ser la primera en subir y, una vez arriba, no le enviaría el aparejo. Y él quedaría, junto a la escotilla, y allí moriría, al lado de aquel símbolo desconocido. Bobbi no necesitaría siquiera entenderse con la incómoda realidad del asesinato. No tendría que pensar tampoco en que el viejo Gard acabaría en una lenta y angustiosa muerte por hambre, pues el viejo Gard moriría muy pronto de hemorragias múltiples.

Pero Bobbi insistió en que él fuera el primero en subir. La expresión sardónica de sus ojos indicaba que le había adivinado el pensamiento…, sin necesidad de leerle la mente.

El estribo se elevó en el aire y Gardener se aferró al cable, dominando la necesidad de vomitar. Pronto sería imposible hacerlo, pero Bobbi le había enviado un pensamiento que le llegó con claridad en cuanto estuvieron fuera de la escotilla:

(*No te quites la máscara hasta que estés arriba.*)

¿Los pensamientos de Bobbi eran ahora más claros o se trataba sólo de su propia imaginación? No, no era imaginación. Ambos habían recibido otro impulso dentro de la nave. La camisa se le estaba empapando con la sangre que seguía brotando de su nariz; la máscara de aire también estaba llena. Era la peor hemorragia nasal de cuantas había sufrido desde que Bobbi lo llevó a la excavación por primera vez.

(*¿Por qué?*), emitió él, mientras ponía todo el cuidado posible para proyectar sólo el pensamiento superficial y nada más profundo.

(*Casi todas las máquinas que hemos oído funcionar eran circuladores de aire. Si respirases lo que hay ahora en la zanja, morirías tan pronto como si hubieses respirado lo que había en la nave cuando abrimos. Las dos atmósferas tardarán todo el resto del día, por lo menos, en igualarse.*)

No era el tipo de pensamiento que alguien esperaría de la mujer que quería matarlo… pero los ojos de Bobbi, seguían con aquella expresión… que coloreaba todos sus pensamientos.

Prendido del cable para no caer, mordiendo la boquilla de goma, Gard trataba de

dominar su estómago.

El ascensor de cuerdas llegó arriba. Gard se alejó, aunque sentía las piernas como si estuviesen hechas de bandas elásticas y clips sujetapapeles. Apenas reparó en la aspiradora con su cable que seguía manipulando los botones. «Cuenta hasta diez —pensó—. Cuenta hasta diez y aléjate todo lo posible de la zanja. Después quítate la máscara y respira lo que haya. De cualquier modo, prefiero morir antes que seguir sintiéndome así».

Apenas pudo alejarse cinco pasos. Ante sus ojos bailaban imágenes descabelladas: el momento en que había vaciado una copa en el escote de Patricia McCardle; Bobbi, que se tambaleaba en su porche, recibiéndolo a su llegada; el hombre grandote, con la boquilla dorada sobre la nariz y la boca, volviéndose para mirarlo por la ventanilla de un *jeep*, mientras él yacía borracho en el porche…

«Si cavase en varios lugares diferentes, allá en la cantera, quizá encontraría también ese jeep», pensó. Y fue en ese momento cuando su estómago se rebeló sin más.

Arrojó a un lado la máscara y vomitó, buscando a tientas el tronco de un pino para apoyarse.

Lo hizo otra vez. Nunca en su vida había vomitado de aquel modo, aunque había leído algo al respecto. Devolvía casi todo sangre. Y surgía como andanadas de balas. Casi parecían balas. Era un ataque de vómito proyectil. Los médicos no lo consideraban buena señal.

Un velo negro cayó ante su vista. Las rodillas se le aflojaron.

«¡Oh, mierda, me estoy muriendo!», pensó. Pero la idea no parecía tener valor emocional. Era una mala noticia, ni más ni menos. Sintió que su mano resbalaba por la corteza del pino y palpó la savia. Cobró vaga conciencia de que el aire olía mal, amarillo, sulfúrico, tal como huele una fábrica de papel después de una semana de clima muy húmedo. No le importó. No sabía si existían los Campos Elíseos o sólo una negra nada, pero lo que fuese no tendría ese hedor. Tal vez saliera ganando, de un modo u otro. Lo mejor era dejarse ir. Dejarse…

«¡No! No puedes dejarte ir. Volviste para salvar a Bobbi. Tal vez Bobbi no podía ya ser salvada, pero ese niño está aún por ahí, y tal vez él sí tenga salvación. ¡Por favor, Gard, inténtalo al menos!»

—Que no sea por nada —dijo, con voz quebrada y vacilante—. Por favor, Jesucristo, haz que no sea por nada.

Las nieblas grises se despejaron un poquito. Los vómitos cedieron. Se llevó una mano al rostro y barrió con ella una lámina de sangre.

En ese momento, una mano le tocó la nuca. A Gard se le puso la piel de gallina. Una mano… la mano de Bobbi… que no era humana.

(*¿Estás bien, Gard?*)

—Estoy bien —respondió en voz alta. Y logró levantarse.

El mundo onduló por un momento, pero se asentó. Lo primero que vio en él fue a Bobbi. Su expresión era de frío cálculo. No había amor en ella, ni siquiera una ficción de interés. Bobbi estaba más allá de esas cosas.

—Vamos —dijo, con voz ronca—. Conduce tú. Me siento… —se tambaleó y tuvo que aferrarse del extraño hombro de Bobbi para no caer— algo decaído.

2

Cuando llegaron a la granja se encontraba mejor. La hemorragia nasal se había reducido a un goteo. Gran parte de la sangre vomitada debía ser la que había tragado mientras tenía puesta la máscara de oxígeno. Eso esperaba, al menos.

En total había perdido nueve dientes.

—Tengo que cambiarme —dijo Gard.

Ella asintió sin mayor interés.

—Después ven a la cocina —repuso ella—. Tenemos que hablar.

—Sí, supongo que sí.

En la habitación de huéspedes, Gardener se quitó la camiseta que llevaba y se puso una limpia, que dejó por fuera del pantalón. Levantó el colchón de la cama y sacó el 45 para metérselo bajo el cinturón. La camiseta le quedaba demasiado grande, porque había perdido mucho peso; el contorno del arma no era visible si metía un poco el estómago. Se detuvo por un momento, preguntándose si estaba listo para eso. Tal vez no había modo de saber por anticipado si estaba listo o no. Un sordo dolor de cabeza le carcomía las sienes. El mundo parecía perder nitidez y recuperarla en ciclos lentos, vacilantes. Le dolía la boca y sentía la nariz llena de sangre seca.

Listo: un enfrentamiento como los que Bobbi describiría en sus novelas. Mediodía en el estado de Maine. Hagan sus apuestas, amigos.

El espectro de una sonrisa le estiró los labios. Todos los filósofos principiantes, de a diez centavos la docena, decían que la vida era una proposición extraña. Pero eso era ridículo.

Fue a la cocina.

Bobbi, sentada a la mesa, lo observaba. Un fluido verde, extraño, apenas visible, circulaba bajo la superficie de su transparente rostro. Sus ojos (más grandes, con las pupilas extrañamente deformadas) miraban a Gardener con aire sombrío.

Sobre la mesa había una radio modificada. La había llevado Dick Allison tres días antes, a petición de Bobbi. Era la que Hanck Buck había usado para enviar a *Letrina* Barfield al gran *repledeple* del cielo. Bobbi había tardado menos de veinte minutos en conectar sus circuitos a la pistola de juguete con que apuntaba a Gard.

En la mesa había dos cervezas y un frasco de píldoras. Gardener reconoció ese

frasco: Bobbi debía haberlo cogido del baño mientras él se cambiaba la camiseta. Era su Valium.

—Siéntate, Gard —dijo Bobbi.

3

Gardener había interpuesto su escudo mental en el momento de salir de la nave. Sólo cabía preguntarse hasta qué punto seguiría en funciones.

Cruzó la cocina con paso lento y fue a sentarse a la mesa. La «45» se le clavaba en el estómago y la entrepierna; se le clavaba también en la mente, apoyándose con fuerza en los restos del escudo.

—¿Ésa es para mí? —preguntó, al tiempo que señalaba las píldoras.

—Se me ha ocurrido que sería bueno tomar un par de cervezas juntos —dijo Bobbi, serena—, como buenos amigos. Y mientras tanto, podrías tragarte unas cuantas de ésas. Me ha parecido la manera más amable.

—Amable —musitó Gardener.

Sentía los primeros tirones del enojo. *No me dejaré engañar otra vez*, decía la canción, pero la costumbre debía de ser sumamente difícil de romper. A él lo habían engañado muchas veces. «Pero tal vez seas la excepción de la regla, viejo Gard».

—Yo tomo las píldoras y Peter queda colgado en ese extraño acuario que tienes en el granero. Tu concepto de la amabilidad, Bobbi, ha sufrido un cambio muy radical desde los tiempos en que llorabas si Peter volvía a casa con un pájaro muerto. ¿Recuerdas aquellos tiempos? Vivíamos juntos aquí, nos enfrentábamos a tu hermana juntos y nunca habríamos necesitado colgarla en un cubículo para ducha. Nos habríamos limitado a echarla a patadas. —La miró, lúgubre—. ¿Recuerdas, Bobbi? En aquel entonces éramos amantes, además de amigos. Tal vez lo hayas olvidado. Yo habría muerto por ti, nena. Y habría muerto sin ti. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de nosotros?

Bobbi clavó la vista en sus manos. ¿Acaso había lágrimas en aquellos ojos extraños? No; tal vez era pura ilusión de Gard.

—¿Cuándo estuviste en el granero?

—Anoche.

—¿Qué tocaste?

—Antes te tocaba a ti —musitó él—. Y tú a mí. Y a ninguno de los dos le molestaba, ¿recuerdas?

—¿Qué tocaste? —chilló Bobbi.

Ya no era Bobbi, sino sólo un monstruo furioso.

—Nada. Nada en absoluto.

El desprecio de su rostro debía de ser más convincente que cualquier negativa,

porque Bobbi se tranquilizó y tomó un delicado sorbo de cerveza.

—No importa. De cualquier modo, nada habrías podido hacer.

—¿Cómo fuiste capaz de hacer eso con Peter? Eso es lo que no logro quitarme de la cabeza. Al viejo no lo conocí y Anne entró aquí como una tromba. Pero sí conocí a Peter. Él también hubiera muerto por ti. ¿Cómo pudiste hacerlo, en el nombre de Dios?

—Él me mantuvo con vida mientras tú no estabas —dijo Bobbi. En su voz percibió una levísima nota de inquietud, como si estuviese a la defensiva—. Mientras yo trabajaba las veinticuatro horas del día. Sólo gracias a él encontraste algo de mí cuando llegaste.

—¡Maldita vampira!

Ella lo miró por un instante y apartó la vista.

—¡Por Dios! Hiciste algo como eso, ¡y yo te ayudé! ¿Sabes cómo duele? ¡Te ayudé! Me di cuenta de qué te estaba pasando… En menor proporción vi que ocurría con los otros, pero, aun así, te ayudé. Porque estaba loco. Pero tú lo sabías, por supuesto, ¿verdad? Me usaste tal como usaste a Peter, aunque yo no tuve siquiera la inteligencia de un viejo sabueso, me parece. Porque no necesitaste ponerme en el granero, con uno de esos podridos cables en la cabeza. Te limitaste a mantenerme aceitado. Me entregaste una pala y me dijiste: «Toma, Gard; desenterremos esto y detendremos a la policía de Dallas». Sólo que la policía de Dallas eras tú. Y yo te ayudaba en todo.

—Bebe esa cerveza —dijo Bobbi. Su expresión volvía a ser fría.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces, encenderé esta radio. Abriré un agujero en la realidad y te enviaré… a alguna parte.

—¿A Altair-4? —preguntó Gard.

Dio a su voz un tono indiferente y aumentó la fuerza con que sostenía

(«escudo escudo escudo»)

esa barrera mental. La frente de Bobbi volvió a fruncirse en una leve arruga. Gard sintió otra vez aquellos dedos cerebrales que hurgaban, excavaban, trataban de descubrir lo que él sabía, cuánto… y de qué forma.

«Distráela. Enójala para distraerla. ¿Cómo?»

—Has estado husmeando una barbaridad, ¿no? —preguntó Bobbi.

—Sólo desde que me di cuenta de lo mucho que me mentías. —Y de pronto Gard supo algo: lo había captado en el cobertizo sin saberlo.

—Casi todas esas mentiras fueron ideas que tú mismo quisiste creer, Gard.

—¿Sí? ¿Lo del chico que murió? ¿Lo de la muchachita que está ciega?

—¿Cómo lo sa…?

—En el granero. Es allí donde vas para volverte sagaz, ¿verdad?

Ella no respondió.

—Los mandaste a comprar pilas. Permitiste que él muriera y que ella quedara ciega para conseguirlas. Por Dios, Bobbi, ¿cuánta estupidez puedes amontonar?

—Somos más inteligentes de cuanto serás tú en la vi…

—¿Quién habla de inteligencia? —gritó él, furioso—. ¡Hablo de sagacidad! ¡De simple sentido común, joder! Los cables eléctricos de la compañía pasan por detrás de tu casa. ¿Por qué no los aprovechaste?

Bobbi sonrió con aquella boca extraña.

—Oh, qué idea inteligen… perdona: sagaz. En el momento que cualquier técnico de la central de Augusta hubiera visto la pérdida de potencia en sus diales…

—Aquí todo funciona a base de simples pilas —observó Gard—. El consumo es mínimo. Cualquiera que usara energía eléctrica para operar una sierra movería más los indicadores.

Ella se mostró confusa por un momento. Parecía escuchar, pero no una voz ajena, sino su propia voz interior.

—Las pilas funcionan con corriente continua, Gard. Los cables de corriente alterna no nos servi…

Gard se golpeó las sienes con los puños.

—¿Nunca has visto un transformador, maldición? —gritó—. ¡Por tres dólares los compras en cualquier ferretería! ¿Vas a decirme que no eras capaz de fabricar un simple transformador, si pudiste hacer que tu tractor volara y que tu máquina de escribir funcionara con telepatía? ¿Vas a…?

—¡A nadie se le ocurrió! —aulló Bobbi, de pronto.

Hubo un momento de silencio. Ella parecía aturdida, como si la hubiera desconcertado el sonido de su propia voz.

—A nadie se le ocurrió, claro —repitió él—. Por eso enviaste a dos criaturas, dispuestas a matar o morir por la vieja Haven; ahora uno ha muerto y la otra está ciega. ¡Eso es pura mierda, Bobbi! No me interesa qué o quién se ha apoderado de ti; una parte de tu persona tiene que estar ahí dentro, en algún rincón de tu corazón. Una parte de ti ha de darse cuenta de que nada habéis hecho que sea creativo, en absoluto. Por el contrario: habéis estado tomando píldoras de estupidez y felicitándoos mutuamente por lo maravillosos que sois. El loco fui yo. Insistía en decirme que todo saldría bien, aunque ya me había enterado; pero es la misma mierda de siempre. Aunque puedes desintegrar a cualquiera, teletransportar a la gente a algún depósito o adonde sea, sigues siendo como un bebé con una pistola cargada.

—Será mejor que te calles, Gard.

—No se os ocurrió —repitió él, con suavidad—. ¡Por Dios, Bobbi! ¿Cómo tienes ánimo siquiera para mirarte al espejo? ¿Cómo podéis todos vosotros…?

—He dicho que te…

—Sabio idiota, dijiste una vez. Es peor que eso. Es como ver a un grupo de chicos que se preparan a hacer volar el mundo con planos para montar cochecitos de juguete en casa. Vosotros ni siquiera sois malos. Tontos sí; malos, no.

—Gard…

—Sólo sois un montón de idiotas con destornilladores. —Y Gard se echó a reír.

—¡Cállate!

—Caramba, ¿cómo pude pensar que Sissy había muerto?

Bobbi temblaba. Gardener señaló el revólver de juguete con la cabeza.

—Conque si no bebo la cerveza y tomo las píldoras, me enviarás a Altair-4, ¿eh? Para que sirva de niñero a David Brown hasta que ambos muramos de asfixia, de hambre o de envenenamiento por radiación cósmica.

Ahora Bobbi estaba cruelmente fría. Dolía, dolía más de lo que él había pensado. Pero al menos ya no trataba de leerle los pensamientos. El enojo había hecho que lo olvidara.

Así como todos habían olvidado lo sencillo que era conectar una grabadora a pilas en un enchufe de corriente, con sólo poner un transformador entre uno y otro.

—En realidad, Altair-4 no existe, así como tampoco existen los *Tommyknockers*. Para algunas cosas no hay sustantivos. Existen, sin más. Alguien le aplica un nombre en algún lugar; en otro, se les llama de distinta forma. Nunca son nombres muy buenos, pero eso no importa. Tú llegaste de Nueva Hampshire pensando en *Tommyknockers* y hablando de ellos. Por lo tanto, así nos llamamos aquí. En otros sitios nos han puesto otros nombres. Lo mismo ocurre con Altair-4. Es sólo un lugar donde se almacenan cosas. Por lo general no son seres vivos. Las buhardillas suelen resultar frías y oscuras.

—¿Venís de allí? ¿Es tu pueblo de aquel lugar?

Bobbi (o aquello que se parecía un poco a ella, fuera lo que fuese) rió casi con suavidad.

—No somos un pueblo, Gard. Ni una raza. Ni una especie. No aparecerá Klaatu para decirte: «Llévanos ante tu jefe». No, no somos de Altair-4.

Lo miró, siempre con una leve sonrisa. Había recobrado la mayor parte de su ecuanimidad… y, por el momento, parecía no acordarse de las píldoras.

—Si sabes lo de Altair-4, tal vez la existencia de la nave te haya parecido algo extraña.

Gardener se limitó a mirarla.

—Quizá no has tenido tiempo para preguntarte por qué una raza que dominaba la tecnología del teletransporte —Bobbi meneó un poquito el revólver de plástico— se molestó en viajar por el espacio con una nave física.

Gard enarcó las cejas. No había pensado en ello. Pero ya que Bobbi lo mencionaba, recordó que un compañero de la facultad se había preguntado por qué el

capitán Kirk, el señor Spock y la tripulación se tomaban tanto trabajo con la nave *Enterprise*, si hubiera sido mucho más fácil teletransportarse alrededor del universo.

—Más píldoras de estupidez —dijo.

—En absoluto. Es como la radio. Hay longitudes de onda. Pero más allá de eso no la comprendemos muy bien. Lo cual puede aplicarse a casi todas las cosas, Gard. Somos constructores, pero no nos dedicamos a entender.

»Aun así, hemos aislado algo así como noventa mil longitudes de onda «claras»; es decir, conjuntos prolineales que hacen dos cosas: evitan la paradoja binomial que impide la reintegración del tejido vivo y la materia no fija, y parece ir a alguna parte. Pero en casi todos los casos no es adonde uno querría ir.

—Es como ganar un viaje a Utica con todos los gastos pagados, ¿eh?

—Mucho peor. Existe un lugar que se parece mucho a la superficie de Júpiter. Si abres una puerta a aquel sitio, la diferencia de presión es tan extremada que inicia un tornado en la puerta; ésta asume de inmediato una carga eléctrica sumamente alta, que la ensancha cada vez más, como si desgarrara una herida. La gravedad es tan alta que empieza a absorber la tierra del mundo incursivo, como un sacacorchos. Si se deja esa «estación» sintonizada durante mucho tiempo, provoca una falla gravitatoria en la órbita del planeta, suponiendo que la masa fuera similar a la de la Tierra. O, según la composición del planeta, se desgarra en pedazos.

—¿Algo así estuvo a punto de ocurrir aquí?

Gard tenía los labios entumecidos. Ante esa posibilidad, lo de Chernobyl parecía tan importante como un pedo en una cabina telefónica. *¡Y tú has ayudado, Gard!* —le gritaba su mente—. *¡Tú has ayudado a desenterrarlo!*

—No, aunque hubo que disuadir a algunos que estaban jugando con las líneas transmisoras. —Sonrió—. Pero ocurrió en otro sitio que visitamos.

—¿Qué sucedió?

—Cerraron la puerta antes de que todo estallara, pero mucha gente se cocinó al cambiar de órbita. Se habría dicho que el tema la aburría.

—¿Todos? —preguntó Gard, en un susurro.

—No. Todavía quedan nueve o diez mil de ellos viviendo en uno de los polos. Eso creo.

—¡Dios! ¡Oh, Dios mío, Bobbi!

—Hay otros canales que se abren a la roca. Sólo roca. El interior de algún lugar, casi todos abren al espacio profundo. Nunca hemos podido localizar uno solo de esos lugares con nuestras cartas estelares. ¡Piensa, Gard! Cada uno de esos lugares ha sido un sitio extraño para nosotros. Hasta para nosotros, los grandes viajeros del cielo.

Se inclinó para sorber otro poco de cerveza. La pistola de juguete, que ya no era juguete, no cesaba de apuntar al pecho de Gardener.

—Conque eso es el teletransporte. Gran cosa, ¿eh? Unas cuantas rocas, muchos

agujeros y una buhardilla cósmica. Tal vez algún día alguien abrirá una longitud de onda al centro del Sol y fría en un instante a todo un planeta.

Bobbi se echó a reír, como si acabara de escuchar un chiste muy bueno. Pero el revólver seguía dirigido hacia el pecho de Gard. Por fin, se puso seria otra vez.

—Esto no es todo, Gard. Cuando enciendes una radio, piensas en sintonizar una emisora. Pero una banda (megahercios, kilohercios, onda corta o lo que sea) no es sólo un conjunto de emisoras. También es todo el espacio vacío entre una y otra. En realidad, eso es lo que compone la mayor parte de las bandas. ¿Me sigues?

—Sí.

—Son rodeos para convencerte de que debes tomar las píldoras. No te enviaré al sitio que llamas Altair-4, Gard. Sé que allí morirás poco a poco, de un modo desagradable.

—Como está muriendo David Brown en este momento.

—Yo no tuve nada que ver con eso —dijo ella, con prontitud—. Fue culpa de su hermano.

—Es como en Nuremberg, ¿verdad? En realidad, nada fue culpa de nadie.

—Pedazo de idiota —dijo Bobbi—, ¿no te das cuenta de que a veces eso es verdad? ¿Tan poco seso tienes que no aceptas la idea de la casualidad?

—La acepto. Pero también creo en la capacidad individual de revertir la conducta irracional.

—¿De veras? Tú nunca pudiste.

«Disparaste contra tu esposa —dijo el subcomisario que se escarbaba los mocos —. Estupendo, ¿no?»

«A veces algunos empiezan con el arrepentimiento demasiado tarde», pensó bajando la vista a sus manos.

Los ojos de Bobbi se fijaron por un instante en su rostro. Había captado algo de eso. Gard trató de reforzar el escudo: una cadena enredada de pensamientos inconexos, como ruido blanco.

—¿Qué piensas, Gard?

—Nada que tú debas saber —respondió él, con una flaca sonrisa—. Digamos que es… un candado en la puerta de un cobertizo.

Los labios de Bobbi descubrieron los dientes por un momento. Luego reflejaron otra vez aquella extraña sonrisa.

—No importa —dijo—. De cualquier modo, tal vez yo no lo entendería; como te he dicho, nunca hemos sido muy buenos para entender. No somos una raza de Einsteins. Sería más aproximado hablar de unos Edisons espaciales. Pero no importa. No te enviaré a un lugar donde mueras poco a poco y con angustia. A mi modo, todavía te amo, Gard, y si tengo que enviarte a alguna parte, te enviaré a… la nada.

Se encogió de hombros.

—Tal vez sea como tomar éter…, aunque también podría ser doloroso. Hasta torturador. De un modo u otro, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

De pronto, Gardener estalló en llanto.

—Me habrías ahorrado este dolor, Bobbi, si me hubieses recordado eso antes.

—Toma las píldoras, Gard. Entiéndete con lo malo conocido. Tal como estás ahora, doscientos miligramos de Valium te llevarán muy pronto. No me obligues a despacharte como una carta dirigida a la nada.

—Cuéntame algo más sobre los *Tommyknockers* —pidió Gardener, mientras se enjugaba el rostro con las manos.

Bobbi sonrió.

—Las píldoras, Gard. Si empiezas a tomarlas, te diré todo lo que quieras saber. Si no… —Levantó la pistola de fotones.

Gardener abrió el frasco y sacó seis pastillas azules con un corazón en el centro. Se las echó a la boca, destapó la cerveza y las tragó. Sesenta miligramos acababan de bajar por la tubería. Podría haber escondido alguna bajo la lengua, pero no seis. «Ya no queda mucho tiempo. He vomitado hasta vaciar el estómago, he perdido mucha sangre, no tengo tolerancia porque hace mucho que no tomo esta porquería y he perdido quince kilos desde que me hicieron la primera receta. Si no me deshago pronto de esta mierda, serán como una bomba».

—Háblame de los *Tommyknockers* —pidió otra vez.

Una de sus manos descendió al regazo, bajo la mesa, y tocó la culata

(«escudo escudo escudo»)

del revólver. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el medicamento empezara a hacer efecto? ¿Veinte minutos? No podía recordarlo. Y nadie le había hablado de los efectos de las intoxicaciones de Valium.

Bobbi movió la pistola hacia las píldoras.

—Toma algunas más, Gard. Como Jacqueline Susann puede haber dicho alguna vez, con seis no basta.

Él sacó otras cuatro, pero las dejó en el mantel de hule.

—Allá abajo estabas cagada de miedo, ¿verdad? —comentó—. Te vi la expresión, Bobbi. Parecías temer que se levantaran y anduvieran. *El Día de los Muertos.*

Los ojos de la Nueva y Perfeccionada Bobbi parpadearon durante un instante…; pero su voz siguió siendo suave.

—¡Si estamos levantados y andando, Gard! Hemos vuelto.

Gardener tomó los cuatro «Valium» y los hizo rebotar en la mano.

—Si me cuentas sólo una cosa, tomaré esto.

Sí. En cierto modo, eso bastaría para responder a todas las preguntas. Las que no tendría oportunidad de hacer. Tal vez ésa era la causa por la que no había tratado de

usar el revólver contra Bobbi hasta ese momento. Porque, en verdad, necesitaba saber eso.

—Quiero saber qué eres —dijo—. Dime qué eres.

4

—Responderé a tu pregunta —dijo Bobbi—. Al menos lo intentaré, siempre que tomes esas pastillas con las que juegas en este momento. De lo contrario, será adiós, Gard. Tienes algo en la mente. No llego a leerlo, porque es como ver una silueta a través de una cortina de gasa. Pero me pone muy nerviosa.

Gard se puso las píldoras en la boca y las tragó.

—Más.

Gardener tragó otras cuatro. Ya había ingerido ciento cuarenta miligramos. Bobbi pareció relajarse.

—Te he dicho que era más acertado pensar en Tomás Edison que en Albert Einstein, y es tan buena comparación como cualquier otra —dijo Bobbi—. Aquí, en Haven, hay cosas que hubieran vuelto loco a Einstein, pero él sabía qué significaba $E = mc^2$. Comprendía la relatividad. Sabía las cosas. Nosotros… nosotros las hacemos. Las arreglamos. Sin teorías. Construimos. Somos peones.

—Mejoráis las cosas —dijo Gardener. Y tragó saliva.

Cuando el «Valium» se apoderaba de él, se le secaba la garganta: eso recordaba al menos. En cuanto empezara la sequedad, tendría que actuar de inmediato. Tal vez había tomado ya una dosis letal, pero aún quedaban diez o doce píldoras en el frasco.

Bobbi se había animado un poco.

—¡Mejorar! Es cierto. Eso es lo que hacemos. Así fue como mejoraron… es decir, mejoramos a Haven. En cuanto llegaste viste el potencial. ¡Basta de prenderse a la teta eléctrica! A su debido tiempo, es posible convertirlo todo a… eh… fuentes de baterías de almacenamiento orgánico. Son renovables y duraderas.

—Estás hablando de personas.

—No sólo son las personas, aunque las especies superiores parecen producir una energía más duradera que las inferiores (tal vez sea una función de la espiritualidad antes que de la inteligencia); probablemente lo que mejor lo explica es la palabra latina *esse*. Pero hasta Peter ha durado un tiempo notable, produciendo una gran cantidad de energía, aunque sólo es un perro.

—Tal vez debido a su espíritu… —sugirió Gard— o quizá porque te amaba.

Sacó la pistola del cinturón y la sostuvo

(«escudo escudo escudo»)

contra el interior del muslo izquierdo.

—Eso no viene al caso —dijo Bobbi, que descartó con un ademán el tema de

Peter y su amor o su espiritualidad—. Has decidido, por algún motivo, que la moralidad de lo que hacemos es inaceptable. Pero el espectro de lo que consideras moralmente aceptable resulta muy estrecho. No importa; pronto estarás durmiendo.

»No tenemos una historia, oral o escrita. Cuando dices que la nave se estrelló aquí porque sus tripulantes luchaban junto al timón, siento que hay un elemento de verdad en eso. Pero también siento que quizá estaba determinado, que era la fatalidad. Los telépatas son, al menos en cierto grado, precognoscitivos, Gard, y los precognoscitivos tienen una mayor tendencia a dejarse guiar por las corrientes, tanto grandes como pequeñas, que circulan por el universo. Algunas personas llaman «Dios» a esas corrientes, pero Dios es sólo una palabra, como *Tommyknockers* o Altair-4.

»Lo que quiero decir es que si no hubiésemos confiado en esas corrientes, nos habríamos extinguido hace tiempo, casi con seguridad, porque siempre hemos sido cortos de genio y belicosos. Pero hablar de «belicosidad» es generalizar demasiado. Lo que hacemos es… es…

De pronto los ojos de Bobbi refulgieron con un verde profundo, amenazador. Sus labios se estiraron en una sonrisa sin dientes. La mano derecha de Gardener aferró el arma con la palma empapada en sudor.

—¡Reñir! ¡Ésa es la palabra justa, Gard!

—Muy bien —aprobó Gardener, tragando saliva. Oyó un chasquido. La sequedad de garganta no se había iniciado poco a poco: acababa de aparecer de súbito.

—Sí, reñimos, siempre hemos reñido. Se podría decir que somos unos niños pendencieros. —Bobbi sonrió—. Somos muy infantiles. Ése es nuestro lado bueno.

—¿Te parece?

Una imagen monstruosa llenó de súbito la cabeza de Gardener: niños de primaria yendo a la escuela armados con libros-ametralladora, sandwiches-lanzallamas, ricas manzanas para los maestros que les gustaban y granadas de mano para aquellos que no les caían bien. Y, por Dios, todas las niñas se parecían a Patricia McCardle y todos los varones a Ted, el hombre nuclear, con ojos verdes que justificaban todo ese desastre, desde las Cruzadas y las flechas hasta los satélites con misiles de cabeza nuclear de Reagan.

—Reñimos. De vez en cuando hasta nos vapuleamos un poco. Aunque somos adultos, creo que aun así tenemos mal genio, como los chicos. Y también nos gusta divertirnos, como a los niños. Por eso satisfacemos ambas necesidades construyendo todas esas magníficas hondas nucleares. De vez en cuando dejamos algunas por ahí para que alguien las recoja. ¿Y sabes algo? Siempre lo hacen. Personas como Ted, dispuestas a matar para que toda mujer con capacidad adquisitiva disponga de electricidad para secarse el pelo. Gente como tú, Gard, que sólo ve una mínima desventaja en la idea de matar por la paz.

»El mundo sería muy aburrido sin revólveres y riñas, ¿verdad?

Gardener se dio cuenta de que empezaba a tener sueño.

—Infantiles —repitió ella—. Peleamos… pero también somos capaces de mostrarnos muy generosos. Como lo hemos sido aquí.

—Sí, en Haven habéis sido muy generosos, todos vosotros —dijo Gardener.

De pronto, la boca se le abrió en un enorme bostezo que le tensó los tendones. Bobbi sonrió.

—De cualquier modo, quizá nos estrellamos porque había llegado la hora de que nos estrellásemos, según las corrientes que he mencionado. La nave no resultó dañada, por supuesto. Y cuando yo empecé a desenterrarla…, volvimos.

—¿Hay más de vosotros por allí?

Bobbi se encogió de hombros.

—No sé. —(Ni me importa, decía su gesto. Estamos aquí. Hay mejoras a introducir. Con eso basta.)

—¿Y es eso todo lo que sois? —insistió Gard. Quería asegurarse de que no hubiera más. Le daba mucho miedo estar entreteniéndose tanto, demasiado… pero necesitaba saber—. ¿Es eso todo?

—¿Qué quieres decir? ¿Te parece poco lo que somos?

—Con franqueza, sí —contestó Gard—. Mira: me he pasado la vida entera buscando el demonio exterior, porque el del interior era en extremo difícil de atrapar. Es duro haber pasado tanto tiempo pensando, que uno es… Homero… —Bostezó otra vez; la boca se le abrió al máximo. Sentía Un ladrillo en cada párpado— y descubrir que, desde un principio, uno era… el capitán Acab.

Y por última vez, con una especie de desesperación, preguntó:

—¿Es eso todo lo que sois? ¿Sólo gente que arregla cosas?

—Creo que sí —respondió ella—. Lamento desilusionarte de ese m…

Gardener levantó la pistola por debajo de la mesa. En el instante mismo en que la droga, por fin, lo traicionaba: el escudo cedió.

Los ojos de Bobbi refulgieron. No; echaron llamas. Su voz, un grito mental, estalló en la cabeza de Gardener como una cuchilla de carnicero que

(*pistola tiene un revólver tiene un*)

cortara la niebla creciente.

Ella intentó moverse. Al mismo tiempo trató de apuntarle con la pistola de fotones. Gardener dirigió hacia Bobbi el 45, por debajo de la mesa, y apretó el gatillo. Sólo se oyó un chasquido seco. La bala, vieja, había fallado.

NUEVE

LA PRIMICIA. CONCLUSIÓN

1

John Leandro estaba muerto. La primicia, no.

David Bright había prometido esperar noticias de Leandro hasta las cuatro, y estaba decidido a respetar su promesa… porque era cuestión de honor, por supuesto, pero también debido a que no estaba seguro de querer meterse en eso. Quizá en vez de primicia resultara una máquina trilladora. De cualquier modo, no dudaba de que Johnny Leandro le había dicho la verdad o la percepción que él tenía de la verdad, por descabellado que sonara todo. Johnny era un imbécil y a veces sacaba conclusiones precipitadas, pero no mentía (aun cuando hubiera tenido esa costumbre, Bright no lo creía tan inteligente como para fabricar algo tan complejo).

Esa tarde, a eso de las dos y media, Bright empezó de súbito a pensar en otro Johnny: el pobre Johnny Smith, que a veces tocaba objetos y recibía «sensaciones» con respecto a ellos. Eso también había sido descabellado, pero Bright lo había creído; había prestado oídos a lo que Smith decía que era capaz de hacer. No se podía mirar aquellos ojos acosados y no creerle. Bright no estaba tocando nada que hubiera pertenecido a John Leandro, pero veía su escritorio, al otro lado de la sala, con la terminal del ordenador pulcramente cubierta, y empezaba a recibir una sensación…, una sensación horripilante. Sentía que Johnny Leandro podía haber muerto.

Se dijo que eso era cosa de viejas locas, pero la sensación no desapareció. Recordó la voz de Leandro, desesperada y crepitante de entusiasmo. «Esta primicia es mía y no renunciaré así por las buenas». Pensó en los ojos oscuros de Johnny Smith, en su costumbre de frotarse sin cesar el lado izquierdo de la frente. Los ojos de Bright volvían, una y otra vez, a la procesadora de textos de Leandro, con su cubierta puesta.

Esperó hasta las tres. Para entonces, la sensación se había convertido en una realidad que lo enfermaba: Leandro había muerto. No existía el «quizá» en ello. Tal vez no tuviera otra premonición en su vida, pero ésta era innegable. Leandro no estaba loco ni herido ni había desaparecido: Leandro estaba muerto.

Cogió el teléfono. Aunque el número que marcó tenía el prefijo de Cleaves Mills, tanto Bobbi como Gard habrían pensado que, en realidad, se trataba de una llamada a larga distancia: cincuenta y cinco días después de que Bobbi Anderson tropezara en los bosques, alguien llamaba, por fin, a la policía de Dallas.

2

El hombre con quien Bright habló, en el cuartel de la Policía Estatal de Cleaves Mills, era Andy Torgeson. Bright lo conocía desde sus tiempos de universidad y podía conversar con él sin sentirse grabadas en la frente las palabras CAZADOR DE NOTICIAS, en letras rojas. Torgeson lo escuchó con paciencia, sin decir gran cosa. Bright le contó todo, comenzando por el hecho de que a Leandro le hubieran asignado la cobertura de la desaparición de los dos agentes.

—¿Le sangraba la nariz, se le cayeron dos dientes, tuvo un ataque de vómitos y quedó convencido de que todo eso era por el aire?

—Sí —confirmó Bright.

—¿Y eso que había en el aire también mejoró endiabladamente la recepción de su radio?

—En efecto.

—¿Y piensas que podría hallarse en graves problemas?

—Así es.

—Yo también creo que quizá esté en graves problemas, Dave. Al parecer, podría haberse vuelto loco.

—Sé que eso parece, pero tengo la impresión de que no ocurre así.

—David —insistió Torgeson, con mucha paciencia—, podría ser, al menos en las películas, que alguien se apoderara de una pequeña ciudad y la envenenara de algún modo. Pero hay una autopista que cruza esa población. Y está habitada. Y hay teléfonos. ¿Te parece que alguien sería capaz de envenenar a toda una ciudad o de aislarla del mundo exterior sin que nos enterásemos?

—La vieja carretera a Deny no es una autopista en realidad —señaló Bright—. Desde que terminaron el tramo de I-95 entre Bangor y Newport, hace treinta años, es casi una pista de aterrizaje desierta, con una línea amarilla en el centro.

—No irás a decirme que nadie la ha utilizado últimamente ¿verdad?

—No, no voy a decirte eso. Pero Johnny me comentó que había hablado con varias personas que llevaban un par de meses sin ver a sus parientes de Haven. Quienes trataron de viajar hasta allí para ver cómo estaban se pusieron enfermos y tuvieron que regresar a toda prisa. Casi todos lo atribuyeron a comidas en mal estado o algo así. También mencionó que, en un almacén de Troy, el dueño estaba haciendo un gran negocio vendiendo camisetas de verano, porque la gente salía de Haven con hemorragias nasales y se les manchaba la que llevaban. Y eso ocurre desde hace varias semanas.

—Sueños de drogadicto —repuso Torgeson, mientras miraba hacia el cuarto de la radio, al otro lado de la barraca; entonces vio que el telefonista se incorporaba de repente y pasaba el auricular del teléfono a la mano izquierda, para poder escribir con

la derecha. En alguna parte había sucedido algo; por la atónita expresión del operador, no se trataba de que algún ladrón hubiera arrebatado la cartera a una señora. Siempre ocurría algo, claro está, siendo la gente lo que era. Y por poco que le gustara admitirlo, tal vez también en Haven estuviera ocurriendo algo. Todo le sonaba tan descabellado como el té de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero David nunca le había parecido miembro de la brigada de los chiflados. Al menos, no de los que llevaban credencial.

—Tal vez —decía el periodista en ese momento—, pero eso se puede demostrar o desmentir mediante un simple viaje de un agente hasta Haven. —Hizo una pausa—. Te lo pido como amigo. No soy fanático de Johnny; pero estoy preocupado por él.

Torgeson seguía mirando hacia la oficina del telefonista, donde Smokey Dawson anotaba algo a toda velocidad. Levantó la vista, vio que Torgeson lo miraba y alzó una mano, con los dedos extendidos. Espera, decía el gesto. *Algo gordo.*

—Me encargaré de que alguien se dé una vuelta por allá antes de que el día termine —prometió Torgeson—. Si puedo iré yo mismo, pero…

—Si yo decidiera ir a Deny, ¿podrías recogerme?

—Tendré que llamarte —dijo Torgeson—. Aquí está ocurriendo algo. Dawson parece a punto de sufrir un ataque al corazón.

—Te esperaré —dijo Bright—. Estoy preocupado de verdad, Andy.

—Lo sé —repuso Torgeson. Bright no había mostrado el menor interés ante su mención de que algo importante estaba pasando, y eso resultaba muy extraño en él—. Te telefonearé.

Dawson salió de la oficina de radio. Era pleno verano y, a excepción de Torgeson, que estaba de turno, todos los agentes habían salido a la carretera. Se encontraban solos.

—Por Dios, Andy —dijo Dawson—, no sé cómo interpretar esto.

—¿Qué ocurre?

El agente sintió que el viejo entusiasmo de siempre se le agolpaba en el centro del pecho; de vez en cuando tenía intuiciones propias, acertadas dentro de la estrecha banda de su profesión. Algo gordo, sí. Dawson parecía haber recibido un golpe con un ladrillo. Ese viejo entusiasmo…, en general lo detestaba, pero una parte suya necesitaba de esa sensación. Y en aquel momento, esa parte de él efectuó una conexión súbita, exaltante; era irracional, pero también irrefutable. El asunto tenía algo que ver con la llamada de Bright. «Que alguien busque al *Lirón* y lo meta en la tetera del *Sombrero Loco* —pensó—. Me parece que el té está empezando».

—Hay un incendio forestal en Haven —dijo Dawson—. Tiene que ser un incendio forestal. Los informes dicen que parece haberse producido en los Bosques Indios, pero, no es seguro.

—¿Cómo que parece? ¿Qué significa eso?

—El informe proviene de un puesto de vigilancia contra incendios en China Lakes —dijo Dawson—. Detectaron humo hace una hora, a eso de las dos. Avisaron a Alerta contra Incendios, de Deny, y a la Estación Tres de Newport. Desde Newport, Unity, China y Woolwich enviaron camiones cisterna…

—¿Desde Troy y Albion no? ¡Caramba, si están a un paso!

—Troy y Albion no respondían.

—¿Y Haven?

—Los teléfonos no funcionan.

—Vamos, Smokey, no me toques los cojones. ¿Qué teléfonos no funcionan?

—En realidad, ninguno de ellos. —El operador miró a Torgeson y tragó saliva—. No lo he verificado personalmente, por supuesto. Aunque no es lo más descabellado. Es decir, suena a cosa de locos…

—Anda, suéltalo.

Dawson obedeció. Cuando hubo concluido, Torgeson tenía la boca seca.

La estación de guardabosques tres estaba a cargo del control de incendios en el condado de Periscot, siempre que el siniestro forestal no creara un frente muy grande. Su primera función era vigilancia; la segunda, detección; la tercera, localización. Parecía fácil, pero no lo era. En este caso, la situación se presentaba peor que de costumbre, porque el incendio había sido detectado desde treinta kilómetros de distancia. La estación tres pidió camiones cisterna convencionales porque aún era técnicamente posible que resultaran de utilidad: no habían podido comunicar con algún residente de Haven que les diera información al respecto. Hasta donde los guardianes de la estación tres apreciaban, el incendio parecía originarse en los pastos de Frank Spruce, hacia el este, a un kilómetro y medio bosque adentro. También enviaron, por cuenta propia, a tres equipos de dos hombres con vehículos de tracción cuádruple, armados con mapas topográficos, y un avión detector. Aunque se había referido a esa zona con el nombre popular de Bosques Indios, el jefe Wahwayvokah había muerto mucho tiempo antes. En esos momentos parecía más apto el nuevo nombre, nada racista, que figuraba en los mapas: Burning Woods[20].

Los camiones cisterna de los bomberos de Unity fueron los primeros en llegar…, por desgracia para quienes iban en ellos. A cinco o seis kilómetros del límite municipal de Haven, cuando el creciente dosel de humo todavía estaba a doce kilómetros de distancia por lo menos, los hombres de los vehículos empezaron a sentirse mal. Pero no uno o dos de ellos, sino siete. El conductor continuó la marcha… hasta que, de pronto, perdió el conocimiento agarrado al volante. El camión cisterna abandonó la carretera y se estrelló en los bosques cuando aún estaba a dos kilómetros y medio de Haven. Tres hombres perecieron en el accidente; dos murieron desangrados. Los dos que quedaron con vida abandonaron la zona a gatas, vomitando mientras se arrastraban.

—Dijeron que era como recibir un bombardeo de gases —explicó Dawson.

—¿Eran ellos los que hablaban por teléfono?

—No, por Dios. En estos momentos los llevan al Hospital Municipal de Derry, en ambulancia. Hablaba la estación tres. Están tratando de obtener detalles, pero en Haven, al parecer, pasan cosas mucho peores que un incendio forestal. Lo malo es que el incendio se está propagando. El servicio meteorológico anuncia viento del este al caer la noche y parece que nadie puede llegar allí para apagarlo.

—¿Qué más se sabe?

—¡*Jo-der!* —exclamó Smokey Dawson, como si hubiese recibido una ofensa personal—. Los que se acercan a Haven se ponen enfermos. Cuanto más te aproximas a la ciudad, peor te sientes. Eso es todo lo que se sabe, aparte de que algo se está incendiando.

Ni un solo camión cisterna había llegado a Haven. Los que se aproximaron fueron los de China y Woolwich. Torgeson consultó el anemómetro de la pared y comprendió por qué: tenían el viento a su favor. Si el aire de Haven y sus alrededores estaba contaminado, el viento lo estaba llevando en dirección opuesta.

«Por Dios, ¿y si fuese algo radiactivo?»

Si se trataba de radiación, era de una clase que Torgeson desconocía. Las unidades de Woolwich informaban que los motores fallaban por completo al aproximarse al límite municipal de Haven. China había enviado una cisterna y un camión-tanque. La cisterna se descompuso, pero el camión continuó su marcha. De alguna manera, el conductor se las había arreglado para iniciar el regreso y salir de la zona peligrosa, cargado de hombres que vomitaban dentro la cabina, aferrados a los parachoques y despatarrados sobre el tanque. Casi todos sangraban por la nariz; varios, por los oídos; un ojo reventó a uno de ellos.

Todos habían perdido dientes.

«¿Qué clase de radiación es ésa, maldición?»

Dawson echó un vistazo a la cabina de la radio y vio que todas las luces de recepción estaban encendidas.

—La situación sigue empeorando, Andy. Tengo que…

—Ya lo sé —dijo Torgeson—. Tienes que hablar con gente enloquecida. Yo tengo que llamar al fiscal general de Augusta y hablar con más gente enloquecida. Jim Tierney es el mejor fiscal general que hemos tenido en Maine desde que me puse este uniforme. ¿Y sabes dónde está en estos alegres momentos, Smokey?

—No.

—¡De vacaciones! —exclamó Torgeson, y después soltó una carcajada casi demencial—. Las primeras desde que ocupó el cargo. El único hombre del Gobierno que podría comprender esta locura se encuentra acampado en Utah, con su familia. ¡En Utah, por todos los demonios!

—Qué bien.

—¿Qué mierda está ocurriendo?

—No lo sé.

—¿Alguna otra víctima?

—Ha muerto un guardabosques de Newport —respondió Dawson, como a desgana.

—¿Quién?

—Henry Amberson.

—¿Qué? ¿Henry? ¡Por Dios!

Torgeson tuvo la sensación de haber recibido un terrible puñetazo en la boca del estómago. Hacía veinte años que conocía a Henry Amberson; no se podía decir que fuese su mejor amigo ni nada por el estilo, pero jugaban a las cartas cuando había poco que hacer y, de vez en cuando, salían juntos de pesca. Las familias de ambos se reunían a veces para cenar.

«Henry, por Dios, Henry Amberson. ¡Y Tierney en Utah, joder!»

—¿Estaba en alguno de los *jeeps* que enviaron?

—Sí. Tenía un marcapasos, ¿sabes?, y…

—¿Qué, qué? —Torgeson dio un paso hacia el telefonista como para sacudirlo—. ¿Qué?

—Al parecer, el conductor del *jeep* informó por radio a la estación tres que le estalló en el pecho.

—¡Por Dios!

—Todavía no podemos estar seguros —agregó Dawson, en tono apresurado—. No se sabe nada con certeza. La situación es confusa aún.

—¿Cómo puede estallar un marcapasos? —preguntó Torgeson, con suavidad.

—No lo sé.

—Es una broma —declaró el policía, seco—. Una broma de mal gusto. O algo así como ese programa de radio, *La Guerra de los Mundos.*

Smokey, tímido, interpuso:

—No creo que sea una broma…, ni una mala interpretación.

—Yo tampoco —dijo Torgeson. Volvió a su oficina, hacia el teléfono—. ¡En Utah, joder! —repitió, con suavidad.

Y dejó que Smokey Dawson tratara de conseguir toda la información, cada vez más increíble, que le llegaba desde la zona cuyo centro era la granja de Bobbi Anderson.

3

Torgeson habría telefoneado primero a la oficina del fiscal general si Jim Tierney

no hubiese estado en Utah, qué joder. Puesto que así era, lo postergó hasta realizar una breve llamada a David Bright.

—¿David? Habla Andy. Escucha…

—Nos han informado que hay un incendio en Haven, Andy. Tal vez sea grave. ¿Tienes noticias?

—Sí, David, pero no puedo llevarte allá. La información que me diste concuerda. Las cisternas y los equipos exploradores no consiguen llegar a la ciudad. Se ponen muy enfermos. Hemos perdido a un guardabosques, un muchacho que yo conocía. Dicen… —Sacudió la cabeza—. Olvidemos lo que dicen. Es demasiado descabellado para que sea cierto.

—¿Qué es? —la voz de Bright sonó excitada.

—No importa.

—Pero los bomberos y los equipos de rescate se ponen muy enfermos.

—Los equipos exploradores. No sabemos todavía si hace falta rescate o no. Y está ese asunto de los *jeeps* y las cisternas. Al parecer, los vehículos dejan de funcionar cuando se acercan a Haven…

—¿Qué?

—Como lo oyes.

—¡O sea que es como el pulso!

—¿El pulso? ¿Qué pulso? —El policía tuvo la loca idea de que Bright le hablaba del marcapasos de Henry, de que lo había sabido desde un principio.

—Es un fenómeno que se supone sigue a las grandes explosiones nucleares. Los coches se detienen.

—Dios mío. ¿Y las radios?

—También.

—Pero tu amigo dijo…

—En todo el dial, sí, por cientos. ¿Puedo al menos repetir lo que me has dicho acerca de los bomberos enfermos y los motores que se paran solos?

—Sí, pero cítame como «de fuentes generalmente bien informadas».

—¿Cuándo te has enterado de…?

—No tengo tiempo para entrevistas, David. Ese tal Leandro, ¿recurrió a Instrumental Maine para conseguir el equipo de oxígeno?

—Sí.

—Él pensó que era por el aire —musitó Torgeson, más para sí que para Bright—. Eso era lo que él pensaba.

—Andy… ¿sabes qué otra cosa detiene los motores de los coches según los informes que nos llegan de vez en cuando?

—¿Qué?

—Los ovnis. No te rías: es verdad. Los que han avistado platillos volantes a poca

distancia, cuando están en automóviles o en aviones, casi siempre dicen que se les detuvo el motor hasta que el objeto en cuestión se alejó. —Hizo una pausa—. ¿Recuerdas al médico que se estrelló en Newport con su avión, hace una o dos semanas?

«La guerra de los mundos —pensó Torgeson, otra vez—. Qué montón de mierda».

Pero el marcapasos de Henry había… ¿Qué? ¿Estallado? ¿Era posible eso?

Se encargaría de averiguarlo. Sin duda alguna.

—Después te llamo, Davey —dijo. Y cortó la comunicación.

Eran las quince y quince. En Haven, el incendio que se había iniciado en la finca del viejo Frank Garrick, hacía ya más de una hora, se extendía hacia la nave en un arco cada vez más amplio.

4

Torgeson llamó a Augusta a las quince y diecisiete. A esa hora, dos vehículos con un total de seis investigadores viajaban ya hacia el norte por la I-95. La estación tres había llamado a la oficina del fiscal general a las catorce y veintitrés. La policía estatal de Derry lo hizo a las catorce y cuarenta y nueve. El informe de Derry incluía los primeros elementos extraños: el accidente de la cisterna de Unity y la muerte de un guardabosques, víctima aparente de su propio marcapasos. A las trece y treinta, hora del Oeste, el motor de un patrullero de Utah se detuvo en el lugar en que Jim Tierney había acampado con su familia. El agente le informó que se había producido una emergencia en su estado natal. ¿Qué tipo de emergencia? El agente había sido informado que ese dato estaba a disposición sólo de las autoridades máximas. Tierney hubiera podido telefonear a Derry, pero en Cleaves Mills estaba Torgeson, un tipo de confianza. Por el momento necesitaba hablar con alguien de confianza, sobre todo. Sintió un miedo lento en el estómago, una sensación de que eso tenía algo que ver con la única central nuclear de Maine; sólo algo de esa importancia habría provocado respuesta tan extraordinaria en el otro extremo del país. El agente lo puso en comunicación. Para Torgeson fue un placer y un alivio oír la voz del fiscal general.

A las trece y treinta y siete, hora del Oeste, Tierney subió al asiento del coche patrulla.

—¿Qué velocidad marca esto? —preguntó.

—Este vehículo alcanza los doscientos kilómetros por hora, señor. Yo soy mormón y no temo llevarlo a esa velocidad, señor, porque estoy seguro de no ir al infierno. ¡Señor!

—Demuéstremelo —dijo Tierney.

A las catorce y tres, hora del Oeste, Tierney se hallaba en un Learjet sin más

marcas que la bandera de Estados Unidos en la cola. Lo había estado esperando en un pequeño aeródromo privado, cerca de Cottonwoods, la ciudad de la que Zane Grey hablaba en *Riders of the Purple Sage*, libro favorito de Roberta Anderson durante su primera juventud, tal vez el que la había puesto en camino de convertirse en escritora de novelas de aventuras.

El piloto vestía de civil.

—¿Es usted del Departamento de Defensa? —preguntó Tierney.

El piloto lo miró con inexpresivas gafas de sol.

—Sí. —La única palabra que pronunció antes y después del vuelo o durante él.

Así fue como la policía de Dallas entró en el juego.

5

Haven no había sido otra cosa qué un pueblo en la carretera, que pasaba su vida soñando cómodamente, lejos de los centros turísticos de Maine. Ahora llamaba la atención. La gente se encaminaba hacia ella formando verdaderas muchedumbres. Puesto que nada se sabía de las anomalías, informadas en número creciente, eran las nubes de humo en el horizonte lo que atraía a los curiosos, como las velas a las polillas. Sólo a las siete de la tarde lograría la policía estatal, con la ayuda de la guardia nacional, bloquear todos los caminos de acceso a la zona, tanto los de menor importancia como los principales. Hacia la mañana, el incendio se había convertido en el peor desastre forestal en la historia de Maine. El fuerte viento del Este llegó a su hora; a partir de entonces, no hubo manera de detener el frente de fuego. Eso no se comprendió de inmediato; pero, poco a poco, se llegó a la conclusión de que el incendio habría podido seguir su marcha sin que nadie lo combatiera, aun en un día de calma total. No se podía hacer mucho cuando resultaba imposible llegar al sector en llamas, y los esfuerzos por acercarse a la zona tenían resultados desagradables.

El avión de reconocimiento se había estrellado.

Un autobús cargado de componentes de la Guardia Nacional, unidad Bangor, se salió de la carretera, chocó contra un árbol y estalló, mientras el cerebro de su conductor reventaba como un tomate aplastado con un portón. Los setenta agentes murieron, pero quizá sólo la mitad de ellos en el accidente; el resto pereció en un infructuoso esfuerzo por arrastrarse fuera de la zona afectada.

Por desgracia, el viento soplaba en dirección adversa, como bien podría haberles informado Torgeson.

El incendio que se había iniciado en Burning Woods achicharró a media Newport antes de que los bomberos estuvieran en disposición de iniciar su trabajo…; pero se encontraban demasiado diseminados como para servir de algo: el frente de llamas cubría nueve kilómetros de longitud.

Hacia las siete de esa tarde, cientos de personas (algunos de ellos autotitulados bomberos; pertenecientes en su mayoría a la variedad de jardín *Homo entrometidus*) habían invadido la zona. Casi todos huyeron con prontitud, con los ojos dilatados y manando sangre por oídos y nariz. Algunos emergieron con los dientes sueltos en la mano, como si fuesen perlas acabadas de pescar. No pocos de ellos murieron… por no mencionar al centenar de indefensos residentes de Newport, sector Este, que recibieron una súbita dosis de Haven al arreciar de pronto el viento. De éstos, casi todos murieron en sus casas. Los que salieron a curiosear y se entretuvieron hasta asfixiarse con el aire podrido fueron hallados en las carreteras o en los arcenes, acurrucados en posición fetal, con las manos apretadas contra el estómago. Según informó un investigador al *Washington Post* algo más tarde (bajo la estricta condición de no ser identificado), en su mayoría parecían sanguinolentos humanos en estado de coma.

No fue tal el destino de Lester Moran, vendedor de libros de texto que vivía en un suburbio de Boston y pasaba casi todos sus días en las autopistas de Nueva Inglaterra.

Lester regresaba del viaje anual que hacía a fines del verano para cubrir las escuelas del distrito Aroostook. A eso de las dieciséis y quince vio abundante humo en el horizonte.

Lester se desvió de inmediato. No tenía prisa alguna por regresar, puesto que era soltero y no había hecho planes para las dos semanas siguientes. Pero se habría desviado aun cuando el congreso nacional de vendedores hubiese empezado al día siguiente, con él como orador principal, y aún no hubiera tenido su discurso redactado. No podía evitarlo: Lester Moran se volvía loco por los incendios. Era así desde su infancia. Pese a haber pasado los cinco últimos días en carretera, tener el trasero como una tabla y los riñones como ladrillos gracias a los condenados caminos de aquellas poblaciones, tan pequeñas que en su mayoría tenían coordenadas de mapas por nombres, Lester no lo pensó dos veces. Su cansancio desapareció; sus ojos adquirieron ese brillo especial que tan bien conocen y temen los jefes de bomberos, desde Manhattan a Moscú: el impío entusiasmo del pirómano nato.

Sin embargo, se trata de una clase de gente que los jefes de bomberos aprovechan… puestos entre la espada y la pared. Cinco minutos antes, Lester Moran (que había solicitado el ingreso en el cuerpo de bomberos de Boston a los veintiún años, y se había visto rechazado por tener una placa de acero en el cráneo) se sentía como un perro apaleado. Ahora, en cambio, parecía estar lleno de anfetaminas. Habría podido cargar con una manguera de treinta o cuarenta kilos y llevarla sobre sus hombros durante toda la noche, respirando humo así como otros hombres aspiran el perfume de un cuello femenino, y combatir las llamas hasta que las mejillas se le llenaran de ampollas y se le quemaran las cejas.

Abandonó la carretera de Newport y voló por la que llevaba a Haven.

La placa insertada en su cráneo era el resultado de un horrible accidente sufrido por Moran a los doce años. Arrollado por un automóvil, había volado nueve metros hasta estrellarse contra la terca pared de un depósito de muebles. Se le dio la extremaunción; el cirujano que lo operó anunció a los acongojados padres la posibilidad de que el niño muriera en un plazo de seis horas, o de que permaneciera en coma por varios días antes de sucumbir. Pese a eso, antes de que el día terminara el niño despertó, y les pidió un helado.

—Creo que es un milagro —exclamó la madre entre sollozos—. ¡Un milagro de Dios!

—Lo mismo digo —reconoció el cirujano, que le había visto el cerebro a través de un agujero abierto en el cráneo destrozado.

Esa tarde, al aproximarse a aquella deliciosa humareda, Lester empezó a sentirse algo descompuesto, pero lo achacó al entusiasmo y se olvidó del asunto. Después de todo, la placa de su cráneo casi duplicaba el tamaño de la que Jim Gardener tenía. La ausencia de vehículos policiales, camiones cisterna y equipos del Departamento Forestal le resultó extraordinaria y excitante a un tiempo. Por fin, al tomar una curva cerrada, vio un Plymouth volcado en la cuneta izquierda, con las luces del tablero aún encendidas. En el costado se leía la identificación: *Departamento Forestal Derry.*

Lester estacionó su viejo Ford y bajó para trotar hasta los restos. Había sangre en el volante, en el asiento y en la esterilla que cubría el suelo debajo del volante. También se veían gotas de sangre en el parabrisas.

Mucha sangre, en verdad, Lester se quedó mirándola, horrorizado, y después se volvió hacia Haven. La base del humo se había coloreado de rojo opaco. Hasta se oía ya el sordo crepitar de la madera quemada. Era como estar cerca de una enorme caldera abierta, la mayor del mundo… o como si a la mayor caldera del mundo le hubiesen brotado patas y se aproximara poco a poco.

Comparado con aquel ruido, comparado con la visión de ese resplandor titánico, el coche patrulla volcado y lleno de sangre perdió mucha importancia. Lester volvió a su automóvil y, después de una breve batalla con su conciencia, ganó mediante la promesa de que se detendría en el primer teléfono público que encontrara para llamar a la policía estatal de Cleaves Mills… no, de Derry. Como cualquier vendedor, Lester Moran llevaba un mapa detallado del territorio en la cabeza; después de consultarlo, decidió que la población más cercana era Derry.

Tuvo que resistirse a la loca tentación de exigir a su vehículo la máxima velocidad, que en esos tiempos era de unos noventa kilómetros por hora. A cada giro esperaba encontrarse con conos de señalización bloqueando la ruta, una confusión de vehículos estacionados de cualquier modo, el ruido de las radios policiales que transmitían mensajes a todo volumen, hombres de cascos y uniformes que gritaban a pleno pulmón.

No fue así. En vez de conos y nidos hirvientes de actividad, pasó junto al volcado camión cisterna de Unity, cuya cabina se había desprendido del cuerpo; el tanque vertía los restos de su carga. Lester, que estaba respirando tanto humo como aire, acto que hubiera matado a cualquier terrícola normal, se detuvo en la cuneta izquierda, hipnotizado por el laxo y blanco brazo que pendía de la ventanilla. Pequeños arroyos de sangre medio seca describían cursos erráticos por la vulnerable cara interior de aquel miembro.

«Aquí ocurre algo malo. Algo mucho peor que un incendio forestal. Tienes que salir de aquí, Les».

Sin embargo, se volvió de nuevo hacia el incendio. Y ésa fue su perdición.

El gusto a humo era más fuerte. El ruido del incendio no era ya un crepitar, sino un verdadero trueno. La verdad le cayó encima de pronto, como un balde de cemento: «Nadie hay que combata este incendio. Absolutamente nadie». Por algún motivo que él no lograba comprender, nadie había podido llegar a la zona… o no se había permitido que los equipos llegaran. Como resultado de ello, el incendio estaba fuera de control y, ayudado por el viento, crecía como los monstruos radiactivos en las películas de terror.

La idea lo descompuso de miedo… entusiasmo… y un júbilo oscuro, enfermizo. Estaba mal sentir algo así, pero le ocurría así y no podía negarlo. Tampoco era el único que lo experimentaba. Ese oscuro júbilo parecía formar parte de todos los bomberos a quienes había pagado una copa en su vida (es decir, de todos los bomberos que conoció desde que lo rechazaron por su examen físico).

Volvió a trompicones al coche, puso el motor en marcha con alguna dificultad (supuso que el entusiasmo lo había llevado a ahogar su maldito dinosaurio), pulsó el botón del acondicionador de aire a toda potencia y se encaminó hacia Haven de nuevo. Tenía perfecta conciencia de que su conducta era una idiotez de la más pura especie; después de todo, no era Superman, sino un vendedor de cuarenta y cinco años, medio calvo y aún soltero (siempre había sido demasiado tímido para invitar a las mujeres a salir). No sólo estaba actuando de un modo idiota. Por duro que pareciera ese dictamen, aun así era una racionalización. En verdad, se estaba comportando como un lunático; pero no podía detenerse, era como el heroinómano, que es incapaz de pararse cuando ve su mezcla esperándole en la cucharilla.

No podía combatirlo…

… pero sí ir a verlo.

Y sería algo magnífico de contemplar, se dijo. El sudor le corría por el rostro, como anticipándose al calor que le esperaba más adelante. Algo magnífico para ver, oh, sí. Un incendio forestal al que, por algún motivo, permitía extenderse sin el menor control; como millones de años antes, cuando los hombres eran poco más que una pequeña tribu de monos, acobardados en las cunas gemelas del Nilo y el

Éufrates; cuando los grandes incendios estallaban por combustión espontánea, rayos o meteoritos caídos, y no por obra de cazadores borrachos a quienes importaba una mierda dónde cayeran sus colillas. Sería una caldera de color anaranjado intenso, una muralla de fuego de treinta metros de altura. Correría por los claros, los jardines y los henares como por las praderas de Kansas en 1840, devorando las casas con tanta celeridad que habría explosiones por el súbito cambio de presión del aire, tal como había ocurrido con las casas y las fábricas durante la Segunda Guerra Mundial y los ataques con bombas incendiarias. La misma carretera por la que transitaba desaparecería en esa caldera, como una autopista al infierno.

Se dijo que el pavimento comenzaría a correr en pegajosos arroyuelos de asfalto… y después a incendiarse.

Pisó el acelerador con más fuerza, en tanto pensaba: «¿Cómo no continuar? Cuando se tiene una oportunidad, una en la vida, de ver algo así, ¿cómo no continuar?»

6

—Es que no sé cómo explicárselo a mi padre —dijo el empleado de Instrumental Médico Maine.

Lamentaba haber discutido con él cuatro años antes, abogando para ampliar el negocio con alquileres de equipo. El padre se lo había echado en cara con la desaparición del primer equipo, (retirado por el anciano). Y ahora en Haven estallaba el infierno. La radio decía que era un incendio forestal, pero insinuaba también que quizá estuvieran ocurriendo allí cosas aún más extrañas. Y podía apostar a que jamás recuperaría el equipo alquilado esa misma mañana al periodista de las gafas. Y ahora dos tipos, nada menos que policías estatales, le pedían, no sendos equipos, sino seis. Eran corpulentos; más inquietante aún: uno de ellos era negro como el betún.

—Diga a su padre que se los hemos confiscado —dijo Torgeson—. Después de todo, ustedes proporcionan equipos respiratorios para bomberos, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Y en Haven hay un incendio forestal, ¿cierto?

—Sí, pero…

—Entonces, ¡tráigalos de una vez! No tengo tiempo para gilipolladas.

—¡Mi padre me matará! —gimió el hombre—. ¡Son los únicos que tenemos en existencia!

Torgeson se había cruzado con Claudell Weems, que entraba en el estacionamiento del cuartel en el mismo instante en que él salía. Claudell Weems, el único agente negra de la policía estatal de Maine, era alto; no tanto como el difunto *Monstruo* Dugan, pero sí de un muy respetable metro noventa. Tenía un diente de oro

en la parte delantera de la boca, y, cuando se acercaba mucho a la gente con una sonrisa (a los sospechosos, por ejemplo, o a los empleados reacios), dejaba al descubierto aquel centelleante incisivo de oro y los ponía muy nerviosos. Cierta vez, Torgeson preguntó a Claudell Weems por qué ocurría eso. Claudell Weems lo atribuyó a esa vieja magia negra. Y rió hasta que los cristales de las ventanas parecieron estremecerse en los marcos.

Weems se inclinó hacia el empleado de Instrumental Maine muy de cerca, y empleó esa vieja magia negra que tan bien sabía usar.

Cuando salieron de la empresa con los equipos, el empleado no sabía muy bien qué acababa de ocurrir… pero sí que el tipo negro tenía el diente de oro más grande que él hubiera visto en su vida.

7

El viejo desdentado que había vendido la camiseta de verano a Leandro, de pie en su porche, presenció, inexpresivo, el veloz paso del coche patrulla de Torgeson. Después entró en la casa para hacer una llamada telefónica a un número con el que casi nadie habría podido comunicarse. Cualquier otro hubiera oído el ruido de sirenas que tanto había enfurecido a Anne Anderson.

Pero detrás del teléfono del viejo había un artefacto. Muy poco después estaba hablando con Hazel McCready, cada vez más acosada.

8

—¡Caramba! —dijo alegremente Claudell Weems, después de estirar el cuello para echar un vistazo al cuentakilómetros—. Veo que vamos a ciento treinta por hora. Puesto que, según opinión generalizada, eres el peor conductor de toda la policía estatal de Maine…

—¿Qué opinión generalizada? —protestó Torgeson.

—Mi propia opinión es que voy a morir muy pronto. No sé si tú crees en esa idiotez de conceder el último deseo a un condenado, pero en ese caso, podrías decirme de qué se trata todo esto. Es decir, si puedes contármelo antes de que el motor estalle.

Andy abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—No —dijo—, no puedo. Es una chifladura demasiado grande, pero te diré algo: quizá te sientas descompuesto. En ese caso, respira de inmediato el aire del equipo.

—¡Oh, cielos! ¿El aire de Haven está contaminado?

—No sé. Eso parece.

—¡Oh, cielos! —repitió—. ¿Quién hizo qué cosa?

Andy se limitó a sacudir la cabeza.

—Por eso no hay nadie que combata el incendio.

El humo hervía desde el horizonte en una guadaña cada vez más ancha…, blanca todavía en su mayor parte, gracias a Dios.

—No sé. Eso creo. Enciende la radio y sintoniza algo.

Weems parpadeó, como si pensase que Torgeson estaba loco.

—¿Qué sintonizo?

—Cualquier cosa.

Por lo tanto, Weems empezó a recorrer la banda policial. Al principio captó sólo el parloteo confuso y casi asustado de bomberos y policías, que querían combatir un incendio y no lograban llegar hasta él. Luego, algo más allá, oyeron una petición de refuerzos en el escenario de un robo. La dirección dada fue la de una licorería: Avenida Mystic 117, Medford.

Weems miró a su compañero.

—Caramba, Andy, no sabía que en Medford hubiera una avenida. ¿No es una pura callejuela?

—Creo —respondió Andy (y su propia voz parecía llegarle a los oídos desde muy lejos)— que esa llamada proviene de Medford, *Massachusetts.*

9

El motor de Lester Moran se apagó doscientos metros más allá del límite municipal de Haven. No tosió; no petardeó; no mostró la menor vacilación durante la marcha. Simplemente, se apagó en silencio y sin charangas. Lester bajó sin molestarse en retirar la llave de contacto.

El crepitar del fuego parecía llenar el mundo. La temperatura del aire había descendido diez o doce grados. El viento llevaba hacia él la densa humareda, pero impulsándola hacia arriba, de modo que la atmósfera todavía era respirable, aunque tenía un fuerte regusto acre y caliente.

A derecha e izquierda vio amplios sembrados; a la derecha, las tierras de Clarendon; a la izquierda, las de Ruvall. Se elevaban hacia los bosques en una larga cuesta ondulante. En esos bosques, Lester vio guiños rojos y anaranjados, cada vez más brillantes. De ellos surgía el humo en un torrente que iba oscureciéndose sin pausa. Se oían las secas explosiones de los árboles huecos, a medida que el fuego les sorbía el oxígeno como si fuese médula de huesos viejos. El viento no le daba de frente, pero poco faltaba; el fuego se extendería del bosque a los sembrados en cuestión de minutos…, tal vez de segundos. Su precipitada carrera hacia donde él estaba, con el rostro rojo y cubierto de sudor, podía resultar letalmente rápida. Lester

quería estar en su coche cuando eso ocurriera. Arrancaría, por supuesto que sí; ese viejo amigo nunca le había fallado. Y ambos pondrían distancia por medio con respecto a aquella bestia roja que se aproximaba.

«*¡Entonces vete! ¡Por el amor de Dios, vete! ¡Ya lo has visto! ¡Ahora vete!*»

El caso era que, en realidad, aún no lo había visto. Sentía su calor; veía cómo guiñaba los ojos y escupía humo por sus fauces de dragón; pero todavía no había visto el fuego.

Y entonces lo vio.

Salió del sembrado de Luther Ruvall hacia su izquierda, en un ataque súbito. El frente principal del incendio corría por el interior de los Bosques Indios, pero ese brazo acababa de liberarse de la foresta. Los árboles agrupados en el borde del sembrado no resistieron al animal rojo. Por un momento parecieron oscurecerse, a medida que la luz subía de tono detrás de ellos: de amarillo a anaranjado, de anaranjado a rojo vivo. Luego se incineraron, sin más. Ocurrió en un instante. Por un momento, Lester vio las copas; un segundo después habían desaparecido. Era como el acto de algún prestidigitador fabuloso, de la clase que el pequeño Hilly Brown había deseado ser con toda su alma.

El frente del incendio estaba ante él: veinticuatro metros de altura, devorando árboles. Y Lester Moran permanecía allí, hipnotizado y boquiabierto. Las llamas empezaron a extenderse por la pendiente del campo. El humo se arremolinaba ya alrededor de Moran, más denso, asfixiante. Empezó a toser.

«*¡Sal de aquí! ¡En el nombre de Dios, sal!*»

Sí, saldría. Ya podía irse. Lo había visto. Era tan espectacular como él esperaba. Pero era igual que una bestia, sí. Y frente a una bestia, cualquier hombre en su sano juicio echaba a correr, corría tanto y tan rápido como le era posible. Todos los seres vivos hacían lo mismo. Todos los seres vivos…

Lester retrocedió hasta su coche y se detuvo.

Todos los seres vivos.

Sí, todos los seres vivos huían ante un incendio forestal. Se rompían todos los esquemas. El coyote huía junto al conejo. Sin embargo, por aquel campo no corrían coyotes ni conejos; no había pájaros en el cielo plomizo.

Nadie había allí, sólo él.

Ni pájaros ni otros animales huían del incendio. Eso significaba que no los había en el bosque.

El coche patrulla volcado. Sangre por doquier.

La cisterna que había chocado en el bosque. El brazo ensangrentado.

«*¿Qué está pasando aquí?*», gritó su mente.

No lo sabía… pero sí sabía que era preciso ponerse las botas de siete leguas. Abrió la portezuela… y se volvió a mirar por última vez.

Lo que vio elevarse de esa gran columna de humo le arrancó un grito. Aspiró humo, tosió y volvió a gritar.

Algo, algo enorme, se estaba elevando entre el humo como la ballena más grande de la creación.

Los rayos del sol, nublados por el humo, relumbraban mansamente en su costado. Y el objeto seguía ascendiendo, ascendiendo… y no se día ruido alguno, salvo el torpe avance del fuego, tronante, crepitante.

Hacia arriba… hacia arriba…

Estiró el cuello para seguir aquel avance lento, imposible. Por eso no llegó a ver el objeto, pequeño y extraño, que surgía del humo y correteaba por la carretera hacia él. Era un carrito rojo que, a principios del verano, había pertenecido al pequeño Billy Fannin. En el centro del carrito había una plataforma. En la plataforma, una cortadora «Benson», poco más que una hoja en el extremo de una vara larga. Esa hoja era manejada por un control remoto en forma de pistola. Aún colgaba de ella un rótulo de propaganda: LA BENSON CORTA HASTA LAS TORMENTAS. Estaba montada sobre un eje y se parecía un poco a la proa saliente de un absurdo navío.

Lester, acurrucado contra el coche, miraba al cielo cuando el sensor de electroencefalograma del artefacto (que había iniciado su vida como sonda de carne) puso en marcha el arranque electrónico de la podadora (modificación que los diseñadores de Benson nunca habían tenido en cuenta). La hoja cobró vida con un chirrido; el pequeño motor de gasolina aulló como un gato herido.

Lester se volvió. Algo parecido a una caña de pescar con dientes corría hacia él. Dio un grito y se lanzó hacia la parte trasera de su coche.

«*¿Qué está ocurriendo aquí?* —chillaba su mente—. *¿Qué está ocurriendo, qué está pasando, ocu…?*»

La podadora giró sobre su eje, en busca de Lester, siguiendo sus ondas cerebrales, percibidas como pequeños pulsos no muy diferentes de las señales de radar. No era una máquina muy inteligente (su cerebro había pertenecido a un juguete programable llamado el *Tanque Terrible*), pero sí lo bastante como para no perder el paso a la baja emisión eléctrica de Lester Moran. A su batería, como quien dice.

—*¡Vete!* —chilló Lester, en tanto el carrito de Billy Fannin traqueteaba hacia él —. ¡Sal de aquí! ¡Veteee!

Pero el carrito pareció saltar en su dirección. Lester Moran zigzagueó con el corazón golpeándole a endiablada velocidad en el pecho. La podadora zigzagueó con él. Lester trató de desviarse otra vez… pero una sombra enorme, que se movía con lentitud, cayó sobre él. A su pesar, levantó la vista. No pudo evitarlo. Entonces, sus pies se enredaron y la podadora dio un salto. Su hoja en movimiento mascó la cabeza del vendedor. Aún estaba trabajando en eso cuando el incendio la devoró, junto con su víctima.

10

Torgeson y Weems vieron al mismo tiempo el cadáver tendido en la carretera. Ambos estaban respirando el aire del equipo: la náusea los había afectado con atemorizante potencia, pero desaparecía por completo si se ponían la máscara. Leandro había acertado: el aire. «Algo» en el aire.

Claudell Weems dejó de hacer preguntas a partir del momento en que captaron la emisora de radio de la Policía de Massachusetts. Desde entonces se limitó a cruzar las manos en el regazo, y a mover los ojos con cautela. Al girar el dial de la radio habían tenido la información sobre las andanzas policiales de sitios tan interesantes como Friday, Dakota del Norte, y Arnette, Texas.

Torgeson detuvo el motor y ambos bajaron. Weems hizo una pausa; luego sacó el arma contra disturbios que iba sujeta bajo el tablero. Torgeson hizo una señal de asentimiento. Las cosas empezaban a aclararse. No ganaban en cordura, pero sí en claridad. Gabbons y Rhodes habían desaparecido al volver de aquella ciudad. *Monstruo* había estado allí el día antes de suicidarse. Como decía la canción de Phil Collins, la de tambores escalofriantes: *I can feel it in the air tonight*.[21]

Estaba en el aire, sí.

Con suavidad, Torgeson volvió al hombre boca arriba; debía de ser el que había dado la alarma sobre tanta locura.

A lo largo de su carrera había tenido que recoger muchas cosas feas en las autopistas; aun así, ahogó una exclamación y apartó la mirada.

—Por Dios, ¿qué lo golpeó? —preguntó Weems.

La máscara apagaba sus palabras, pero su tono de horror surgió con claridad.

Torgeson no lo sabía. Una vez había visto a un hombre atropellado por una máquina quitanieves. Se parecía un poco a eso.

El tipo era sangre desde lo que había sido la cabeza hasta la cintura. La hebilla del cinturón se le había clavado muy profundo en el cuerpo.

—Caramba, lo siento —murmuró, depositando el cuerpo con suavidad en el suelo.

Hubiese podido buscar la billetera, pero no quería saber nada más de aquel cuerpo destrozado. Se encaminó hacia el coche patrulla. Weems se puso a su lado, con el arma inclinada contra el pecho. A lo lejos, hacia el Oeste, el humo se espesaba segundo a segundo, pero hasta allí sólo llegaba un vago olor a madera.

—Esto es una locura —dijo Weems, a través de la máscara.

—Sí.

—No me gusta estar aquí.

—No.

—Creo que deberíamos despejar esta zona cuanto an…

Desde atrás les llegó el ruido de algo que crepitaba. Por un momento, Torgeson pensó que sería el fuego. Estaba relativamente lejos, pero también podía llegar hasta allí. ¡Era bastante razonable! Cuando uno estaba tomando el té con el *Sombrerero*, cualquier cosa era razonable. Al volverse se dio cuenta de que el ruido no era de ramas quemadas, sino rotas.

—¡A la mierda! —gritó.

Torgeson quedó boquiabierto.

La máquina de Coca-Cola, estúpida pero segura, volvía a atacar. En esa ocasión salió de entre la maleza, a un lado de la carretera. Tenía roto el vidrio frontal y arañados los flancos. En la parte metálica del frente se veía una forma horriblemente sugestiva, hundida de tal modo que daba la sensación de estar esculpida.

Parecía media cabeza.

La máquina avanzó por encima de la carretera y permaneció suspendida ante ellos en el aire por un instante, como un ataúd pintado de colores alegres. Al menos lo parecían, hasta que uno veía la sangre que empezaba a secarse en manchas parduscas.

Torgeson percibió un leve zumbido y un chasquido. «Como de relés —pensó—. Tal vez está dañado; pero aun así…»

La máquina de Coca-Cola se lanzó de súbito, en línea recta, hacia ellos.

—¡Hijaputa! —gritó Weems. En su voz había espanto y terror, pero también una especie de risa enloquecida.

—¡Dispárale, dispárale! —gritó Torgeson, y saltó hacia la derecha.

Weems dio un paso atrás y cayó sobre el cadáver de Leandro. Ésa fue una gran estupidez. También, algo afortunado. La máquina de Coca-Cola le pasó a pocos centímetros. En tanto se ladeaba para otro ataque, Weems se incorporó para dispararle tres tiros con celeridad. Las balas explotaron en el interior, en metálicas margaritas de centros negros. La máquina empezó a zumbar y se detuvo, moviéndose en el aire como si tuviera el mal de Huntington.

Torgeson, a su vez, sacó la pistola de servicio y disparó cuatro veces. La máquina de Coca-Cola se encaminó hacia él, pero se la veía letárgica, incapaz de cobrar velocidad. Se detuvo con una sacudida, dio un salto hacia adelante, volvió a detenerse y saltó otra vez. Se meneaba de lado a lado, como si estuviese ebria. El zumbido se hizo más fuerte. Por la puerta de acceso corrían pegajosos arroyos de refresco.

Cuando se encaminó hacia él, Torgeson la esquivó con facilidad.

—¡Al suelo, Andy! —gritó Weems.

Torgeson se dejó caer. Claudell Weems disparó otras tres veces contra la máquina, tan deprisa como pudo. Al tercer disparo algo estalló dentro del aparato. Una breve bocanada de fuego y otra de humo lamieron un costado de su mole.

Fuego verde, según vio Torgeson. ¡Verde!

La máquina de Coca-Cola cayó al suelo, a unos seis metros del cadáver de

Leandro. Por un instante se tambaleó y cayó con un estruendo hueco y tintinear de vidrios rotos. Hubo tres segundos de silencio; luego, un largo graznido metálico. Cesó. La máquina de Coca-Cola yacía muerta sobre la línea blanca, en medio de la carretera Nueve. Su pellejo blanco y rojo estaba lleno de balazos. Despedía humo por todos lados.

—Acabo de extraer mi arma reglamentaria y de matar a una máquina de Coca-Cola, señor —dijo Claudell Weems, en tono hueco, dentro de su máscara.

Andy Torgeson se volvió hacia él.

—Y no le ordenaste que se detuviera ni hiciste el disparo de advertencia. Te mereces una suspensión, pedazo de idiota.

Se miraron uno al otro por encima de las máscaras y se echaron a reír. Claudell Weems rió tanto que estuvo a punto de doblarse en dos.

«Verde —pensó Torgeson. Aunque seguía riendo, nada parecía muy divertido allí adentro, allí donde vivía—. El fuego que salía de esa mierda era verde».

—No hice el disparo de advertencia —carcajeó Weems, sin aliento—. No, no lo hice. No lo hice.

—Violaste sus malditos derechos —apuntó Torgeson.

—¡Habrá que hacer una investigación! —Weems rió—. Caramba, hombre. Es decir… es decir…

Se tambaleó. Había mucho Claudell Weems para tambalear. De pronto, Torgeson se dio cuenta de que él también estaba mareado. Estaba respirando oxígeno puro. Hiperventilación.

—¡Basta de risa! —gritó. Su voz parecía venir desde muy lejos—. ¡Basta de risa, Claudell!

De algún modo cruzó la distancia que lo separaba de su compañero. Parecía muy grande. Cuando estuvo casi junto a Weems, que se tambaleaba, tropezó. El negro se las compuso para sujetarle y, por un momento, ambos se movieron igual que ebrios abrazados, como Rocky Balboa y Apollo Creed al terminar una pelea.

—Me estás haciendo caer, cabrón —murmuró Weems.

—Vete a la mierda. Tú has empezado.

El mundo se fue aclarando poco a poco. Onduló y volvió a aclararse. «Hay que respirar con lentitud —pensó Torgeson—. Hondo y con lentitud, sin esfuerzo. Quieto, palpitante corazón mío». Eso último le hizo reír un poquito otra vez, pero se dominó.

Los dos volvieron hacia el coche patrulla, zigzagueando y abrazados por la cintura.

—El cuerpo —recordó Weems.

—Déjalo por ahora. Está muerto. Nosotros, no. Por ahora.

—Mira —dijo Weems, mientras pasaban junto a los restos de Leandro—: ¡Los «chichones» se han apagado!

Las señales luminosas azules instaladas sobre el techo del vehículo, que los policías llamaban chichones, estaban apagadas y oscuras. No podía ser así; los agentes tenían muy grabada la costumbre de dejarlas encendidas en el escenario de un accidente.

—¿Tú las…? —comenzó Torgeson.

Pero se interrumpió.

Algo había cambiado en el paisaje. El día era más oscuro, como cuando una gran nube se levanta delante del sol o cuando se inicia un eclipse. Se miraron. Luego, se volvieron. Torgeson fue el primero en verla: una gran silueta plateada que emergía de la humareda. Su enorme borde relumbraba.

—¡Dios bendito! —chilló Weems.

Su manaza parda encontró el brazo de Torgeson y se agarró a él. Andy apenas la sintió, aunque al día siguiente se descubriría moretones con la forma de aquella mano.

Subía… subía… subía. La luz del sol, nublada por el humo, centelleaba sobré su metálica superficie plateada. Se elevaba formando un ángulo de unos cuarenta grados. Parecía ondular un poco, aunque eso podía ser ilusión óptica o efecto del calor.

Claro que todo era una ilusión. Por fuerza. No había modo de que fuera real. Era alucinación provocada por el oxígeno.

«Pero ¿cómo es posible que los dos tengamos la misma alucinación?»

—Oh, Dios querido —gruñó Weems—. ¡Es un platillo volante, Andy, es un platillo volante, maldita sea!

Pero a Torgeson no le parecía eso, sino el lado inferior de una bandeja del ejército. La bandeja más grande jamás creada. Subía y subía. Uno pensaba que ya debía de terminar, que de inmediato aparecería un neblinoso margen de cielo entre ella y las nubes de humo, pero seguía su ascensión. Y los árboles, el paisaje entero quedaban reducidos al enanismo. Junto a eso, la humareda del incendio parecía una voluta despedida por un par de colillas sin apagar. Cada vez llenaba una parte mayor del cielo, borrando el horizonte. Se elevaba, oh, se elevaba de los Bosques Indios, y era mortalmente silencioso. No había ruido. Ningún ruido.

Lo miraron. Y por fin Weems se aferró a Torgeson y Torgeson a Weems. Se abrazaron como niños. Y Andy pensó:

«Oh, si cae sobre nosotros…»

Y aún subía entre el humo y el fuego. Subía, como si jamás fuese a terminar.

11

Al caer la noche, la guardia nacional había aislado a Haven del mundo exterior.

La rodearon. Los que estaban contra el viento llevaban equipos de oxígeno.

Torgeson y Weems lograron salir; pero no en el coche patrulla, que estaba tan muerto como John Wilkes Booth, sino a pie. Cuando hubieron consumido el oxígeno del último tubo, pasándoselo de uno a otro, estaban ya en Troy y descubrieron que podían respirar el aire exterior. Claudell Weems dijo más tarde que el viento los había favorecido. Salieron a pie de lo que pronto se denominaría «zona de contaminación» en los informes gubernamentales de máximo secreto. La de ellos fue la primera información oficial de qué sucedía en Haven; pero, por entonces, ya habían llegado cientos de informes no oficiales sobre las características letales del aire en la zona… y miles de informes sobre un gigantesco ovni al que se había visto elevarse entre el humo de los Bosques Indios.

Weems salió con una hemorragia nasal. Torgeson perdió seis piezas dentales. Ambos se consideraron afortunados.

El perímetro inicial, formado por componentes de la guardia nacional de Bangor y Augusta, era bastante estrecho. Hacia las nueve de la noche había sido fortalecido por compañeros de Limestone, Presque Isle, Brunswick y Portland. Al amanecer, otro millar de ellos, con más equipo de batalla, fue trasladado en avión desde las ciudades costeras.

Entre las diecinueve y la una, NORAD estaba en DEFCON-2.

El presidente sobrevolaba el Medio Oeste a sesenta mil pies de altura en *Looking glass* y mascando Tums, cinco y seis juntos.

El FBI entró en escena a las dieciocho; la CIA, a las diecinueve y quince. Hacia las veinte todos discutían a gritos por la jurisdicción de cada uno. A las veintiuna y quince, un asustado y enfurecido agente de la CIA, llamado Spacklin, disparó contra un agente del FBI, cuyo nombre era Richardson. El incidente fue acallado, pero tanto Gardener como Bobbi Anderson lo habrían comprendido a la perfección: la policía de Dallas se hallaba en el lugar y controlaba la situación por completo.

DIEZ

TOMMYKNOCKERS LLAMANDO A LA PUERTA…

1

En la cocina de Bobbi hubo un momento de silencio paralizado tras el disparo fallido con el viejo «45» de Ev Hillman, silencio que era tanto mental como físico. Los grandes ojos azules de Gard permanecían clavados en los verdes de Bobbi.

—¡Has tratado de…! —empezó Bobbi, y su mente

(*¡has tratado de…!*)

produjo un eco en la cabeza de Gardener. El momento pareció muy largo. Y cuando se rompió, se quebró como vidrio.

La sorpresa había hecho que Bobbi dejara caer la pistola de fotones a un lado. Volvió a cogerla. No habría una segunda oportunidad. En su agitación, dejó la mente abierta a Gardener, que sintió el horror de Bobbi ante aquella posibilidad que le había dado. Estaba decidida a no concederle más.

Nada podía hacer Gard con la mano derecha: la tenía bajo la mesa. Antes que ella le apuntara con su pistola de fotones, él apoyó la mano izquierda en el borde de la mesa y, sin pensar, empujó con todas sus fuerzas. Las patas del mueble chillaron con aspereza contra el suelo. La tabla golpeó a Bobbi en aquel pecho, abultado y deforme. En el mismo instante, un rayo de luz verde, brillante, brotó de la pistola de juguete conectada al radiograbador de Buck. En vez de dar contra el pecho de Gard pasó por encima de su hombro; en realidad, pasó a más de treinta centímetros de distancia, pero aun así le hizo desagradables cosquillas en la piel bajo la camisa, como si las moléculas superficiales fueran gotas de agua arrojadas contra una plancha caliente.

Gard se impulsó hacia la derecha y se dejó caer, para escapar de aquel rayo que parecía luz. Sus costillas chocaron contra la mesa, con bastante fuerza, e impulsaron el mueble otra vez contra Bobbi, ahora con mayor potencia. La silla de ella se balanceó hacia atrás sobre las patas traseras, quedó en equilibrio inestable por un momento y por fin cayó con gran estruendo. El rayo de luz giró hacia arriba. Por un momento, Gardener pensó en esos tipos que, por las noches, hacían señales con linternas poderosas en las pistas de los aeropuertos, para guiar a los aviones hasta sus respectivos lugares.

Oyó un ruido sordo, como de madera astillada, por encima de su cabeza. Al levantar la vista observó que la pistola de fotones había hecho un corte en el techo de la cocina. Se levantó, inseguro. Cosa increíble: sus mandíbulas se abrieron en un bostezo más. Su cabeza resonaba con los ecos de la alarma emitida por los

pensamientos de Bobbi.

(*tiene una pistola trató de dispararme hijo de puta hijo de puta pistola tiene*)

Y trató de escudarse antes de enloquecer. No pudo. Bobbi gritaba dentro de su cabeza y, en tanto yacía en el suelo, atrapada entre la mesa y la silla tumbada, mientras intentaba apuntarle con el juguete para repetir el disparo.

Gardener levantó el pie y empujó la mesa otra vez, con una mueca de dolor. En esa ocasión la tumbó; cerveza, píldoras y radio explosiva…, todo se deslizó por su superficie y cayó sobre Bobbi. La cerveza se le volcó en el rostro y espumó sobre su Nueva y Perfeccionada piel. La radio la golpeó en el cuello antes de llegar al suelo, aterrizando en un charco de cerveza.

(*¡Enciéndete, maldita!* —le gritó Gardener—. *¡Estalla! ¡Autodestrúyete! ¡Estalla, maldición!*)

La radio hizo más que eso. Pareció hincharse y, con el ruido de tela desgarrada a lo largo de la costura, se hizo añicos en todas las direcciones, eructando bandas de fuego verde como si fuesen relámpagos embotellados. Bobbi aulló. Lo que Gard oyó fue desagradable; lo que sonó dentro de su cabeza, muchísimo peor.

Gardener aulló con ella, sin oírse. Vio que la camisa de Bobbi estaba en llamas.

Sin pensar en lo que hacía ni en lo que iba a hacer, se acercó a ella y dejó caer el «45». Esa vez sí se disparó, y clavó una bala en el tobillo de Jim Gardener haciéndoselo trizas. El dolor le atravesó el cerebro como un viento ardoroso. Gritó otra vez. Dio un torpe paso hacia adelante, con la cabeza aturdida por los horribles gritos mentales de Bobbi. Un segundo más y lo enloquecerían. En realidad, ese pensamiento fue un alivio. Cuando por fin enloqueciera, toda aquella mierda perdería importancia de una vez por todas.

Entonces, por un segundo, Gard vio a *su* Bobbi por última vez.

Le pareció que ella trataba de sonreír.

Luego se reiniciaron los gritos. Bobbi gritaba y trataba de apagar las llamas que estaban convirtiéndole el torso en sebo. Y sus gritos eran demasiado potentes, demasiado insoportables. Para los dos, se dijo él. Agachado, buscó el maldito revólver por el suelo y lo recogió. Tuvo que usar los dos pulgares para amartillarla. El dolor de su tobillo era terrible, pero por el momento se perdía, sepultado en la aullante agonía de Bobbi. Le apuntó a la cabeza con el arma de Hillman.

«¡Funciona, porquería, oh, por favor, funciona!»

Pero ¿y si funcionaba y él apuntaba mal? Quizá no hubiese otro cartucho en el cargador.

Sus condenadas manos no dejaban de temblar.

Cayó de rodillas como atacado por una súbita y violenta necesidad de orar. Se arrastró hacia Bobbi, que se retorcía, gritaba y ardía en el suelo. Le llegaba su olor; había fragmentos de plástico negro, despedidos por la radio, que burbujeaban sobre

su carne, abriéndose paso en ella. Gard estuvo a punto de perder el equilibrio y caer sobre ella. Por fin le apretó el cañón del arma contra el cuello y apretó el gatillo.

Otro chasquido hueco.

Bobbi, aullaba y aullaba. Y lo hacía dentro de la cabeza de Gard.

Trató de tirar otra vez del percutor. Estuvo a punto de conseguirlo, pero se le resbaló. *Clic.*

«¡Por favor, Dios, por favor déjame ser su amigo por esta última vez!»

Logró echar el percutor hacia atrás. Probó el gatillo de nuevo. El revólver se disparó.

El grito se convirtió de repente en un fuerte zumbido dentro de su cerebro. Sabía que estaba escuchando el sonido mental de la desconexión por muerte. Levantó la cabeza. Una banda de sol, que entraba por el techo abierto, le cayó en el rostro, dividiéndoselo.

Gardener chilló.

De pronto, el zumbido cesó y sólo quedó el silencio.

Bobbi Anderson (o aquello en que se había convertido) estaba tan muerta como el montón de cadáveres enredados en la sala de mandos de la nave; tan muerta como los esclavos de galeras que habían constituido la fuerza motriz de la nave.

Estaba muerta. Gardener hubiera querido morir también…, pero aquello no había terminado aún.

Todavía no.

2

Kyle Archinbourg estaba tomando una Pepsi en Cooder cuando los gritos comenzaron a sonar en su mente. La botella se le escurrió y se estrelló contra el suelo, mientras él se llevaba las manos a las sienes. Dave Rutledge, que dormitaba ante el supermercado en una silla que él mismo había esterillado, se encontraba reclinado contra el edificio, soñando cosas extrañas de colores ultraterrenos. Abrió los ojos de pronto y se incorporó, muy tieso, como si alguien lo hubiese tocado con un cable eléctrico; los tendones se destacaban en su flaco cuello. La silla se deslizó bajo su cuerpo y, cuando la cabeza chocó contra el muro de madera del supermercado, el cuello se le hizo trizas como vidrio. Antes de tocar el asfalto estaba muerto. Hazel McCready se preparaba una taza de té. Al iniciarse los gritos, dio un respingo. La mano que sostenía la tetera vertió agua hirviendo sobre la que sujetaba la taza, provocándole una grave quemadura. Hazel arrojó la tetera al otro extremo de la cocina, entre gritos de miedo y de dolor. Ashley Ruvall, que pasaba en bicicleta frente al ayuntamiento, cayó en la calle y allí quedó, aturdido. Dick Allison y Newt Berringer estaban jugando a las cartas en la casa de Newt, cosa bastante estúpida,

porque cada uno sabía qué llevaba el otro, pero Newt no tenía tablero de damas; además, sólo querían pasar el tiempo hasta que Bobbi anunciara la muerte del borracho y el comienzo de la nueva fase de trabajo. Newt, que repartía cartas, esparció los naipes por toda la mesa y por el suelo. Dick se levantó de un salto, con los ojos desorbitados y el cabello erizado, y se arrojó contra la puerta. Se estampó en la pared a un metro de aquélla y cayó despatarrado. El doctor Warwick, en su estudio, revisaba sus viejos diarios íntimos. El grito fue como un muro de ladrillos que se le acercara a toda velocidad por un par de rieles. Su cuerpo bombeó adrenalina al corazón en cantidades letales e hizo que estallara como un globo. Ad McKeen se dirigía en su camioneta hacia la casa de Newt. Se salió de la carretera y se llevó por delante el puesto de salchichas abandonado por Pooch Balley. Su rostro chocó contra el volante. Quedó aturdido, pero nada más, porque iba a poca velocidad. Miró alrededor, aterrorizado. Wendy Fannin subía desde el sótano con los frascos de melocotón en conserva. Desde que se había iniciado «la conversión» casi no comía otra cosa. En las cuatro últimas semanas había consumido más de noventa frascos de melocotón en almíbar. Dejó escapar un gemido y arrojó al aire los dos que llevaba, como un malabarista espástico. Cayeron contra los peldaños y se hicieron añicos. Melocotones y almíbar corrieron por el suelo, goteando. «Bobbi —pensó, entumecida —, ¡Bobbi se está quemando!» Nancy Voss pensaba en Joe, con la vista perdida por la ventana trasera. Lo echaba muchísimo de menos. Suponía que la «conversión» acabaría por borrar esa nostalgia (cada día le parecía más distante) pero aunque dolía echar de menos a Joe, no quería que ese dolor terminara. Entonces se iniciaron los gritos en su cabeza. Dio un respingo hacia adelanté con tanta brusquedad que rompió tres cristales de la ventana con la frente.

3

Los alaridos de Bobbi cubrieron a Haven como una sirena de alarma antiaérea. Todo se detuvo por completo… y luego los transformados habitantes de Haven salieron a las calles. Todos tenían la misma expresión: horror, dolor y espanto al principio; después, enojo.

Sabían quién era culpable de esos atormentados alaridos.

Mientras continuaran no se oiría otra voz mental. Y lo único que podían hacer era escucharlos.

Por fin sé produjo el zumbido del estertor final seguido de un silencio tan completo que sólo significaba muerte.

Momentos después, el pulso grave de la mente de Dick Allison, afectada por el golpe emocional, pero bastante clara en su autoridad, ordenó:

(*A la granja de Bobbi, todo el mundo. A detenerle antes de que pueda hacer algo*

más.)

La voz de Hazel recogió el pensamiento y lo fortaleció. El efecto fue el de una segunda voz uniéndose a la primera para formar un dúo.

(*A la granja de Bobbi. Todo el mundo allá.*)

El latido de la voz mental de Kyle lo convirtió en trío. El alcance de la voz empezaba a expandirse al ganar potencia.

(*todo el mundo. Detenedlo…*)

La voz de Adley. La de Newt Berringer.

(*antes de que haga cualquier cosa más.*)

Aquellos que Gardener llamaba «los del granero» habían fundido sus voces en una orden, clara e innegable… aunque a nadie en Haven se le habría ocurrido siquiera negarla.

(*detenedlo antes de que haga cualquier cosa a la nave. Detenedlo antes de que haga cualquier cosa a la nave.*)

Rosalie Skehan se apartó del fregadero de su cocina sin molestarse en cerrar el grifo del agua, que corría sobre el arenque que preparaba para la cena. Fue a reunirse con su esposo, que había estado cortando leña con el hacha y a quien los gritos de Bobbi estuvieron a punto de hacer que se amputara varios dedos del pie. Sin decir palabra, ambos subieron al coche y se encaminaron hacia la finca de Bobbi, distante seis kilómetros. Al salir por la senda de entrada estuvieron a punto de chocar contra Elt Barker, que abandonaba su estación de servicio en el viejo Harley. Freeman Moss movía el volante de su vieja camioneta con un vago pesar; ese Gardener le había caído simpático; tenía fibra, como él decía. Pero eso no le impediría arrancarle la cabeza. Andy Bozeman conducía su Oldsmobile *Delta 88*; su esposa, sentada junto a él, mantenía las manos pulcramente plegadas sobre la cartera; en ella llevaba un excitador de moléculas que elevaba el calor natural de cualquier zona de cinco centímetros de diámetro, en unos cinco mil grados en el plazo de quince segundos. Tenía la esperanza de hervir a Gardener como si fuese una langosta. «Ya verá cuando lo tenga a dos metros de distancia —pensaba—. Sólo a dos metros, es todo lo que pido». Desde una distancia superior, el artefacto no era de fiar. Ella habría sabido mejorar su efectividad a ochocientos metros (y se lamentaba de no haberlo hecho), pero Andy se convertía en un oso si no disponía de seis camisas planchadas, por lo menos. Bozeman, por su parte, tenía el rostro congelado en una mueca de ira, con los labios estirados en una seca sonrisa sobre los pocos dientes que le quedaban. «Ya verás cómo te pinto la cerca cuando te tenga a mano, hijo de puta», pensó. Y aumentó la velocidad a ciento treinta, dejando atrás a una larga fila de coches que se encaminaba hacia la finca de Bobbi. Todos habían recibido la Voz de Mando, convertida ya en una letanía martilleante: (*Detenedlo antes de que haga cualquier cosa a la nave, detenedlo antes de que haga cualquier cosa a la nave, ¡detenedlo,*

detenedlo, detenedlo!)

4

Gard se irguió junto al cadáver de Bobbi, medio enloquecido de dolor, pesar y espanto… Sus mandíbulas se abrieron de pronto en otro bostezo ancho, que le estiró los tendones. Zigzagueó hasta el fregadero, tratando de saltar con un solo pie, pero con poco resultado, debido a la carga de droga que había ingerido. Cada vez que se apoyaba en el tobillo fracturado sentía una garra de metal que cavaba dentro de él, implacable. Su sequedad de garganta había empeorado mucho. Sentía los miembros pesados. Sus pensamientos perdían su claridad anterior; parecían… extenderse, como la clara de un huevo roto. Al llegar al fregadero bostezó otra vez, y apoyó adrede el pie herido. El dolor desgarró la niebla como una cuchilla de carnicero bien afilada.

Abrió apenas el grifo del agua caliente y sacó un vaso de agua casi hirviendo. Manoteando en el armario superior, tiró al suelo una caja de cereales y una botella de jarabe de arce. Su mano se cerró en torno de la caja de sal. Luchó contra el pico metálico que abría la caja durante un año entero, según le pareció, y, por fin, logró echar en el vaso sal suficiente para nublar el agua. Lo revolvió con el dedo y se lo tragó. Fue como ahogarse.

Las náuseas comenzaron y vomitó agua salada teñida de azul. En el vómito había también trozos de píldoras azules sin disolver. Algunas parecían más o menos intactas. «¿Cuántas me ha hecho tomar?»

Vomitó de nuevo…, otra vez…, y otra más. Era una repetición de los vómitos que había tenido en el bosque: algún sobrecargado circuito cerebral activaba, insistente, el reflejo de la náusea, un hipo mortífero.

Por fin sus náuseas fueron cediendo hasta cesar.

Píldoras en el fregadero. Agua azulada en el fregadero.

Sangre en el fregadero. En gran cantidad.

Se tambaleó hacia atrás, apoyó el pie herido y cayó al suelo, entre gemidos. Se encontró con los vidriosos ojos de Bobbi, al otro lado del linóleo, y cerró los suyos. De inmediato, su mente empezó a divagar, pero en la oscuridad había voces. No: muchas voces fundidas en una. Reconoció esa única voz: pertenecía a «los del granero»

Venían por él, tal como Gard había supuesto que harían… más tarde.

(*¡Detenedlo… detenedlo… detenedlo!*)

«Muévete o no hará falta que te detengan. Dispararán contra ti, te desintegrarán o lo que se les ocurra hacerte, mientras dormitas en el suelo».

Se incorporó sobre las rodillas y logró levantarse con ayuda de la mesa. Creía recordar que había una caja de No-Doz en el botiquín del baño, pero le parecía difícil

que su estómago las soportara después del último insulto recibido. En otras circunstancias habría valido la pena hacer la prueba, pero Gardener temía que los vómitos no se detuvieran si volvían a iniciarse.

«Mantente en movimiento. Si te sientes muy atontado, apoya ese pie. El dolor te despertará enseguida».

¿Sería así? Lo ignoraba. Sólo sabía que necesitaba actuar de prisa y no estaba seguro de poder moverse por mucho tiempo.

Avanzó a saltos hasta la puerta de la cocina y echó un último vistazo a Bobbi, que lo había rescatado de sus demonios una y otra vez, y que era poco más que un bulto. Su camisa humeaba aún. A fin de cuentas, Gard no había podido salvarla de sí misma; sólo ponerla fuera del alcance de ellos.

«Has disparado contra tu mejor amiga. Estupendo, ¿eh?»

Apretó el dorso de la mano contra su boca. Su estómago gritaba. Cerró los ojos y contuvo el vómito antes de que se reanudara.

Por fin comenzó a moverse a través de la sala. La idea consistía en buscar un mueble sólido, saltar en un pie hasta él y apoyarse. Su mente insistía en convertirse en un globo de plata, como cada vez que la negrura se lo llevaba. Resistió lo mejor que pudo y buscó objetos sólidos hasta los que saltar para apoyarse. Si Dios existía y era bueno, tal vez todos esos muebles soportaran su peso y le permitieran llegar al otro extremo de ese cuarto interminable, tal como Moisés y sus seguidores habían cruzado el desierto.

Sabía que «los del granero» llegarían pronto. Sabía que podía darse por aniquilado como por una bomba nuclear si para entonces él estaba todavía allí. Ellos temían que hiciera algo con la nave. Y sí. Pensándolo bien, eso formaba parte de lo que tenía planeado. Además, sabía que aquél sería el lugar más seguro.

También sabía que no podía ir a ella. Todavía no.

Primero debía hacer algo en el granero.

Salió al porche, donde él y Bobbi tenían por costumbre sentarse al anochecer, con Peter dormido entre ambos. Se sentaban allí a beber cerveza y a escuchar el partido: los *Red Sox*, jugando dentro de la diminuta radio de Bobbi; diminutos beisbolistas entre tubos y circuitos. Se sentaban allí, con las latas de cerveza en un balde de agua fría, y hablaban de la vida y de la muerte; de Dios, política, amor y literatura. Quizá, una o dos veces, sobre la posibilidad de que hubiera vida en otros planetas. Gard creía recordar una o dos conversaciones por el estilo, pero tal vez era sólo su mente cansada que le jugaba sucio. Allí habían sido felices. Parecía haber pasado muchísimo tiempo.

Era en Peter en quien se centraba su cansada mente. En realidad, Peter sería su primer objetivo, el primer mueble hacia el cual saltaría. Eso no era exactamente verdad: el intento de rescate de David Brown tenía prioridad, antes que poner fin al

tormento de Peter. Pero David no le ofrecía el impulso emocional requerido; nunca lo había visto. Peter era diferente.

—El bueno del viejo Peter —comentó a la tarde calurosa. (¿Todavía era tarde? Por Dios, sí.)

Llegó a los peldaños del porche y entonces fue cuando se produjo el desastre. De súbito perdió el equilibrio. Su peso cayó sobre el tobillo roto. En esa ocasión casi vio los extremos astillados del hueso que excavaban el uno en el otro. Gardener emitió un chillido agudo, un aullido; no era el grito de una mujer sino de una niña en graves problemas. Al caer de costado buscó a tientas la barandilla del porche.

Durante sus frenéticos trabajos, a principios de julio, Bobbi había arreglado la barandilla del sótano, pero no la del porche, que estaba desvencijada desde hacía años. Cuando Gard apoyó su peso en ella, los dos soportes, que estaban podridos, se rompieron. Al sol de verano asomaron bocanadas de serrín viejo… junto con varias cabezas de sorprendidas termitas. Gard cayó desde el porche, chillando con angustia, y dio contra el patio con un sólido *bum*. Trató de levantarse, pero luego se preguntó por qué estaba haciendo tanto esfuerzo. El mundo se tambaleaba ante él. Vio primero dos buzones; luego, tres. Decidió olvidarse de todo y dormir. Cerró los ojos.

5

En ese largo, extraño y doloroso sueño que vivía, Ev Hillman vio-sintió la caída de Gardener y le oyó pensar

«olvidarse de todo y dormir»

con claridad. Luego el sueño empezó a romperse. Eso estaba bien: era difícil soñar. Dolía por todas partes, con un dolor sordo. Y dolía combatir la luz verde. Si el sol era demasiado fuerte

(*él recordaba un poco la luz del sol*)

podía cerrar los ojos, pero la luz verde estaba adentro, *siempre* adentro: *un tercer ojo que veía y una luz verde que quemaba. Había otras mentes allí. Una pertenecía a* LA MUJER, *la otra* A LA MENTE INFERIOR *que en otros tiempos había sido* Peter. *Ahora* LA MENTE INFERIOR *sólo podía aullar. A veces aullaba para que* BOBBI *viniera y lo liberara de la luz verde… pero sobre todo aullaba al arder en el tormento del drenaje.* LA MUJER *también gritaba pidiendo que la liberaran, pero a veces sus pensamientos giraban en borrosas imágenes de odio que Ev apenas era capaz de soportar. Por eso: sí. Mejor*

(*mejor*)

dormir

(*más fácil*)

Y dejarlo todo…

… pero estaba David.

David se moría. Sus pensamientos, que Ev había recibido en un principio con claridad, iban cayendo en una espiral cada vez más profunda, que acabaría primero en la inconsciencia y luego, rápidamente, en la muerte.

Por eso Ev luchó contra la oscuridad.

Luchó y empezó a llamar:

(*¡Levántate! ¡Levántate! ¡Tú, allá, al sol! ¡Recuerdo el sol! ¡David Brown merece su tiempo de sol! ¡Levántate! ¡Levántate, levántate! ¡Leván…*)

6

(*tate levántate levántate.*)

El pensamiento era un pulso estable en la cabeza de Gardener. No, un pulso no. Era algo así como un coche, sólo que con ruedas de vidrio que le cortaban el cerebro, en tanto el automóvil circulaba lentamente por él.

(*merece su tiempo de sol David Brown levántate David leván David tate! ¡David Brown! ¡Levántate! ¡David Brown! ¡Maldición levántate!*)

—¡Está bien! —murmuró Gardener, con la boca llena de sangre—. ¡Está bien, ya te oigo, déjame en paz!

Logró ponerse de rodillas. Trató de levantarse. El mundo se puso a girar. No había caso. Al menos la voz ronca y cortante de su cabeza había callado un poco. Sintió que su propietario, de algún modo, miraba por sus ojos, usándolos como ventanas sucias,

(*soñando por ellos*)

viendo algo de lo que él veía.

Trató de levantarse otra vez y tampoco pudo.

—Mi cociente de imbecilidad es muy alto aún —graznó.

Escupió dos dientes y comenzó a arrastrarse por la tierra del patio hacia el granero.

7

Haven acudía en busca de Jim Gardener. Iban en coches; en camionetas, en tractores, en motocicletas. La señora Eileen Crenshaw, la vendedora de Avon que tanto se aburrió en la SEGUNDA FUNCIÓN DE GALA de Hilly Brown, iba en el *buggy* de su hijo. La acompañaba el reverendo Goohringer, con los últimos mechones de cabello gris volando desde el borde de la calva, tostada por el sol. Vern Jernigan llevaba una carroza fúnebre que había tratado de transformar en camioneta rural antes

de que la «conversión» cobrara mucho impulso.

Llenaban los caminos. Ashley Ruvall zigzagueaba a toda velocidad entre quienes iban a pie, pedaleando como loco. Había vuelto a su casa, sólo para coger algo que él llamaba «pistola zap». Hasta la primavera había sido sólo un juguete para el cual ya era muy mayor, que se llenaba de polvo en la buhardilla. Ahora, equipado con una pila de nueve voltios y el circuito impreso de la maquinita ortográfica de su hermanito, constituía un arma que al Pentágono le habría resultado de interés. Abría agujeros en las cosas. Grandes agujeros. Iba sujeto con correas al portapaquetes de su bicicleta, donde en otros tiempos había llevado periódicos para repartir.

Conducían muy deprisa y hubo algunos accidentes. Dos personas murieron cuando el Volkswagen de Early Hutchinson chocó contra la ranchera de los Fannin, pero esas nimiedades no los detenían. El cántico mental llenaba los espacios huecos del aire con un grito parejo y rítmico: (*¡Antes de que haga cualquier cosa a la nave! ¡Antes de que haga cualquier cosa a la nave!*)

Era un lindo día de verano, un lindo día para matar. Y si alguien necesitaba que lo mataran, ése era Gardener. Y por ello acudían más de quinientos en total, buenos campesinos que habían aprendido algunos trucos nuevos. Acudían. Y llevaban sus armas nuevas con ellos.

8

A medio camino hacia el granero, Gardener empezó a sentirse mejor. Quizá había llegado el segundo aliento. O, lo más probable, había logrado liberarse de casi todo el Valium y comenzaba a superar el resto ingerido.

O tal vez, de algún modo, el anciano le infundía fuerzas.

Como fuera, le bastó para ponerse en pie e ir a saltos en un solo pie hasta el granero. Por un momento se apoyó contra la puerta, con el corazón a todo galope. Por casualidad bajó la vista y vio un agujero en la puerta. Era redondo. Los bordes salían hacia fuera, en un mellado brazalete de astillas blancas. Ese agujero tenía aspecto de haber sido *mordido.*

«La aspiradora que operó los botones. Así logró salir. Tenía un implemento cortante Nuevo y Perfeccionado. ¡Por Dios, esta gente está loca de verdad!»

Se las compuso para rodear el granero, con una fría certidumbre: que la llave habría desaparecido.

«¡Oh, Gard, por Dios, déjate de joder! ¿Por qué motivo…?»

Pero era cierto. Había desaparecido. Nada pendía del clavo.

Gardener se recostó contra el flanco del granero, exhausto y estremecido, con el cuerpo cubierto de sudor. Bajó la vista. El sol se reflejaba en algo que había en el suelo: la llave. El clavo estaba un poco inclinado hacia abajo. Él había colgado la

llave con tanta prisa que tal vez lo había torcido un poco. Y la llave se había caído.

Se agachó con enorme trabajo, la recogió y volvió a rodear el granero hacia la puerta. Tenía exquisita conciencia de la celeridad con que el tiempo transcurría. Pronto estarían allí. ¿Cómo liquidaría el asunto del granero y llegaría hasta la nave antes que ellos? Puesto que era imposible, lo mejor parecía ser ignorarlo.

Cuando llegó ante la puerta del granero, se oía ya el leve rumor de los motores. Acercó la llave al candado y no acertó con la cerradura. El sol brillaba; su sombra era apenas más que un charco colgado de sus talones. Otro intento más. Esa vez logró introducirla. La hizo girar, abrió la puerta de un empujón y se lanzó al interior del granero.

La luz verde lo envolvió.

Era potente, más potente que la última vez. Ese equipo pergeñado

«la transformadora»

relucía, brillante. Operaba en ciclos, como antes, pero a mayor velocidad. El fuego verde corría por encima de los plateados mapas de carretera de los circuitos.

Miró en derredor. El anciano, flotando en su baño verde, lo miraba con el ojo sano. Era una mirada torturada…, pero cuerda.

(*Usa la transformadora para salvar a David.*)

—Vienen a buscarme, viejo —graznó Gardener—. No tengo tiempo.

(*Rincón, el rincón más alejado.*)

Gard vio algo allí que tenía un ligero parecido con una antena de televisión, con un perchero móvil y con esos tendederos giratorios en donde se pone la ropa a secar.

—¿Eso?

(*Llévalo al patio.*)

Gardener no preguntó. No había tiempo. El objeto aparecía montado en una pequeña plataforma cuadrada. Tal vez en él se encontraban los circuitos y las pilas. Desde más cerca vio que esas cosas parecidas a brazos torcidos de una antena de televisión eran, en realidad, estrechos tubos de acero. Cogió el eje central. El artefacto no era pesado, pero sí difícil de mover. Tendría que apoyarse un poco en el tobillo destrozado, le gustara o no.

Volvió a mirar el tanque en donde Ev Hillman flotaba.

(*¿Está seguro de esto, maestro?*)

Pero quien respondió fue la mujer. Abrió los ojos. Mirarlos era como mirar el caldero de las brujas de *Macbeth*. Por un momento Gard olvidó todo el dolor, el cansancio, la descomposición. Quedó como hipnotizado por aquella mirada venenosa. En ese instante comprendió toda la verdad y todo el poder de la temible mujer a quien Bobbi llamaba Sissy, y el motivo por el cual Bobbi había huido de ella como de un enemigo. *Era* un enemigo. Una bruja. Y aun ahora, en su terrible agonía, mantenía vivo el odio.

(*¡Llévatelo, estúpido! ¡Yo lo haré funcionar!*)

Gardener se apoyó en el pie herido y chilló, en tanto una mano salvaje trepaba desde su tobillo para apretarle el doble saco de los testículos.

El viejo:

(*Espera espera.*)

El aparato se elevó por cuenta propia. No mucho: tres o cuatro centímetros. La verde luz de pantano cobró mayor potencia.

(*Tendrás que guiarlo, hijo.*)

Eso podía hacerlo. El aparato serpenteó a través del verde granero como el esqueleto de una incomprensible sombrilla de playa, cabeceando y balanceándose al tiempo que arrojaba extrañas sombras alargadas a las paredes y el suelo. Gardener saltaba con torpeza detrás de él; no quería, no se atrevía a mirar otra vez los ojos de aquella loca. Una y otra vez, su mente jugaba con un solo pensamiento: «La hermana de Bobbi Anderson era una bruja… una bruja… una bruja…»

Guió la bamboleante sombrilla hasta la luz del sol.

9

Freeman Moss fue el primero en llegar. Giró con su camioneta (en la que una vez había recogido a Gard) hacia el patio de Bobbi y bajó casi antes de que el motor se apagara. ¡Y mira por donde, hombre! ¡El hijo de puta estaba justo allí, colgado de algo que parecía un tendedero! Tenía el aspecto de un corredor agotado, con un pie levantado, el izquierdo, como perro con una espina en la pata. La zapatilla de ese lado chorreaba sangre.

«Parece que Bobbi te la dio, víbora».

Al parecer, el asesino amigo de la muchacha captó su pensamiento. Levantó la vista y sonrió con cansancio. Aún seguía sosteniéndose del tendedero, como colgando de él.

Freeman caminó en aquella dirección, dejando abierta la portezuela de su vieja camioneta. Había algo infantil y simpático en la sonrisa de aquel hombre, y en un momento, Freeman comprendió por qué: con los huecos de los dientes que le faltaban, tenía la sonrisa de un niñito enmascarado para la noche de *Halloween.*

«Caramba, me caías bien. ¿Por qué tuviste que ser tan imbécil?»

—¿Qué haces aquí, Freeman? —preguntó Gardener—. Deberías haberte quedado en tu casa a ver el partido. La cerca está pintada ya.

«¡Hijo de puta!»

Moss llevaba puesto un chaleco acolchado, pero sin camisa. Ese chaleco era lo primero que había encontrado al salir de la casa a toda carrera. Lo abrió y dejó al descubierto, no un artefacto raro, sino un Colt Woodsman. Lo sacó. Gardener lo

miraba, con el pie levantado, sujetándose del tendedero.

«Cierra los ojos. Será rápido. Al menos, puedo hacer eso».

10

(*Baja la cabeza idiota baja la cabeza o la perderás cuando ése pierda la suya me importa una mierda quién caiga así que échate al suelo si quieres vivir.*)

En el tanque, los ojos de Anne Anderson ardían de odio y furor; sus dientes habían desaparecido, pero las desnudas encías rechinaban, rechinaban, rechinaban, y una sarta de burbujas se elevaba en el líquido.

La luz palpitó cada vez más deprisa, como una calesita que se acelerara. Parecía una luz estroboscópica. El zumbido se elevó hasta convenirse en un gemido eléctrico grave. En el aire del cobertizo pendía un rico olor a ozono.

En la pantalla iluminada, la palabra

¿PROGRAMA?

fue reemplazada por

DESTRUIR

Empezó a encenderse y apagarse con rapidez, una y otra vez.

(*échate al suelo imbécil o quédate de pie qué me importa.*)

11

Gardener se agachó. Su pie herido tocó el suelo y el dolor le subió de nuevo por la pierna. Cayó en el polvo, sobre manos y rodillas.

Por encima de su cabeza, el tendedero empezó a girar; en un principio, con lentitud. Moss lo miró fijamente; el revólver se inclinó un poquito en su mano. La comprensión cruzó por su rostro en el último instante en que tuvo rostro. Luego, los delgados caños vertieron fuego verde en el patio. Por un momento, la ilusión de la sombrilla de playa fue perfecta y completa: aquello parecía exactamente una sombrilla verde, grande, inclinada para que el borde circular tocara la tierra. Pero la sombrilla estaba hecha de fuego. Gard se agazapó bajo ella, los ojos entornados, con una mano frente al rostro y haciendo una mueca como si el calor fuera intenso… Pero no hacía calor, al menos allí, bajo el hongo venenoso de Sissy.

Freeman Moss estaba en el borde de la sombrilla. Sus pantalones ardieron; después pasó lo mismo con el chaleco acolchado. Por un momento, las llamas fueron verdes; después se convirtieron en amarillas.

Dio un alarido, se tambaleó hacia atrás y dejó caer el revólver. Por encima de la cabeza de Gardener, el tendedero giraba con más rapidez. Los esqueléticos brazos de metal, que habían caído cómicamente hacia abajo, se elevaban más y más, por efecto de la fuerza centrífuga. El borde de fuego de la sombrilla volaba hacia fuera. Los hombros y el rostro de Moss quedaron envueltos en una lámina de llamas, en tanto él retrocedía. En la cabeza de Gard se reanudó ese odioso gemido mental. Trató de bloquearlo, pero no había modo; simplemente, no había modo. Captó el ondulante reflejo de un rostro derretido como chocolate caliente. Después, se cubrió los ojos, como un niño ante una película de terror.

Las llamas giraban alrededor del patio de Bobbi, en un giro cada vez más amplio, haciendo que una negra zona del suelo se fundiera en una especie de vidrio arenoso. La camioneta de Moss y la furgoneta de Bobbi se encontraban en el círculo final; el granero, apenas un poco más allá, aunque su silueta danzaba como un demonio en la reverberación del calor. Si no donde Gardener estaba, en el borde del círculo hacía mucho calor, sin duda alguna.

Las pinturas de la vieja camioneta y de la furgoneta se llenaron de ampollas, se pusieron negras y ardieron hasta dejar el metal limpio. Los restos de corteza, serrín y astillas de madera que sembraban la parte trasera del vehículo de Moss ardieron como yesca en una estufa. Los dos grandes toneles de desperdicios cargados en la furgoneta también ardieron. El círculo oscuro dibujado por el borde de la sombrilla se convirtió en una marca con la forma de un plato. La manta vieja que cubría el asiento de Moss se incendió también; después, el tapizado roto; por fin, el relleno. Por último toda la cabina fue una caldera anaranjada, por donde asomaban los esqueletos de los resortes.

Freeman Moss retrocedió, entre tambaleos, retorcido, como un doble cinematográfico que hubiese olvidado su traje protector, y se derrumbó.

12

Imponiéndose aún a los gritos agonizantes de Moss, el grito mental de Anne Anderson:

(*¡Come mierda y muérete! ¡Come mierda y m…!*)

De pronto, algo cedió en lo que quedaba de ella. Hubo un último fulgor de luz verde, un pulso sostenido que duró unos dos segundos. El fuerte zumbido de la transformadora se elevó un poco y todas las tablas del granero emitieron una vibración simpática.

Luego, el zumbido se redujo a su anterior ronroneo soñoliento; la cabeza de Anne

cayó hacia delante en el líquido, con el cabello flotando, como el de una ahogada. En la pantalla del ordenador, la palabra

DESTRUIR

se apagó como una vela ante el soplido y se convirtió en

¿PROGRAMA?

13

El feroz paraguas onduló antes de detenerse. El tendedero, que había girado a una velocidad endiablada, comenzó a aminorar su ritmo, chirriando como un portón abierto ante la brisa. Los caños se inclinaron hasta volver al ángulo anterior. Chirrió una vez más y se detuvo.

De pronto, el tanque de gasolina de la furgoneta estalló. Más llamas amarillas se elevaron al cielo. Gard sintió que un trozo de metal pasaba por su lado con un zumbido.

Levantó la cabeza para mirar con expresión estúpida el vehículo incendiado, y pensó: «Bobbi y yo lo usamos varias veces para ir al autocine de Derry. Creo que hasta hicimos el amor en el asiento durante una estúpida película de Ryan O'Neal. ¿Qué ha ocurrido? Por Dios, ¿qué ha ocurrido?»

En su mente, la voz del viejo, casi exhausta, pero aun así imperativa:

(*¡Rápido! Puedo dar potencia a la transformadora cuando vengan los otros, pero tendrás que darte prisa. ¡El chico! ¡David! ¡Pronto, hombre!*)

«No hay mucho tiempo —pensó Gardener, fatigado—. Cielos, nunca hay mucho tiempo».

Saltó otra vez hacia la puerta del granero, sudoroso, pálido como la cera. Se detuvo ante aquel anillo oscuro, quemado en el suelo, y lo franqueó con un salto torpe. No quería tocarlo. Se tambaleó, casi perdido el equilibrio, pero logró continuar. Y mientras entraba en el cobertizo, los dos tanques de combustible de la vieja camioneta estallaron con un rugido furioso. La cabina se desprendió del resto. El vehículo de Moss cayó de costado, como un juguete, mientras algunos trozos de la tapicería y del relleno salían en llamas por la ventanilla abierta, como plumas ardientes. Casi todos cayeron otra vez al patio y se apagaron. Sin embargo unos pocos alcanzaron el porche; tres o cuatro entraron por la puerta abierta, con el primer golpe del viento que pronto se levantaría desde el Este. Uno de esos trozos prendió

fuego a una novela de edición barata que Gardener había dejado sobre la mesa, junto a la puerta, hacía una semana. En la sala, otro cayó sobre una alfombra que la señora Anderson había tejido en su dormitorio y había enviado a Bobbi a escondidas, en ausencia de Anne.

Cuando Jim Gardener volvió a entrar en el granero, toda la casa ardía.

14

La luz del granero nunca había estado tan mortecina; era apenas un verde opaco y acuoso, como el de un charco estancado.

Gardener miró a Anne con cautela, temeroso de aquellos ojos feroces. Pero no había nada que temer. Permanecía con la cabeza gacha, como sumida en profundos pensamientos, y con el cabello flotando.

(*Está muerta, hijo. Si quieres traer al chico, tendrá que ser ahora… No sé por cuánto tiempo estaré emitiendo energía. Y no puedo dividirme entre vigilarlos a ellos y operar la transformadora.*)

Miró a Gardener, que sintió una profunda piedad…, y admiración, por el valor del viejo. ¿Habría sido él capaz de hacer la mitad de eso, ya medio muerto, en la misma situación? Lo veía difícil.

(*Sufres mucho, ¿verdad?*)

(*No estoy en un lecho de rosas, hijo, si a eso te refieres. Pero aguantaré…, si actúas ahora mismo.*)

Actuar de inmediato. Sí. Ya se había entretenido demasiado.

La boca se le abrió en otro tremendo bostezo. Luego se dirigió hacia el equipo que rodeaba y llenaba aquel cajón anaranjado… lo que el viejo llamaba «la transformadora».

¿PROGRAMA?

señaló la pantalla de aquel ordenador sin teclado.

Hillman habría indicado a Gardener qué debía hacer, pero no lo necesitaba. Gard lo sabía. También recordaba la hemorragia nasal y el estallido sonoro recibido como resultado de su único experimento con el artefacto levitatorio de Moss. Comparado con este aparato, el otro era una caja de cerillas.

Sin embargo, desde aquel día había avanzado bastante en su propia «conversión», le gustara o no. Cabía esperar que fuera suficien…

(*Oh, hijo, por todos los diablos, espera, que tenemos visitas.*)

Una voz más fuerte se impuso a la de Hillman; una voz que Gard reconoció

vagamente, aunque no pudo ponerle nombre.

(*Retroceded retroceded esperad todos*)

(*Sólo… me parece… sólo… uno… o… tal vez dos.*)

Era otra vez la exhausta voz mental del anciano. Gardener sintió que su concentración iba de nuevo hacia la sombrilla del patio. La luz empezó a cobrar nueva intensidad en el granero. Los pulsos asesinos se reiniciaron.

15

Dick Allison y Newt Berringer estaban aún a tres kilómetros de la casa de Bobbi cuando se iniciaron los gritos mentales de Freeman Moss. Momentos antes habían dejado atrás a Elt Barker. En ese instante, Dick miró por el espejo retrovisor y vio que la Harley de Elt se desviaba al otro lado de la carretera y saltaba por el aire. Por un momento, Elt se pareció a Evel Knievel, pese al cabello blanco. Luego se separó de la moto y aterrizó en los matorrales.

Newt clavó los frenos con ambos pies y su camioneta se detuvo en medio de la carretera, con un chirrido. Miró a Dick con los ojos dilatados, asustado y furioso a un tiempo.

(*¡Ese hijo de puta tiene un artefacto!*)

Sí. Fuego. Una especie de…

De pronto, Dick elevó su voz mental hasta el grito. Newt la recibió y la amplificó. Kyle y Hazel McCready se le unieron desde el Cadillac de Archinbourg.

(*Retroceded retroceded esperad*)

Todos se detuvieron, sin cambiar de posición. En general, esos *Tommyknockers* no eran muy afectos a obedecer las órdenes, pero los horribles gritos de Moss, que ya se desvanecían, supieron convencerles. Todos se detuvieron, menos un Oldsmobile *Delta 88* azul, cuyo paragolpes tenía una calcomanía con la leyenda: LOS AGENTES DE BIENES RAÍCES LO VENDEN POR HECTÁREA.

Cuando llegó la orden de retroceder y mantener sus posiciones, Andy Bozeman tenía la casa de Anderson a la vista. Su odio había aumentado de una forma desmesurada; sólo pensaba en ver a Gardener desangrado y agonizante. Entró por el camino de Bobbi a toda marcha. La parte trasera se levantó del suelo ante la violenta frenada; el enorme coche estuvo a punto de volcar.

«Ya verás si te pinto la cerca, hijo de puta. Ya verás si te doy una rata y un cordel para hacerla girar».

Su esposa sacó el excitador de moléculas de su cartera. Se parecía a una pistola de Buck Rogers, creada por un lunático bastante inteligente. Su armazón había sido parte de una herramienta de jardín, comercializada bajo la marca de Weed Eater (comehierbas). Se inclinó hacia fuera, desde la ventanilla, y apretó el gatillo al azar.

El extremo este de la casa estalló en un caldero de fuego. Ida Bozeman sonrió con una alegre sonrisa de reptil.

Mientras los Bozeman bajaban del Oldsmobile, el tendedero comenzó a girar. Un momento después se formó la sombrilla de fuego verde. Ida Bozeman trató de apuntar lo que ella llamaba «disco molecular» hacia el artefacto, pero era demasiado tarde. Si su primer disparo hubiese dado en el tendedero, no contra la casa, todo habría sido distinto. Mas no ocurrió así.

Los dos desaparecieron en sendos árboles de fuego. Un momento después, el coche, del que todavía les faltaban tres plazos por pagar, estalló.

16

Cuando los gritos de Freeman Moss apenas empezaban a desvanecerse en la mente de todos, fueron reemplazados por los de Andy e Ida Bozeman. Newt y Dick, con una mueca, esperaron a que acabaran.

Por fin se hizo el silencio.

Allá delante, Dick Allison vio otros vehículos estacionados a ambos lados y en el medio de la carretera. Frank Spruce asomaba por la ventanilla de su gran camión-tanque, y miraba con ansiedad en dirección a Newt y Dick. Percibían a los otros, a todos, en esa carretera, en otros caminos; algunos estaban de pie en los sembrados por donde habían querido cortar camino. Todos esperaban algo, alguna decisión.

Dick se volvió hacia Newt.

(*Fuego.*)

(*Sí. Fuego.*)

(*¿Podemos apagarlo?*)

Se produjo un breve silencio mental, en tanto Newt cavilaba. Dick sintió que él deseaba sólo apartar la duda y continuar su viaje hacia Gardener. Lo que Dick quería no era complicado: deseaba arrancar la cabeza a Jim Gardener. Pero ésa no era la solución y ambos lo sabían: todos «los del granero», hasta Adley, lo sabían. Ahora las apuestas eran más elevadas. Y Dick confiaba en que Jim Gardener perdiera la cabeza, de un modo u otro.

Burlar a todos los *Tommyknockers* era mala idea. Los enfurecería. Muchas razas de otros mundos habían descubierto esa verdad antes de las festividades que ese día se celebraban en Haven.

Él y Newt miraron hacia el campo bordeado de árboles donde Elt Barker se había estrellado. Los pastos y el follaje de los árboles se movían; no mucho, pero se movían a impulsos de un viento que soplaba de Este a Oeste. Aún era sólo una brisa, pero a Dick le pareció que se intensificaría.

(*Sí, podemos apagar el incendio*), replicó Newt, por fin.

(*¿Detener el incendio y también al borracho? ¿Seguro?*)

Otra larga pausa pensativa. Newt dio la respuesta que Dick sospechaba.

(*No sé si podemos hacer las dos cosas. Una u otra sí. No sé si las dos.*)

(*Entonces dejaremos que el incendio siga por ahora dejaremos que siga sí, está bien*)

(*a la nave nada le ocurrirá nada la nave*)

(*no sufrirá daño y el viento tal como sopla*)

Se miraron, sonriendo, en tanto los pensamientos de ambos se unían en un momento de total armonía: una voz, una mente.

(*El fuego estará entre él y la nave. ¡No llegará a la nave!*)

En las carreteras, caminos y en los sembrados, los que escuchaban ese diálogo mental se sintieron algo aliviados. (*No llegará a la nave).*

(*¿Todavía está en el granero?*)

(*Sí.*)

Newt volvió hacia Dick su atribulado rostro.

(*¿Qué mierda está haciendo allí? ¿Qué puede hacer allí? ¿Algo para dañar la nave?*)

Hubo una pausa. Después, la voz de Dick, no sólo para Newt sino para todos «los del granero», clara e imperativa.

(*Formad una red con las mentes. Formad una red con vuestras mentes y las nuestras. Todos los que podáis, formad una red con las mentes y escuchad. Escuchad a Gardener, escuchad.*)

Escucharon. En el caluroso silencio de la tarde estival, escucharon. Dos o tres cuestas más allá, las primeras nubes de humo iban elevándose en el cielo.

17

Gardener sintió que escuchaban. Era una horrible sensación de algo que se arrastraba por la superficie de su cerebro. Parecía ridículo pero cierto. «Ahora sé cómo se sienten las lámparas cuando las polillas se arremolinan a su alrededor», pensó.

El viejo se movió en su tanque; trataba de llamar su atención. Él no lo vio, pero captó su pensamiento y levantó la vista.

(*No importa, hijo. Quieren saber qué haces, pero no les prestes atención. Si lo descubren, nada sucederá. Por el contrario, tal vez nos ayude. Quizá eso los entretenga. Alivie sus mentes. No se preocupan por David; sólo por su maldita nave. ¡Anda, hijo, anda!*)

Gardener, de pie junto a la transformadora, tenía uno de los auriculares en la mano. No quería ponérselo. Se sentía como quien ha recibido una poderosa descarga

de un enchufe de corriente eléctrica y se ve obligado a usarlo otra vez.

(*¿Tengo que ponerme esta porquería? Antes he cambiado la pantalla sólo con el pensamiento.*)

(*Sí, pero es todo lo que puedes hacer. Tienes que ponértelo, hijo. Lo siento.*)

Era increíble, empezaba a sentir los párpados pesados. Otra vez. Tuvo que obligarse a abrir los ojos.

«Temo que va a matarme», pensó. Y aguardó, con la esperanza de que Hillman lo contradijera. Pero no hubo nada. Sólo el ojo dolorido que lo miraba y el vago *slisss-slisss* del equipo.

«Sí, puede matarme, y él lo sabe».

Afuera, el fuego crepitaba.

La sensación de aleteos contra la superficie de su mente se detuvo. Las polillas habían volado.

Gardener, de mala gana, se puso él auricular en la oreja.

18

Kyle y Hazel se relajaron, mirándose uno al otro. En sus ojos había una expresión idéntica…, y muy humana. La expresión de quien descubre algo demasiado bueno para ser verdad.

(*¿David Brown?*) —preguntó Kyle a Hazel, incrédulo—. (*¿Es eso lo que*)

(*recoges sí está tratando de salvar al chico, de*)

(*traerlo desde*)

(*desde Altair-4?*)

Entonces, imponiéndose por un momento a la red, se oyó a Dick Allison, excitado y lleno de agrio triunfo:

(*¡Yo sabía que ese chico nos iba a ser útil, carajo!*)

19

Gardener nada sintió por un momento. Empezó a relajarse, casi a punto de dormitar. De pronto, el dolor lo sacudió en un solo ataque horrible, destructivo como un ariete que fuera a desgarrarle la cabeza.

—¡No! —aulló. Las manos volaron a las sienes y se sacudieron contra ellas—. ¡No, Dios mío, no, duele demasiado, no!

(*¡Déjate llevar, hijo, trata de dejarte llevar!*)

—¡No puedo no puedo! ¡Oh, maldición haz que cese!

Comparado con aquello, su tobillo destrozado era una picadura de mosquito.

Tuvo la vaga noción de que la nariz le sangraba y de que la boca sé le estaba llenando de sangre.

(*¡Déjate llevar, hijo!*)

El dolor retrocedió un poco, y fue reemplazado por otra sensación. Esa nueva sensación era horrible, horrible y terrorífica.

Una vez, en la universidad, había participado en algo llamado Gran Comilona de McDonald. Cinco agrupaciones universitarias habían designado «campeones de comilona», Gard era el «campeón» de Delta Tau Delta. Cuando iba por la sexta hamburguesa gigante (ni siquiera cerca del total logrado por el ganador del certamen), cobró súbita conciencia de que estaba muy próximo a la sobrecarga física absoluta. Nunca en su vida había sentido algo así. En cierto modo, resultaba hasta interesante. Sentía el centro del cuerpo tormentoso de comida. No tenía ganas de vomitar; la palabra náusea no describía lo que notaba en su interior. Veía su estómago como un inmenso dirigible, quieto y ahíto en el aire. Creía percibir luces rojas encendidas en algún centro de control de misión, dentro de su mente, en tanto diversos sistemas trataban de manejar aquella demencial carga de carne, pan y salsa. No vomitó. Lo digirió andando. Lo digirió caminando con paso muy lento. Durante varias horas se había sentido como algunos dibujos animados, con el vientre estirado, tenso, muy cerca del estallido.

Ahora su mente se sentía igual. Jim Gardener comprendió, con la fría racionalidad del trapecista que trabaja sin red, que se hallaba al borde de la muerte. Pero había otra sensación, imposible de relacionar con nada, y por primera vez comprendió qué eran los *Tommyknockers*: qué los movía; qué los impulsaba a proseguir.

Pese al dolor, que sólo había aminorado un poco, pero sin marcharse, y pese a la horrible sensación de estar ahito como la pitón que acaba de tragarse un ternero, parte de él disfrutaba de aquello. Era como una droga, una droga con un increíble poder. Su cerebro parecía el motor del Chrysler más grande jamás construido, que permanecía en punto muerto, funcionando con gasolina enriquecida, y esperaba que él pusiera la marcha para salir a toda velocidad.

Hacia cualquier parte.

Hacia las estrellas, si así lo deseaba.

(*Hijo, te estoy perdiendo.*)

Era el anciano, más exhausto que nunca. Gardener volvió al trabajo que tenía entre manos, el siguiente mueble al que brincar en un solo pie. Oh, esa sensación era alcohólicamente maravillosa, pero robada. Se obligó a pensar otra vez en aquellas formas, como hojas pardas, encadenadas en las hamacas. Galeras de esclavos. El anciano le daba su energía; se lo estaba bebiendo como un vampiro bebe la sangre. ¿Cuánto faltaba para convertirse él también en un vampiro? ¿Como ellos?

Pensó a Hillman: «Estoy contigo, viejo león».

Ev Hillman cerró su ojo entero en silencioso alivio. Gard se volvió hacia la pantalla del monitor, y sujetó con aire distraído el auricular contra su oreja como el periodista que, en una emisión de exteriores, escucha la pregunta desde los estudios centrales.

En el espacio cerrado del granero, la luz comenzó a palpitar otra vez.

20

(*escuchad*)

Todos escucharon; era una línea colectiva que cubría Haven; irradiaba desde un centro ubicado a tres kilómetros de esa nube de humo, todavía leve. Todos estaban en la red, todos escuchaban. No aceptaban común denominador; lo de *Tommyknockers* era un nombre que recibían con tanta indiferencia como cualquiera; pero, en realidad, eran gitanos interestelares sin rey alguno. Sin embargo, en ese momento de crisis durante el período de regeneración (período en el cual eran tan vulnerables), estaban dispuestos a aceptar las voces de quienes Gardener llamaba «los del granero». Después de todo, eran la destilación más pura de todos ellos.

(*ha llegado el momento de cerrar las fronteras*)

Hubo un suspiro universal de acuerdo, un sonido mental que Ruth McCausland habría reconocido: un ruido como de hojas otoñales arrastradas por el viento.

Por el momento, al menos, «los del granero» habían perdido contacto con Gardener. Los satisfacía el hecho de que estuviera ocupado con otra cosa. Si pensaba ir a la nave, el incendio le cortaría el paso muy pronto.

La unificada voz se apresuró a explicar la rutina a seguir; algunos de esos planes habían sido trazados semanas atrás, para tornarse cada vez más concretos a medida que «los del granero» se convertían.

Se habían fabricado artefactos… al azar, al menos daba esa sensación. Pero también parece que las aves que se dirigen hacia los climas cálidos, cuando se aproxima el invierno, vuelan al azar. Tal vez ellas mismas sienten así la migración: sólo algo que les parece un modo tan bueno como cualquier otro de pasar los meses de invierno. ¿Quieres ir a Carolina del Norte, querida? Por supuesto, amor mío, qué idea tan maravillosa.

Así habían construido, y a veces se habían matado unos a otros, sus juguetes nuevos, y de vez en cuando habían terminado un artefacto al que miraban con aire dubitativo, para luego guardarlo fuera de la vista, puesto que de nada parecía servirles en el trabajo diario. Pero habían llevado algunos a los límites de Haven, por lo general en el maletero de los automóviles o en las partes traseras de las camionetas, bajo lonas. Uno de aquellos artefactos había sido la máquina de Coca-Cola que

asesinó a John Leandro, modificada por Dave Rutledge, quien en otros tiempos se había ganado la vida reparando ese tipo de máquinas. Otra había sido la cortadora, que atacó a Lester Moran. Había televisores modificados que disparaban fuego; detectores de humo (Gardener vio algunos de ellos en su primera visita al granero), que volaban por el aire, al tiempo que emitían ondas asesinas de ultrasonido; también barreras de fuerza en varios lugares. Casi todos aquellos artefactos eran activados con la fuerza mental ayudada por simples adminículos electrónicos, a los cuales ellos nombraban, sin darle importancia, «llamadores»; no eran muy diferentes de aquel que Freeman Moss había utilizado para llevar la maquinaria de drenaje hasta el bosque.

A nadie le preocupaba por qué esos artefactos debían ser dispuestos en un perímetro irregular alrededor de la ciudad, así como el ave no se pregunta por qué debe volar hacia el Sur ni el gusano de seda por qué debe tejer un capullo. Pero ese momento siempre llegaba, por supuesto: el momento en que era preciso cerrar las fronteras. En esa ocasión había llegado con anticipación… pero no demasiada, al parecer.

«Los del granero» también sugirieron que varios *Tommyknockers* volvieran a la aldea. Hazel McCready fue designada para acompañarlos, como representante de los *Tommyknockers* más avanzados. Los objetos que protegían las fronteras funcionaban casi sin supervisión hasta que las pilas se agotaban. En la aldea había artefactos más discrecionales, que enviarían a los bosques para formar una red protectora alrededor de la nave, por si el borracho trataba de llegar.

Y existía otro artefacto, muy importante, que debía ser custodiado contra la remota posibilidad de que alguien (fuera quien fuese) irrumpiera en la zona. Ese artefacto estaba en el patio trasero de Hazel McCready, como un circo de una sola pista bajo una carpa grande. Era la red de seguridad. Ejecutaba muchas de las cosas que hacía la transformadora del granero; pero aquel objeto, que en otros tiempos había sido una caldera, se diferenciaba de la transformadora en dos aspectos vitales. Los tubos de aluminio galvanizado que antes habían comunicado la caldera con las bocas de salida de las diversas habitaciones, en la casa de los McCready, apuntaban hacia arriba. Conectadas a esta caldera nueva y perfeccionada, sobre dos rampas de madera protegidas de los elementos por una red plateada como la que cubría la excavación de la nave, había veinticuatro baterías para camiones. Cuando ese artefacto fuera encendido, fabricaría aire.

Aire de *Tommyknocker.*

Una vez que esa pequeña fábrica de atmósfera estuviera en funcionamiento, los habitantes de Haven no se verían a merced de los vientos y el clima; aun en el caso de que pasara un huracán, el cambiador de aire, rodeado por campos de fuerza, los protegería si se reunían en la aldea.

La sugerencia de cerrar las fronteras llegó en el momento en que Gardener se

ponía uno de los auriculares de la transformadora en la oreja. Cinco minutos después, Hazel y unas cuarenta personas más se habían retirado de la red y se volvían a la ciudad: algunos, al ayuntamiento, para vigilar las fronteras y proteger la nave con otros aparatos; otros, para asegurarse que la fábrica de atmósfera estuviera protegida, por si se producía un accidente… o por si la reacción del mundo exterior era más rápida, más informada y mejor organizada de lo esperado por ellos. Todas esas cosas habían ocurrido antes, en otros tiempos, en otros mundos, y los asuntos solían concluir de modo satisfactorio… pero la «conversión» no siempre tenía un final feliz.

Durante los diez minutos transcurridos entre la orden de cerrar las fronteras y la partida de Hazel con su grupo, la cantidad de humo que se elevaba al cielo no cambió de manera apreciable. El viento no aumentaba mucho…, al menos de momento. Eso les convenía porque la atención del mundo exterior tardaría más en volverse hacia ellos. Y era un inconveniente porque Gardener no se vería impedido de llegar a la nave enseguida.

Aun así, Newt-Dick-Adley-Kyle pensaban que Gardener estaba frito. Retuvieron cinco minutos a los restantes *Tommyknockers*, a la espera de que los artefactos de las fronteras despertaran, listos para cumplir su misión.

Eso llegó como un zumbido de despertar.

Newt miró a Dick, que asintió. Los dos se separaron de la red y volvieron su atención al granero. Gardener, cuya mente había sido imposible de leer hasta para Bobbi durante mucho tiempo, aún era un hueso difícil de roer. Pero leerían la transformadora sin la menor dificultad; sus pulsos de energía, densos y parejos, debían serles tan fáciles como oír una interferencia en la radio o en el televisor.

Sin embargo, la transformadora era apenas un susurro, sólo el vago sonido del océano en una caracola marina.

Newt miró otra vez a Dick, asustado.

(*por Dios se ha ido hijo de puta.*)

Dick sonrió. No creía que Gardener, quien apenas era capaz de captar o enviar un mínimo pensamiento, hubiera cumplido su propósito tan pronto…, si acaso le era posible. La presencia de aquel borracho y el pervertido afecto de Bobbi hacia él habían resultado una molestia para todos, pero Dick consideraba que estaban poniéndole fin.

Guiñó a Newt uno de sus extraños ojos. Aquella rara mezcla de humano y alienígena resultaba horrible y cómica al mismo tiempo.

(*No se ha ido, Newt. El hijo de puta ha muerto.*)

Newt lo miró por un momento, pensativo. Luego, empezó a sonreír.

Avanzaron, todos juntos, hacia la casa de Bobbi, como un nudo corredizo que se apretara.

21

(*llevando la cabeza pesada*)

La frase sonaba sin cesar en el fondo de su mente, en tanto Gard se volvía hacia la pantalla. Parecía llevar mucho tiempo allí. Una vez (en el caso de un Jim Gardener que ya no existía), había construido sus poemas alrededor de frases así, como la perla que se forma alrededor de un grueso grano de arena.

Llevando ahora la cabeza pesada, patrón.

¿Era de alguna película de gángsters? ¿De una canción? Sí, de alguna canción. Algo que parecía confuso en su mente, de los años 60: un psicodélico *hippie* con expresión de niño abandonado, que llevaba una cadena de bicicleta envuelta en la mano de violinista, blanca y flaca.

«Tu mente, Gard, algo le está pasando a tu mente».

«Así es, has acertado, papaíto. Tengo la cabeza pesada, eso es. Nací para ser salvaje, me quedé atrapado en el tránsito del centro y si dicen que nunca te amé, sabes que mienten. Tengo la cabeza pesada. Siento que todas las venas, las arterias y los capilares se hinchan, se ponen gordos y sobresalen, como las venas de la mano cuando, siendo niños, nos ajustábamos diez o doce gomas elásticas a las muñecas para ver qué ocurría. Tengo la cabeza pesada. Si ahora me mirase en el espejo, sé lo que vería: luz verde que me brota de las pupilas como rayos de linternas de bolsillo. Cabeza pesada. Y si la sacudes, estallará. Si. Por eso debes tener cuidado, Gard. Ten…»

(*cuidado, hijo*)

(*Sí viejo sí*)

(*David*)

(*Sí*)

Esa sensación de balancearse junto al abismo. Se acordó de los noticiarios filmados de Karl Wallenda, ese anciano grandioso de los fotógrafos de altura, en el momento en que caía desde el alambre en Puerto Rico: buscaba a tientas la cuerda, la sujetaba por un minuto; después, desaparecía.

Gardener apartó eso de su mente. Trató de apartarlo todo de su mente y de prepararse para ser un héroe. O para morir en el intento.

22

¿PROGRAMA?

Gard se apretó el auricular un poco más contra la oreja y frunció el entrecejo ante la pantalla. Impulsó el pesado ariete de sus pensamientos hacia ella. El dolor fue una llamarada; el globo de su cerebro se hinchó un poco más. El dolor cedió, y le dejó una sensación de hinchazón creciente. Miró la pantalla.

ALTAIR-4

Bueno, ¿y ahora? Esperó que el anciano se lo dijera, pero nada. O su vínculo mental con la transformadora lo dejaba excluido o el viejo sabía tanto como él. ¿Importaba acaso? No.

Miró la pantalla.

ARCHÍVESE

De pronto, la pantalla se llenó de números 9, de arriba abajo y de izquierda a derecha. Gardener lo miró con consternación, pensando: «¡Oh, por Dios, lo he estropeado!»

Los nueves desaparecieron. Durante unas décimas de segundo apenas

OH DIOS LO HE ESTROPEADO

brilló en la pantalla como un fantasma. Luego apareció:

ARCHIVO LISTO

Se relajó un poco. La máquina funcionaba bien. Pero su cerebro estaba estirado a su máxima capacidad, sí y él lo sabía. Si ese aparato, que recibía potencia del anciano y de lo poco que de Peter quedaba, era capaz de hacer que el chico volviera, tal vez él lograra salir de allí. Pero si además iba a recurrir a su propia energía, su cerebro estallaría como un globo demasiado inflado.

Pero no era momento de pensar en eso, ¿verdad?

Se humedeció los labios con la lengua entumecida y miró la pantalla.

LOCALIZAR A DAVID BROWN

Nueves en toda la pantalla.

Nueves por toda la eternidad.

LOCALIZACIÓN CONSEGUIDA

Bien. Muy bien. ¿Y ahora? Gardener se encogió de hombros. Sabía qué intentaba hacer. ¿A qué darle más vueltas?

TRAER A DAVID BROWN DE ALTAIR-4

Nueves en toda la pantalla. Dos eternidades, esta vez. Por fin, apareció un mensaje tan simple, tan lógico y, al mismo tiempo, tan descabellado que Gard habría reído a gritos si no hubiese sabido que con ella podía volar los pocos circuitos que aún tenía en funcionamiento.

¿DÓNDE DEBE SER PUESTO?

La necesidad de reír pasó. Había que responder a esa pregunta. ¿Dónde, por cierto? ¿En el estadio de los Yankees? ¿En Piccadilly Circus? ¿En el rompeolas de la playa de Arcadia? No, por supuesto; en ninguno de aquellos lugares, pero tampoco en Haven. ¡No, por Dios! Aunque el aire no lo matara (y tal vez sería así) sus padres se estaban convirtiendo en monstruos.

¿Dónde, entonces?

Levantó la vista al anciano, que lo miraba con ansiedad. De pronto, se le ocurrió. En realidad, había un solo lugar donde podía dejarle, ¿verdad?

Se lo dijo a la máquina.

Esperó, por si ésta le pedía aclaraciones, decía que era imposible hacerlo o sugería un sistema de órdenes que él no sabría ejecutar. En cambio, la pantalla se llenó de nueves. Esa vez permanecieron allí definitivamente. El verde del transformador cobró un fulgor casi imposible de mirar.

Gard cerró los ojos y, en la verdosa oscuridad de fondo marino que había detrás de sus párpados, creyó oír, muy leve, el grito del anciano.

Entonces, la potencia que había colmado su mente desapareció. En un abrir y cerrar de ojos. Así, sin más. Gardener se tambaleó hacia atrás; el auricular se liberó de su oreja y cayó al suelo. Aún le sangraba la nariz; acababa de empapar una camiseta limpia. ¿Cuántos litros de sangre había en el cuerpo humano? ¿Y qué había ocurrido? La pantalla no decía

TRANSFERENCIA LOGRADA

ni

TRANSFERENCIA NO LOGRADA

ni siquiera

EN TU VIDA APARECERÁ UN TOMMYKNOCKER ALTO Y MORENO

¿Para qué había sido todo aquello? Angustiado, se dio cuenta de que jamás lo sabría. Dos versos de Edwin Arlington Robinson acudieron a su mente: *Seguimos trabajando y esperamos la luz, / Y nos pasamos sin carne y maldecimos el pan…*

«No hay luz, patrón; no hay luz. Si sigues esperándola, te harán volar. Y aquí hay una cerca que aún no está pintada siquiera a medias».

No había luz; sólo una pantalla de un verde opaco. Miró al anciano y lo vio caído hacia delante, con la cabeza gacha, exhausto.

Gardener lloró un poco. Sus lágrimas se mezclaron con la sangre. Un dolor sordo irradiaba desde la placa de su cabeza; pero la sensación de estar hinchado, a punto de estallar, había desaparecido. También aquella sensación de poder. Descubrió que la echaba de menos. Una parte de él deseaba que volviera, sin que le importaran las consecuencias.

«Ponte en movimiento, Gard».

Sí, bien. Había hecho lo posible por David Brown. Tal vez había ocurrido algo; tal vez nada. Quizá había matado al niño. Quizá David Brown, que probablemente jugaba con los muñecos de *La guerra de las galaxias* y deseaba conocer a un *ET*, como el Elliot de la película, era ahora sólo una nube de átomos que se disipaban en el espacio profundo, entre Altair-4 y la Tierra. No lo sabría. Pero había llegado a ese mueble y tal vez llevaba demasiado tiempo sosteniéndose en él. Era hora de proseguir la marcha.

El anciano levantó la cabeza.

(*¿Sabes algo?*)

(*¿Si está a salvo? No lo sé. Pero hiciste lo posible, hijo. Gracias. Ahora por favor*)

(*por favor, hijo… por favor*)

Se borraba… la voz mental del viejo se borraba

(*por favor… déjame salir… de… esto…*)

(*por un largo pasillo y…*)

(*mira en uno de esos estantes allí atrás…*)

Ahora Gardener tenía que esforzarse para oír.

(*por favor… ho… POR FA…*)

Débil, un susurro; la cabeza del viejo cayó hacia delante; restos de cabello blanco, fino, flotando en el brebaje verde.

Las patas de Peter se movieron, soñadoras, mientras cazaba conejos en su profundo descanso… o mientras buscaba a Bobbi, su amor.

Gard fue a saltos hasta los estantes de atrás. Estaban oscuros, polvorientos, engrasados. Allí había viejos fusibles y una lata llena de tornillos, tuercas, goznes y llaves cuyas cerraduras habían sido olvidadas hacía tiempo.

En uno de los estantes vio una pistola sónica. Otro juguete de niño. En el costado tenía una llave. Tal vez, el niño que la había recibido para su cumpleaños la usaba para hacer ulular la pistola en frecuencias diferentes.

Y ahora ¿para qué servía?

«¿Qué mierda importa? —pensó Gardener, cansado—. Toda esta porquería se ha vuelto muy aburrida».

Aburrida o no, la puso en su cinturón y regresó a saltos hasta la puerta. Allí se volvió para mirar al viejo.

(*Gracias, hombre.*)

Débil, más débil, debilísimo… un susurro de hojas secas:

(*sacar… de… esto… hijo.*)

(*Sí. Tú* y Peter. *Seguro.*)

Salió, siempre sobre un solo pie, y miró alrededor. Nadie había llegado todavía. Eso era admirable; pero su buena suerte no duraría. Allí estaban, la mente de Gard tocaba la de ellos, como una pareja que bailara el vals con la atención debida entre dos desconocidos. Sintió que se ligaban en una

(*red*)

sola conciencia. No lo oían… o sentían… o lo que fuera. El uso del transformador o la estancia en el granero habían separado su mente de la ajena. Pero pronto sabrían que, como Elvis Presley, gordo, vacilante, aunque vivaz como siempre, acababa de regresar.

El sol era deslumbrante. El aire estaba caliente, lleno de olor a quemado. La casa de Bobbi ardía como un montón de ramas secas en el hogar. Ante su vista, la mitad del techo se derrumbó hacia dentro. Una columna de chispas, casi incoloras en el día que declinaba, se elevó en el aire. Dick, Newt y los otros no habían visto mucho humo porque el incendio ardía sin color. Casi todo el humo lo producían los vehículos incendiados en el patio.

Gard se irguió por un momento sobre la pierna sana, a la puerta del cobertizo. Luego saltó hacia el tendedero. A medio camino cayó, despatarrado, en el suelo. Mientras caía pensó en la pistola sónica que llevaba en el cinturón. Un juguete de niño. Los juguetes de niño no ofrecían seguridad. Si se apretaba el gatillo, el Gardener esencial quedaría súbitamente reducido de un modo drástico. «Plan *Tommyknockers* para bajar de peso». Ya en el suelo, sacó la pistola de juguete del cinturón, manejándola como si fuese una mina activa, y llegó a rastras hasta el

tendedero. Allí, se levantó.

A doce metros de distancia, el resto del techo se derrumbó. Las calientes chispas volaron hacia la huerta y más allá, hasta los bosques. Gard se volvió hacia el granero, pensando otra vez, con tanta potencia como pudo:

«Gracias, amigo mío».

Creyó percibir una respuesta. Alguna respuesta débil, cansada.

Gardener apuntó con la pistola de juguete hacia el granero y apretó el gatillo. De la boca brotó un rayo verde, no más grueso que una mina de lápiz. Se oyó un ruido como de tocino friéndose en la sartén. Por un momento, el rayo verde salpicó el costado del cobertizo, como agua de una manguera. Después, las tablas estallaron en llamas. «Más incendio —pensó Gardener, fatigado—. Qué mal pensarían los bomberos de mí».

Fue saltando hacia la parte trasera de la casa, con la pistola especial en la mano. El sudor le caía por el rostro, mezclado con lágrimas sanguinolentas. «Winston Churchill habría estado feliz de verme», pensó. Y se echó a reír. Vio el Tomcat… y sus mandíbulas se abrieron en otro gran bostezo. Se le ocurrió que quizá Bobbi le había salvado la vida sin saberlo. Era bastante posible que el Valium lo hubiera protegido de la inimaginable carga de poder de la transformadora. Bien podía haber sido el Valium lo que…

Algo estalló dentro de la casa incendiada (uno de los artefactos de Bobbi) con un estruendo de artillería. Gard agachó la cabeza por instinto. Media casa pareció elevarse en el aire. Por suerte para Gardener, fue la mitad más alejada de él. Levantó la mirada al cielo y su segundo bostezo se convirtió en una expresión boquiabierta.

«Allá va la Underwood de Bobbi».

Volaba por el aire. Una máquina de escribir que giraba y giraba en el cielo.

Gard siguió a saltitos y llegó al Tomcat. La llave de contacto estaba puesta. Muy bien. Ya había tenido bastantes dificultades con llaves para el resto de su vida…, lo poco que de ella quedara.

Se izó hasta el asiento. Detrás de él aparecieron algunos vehículos que entraron en el patio. No se volvió a mirarlos. El Tomcat estaba demasiado cerca de la casa. Si no se ponía en marcha de inmediato, se asaría como una manzana.

Giró la llave. El motor no hizo ruido alguno, pero eso no le preocupó. Notó una débil vibración. Dentro de la casa estalló algo más. Las chispas que descendían le quemaron la piel. En el patio iban entrando más vehículos. Las mentes de los *Tommyknockers* que llegaban se volvían hacia el granero y pensaban.

(*asado como una manzana está*)

(*asado dentro del granero*)

(*muerto en el cobertizo claro sí*)

Bien. Que lo pensaran. El nuevo y perfeccionado Tomcat nada les revelaría: era

tan ruidoso como un ninja. Y Gard tenía que ponerse en marcha: la huerta estaba en llamas. Ardían los gigantescos girasoles y los enormes tallos de maíz, con sus ciclópeas e incomestibles mazorcas. Pero el sendero que cruzaba por el medio de la huerta aún era transitable.

(*¡Eh está detrás de la casa! ¡Está vivo todavía!*)

Gardener miró a la derecha y vio, horrorizado, que Nancy cruzaba como un bramido el campo pedregoso, entre la casa y el cerco de madera que delimitaba la propiedad de los Hurd. La Voss se le echaba encima montada en una motocicleta, con el cabello hecho trenzas que volaban detrás de ella. Su rostro era el de una bruja… aunque comparada con Sissy parecía Blancanieves.

(*¡Eh! ¡Aquí atrás! Aquí atrás*)

«Oh, maldita bruja», pensó Gardener. Y levantó la pistola sónica.

23

Veinte o treinta de ellos habían entrado en el patio. Allí estaban Adley y Kyle, Frank Spruce, los Golden, Rosalie Skehan y papá Cooder. Newt y Dick habían vuelto a la carretera y mantenían todo en orden.

Todos ellos giraron hacia

(*¡Aquí! ¡Aquí atrás! ¡El hijo de puta está todavía!*)

los gritos de Nancy Voss. Todos la vieron lanzarse por el terreno en la motocicleta, como un jockey sobre un potro a todo galope, en tanto la dura suspensión de la Yamaha la sacudía hacia arriba y hacia abajo. Todos vieron el fino rayo verde que brotaba por detrás de la casa y la envolvía.

Ninguno de ellos observó que el tendedero giraba de nuevo.

24

Todo un lado del granero estaba en llamas. Parte del techo se derrumbó. Las chispas se arremolinaron en una gorda espiral. Una aterrizó en un montón de trapos grasientos, que se abrieron en rosas de fuego.

«Liberación —pensó Ev Hillman—. Lo último de todo. Lo último…»

La transformadora empezó a palpitar en verde brillante por última vez. Durante un par de segundos rivalizó con el fuego.

25

Dick Allison oyó el crujido del tendedero. Su mente estaba llena de un grito de ira, furioso, visceral, puesto que Gardener aún seguía vivo. Todo ocurrió demasiado rápido. Nancy Voss era una llameante muñeca de trapo en el suelo, al costado de la casa de Bobbi. Su Yamaha continuó la carrera veinte metros más, chocó con una piedra y giró sobre sí.

Dick vio las moles quemadas de la furgoneta de Bobbi, la camioneta de Moss, el Oldsmobile de los Bozeman…, y luego, el tendedero.

(*¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡Apar…!*)

Pero no hubo oportunidad. Dick se había separado de la red y no pudo pasar más allá de los dos pensamientos, que ella transmitía, como un primitivo ritmo de *rock*:

(*todavía vivo. Detrás de la casa. Todavía vivo. Detrás de la casa*)

Iban llegando más personas, que se movían por el patio como la marea, sin prestar atención a la casa en llamas, al granero en llamas, a los vehículos ennegrecidos.

(*¡No! ¡Malditos idiotas! ¡No! ¡Echaos atrás! ¡Fuera!*)

Newt miraba el infierno de la casa, hipnotizado, sin prestar atención al tendedero que giraba cada vez más rápido. Y, en ese momento, Dick lo hubiera matado de buen grado. Pero aún lo necesitaba. Por eso, se contentó con empujarlo rudamente a tierra y con caer sobre él.

Un momento después, la sombrilla verde esparció su delicada tela sobre el patio, una vez más.

26

Gard oyó los gritos (esa vez en multitud) y los anuló lo mejor que pudo. No importaban. Nada importaba, salvo llegar a la última parada de la línea.

No tenía sentido que intentara hacer que el Tomcat volara. Metió la primera y cruzó la monstruosa e inútil huerta llameante de Bobbi.

En cierto instante pensó que no lograría su propósito; el fuego había prendido en las hierbas y las gigantescas hortalizas antes de lo que él creía. El calor era tremendo. Sus pulmones no tardarían en hervir.

Oyó ruidos sordos, como gruesas piñas que estallaran entre las brasas. Al desviar la vista, vio que las calabazas y los melones estaban explotando como piñas entre brasas.

El volante del Tomcat empezó a levantarle ampollas en las manos.

Calor en la cabeza, Gardener se llevó la mano a la frente. Su cabello ardía.

27

Todo el interior del granero estaba en llamas. En el centro de todo ello la transformadora pulsaba como un ojo de gato en el infierno.

Peter yacía de costado, con las patas quietas por fin. Ev Hillman miraba la transformadora con agotada concentración. El fluido que lo envolvía se estaba poniendo muy, pero que muy caliente. Eso no importaba; no había dolor en el sentido físico. El aislamiento del cable principal que lo conectaba a la transformadora empezaba a fundirse. Pero la conexión se mantenía. Por el momento se mantenía, pese al incendio. Y Ev Hillman pensó:

«Lo último. Darle una oportunidad de huir. Lo último…»

LO ÚLTIMO

se leyó en la pantalla del ordenador.

LO ÚLTIMO LO ÚLTIMO LO ÚLTIMO

y después se llenó de nueves.

28

La destrucción en el patio de Bobbi Anderson era increíble.

Dick y Newt la presenciaban, fascinados, casi incrédulos. Como aquel día en el bosque, con el viejo y el policía, Dick se descubrió mientras se preguntaba cómo era posible que las cosas salieran tan mal. Los dos (ellos y todos los otros que aún no habían llegado) estaban alejados del mortífero perímetro de la sombrilla, pero aun así, Dick no se levantaba. No estaba seguro de poder hacerlo.

La gente ardía en el patio como un montón de espantapájaros secos. Algunos corrían, aleteaban, aullaban y chillaban con la voz y con la mente. Frank Spruce caminó con lentitud hasta más allá de donde se encontraban Dick y Newt con medio rostro quemado; por ese lado, la mandíbula asomaba en media sonrisa. Se oían las explosiones de las armas que algunos llevaban y que se estaban autodestruyendo.

Los ojos de Dick se encontraron con los de Newt.

(*¡Haz que vayan por el otro lado! ¡Deben flanquearlo! Hay que…*)

(*Sí ya veo pero por Dios hay diez o veinte de los nuestros ardiendo.*)

(*¡Basta de lloriquear qué joder!*)

Newt retrocedió, con los labios estirados en una mueca sin dientes. Dick no le prestó atención. La red mental se había desarmado. Ahora podía hacerse oír.

(*¡Dad la vuelta! ¡Dad la vuelta! ¡Detenedlo! ¡Detened al borracho! ¡Dad la*

vuelta!)

Empezaron a moverse, con lentitud en un principio, deslumbrados. Después, cada vez más deprisa, más decididos.

29

En la pantalla del ordenador se produjo una gran explosión. Hubo un estruendo de toses, como si algún gigante carraspeara para despejar de flemas la garganta. Un denso fluido verde brotó del cubículo para ducha donde Ev Hillman había estado prisionero. Se encontró con el fuego y produjo un mortífero vapor verde. Ev, misericordiosamente muerto por fin, se deslizó como un pez desde una pecera rota. Un momento más tarde, Peter fue tras él. Anne Anderson fue la última, con las manos muertas aún crispadas en garras.

30

La sombrilla de fuego se apagó. Ya no se oían más ruidos que los gritos de los moribundos y la insistente voz de Dick. El día era un infierno. El patio de Bobbi, un sucio estanque lleno de islas ígneas. Pero los *Tommyknockers* siempre provocaban fuego al final, y se acostumbraban a él con prontitud.

Newt unió su voz a la de Dick. Kyle había muerto. Adley estaba quemado; de cualquier modo, unió su propia voz, mortalmente herida, a la de ellos.

(*¡Atrapadlo antes de que llegue a la nave! ¡Todavía está vivo! ¡Atrapadlo antes de que llegue a la nave! ¡Antes de que llegue a la nave!*)

Los *Tommyknockers* habían recibido un fuerte castigo. El hecho de que quince de ellos yacieran cocinados en el patio de Bobbi no tenía mucha importancia. Pero Bobbi había muerto; Kyle, también; a Adley le faltaba poco; la transformadora había sido destruida, justo cuando el cierre de las fronteras la hacía críticamente necesaria. Y Gardener seguía con vida. Cosa increíble: Gardener seguía con vida.

Lo peor era, tal vez, que el viento empezaba a cobrar fuerza.

31

(*atrapadlo y que sea pronto*)

En la red. Los *Tommyknockers* estaban en la red.

Llegaban a través de los sembrados; iban hacia el fuego que se esparcía.

(*¡Pronto!*)

Dick Allison se volvió hacia la ciudad y la red giró con él, como un disco de radar. Percibió el aturdimiento de Hazel ante el giro de los acontecimientos.

Él.

(*la red*)

apartó aquello.

(*lo que tengas por ese lado, Hazel: envíalo contra él*)

Dick se volvió hacia Newt.

—No tenías por qué empujarme con tanta fuerza —comentó Newt, mohíno, mientras se limpiaba un poco de sangre de la barbilla.

—Deja de joder —dijo Dick, con toda deliberación—. Vamos a atrapar a ese hijo de puta.

32

El tendedero, ya quieto, había iniciado un incendio que se extendía desde la casa de Bobbi en un abanico de fuego. La casa, de la que sólo quedaban negros huesos ardiendo con ruido sordo en una roja columna de fuego, era el punto de origen. Las alas se extendían a través de la repugnante huerta; al arder las plantas mulantes, el fuego adquiría una tonalidad verde.

Entre las llamas pasaba Jim Gardener, coronado por su humeante cabello. La camisa también se estaba quemando; una de las mangas escupió humo y se incendió. Él la apagó a manotazos. Tenía ganas de gritar, pero se sentía demasiado cansado, demasiado soñoliento.

«He sido mal usado —pensó Gardener—, y no es culpa de nadie, sino mía».

Llegó al extremo de la huerta. El Tomcat se bamboleó y prosiguió su marcha por una leve pendiente, hasta entrar en el bosque. Las matas bajas y espesas se estaban quemando a los lados de la senda. Hacia los Bosques Indios se extendían ya algunas lenguas de fuego. A Gard le importaban muy poco. La sensación de estar a punto de verse horneado iba pasando. De repente se golpeó la cabeza. Su cabello tenía un olor espantoso, como a comida frita por un niño.

En el momento que entró en el bosque con el Tomcat, una llama verde siseó sobre su hombro derecho.

Gard se desvió hacia la izquierda, agachando la cabeza, y volvió la mirada atrás. Allí estaba Hanck Buck, con su propia pistola sónica. Hanck había llegado a la granja en motocicleta; después de abandonarla en el mismo lugar en que Nancy Voss yacía en ruinas, se levantó para echar a correr.

Gardener soltó el volante, giró el cuerpo, con la pistola bien sujeta en la mano derecha, y se agarró la muñeca con la otra mano. Apretó el gatillo. El fino rayo brotó del arma y, más por suerte que por habilidad, alcanzó a Hanck en el lado izquierdo

del pecho. Se oyó otra vez ese ruido de tocino frito. La muerte verde chapoteó en el rostro de Hanck, que cayó al suelo.

Gardener volvió a mirar hacia delante y vio que el Tomcat avanzaba hacia un inmenso pino ardiendo, a unos cómodos siete kilómetros por hora. Hizo girar el volante con las manos llenas de ampollas y logró apenas evitar una colisión frontal. Una de las ruedas rozó el tronco del árbol; por un momento, Gardener se encontró empujando fragantes ramas ardientes como quien se abre paso entre cortinas incendiadas. El pequeño tractor se inclinó de modo alarmante, vaciló… y se posó de nuevo sobre las cuatro ruedas. Gardener empujó la palanca del acelerador hasta donde pudo y se sujetó, en tanto el Tomcat se abría paso entre los árboles.

33

Se acercaban. Los *Tommyknockers* se acercaban. Llegaban a lo largo de las alas ensanchadas de aquel feroz abanico. Dick Allison empezó a sentir una especie de furiosa desesperación, porque no lograrían atraparle. Gardener había podido usar el sendero, y eso lo cambiaba todo. Tres minutos más (tal vez uno solo) y Gardener se habría cocinado. Cuatro de los *Tommyknockers* (la señora Eileen Crenshaw y el reverendo Goohringer entre ellos) trataron de seguirle por allí, pero se quemaron vivos. Dos de las gigantescas plantas de maíz en llamas se derrumbaron sobre la señora Crenshaw, que entre chillidos soltó el volante del *buggy*. El vehículo se hundió de inmediato en las profundidades de la huerta incendiada. Sus neumáticos estallaron como bombas. Apenas unos segundos después, el fuego inundaba toda la senda.

Dick se sentía frustrado hasta la médula. No era la primera vez que la «conversión» resultaba desviada e interrumpida; aunque no con frecuencia, había ocurrido alguna vez, pero siempre como resultado de alguna intervención natural; de la misma manera que toda una generación de larvas de mosquito, que se estuviera gestando en un estanque tranquilo, podría morir por la descarga de un rayo durante una tormenta de verano. Pero no se trataba de una tormenta eléctrica, ni de un acontecimiento natural, sino de un hombre, un solo hombre a quien todos habían contemplado con el cauteloso desprecio que se da a un perro estúpido que puede morder. Era un solo hombre, que pasaba casi todo el tiempo de convivencia con Bobbi en un estupor de ebriedad; un solo hombre que, de algún modo, había engañado a Bobbi hasta matarla y que se negaba a morir, no importaba qué hicieran ellos.

«¡No nos dejaremos detener por un solo hombre!», pensó Dick, frenético. Pero ¿había, en realidad, algún modo de impedir que eso ocurriera? El frente de incendio se había extendido con demasiada celeridad como para que ellos lograran atraparle. Gardener se las había arreglado para huir por el centro de un callejón de fuego que

sería el único. Hanck Buck le había disparado…, pero, de algún modo, el grandísimo hijo de puta se las había apañado para matarle.

Dick estaba en un perfecto éxtasis de furia (Newt, al darse cuenta, optó por mantenerse a distancia, puesto que su compañero pesaba diez kilos más y tenía diez años menos); pero en el centro de esa ira había terror, como un frío cuajo de crema rancia en medio de un chocolate envenenado.

Los *Tommyknockers*, según Bobbi había dicho a Gardener, eran grandes viajeros estelares. Eso era cierto. Pero nunca, en ninguna parte, se habían encontrado con nadie como aquel hombre solo, que proseguía su avance, aun con el tobillo destrozado, la gran pérdida de sangre y la ingestión de una droga que habría debido dejarle inconsciente hacía ya quince minutos, pese a lo que había vomitado.

Imposible…, pero así era.

De algún modo, el fuego, que debía impedir a Gardener llegar hasta la nave, se estaba convirtiendo en su aliado al escudarle.

Sólo quedaban los monitores automáticos: los artefactos.

—Lo liquidarán —susurró Dick.

Estaba de pie con Newt, como dos generales, en una loma al lado de la casa. Contemplaban a la gente que corría hacia los bosques…, pero en dos direcciones enfurecedoramente oblicuas. Dick abrió las manos; las cerró; volvió a abrirlas y a cerrarlas. En el cuello le latía la verde sangre.

—Lo liquidarán. No podrá llegar a la nave. No podrá, no podrá.

Newt Berringer guardó un prudente silencio.

34

El detector de humo, como si él mismo fuese un platillo volante, se movía en silencio por el bosque, con la luz roja del sensor instalada baja, pulsando, errática. Hazel McCready lo manejaba con sus propias manos. Había captado la ola de furia, desesperación y enojo de Dick Allison y estaba decidida a encargarse personalmente de Gardener, aunque fuese por control remoto. Primero puso a Pauline Goudge, que le parecía más digna de confianza, a cargo de otro asunto; después, fue a su oficina y cerró la puerta con llave.

Del último cajón de su archivo sacó una radio algo más pequeña que el equipo eliminador del difunto Hanck Buck. La puso en el escritorio, la encendió y se colocó el auricular que sacó del cesto de la correspondencia.

Tenía los ojos cerrados, pero veía pasar los árboles a ambos lados del detector de humo, que zumbaba por el bosque a dos metros de altura. Gardener no habría podido dejar de pensar en la secuencia de *El retorno del Jedi*, en donde los buenos persiguen a los malos por un bosque, interminable al parecer, a velocidad suicida, en

motocicletas que parecen aéreas.

Sin embargo, Hazel no tenía tiempo para metáforas, nunca lo tendría si salían de eso, porque los *Tommyknockers* no eran muy afectos a las metáforas.

Una parte de ella (la parte del detector de humo en el lado mecánico de la interfase cibernética que ella había hecho) quería cumplir su función original y emitir la señal sónica, porque los bosques estaban llenos de humo. Era similar a la sensación que se tiene cuando el estornudo amenaza como un chaparrón.

El detector de humo se ladeó de lado a lado con facilidad, cambió de dirección entre los árboles, apareció por encima de las lomas y volvió a bajar como un pequeñísimo fumigador de sembrados.

Hazel, inclinada, con el auricular bien hundido en la oreja, se concentró con ferocidad. Estaba exigiendo una velocidad superior a la prudente al pequeño artefacto, pero la posición original del objeto había sido la frontera entre Haven y Newport, a casi ocho kilómetros de la nave. Tenía que llegar a Gardener y el tiempo escaseaba.

El aparato viró hacia un lado, y esquivó a duras penas un pequeño pino. Se había salvado por poco, pero… Allí estaba. Y también la nave, que emitía sus ecos de luz y tatuaba sus sombras danzantes en los árboles.

El detector de humo permaneció suspendido por encima del espeso colchón de agujas de pino, sólo durante un momento. Luego, se lanzó hacia Gardener. Hazel se preparó para encender el dispositivo ultrasónico que convertiría los huesos de Gardener en fragmentos aplastados dentro de su cuerpo.

35

«¡Eh, Gard! ¡A tu izquierda!»

La voz era increíble. También, inconfundible. Era la voz de Bobbi Anderson. La Bobbi antigua y sin perfeccionar. Pero Gardener no tuvo tiempo de pensar en eso. Miró a la izquierda y vio algo que salía de entre los árboles, enfilando hacia él. Era de color tostado. Abajo tenía una luz roja encendida. Fue cuanto pudo ver.

Levantó la pistola, al tiempo que se preguntaba qué esperanza tenía de hacer blanco en aquello. Y en ese mismo instante hubo un chillido agudo, salvaje, como si todos los mosquitos del mundo silbaran en una perfecta armonía que le llenó los oídos…, la cabeza…, el cuerpo. Sí, estaba dentro de él. Y todo empezaba a vibrar en su interior.

Entonces sintió como si unas manos agarraran su muñeca y la hicieran girar. Disparó. El fuego verde cruzó la luz del sol. El detector de humo estalló. Varios fragmentos de plástico mellado volaron cerca de su cabeza, y pasaron a muy poca distancia de él.

36

Hazel lanzó un grito y se irguió en su vieja silla giratoria. Un tremendo rebote de energía brotó a través del auricular. Ella le lanzó un manotazo…, pero falló. Tenía el adminículo en la oreja izquierda. Por la derecha surgió una súbita escupida de líquido espeso y verdoso; parecía papilla de cereal, pero radiactiva. Por un momento, su cerebro continuó escapando de la cabeza por el oído; después, la presión resultó excesiva. El lado derecho de su cráneo se abrió como una flor extraña y su masa cerebral fue a dar contra el calendario de la pared, con un chasquido líquido.

Hazel cayó en el escritorio, laxa, con las manos extendidas y los incrédulos ojos fijos en la nada.

La radio zumbó un rato. Por fin, quedó muda.

37

«¿Bobbi?», pensó Gardener, mirando alrededor como enloquecido.

«Jódete, viejo tonto —respondió una voz divertida—. Ésta es toda la ayuda que recibirás. Después de todo he muerto. ¿Recuerdas?»

«Recuerdo, Bobbi».

«Un consejo: cuídate de las aspiradoras rabiosas».

Y desapareció, si acaso había estado allí. Gardener sintió el chirriante estruendo de un árbol que se derrumbaba tras él. Entre la casa y el sitio donde estaba, los bosques empezaban a parecer un hogar abierto. En ese momento, oyó voces detrás de él: voces mentales y gritos. Voces de *Tommyknockers.*

Pero Bobbi había desaparecido.

«Lo has imaginado, Gard. La parte de ti que quiere a Bobbi, que necesita a Bobbi, trata de reinventarla. Eso es todo».

«Sí ¿y qué me dices de esa mano? ¿La mano que guió la mía? ¿Eso también lo he inventado? Yo no podría haber hecho blanco en ese objeto. Ni la misma Annie Oakley habría acertado sin ayuda».

Pero las voces, tanto en el aire como dentro de su cabeza, empezaban a acercarse. El fuego, también. Gardener aspiró una bocanada de humo, puso el Tomcat otra vez en marcha y siguió adelante. Por el momento no había tiempo para debates.

Se encaminó hacia la nave. Cinco minutos después, salía al claro.

38

—¿Hazel? —gritó Newt, en una especie de terror religioso—. ¿Hazel, Hazel?

—¡Sí, Hazel! —le gritó Dick Allison a su vez furioso. Y ya no pudo contenerse más. Se arrojó contra Newt—. ¡Imbécil, estúpido!

—¡Hijo de puta! —le escupió Newt.

Y los dos rodaron por tierra, relampagueantes los ojos verdes, buscándose el cuello mutuamente. Eso no era del todo lógico en esas circunstancias, pero cualquier parecido entre los *Tommyknockers* y el señor Spock era pura coincidencia.

Las manos de Dick hallaron los pliegues barbados en el cuello de Newt y empezaron a apretar. Los dedos perforaron la carne y entre ellos asomaron burbujas de sangre verde. Levantó a Newt y lo estrelló contra el suelo, una y otra vez. Los forcejeos de su víctima se hicieron cada vez más débiles. Dick lo acogotó hasta matarlo.

Entonces descubrió que se sentía un poco mejor.

39

Gard descendió del Tomcat, se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó. En ese mismo instante, un proyectil que zumbaba y gruñía atravesó el aire, allí donde él había estado un momento antes. Gardener se quedó mirando con expresión estúpida la aspiradora Electrolux que había estado a punto de arrancarle la cabeza.

Voló como un torpedo a través del claro, giró y regresó hacia él. En un extremo tenía algo que distorsionaba el aire, convirtiéndolo en una ondulación plateada: algo así como una hélice.

Gardener pensó en el agujero redondo abierto en la puerta del granero y la saliva se le secó en la boca.

«Cuídate de las…»

Se lanzó como una tromba hacia él; aquel suplemento cortante gemía y zumbaba como el motor de un avión de juguete con propulsión de gasolina. Las ruedecitas, que se suponía servían para facilitar el trabajo al ama de casa, por cuanto llevaba su fiel aspiradora tras ella de habitación en habitación, giraban, ociosas, en el aire. El agujero donde se enroscaban las diversas mangueras permanecía abierto como una boca atónita.

Gardener fingió arrojarse a la derecha, pero sostuvo su posición un momento más; si saltaba demasiado pronto, el artefacto lo haría al mismo tiempo que él y le masticaría las tripas, así como había masticado la puerta del granero ante la llamada de Bobbi.

Esperó; amagó hacia la izquierda y, en el último instante, se arrojó hacia la derecha. Cayó a tierra. Los huesos se le juntaron en el tobillo destrozado; Gardener lanzó un angustioso aullido. La Electrolux se estrelló. La hélice mordió el polvo.

Después rebotó, como un avión que se eleva en el aire otra vez después de haber aterrizado con demasiada brusquedad. Salió disparada hacia el gran platillo inclinado y se ladeó para un nuevo ataque. Ahora, el cable que había utilizado para manejar los botones asomaba por el agujero de las mangueras. El cable silbaba en el aire: un ruido seco, como de serpiente, que Gardener apenas recibió entre el rugir del incendio. El cable se movió en el aire y, por un momento, Gard recordó cierto rodeo al que su madre lo había llevado en una ocasión. Había un vaquero de alto sombrero blanco que hacía trucos con el lazo. Por ejemplo, lo sostenía girando en el aire a la altura de los tobillos mientras entraba y salía del círculo, al tiempo que tocaba la armónica. El cable que giraba fuera de aquel agujero se parecía a la soga del vaquero.

«Esa porquería te cortará la cabeza como si fuese mantequilla, Gard».

La Electrolux silbó hacia él, arrastrando la sombra por abajo.

Gardener, de rodillas, la apuntó con la pistola sónica y disparó. La aspiradora se desvió, pero aun así Gardener logró rozarla. Se desprendió un trozo de cromado por encima de una rueda trasera. El cable dibujó una línea ondulante en el polvo.

(*atrapadlo*)

(*sí atrapadlo antes*)

(*antes de que pueda dañar la nave*)

Más cerca. Las voces estaban más cerca. Había que terminar con eso.

La aspiradora rodeó un árbol y volvió. Ascendió un poco, inclinada hacia arriba, y se dejó caer en un picado de kamikaze, mientras hacía girar a más velocidad aquella hélice cortante.

Gardener se serenó pensando en Ted, el hombre nuclear.

«Tendrías que echar un vistazo a esta porquería, Teddy querido —pensó—. ¡Te volverías loco con todo eso! ¡Es mejor vivir con electricidad!»

Apretó el gatillo de su pistola de juguete. Cuando el fino rayo verde chapoteó contra el hocico de la aspiradora, Gard se arrojó hacia adelante, arrastrando los pies, pese al tobillo fracturado. La Electrolux se estrelló junto al Tomcat y quedó un metro sepultada en la tierra. Por el extremo que asomaba, surgió una compacta nubecita de humo negro. Hizo un ruido denso, como una ventosidad, y murió.

Gardener se puso de pie, con ayuda del Tomcat, en el cual se apoyó. La pistola espacial le colgaba de la mano derecha. Vio que el cañón de plástico estaba parcialmente fundido. No serviría para mucho más. Y lo mismo podía decir de su persona.

La aspiradora había muerto; asomaba del suelo como una bomba fallida. Pero había abundancia de artefactos que marchaban con entusiasmo por los bosques, algunos volando, otros sobre ruedas improvisadas. No podía esperar en ese sitio.

¿Qué había sido lo que el viejo pensara al final? «Lo último… y Liberación».

—Linda palabra —dijo Gardener, con voz ronca—. Liiiberación. Hermosa

palabra.

Recordó que también era el título de una novela. Una novela escrita por un poeta, James Dickey, sobre hombres de la ciudad que han de verse aporreados, asaltados y sodomizados antes de descubrir que, después de todo, eran buenos muchachos. Pero en ese libro había una frase… Uno de los hombres miraba a otro y le decía, con tranquilidad: «Las máquinas van a fallar, Lewis».

Eso esperaba Gardener, por cierto.

Brincó hasta el cobertizo y apretó el botón que iniciaba el descenso del estribo. Tendría que bajar por el cable, mano sobre mano. Era estúpido, pero en eso consistía la tecnología de los *Tommyknockers*. El motor empezó a gemir. El cable descendió. Gardener saltó hasta la excavación y miró hacia abajo. Si lograba llegar al fondo, estaría a salvo.

A salvo entre los *Tommyknockers* muertos.

El motor se detuvo. Vagamente vislumbró el inútil estribo en el fondo. Las voces estaban más próximas, así como el fuego; y presintió que todo un desfile de artefactos se cernía sobre él. No importaba. Había salvado todos los obstáculos y, de algún modo, alcanzaría la línea de llegada antes que los demás.

¡Felicidades, señor Gardener! ¡Ha ganado usted un platillo volante! ¿Quiere abandonar o se arriesga por unas vacaciones en el espacio profundo con los gastos pagados?

—¡A la mierda con todo! —graznó Gardener, y arrojó a un lado el juguete medio fundido—. Manos a la obra.

Eso también tenía reverberaciones.

Se cogió del cable y se balanceó encima de la zanja. En ese momento, lo recordó. Claro: Gary Gilmore. Era lo que había dicho Gary Gilmore antes de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, en Utah.

40

Promediaba ya el descenso cuando se dio cuenta de que había agotado hasta el último resto de su energía física. Si no se apresuraba, caería al fondo.

Empezó a bajar más deprisa, entre maldiciones por la poca previsión que les había llevado a instalar los controles del motor tan lejos de la zanja. El sudor, caliente, picante, se le metía en los ojos. Sus músculos daban brincos y se estremecían. El estómago empezaba a darle vueltas otra vez. Se le resbalaron las manos…, cobraron asidero…, resbalaron otra vez. De pronto, el cable comenzó a correr por entre sus dedos como manteca derretida. Apretó, gritando de dolor al aumentar la fricción. Un hilo de acero que se había desprendido del cable le pinchó la palma de la mano.

—¡Dios! —aulló Gardener—. ¡Oh, Dios bendito!

Aterrizó limpiamente en el estribo… con el pie destrozado. El dolor fue un rugido pierna arriba, a través de su vientre y de su cuello. Pareció desgarrarle la cabeza. Su rodilla cedió y golpeó el flanco de la nave. La rótula sonó como una botella al ser descorchada.

Gardener sintió que se desmayaba y resistió. Allí estaba la escotilla, todavía abierta. Los renovadores de aire seguían zumbando.

Su pierna izquierda era una helada muralla de dolor. Cuando bajó la mirada observó que, como por arte de magia, se había vuelto más corta que la derecha. Y parecía…, bueno, parecía contorsionada, como un cigarrillo que lleva tiempo en un bolsillo.

—Por Dios, me estoy desmontando —susurró.

Y entonces, para sorpresa suya, se echó a reír. Sin duda en todo aquello había algo recomendable: era mucho más interesante que saltar desde un rompeolas, atacado por la resaca de una borrachera.

Arriba se oyó un zumbido agudo, dulce. Había llegado algo más. Gardener no se quedó a ver qué era. Lo que hizo fue impulsarse hacia el interior de la escotilla y arrastrarse por el corredor circular. La luz de las paredes relumbraba con suavidad en los planos de su demacrado rostro, y esa luz (blanca, no verde) era agradable. Quien hubiese visto a Gardener bajo aquella luz habría creído que no estaba agonizando. Casi.

41

Anoche, ya tarde, y la noche anterior
por el bosque y a través del río
los Tommyknockers, los Tommyknockers,
golpeando a la puerta
a casa de la abuela vamos
Parecen muy quietos, pero no están muertos
el caballo sabe llevar el trineo
¡Gripe Tommyknocker te afecta el cerebro!
(sobre helados campos de nieve)

Con la cabeza llena de rimas tontas, Gardener se arrastró por el corredor. Se detuvo una vez para volver la cabeza y vomitar. Allí el aire se notaba todavía bastante rancio, qué joder. Un canario de minero estaría ya tendido en el fondo de la jaula,

vivo, mas sólo por un pelo.

«Pero la maquinaria, Gard…, ¿la oyes? ¿Te das cuenta de lo mucho que ha aumentado su volumen desde que has entrado?»

Sí. Sonaba más fuerte, más confiada. No eran sólo los renovadores de aire: allá, en el fondo de la nave, otra maquinaria estaba surgiendo a la vida. Las luces aumentaban su potencia. La nave se alimentaba de lo que restaba de él. Bien, que lo hiciera.

Llegó a la primera escotilla interior y miró hacia atrás, con el entrecejo fruncido: hacia la escotilla que daba a la zanja. Muy pronto llegarían al claro; tal vez ya estaban allí. Hasta quizá trataran de seguirlo. A juzgar por las deslumbradas reacciones de sus «ayudantes» (ni siquiera el terco de Freeman Moss se había mostrado del todo inmune), no parecía posible que fueran a…, pero era preciso tener en cuenta que estaban desesperados. Gard quería asegurarse de que los chiflados desaparecerían de su vida para siempre. Bien sabía Dios que no le quedaba mucha en realidad, pero no era cuestión de que aquellos gilipollas arruinaran lo poco que le restaba.

El dolor floreció en su cabeza, renovado, e hizo que lagrimeara, tironeándole del cerebro como un anzuelo. Pero no era nada comparado con el dolor de la pierna y el tobillo. No le sorprendió comprobar que la escotilla principal se había cerrado. ¿Podría abrirla otra vez, si así lo deseaba? Le pareció dudoso. Ahora estaba encerrado…, encerrado con los *Tommyknockers* muertos.

«¿Muertos? ¿Podrías asegurar que están muertos?»

No: todo lo contrario. Estaba seguro de que no habían muerto. Habían tenido vida suficiente para iniciar todo aquello otra vez, para convertir a Haven en una extraña fábrica de municiones. ¿Muertos?

—¡Improbable, qué joder! —graznó Gardener.

Y se izó a través de otra escotilla, hacia el corredor que estaba más allá. La maquinaria zumbaba y latía en las entrañas de la nave. Al tocar la relumbrante pared curva sentiría la vibración.

«¿Muertos? Oh, no. Te estás arrastrando por la casa embrujada más antigua del universo, viejo Gard».

Creyó oír un ruido y dio un apresurado giro en redondo, con el corazón acelerado y las glándulas salivales manando jugo amargo en su boca. No había nada allí, por supuesto; pero sí lo había. «Tuve un motivo perfecto para armar toda esta bulla. Conocí a los *Tommyknockers* y eran nosotros».

—Ayúdame, Dios mío —rogó Gardener.

Se apartó el maloliente cabello de los ojos. Por encima de él se veía la estrechísima escalera para arañas, con los peldaños bien separados…, cada uno con aquella profunda muesca inquietante en el medio. Esa escalerilla rotaría hasta la posición vertical cuando… sí… la nave tomara su debida posición horizontal para el

vuelo.

«Ahora se huele algo aquí. Con renovadores de aire o no, hay un olor. El olor de la muerte, creo. De muerte vieja. Y demencia».

—Por favor, Dios mío, ayúdame un poquito, ¿eh? Lo único que pido es una ayudita para este chico, ¿sí?

Siempre conversando con Dios, Gardener se movió más deprisa. Pronto llegó al cuarto de mandos y se descolgó hasta él.

42

Los *Tommyknockers* estaban en el borde del claro y miraban a Dick. A cada minuto llegaban más. Llegaban… y se detenían, como simples ordenadores que ya hubieran ejecutado sus pocos programas.

Se quedaban mirando el plano inclinado de la nave…, a Dick…, otra vez la nave…, otra vez a Dick. Eran como una muchedumbre de sonámbulos en un partido de tenis. Dick sentía a los otros, aquellos que habían vuelto a la aldea para ocuparse de defender las fronteras. También esperaban, mirando por los ojos de quienes estaban allí.

Detrás de ellos, el incendio se acercaba cada vez más, y ganaba fuerza. El claro empezaba a llenarse con volutas de humo. Unos cuantos tosían…, pero nadie se movió.

Dick los miró a su vez, intrigado. ¿Qué querían de él? De pronto comprendió: sólo él quedaba de «los del granero». Los otros habían desaparecido y la muerte de cada uno, directa o indirectamente, era culpa de Gardener. En realidad, resultaba inexplicable y bastante amedrentador. Dick estaba cada vez más convencido de que no existía nada igual en la larguísima experiencia de los *Tommyknockers.*

«Me miran porque soy el último. Se supone que he de ordenarles qué deben hacer a continuación».

Pero nada había que pudieran hacer. Gardener debería haber perdido aquella carrera, mas no había sido así, de algún modo, y sólo les quedaba esperar. Esperar, observar y confiar en que la nave lo matara de alguna manera antes de que él hiciera algo. Antes de que…

Una mano grande se estiró de súbito en la cabeza de Dick Allison y le estrujó el cerebro. Sus manos volaron a las sienes, con los dedos convertidos en tiesas arañas galvanizadas. Trató de gritar, mas no pudo. Tuvo una vaga conciencia de que allá abajo, en el claro, la gente caía de rodillas en hileras, como peregrinos que presencian un milagro o una aparición divina.

La nave había empezado a vibrar; el sonido llenaba el aire con un zumbido denso, subaural.

Dick lo supo…, y entonces, mientras los ojos se le salían de la cabeza como trozos de gelatina mohosa medio congelados, no supo más. Nunca más.

43

«Una pequeña ayuda, Dios mío, ¿hacemos el trato?»

Estaba sentado en medio del cuarto hexagonal inclinado, con la pierna fracturada y torcida hacia adelante, cerca del sitio por donde brotaba del suelo el grueso cable principal.

«Una pequeña ayuda para este chico. Sé que no soy gran cosa; disparé contra mi mujer, ¡qué maravilla!, disparé contra mi mejor amiga, otra cosa espléndida, qué joder. Una cosa espléndida nueva y mejorada, se podría decir, pero por favor, Dios, en este momento necesito tu ayuda».

Y no era una exageración. Todo lo contrario. Necesitaba algo más que una pequeña ayuda. El grueso cable se dividía en ocho más delgados, cada uno de los cuales terminaba en un par de auriculares grandes. Si lo del granero había sido como jugar a la ruleta rusa, esto era como meter la cabeza en un cañón y pedir a alguien que lo disparase.

Pero había que hacerlo.

Tomó uno de los auriculares; otra vez, llamó la atención para que los centros se abultaran hacia dentro; después echó un vistazo a la maraña de cuerpos pardos, resecos, amontonados en el otro extremo de la sala.

¿*Tommyknockers*? El nombre, aunque tontín-ton-tón, era demasiado para ellos. Cavernícolas del espacio, eso habían sido. Largas garras dedicadas a operar máquinas que ellos fabricaban, pero que ni siquiera trataban de entender. Pies como patas de gallos de pelea. Esa cosa era un tumor maligno que debía ser extirpado de inmediato.

«Por favor, Dios, que mi pequeña idea sea acertada».

¿Sería posible aprovechar la fuerza de *todos ellos*?, ésa era la pregunta por el premio máximo, ¿verdad? Si la «conversión» era un sistema cerrado (algo en el pellejo de la nave que se había biodegradado en la atmósfera, simplemente), o quizá no. Pero Gardener había llegado a pensar que era algo más (o tal vez sólo se trataba de un deseo suyo); aquello funcionaba como un sistema abierto mediante el cual la nave alimentaba a los humanos, haciéndoles «convertirse», y los humanos, a la vez, alimentaban la nave para que pudiera…, ¿qué? Volver, por supuesto. ¿Se podía usar la palabra «resurrección»? No, por desgracia, no. Demasiado noble. Si él estaba en lo cierto, se trataba de una especie de colores y decorados chillones, no mitos inmortales ni credos religiosos. Un sistema abierto…, un sistema esclavista…, en el sentido literal de la palabra; un sistema de váyanse-todos-a-la-mierda.

«Por favor, Dios. Una ayudita ahora, ahora».

Gardener se puso los auriculares.

Ocurrió de forma instantánea. En esa ocasión no hubo dolor: sólo una gran radiación blanca. Las luces de la sala de mandos se encendieron en toda su potencia. Una de las paredes volvió a convertirse en una gran ventana que mostró el cielo ahumado y el borde de los árboles. Después, otra de las ocho paredes se tornó transparente…, y otra…, y otra más. En el curso de pocos segundos, Gard se encontró como sentado en el espacio abierto, con el cielo encima y la zanja, con su red plateada, a cada lado. La nave parecía haber desaparecido. Disponía de un ángulo de visión de trescientos sesenta grados.

Los motores se encendieron, uno a uno, y alcanzaron su última potencia.

En algún sitio sonaba un timbre. Enormes relés entraron en funcionamiento, uno a uno, e hicieron que la cubierta metálica se estremeciera bajo los pies de Gard.

La sensación de potencia resultaba increíble. Era como si el Misisipí estuviese corriéndole por la cabeza en plena inundación. También sentía que eso lo estaba matando, pero no importaba.

«Los he absorbido a todos —pensó Gardener, con vaguedad—. ¡Oh, Dios mío, gracias, Dios, los he absorbido a todos! ¡Ha resultado!»

La nave empezó a estremecerse. A vibrar. Y esa vibración se convirtió en espasmos de escalofríos. Había llegado el momento.

Descubriendo los pocos dientes que le restaban, Gardener se preparó para su propio esfuerzo.

44

Los había absorbido a todos, pero fueron Dick Allison, por su mayor evolución, y los cuarenta vigías de Hazel, allá en la ciudad, quienes soportaron lo peor del proceso de energización de la nave; este último grupo tenía a todos sus miembros vinculados en una telaraña unificada; la nave no hizo sino absorberla.

Cayeron todos, manando sangre por ojos y nariz, y murieron con el cerebro vaciado por la nave.

El platillo volante absorbió también a los *Tommyknockers* del bosque; varios de los ancianos murieron; pero la mayoría experimentó sólo un terrible dolor de cabeza, en tanto se arrodillaban o yacían, medio desmayados, dentro del perímetro del claro. Unos pocos comprendieron que el fuego estaba muy cerca. Al intensificarse el viento, aquel abanico ardiente se extendió cada vez más. El fuego crepitaba y tronaba.

45

«Ahora», pensó Gardener.

Sintió que algo en su mente resbalaba, se asía, resbalaba de nuevo, y se agarraba por fin, con firmeza. Era como una palanca de cambios. Había dolor, pero soportable.

«Son ellos quienes están sintiendo la mayor parte del dolor», pensó, débilmente.

Los costados de la excavación parecieron moverse. En un principio, sólo fue un leve movimiento. Después, un poco más. Se produjo un ruido rechinante.

Gardener se mantuvo firme, con la frente arrugada en un tremendo pliegue, y los ojos reducidos a ranuras.

La malla plateada comenzó a pasar, con lentitud, pero sin pausa. Claro que no era ella la que se movía, sino la nave. Aquel ruido rechinante era el que producía al liberarse del lecho de roca que la había aprisionado durante tanto tiempo.

«Arriba —pensó él, incoherente—. Lencería de señoras, medias, objetos de regalo… y no deje de visitar nuestra sección de mascotas…»

Ganaba velocidad; las paredes de la zanja pasaban cada vez más deprisa a ambos lados. El cielo se ensanchó allá arriba: era de un color gris opaco. Las chispas saltaban, retorciéndose como bandadas de diminutos pájaros ardientes.

Gardener desbordaba exaltación.

Comparó aquello con el acto de mirar por la ventanilla del metro en el momento en que abandona la estación; primero con lentitud, luego cada vez a mayor velocidad. Las paredes de azulejos, que parecen desenrollarse hacia atrás como la banda de papel en una pianola; los anuncios publicitarios que van de delante hacia atrás. Después, la oscuridad, donde sólo hay un movimiento y una vaga sensación de muros negros que pasan precipitadamente.

Una bocina sonó tres veces, dejándolo casi sordo. Chilló; un poco de sangre fresca le salpicó el regazo. La nave se estremeció, entre ruidos y chirridos, y salió de su encierro terráqueo. Se elevó entre densas bandadas de humo y deslumbrante luz solar. Su pulido flanco metálico salió de la zanja, cada vez más arriba, como un muro metálico móvil. Quien hubiese estado contemplando aquel demencial espectáculo se habría visto tentado a creer que la Tierra estaba creando una montaña de acero inoxidable o eyectando al aire una muralla de titanio.

A medida que el arco de la nave se ensanchaba, llegó a los extremos de la zanja que Bobbi y Gardener habían agrandado, abriendo la tierra con herramientas entre ingeniosas y estúpidas, como idiotas que hubieran tratado de llevar a cabo una cesárea perfecta.

Afuera, arriba, arriba, afuera. Las rocas chirriaban. La tierra gemía. De la zanja se elevaba el polvo y el humo de la fricción. A poca distancia, la ilusión de que se trataba de una montaña o un muro emergente se mantenía; pero desde el borde del claro se veía ya su forma circular: la titánica forma de la nave espacial, que surgía de la tierra como un gran motor. Era silenciosa, pero el claro tronaba con el sonido

áspero de la roca quebrada. Arriba y afuera, cortaba la zanja, la ensanchaba más. Su sombra empezó a cubrir el claro y los bosques en llamas.

Su borde exterior, aquel con que Bobbi había tropezado, cortó la copa del pino más alto y la derribó con estruendo. Mientras, la nave continuaba pariéndose a sí misma desde el vientre que la había retenido durante tanto tiempo. Continuó saliendo hasta que cubrió todo el cielo, y renació.

Por fin dejó de ensanchar la zanja. Un momento después, un espacio hueco apareció entre sus extremos y el borde de la nave emergente. Por fin el centro estaba fuera.

La nave brotó de la zanja humeante. Rugía, salía a la ahumada luz del sol. Por fin los chirridos cesaron y se vio luz entre el suelo y el platillo.

Estaba afuera.

Se elevó en un ángulo inclinado. Luego tomó la horizontal, aplastando los árboles con su peso desconocido, incognoscible, reventando los troncos. La savia salpicó el aire con finos velos de ámbar.

Se movía con lenta y majestuosa elegancia a través del día ardiente, mientras abría un surco en el follaje como si de una gigantesca cortadora de césped se tratara. De pronto permaneció en suspenso; parecía esperar algo.

46

El suelo, debajo de Gardener, también era transparente. Le daba la sensación de estar sentado en el aire, por encima de las nubes de humo que brotaban en el borde del bosque y llenaban la atmósfera.

La nave estaba viva por completo…, pero él decaía a pasos agigantados.

Se llevó las manos a los auriculares.

«Scotty —pensó—, dame velocidad de distorsión. Vamos a hacer volar este disco».

Excavó con fuerza dentro de su mente. En esa oportunidad, el dolor fue denso, fibroso, enfermante.

«La fusión —pensó, vagamente—. Así ha de ser la fusión».

La sensación era de tremenda velocidad. Algo lo volteó en el aire, y lo dejó despatarrado en cubierta, aunque no se experimentaba la fuerza gravitatoria multiplicada; al parecer, los *Tommyknockers* habían hallado el modo de anularla.

La nave no se inclinó, ascendió hacia el cielo en línea recta.

En vez de cubrir todo el cielo, cubrió sólo tres cuartas partes; después, la mitad. El humo se tornó borroso; su dura realidad de aleación metálica se volvió espumosa; es decir, como un sueño.

Por fin desapareció en la humareda, y dejó abandonados a los aturdidos y

exhaustos *Tommyknockers* para que huyeran antes de que el incendio los atrapara. Sólo quedaron ellos, el claro, el cobertizo… y la zanja, como un negro hueco del que hubieran arrancado algún colmillo ponzoñoso.

47

Gard, tendido en el suelo de la sala de mandos, levantó la vista. Ante su mirada desapareció el aspecto humeante y cromado del cielo, que volvió a ser azul: el azul más hermoso y brillante que él jamás había visto.

«Glorioso», trató de decir. Pero, no surgió palabra alguna de su boca. Ni siquiera un graznido. Tragó sangre y tosió. Sus ojos no se apartaban del brillante cielo.

El azul se intensificó hasta el añil; luego, hasta el púrpura.

«Por favor, que no se detenga ahora, por favor…»

Del púrpura al negro.

Y allí, en esa negrura, vio las primeras duras astillas de las estrellas.

La bocina volvió a sonar. Gardener experimentó un nuevo dolor, según la nave lo absorbía a él. La sensación fue de velocidad aumentada, como si hubiera conectado una velocidad más alta.

«¿Adónde vamos?», pensó Gardener, incoherente. Y, entonces, la negrura lo invadió, en tanto la nave volaba hacia arriba, hacia fuera, escapando a la envoltura de la atmósfera terrestre con tanta facilidad como había escapado de la Tierra que la había sujetado durante tanto tiempo. «¿Adónde va…?»

Arriba, arriba, afuera, afuera; la nave se elevaba. Y Jim Gardener, nacido en Portland, Maine, se elevaba con ella.

Derivó por negros niveles de inconsciencia. Poco antes de que se iniciaran los vómitos finales (vómitos de los que no tendría conciencia) soñó algo. Un sueño can real que le hizo sonreír, tendido en medio de la oscuridad, rodeado de espacio y con la Tierra allá abajo, como una gigantesca bolita de mármol azul.

Lo había superado todo; de algún modo, lo había superado. Patricia McCardle había tratado de doblegarlo sin lograrlo jamás. Estaba otra vez en Haven, y allí venía Bobbi; bajaba por los escalones del porche, cruzaba el patio delantero. Le salía al encuentro, y Peter *ladraba y meneaba la cola, y Gard abrazó a Bobbi con fuerza, porque era agradable estar con los amigos, encontrarse allí donde uno tenía sus raíces…, contar con un refugio seguro al cual acudir.*

Echado en el transparente suelo de la sala de mandos, a más de cien mil kilómetros espacio afuera, Jim Gardener sonrió tendido en un charco, cada vez más amplio, de su propia sangre…

EPÍLOGO

Curl up, baby! Curl up right!
Curl up baby! Keep it all outta sight!
Undercover
Keep it all outta sight
Under cover of the night.[22]

THE ROLLING STONES
Undercover

O every night and every day
A little piece of you is fallin away…
Toe your line and play their game
let the anaesthetic cover it all
Till one day they call your name:
You're only waiting for the hammer to fall.[23]

QUEEN
Hammer to Fall

1

La mayoría de ellos murió en el incendio.

No todos: un centenar o más ni siquiera llegó al claro antes que la nave arrancara de la Tierra para desaparecer en el cielo. Algunos, como Elt Barker, que había saltado por el aire despedido de su motocicleta, no llegaron porque estaban heridos o habían muerto en el camino. Azares de la guerra. Otros, como Ashley Ruvall y la anciana señorita Timms, que trabajaba como bibliotecaria municipal los martes y jueves, salieron demasiado tarde o anduvieron con excesiva lentitud.

Tampoco murieron los que llegaron al claro. La nave desapareció en el cielo y aquel horrible poder agitador que se había apoderado de ellos se redujo a la nada antes que el incendio llegara a aquel lugar (aunque por entonces las chispas volaban ya y muchos de los árboles más pequeños, en el borde oriental, estaban en llamas). Algunos lograron avanzar por el bosque, a tropezones y renqueando, para adelantarse al feroz abanico que se extendía cada vez más. Claro que avanzar más hacia el oeste de nada sirvió a esos pocos (Rosalie Skehan entre ellos, junto con Frank Spruce y Rudy Barfield, hermano del difunto y poco lamentado *Letrina*) porque tarde o temprano se les acabaría el aire respirable, pese al viento. Por eso era necesario ir primero hacia el oeste y después girar al sur o al norte, en un esfuerzo por esquivar el frente del incendio…, maniobra desesperada en la cual el castigo por el fracaso no era perder el balón, sino quedar hecho cenizas en los Bosques Indios. Unos pocos (no todos, pero sí unos pocos) lo consiguieron.

Sin embargo, la mayoría murió en el claro, el mismo claro donde Bobbi Anderson y Jim Gardener habían trabajado con tanto ahínco durante tanto tiempo. Murieron a un par de metros de aquella cuenca vacía, de la cual se había soltado algo largo tiempo sepultado.

Habían sido usados con dureza por una potencia mucho mayor de lo que ese estado, aún temprano y vacilante de su «conversión», era capaz de soportar. La nave había buscado la red de sus mentes apoderándose luego de ella; la había usado para obedecer la débil pero inconfundible orden del Operador, que fue expresada como VELOCIDAD DE DISTORSIÓN a los circuitos organicocibernéticos de la nave. Las palabras VELOCIDAD DE DISTORSIÓN no constaban en el vocabulario de la nave, pero su concepto era el mismo.

Los vivos yacían por tierra; la mayoría de ellos, inconsciente; algunos profundamente aturdidos. Otros se incorporaron, entre gemidos, apretándose la cabeza, sin prestar atención a las chispas que llovían en derredor. Unos pocos, atentos al peligro que se les aproximaba por el este, trataron de levantarse, pero cayeron de nuevo.

Entre quienes no volvieron a caer se encontraba Chip McCausland, que vivía en Dugout Road con su amante y unos diez chicos. Dos meses y un millón de años antes, Bobbi Anderson había recurrido a él en busca de más hueveras para Colocar en ellas su cada vez más expansiva colección de pilas. Chip avanzó hasta la mitad del claro, como un viejo ebrio, y se precipitó en la zanja abierta. Cayó hasta el fondo, chillando, y allí murió con el cuello roto y el cráneo hecho trizas.

Hubo otros, entre aquellos que comprendían el peligro del incendio y habrían podido escapar, que prefirieron no hacerlo. La «conversión» estaba acabada. Había terminado con la partida de la nave. La finalidad de sus vidas quedaba liquidada. Por eso se limitaron a permanecer sentados, esperando que el incendio se encargara de lo que restaba de ellos.

2

Al caer la noche quedaban menos de doscientas personas con vida en Haven. Casi todo el sector oeste del distrito, densamente boscoso, se había quemado o ardía aún. El viento cobró más potencia. El aire empezaba a cambiar, y los restantes *Tommyknockers*, jadeantes, cerúleos, se reunieron en el patio de Hazel McCready. Phil Golden y Bryant Brown pusieron el gran renovador de aire en marcha. Los demás se reunieron a su alrededor, tal como los antiguos granjeros debieron de haberse reunido alrededor de la estufa en las crudas noches de invierno. Su trabajosa respiración se fue aliviando poco a poco.

Bryant miró a Phil.

(*¿Qué clima hará mañana?*)

(*Cielo despejado, vientos en disminución.*)

Marie estaba a poca distancia. Bryant la vio relajarse.

(*Bien…, menos mal.*)

Menos mal…, por el momento. Pero los vientos no permanecerían en calma el resto de la vida. Y, una vez desaparecida la nave, sólo contaban con aquel artefacto y veinticuatro baterías de camión entre ellos y la asfixia.

(*¿Cuánto tiempo?*), preguntó Bryant. Nadie respondió. Sólo quedaba el brillo inexpresivo de esos ojos asustados, inhumanos, en la noche iluminada por el incendio.

3

A la mañana siguiente quedaban veinte menos. Durante la noche, la historia de John Leandro había alcanzado difusión internacional, con toda la fuerza de un

mazazo. Los ministerios de Interior y Defensa lo negaron, pero decenas de personas habían tomado fotografías de la nave en el momento de elevarse hacia el cielo. Esas fotografías fueron de lo más persuasivas…, y nadie era capaz de controlar el torrente de filtraciones de «fuentes por lo general bien informadas», tales como los asustados residentes de las poblaciones vecinas y los agentes de la guardia nacional que habían llegado primero.

En las fronteras de Haven se mantuvieron barreras, al menos por el momento. El frente del incendio había avanzado hasta Newport, donde, por fin, estaba siendo dominado.

Durante la noche, varios *Tommyknockers* se volaron la tapa de los sesos.

Poley Andrews tomó un veneno.

Phil Golden, al despertar, descubrió que Queenie, la mujer con la cual se había casado hacía veinte años, se había arrojado al pozo seco de Hazel McCready.

Ese día se produjeron sólo cuatro suicidios; pero las noches…, las noches eran lo peor.

Ya avanzada la semana, cuando por fin el Ejército logró entrar en Haven, como una banda de ineptos asaltantes en una bóveda fortificada, apenas quedaban unos ochenta *Tommyknockers* en la ciudad.

Justin Hurd mató a un gordo sargento del Ejército con una escopeta de aire comprimido que escupía fuego verde. El gordo estalló. Un asustado miembro del E-4, que en ese momento pasaba a toda velocidad en un transporte de tropas frente al supermercado Cooder, apuntó hacia Justin la ametralladora calibre 50 tras la cual estaba sentado.

—¡Los he liquidado, pajarracos! —gritaba Justin, vestido sólo con un par de calzoncillos amarillentos y sus zapatos de trabajo anaranjados—. ¡Los he liquidado a todos, qué joder, pedazos de…!

Unas veinte balas de calibre 50 hicieron blanco en él. Justin también estalló, o poco menos.

El E-4 vomitó dentro de su máscara antigás y estuvo a punto de asfixiarse antes de que le ajustaran otra máscara al rostro.

—¡Que alguien se apodere de esa escopeta! —gritó un oficial, por un altavoz eléctrico. La máscara apagaba sus palabras, aunque no las deformaba—. ¡Cójanla, pero con cuidado! ¡Sujétenla por el cañón! ¡Repito: con sumo cuidado! ¡No la apunten contra nadie!

Como Gard habría dicho, el apuntar contra alguien siempre viene después.

4

Doce o más cayeron el primer día de la invasión, bajo los disparos de asustados

soldados de gatillo fácil, muy jóvenes en su mayoría, que persiguieron a los *Tommyknockers* casa por casa. Al cabo de un tiempo, el temor de los invasores empezó a ceder. A la caída de la tarde comenzaron a divertirse; en realidad se sentían como si persiguieran conejos por el trigo. Otros veinticuatro o veinticinco murieron antes de que los médicos del Ejército y los altos cerebros del Pentágono comprendieran que el aire, fuera de Haven, resultaba mortal para aquellos mutantes de feria, que en otros tiempos habían sido honrados contribuyentes estadounidenses. El hecho de que los invasores no pudieran respirar el aire «dentro» de Haven debería haberles evidenciado lo inverso, pero entre tanto entusiasmo nadie pensaba con mucho acierto (algo que no habría sorprendido mucho a Gard).

Sólo quedaban unos cuarenta, dementes, en su mayoría; quienes no lo estaban se negaban a hablar. Se improvisó un cercado en la zona que pasaba por la plaza principal de Haven, debajo y a la derecha del ayuntamiento sin torre. Allí fueron confinados durante una semana, período en que murieron otros catorce.

Analizaron aquel aire alterado. La máquina que lo fabricaba fue estudiada con suma atención; las baterías agotadas fueron reemplazadas. Tal como Bobbi había sugerido, los grandes cerebros no tardaron en comprender la mecánica del artefacto. En el Instituto Tecnológico y en los principales laboratorios del país se estaban estudiando ya los principios subyacentes; los científicos casi vomitaban de entusiasmo.

Los veintiséis *Tommyknockers* restantes, que se sentían como los cansados restos de la última tribu apache en existencia, agotados y atacados de sífilis, fueron trasladados en un avión de carga, de ambiente acondicionado especial, hasta ciertas instalaciones gubernamentales de Virginia. Aquellas instalaciones, en cierta ocasión completamente incendiadas por una criatura, eran conocidas con el nombre de «El Taller». Allí fueron estudiados…, y allí fueron muriendo uno a uno.

La última en abandonar este mundo fue Alice Kimball, la maestra lesbiana (detalle que Becka Paulson había sabido de labios de Jesús, un caluroso día de julio). Murió el 31 de octubre… día de *Halloween.*

5

Más o menos en el momento en que Queenie Golden, de pie junto al pozo seco de Hazel, se preparaba para saltar, una enfermera entraba en el cuarto de Hilly Brown para verificar el estado del niño, que en los últimos días había mostrado algunas débiles señales de recuperar la consciencia.

Al mirar hacia la cama, frunció el entrecejo. Era imposible que estuviera viendo lo que veía; se trataba de alguna clase de alucinación, una doble sombra arrojada a la pared por la luz del corredor…

Abrió el interruptor de la pared y dio un paso más. Quedó boquiabierta. No era una alucinación. Veía dos sombras en la pared porque había dos niños en la cama. Dormían abrazados.

—¿Qué…?

Dio otro paso; su mano, sin que ella se diera cuenta, buscó el crucifijo que llevaba colgado al cuello.

Uno de ellos era Hilly Brown, por supuesto: flaco y consumido el rostro, los brazos reducidos a palillos, la piel casi tan blanca como las sábanas del hospital.

El otro niño le resultó desconocido. Tenía muy pocos años. Llevaba pantaloncitos cortos azules y una camiseta de verano con la leyenda: ME LLAMAN DOCTOR AMOR. Tenía los pies negros de polvo…, y algo en ese polvo pareció muy extraño a la enfermera.

—¿Qué…? —susurró otra vez.

El niño más pequeño se movió un poco y ciñó con más fuerza el cuello de Hilly con su bracito. Tenía la mejilla apoyada en el hombro del mayor. La mujer, con algo parecido al terror, notó que los dos se parecían mucho.

Decidió que debía informar al doctor Greenleaf. De inmediato. Y se volvió para marcharse, con el corazón acelerado, sin soltar el crucifijo. Entonces vio algo que resultó aún más imposible de comprender.

—¿Qué…? —susurró por tercera y última vez, con los ojos dilatados.

De nuevo aquel extraño polvo negro. Huellas en el suelo. Hacia la cama. El niñito había andado hasta la cama para meterse en ella. El parecido facial entre ambos sugería que se trataba del hermanito perdido de Hilly, a quien se había dado por muerto hacía tiempo.

Las huellas no llegaban desde el pasillo: comenzaban en medio de la habitación.

Como si el niñito hubiese aparecido de la nada.

La enfermera huyó de aquella habitación, llamando a gritos al doctor Greenleaf.

6

Hilly Brown abrió los ojos.

—¿David?

—Cállate, Hilly. Estoy dormido.

Hilly sonrió. No sabía con seguridad dónde estaba ni cuándo estaba. Sólo estaba seguro de que habían ocurrido muchas cosas malas. Pero ya no importaba qué cosas habían sido, porque todo estaba bien. Allí tenía a David, caliente y sólido contra su cuerpo.

—Yo también —dijo Hilly—. Mañana tengo que darte todos los juegos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero tengo que dártelos. Lo prometí.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Siempre que me des *Crystal Ball*… —dijo David, mientras se acomodaba con más firmeza en el hueco del brazo de Hilly.

—Bueno…, está bien.

Silencio. En la sala de enfermeras, algo más allá, había una vaga conmoción. Pero en la habitación todo era silencio y el dulce calor de los chicos.

—¿Hilly?

—¿Qué?

—Donde yo estaba hacía frío.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Ahora estás mejor?

—Mejor. Te quiero, Hilly.

—Yo también te quiero, David. Perdóname.

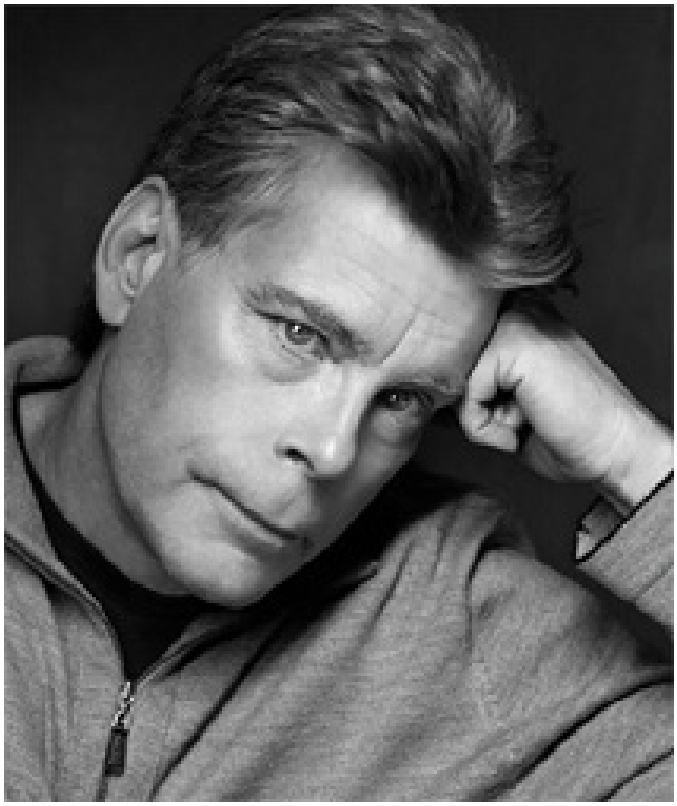
—¿Por qué?

—No lo sé.

—Ah.

La mano de David buscó a tientas la manta, la halló y tiró de ella hacia arriba. A ciento cuarenta millones de kilómetros con respecto al Sol y a cien parsecs del eje de la galaxia, Hilly y David Brown dormían abrazados.

19 de agosto de 1982
19 de mayo de 1987



STEPHEN KING (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.

King, además, ha escrito obras que no corresponden al género de terror, incluyendo las novelas *Las cuatro estaciones*, *El pasillo de la muerte*, *Los ojos del dragón*, *Corazones en la Atlántida* y su autodenominada «magnum opus», *La Torre Oscura*. Durante un periodo utilizó los seudónimos Richard Bachman y John Swithen.

Notas

[1] Bueno, sacamos a Harry Truman, que bajaba flotando desde *Independence* / Le dijimos: «¿Qué hay de la guerra?» / Él dijo: «¡De buena nos libramos!» / Le dijimos: «¿Y de la bomba? ¿Lamentas haberlo hecho?» / Él dijo: «Pásenme esa botella y ocúpense de sus propios asuntos». *(N. de la T.)* <<

[2] Víspera de Todos los Santos. *(N. de la T.)* <<

[3] Serie televisiva estadounidense sobre un grupo especial de la Policía. <<

[4] Juego de fichas con letras para formar palabras cruzadas. En España está comercializado como Intelect. *(N. de la T.)* <<

[5] (Drug Enforcement Administration): Departamento especial dedicado exclusivamente a la lucha contra la droga. *(N. de la T.)* <<

[6] ¡El terrorista fue bombardeado! ¡El Presidente recibió un disparo! ¡La seguridad era absoluta! ¡El Servicio Secreto se embriagó! Y todos están borrachos, todos están consumidos, todos están drogados. Y nada lo cambiará, porque todos están ebrios, todos están consumidos, todos brindan por lo hecho. *(N. de la T.)* <<

[7] Él corrió hasta la ciudad, gritando «¡Ha venido del cielo!» *(N. de la T.)* <<

[8] Miembro del partido conservador británico. <<

[9] Ninguna parte. <<

[10] Avaro de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens. *(N. de la T.)* <<

[11] Haven, en inglés. *(N. de la T.)* <<

[12] Cascabeleo, tintineo (de ahí la ironía del apodo). *(N. de la T.)* <<

[13] Chevrolet. *(N. de la T.)* <<

[14] Te amo, amor mío. La guerra ha terminado. Te amo. Amo a Estados Unidos. *(N. de la T.)* <<

[15] En el original *repple-depple*, vulgarismo con que se designan los campamentos de instrucción de reclutas (los CIR españoles) antes de enviarlos a sus destinos definitivos. *(N. de la T.)* <<

[16] Te presento al nuevo patrón. Es igual que el antiguo patrón. *(N. de la T.)* <<

[17] Arriba, en la montaña: trueno, mágica espuma. Deja que la gente conozca mi visión, que llene la tierra de humo. Corre por la selva… No te vuelvas a mirar. *(N. de la T.)* <<

[18] Prestigioso premio literario que se concede en Estados Unidos en sus dos versiones de periodismo y novela. *(N. de la T.)* <<

[19] El autor se refiere a la serie cinematográfica *Star Trek*. *(N. de la T.)* <<

[20] Bosques incendiados. *(N. de la T.)* <<

[21] Puedo sentirlo en el aire esta noche. *(N. de la T.)* <<

[22] ¡Acurrúcate, nena! ¡Acurrúcate bien! / ¡Mantén todo fuera de la vista! / A cubierto. / Mantén todo fuera de la vista / cubierto por la noche. *(N. de la T.)* <<

[23] Todas las noches y todos los días / un trocito de ti se desprende… / marca tu raya y juega como ellos. / Deja que el anestésico cubra todo. / Hasta que un día te llamen por tu nombre: / Sólo estás esperando a que el martillo caiga. *(N. de la T.)* <<